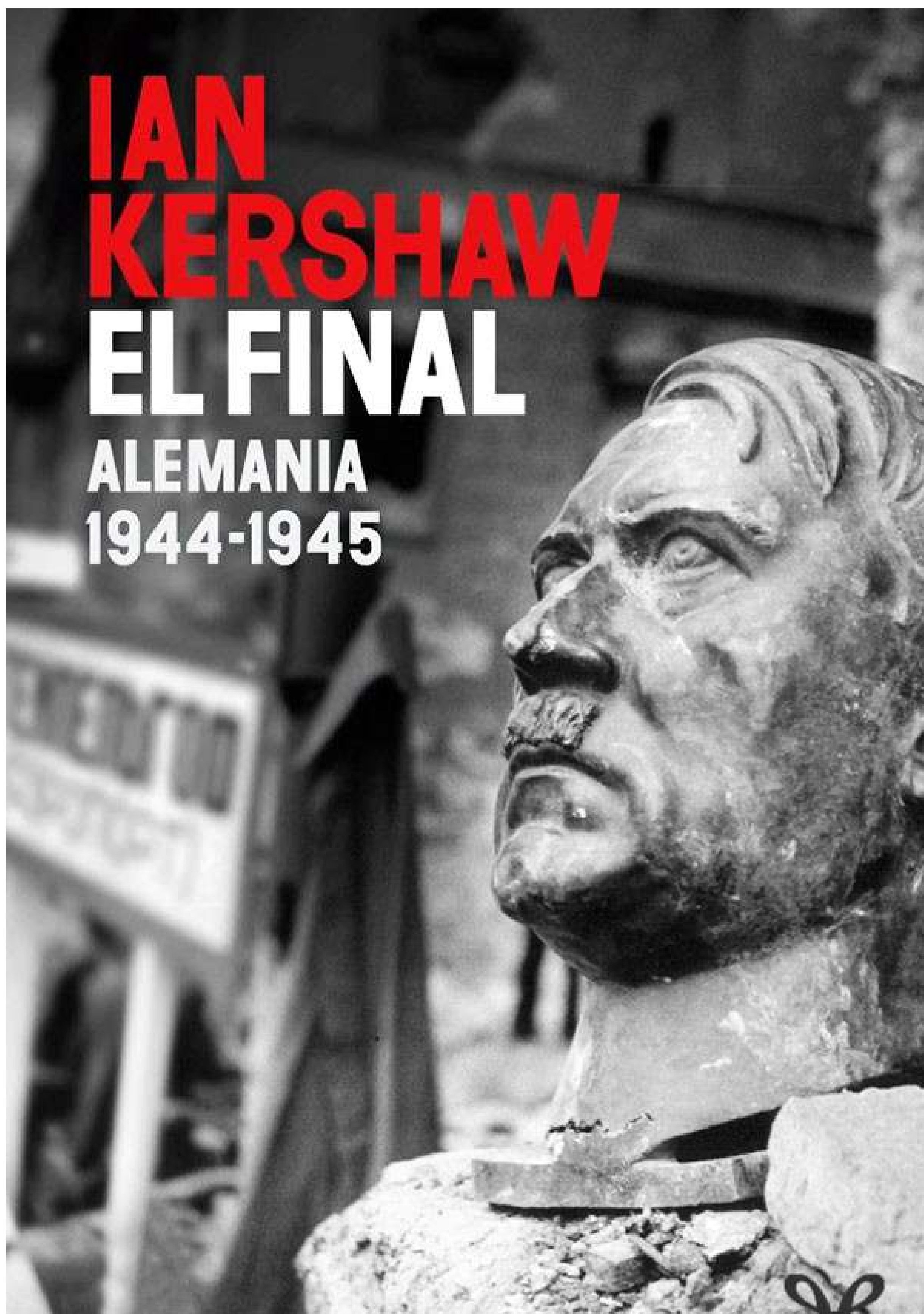
IAN KERSHAW

EL FINAL

ALEMANIA 1944-1945




IAN
KERSHAW
EL FINAL
ALEMANIA
1944-1945

Cuando a principios de 1945 se perfilaba en el horizonte una catastrófica derrota, a veces se oía decir a los alemanes que preferían «un fin con horror que un horror sin fin». Sin duda, fue «un fin con horror» lo que experimentaron, de un modo y una magnitud sin precedentes en la Historia. El fin causó destrucción y pérdidas a una escala inmensa. Mucho de ello se podría haber evitado si Alemania hubiera estado dispuesta a ceder y aceptar las condiciones de los Aliados. Para el Reich y para el régimen nazi la negativa a contemplar la capitulación antes de mayo de 1945 fue no solo destructiva sino autodestructiva.



Ian Kershaw

El final

Alemania 1944-1945

ePub r1.0
Titivillus 19.07.2021

Título original: *The End. Germany 1944-45*
Ian Kershaw, 2011
Traducción: Yolanda Fontal Rueda, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




AGRADECIMIENTOS

Uno de los momentos más agradables tras acabar un libro es dar las gracias a quienes, de diferentes maneras, han contribuido a su elaboración.

En primer lugar, quiero dar las gracias a la Academia Británica por una beca que me ayudó a emprender las investigaciones exploratorias iniciales. También les estoy agradecido a los archivistas y al personal de las instituciones archivísticas en las que he trabajado: el Bundesarchiv de Berlín/Lichtefelde, el Bundesarchiv/Militärarchiv de Friburgo, la Bibliothek für Zeitgeschichte de Stuttgart, el Bayerisches Hauptstaatsarchiv y el Staatsarchiv München, el Staatsarchiv Augsburg, el International Tracing Service, en Bad Arolsen, los Archivos Nacionales de Londres, el Imperial War Museum de Duxford y el Liddell Hart Centre for Military Archives del King's College, en Londres. En la Bibliothek für Zeitgeschichte de Stuttgart, parte de la Württembergische Landesbibliothek, tengo muchas razones para estar agradecido por su ayuda y sus consejos al director de la biblioteca y buen amigo, el profesor Gerhard Hirschfeld, y a la responsable de las colecciones de archivos, la doctora Irina Renz. La doctora Susanne Urban me ayudó mucho guiándome por los extensos archivos relacionados con las marchas de la muerte, que solo en fecha reciente se han abierto a los investigadores, en el International Tracing Service, en Bad Arolsen, donde también

quisiera dar las gracias al director, M. Jean-Luc Blondel. En Duxford, me beneficié mucho de la experta ayuda del doctor Stephen Walton a la hora de consultar las valiosas colecciones de documentos alemanes. Empecé y terminé la investigación para este libro en el incomparable Institut für Zeitgeschichte de Múnich, donde he tenido la suerte de ser un huésped bien recibido durante muchos años, y quisiera darle las gracias más calurosas al director, el profesor Horst Möller, y a sus colegas,en especial al personal de la biblioteca y los archivos, que siempre han atendido mis muchas peticiones con una cortesía y una amabilidad inagotables.

El profesor Otto Dov Kulka (Jerusalén), un colega y amigo al que tengo en mucha estima y con el que he mantenido una prolija y fructífera correspondencia a lo la largo de muchos años, fue el primero en indicarme los archivos de Bad Arolsen. Además, le estoy extremadamente agradecido por su interés en mi trabajo y sus valiosas sugerencias. Laurence Rees, un buen amigo y brillante productor de documentales televisivos, tuvo la amabilidad de poner a mi disposición importantes transcripciones de entrevistas, conservadas en los Archivos de la BBC de Londres, de una serie en la que colaboramos, me dio excelentes consejos y fue siempre un compañero estimulante, dispuesto a ayudar y dar ánimos.

Muchos otros amigos y colegas también me han ayudado, a veces sin ser consciente, quizá, de lo útiles que han sido. Entre ellos, debo dar las gracias al profesor Daniel Blatman (Jerusalén) por responder a una serie de preguntas sobre las marchas de la muerte y por el material relacionado que tuvo la amabilidad de enviarme. El doctor Andreas Kunz, del Bundesarchiv/Militärarchiv de Friburgo, me dio algunos consejos valiosos sobre colecciones de archivos durante la primera visita que hice relacionada con este proyecto. El doctor Heinrich Schwendemann, de la Universidad de Friburgo, fue muy generoso al hacer todo lo posible por enviarme documentos relacionados con la ocupación francesa del suroeste de Alemania en 1945 y otro material relevante al que no tenía un fácil acceso. Otros colegas que también me facilitaron documentos, artículos u otros materiales, respondieron a mis preguntas o me ayudaron a pensar con más claridad en el proyecto fueron el profesor John Breuilly, el

doctor Michael Buddrus, Mr. George Burton, la doctora Simone Erpel, el doctor Wolfgang Holl, el doctor Holger Impekoven, el profesor Tim Kirk, el doctor Michael Kloft, el doctor Alexander Korb, Mr. Michael D. Miller, el profesor Bob Moore (que hizo un enorme esfuerzo para enviarme una remesa de documentos sobre un tema concreto relacionado con los Países Bajos, su especialidad principal), el profesor Jonathan Steinberg, el doctor Klaus Wiegrefe y el doctor Benjamin Ziemann. Quiero expresarles a todos mi caluroso agradecimiento y excusarme si he omitido involuntariamente a alguien.

Mientras avanzaba en el proyecto, me beneficié mucho, como siempre, de las largas conversaciones con viejos amigos alemanes, el profesor Hans Mommsen (Feldafing), el profesor Norbert Frei (Jena), el doctor Hermann Graml y la doctora Elke Fröhlich (Múnich), que me ayudaron mucho a definir mis ideas. Muchas gracias a todos ellos.

Hay dos especialistas y amigos a los que quiero dar las gracias especialmente. El doctor Jürgen Forster, un excelente historiador y un gran especialista en la Wehrmacht del Bundesarchiv/Militärarchiv de Friburgo, respondió a numerosas preguntas, me remitió a importantes archivos y, sobre todo, leyó y comentó el manuscrito. El doctor Nick Stargardt, del Magdalen College, en Oxford, que en la actualidad trabaja en el que será un importante ensayo sobre la sociedad alemana durante la guerra, ha aportado ideas importantes. También se tomó la molestia de leer todo el manuscrito y hacerme numerosas y valiosas sugerencias. Estoy muy agradecido a ambos. Naturalmente, es necesario añadir que, como siempre, la responsabilidad por cualquier error que pudiera haber es exclusivamente mía.

Tengo una deuda de gratitud por sus valiosas sugerencias sobre el manuscrito con los magníficos editores de Penguin (Simon Winder en Londres y Laura Stickney en Nueva York), mientras que Andrew Wylie ha sido, como anteriormente, un agente que me ha brindado un magnífico apoyo. También me gustaría dar las gracias a todas las personas de Penguin que han ayudado a publicar este

libro, a Elizabeth Stratford por su excelente trabajo de revisión y a Cecilia Mackay por investigar las fotografías.

Por último, debo añadir los agradecimientos personales. Traude y Uli Spät han sido extremadamente generosos, como en tantas ocasiones en el pasado, al brindarme su hospitalidad durante mis estancias en Múnich y han demostrado un vivo interés por mi trabajo a lo largo de muchos años. Mientras ha durado este proyecto, Beverley Eaton, mi secretaria durante mucho tiempo, ha seguido brindándome su excelente apoyo, incluso ahora que ha abandonado la Universidad de Sheffield, y le estoy especialmente agradecido por haberse encargado de forma tan eficaz de la tarea de recopilar el listado de obras mencionadas. Para acabar, mi familia sigue siendo el pilar en el que todo se apoya. Mi agradecimiento y mi cariño a Betty, David, Katie, Joe y Ella, y a Stephen, Becky, Sophie, Olivia y, ahora, Henry, la última y maravillosa incorporación a la familia.

IAN KERSHAW

Manchester, noviembre de 2010

PRÓLOGO

Cuando a principios de 1945 se perfilaba en el horizonte una catastrófica derrota, a veces se oía decir a los alemanes que preferían «un fin con horror que un horror sin fin». Sin duda, fue un «fin con horror» lo que experimentaron, de un modo y una magnitud sin precedentes en la historia. El fin causó destrucción y pérdidas humanas a una escala inmensa. Mucho de ello se podría haber evitado si Alemania hubiera estado dispuesta a ceder y aceptar las condiciones de los Aliados. Para el Reich y para el régimen nazi, la negativa a contemplar la capitulación antes de mayo de 1945 fue no solo destructiva, sino también autodestructiva.

Un país derrotado en una guerra casi siempre busca en algún momento llegar a un acuerdo. La autodestrucción por seguir combatiendo hasta el final, casi hasta la devastación total y la completa ocupación por el enemigo, es extremadamente poco frecuente. Sin embargo, esto es lo que hicieron los alemanes hasta 1945. ¿Por qué? Es tentador ofrecer una respuesta simple: su líder, Hitler, se negó reiteradamente a considerar siquiera la idea de una rendición, por lo que no quedó más opción que seguir luchando. Pero esta respuesta suscita otras preguntas. ¿Por qué se siguieron obedeciendo las órdenes autodestructivas de Hitler? ¿Qué mecanismos del poder le permitieron determinar el destino de Alemania cuando era evidente para todo el que lo quisiera ver que la guerra estaba perdida y el país completamente arrasado? ¿Hasta

qué punto estaban los alemanes dispuestos a apoyar a Hitler hasta el final, pese a que sabían que estaba conduciendo al país a la destrucción? ¿Le seguían respaldando de buen grado? ¿O simplemente estaban aterrorizados? ¿Cómo y por qué las fuerzas armadas continuaron combatiendo y la maquinaria gubernamental siguió funcionado hasta el final? ¿Qué alternativas tenían los alemanes, soldados y civiles, en la última fase de la guerra? Estas y otras preguntas no tardan en surgir tras lo que, en un principio, parece una cuestión sencilla que invita a una respuesta simple. Solo se pueden abordar analizando las estructuras de poder y las mentalidades mientras la catástrofe se cernía inexorablemente sobre Alemania en 1944-1945. Ese es el propósito de este libro.

Pensé en escribir este libro porque, para mi sorpresa, no podía encontrar otro que hubiera tratado de hacer lo que yo tenía en mente. Por supuesto, hay montones de libros sobre el final de la guerra, escritos desde perspectivas diferentes y con una calidad muy variable. Hay ensayos importantes sobre los máximos dirigentes nazis y, cada vez más, sobe algunos de los jefes regionales, los Gauleiter.[1] También existen biografías de muchos de los principales jefes militares.[2] Existen, literalmente, miles de relatos de los acontecimientos que se produjeron en las últimas y decisivas semanas del Tercer Reich, tanto en el frente como (así lo parece a veces) en casi todos los pueblos y aldeas de Alemania. Muchos ensayos locales ofrecen descripciones vívidas, a menudo espantosas, del destino de ciudades concretas ante el avance imparable de los camiones militares de los Aliados y los soviéticos.[3] Los recuerdos de las experiencias en el frente o en el interior del país, en ciudades arrasadas por las bombas de los Aliados o enfrentadas a las penalidades de la huida y las personas sin hogar, abundan. Las historias militares pormenorizadas y, a menudo, localizadas o los relatos centrados en unidades concretas de la Wehrmacht o en batallas importantes también son muy comunes, mientras que la batalla de Berlín, en concreto, ha sido objeto de innumerables obras.[4] El sexto volumen de la historia de la guerra oficial de la República Democrática Alemana, publicado en la década de 1980,

pese a su evidente sesgo ideológico, es una tentativa valiosa de elaborar una historia militar global que no se limita a los acontecimientos del frente.[5] Y, en fecha más reciente, los últimos volúmenes de la excepcional historia militar oficial de la República Federal de Alemania ofrecen excelentes estudios detallados sobre la Wehrmacht, que a menudo trascienden la historia de sus operaciones.[6] Aun así, estas y otras obras excelentes sobre la historia militar[7] solo tratan algunos aspectos, aunque importantes, de lo que consideraba necesario para responder a las preguntas que yo quería abordar.

Mi intención inicial era afrontar el problema explorando las estructuras de gobierno de la Alemania nazi en esta última fase. Me parecía que las grandes historias estructurales del Tercer Reich tendían a ir acabando a finales de 1944 y trataban de un modo bastante superficial los últimos meses del régimen.[8] Lo mismo es válido para los estudios sobre el partido nazi y sus filiales.[9] Sin embargo, enseguida me di cuenta de que no bastaría con un análisis estructural y que debía ampliar mi análisis a las mentalidades, a diferentes niveles, que permitían que el régimen siguiera funcionando. Aún no se había intentado realizar un estudio global de las mentalidades de los alemanes en los últimos meses.[10] Por tanto, había que reconstruirlo a partir de fragmentos.

He tratado de tener en cuenta las mentalidades de los gobernantes y de los gobernados, de los dirigentes nazis y de los miembros más humildes de la población civil, de los generales y de los soldados, tanto en el frente oriental como en el occidental. El lienzo es muy amplio y he tenido que pintarlo con un pincel grueso. Naturalmente, solo puedo ofrecer ejemplos selectivos para ilustrar el espectro de actitudes. Uno de los problemas no menores al intentar generalizar sobre las mentalidades es que a lo largo de los últimos meses, y a un ritmo acelerado en las últimas semanas, el régimen nazi se estaba fracturando al tiempo que se encogía. Alemania era un país grande y, aunque es obvio que las presiones extremas de la guerra afectaron a todas las regiones, no lo hicieron ni al mismo tiempo ni exactamente de la misma manera. Las experiencias de la

población civil de las diferentes zonas del país y las de los soldados en los diferentes teatros de guerra variaban. He intentado reflejar las diferentes mentalidades en lugar de recurrir a generalizaciones superficiales.

Este libro se refiere principalmente a lo que podríamos llamar la mayoría de la población alemana. Sin embargo, había otras personas cuyas experiencias, que tampoco se prestan a generalizaciones fáciles, eran bastante diferentes de las de esos alemanes, ya que no pertenecían ni podían pertenecer a la sociedad alemana predominante. El destino que sufrieron los grupos de parias, terriblemente perseguidos, entre las garras de los nazis constituye otra parte importante de la historia que explica por qué el régimen nazi siguió funcionando mientras todo se hundía inexorablemente y se avecinaba una catástrofe. Porque, por mucho que la situación de la mayoría de los alemanes fuera muy poco envidiable, para los enemigos raciales y políticos del régimen, que estaban más expuestos que nunca a unas crueles represalias en el momento de su implosión, los sangrientos últimos meses fueron una época de un terror apenas imaginable. El régimen nazi, aun cuando vacilaba y fracasaba en todos los demás aspectos, fue capaz de aterrorizar, matar y destruir hasta el final.

La historia del régimen nazi en sus últimos meses es la historia de una desintegración. Al intentar abordar las cuestiones que me había planteado, el principal problema metodológico que tuve que afrontar fue el de intentar fusionar las diferentes facetas de la caída del Tercer Reich en una sola historia. Equivale a intentar escribir una historia integrada de una desintegración.

La única manera convincente de intentarlo, en mi opinión, era adoptando un enfoque narrativo, aunque estructurado temáticamente dentro de cada capítulo, que abordara los últimos meses del régimen. El punto de partida lógico habría sido junio de 1944, cuando Alemania estaba acorralada militarmente en el oeste por la consolidación del exitoso desembarco aliado en Normandía y en el este por la devastadora ofensiva del Ejército Rojo. Sin embargo, opté por empezar con el intento de asesinato de Hitler en julio de 1944 porque marcó una importante cesura interna para el

régimen nazi. A partir de ahí, examino en los sucesivos capítulos las reacciones de los alemanes ante el descalabro de la Wehrmacht en el oeste en septiembre, la primera incursión del Ejército Rojo en suelo alemán al mes siguiente, las esperanzas, rápidamente defraudadas, depositadas en la ofensiva de las Ardenas en diciembre, la catástrofe en las provincias orientales al caer en manos de los soviéticos en enero, la fuerte escalada del terror en el interior del país en febrero, el desmoronamiento del régimen en marzo, los últimos intentos desesperados de resistir en abril, acompañados de una violencia descontrolada contra los ciudadanos alemanes y, en especial, contra aquellos a los que se percibía como enemigos del régimen, y los esfuerzos del gobierno de Dönitz por seguir combatiendo, incluso a principios de mayo, hasta que se pudiera trasladar a las tropas del este al oeste. El libro termina con la capitulación de Alemania el 8 de mayo de 1945 y el posterior arresto de los miembros de la administración de Dönitz.

Pensé que solo con un planteamiento narrativo se podría plasmar la dinámica, y el drama, de la última fase del régimen, cuando se desmoronaba inexorablemente tras las crecientes derrotas militares. Creí que solo de este modo era posible dar testimonio de los intentos, siempre desesperados, aunque durante meses parcialmente eficaces, por evitar lo inevitable, de la improvisación y del uso de los últimos recursos que permitieron al sistema seguir funcionando, de la escalada de la brutalidad que acabó causando estragos y de la implosión autodestructiva de los actos de los nazis. Algunos elementos importantes de la historia se repiten necesariamente en más de un capítulo. El bombardeo de las ciudades, la deserción de los soldados, las marchas de la muerte de los prisioneros de los campos de concentración, las evacuaciones de la población civil, el derrumbe de la moral, la escalada de la represión interna, los ardides propagandísticos cada vez más desesperados, por ejemplo, no se limitan a un único episodio. La estructura narrativa es importante para mostrar cómo la devastación y el horror, aunque presentes en todo momento, se fueron intensificando a lo largo de aquellos meses. Por consiguiente, he intentado prestarle mucha atención a la cronología y describir la situación recurriendo,

esencialmente, a las fuentes archivísticas, incluido el uso abundante de cartas y diarios de la época.

Es importante insistir en lo que no es este libro. No es una historia militar, por lo que no describo detalladamente lo que ocurrió en el campo de batalla y solo proporciono una breve descripción de los acontecimientos en los frentes como telón de fondo para las cuestiones fundamentales de este libro. Esta obra tampoco intenta ser una historia de la estrategia de los Aliados o de las fases de la conquista aliada.[11] Examina la guerra únicamente a través de los ojos de los alemanes en un intento de comprender mejor cómo y por qué el régimen nazi pudo resistir tanto tiempo. Por último, el libro no aborda la importante cuestión de las continuidades después de la capitulación y en el periodo de ocupación, o el comportamiento de la población alemana cuando el territorio fue ocupado antes del final de la guerra.[12]

Es imposible recrear lo que debieron de ser aquellos meses espantosos, la manera en que las personas corrientes sobrevivieron en circunstancias extraordinarias y horribles. Y, aunque estudio el Tercer Reich desde hace muchos años, también me ha resultado difícil captar plenamente la magnitud del sufrimiento y las muertes en el momento álgido de la guerra. No se debe ni puede reducir el sufrimiento a la cifra de víctimas. Aun así, el hecho de pensar que las bajas (muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros) de la Wehrmacht, sin contar las de los Aliados y las del Ejército Rojo, ascienden a unos 350.000 hombres cada mes en la última fase de la guerra ya da una idea de la carnicería que se produjo en los frentes, muy superior a la de la Primera Guerra Mundial. La muerte también era omnipresente en el interior de Alemania. La mayoría del medio millón de víctimas civiles, aproximadamente, de los bombardeos de los Aliados fue causada por los ataques aéreos sobre las ciudades alemanas en los últimos meses de la guerra. Durante esos mismos meses, centenares de miles de refugiados perdieron la vida huyendo del avance del Ejército Rojo. Y, sobre todo, las terribles marchas de la muerte de los prisioneros de los campos de concentración, en su mayoría entre los meses de enero y abril de 1945, así como las

atrocidades que las acompañaron, causaron una cifra estimada de 250.000 personas muertas por el frío, la desnutrición, el agotamiento y las matanzas arbitrarias. Cuesta imaginar hasta qué punto Alemania se había convertido en un inmenso osario en los últimos meses del Tercer Reich.

No obstante, al menos cuando terminé este libro, pensé que me había acercado a una respuesta a la pregunta que me había formulado: cómo y por qué, en vista del alcance de las crecientes calamidades, el régimen de Hitler pudo funcionar durante tanto tiempo, aunque con una eficacia cada vez menor. Si, después de leer este libro, otras personas piensan que también lo entienden mejor, me sentiré muy satisfecho.

DRAMATIS PERSONAE

El siguiente listado incluye solo a aquellos jefes políticos y militares alemanes que ocupan un lugar importante en el texto y se limita a mencionar sus cargos o rangos en los meses que aborda este libro, desde julio de de 1944 hasta mayo de de 1945.

DIRIGENTES POLÍTICOS

Reich

BORMANN, MARTIN (1900-1945): jefe de la cancillería del partido; secretario de Hitler.

GOEBBELS, JOSEPH (1897-1945): ministro de Ilustración Popular y Propaganda del Reich; plenipotenciario del Reich para la guerra total desde julio de 1944.

GÖRING, HERMANN: mariscal del Reich (1893-1946); sucesor designado de Hitler; jefe del Plan Cuatrienal; presidente del Consejo de Defensa del Reich; comandante en jefe de la Luftwaffe.

HIMMLER, HEINRICH (1900-1945): Reichsführer-SS; jefe de la policía alemana; comisario del Reich para la consolidación de la germanidad; ministro de Interior y plenipotenciario para la Administración del Reich; comandante en jefe del ejército de reserva desde julio de de 1944.

HITLER, ADOLF (1889-1945): líder; jefe de Estado; jefe del gobierno del Reich; jefe del partido nazi; comandante supremo de la Wehrmacht; comandante en jefe del ejército de tierra.

KALTENBRUNNER, ERNST (1903-1946): SS-Obergruppenführer; jefe de la Policía de Seguridad y el Servicio de Seguridad.

KRITZINGER, WILHELM (1890-1947): secretario de Estado en la cancillería del Reich.

LAMMERS, HANS HEINRICH (1879-1962): ministro del Reich y jefe de la cancillería del Reich.

LEY, ROBERT (1890-1945): Jefe de Organización del partido nazi; líder del Frente Alemán del Trabajo.

RIBBENTROP, JOACHIM VON (1983-1946): ministro de Asuntos Exteriores del Reich.

SCHWERIN VON KROSIGK, LUTZ GRAF (1877-1977): ministro de Finanzas del Reich; primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores del Reich en el gobierno de Dönitz.

SEYß-INQUART, ARTHUR (1892-1946): Reichskommissar para los Territorios Ocupados de los Países Bajos.

SPEER, ALBERT (1905-1981): ministro de Armamentos y Producción de Guerra del Reich; ministro de Industria y Producción del Reich en el gobierno de Dönitz.

STUCKART, WILHELM (1902-1953): SS-Obergruppenführer; secretario de Estado en el Ministerio del Interior del Reich; ministro del Interior del Reich en el gobierno de Dönitz.

Provinciales

GIESLER, PAÚL (1895-1945): Gauleiter de Múnich-Alta Baviera.

GREISER, ARTHUR (1897-1946): Gauleiter de Reichsgau Wartheland.

GROHÉ, JOSEF (1902-1988): Gauleiter de Colonia-Aquisgrán.

HANKE, KARL (1903-1945): Gauleiter de la Baja Silesia.

HOFER, FRANZ (1902-1975): Gauleiter del Tirol.

HOLZ, KARL (1895-1945): Gauleiter de Franconia.

KOCH, ERICH (1896-1986): Gauleiter de Prusia Oriental.

RUCKDESCHEL, LUDWIG (1907-1986): Gauleiter de Bayreuth, abril- mayo de de 1945.

WÄCHTLER, FRITZ (1891-1945): Gauleiter de Bayreuth hasta abril de 1945.

WAHL, KARL (1892-1981): Gauleiter de Suabia.

JEFES MILITARES

BLASKOWITZ, JOHANNES, coronel general (1883-1948): comandante en jefe del Grupo de Ejércitos G, mayo-septiembre de 1944, y diciembre de 1944-enero de 1945; comandante en jefe del Grupo de Ejércitos H, enero-abril de 1945.

DIETRICH, SEPP, SS-Oberstgruppenführer y coronel general de las Waffen-SS (1892-1966): comandante del sexto ejército Panzer-SS, octubre de 1944-mayo de 1945.

DÖNITZ, KARL, gran almirante (1891-1980): comandante en jefe de la armada; presidente del Reich tras la muerte de Hitler.

GUDERIAN, HEINZ, coronel general (1888-1954): jefe del estado mayor general del ejército de tierra, julio de 1944-marzo de 1945

HARPE, JOSEF, coronel general (1887-1968): comandante en jefe del Grupo de Ejércitos A, septiembre de 1944-enero de 1945; comandante del quinto ejército Panzer, marzo-abril de 1945.

HAUSSER, PAUL, SS-Oberstgruppenführer y coronel general de las Waffen-SS (1880-1972): comandante en jefe del Grupo de Ejércitos G, enero-abril de 1945.

HEINRICI, GOTTHARD, coronel general (1886-1971): comandante del primer ejército panzer, agosto de 1944-marzo de 1945; comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Vístula, marzo-abril de 1945.

HOßBACH, FRIEDRICH, general (1894-1980): comandante del cuarto ejército, julio de 1944-enero de 1945.

JODL, ALFRED, general (1890-1946): jefe del estado mayor de operaciones de la Wehrmacht en el alto mando de la Wehrmacht.

KEITEL, WILHELM, mariscal de campo (1892-1946): jefe del alto mando de la Wehrmacht.

KESSELRING, ALBERT, mariscal de campo (1885-1960): comandante en jefe del sur hasta marzo de 1945; comandante en jefe del oeste,

marzo-abril de 1945.

MANTEUFFEL, HASSO VON, general de las tropas acorazadas (1897-1978): comandante del quinto ejército panzer, septiembre de 1944-marzo de 1945; comandante del tercer ejército Panzer, marzo-mayo de 1945.

MODEL, WALTER, mariscal de campo (1891-1945): comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, junio-agosto de 1944; comandante en jefe del oeste, agosto-septiembre de 1944; comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B, septiembre de 1944-abril de 1945.

REINHARDT, GEORG-HANS, coronel general (1887-1963): comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, agosto de 1944-enero de 1945.

RENDULIĆ, LOTHAR, coronel general (1887-1971): comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Curlandia, enero de 1945, marzo- abril de 1945; comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte, enero-marzo de 1945; comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Sur (rebautizado «Ostmark» a finales de abril), abril-mayo de 1945.

RUNDSTEDT, GERD VON, mariscal de campo (1875-1953): comandante en jefe del oeste, septiembre de 1944-marzo de 1945.

SCHÖRNER, FERDINAND, coronel general, desde el 5 de abril de 1945 mariscal de campo (1892-1973): comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte, julio de 1944-enero de 1945; comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, enero-mayo de 1945.

VIETINGHOFF, HEINRICH VON, coronel general (1887-1952): comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Curlandia, enero-marzo de 1945; comandante en jefe del sur, marzo-mayo de 1945.

WOLFF, KARL, SS-Obergruppenführer, general de las Waffen-SS (1900-1984): desde julio de 1944, plenipotenciario general de la Wehrmacht alemana en Italia.

INTRODUCCIÓN

Caída en picado

Miércoles, 18 de abril de 1945: las tropas estadounidenses se encuentran a las puertas de la ciudad de Ansbach, la capital administrativa de la Franconia Central. El jefe de distrito nazi ha huido durante la noche, la mayor parte de los soldados alemanes han sido trasladados al sur y los habitantes de la ciudad llevan días acampados en refugios antiaéreos. Cualquier atisbo de pensamiento racional es una señal de rendición. Pero el comandante militar de la ciudad, el doctor Ernst Meyer, un coronel de la Luftwaffe de 50 años con un doctorado en física, es un nazi fanático que insiste en seguir luchando hasta el final. Robert Limpert, un estudiante de teología de 19 años, no apto para el servicio militar, decide actuar e impedir la destrucción de su ciudad en una última batalla sin sentido.

Limpert había sido testigo de la devastación absoluta que habían causado los bombardeos aliados en la bella ciudad de Wurzburgo el mes anterior. A principios de abril, se había embarcado en la peligrosa aventura de repartir panfletos en los que se pedía la rendición sin oponer resistencia de Ansbach, cuyos pintorescos edificios de estilo barroco y rococó seguían intactos. Limpert asume un riesgo aún mayor. Hacia las 11 de aquella hermosa mañana de primavera, corta los cables telefónicos que, según cree, conectan la base del comandante con la unidad de la Wehrmacht destacada en las afueras de la ciudad, en lo que resulta ser un fútil intento de

sabotaje, ya que desconocía que la base acababa de ser trasladada. Dos muchachos, miembros de la Juventudes Hitlerianas, presencian el intento de sabotaje. Denuncian los hechos y la policía local se hace rápidamente cargo del asunto. Envían a un policía a casa de Limpert; este encuentra al joven en posesión de una pistola y otras pruebas incriminatorias y le detiene.

La policía local informa del arresto al jefe de lo que queda de la administración civil de Ansbach y este telefonea al comandante militar, que en ese momento se halla fuera de la ciudad. Fuera de sí tras oír la noticia, como cabía esperar, el comandante regresa a toda prisa a la comisaría y forma urgentemente un tribunal compuesto por tres personas: el jefe de policía, el subcomisario y el ayudante del propio comandante. Tras una farsa judicial que dura apenas unos minutos y en la que no se permite hablar al acusado, el comandante lo condena a muerte. La sentencia debe ejecutarse con carácter inmediato.

Justo mientras le colocan una soga alrededor del cuello en la puerta del Ayuntamiento, Limpert consigue zafarse y trata de huir corriendo, pero a cien metros es detenido por la policía, que lo patea y le tira del pelo antes de arrastrarlo de vuelta entre gritos. Nadie entre la multitud allí reunida mueve un dedo para ayudarlo. Hay quien, incluso, le propina puñetazos y patadas. Pero su calvario aún no ha terminado. Vuelven a colocarle la siga alrededor del cuello y le ahorcan, pero la cuerda se rompe y Limpert cae al suelo. Una vez más, le colocan la soga y, finalmente, es ejecutado en la plaza del Ayuntamiento. El comandante ordena que el cadáver permanezca colgado «hasta que empiece a oler». Al parecer, poco después requisa una bicicleta y abandona de inmediato la ciudad. Cuatro horas más tarde, los estadounidenses entran en Ansbach sin que se produzca un solo disparo y descuelgan el cuerpo de Robert Limpert.[1]

Este sombrío episodio demuestra que el régimen nazi funcionó hasta el final en lo que respecta a la represión mediante el terror. Pero no se trata únicamente de un furibundo comandante militar nazi, el coronel de la Luftwaffe Meyer, que despachó

despiadadamente al supuesto traidor y saboteador, de un agente del régimen que impuso su voluntad mediante la fuerza. Frente a semejante fanatismo, los policías, que sabían que los estadounidenses estaban a punto de entrar en la ciudad, podrían haber actuado de otro modo para ahorrarse problemas con las fuerzas de ocupación en el futuro, retrasando el arresto y el interrogatorio de Limpert. Sin embargo, optaron por seguir las normas y cumplir con la mayor celeridad posible con lo que entendían que era su deber. Actuaron como custodios menores de una ley que, como ellos mismos afirmaron con posterioridad, ya entonces consideraban que no era sino la expresión de la voluntad arbitraria del comandante.

Lo mismo se podría decir del jefe de la administración civil local. También él podía haber utilizado su experiencia y, sabiendo que el fin de los combates era inminente, retrasar la ejecución. Sin embargo, optó por hacer cuanto estuvo en su mano para acelerar el proceso y cooperar con el comandante. Los habitantes, que se habían ido abriendo paso hasta la plaza del Ayuntamiento y vieron cómo Limpert escapaba, podían haberlo ayudado en su huida. Sin embargo, algunos llegaron incluso a ayudar a la policía a arrastrar al joven, que forcejeaba mientras le llevaban de vuelta al lugar de la ejecución. Así pues, en todos los niveles, en circunstancias extremas y en los instantes finales de la guerra, en lo que a Ansbach se refiere, quienes ostentaban el poder siguieron trabajando en aras de los intereses del régimen, y no les faltó precisamente el respaldo popular.

Incidentes tan espantosos como el que acabamos de relatar, en los que algunos habitantes intentaban evitar una destrucción sin sentido ya cerca del final y se exponían a represalias salvajes, mientras otros seguían estando dispuestos a apoyar la represión que ejercían los funcionarios del régimen, no fueron infrecuentes en las etapas finales de la guerra más terrible de la historia. Podríamos haber elegido decenas de casos para ilustrar el terror continuo del régimen, que en los últimos meses de conflicto estuvo dirigido contra sus propios ciudadanos, además de contra los trabajadores

extranjeros, los prisioneros, los judíos y otros a los que desde hacía mucho tiempo se había considerado enemigos.[2]

Pero no solo fue con estos alardes de terror cada vez más desbocado por parte de fanáticos y desesperados como el régimen siguió funcionando hasta el final. Lo más importante de todo fue la conducta del ejército. Si la Wehrmacht hubiera dejado de funcionar, el régimen se habría derrumbado. Las señales de disolución y desintegración en el seno de la Wehrmacht fueron numerosas en la fase final de la guerra, de manera más evidente en el oeste. Los soldados desertaban, a pesar de la amenaza de recibir un castigo brutal. A comienzos de 1945, al menos con certeza en el oeste, la mayoría de los soldados pensaban que seguir luchando era inútil y tan solo anhelaban regresar con sus familias. Pero la Wehrmacht siguió combatiendo. Los generales y los comandantes sobre el terreno siguieron dando órdenes, incluso en las circunstancias más desesperadas. Y las órdenes se obedecían.

Bajo la lluvia de bombas, en medio de la oleada de destrucción de pueblos y ciudades, mientras el Reich se derrumbaba ante una fuerza inmensamente superior en el este y el oeste, se mantuvo una apariencia de «normalidad» en medio del caos mientras la burocracia hacía todo lo posible para seguir funcionando. Naturalmente, el Reich retrocedía constantemente, los canales de comunicación iban desapareciendo, las redes de transporte eran prácticamente inservibles, los suministros básicos como el gas, la electricidad y el agua ya no llegaban a millones de hogares y la burocracia debía hacer frente a una ingente cantidad de problemas de índole práctica. Pero allí donde Alemania aún no había caído en manos de las fuerzas de ocupación, no se instauró la anarquía. La administración civil siguió funcionando, aunque a veces ineficazmente, frente a la adversidad extrema y el extraordinario desconcierto del momento. Tanto los consejos de guerra como los tribunales civiles siguieron pronunciando sentencias cada vez más severas. En abril de 1945 aún se seguían pagando los sueldos.[3] La principal institución académica de Berlín siguió concediendo becas a estudiantes extranjeros hasta las últimas semanas de la guerra,

considerándolas incluso entonces como una inversión de cara a preservar la influencia alemana en la «nueva Europa».[4]

A pesar de los crecientes obstáculos, la distribución de las cada vez más restringidas raciones alimenticias se mantuvo con dificultad y de manera cada vez más improvisada, y el correo se siguió repartiendo de la mejor manera posible. Algunos tipos limitados de espectáculo siguieron funcionando como un mecanismo consciente para mantener la moral y desviar la atención momentáneamente del desastre. El 12 de abril, la Filarmónica de Berlín celebró un último concierto, cuatro días antes del asalto soviético a la capital del Reich. Pos supuesto, se incluyó el final del *Götterdämmerung* de Richard Wagner en el programa.[5] Algunos cines permanecieron abiertos. Tan solo una semana antes de la capitulación de Stuttgart el 22 de abril, sus habitantes tuvieron la posibilidad de encontrar un momento de distracción del trauma que vivían en el cine, con la película *La mujer de mis sueños.*[6] Incluso siguieron disputándose partidos de fútbol.El último partido de la guerra se celebró el 23 de abril de 1945, cuando el Bayern de Múnich, *Gaumeister* de 1945, se impuso a su rival local, el TSV 1860 de Múnich, por 3 goles a 2.[7] Siguieron publicándose periódicos en ediciones reducidas. El principal periódico nazi, el *Volkischer Beobachter,* se publicó en la zona no ocupada del sur de Alemania hasta el final de la guerra. En su última edición, del 28 de abril de 1945, dos días antes del suicidio de Hitler en el búnker de Berlín, el titular fue: «La fortaleza Baviera».

Las razones del derrumbe de Alemania son evidentes y bien conocidas. Por qué y cómo el Reich de Hitler siguió funcionando hasta el amargo final es menos evidente. Esto es lo que este libro pretende explicar.

El hecho de que el régimen resistiera hasta el final, y de que la guerra terminara únicamente cuando Alemania se vio sometida militarmente, con su economía destruida, sus ciudades en ruinas y el país ocupado por potencias extranjeras, es un caso extremadamente raro en la historia. Las guerras entre Estados en la época moderna han concluido por regla general con algún tipo de acuerdo

negociado entre las partes. Las élites gobernantes de un Estado enfrentado a una derrota militar han pedido la paz en algún momento y, en última instancia y bajo cierta coacción, han llegado a un acuerdo territorial, por poco ventajoso que este fuera. El final de la Primera Guerra Mundial encaja en este patrón. El final de la Segunda fue completamente diferente. Los gobernantes de Alemania en 1945, que sabían que la guerra estaba perdida y conocían las señales que presagiaban una destrucción total, estaban dispuestos a combatir hasta que su país fuera prácticamente borrado del mapa.

Los regímenes autoritarios que se enfrentan a una derrota en guerras impopulares y que parecen encaminados al desastre no suelen sobrevivir a la catástrofe. En el pasado, algunos regímenes han sido derrocados por una revolución desde abajo, como ocurrió en Rusia en 1917 y en Alemania en 1918, en este último caso, después de la que élite militar ya hubiera dado algún que otro paso para poner fin a una guerra que habían perdido. Otros (el caso más frecuente) son derrocados por un golpe de Estado interno perpetrado por élites que no están dispuestas a caer con el régimen y quieren salvarse. La deposición de Mussolini por el Gran Consejo Fascista en 1943 es un buen ejemplo. En cambio, en Alemania, pese a que no solo los ciudadanos corrientes, sino también los que ejercían cargos de poder, civiles y militares, reconocían que se encaminaban al desastre más absoluto, el régimen siguió luchando hasta la aniquilación total y, a diferencia de lo ocurrido en 1918, los combates prosiguieron bajo ocupación extranjera.[8] Solo podemos encontrar paralelismos que se le acerquen en los ejemplos de Japón en 1945 (que, sin embargo, se rindió cuando el país aún no estaba ocupado) y, más recientemente, del Iraq de Saddam Hussein (en este último caso de forma muy tenue, teniendo en cuenta que fue una guerra muy corta y unilateral en el plano militar).

El contraste entre 1918 y 1945 en Alemania vuelve a suscitar preguntas. ¿Cómo y por qué pudo la Alemania de Hitler luchar hasta el amargo final? ¿No había ninguna otra salida posible al terrible conflicto? Y si no la había, ¿por qué no? Se ha señalado con acierto que «el verdadero dilema es por qué personas que querían sobrevivir

lucharon y mataron de forma tan desesperada y con tanta ferocidad hasta prácticamente los últimos instantes de la guerra».[9]

Naturalmente, en la Primera Guerra Mundial, los Aliados no habían exigido una «rendición incondicional». La fórmula, creada por el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt en la Conferencia de Casablanca en enero de 1943, y aceptada por primer ministro británico Winston Churchill, ofrecía formalmente por primera vez a un Estado soberano unas condiciones muy similares a una capitulación total e incondicional.[10] Este hecho se interpretó, a menudo, durante los primeros años de la posguerra (en especial por parte de los generales alemanes) como la única explicación posible de la lucha prolongada que había mantenido Alemania, ya que, según se decía, la exigencia de una «rendición incondicional» excluía cualquier otra alternativa.[11] Algunos antiguos soldados seguían insistiendo mucho después del fin de la guerra en que los había motivado para seguir combatiendo.[12] Sin duda, es posible argumentar que la exigencia fue contraproducente y que sirvió de excusa a la propaganda nazi. En este sentido contribuyó, al menos inicialmente, a reforzar la voluntad de resistir, pero culpar a los Aliados por una política equivocada de «rendición incondicional» es, en palabras de un experto, poco más que «una excusa endeble».[13] Según el general Walter Warlimont, jefe adjunto de operaciones del OKW, «apenas se tuvo en cuenta» en el alto mando de la Wehrmacht, y «el estado mayor de operaciones del OKW no analizó sus consecuencias en el plano militar».[14] En otras palabras, la exigencia no afectó a la estrategia (o a la falta de la misma) adoptada por la cúpula militar alemana en la última fase de la guerra. Las respuestas a la pregunta de por qué Alemania siguió luchando deben buscarse no tanto en la exigencia de los Aliados, fueran cuales fueran sus méritos o fracasos, como en las estructuras del régimen alemán en su fase final y en las mentalidades que guiaron sus actos.

¿Por qué, frente a lo ocurrido en 1918, el pueblo alemán no se alzó contra un régimen que de manera tan evidente lo estaba sumiendo en un abismo? Al inicio de la posguerra, a la población

alemana, que apenas comenzaba a recomponer su vida después del trauma provocado por tanta muerte y destrucción, y que no tenía prisa por reflexionar sobre las causas profundas de la catástrofe que había asolado el país, no le parecía necesario buscar otra explicación que no fuera la naturaleza terrorista del régimen nazi. Para los alemanes era fácil y, en cierto sentido, tranquilizador verse como víctimas indefensas de una opresión despiadada a manos de sus brutales gobernantes, de un Estado policial totalitario que les impedía por completo actuar. El sentimiento era comprensible y, tal y como se demostrará en los capítulos siguiente, no carecía de justificación. Naturalmente, la manera en que se podía usar y se usó esta explicación en la Alemania de la posguerra tenía un carácter innegablemente apologético y sirvió para exculpar prácticamente a la totalidad de la sociedad de los crímenes atribuidos a Hitler, el todopoderoso dictador, y a una camarilla de despiadados dirigentes nazis. Pero también la interpretación académica durante la posguerra enfatizó de manera desproporcionada el terror y la represión en el marco de la teoría del «totalitarismo» que dominó buena parte de los estudios históricos y políticos de la época (si bien sin centrarse directamente en la fase final de la guerra).[15] El que una sociedad fuera obligada a la fuerza a obedecer y fuera incapaz de actuar debido a la coacción absoluta ejercida por un «Estado totalitario» sumamente represor parecía bastar como explicación.

El terror es incuestionablemente un asunto de vital importancia a la hora de responder a la pregunta de cómo y por qué el régimen siguió funcionando hasta el final. Como se verá más adelante, el nivel de terror de la represión (que tuvo un efecto *boomerang* que hizo que el trato propinado a los pueblos conquistados, así como a aquellos que eran percibidos como «enemigos raciales», se volviera contra el propio pueblo alemán) explica en buena medida por qué no se produjo una revolución desde abajo, por qué no fue posible un levantamiento de masas. Dados el nivel de represión y la inmensa dislocación que tuvo lugar en los últimos meses de la guerra, resultaba imposible concebir una revolución desde abajo similar a la que se había producido al final de la Primera Guerra Mundial. Pero

el terror no basta para explicar del todo la capacidad del régimen para seguir luchando. No era el terror lo que animaba a sus élites. El terror tampoco explica el comportamiento de los «paladines» del régimen (ni de quienes compartían la mentalidad de *Götterdämmerung* y estaban dispuestos a ser testigos de la destrucción total de Alemania, ni de aquellos, mucho más numerosos, que buscaban únicamente salvar su pellejo). No explica tampoco el funcionamiento continuado de la burocracia gubernamental, tanto a nivel central como local. Y, sobre todo, no explica la disposición de la Wehrmacht o, en cualquier caso, la disposición de sus mandos, a seguir combatiendo. Por último, tampoco explica el comportamiento de aquellos miembros del régimen que, a distintos niveles, se mostraron dispuestos a utilizar el terror hasta el final, incluso cuando no servía a ningún fin racional.

Aunque tras el final de la Guerra Fría la teoría del «totalitarismo» renació brevemente,[16] su énfasis en el terror y la represión como mecanismos de control de la «sociedad total» nunca ha recuperado la posición de la que disfrutó en los primeros tiempos de la posguerra como una interpretación de la conducta de los alemanes corrientes durante el Tercer Reich. Al contrario: los estudios más recientes tienden a subrayar el apoyo entusiasta que el pueblo alemán brindó al régimen nazi, así como su disposición a colaborar y su complicidad con las políticas que condujeron a la guerra y al genocidio.[17] «Queda una pregunta. ¿Qué es lo que nos empujó a seguir [a Hitler] hacia el abismo, como los niños del cuento del flautista de Hamelin? El enigma no es Adolf Hitler. El enigma somos nosotros», comentó un escritor alemán.[18] Este comentario, dejando a un lado el desconcierto que sugiere, presupone una unidad esencial, hasta el final, entre el líder y aquellos a quienes lideraba.

De subrayar el papel de la sociedad y el régimen en el conflicto[19] (partiendo de la presunción de la existencia de una tiranía que gobernaba sobre un pueblo mayoritariamente reacio, pero obligado por las circunstancias), se ha pasado a una visión de una sociedad que cooperaba con los objetivos del régimen, que en

gran medida apoyaba y estaba de acuerdo con sus políticas racistas y expansionistas y respaldaba plenamente sus esfuerzos bélicos. La incansable propaganda nazi había hecho su labor; esa fue «la guerra que había ganado Hitler», según una interpretación propuesta hace ya muchos años.[20] En la actualidad suele afirmarse que los nazis lograron inculcar en los alemanes la sensación de que formaban parte de una «comunidad del pueblo» nacional y racista integrada a través de la exclusión de los judíos y de otras personas consideradas inferiores y no aptas para pertenecer a dicha comunidad, unida por la necesidad de defender la nación contra poderosos enemigos que la rodeaban y que amenazaban su existencia.[21] «Independientemente de la desilusión y de la amargura de buena parte de la población alemana durante los años finales de la guerra, la "comunidad del pueblo" se mantuvo intacta hasta el amargo final», ha afirmado un experto.[22] Es más: el régimen de Hitler había «comprado» a la población alemana, garantizándose su lealtad a través de la consecución de un nivel de vida basado en el saqueo de los territorios ocupados.[23] Si bien por regla general se reconoce que esta «comunidad del pueblo» comenzó a derrumbarse ante la inminente derrota, el apoyo duradero al nazismo, unido al conocimiento de los terribles crímenes nazis, se sigue presentando como una de las razones de que el régimen de Hitler pudiera resistir hasta el final.[24] «En lo esencial, la legitimidad del Tercer Reich permaneció intacta —sostiene un historiador— porque los alemanes eran incapaces de concebir una alternativa deseable al nacionalsocialismo», demostrando «un compromiso extraordinario con el nacionalsocialismo durante la guerra». La sensación posterior de haber sido traicionados por el nazismo «se basaba en una fuerte identificación con el Tercer Reich hasta el instante mismo del abandono».[25] En lo que quizá fuera el apogeo de este enfoque, ha llegado a sugerirse que «una gran mayoría del pueblo alemán no tardó en entregarse por entero a Hitler, a quien apoyó hasta el amargo final en 1945». «Hubo quien dijo basta», se admite, en referencia a una minoría muy escasa, pero el consenso que había

servido de sostén a la dictadura desde el principio, según esta visión, se mantuvo hasta el final.[26]

Los capítulos que siguen ofrecen una importante cantidad de pruebas que arrojan dudas sobre esta interpretación. Se cuestionará hasta qué punto el terror o el apoyo del régimen pueden ofrecer una explicación adecuada de su capacidad de resistencia hasta que Alemania quedó derruida en cenizas. Pero si ni el terror ni el apoyo popular consiguen explicar plenamente lo ocurrido, ¿cuál es la respuesta?

Se plantean inmediatamente un buen número de preguntas. Más allá de la importancia de la exigencia aliada de una «rendición incondicional», cabe preguntarse hasta qué punto los errores estratégicos y tácticos de los Aliados, errores que ciertamente se produjeron, debilitaron sus propios esfuerzos para poner fin a la guerra y alimentaron temporalmente la confianza de los defensores alemanes. Pero sea cual sea la importancia que quepa atribuir a dichos factores, las razones decisivas que explican por qué Alemania siguió combatiendo deben buscarse indudablemente en el seno del Tercer Reich y no en las políticas de los Aliados. Por ejemplo, ¿qué importancia debe atribuirse a la sensación de los líderes nazis de que no tenían nada que perder si seguían luchando, puesto que, en cualquier caso, ya habían «quemado sus naves»? ¿Cuál fue la importancia de la significativa ampliación de los poderes del partido nazi en su fase final, cuando intentaba revitalizarse evocando el espíritu del «período de lucha» anterior a 1933? ¿De qué manera contribuyó una burocracia estatal altamente cualificada y muy eficaz a esta capacidad de resistencia, a pesar de un desorden administrativo creciente y, al final, abrumador? ¿Qué importancia tuvo el miedo al Ejército Rojo a la hora de seguir combatiendo hasta el final? ¿Por qué los oficiales alemanes, sobre todo los generales que ocupaban puestos cruciales en la cadena de mando, se prepararon para seguir combatiendo incluso cuando reconocían la futilidad de la lucha y lo absurdo de las órdenes que recibían? ¿Y qué papel desempeñaron las principales personalidades nazis bajo el mando de Hitler, en particular el cuadrunvirato crucial compuesto

por Bormann, Himmler, Goebbels y Speer, así como los virreyes provinciales, los Gauleiter, a la hora de garantizar que el esfuerzo bélico pudiera sostenerse frente a los crecientes y arrolladores obstáculos, hasta que el régimen se autodestruyó en la vorágine de una derrota militar absoluta? En concreto, ¿hasta qué punto fue indispensable el papel de Speer a la hora de seguir desafiando los gigantescos obstáculos que impedían el aprovisionamiento de la Wehrmacht? Por último, aunque no se puede decir que sea lo menos importante, hay que mencionar el papel desempeñado por el propio Hitler y la perdurable lealtad a su figura por parte de las élites alemanas.

Una respuesta sencilla, si bien evidentemente inadecuada, a la pregunta de cómo y por qué Alemania resistió hasta el amargo final es, de hecho, que Hitler se negó rotundamente y bajo cualquier circunstancia a contemplar la posibilidad de capitular, por lo que no cabía más alternativa que seguir combatiendo. Incluso encerrado en la catacumba en la que se convirtió su búnker, donde los límites entre la fantasía y la realidad se difuminaban cada vez más, Hitler siguió firmemente aferrado al poder hasta su suicidio el 30 de abril de 1945. Uno de los principios fundamentales de su «carrera» había sido la venganza por la humillación nacional sufrida en 1918; el «síndrome de 1918» estaba profundamente arraigado en su espíritu.[27] Hitler aseguraba insistentemente, y con mucha frecuencia, que lo ocurrido en 1918 no volvería a repetirse, que no habría una nueva versión de la «cobarde» capitulación con la que se puso fin a la Primera Guerra Mundial. La destrucción con el honor intacto gracias a la lucha hasta el final, defendiendo un código militar casi mítico de combatir hasta la última bala, creando una leyenda valiosa para la posteridad nacida de la desesperación en la derrota y, por encima de todo, incorporando a la historia su propio legado, singular y percibido como heroico, eran infinitamente preferibles a la negociación de una rendición «deshonrosa». Como no tenía ningún futuro personal tras la derrota, a Hitler no le resultó difícil hacerse a la idea del suicidio. Pero no se trató únicamente de una actitud autodestructiva. Esta actitud también condenaba a su propio

pueblo y a su país a la destrucción. Para Hitler, el pueblo alemán le había fallado y había demostrado no ser merecedor de su liderazgo. Era prescindible. De hecho, sin él (así se lo dictaba su monstruoso ego), todo era prescindible. En su manera de pensar, burdamente dualista, todo se había reducido siempre a la victoria o la destrucción. Hitler no se desvió ni un ápice de lo que dictaba su lógica.

El papel crucial del propio Hitler en las ansias de autodestrucción de Alemania a medida que el Reich se derrumbaba es obvio. Por encima de todo, la continuidad de su poder era un obstáculo para cualquier posibilidad, que sus paladines no tuvieron duda en explorar, de negociar una salida a la escalada de muerte y destrucción. Pero esto nos lleva de nuevo a la pregunta inicial: ¿cómo fue capaz de lograrlo? ¿Cómo pudo seguir mandando cuando era evidente para todos los que lo rodeaban que los estaba arrastrando con él y llevando a su país a la perdición? Incluso si aceptamos que Hitler era un individuo con tendencias autodestructivas, ¿por qué razón las élites militares subordinadas a él (el ejército, el partido y el gobierno) le permitieron bloquear cualquier vía racional de salida? ¿Por qué no se volvió a intentar, tras el golpe fallido de julio de 1944, poner coto a la determinación de Hitler de continuar la guerra? ¿Por qué los líderes nazis y los comandantes del ejército estaban dispuestos a seguirle hasta la destrucción completa del Reich? No es que estuvieran dispuestos a seguirle hasta el sacrificio absoluto en lo personal. Tan pronto como Hitler murió, hicieron cuanto estuvo en sus manos para evitar el abismo. Casi todos los dirigentes nazis huyeron, ansiosos por evitar seguir el ejemplo de autoinmolación de Hitler. Los comandantes militares estaban dispuestos a ofrecer sus capitulaciones parciales en rápida sucesión y solamente siguieron combatiendo con el objetivo de trasladar a la mayor cantidad posible de hombres hacia las zonas occidentales, lejos del Ejército Rojo. Algunos llegaron a albergar fantasías de poder ofrecer sus servicios a los Aliados occidentales en el futuro.

La capitulación total se produjo apenas una semana después del acto final del drama en el búnker. La siguió rápidamente la

eliminación de los nazis que huían y a los que ya no les quedaba nada por lo que luchar. Los ocupantes iniciaron la tarea de poner orden en el caos y de intentar establecer nuevas formas y estándares de gobierno. Así pues, es incuestionable que Hitler fue una figura crucial hasta el final. Pero su poder perduró únicamente porque otros lo sostuvieron, porque no estaban dispuestos a desafiarlo o no fueron capaces de hacerlo.

La cuestión va mucho más allá de la propia e intratable personalidad de Hitler y de su inflexible fidelidad al dogma absurdamente polarizado de la victoria o la caída total. La cuestión afecta a la propia naturaleza del poder de Hitler y a las estructuras y mentalidades que le brindaron sostén, principalmente entre la élite en el poder.

El carácter de la dictadura de Hitler puede describirse de forma más acertada como variante de un «poder carismático».[28] Estructuralmente, guardaba cierta similitud con una variante moderna de la monarquía absoluta. Al igual que un monarca absoluto, Hitler estaba rodeado de cortesanos serviles (aun cuando su «corte» careciera del esplendor de Versalles o Sanssouci). Hitler dependía de los nobles y los sátrapas de las provincias, que estaban vinculados a él por la lealtad personal, para ejecutar las órdenes; para sus guerras, dependía de los mariscales de campo de confianza (generosamente recompensados con grandes sumas de dinero y propiedades). Sin embargo, la analogía se diluye rápidamente cuando se consideran los componentes cruciales del Estado moderno: una burocracia y unos mecanismos complejos (en este caso, en manos principalmente de un partido monopolista) para orquestar el apoyo popular y el control de la población. Porque una parte muy importante del armazón que apuntalaba crucialmente la autoridad de Hitler y le volvía intocable, prácticamente un dios que estaba por encima de todas las instituciones del estado nazi, fue el plebiscitario respaldo masivo que posibilitó la combinación de propaganda y represión. Independientemente de lo artificial que fuera esta imagen, no cabe duda de la inmensa y genuina popularidad de Hitler entre la población alemana hasta mediados de

la guerra. Sin embargo, desde el primer invierno ruso de 1941, todo apunta a que su popularidad fue decayendo. Desde el siguiente invierno, marcado por la debacle de Stalingrado, de la que se le consideró responsable directo, la popularidad de Hitler cayó en picado. Así pues, en cuanto a atractivo entre las masas se refiere, el «carisma» de Hitler se fue socavado a medida que la guerra iba empeorando y se acumulaban las derrotas.

Estructuralmente, sin embargo, el «poder carismático» de Hitler estaba lejos de tocar a su fin. Incluso comparado con otros regímenes autoritarios, el de Hitler era extremadamente personalista y lo había sido desde sus inicios, en 1933. No existía ningún politburó, consejo de guerra, gabinete de gobierno (desde 1938), junta militar, senado o grupo ministerial que mediara o ejerciera de contrapeso al poder de Hitler. No había nada parecido, por ejemplo, al Gran Consejo Fascista que promovió la deposición de Mussolini en 1943. Una de las señas distintivas de este «poder carismático» personalista había sido, desde el inicio, la erosión y la fragmentación del gobierno. Hacia mediados de 1944, el punto de partida de este libro, en un momento de intensa conmoción y de reestructuración interna inmediatamente posterior al fallido atentado del 20 de julio de 1944, el proceso de fragmentación se había ampliado y magnificado considerablemente. No existía ninguna entidad unificada que desafiara a Hitler. Dicho de otro modo: las estructuras y las mentalidades de su «poder carismático» siguieron funcionando incluso cuando el atractivo popular de Hitler se hundía. Principalmente, se mantuvieron no porque existiera una fe ciega en Hitler. Más importante aún, en el caso de los nazis acérrimos, era la sensación de que sin Hitler no tenían ningún futuro. Nació así un poderoso vínculo negativo: sus destinos estaban inexorablemente unidos. Era la lealtad de quienes habían quemado sus naves juntos y carecían de una salida. Para muchos de los que ya mantenían una actitud tibia hacia el nazismo, cuando no directamente hostil, con frecuencia resultó imposible separar el apoyo a Hitler y su régimen de la determinación patriótica de evitar la derrota y la ocupación extranjera. Después de todo, Hitler representaba la defensa fanática del Reich. La eliminación de Hitler

(como, por ejemplo, el intento de asesinato de julio de 1944) podía interpretarse, y así lo vieron muchos, como una nueva versión de la leyenda de la «puñalada por la espalda» de 1918. Tampoco debe olvidarse que todo el mundo era consciente de que el dictador seguía teniendo a su disposición un implacable aparato represor. El miedo (o, cuando menos, la precaución extrema) jugó un papel evidente en el comportamiento de la mayoría. Incluso las personalidades más importantes del país sabían que debían andarse con cuidado. Fueran cuales fueran los motivos, el efecto fue el mismo: el poder de Hitler se sostuvo hasta el final.

A medida que se acercaba el final y el gobierno central se fragmentaba casi por completo, las decisiones sobre la vida o la muerte fueron dependiendo cada vez más de los escalafones inferiores (regionales, de distrito y locales), hasta el punto de que individuos como el comandante militar de Ansbach llegaron a disponer de un poder ejecutivo arbitrario y letal. Pero esta radicalización de las bases, pese a ser crucial en medio de la creciente irracionalidad de la fase final, habría sido imposible sin el aliento, la autorización y la «legitimación» de los estamentos superiores, de la jefatura de un régimen que agonizaba sin afrontar ningún desafío interno.

Quizás el elemento más importante al tratar de hallar respuestas a la pregunta de cómo y por qué el régimen resistió hasta el punto de llegar a la destrucción absoluta tiene que ver con las estructuras y mentalidades de ese «poder carismático». La vinculación de este enfoque a una evaluación diferenciada de la forma en que los alemanes corrientes respondieron al Armagedón inminente ofrece la posibilidad de alcanzar una comprensión con mayores matices de por qué el régimen nazi pudo seguir funcionando hasta el final.

Los capítulos que siguen están organizados cronológicamente, desde el fallido atentado con bomba del 20 de julio de 1944 (una cesura en las estructuras gubernamentales del Tercer Reich) hasta la capitulación el 8 de mayo de 1945. Mediante una combinación de historia estructural y de historia de las mentalidades, analizando la sociedad alemana de arriba abajo, el enfoque narrativo adoptado tiene la virtud de permitir describir con precisión las diferentes

etapas dramáticas del hundimiento del régimen y, al mismo tiempo, su sorprendente capacidad de resistencia y su desesperada actitud desafiante a la hora de defender una causa que obviamente cada vez parecía más perdida. El análisis se centra exclusivamente en Alemania: las ideas, los planes y los actos de los Aliados (a menudo atónitos por la predisposición alemana a seguir combatiendo en circunstancias desesperadas) no forman parte de este análisis. Naturalmente, no puede decirse que este último aspecto no revistiera importancia para el devenir de la guerra; los hechos acaecidos en el campo de batalla en los diversos escenarios en los que se desarrolló la contienda fueron decisivos. Pero este no es un libro de historia militar, y las etapas relevantes del avance aliado en Alemania, en el este y el oeste, se relatan de forma resumida, sobre todo con el objetivo de ofrecer un marco válido para el análisis posterior.

Como sabemos cómo acaba la historia, no resulta difícil plantear la pregunta de por qué los contemporáneos no vieron las cosas con la misma claridad con la que las vemos nosotros en retrospectiva: la guerra estaba irremediablemente perdida en el momento en que los Aliados occidentales consolidaron su invasión de Francia y el Ejército Rojo había avanzado hacia el interior de Polonia en el verano de 1944. Pero hasta una fecha sorprendentemente tardía, no fue así como se vieron las cosas. Sabían, sin duda, que las grandes expectativas de 1941-1942 no se cumplirían. Pero los dirigentes alemanes, no solo Hitler, pensaban que aún podrían ganar algo la guerra. Creyeron que la fuerza de voluntad y la movilización radical podrían prolongar el conflicto hasta que aparecieran nuevas «armas milagrosas». El esfuerzo bélico proseguiría hasta que los Aliados tuvieran que buscar una salida negociada a las crecientes pérdidas a medida que sus avances fueran bloqueados o repelidos. Se produciría una división entre el este y el oeste y Alemania seguiría estando en condiciones de preservar parte de sus conquistas territoriales. Y, por último, con la ayuda occidental, podría volverse contra el enemigo común: el comunismo soviético. Estas esperanzas e ilusiones, si bien albergadas por un número cada vez menor de alemanes (sobre todo cuando el Ejército Rojo llegó al Óder a finales

de enero de 1945), se mantuvieron intactas casi hasta el final. Incluso entonces, en aquella terrible etapa de muerte y devastación, enfrentados a dificultades insuperables, los combates continuaron en medio de una creciente sucesión de descalabros regionales, animados por una energía destructiva cada vez más irracional, pero que se retroalimentaba a sí misma.

El propósito de este libro es intentar explicar cómo fue posible, por qué el régimen, desgarrado por todas partes, pudo seguir funcionando hasta que el Ejército Rojo llegó a las puertas de la cancillería del Reich.

Los frentes europeos, julio de 1944

0 100 200 300 millas
0 200 400 km
NORUEGA
SUECIA
Mar del Norte
DINAMARCA
Mar Báltico
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
Londres
Países Bajos
Bélgica
LUX.
Berlín
Polonia
ALEMANIA
Bohemia
Eslovaquia
Austria
HUNGRÍA
Moscú
UNIÓN SOVIÉTICA
OCÉANO ATLÁNTICO
París
FRANCIA
SUIZA
RUMANÍA
Mar Negro
CROACIA
SERBIA
BULGARIA
MON.
PORTUGAL
ESPAÑA
ITALIA
Roma
ALBANIA
TURQUÍA
GRECIA
Mar Mediterráneo
MARRUECOS
ARGELIA
TÚNEZ

Territorio conquistado por los alemanes
Territorio conquistado por los Aliados
Territorio neutral
Fronteras, 1942

1

CONMOCIÓN DEL SISTEMA

Hitler necesita una bomba debajo del culo para entrar en razón.

JOSEPH GOEBBELS, 23 de julio de 1944[1]

I

Fue el principio del fin del Tercer Reich. A finales de julio de 1944, el desembarco aliado en Normandía del 6 de junio de 1944, el Día D, se había consolidado. Se estaban enviando tropas y armas en cantidades cada vez mayores al continente. Ya se preveía un ataque directo por tierra contra el propio Reich. En el frente oriental, el Ejército Rojo había iniciado poco más de quince días después del Día D una enorme ofensiva, la «Operación Bagration», había destruido las defensas del Grupo de Ejércitos Centro de la Wehrmacht (una inmensa formación de 48 divisiones, en cuatro ejércitos, que ocupaba estratégicamente una sección de más de 700 kilómetros del enorme frente), causando enormes pérdidas, y había avanzado más de 300 kilómetros. Al sur, Roma había caído en manos de los Aliados y las tropas alemanas libraban encarnizados combates en la retaguardia cerca de Florencia. Mientras tanto, cada vez eran más los pueblos y ciudades de Alemania que estaban expuestos a la implacable devastación desde el aire. El régimen de Hitler, al límite en cuanto a recursos y efectivos y muy inferior a las

fuerzas combinadas del enemigo, lo que obligaba a la Wehrmacht a replegarse desde el este, el oeste y el sur, tenía los días contados.

Al menos, así era como lo veían los Aliados occidentales. Estaban seguros de que la guerra terminaría antes de Navidad.[2] Visto desde Alemania, era diferente. Allí, las actitudes con respecto a la situación de la guerra y las perspectivas de Alemania variaban ampliamente, ya fuera a nivel de las élites, entre los dirigentes civiles y militares del Reich, o entre la población del «frente interno» y los millones de hombres en armas. El derrotismo, la aceptación de mala gana de que la guerra estaba perdida, el reconocimiento realista de la abrumadora fuerza del enemigo, el descenso de la fe en Hitler y el temor al futuro eran cada día más evidentes. Por otra parte, el apoyo al régimen, no solo por parte de los fanáticos nazis, seguía siendo muy amplio. Y muchos en las altas y bajas esferas seguían negándose a contemplar la perspectiva de la derrota. Su razonamiento era como sigue: todavía era posible repeler al enemigo, la infame coalición entre las democracias occidentales y la Unión Soviética comunista, si se revitalizaba el esfuerzo bélico; en caso de un serio revés, el enemigo podía dividirse; se estaban fabricando nuevas armas devastadoras que provocarían un cambio brusco en el curso de la guerra; y, en caso de sufrir reveses militares importantes, los Aliados se verían obligados a considerar un acuerdo que dejaría a Alemania algunas de sus conquistas territoriales y una paz con honor. Estas ideas distaban mucho de estar moribundas en el verano de 1944.

Sin embargo, el sentimiento que predominaba entre la mayor parte de la población a mediados de julio de 1944 era el de preocupación e inquietud crecientes. Aunque pudiera haber críticas cautelosamente formuladas contra los dirigentes del régimen (incluido el propio Hitler) y, en concreto, al partido nazi y sus representantes, la gran mayoría de los ciudadanos corrientes seguían siendo decididamente leales y respaldaban el esfuerzo bélico. El clima era de inquietud, no de rebeldía. No había el menor indicio de nada similar al creciente descontento que acabaría desembocando en una revolución abierta en 1918, pese a la fijación patológica de

Hitler con el hundimiento del país ese año. Había planes de contingencia para hacer frente a una posible insurrección de los trabajadores extranjeros (cuya cifra ascendía en ese momento a más de 7 millones, incluidos los prisioneros de guerra). Pero no había una expectativa seria de que la población alemana iniciara una revolución.

Los informes regionales del SD *(Sicherheitsdienst;* Servicio de Seguridad) indicaban un estado de ánimo de creciente temor, con la moral a «cero», lo que provocaba una «profunda depresión» y equivalía a una «psicosis de ansiedad» y un «pánico creciente» ante el avance del Ejército Rojo en el este. Existía una profunda preocupación por el destino probable de Prusia Oriental. La población temía que, una vez que los rusos pisaran suelo alemán, nunca se les podría expulsar. Las mujeres, en particular, se sentían profundamente atemorizadas. «El frente oriental probablemente se hundirá pronto —indicaba un comentario del informe—. Si entran los bolcheviques, más vale que nos colguemos nosotros y nuestros hijos. El Führer debería firmar la paz con Inglaterra y Estados Unidos. Ya no se puede ganar la guerra». No era un sentimiento aislado.

Aunque eclipsadas por los acontecimientos en el este, las posturas sobre el frente occidental también eran pesimistas y se reconocía ampliamente la abrumadora superioridad del enemigo en cuanto a hombres y recursos. Aún se depositaban esperanzas en las «armas milagrosas» prometidas, aunque las exageradas expectativas anteriores acerca del impacto de los misiles V1 en los ataques aéreos sobre Londres habían dado paso a la decepción y el escepticismo sobre los reclamos de la propaganda. Y la incapacidad de la Luftwaffe para brindar protección frente a los «ataques de terror» que se estaban efectuando a plena luz del día era una fuente constante de ira, así como de una continua y creciente angustia. El hundimiento de la Wehrmacht en el este llevó a muchos a buscar explicaciones, y también chivos expiatorios. Los relatos de los soldados de permiso sobre la moral de las tropas, que expresaban su falta de fe en la victoria, y la incapacidad de los oficiales, acostumbrados a la comodidad material en sus posiciones de

retaguardia, para proporcionar una defensa adecuada, también repercutían de forma negativa en el estado de ánimo. Y eran cada vez más las familias que recibían la temida visita del jefe local del partido para comunicarles que uno de sus seres queridos había caído en el frente. «¿Cuánto tiempo podemos aguantar aún?», era una pregunta que se formulaban a menudo.[3]

En el otro extremo del espectro en cuanto a opinión, entre la élite del régimen, no se expresaban estas ideas, se consideraran tácitamente o no. Los dirigentes nazis seguían prestando todo su apoyo a Hitler y mostrándole su lealtad, en gran medida porque su propio poder dependía únicamente de él. Pero había frustraciones, así como una continua rivalidad por conseguir una posición mejor que era endémica del Tercer Reich. Hermann Göring seguía siendo el sucesor designado por Hitler. Sin embargo, su popularidad previa se había desvanecido y, entre la élite nazi, su estrella había ido palideciendo durante meses debido a los fracasos de la Luftwaffe. Hitler estallaba en reiterados ataques de ira debido a la incapacidad del comandante en jefe de la Luftwaffe para impedir la destrucción de las ciudades de Alemania. No obstante, y como era típico en él, no estaba dispuesto a destituir a Göring, consciente, como de costumbre, de la pérdida de prestigio que entrañaría y del regalo que supondría para la propaganda enemiga. También había perdido su prestigio anterior el que fuera influyente ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, cuyas predicciones e iniciativas habían resultado catastróficamente erróneas. Apenas se le convocaba ya, sobre todo desde que ya no había, de facto, ninguna política exterior que dirigir.

Mientras algunos paladines nazis perdían su prestigio, otros se beneficiaban de las adversidades. Martin Bormann, jefe de la cancillería del partido, pudo sacar más partido que nunca a su constante proximidad a Hitler, controlando el acceso a la presencia del dictador y ejerciendo de portavoz de su amo. Bormann, nacido en 1900, era un personaje sin pretensiones que vestía un uniforme del partido que le sentaba mal. Bajo, rechoncho, con el cuello ancho y el cabello fino con entradas, era odiado y temido en la misma

medida por los dirigentes nazis, que conocían muy bien su crueldad, su capacidad para la intriga y sus oportunidades de influir en Hitler. Durante mucho tiempo había sido un hombre imprescindible para Hitler entre bastidores: había gestionado durante años sus asuntos financieros particulares y, a mediados de la década de 1930, había organizando la construcción del Berghof, el retiro palaciego del dictador en el Obersalzberg, cerca de Berchtesgaden. Su principal valor era que Hitler confiaba plenamente en él. Bormann había ido ascendiendo de forma casi inadvertida en la oficina central del partido en Múnich, donde, gracias a su incansable energía y su eficacia, junto con los «codazos» necesarios para abrirse paso, había llegado a controlar el aparato burocrático del partido. Sin embargo, no era un simple funcionario. Había militado en organizaciones antisemitas y paramilitares en la década de 1920, antes de llegar hasta Hitler, y había estado en la cárcel por participar en un asesinato político. Su fanatismo ideológico se mantendría intacto hasta el final.

En 1929 se casó con Gerda, que era la hija del jefe del tribunal del partido (que arbitraba en asuntos de disciplina interna), Walter Buch, y también una nazi fanática. Tuvieron diez hijos (nueve sobrevivieron, todos menos uno se convirtieron al catolicismo y uno de ellos incluso se ordenó sacerdote pese, o debido, a la aversión radical de sus padres a la Iglesia). A juzgar las cartas que se han conservado, parece que los Bormann se habían consagrado el uno al otro. Sin embargo, el matrimonio distaba mucho de ser convencional. En enero de 1944, Gerda acogió favorablemente la noticia de que Martin había logrado seducir a la actriz Manja Behrens, esperaba que esta le diera un hijo e incluso llegó a redactar una propuesta de ley para legalizar la bigamia.

Por entonces, Bormann era uno de los hombres más poderosos de Alemania. Inmediatamente después del vuelo de Rudolf Hess a Gran Bretaña en mayo de 1941, había sido elegido para dirigir el partido y, una vez que Hitler le nombró jefe de su cancillería, consolidó rápidamente su control sobre la burocracia. Su papel de factótum de confianza de Hitler acabó siendo reconocido oficialmente cuando en abril de 1943 le fue concedido el título de «secretario del Führer».

Cuando la suerte de Alemania declinó, Bormann utilizó su control de la administración central del partido, con el respaldo del fanático Robert Ley, el jefe de organización del Reich (y jefe del Frente Alemán del Trabajo), para revitalizarlo y ampliar su alcance, apuntalando la segunda fuente de poder del régimen y convirtiéndose en un personaje de una importancia crucial.[4]

No obstante, el poder de Bormann tenía sus límites. No podía impedir que otros personajes importantes del régimen tuvieran acceso directo a Hitler y ejercieran su propia influencia en el dictador. Incluso en el seno de la organización del partido se enfrentaba a restricciones. No consiguió del todo extender su poder a los aproximadamente cuarenta jefes regionales del partido, los Gauleiter. Pese a que en teoría eran sus subordinados, algunos Gauleiter, «viejos combatientes» de confianza que habían demostrado su valía desde los primeros tiempos del partido, tenían en muchos casos un acceso directo a Hitler que limitaba el control de Bormann. Erich Koch, que dirigía su dominio de Prusia Oriental como si fuera su feudo personal, era uno de los Gauleiter que ejemplificaba las dificultades para imponer un control centralizado o, en realidad, cualquier tipo de control en su región, incluso el de las autoridades de la Wehrmacht.[5] Como muchos otros Gauleiter, Koch había sido nombrado comisario de defensa del Reich, lo que le confería amplios poderes para organizar la defensa civil y, por tanto, la posibilidad, que aprovechó de inmediato, de interferir en su provincia en asuntos que no tenían relación con el partido. A mediados de julio de 1944, Koch ya se estaba valiendo de su acceso directo a Hitler para bloquear una propuesta de Goebbels, el ministro de Propaganda y Gauleiter de Berlín, quien había negociado con las autoridades ferroviarias la evacuación de la amenazada Prusia Oriental de unos 170.000 berlineses que se habían refugiado allí de los bombardeos sobre la capital. Koch obtuvo el beneplácito de Hitler para limitar esta evacuación a 55.000 mujeres y niños de unos pocos barrios, los más amenazados por los ataques aéreos soviéticos. Fue la primera de una serie de intervenciones de Koch para impedir la evacuación de su región, lo

que sembró la confusión en la administración y, algo más importante, tuvo consecuencias aciagas para los habitantes de Prusia Oriental.[6]

La inmensa acumulación de poder de Heinrich Himmler (jefe de las SS, la policía alemana, comisario del Reich para el fortalecimiento de la germanidad y ministro del Interior) le había otorgado el control de todo el complejo aparato represor del régimen en la Europa ocupada. El siniestro personaje que ejercía un poder tan inmenso tenía poco más de cuarenta años y era un individuo extraño y excéntrico, pero también un ideólogo fanático. Su aspecto físico era del montón: altura mediana, complexión delgada, rostro pálido que dominaba un bigote recortado, gafas sin montura, el mentón hundido y una variante extrema del corte de pelo rapado en la nuca y los costados. Trataba a los dirigentes de las SS con un paternalismo quisquilloso y les recomendaba las virtudes del «decoro» al tiempo que se encargaba del asesinato orquestado de millones de judíos mediante la «solución final». Himmler, el dirigente nazi más temido después de Hitler, había ampliado aún más su poder en el seno de la propia Alemania al sustituir a Wilhelm Frick como ministro de Interior del Reich en agosto de 1943. Este ascenso había vuelto innecesario su objetivo de crear un Ministerio de Seguridad del Reich para desligar a la policía del Ministerio del Interior y ponerla bajo su autoridad.[7] En julio de 1944, el ambicioso Reichsführer-SS avanzaba poco a poco hacia nuevas ampliaciones importantes de su imperio, esta vez en la esfera de la Wehrmacht. La rivalidad con la Wehrmacht siempre había contenido la expansión de las Waffen-SS de Himmler, su propia fuerza militar. Pero el 15 de julio, Hitler encarga a Himmler el adoctrinamiento en los ideales nazis de quince nuevas divisiones del ejército previstas y el control de la disciplina militar.[8] Fue una importante incursión en el dominio de la Wehrmacht.[9]

Joseph Goebbels (ministro de Propaganda del Reich y jefe de organización de la propaganda del partido) y Albert Speer (ministro de Armamentos y Producción Bélica del Reich) habían aprovechado las necesidades de la guerra para poner de relieve ante Hitler que

eran indispensables. Las bajas sufridas en el frente habían reducido mucho la cantidad de soldados.[10] La destrucción de los equipos exigía con urgencia una intensa campaña armamentística. Era necesario rastrear todas las fuentes posibles de mano de obra para que la pudiera reclutar la Wehrmacht, así como para la fabricación de armamento. Sobre todo, eran vitales nuevas iniciativas propagandísticas para movilizar a la población y obligarla a reconocer la necesidad de una abnegación extrema en aras de la guerra. No obstante, las frustraciones con el liderazgo de Hitler, dentro de un marco de lealtad incuestionable, eran evidentes. Se centraban en la reticencia de Hitler a cumplir las exigencias de la «guerra total», lo que significaba medidas mucho más drásticas para maximizar el reclutamiento de la Wehrmacht y la producción de guerra.

Goebbels, un hombre pequeño, casi en la cincuentena, con una cojera pronunciada en su pie derecho (una deformidad de la que estaba muy acomplejado), era uno de los dirigentes nazis más inteligentes, poseía un ingenio cruel, era implacable y dinámico, un buen organizador y un fervoroso acólito de Hitler que con su dominio de la propaganda conseguía combinar un cinismo absoluto con un fanatismo ideológico extremo y brutal. Había estado presionando para pasar a la «guerra total» (para aprovechar al máximo todos los recursos concebibles de mano de obra hasta entonces no utilizada y reducir drásticamente cualquier actividad que no fuera esencial para la economía de guerra) desde febrero de 1943, inmediatamente después de la desastrosa derrota de Stalingrado. En aquel momento Speer se había unido a él para instar a una reorganización y revitalización del esfuerzo bélico dentro del país. Goebbels aspiraba, sobre todo, a hacerse cargo de la dirección del frente interno y dejar que Hitler se centrara en los asuntos militares. Pero Hitler había autorizado poco más que medidas simbólicas y la guerra total había sido, básicamente, un eslogan propagandístico. En una larga reunión privada que mantuvo con Hitler el 21 de junio de 1944, justo antes del avance soviético en el frente oriental, aunque el exitoso desembarco aliado en el norte de

Francia ya constituía claramente una importante amenaza, Goebbels presionó otra vez con vehemencia a favor de la guerra total y una drástica revisión de la estructura de mando política y militar. Una vez más, Hitler puso reparos. Dijo que, por el momento, quería seguir «la vía de la evolución, no de la revolución».[11]

La disminución de los recursos de mano de obra como consecuencia de las incursiones enemigas desde el oeste y el este había impulsado a Albert Speer en julio a aunar esfuerzos temporalmente con Goebbels para intentar convencer a Hitler de que adoptara las medidas de la guerra total destinadas a extraer las últimas reservas de hombres. Speer, que solo tenía 39 años, era un hombre bien parecido, culto y sumamente inteligente, un espléndido gestor y organizador, y desde un principio había sido enormemente ambicioso y se había consolidado rápidamente en la década de 1930 como un «favorito de la corte», aprovechando la pasión de Hitler por los fastuosos proyectos de construcción. Antes de cumplir los treinta, Hitler ya le había encargado diseñar el estadio para las concentraciones del partido en Núremberg. En 1937 se le encomendó convertir Berlín en una capital digna de una raza superior. En el último año de paz entregó, a tiempo y a una velocidad vertiginosa, la imponente nueva cancillería del Reich de Hitler. Hitler veía en Speer al genial arquitecto que él había querido ser. Speer, por su parte, veneraba a Hitler y estaba embriagado por el poder que reportaba el favor del dictador.

Cuando Fritz Todt, que estaba a cargo de la producción de armas y munición, murió misteriosamente en un accidente aéreo en febrero de 1942, Hitler nombró, de forma un tanto sorprendente, a Speer nuevo ministro de Armamentos, dotado de amplios poderes. Desde entonces, Speer había planificado un asombroso aumento de la producción de armamento. Pero sabía que se había llegado al límite. No podía competir con la superioridad de los Aliados.[12] En un informe que redactó para Hitler el 12 de julio, Speer daba a entender que aceptaba la idea del dictador de que la crisis del momento se podía superar en unos cuatro meses gracias a las armas nuevas, sobre todo el misil A4 (que pronto pasaría a llamarse V2). Y

estaba de acuerdo en que, pese a todas las dificultades, había potencialmente disponibles nuevos reclutas en diferentes sectores de la economía, incluido el del armamento, para reabastecer la Wehrmacht. Al mismo tiempo, Speer sostenía que había que hacer todo lo posible para reforzar la mano de obra en la industria armamentística y que no bastaba con incorporar más trabajadores extranjeros de todo el imperio nazi. Era esencial plantear la exigencia de la guerra total a la población. Afirmaba que los ciudadanos estaban dispuestos a hacer los sacrificios necesarios en su vida diaria, una idea que los informes de opinión internos del SD parecían respaldar.[13] Sugería que se podía incorporar a un gran número de mujeres al trabajo y que una mejor organización permitiría contar con nuevas fuentes de mano de obra. Recomendaba medidas contundentes para «revolucionar» las condiciones de vida. Creía que el anuncio de la movilización de las últimas reservas suscitaría un entusiasmo que no se había experimentado desde las guerras de liberación contra Napoleón a principios del siglo xix.[14]

Hitler indicó finalmente que admitía que era necesario actuar. Hans-Heinrich Lammers, el jefe algo anodino de de la cancillería del Reich, avisó el 17 de julio de que Hitler quería celebrar cuatro días más tarde una reunión con los representantes de los ministerios más directamente afectados sobre «un nuevo despliegue reforzado de hombres y mujeres para la defensa del Reich».[15]

Tras remover cielo y tierra presionando a favor de las medidas de la guerra total, Goebbels pone manos a la obra el 18 de julio, siguiendo el ejemplo de Speer, en una maniobra claramente coordinada con el ministro de Armamentos y presionando en la misma dirección.[16] En su informe para Hitler, Goebbels exhortaba a que se confirieran amplios poderes a un solo hombre (él, por supuesto), que trabajaría con los Gauleiter a escala regional para impulsar la acción. Afirmaba que, con las rigurosas medidas que tenía en mente, podía organizar cincuenta divisiones nuevas para la Wehrmacht en menos de cuatro meses.[17]

Speer añadió un segundo informe, solo una semana más tarde, en el que aportaba cifras sobre la mano de obra en el sector del armamento, la administración y las empresas, señalaba los errores de organización que habían permitido una acumulación a gran escala de mano de obra improductiva e indicaba posibles fuente de reclutamiento para reforzar la Wehrmacht. Calculaba (aunque las cifras fueron vehementemente cuestionadas por quienes tendrían que aportar la mano de obra) que se podrían encontrar hasta 4,3 millones más de hombres para la Wehrmacht mediante una campaña eficaz. Aunque existía la necesidad de proteger a la mano de obra cualificada en el sector del armamento, una petición interesada, insistía en que se podía resolver el problema de la falta de soldados para cubrir las necesidades del frente, pero solo si la responsabilidad le era encomendada a una «personalidad», dotada de poderes plenipotenciarios y dispuesta a trabajar con energía y dinamismo para superar los intereses creados y coordinar los cambios organizativos necesarios en la Wehrmacht y la burocracia del Reich a fin de contar con una rigurosa explotación de los recursos humanos disponibles.[18]

Speer estaba formulando una petición, apenas velada, de que se le entregara el control de la coordinación del armamento y el personal en todas las secciones de la Wehrmacht para añadirlo a sus poderes sobre la producción de armas. De haber satisfecho esta ambición, Speer se habría convertido, gracias a su imperio armamentístico, en el jefe supremo de la campaña de guerra total.[19] Es imposible saber qué repercusión podría haber tenido este informe en Hitler y en la reunión prevista para el 21 de julio para hablar de la guerra total en aquella coyuntura concreta, ya que no tuvo tiempo de presentar este segundo informe a Hitler antes de que los acontecimientos del mismo día en que se había redactado, el 20 de julio de 1944, acapararan la atención del dictador.[20]

II

Las esperanzas que aún pudieran albergar los alemanes conmocionados por los acontecimientos en el frente occidental y posteriormente en el oriental en el verano de 1944 cristalizaron en lo que se había convertido en el último objetivo de la guerra: la defensa del Reich. Las grandiosas y utópicas ideas de un imperio alemán que se extendiera desde el Atlántico hasta los Urales hacía mucho que se habían olvidado, salvo en el caso de los fantasiosos impenitentes. Poco a poco, de manera casi imperceptible y subrepticia, las perspectivas hasta entonces excitantes de una gloriosa «victoria final», por embrionarias que hubieran sido, habían sucumbido ante una realidad amarga y un objetivo defensivo limitado: mantener al enemigo alejado de suelo alemán. La época de las devastadoras ofensivas *blitzkrieg,* cuando la Wehrmacht podía penetrar en las débiles líneas enemigas como un cuchillo en la mantequilla, ya había pasado. En una guerra que se había convertido en un prolongado combate de retaguardia contra enemigos poderosos con inmensos recursos, las limitaciones de Hitler como señor de la guerra eran cada vez más obvias. Al mismo tiempo, su visión de cuál era el objetivo de la misma, o de cómo podría terminar, se había vuelto totalmente opaca.

Por supuesto, Hitler simbolizaba una inquebrantable voluntad de mantener cada palmo de territorio y no capitular nunca. Y todavía podía enardecer a quienes se encontraran en su presencia con la fuerza de su propia voluntad y su inagotable optimismo. Podía ocurrir que comandantes militares curtidos se mostraran escépticos al comienzo de una audiencia con Hitler y salieran de la misma revigorizados. A otros, sin embargo, les sorprendía la falta de un planteamiento claro en cuestiones estratégicas y tácticas. Cuando el general Friedrich Hoßbach se reunió con Hitler la tarde del 19 de julio de 1944 para que le fuera confiado el mando del cuarto ejército, vio al dictador, del que había sido ayudante en la Wehrmacht, «encorvado y prematuramente envejecido», incapaz de proponer algún objetivo estratégico de amplio alcance y expresando comentarios sumamente superficiales sobre la posición táctica. Hoßbach se limitó a aceptar el nombramiento y le dijo a Hitler que

actuaría según su criterio cuando valorara la situación y que haría todo lo posible por recuperar la posición perdida con la destrucción del Grupo de Ejércitos Centro.[21]

Para entonces, numerosos comandantes militares habían rebatido en vano las decisiones de Hitler. En su avasalladora presencia, resultaba imposible mantener una argumentación en contra razonada. En tanto que líder supremo, no toleraba ninguna oposición. Su derecho al mando era aceptado por todos. Y quienes disfrutaban de puestos de autoridad seguían intentando poner en práctica sus órdenes. Pero la retórica enardecedora, y la destitución de los generales por no ser capaces de lograr lo imposible, difícilmente equivalían a una estrategia y, menos aún, a una serie de objetivos claramente definidos. En concreto, y crucialmente, carecía de una estrategia para salir de la guerra en la que había sumido a su país. En una ocasión, les había dicho a sus asesores militares que repeler la invasión aliada sería decisivo para la guerra.[22] Sin embargo, cuando la invasión tuvo éxito, no extrajo ninguna conclusión, salvo que había que seguir combatiendo. Ya no era factible la victoria total. Incluso Hitler podía verlo. Pero negociar con el enemigo desde una posición de debilidad era algo que no cabía contemplar ni por un segundo. Solo quedaba seguir luchando y confiar en que surgiera algo. Y eso significaba tratar de ganar tiempo.

La mano derecha y portavoz de Hitler en el ejército, el general Alfred Jodl, jefe del Departamento de Operaciones de la Wehrmacht, se hizo eco de esta falta de objetivos estratégicos claros cuando se dirigió a su estado mayor el 3 de julio de 1944:

> Nuestra propia cúpula militar, en todos los frentes, se concentra ahora en ganar tiempo. Unos pocos meses pueden resultar decisivos para salvar a la patria […]. Nuestro armamento justifica tener grandes esperanzas […]. Se está preparando todo, con resultados en un futuro previsible. Por tanto, la exigencia es la de combatir, defender, resistir y reforzar psicológicamente a las tropas y el mando. Asegurar el frente donde está ahora.[23]

Había muchos altos mandos de la Wehrmacht que compartían esta opinión. Reforzar las defensas desplegadas, resistir, contener al enemigo, reconstruir las líneas mientras se hacían frenéticos

esfuerzos para aumentar al máximo la producción de armamento, encontrar refuerzos y producir nuevas armas se convirtieron en fines en sí mismos, en lugar de en etapas para poner en práctica una estrategia militar y política preconcebida. El coronel general Heinz Guderian, el temible comandante de tanques, que por entonces era inspector general de las tropas acorazadas, comentó en tono de aprobación que, con la sustitución del mariscal de campo Ernst Busch (un hombre sumamente leal, pero que servía de chivo expiatorio por los graves errores cometidos en el desastre ocurrido al Grupo de Ejércitos Centro) por el rudo mariscal de campo Walter Model, Hitler había encontrado «al mejor hombre posible para acometer la tarea increíblemente difícil de reconstruir una línea en el centro del frente oriental».[24] Sin embargo, no se trataba de un objetivo estratégico, sino simplemente de una operación de «extinción de un incendio» por parte de un hombre a quien, debido a la gran cantidad de situaciones difíciles que se le había encomendado solucionar, se llegaría a conocer como el «bombero de Hitler». La mayoría de los comandantes, fuera cual fuera su grado de entusiasmo por el régimen de Hitler, actuaban de forma similar a Model y hacían todo lo posible por cumplir sus obligaciones con profesionalidad y con una disciplina férrea hasta los límites de su capacidad, sin formular, al menos en público, preguntas sobre los objetivos políticos. Aquellos que eran bastante temerarios para expresar opiniones que, pese a ser realistas, no cuadraban con el optimismo que exigía Hitler, acababan siendo remplazados, como les sucedió a comienzos del mes de julio al mariscal de campo Gerd von Rundstedt, el muy experimentado comandante en jefe del frente occidental, y al general Geyr von Schweppenburg, el competente comandante del Grupo Panzer Oeste.

En privado, los altos mandos de la Wehrmacht tenían puntos de vista divergentes sobre las perspectivas de la guerra. Junto a los partidarios del régimen y los comandantes del frente, que apenas tenían tiempo para reflexionar a fondo y, en cualquier caso, tenían pocos conocimientos de la situación global, estaban aquellos cuyas opiniones sobre las perspectivas militares y políticas de Alemania

distaban mucho de ser optimistas. El propio Hitler había fustigado durante años las actitudes presuntamente derrotistas y negativas que, en su cínica opinión, caracterizaban al estado mayor del ejército, responsable de toda la planificación operativa en el este. Sus crecientes y enconadas desavenencias con el jefe del estado mayor, Franz Halder, habían desembocado en la sustitución de este último en septiembre de 1942 por el enérgico y dinámico Kurt Zeitzler. Pero Zeitzler, agotado por el conflicto constante con Hitler, que había alcanzado su apogeo con la destrucción del Grupo de Ejércitos Centro, sufrió una crisis nerviosa a finales de junio de 1944. Le acababa de decir a Hitler que la guerra estaba perdida militarmente y que «había que hacer algo para poner fin a la misma».[25]

Zeitzler estaba expresando un sentimiento muy extendido por entonces en el seno del estado mayor, según una carta redactada en su defensa por su ayudante, el Oberstleutnant Günther Smend, el 1 de agosto de 1944. Smend había sido arrestado por sus vínculos con la conspiración de Stauffenberg y fue condenado a muerte el 14 de agosto y ejecutado el 8 de septiembre. Es muy posible que escribiera la carta después de ser torturado y que exagerara un poco los sentimientos subversivos en el cuartel general del estado mayor. No obstante, permite hacerse una idea clara de cuál era el estado de ánimo. Ante la perspectiva de una ejecución casi segura, Smend no tenía ninguna razón evidente para fingir. Escribió que las dudas sobre una victoria final habían ido en aumento desde la catastrófica derrota sufrida en Stalingrado en febrero de 1943. El abismo cada vez más pronunciado entre las recomendaciones del estado mayor y las decisiones de Hitler había suscitado fuertes críticas hacia el Führer, sobre todo en el departamento de operaciones, que los oficiales de alto rango no habían desalentado. De hecho, el propio jefe del departamento, el general Adolf Heusinger, había criticado cómo dirigía Hitler la guerra.[26] Ya nadie creía firmemente en Hitler. El ambiente en todo el estado mayor era de desesperanza, motivada sobre todo por los desastres en el este, pero también por las malas noticias que llegaban de todos los frentes, que inducían a

concluir que la guerra estaba perdida. Se habían cometido errores decisivos y se consideraba a Hitler un estorbo en el plano militar. Según Smend, Zeitzler había sido muy franco el día que sufrió la crisis al valorar la situación mientras hablaba con Hitler. Le había recomendando que nombrara a Himmler «dictador patrio» para que gestionara el esfuerzo de guerra total que se había extendido pero no se había puesto en marcha con el rigor necesario. A partir de entonces, con Zeitzler fuera de servicio y el estado mayor sin una jefatura eficaz casi durante un mes, el sentimiento de que «el Führer no puede hacerlo» fue en aumento. Se impuso la opinión de que «todo esto es una locura». Los oficiales jóvenes, en especial, responsabilizaban a Hitler. Smend escribió que todos sabían que circulaba la idea de eliminar al Führer.[27]

El 20 de julio de 1944, estas ideas (concebidas, bosquejadas y elaboradas en una conspiración en la que estaban involucradas personalidades de las fuerzas armadas, los servicios de inteligencia militar, el Ministerio de Asuntos Exteriores y otros sectores de la jefatura del régimen) culminaron en el atentado contra la vida de Hitler perpetrado por el conde Claus Schenk Graf von Stauffenberg y el posterior golpe de Estado fallido iniciado en el cuartel general del ejército de reserva en Berlín. Stauffenberg había colocado una bomba debajo de la mesa de Hitler en una reunión militar celebrada después del mediodía en el cuartel general del Führer en Prusia Oriental. La bomba había estallado, matando o hiriendo de gravedad a la mayoría de las personas que estaban presentes en el barracón de madera, pero Hitler había sobrevivido y solo había sufrido heridas leves. Una vez que quedó claro que Hitler estaba vivo, el respaldo al golpe que estaba previsto que se produjera tras su presunta muerte se fue debilitando y fracasó a lo largo de la tarde. Un pelotón de fusilamiento ejecutó a Stauffenberg y a otros tres colaboradores cercanos a altas horas de la noche. No tardaron mucho en capturar a los demás conspiradores. La mayoría fueron torturados, sometidos a espantosos juicios amañados y después ejecutados de manera bárbara.

El intento de asesinato de Stauffenberg supuso un giro interno en la historia del Tercer Reich.[28] Al fracasar la conspiración, no solo hubo terribles represalias contra las personas implicadas (las horrendas detenciones, la tortura, el juicio y la ejecución de la mayoría de los conspiradores), sino también una fuerte radicalización del régimen, tanto en lo que respecta a la represión como a la movilización. Las consecuencias de esta conspiración fallida afectaron significativamente a las estructuras gubernamentales del régimen, las mentalidades de la élite civil y militar (y también, hasta cierto punto, de la población en general) y las posibilidades de que se produjera un «cambio de régimen» y el fin de la guerra.

III

Cuando fue interrogado después de la guerra, en mayo de 1945, Göring sostuvo que la organización de un movimiento eficaz contra Hitler había sido imposible en el momento de la conspiración de la bomba.[29] Y también opinaba lo mismo, ese mismo mes, el general Hoßbach, que había sido ayudante de Hitler en la Wehrmacht. Según Hoßbach, el atentado contra Hitler no contaba con ningún respaldo entre la masa de la población ni en la Wehrmacht. «Pese a todos los reveses, Hitler seguía disfrutando de una gran popularidad en 1944», declaró. La asociación entre Hitler y el respaldo patriótico del país en guerra era un vínculo fuerte, que hacía que resultara extremadamente difícil «derrocar al dios».[30] De hecho, los que participaron en la conspiración para matar a Hitler sabían demasiado bien que sus actos carecían de respaldo popular.[31] El propio Stauffenberg reconocía que «pasaría a la historia alemana como un traidor».[32] Las reacciones inmediatas a los sucesos del 20 de julio confirman estos puntos de vista.

Entre los alemanes corrientes se apreciaba un sentimiento generalizado de profunda conmoción y consternación ante la noticia del fallido intento de asesinato. En todas partes se registraron de

inmediato efusivas muestras de lealtad y apoyo al Führer, junto con una furiosa indignación contra la «minúscula camarilla» de oficiales «criminales» (como los había calificado Hitler) que había perpetrado un acto tan vil, y una total incredulidad de que una traición tan innoble hubiera sido posible. Naturalmente, habría sido casi suicida lamentar en público que Hitler hubiera sobrevivido, aunque sin duda era el sentimiento privado de un buen número de personas. Las muestras de apoyo de las que se tiene constancia dan, inevitablemente, una idea distorsionada de las actitudes. Esto fue aún más evidente en el caso de los extremos de fervor prohitleriano surgidos en las grandes «manifestaciones de lealtad» celebradas días después en toda Alemania por un partido nazi revitalizado que usaba todos sus recursos para movilizar a la población orquestando demostraciones «espontáneas» de júbilo porque el Führer hubiera sobrevivido y de indignación por la monstruosa tentativa de asesinato.[33] Aun así, todo indica que hubo una oleada de genuino apoyo a Hitler en los días inmediatamente posteriores al atentado contra su persona.

El SD realizó sondeos de opinión al día siguiente de la tentativa de asesinato. «Todos los informes coinciden en que el anuncio del atentado ha generado fuertes sentimientos de conmoción, consternación, ira y rabia», rezaba el resumen sobre las reacciones iniciales. Se decía que las mujeres habían roto a llorar de alegría en las tiendas o las calles de Königsberg y Berlín al enterarse de que Hitler había sobrevivido. «Gracias a Dios, el Führer está vivo» era una expresión común de alivio. «¿Qué habríamos hecho sin el Führer?», preguntaba la gente. A Hitler se le veía como el único baluarte posible contra el bolchevismo. Muchos creían que su muerte habría supuesto la pérdida del Reich. Al principio se supuso que el atentado era obra de agentes enemigos, aunque esta suposición pronto dio paso al reconocimiento de que se trataba de una traición desde dentro y a la furia porque los conspiradores fueran oficiales alemanes.[34]

Los informes de las oficinas de propaganda regionales de todo el país contaban la misma historia. La población estaba conmocionada

por lo sucedido, pero su confianza en el Führer se había reforzado. Se decía que algunos oficiales creían que la reputación del ejército había resultado tan mancillada por la traición, que querían pasarse a las Waffen-SS. Se especulaba mucho sobre cómo podía haberse producido el atentado: se había concedido demasiada libertad a la Wehrmacht y el Führer estaba mal informado de lo que estaba sucediendo. Había sido demasiado indulgente con los generales y simplemente los destituía en lugar de ejecutarlos cuando incumplían sus obligaciones. Se daba por sentado que soplaría «un viento nuevo». Se exigían duras represalias contra los «traidores» y que se hicieran públicos sus nombres. Circulaban rumores descabellados sobre la implicación de una serie de militares importantes, entre ellos el ex comandante en jefe del ejército de tierra Walther von Brauchitsch, el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, que acababa de ser reemplazado del cargo de comandante en jefe en el oeste, e incluso el mariscal de campo Wilhelm Keitel, el jefe del alto mando de la Wehrmacht.[35] La población no podía entender que semejante conspiración hubiera pasado inadvertida. Estaba desconcertada de que en el propio seno del ejército hubiera habido personas que obraran en contra de las intenciones y los actos del Führer.[36] No se tardó mucho en considerar que el sabotaje desde dentro era la razón obvia del reciente y desastroso descalabro del Grupo de Ejércitos Centro.[37]

Pese a lo tendenciosos que eran dichos informes, no cabe duda de que representaban corrientes de opinión genuinas. La gente enviaba dinero para expresar su agradecimiento porque Hitler hubiera sobrevivido. Se recaudaron cantidades considerables y se entregaron a la NSV para que atendiera a los niños huérfanos de la guerra.[38] Una mujer, esposa de un obrero y madre de varios hijos, acompañó su donativo de 40 marcos del Reich a la Cruz Roja con una nota dirigida a la oficina local del partido en la que explicaba que lo hacía por su «gran amor por el Führer, porque no le había sucedido nada». Escribió que estaba contenta «de que se nos haya preservado nuestro Führer. Ojalá viva mucho tiempo y nos conduzca a la victoria».[39] Un cabo pedía disculpas a su esposa por no poder

enviar dinero a casa a principios de agosto porque lo había donado todo a una colecta de la Wehrmacht para mostrar gratitud al Führer. Decía que muchos habían donado bastante más. Sin embargo, por muy obligados que se pudieran haber sentido a donar a la colecta, el nivel de generosidad excedía lo que era estrictamente necesario.[40]

Muchas cartas y comentarios en diarios particulares de la época reflejaban sentimientos naturales a favor de Hitler. «No creo equivocarme cuando digo en una hora tan triste para todos nosotros que Alemania depende en esta lucha de la persona de Adolf Hitler —se leía en una anotación del 21 de julio en el diario de un joven pro nazi, prisionero de guerra en Texas—. Estoy convencido de que, de haber tenido éxito este atentado contra Adolf Hitler, nuestra patria estaría ahora sumida en el caos».[41] No era una excepción. Más de dos terceras partes de los prisioneros de guerra cautivos de los estadounidenses mencionaron su fe en Hitler durante las semanas posteriores al intento de asesinato, lo que refleja un aumento con respecto a los niveles previos a la conspiración.[42] La lealtad al Führer también se mantenía firme entre los soldados que luchaban en el frente. El censor comentaba «la gran cantidad de expresiones de júbilo por la salvación del Führer» en las cartas que enviaban a casa los soldados desde el frente.[43] También es cierto que había que ser extremadamente cauto a la hora de expresar opiniones negativas en unas cartas que podrían acabar en manos del censor. Sin embargo, no había ninguna necesidad de hacer comentarios efusivos a favor de Hitler. También se podían apreciar sentimientos similares en las cartas que recibían los soldados. «En vista de la situación actual de nuestro país, no puedo imaginar cómo se habrían desarrollado los acontecimientos sin el Führer», le escribió a su marido una mujer en Múnich.[44] El comandante de la unidad de suministros de una división de infantería en la retaguardia escribía como encabezamiento en su diario el 20 de julio: «Tarde. Malas noticias. Atentado contra el Führer», y anotaba al día siguiente, después de escuchar a Hitler de noche en la radio, que se trataba solo de una pequeña camarilla de oficiales y que se efectuaría una purga. Y añadía: «Es una vergüenza» que haya

ocurrido y con los rusos «a las puertas».[45] Otro oficial, del frente occidental y claramente escéptico sobre el rumbo de la guerra, revisó al día siguiente su opinión inicial de que había sido obra de una pequeña camarilla de oficiales y vio en el atentado «una conspiración total contra A[dolf| H[itler]», lo que denotaba una fractura en la Wehrmacht entre partidarios y adversarios del régimen. Recordaba a alguien que había conocido a Stauffenberg y hablaba de él como un excelente oficial y un valiente soldado, pero añadía que era «evidentemente un estúpido desde el punto de vista político».[46]

También en la alta jerarquía del ejército la respuesta fue de un firme apoyo al régimen.[47] La consternación y la condena del atentado de Stauffenberg contra el jefe de las fuerzas armadas en medio de una guerra mundial fueron inmediatas.[48] La reacción del coronel general Georg-Hans Reinhardt es un ejemplo revelador. Era un comandante experimentado y competente que seguía siendo leal a Hitler pese a haber tenido que cumplir a finales de junio de 1944 las absurdas órdenes del Führer que impidieron la retirada de su tercer ejército panzer y condujeron a su destrucción por los soviéticos. Estaba abatido por la noticia del atentado contra la vida de Hitler.[49] «Gracias a Dios, se ha salvado», fue su respuesta inmediata, debatiéndose entre la consternación y la incredulidad de que tal cosa hubiera sido posible. «Completamente destrozado —añadió al día siguiente—. ¡Incomprensible! ¿Qué supone esto para nuestro cuerpo de oficiales? Solo podemos sentir una profunda vergüenza».[50] Su fe en Hitler se mantuvo intacta, al igual que su sentido de que debía cumplir la voluntad del Führer. «El deber me llama. Iré a donde el Führer me ordene», escribió cuando tomó el mando de lo que quedaba del Grupo de Ejércitos Centro un mes más tarde. «Es cuestión de ser digno de su confianza».[51] El general Hermann Balck, un comandante de tanques duro como la teca, un curtido veterano del frente oriental, profundamente leal y muy respetado por Hitler por su dinámico mando de las formaciones acorazadas, había conocido y admirado a Stauffenberg, pero fue rotundo al calificarlo de «criminal». Su acto, que Balck consideraba

comparable al asesinato de César por Bruto, había agravado la difícil situación de Alemania. Para él, la causa era que el cuerpo de oficiales era incapaz desde hacía tiempo de anteponer «el juramento y el honor» a todo lo demás. La «revuelta del estado mayor» era «vergonzosa» para el cuerpo de oficiales. Pero parecía ser una «tormenta purificadora» en el momento oportuno. Tenía que haber una purga implacable de todos los conspiradores, una *tabula rasa.* «Para nosotros significa conseguir la victoria pese a todo bajo el emblema del Führer», concluyó.[52]

Los oficiales que distaban mucho de ser nazis recalcitrantes seguían enfrentándose al dilema de que, incluso en la grave situación en que se encontraba Alemania, matar a Hitler era un acto profundamente antipatriótico, que minaba el frente, era en sí mismo moralmente reprobable y constituía una traición del juramento de lealtad al Führer. Estas actitudes, al margen de las dudas sobre las dotes de mando de Hitler, hacían que la mayor parte de los jefes militares de Alemania fueran leales de una forma instintiva. El general Hoßbach, al que Hitler más tarde destituyó como comandante del Cuarto Ejército durante las últimas batallas por Prusia Oriental a principios de 1945, reflejaba lo que muchos pensaban. Menos de quince días después de la capitulación de Alemania en mayo de ese año, Hoßbach reflexionaba sobre la conspiración y reconocía plenamente las calamitosas pérdidas y la colosal destrucción de los últimos meses de la guerra, pero no ofrecía una alternativa realista a lo que había ocurrido. Admitía la necesidad patriótica de que las fuerzas armadas «rediman a Alemania de la dominación de una camarilla criminal», pero no sabía cómo se podía conseguir. Consideraba la tentativa de derrocar al régimen de Hitler mediante un asesinato y un golpe de Estado «inmoral y anticristiana», una «puñalada por la espalda» y la traición «más vergonzosa contra nuestro ejército».[53] Sin embargo, al rechazar la fuerza, la única alternativa parecía ser que los generales hubieran desafiado colectivamente el desastroso liderazgo de Hitler. Como reconocía que los vínculos con Hitler, tanto dentro de la Wehrmacht como entre la población en general, seguían

siendo muy fuertes en 1944, no está claro cómo imaginaba que podría haber sido posible ese desafío colectivo.

La reactivación del respaldo a la persona de Hitler y la estridente exigencia de duras represalias contra los «traidores» y de una purga drástica de quienes supuestamente sabotearan el esfuerzo bélico dio al régimen un nuevo impulso crucial en una coyuntura sumamente crítica. Brindó la oportunidad, que los dirigentes nazis se apresuraron a aprovechar, de llevar a cabo una minuciosa radicalización en todos los aspectos del régimen y la sociedad, con objeto de inculcar a un país en una situación desesperada los verdaderos ideales nacionalsocialistas y el espíritu combativo necesario para defenderse de enemigos voraces.

IV

En los días inmediatamente posteriores al fallido intento de asesinato, Himmler, Goebbels y Bormann vieron sus poderes ampliados. Speer, el cuarto gran barón, se encontraba atrapado en la lucha dominada por este trío. Aun así, gracias a su propio cargo, encargado del armamento, seguía siendo irreemplazable y mantenía una influencia formidable. Estos cuatro hombres controlaban la mayoría de los espacios de poder y contribuyeron mucho a dirigir el rumbo del régimen en sus meses finales. Sin embargo, lo hicieron en el marco de la autoridad suprema de Hitler, a quien nadie trató de cuestionar. Al contrario, sus propias bases de poder individuales derivaban directamente de dicha autoridad. En este sentido, los vínculos con el Führer, que habían sido un componente decisivo de su carismática autoridad desde los primeros días del movimiento nazi y se habían convertido en un elemento constitutivo del régimen después de 1933, se mantenían intactos e impedían cualquier derrumbe interno. El corrosivo impacto de la autoridad carismática en las estructuras de gobierno también se mantuvo intacto. Sin embargo, entonces como anteriormente, no había un gobierno unificado por debajo de Hitler. Los miembros del cuadrunvirato, lejos de actuar como un órgano coherente, se mantuvieron

enfrentados hasta el final, tratando de utilizar el acceso a Hitler para luchar por el poder y compitiendo entre sí por los recursos y la ampliación de las esferas de competencia.

Hitler tomó la primera gran decisión en la senda de la radicalización horas después de sobrevivir al atentado en su cuartel general de Prusia Oriental al nombrar a Himmler sustituto del general Friedrich Fromm como comandante en jefe del ejército de reserva.[54] El cuartel general del ejército de reserva había sido el epicentro de los planes de golpe de Estado, y Fromm, pese a sus denodados esfuerzos por demostrar su lealtad en cuanto supo que Hitler había sobrevivido, entregando a los conspiradores y ordenando a un pelotón de fusilamiento ejecutar a Stauffenberg y tres de sus cómplices la noche del 20 del julio, enseguida fue arrestado y ejecutado algunos meses más tarde.[55] El ejército de reserva se convirtió en los establos de Augías que había que limpiar. Himmler era el hombre para ocuparse de esta tarea.

En realidad, Himmler había fracasado como jefe de seguridad del Reich a la hora de proteger a Hitler del intento de asesinato o destapar la conspiración que había detrás del mismo. Hitler ignoró o pasó por alto estas omisiones al recurrir a él para que pusiera su sello en una oficina central de la Wehrmacht. Himmler, como se ha señalado, ya tenía un pie dentro de la esfera de competencia del ejército de reserva desde el 15 de julio, cuando fue nombrado responsable de la «educación» ideológica. Sin embargo, su influencia se había ampliado significativamente al ocupar uno de los cargos más importantes dentro de la Wehrmacht y ponerse al frente del armamento, la disciplina militar, los prisioneros de guerra, el personal de reserva y el adiestramiento. Con el ejército de reserva, casi dos millones de hombres del servicio militar convencional pasaron a estar bajo control de Himmler.[56] Era una adición importante a su ya enorme abanico de poderes.

Himmler no tardó en hacerse notar. Revocó de inmediato las órdenes dadas por Fromm el 20 de julio y comenzó a cubrir los puestos clave de su nuevo dominio con oficiales de las SS de confianza, nombrando al jefe de la oficina de operaciones de las SS

(SS-Führungshauptamt), Hans Jüttner, su adjunto al mando del ejército de reserva.[57] Después se embarcó en una serie de discursos de aliento a los oficiales del ejército. Aunque parcos en detalles, estos discursos daban una impresión clara de que el clima había cambiado.

Ya el 21 de julio, Himmler se dirigió a los oficiales a sus órdenes como jefe de armamentos del ejército, una esfera que había incorporado a su propio imperio. Empezó diciendo que en 1918 la revuelta de los consejos de soldados le había costado la victoria a Alemania. Esta vez no había ningún peligro de que ocurriera algo similar. La masa de la población, en las ciudades y las fábricas bombardeadas, se comportaba con un «decoro» (una de las palabras favoritas de Himmler) sin precedentes. Pero ahora, por primera vez en la historia, un coronel alemán había violado su juramento y había atentado contra su caudillo supremo. Dijo que sabía que iba a llegar ese día, comentando vagamente lo que podría haber esperado recabar del contexto de la conspiración. El intento de asesinato del Führer y de derrocar al régimen había sido sofocado. Pero había representado un grave peligro. Y todo ello hacía pensar más en Honduras o América del Sur que en Alemania. La tarde anterior el Führer le había encomendado restablecer el orden y asumir el mando del ejército de reserva del país. Había aceptado «por ser un seguidor incondicional del Führer» que «nunca en mi vida he sido culpable de deslealtad ni lo seré». Había aceptado la misión en su calidad de soldado alemán y no de comandante en jefe de una organización rival, las Waffen-SS. Ahora había que hacer limpieza. Y prosiguió diciendo que restablecería la confianza y promovería un retorno a los valores de lealtad, obediencia y camaradería. Declaró que a veces era necesario pasar por un infierno, pero la jefatura suprema no se amilanaba y sabía cómo actuar con brutalidad cuando era necesario. Concluyó describiendo a grandes rasgos el significado de la guerra: la confirmación de Alemania como una potencia mundial; la creación de un Reich germánico de 120 millones de habitantes, y un nuevo orden dentro de ese Reich. Cada cincuenta, cien o doscientos años volvería a producirse una

«invasión desde Asia», pero no siempre habría un Adolf Hitler para repelerla. Por tanto, era necesario preparar un baluarte contra ataques futuros colonizando el este con asentamientos alemanes. «Aprenderemos a gobernar a pueblos extranjeros —afirmó—. Sería profundamente vergonzoso si ahora nos volviéramos demasiado débiles».[58]

Otros dos discursos que Himmler dirigió a los oficiales en los días siguientes tuvieron un tono muy similar: la mención del funesto precedente de 1918, el cumplimiento del deber esta vez por parte de la población y de casi todo el ejército, la vergüenza que «un coronel» había ocasionado al cuerpo de oficiales, la falta de lealtad de algunos oficiales y la necesidad de adoptar medidas implacables contra los culpables de cobardía. Una vez más, puso el énfasis en los objetivos de la guerra a los que no se podía renunciar, que ahora incluían la dominación del continente para garantizar la protección en guerras futuras mediante la ampliación de las fronteras defensivas.[59] La crueldad sin límites que, más que nunca, se convertiría en la característica distintiva del Reichsführer-SS en los meses posteriores era evidente en el mensaje que envió a Hermann Fegelein, su oficial de enlace en el cuartel general de Hitler, en el que exponía que, a la menor señal de desintegración en las divisiones que combatían en el este (que atribuía a la sedición propagada por la infiltración comunista), los «destacamentos de recepción» *(Auffangkommandos)* de «los comandantes más brutales» dispararían a «cualquiera que abriera la boca».[60]

La autoridad de Himmler para intervenir en lo que hasta entonces habían sido cuestiones militares se amplió aún más gracias a otro decreto del Führer del 2 de agosto, que otorgaba al Reichsführer-SS poderes, gracias a una reestructuración radical, para inspeccionar y «simplificar» (es decir, reducir de tamaño, ahorrando personal) «toda la base organizativa y administrativa del ejército, las Waffen-SS, la policía y la Organisation Todt», a fin de liberar más hombres para el ejército.[61] La última de estas organizaciones, la OT, era un inmenso complejo de proyectos de construcción y Speer había accedido a que sus enormes efectivos quedaran sometidos a

los nuevos poderes del Reichsführer-SS para ahorrar mano de obra.[62] Los recortes en lo que consideraba una administración militar hinchada habían formado parte de las intenciones de Himmler desde el principio y, con ellos, pudo conseguir otros 500.000 soldados para el frente y crear quince divisiones de *Volksgrenadier* (granaderos del pueblo) con nuevos reclutas.[63] Investido de esta nueva autoridad, Himmler pasó a ser parte interesada en la lucha por el poder que se libraba en la cúpula del régimen por el control de la nueva campaña de guerra total.

Goebbels fue el segundo beneficiario clave de los acontecimientos del 20 de julio. Hitler reconoció el papel crucial que desempeñó para aplastar la revuelta en Berlín. Bajo la impresión del atentado contra su persona y la conmoción para el sistema que esto representaba, Hitler por fin estaba preparado para conceder a su ministro del Propaganda el cargo al que Goebbels había estado aspirando durante más de un año y nombrarle, por fin, plenipotenciario del Reich para el esfuerzo de guerra total.

La reunión de los ministros o sus representantes presidida por Lammers, que se celebró el 22 de julio, un día más tarde de lo que se había previsto, supuso prácticamente una aclamación ritual de Goebbels como nuevo jefe supremo de la guerra total.[64] Al principio de la reunión, Lammers, que sabía que Hitler había eximido a la cancillería del Reich, que él presidía, de una reducción de personal, propuso al ministro de Propaganda para la tarea de movilizar al sector civil. Keitel, Bormann y todos los demás presentes apoyaron la propuesta. Goebbels habló durante una hora y dijo que el problema era triple: proporcionar nuevos reclutas recortando en la administración de la Wehrmacht, reducir drásticamente la burocracia estatal y llevar a cabo una «reforma de la vida pública» vagamente formulada. Goebbels admitió que el partido no entraba dentro de su competencia. Ese era el dominio de Bormann, que él solo debía gestionar. También se excluyó de las operaciones previstas hacer una criba en el sector militar. Esta tarea le estaba reservada al nuevo comandante en jefe del ejército de reserva, Heinrich Himmler.

Speer, que a mediados de julio no había escatimado esfuerzos presionando a favor de la guerra total, vio que se quedaba al margen. Siguiendo las instrucciones de Hitler, se prestó poca atención a su informe del 12 de julio para impedir que la reunión se perdiera en detalles. De hecho, cuando Speer habló, Lammers y el secretario de Estado del Ministerio del Interior del Reich, Wilhelm Stuckart, contradijeron de inmediato las cifras de ahorro potencial de personal en la burocracia estatal. Los intereses personales entraron en juego en cuanto Stuckart insistió en que el margen de maniobra para ahorrar mano de obra en burocracia estatal era escaso. Goebbels intervino para impedir que la reunión se perdiera en detalles y se retomara el tema general. Dijo claramente que, para el ministro de Propaganda, la guerra total era «no solo un problema material, sino en especial un problema psicológico», y admitió que algunas de las medidas adoptadas «tendría en parte un mero carácter óptico». La movilización ideológica era, como siempre, su máxima preocupación. Como cabía predecir, al final de la reunión Lammers aceptó proponer a Goebbels para el cargo de plenipotenciario al día siguiente, cuando la mayoría de los presentes volverían a reunirse para informar a Hitler en su cuartel general de Prusia Oriental.[65]

Goebbels estaba contento. «Todos los participantes», anotó en su diario,

> son de la opinión de que el Führer debe otorgar poderes plenipotenciarios más amplios, por una parte a la Wehrmacht; por otra, al Estado y la vida pública. Se ha propuesto a Himmler para la Wehrmacht y a mí para el Estado y la vida pública. Bormann va a obtener plenos poderes para involucrar al partido en este gran proceso totalizador y Speer ya posee los poderes para intensificar la producción de armamento.[66]

Cuando se reanudó la reunión en presencia de Hitler la tarde siguiente, también asistieron Göring y Himmler. Göring se quejó en vano de una reducción aún mayor de su poder al conferirle a Himmler responsabilidad en cuestiones que, según afirmó, corresponderían a los comandantes en jefe de la Wehrmacht. Hitler intervino para respaldar a Himmler. La experiencia resultante podrían utilizarla Göring y el gran almirante Karl Dönitz, quienes,

en su calidad de comandantes en jefe de la Luftwaffe y de la armada, seguían siendo responsables de sus propios dominios. El compromiso fue aceptado. Por lo demás, Hitler, que sin duda había leído con atención el informe de Goebbels del 18 de julio, apoyó al ministro de Propaganda y la propuesta de adoptar nuevas medidas drásticas en el esfuerzo de guerra total. «El Führer declara que no tiene sentido debatir aspectos concretos. Se ha de hacer algo fundamental o no podremos ganar esta guerra», mencionó Goebbels. Señaló que la postura de Hitler era «muy radical e incisiva». Mencionando lo que se convertiría en un cliché en los últimos meses, Hitler habló de la nueva radicalización y de un retomo a los orígenes del partido. También, como era típico en él, jugó con la premisa populista «de que la población quería una guerra total en el sentido más amplio y, a la larga, no podemos contradecir la voluntad del pueblo». Goebbels estaba encantado con el resultado y con que Hitler hubiera cambiado de estrategia. «Es interesante observar que el Führer ha cambiado desde mi última conversación con él en los Obersalzberg [el 21 de junio]. Los acontecimientos, sobre todo los del día del intento de asesinato y los del frente oriental, han aportado claridad a sus decisiones», comentó.[67]

Dos días más tarde, el 25 de julio, Hitler firmó el decreto por el que se nombraba a Goebbels plenipotenciario para la guerra total.[68] Goebbels estaba eufórico por su triunfo, un éxito mucho mayor, según afirmaba, del que había imaginado. Su secretario de prensa, Wilfred von Oven, pensaba que había pasado a ser «el primer hombre en el Tercer Reich después de Hitler».[69] El propio ministro de Propaganda mencionó tres veces en su diario «una dictadura interna de guerra», dando a entender que su ansiado objetivo estaría en sus manos.[70] Era una gran presunción, pero Goebbels era consciente de que, aun con su autoridad reforzada, seguiría siendo solo una fuente de poder, y no la única, después de Hitler y que, como siempre, este poder se ejercería en competencia, no al unísono. El propio texto del decreto, según admitía, limitaba el alcance de sus poderes. Podía emitir directrices a las «máximas autoridades del Reich», pero los decretos de aplicación que

surgieran tenía que negociarlos con Lammers, Bormann y Himmler (en calidad de general plenipotenciario para la administración del Reich, que había adquirido al convertirse en ministro del Interior). Dependía del respaldo de Bormann para las medidas relacionadas con el partido. Y en caso de que sus órdenes suscitaran un conflicto irresoluble, Hitler se reservaba su propia autoridad para tomar cualquier decisión necesaria. Se aprobaron exenciones a la autoridad expresa de Hitler. Quedaban excluidos el personal de la cancillería del Reich, de la presidencia y del partido, el de los vehículos motorizados del Führer y los que trabajaban en la planificación de la reconstrucción de Berlín, Múnich y Linz.[71] Y, por supuesto, un ámbito importante, el ejército de tierra, se había desligado desde el principio y confiado a Himmler.

Impertérrito, Goebbels se entregó a una actividad frenética en las semanas posteriores, enviando instrucciones a todos los Gauleiter mediante una conferencia telefónica cada mediodía.[72] Tuvo que hacer frente a numerosos obstáculos e intereses particulares, que no siempre superó. Y, por muy drásticas que fueran sus intervenciones, los ámbitos económicos para proporcionar mano de obra adicional eran menos de los que había previsto, aunque algunas de sus «racionalizaciones» resultaron ser ineficaces. En algunos casos, intervino Hitler en persona para limitar los recortes que Goebbels trataba de imponer. A través de Bormann, pidió al ministro de Propaganda que considerara en cada caso si el fin justificaba los medios, si entrañaba un trastorno significativo en servicios públicos como los servicios postales.[73] Aun así, Goebbels consiguió casi otro medio millón de hombres para la Wehrmacht en octubre y en torno a un millón a finales de año.[74] En realidad, muchos de esos hombres eran muy poco aptos para el servicio militar y, en cualquier caso, su número fue inferior al de las bajas alemanas en el frente a lo largo del mismo periodo.

Es evidente que, como medida para contrarrestar la enorme superioridad numérica de los Aliados, el esfuerzo de guerra total de Goebbels, utilizado como un último recurso, estaba condenado al fracaso. Sin embargo, no cabe duda de que la movilización de la

guerra total derivada de los nuevos poderes de Goebbels contribuyó a prolongar la guerra y permitió a Alemania seguir luchando mientras sufría derrotas en todos los frentes. Con sus medidas, la población alemana estaba más presionada, acorralada y controlada que nunca. Pocas personas conservaron mucho tiempo su entusiasmo. La mayoría, cuando no podía obtener una exención, no tenía otra opción que acceder a las nuevas exigencias. Solían seguirle la dislocación, la atomización y la resignación. Pese a que el ardor por una lucha cada vez más desesperada se iba apagando, apenas había espacio para otra alternativa.

Martin Bormann, el jefe de la administración del partido, fue el tercer gran beneficiario de los desastres militares del verano y, sobre todo, de la radicalización del régimen que se produjo tras la conmoción causada por el atentado contra Hitler. Aprovechó el nuevo clima de crisis para revitalizar el partido y, con ello, ampliar enormemente el poder de este y el suyo propio, así como su influencia.[75] Ya antes del intento de asesinato, había empezado a hacer una criba en la organización del partido para conseguir efectivos para la Wehrmacht y mano de obra para la industria armamentística.[76] La iniciativa de guerra total de Goebbels era, por tanto, oportuna para él y podía utilizarla en su propio beneficio. Goebbels creó un equipo de coordinación relativamente reducido en Berlín, pero planeaba que la crucial tarea del esfuerzo de guerra total la acometieran los órganos del partido a escala regional. Esto beneficiaba a Bormann, que podía aprovechar el cambio de clima para reforzar el poder de los Gauleiter en las regiones a expensas de la burocracia estatal.

En tanto que comisarios de defensa del Reich *(Reichsverteidigungskommissare,* RVK), los Gauleiter ya tenían capacidad para interferir en asuntos que se consideraban concernientes a la defensa del Reich en sus regiones. Esa capacidad se había ampliado una semana antes del intento de asesinato gracias a un decreto de Hitler que estipulaba unas directrices que se revelarían poco claras para la colaboración de la Wehrmacht y el partido en zonas militares operativas dentro del Reich. El decreto

abría la puerta a la futura injerencia de los RVK en asuntos cruciales en las zonas operativas, como la evacuación de la población civil y la inmovilización o destrucción de la industria.[77] Bormann ya podía ampliar considerablemente su poder en lo que, en realidad, era una crisis permanente subsumida bajo el manto de la guerra total, que le autorizaba a impartir directrices a la administración estatal en zonas hasta entonces fuera de su competencia.[78] Los Gauleiter, que habían conseguido sus puestos gracias a su disposición a «abrirse paso a codazos», estaban encantados de obedecer la invitación a hacer notar su autoridad más que nunca.[79]

Sin embargo, la descentralización del poder que esto implicaba solo fue un aspecto de lo que se llamó, de forma algo torpe, una política de «partidización».[80] Bormann, mientras apoyaba a los Gauleiter frente a las autoridades estatales, tenía interés en acentuar el control de la cancillería del partido sobre los jefes regionales y retener en sus manos las riendas de la autoridad en ámbitos políticos cruciales. La dominación del partido, que se producía gracias a su respaldo en las regiones, también se produjo en la administración central: la cancillería del partido fue expulsando a la cancillería del Reich, que presidía Lammers, de ámbitos políticos clave. El cargó de Lammers, jefe de la cancillería del Reich, que antes era muy importante como vínculo entre los ministros del Reich y Hitler, perdió toda su importancia y a partir de entonces fue poco más que un buzón y un organismo de distribución de las órdenes impartidas por Bormann. Lammers, completamente marginado, vería a Hitler por última vez en septiembre.[81] Desesperado, fue incapaz de trabajar desde el mes de marzo y estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa.[82] Pero en la segunda mitad de 1944 ya no había un gobierno central, en ningún sentido convencional del término. Bormann había usurpado el poder de la administración del Reich, combinando su control del partido y su proximidad a Hitler para crear un centro de poder reforzado en el cuartel general del Führer.

Aun así, y pese a ser importante, no era el único centro de poder. La «partidización» a expensas de la burocracia estatal no creó ni una administración racionalizada ni un gobierno central alternativo cuando el Reich empezó a fragmentarse. Lo que sí hizo fue reforzar la capacidad de organización del partido y, sobre todo, fortalecer enormemente el control del partido sobre el gobierno y la sociedad.[83]

Los puestos clave que ocupaban Himmler, Goebbels y Bormann en el movimiento nazi les permitieron sacar partido del clima de crisis para estimular su propio poder, en medio de los gritos estridentes de traición y la sed de venganza tras la conspiración fracasada de Stauffenberg. Speer, en cambio, no disfrutaba de una posición o reputación especial dentro del partido. Carecía tanto del toque populista que Goebbels poseía instintivamente como de la base organizativa de Himmler y Bormann. Era más un tecnócrata del poder que un activista del partido. Había aunado fuerzas con Goebbels para intentar convencer a Hitler de que introdujera medidas radicales de guerra total. Pero eso fue antes de que la bomba de Stauffenberg hubiera estallado. Sus esperanzas de conseguir el control de todo el ámbito armamentístico del ejército se vieron frustradas de inmediato cuando Himmler fue nombrado jefe del ejército de reserva. Inmediatamente después del intento de asesinato, Speer incluso tuvo que defenderse de las sospechas de que él mismo había estado implicado.[84] Y, durante las rápidas iniciativas para nombrar un plenipotenciario para la guerra total, el populismo y el fervor de Goebbels encajaban con el estado de ánimo de Hitler, mientras que la evaluación más árida de las necesidades de la industria armamentística de Speer fue relegada a un segundo plano. El control de Bormann sobre la maquinaria del partido y su presión consciente para ampliar las atribuciones de los Gauleiter, en tanto que RVK, también debilitaron a Speer, ya que su propia campaña armamentística topó invariablemente con los intereses de los jefes provinciales del partido y con sus frecuentes injerencias a escala regional.

Además, unas vez que el impulso hacia la guerra total estuvo en marcha, Speer se opuso enseguida a su antiguo aliado Goebbels y a la nueva alianza que el ministro de Propaganda había forjado con Bormann, que normalmente podía maniobrar para lograr el respaldo de Hitler. La cuestión obvia de si los escasos efectivos conseguidos gracias a las diferentes medidas de «racionalización» se debían asignar a la Wehrmacht o a la producción de armamento se había evitado durante el periodo del efímero eje Goebbels-Speer. En cuanto la cuestión del poder en el esfuerzo de guerra total estuvo resuelto y se agravó el problema de la asignación de efectivos, Speer se vio a la defensiva.[85] Se había granjeado poderosos enemigos al luchar por su propio dominio. El lacónico comentario de Goebbels sobre el ministro de Armamentos inmediatamente después de ganar la batalla fue: «Creo que hemos dejado que este joven adquiera demasiada importancia».[86]

La posición de Speer ante Hitler también se había debilitado. No solo no era ya tan obviamente el favorito de Hitler, sino que tenía que luchar contra la influencia cada vez mayor de su ambicioso subordinado, Karl Otto Saur, jefe de la oficina técnica del ministerio de Speer, al que Hitler unos meses antes había encomendado la defensa aérea. No obstante, no se debería interpretar que la relativa pérdida de poder de Speer en la cúpula del régimen, que el antiguo ministro de Armamentos se apresuró a poner de relieve a posteriori, significaba que hubiera sido expulsado de todas las esferas de influencia importantes. De hecho, siguió ocupando un puesto decisivo en la intersección entre el ejército y la industria. El ejército necesitaba el armamento que él facilitaba y la industria necesitaba su estímulo para producir las armas, en vista de los graves y crecientes problemas. Ni la propaganda ni la represión de los populistas y las fuerzas de orden del partido podían suministrar armas al ejército.

Además, el 1 de agosto, Speer pudo ampliar su imperio ya en expansión cuando Göring fue obligado a entregar el control de la producción de armamento de la Luftwaffe.[87] Al margen de las luchas de poder internas que tuvo que librar en la jungla del Tercer

Reich durante la fase de su inexorable declive, Speer siguió siendo indispensable para Hitler y el régimen. Casi al final de la guerra, le escribió a Hitler: «Sin mi labor, la guerra quizá se habría perdido en 1942-1943».[88] Sin duda, tenía razón. Sus logros son un elemento importante para entender por qué Alemania aguantó tanto tiempo.[89] En este sentido, y pese al debilitamiento de su posición interna, Speer fue un miembro crucial, posiblemente incluso el más importante, del cuadrunvirato que arrastró a Alemania hacia el abismo en los últimos meses del Tercer Reich.

V

Los esfuerzos conjuntos del cuadrunvirato habrían servido de poco si las fuerzas armadas hubiesen mostrado signos de desafección y hubiesen vacilado en su respaldo al régimen. Sin embargo, ya vimos que, en medio de la consternada respuesta al intento de asesinato de Stauffenberg, los mandos militares se mostraron más dispuestos que nunca a demostrar su lealtad a Hitler y a desvincularse de la insurrección contra el régimen. El ultraleal Jodl, con la cabeza vendada tras resultar levemente herido por el estallido de la bomba y profundamente conmocionado por lo sucedido, marcó la pauta. Le dijo a Goebbels que los generales leales que trabajaban en estrecho contacto con Hitler le ayudarían a «perseguir sin piedad a los derrotistas, golpistas e instigadores del asesinato».[90] Estaba tan indignado con la «traición» desde dentro que era partidario de disolver el estado mayor.[91] «El 20 de julio», les dijo a los oficiales del estado mayor de operaciones de la Wehrmacht, fue el «día más negro de la historia de Alemania», peor incluso que el 9 de noviembre de 1918, «único en su monstruosidad». Habría despiadadas represalias contra los responsables. Cuando «toda la podredumbre hubiera sido extirpada», habría una nueva unidad. «Incluso si la suerte se pone en contra, debemos estar decididos a agruparnos en torno al Führer hasta el final, a fin de podernos justificar ante la posteridad».[92] Jodl pidió un gesto personal de

lealtad a los oficiales presentes, que sellaron su compromiso de compartir el destino del Führer con un apretón de manos.[93]

El temor a ser relacionado con los conspiradores, y las terribles consecuencias que entrañaría un descubrimiento semejante, desempeñó, como es natural, un papel importante en las nuevas prisas por demostrar una lealtad fuera de toda duda. Pero el respaldo a Hitler y el rechazo de la traición del ejército a su comandante supremo y jefe de Estado fueron, por lo general, espontáneos y genuinos. Aun así, Hitler y la cúpula del régimen no dejaron ningún cabo suelto. La bilis destilada contra el cuerpo de oficiales por los fanáticos del partido, a los que Bormann tuvo incluso que calmar, brindaba el clima perfecto para introducir nuevos controles y se hicieron nuevos esfuerzos para mejorar el adoctrinamiento ideológico del ejército. La introducción el 23 de julio (iniciada por los comandantes en jefe de las fuerzas armadas, no por Hitler) del saludo «Heil Hitler» en lugar del saludo militar constituyó un signo externo de los vínculos reforzados con el Führer.[94]

La medida inmediata de Hitler, horas después del intento de asesinato, fue restablecer el orden en lo que consideraba, ya mucho antes de la conspiración, el punto más débil del ejército. Durante tres semanas, desde la crisis nerviosa de Zeitzler a principios de julio, el ejército no tuvo un jefe del estado mayor. Ante el peligro inminente de que el Ejército Rojo penetrara en Prusia Oriental, la necesidad de un nuevo jefe era crucial. Y como, a los ojos de Hitler, la fuente del cáncer que había conducido al intento de sublevación se hallaba en este centro clave de la planificación operativa del ejército, era esencial nombrar a un nuevo jefe de confianza para que el estado mayor fuera eficaz en el plano militar y fiable en el político. El general Walter Buhle, la opción que tenía en mente Hitler, había resultado herido en el intento de asesinato. Por tanto, recurrió al muy experimentado y respetado especialista en tanques Heinz Guderian, que desde principios de 1943 era inspector general de las tropas acorazadas. Guderian, un fervoroso nacionalista y anticomunista, un personaje con gran ímpetu y dinamismo,

extremadamente enérgico en sus opiniones, y un audaz estratega, había desempeñado un papel importante a la hora de convencer a Hitler, a quien en años anteriores había admirado mucho, del valor táctico de un ataque concentrado y rápido de los panzer en la guerra moderna. Había recibido elogios por el gran avance de los panzer en las Ardenas en 1940, que había desempeñando un papel importante en el espectacular descalabro de las fuerzas aliadas en Francia. Un año más tarde, sus fuerzas acorazadas habían sido la punta de lanza de los avances en Rusia, que en un inicio fueron notables. El conflicto por cuestiones tácticas con el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, el mariscal de campo Hans Günther von Kluge, y el impetuoso temperamento de Guderian habían provocado su destitución en la crisis del invierno de 1941, pero Hitler había vuelto a convocarle en febrero de 1943 a raíz de otra crisis, la catástrofe de Stalingrado. Pese a ser cada vez más escéptico sobre la gestión de la guerra por parte de Hitler, y pese a que se acercaron a él los conspiradores, Guderian no se involucró al año siguiente en la conspiración y siguió condenando el atentado de Stauffenberg después de la guerra. Sin duda, tenía el visto bueno de Goebbels. El ministro de Propaganda le describió como «insuperable en su lealtad hacia el Führer».[95] En su trato con Hitler, Guderian aprendería en los meses venideros que la lealtad y el buen criterio militar rara vez iban de la mano. Pero tras su nombramiento el 21 de julio, se mostró impaciente por demostrar sus credenciales de lealtad y por consolidar la lealtad incondicional en un estado mayor prácticamente reconstruido por completo, donde muchos de sus antiguos oficiales habían sido arrestados bajo sospecha de complicidad con la conspiración. Enseguida denunció lo que describió como el derrotismo y la cobardía que habían conducido a la deshonra del estado mayor y garantizó un cuerpo de oficiales totalmente leal al Führer. Una de las primeras medidas que tomó fue no solo asegurar el alto nivel de capacidad asociado al estado mayor, la «élite intelectual» del ejército, sino también exigir el compromiso ideológico con los ideales nazis. El 29 de julio dio la orden de que todo oficial del estado mayor debía ser oficial de

liderazgo nacional-socialista *(Nationalsozialistischer Führungsoffizier,* NSFO), «debe demostrar y probar, tanto en las tácticas como en la estrategia, mediante una actitud ejemplar en cuestiones políticas y la dirección activa y la instrucción de los camaradas más jóvenes en las intenciones del Führer, que pertenece a la "selección de los mejores"».[96] El estado mayor, que, a los ojos de los dirigentes del régimen, había fallado de forma desastrosa y criminal, estaba particularmente expuesto a la nazificación. No cabía esperar más desafección de esa parte.

Hitler había creado un cuerpo de NSFO dentro del alto mando de la Wehrmacht en diciembre de 1943 y había puesto al mando de él al general Hermann Reinecke. Su tarea era inculcar el espíritu nazi a las tropas, a las que temía que estaba influyendo la propaganda soviética subversiva. Para Hitler y la cúpula del régimen, insuflar fanatismo a las tropas era el camino hacia la victoria.[97] No había mucha querencia por la nueva institución en el cuerpo de oficiales, y los NSFO tenían problemas para ser aceptados. La fallida sublevación de julio de 1944 cambió la situación radicalmente.[98] No es que entonces la mayoría de los soldados recibiera a los NSFO con los brazos abiertos, o que su mensaje fuera acogido con entusiasmo y tomado en serio. Al contrario, su presencia solía resultar molesta y sus discursos todavía caían a menudo en oídos sordos. Aun así, gran parte de la inmensa base de la Wehrmacht seguía siendo receptiva, en potencia, a los ideales nazis, ya que una tercera parte de los soldados eran o habían sido miembros de alguna filial del partido.[99]

En cualquier caso, las nuevas circunstancias hacían que no hubiera ninguna protección frente al amplio despliegue de estos misioneros militares de ideología nazi. Su jefe, el general Reinecke, mencionó las posibilidades en agosto: «Al erradicar a los traidores, se ha eliminado a los últimos oponentes a una politización decisiva de la Wehrmacht. No debe haber más obstáculos en la labor de liderazgo nacionalsocialista».[100] A finales de 1944 había más de mil NSFO trabajando en la Wehrmacht a tiempo completo y hasta 47.000 a tiempo parcial, la mayoría de ellos miembros del partido.

La tarea que les fue asignada consistía en «educar» a los soldados para inculcarles una «voluntad sin límites de destruir y odiar».[101]

Las «Directivas para el liderazgo nacionalsocialista», distribuidas el 22 de julio, dan una idea de esta intrusión doctrinal. Las tropas debían estar plenamente informadas del «cobarde y criminal atentado contra el Führer» y los sucesos del 20 de julio. Debían leer los discursos pronunciados aquella tarde por Hitler, Göring y Dönitz. Todos los soldados debían tener claro que cualquier signo de insubordinación sería castigado con la muerte. Era obligación de todo soldado de honor, y consciente de su deber, actuar con la mayor contundencia posible contra los «síntomas de comportamiento indigno de un soldado y deshonroso». La Alemania nacionalsocialista sabría cómo impedir una repetición de la «puñalada por la espalda» de 1918 o cualquier acto similar a la «deplorable traición» ocurrida en Italia (el derrocamiento de Mussolini en julio de 1943). Solo la fuerza conjunta de todos los alemanes podría frenar la amenaza que representaban para toda Europa los enemigos del Reich. Un solo hombre podía salvar a Alemania del bolchevismo y la destrucción: «nuestro Führer, Adolf Hitler». Por tanto, el mensaje era respaldar al Führer con la mayor firmeza y el máximo fervor y combatir con aún mayor fanatismo.[102]

Una consecuencia fatídica y duradera de la conspiración fue que se eliminó la posibilidad de que las fuerzas armadas se convirtieran en un agente de cambio de régimen en los últimos meses del Tercer Reich. En la cúpula del sistema militar, en el alto mando de la Wehrmacht, Keitel y Jodl seguían mostrando un respaldo absoluto a Hitler, comprometidos emocionalmente con él de un modo que iba más allá de sus cargos funcionales. Wilhelm Keitel, alto y fornido, que había sido oficial durante la Primera Guerra Mundial y era un excelente organizador con una prolongada experiencia en la administración del ejército, había quedado profundamente impresionado con Hitler desde que se habían visto por primera vez en 1933. Durante la reorganización total de la cúpula de la Wehrmacht a principios de 1938, Hitler creó el OKW y nombró a

Keitel su jefe administrativo. A partir de entonces, Keitel, en quien estaba muy arraigado desde siempre el sentido de la obediencia a la voluntad del gobernante, fue un esclavo de Hitler, hasta el punto de ser objeto de burlas por considerársele su lacayo. Alfred Jodl, un bávaro alto y con una calva incipiente, también había sido oficial en la Primera Guerra Mundial y, al igual que Keitel, en el pequeño ejército alemán durante la República de Weimar. Experto en la planificación de operaciones, había sido nombrado jefe del estado mayor de operaciones de la Wehrmacht justo antes de la invasión de Polonia en 1939 y había impresionado a Hitler unos meses más tarde con el papel que desempeñó en la planificación de la invasión de Escandinavia, después de la gran ofensiva occidental, en la primavera de 1940. El propio Jodl había admirado las dotes de mando de Hitler durante la gran victoria frente a Francia. Pensaba que Hitler era un genio y, pese a sus discrepancias posteriores con él en cuestiones tácticas, nunca cambió de idea.

Más allá del OKW, el estado mayor del ejército de tierra, con Guderian al mando, ya no podía incubar ningún foco de desafección. Solo cabía esperar una lealtad extrema de la Luftwaffe, bajo el mando de Göring. Y la armada estaba comandada por el gran almirante Dönitz, un pronazi radical. Al estar el ejército de reserva sometido al estricto control de Himmler y al haber purgado y llamado al orden al estado mayor, quedaba descartada cualquier posibilidad de que se produjeran nuevos intentos de oposición al autodestructivo rumbo de la jefatura nazi en los dos ámbitos más estrechamente relacionados con el intento de asesinato. Y tampoco cabía esperar una insurrección de los máximos generales, los comandantes en jefe del frente o sus oficiales subordinados.

El más indeciso de los comandantes del grupo de ejércitos, el mariscal de campo Von Kluge, comandante en jefe del oeste, se había mostrado vacilante con el movimiento de resistencia para acabar dando la espalda a los conspiradores, pero suscitó un profundo recelo en el cuartel general de Hitler. Se suicidaría algunas semanas más tarde reiterando su lealtad al Führer. Los oficiales disidentes de París, Viena y Praga fueron víctimas de la purga que

siguió al sofocamiento de la revuelta.[103] Los demás comandantes y generales del grupo de ejércitos, pese a sus desacuerdos con las órdenes de Hitler, fueron totalmente leales y siguieron siéndolo. El mariscal de campo von Rundstedt y el coronel general Guderian formarían parte (este último afirmaría posteriormente que con una gran reticencia) del «Tribunal de Honor» que expulsó del ejército a los oficiales implicados en la conspiración, abandonándolos a la merced del «Tribunal del Pueblo» y su célebre presidente, Roland Freisler.

El mariscal de campo Walter Model, comandante en jefe en diferentes momentos de tres grupos de ejércitos en el este, y un excelente estratega, buen organizador y partidario de la disciplina dura, que se había enfrentado a Hitler en varias ocasiones pero seguía disfrutando del favor del dictador, se consideraba a sí mismo un mero profesional del ejército que se mantenía al margen de la política. Pero por mucho que se viera a sí mismo como un soldado apolítico, una falsa ilusión que compartía con otros generales, no cabe duda de que actuaba políticamente en un sistema en el que era imposible actuar de otro modo. El 20 de julio se negó a creer a los conjurados cuando afirmaron que Hitler había muerto, fue el primer mando militar que envió una declaración de lealtad al dictador al enterarse de que había sobrevivido y su apoyo no flaqueó nunca.[104] A finales de julio, movido por una confianza renovada en Hitler y por el miedo, trató de restablecer la moral vacilante y la disciplina en el devastado Grupo de Ejércitos Centro, que había perdido 350.000 hombres entre muertos y prisioneros. «El enemigo está en las fronteras de Prusia Oriental», aseguraba en una proclamación dirigida a sus tropas. Pero sus propios hombres aún tenían una posición que les permitía «defender el sagrado suelo de la patria» y repeler el peligro de «muertes, incendios y saqueos en las aldeas y pueblos de Alemania», como esperaban el Führer, la población y los camaradas que luchaban en otros frentes. «Los cobardes no tienen cabida en nuestras filas —prosiguió—. Todo el que vacila lo paga con la vida. Se trata de nuestra patria, de nuestras esposas y de nuestros hijos». Una fuerte concentración de

todas las fuerzas podía vencer la superioridad temporal del enemigo en cuanto a hombres y material. Las nuevas responsabilidades confiadas a Himmler y Goebbels habían creado todos los requisitos necesarios para que así fuera. «¡Ningún soldado del mundo es mejor que nosotros, los soldados de nuestro Führer, Adolf Hitler! ¡Heil a nuestro amado Führer!», concluía.[105]

Aunque todos estos ejemplos ilustran la corrupción del profesionalismo militar en el Tercer Reich, el último de ellos, el de un comandante, el coronel general Ferdinand Schörner, es algo diferente. Schörner era un fanático partidario del régimen, con arraigadas convicciones nazis, que creía en el «triunfo de la voluntad» y la necesidad de una revolución espiritual en el ejército.[106] Un indicador de su proclamado fanatismo es que, en marzo de 1944, había ejercido el cargo de «jefe del estado mayor de los NSFO del ejército», es decir, el responsable de coordinar las relaciones entre el ejército y el partido.[107] Cuando fue transferido al Grupo de Ejércitos Norte el 23 de julio, impuso un nivel de disciplina interna de una ferocidad sin precedentes que se saldó, como en los demás cargos que ocupó, con innumerables ejecuciones por «cobardía», «derrotismo» y deserción. Dejó claro desde un principio que la menor muestra de desobediencia sería castigada de manera implacable. En una declaración anterior dirigida a sus generales, había expuesto su idea de que la guerra «no se iba a ganar solo con medidas tácticas». La fe, la lealtad y el fanatismo eran cada vez más necesarios al estar el enemigo cerca de las fronteras alemanas. Todo el mundo debía comprender que el objetivo del bolchevismo era «la destrucción de nuestro pueblo». Era una «lucha por la existencia», en la que las únicas alternativas eran la «victoria o la ruina». Para detener la «marea asiática», como describió el avance soviético, la fe en la victoria era «la fuerza vital más enérgica». Terminaba el comunicado diciendo: «Heil Führer».[108] Diez años después de la guerra, un oficial que había servido a sus órdenes describió a Schörner como un hombre que intentaba «reemplazar la energía por la brutalidad, la flexibilidad operativa por principios de defensa inflexibles, el sentido de la responsabilidad por una falta de

conciencia».[109] Con una jefatura tan implacable, el menor atisbo de insubordinación, por no mencionar cualquier indicio de motín, equivalía a un suicidio.

Independientemente de su lealtad personal hacia Hitler, y de las diferentes opiniones individuales sobre la gestión de la guerra o las perspectivas de Alemania, estos y otros generales consideraban que su deber incondicional era hacer todo lo posible para defender al Reich de las incursiones del enemigo. Los valores nazis se entremezclaban, a menudo de un modo subliminal, con un patriotismo anticuado. A medida que aumentaba inexorablemente la presión en los frentes oriental, occidental y meridional, los comandantes sobre el terreno tenían poco tiempo para ocuparse de todo lo que no fueran asuntos militares urgentes. De haber compartido todos una misma opinión, e incluso haber soñado con organizar otro golpe para poner fin a la catástrofe que se cernía, habría sido imposible hacerlo. Y tampoco habría sido posible enfrentarse a Hitler con un ultimátum para que dimitiera o negociara las condiciones de la paz. Sin embargo, en la práctica, estas ideas nunca rondaban por las mentes de la élite militar. Jodl resumió cuál era la postura de la cúpula del estamento militar: «por suerte, la exigencia de los Aliados de una rendición incondicional [formulada en la Conferencia de Casablanca en enero de 1943] ha cerrado el paso a todos aquellos "cobardes" que tratan de encontrar una vía de escape política».[110] El imperativo indiscutido era hacer todo lo que fuera humanamente posible para impedir la destrucción del Reich. Naturalmente, al adherirse a dicho objetivo, los generales garantizaron que se produjera precisamente esta destrucción.

VI

En un momento en el que Alemania estaba convulsionada por una catastrófica derrota militar, en medio de crecientes inquietudes por la superioridad de las fuerzas del enemigo, por la gestión de Hitler de la guerra y por las perspectivas de futuro para Alemania, el

fallido intento de asesinato e insurrección tuvo el efecto de fortalecer el régimen, al menos a corto plazo. En el periodo subsiguiente, las mentalidades, las estructuras de control y las posibilidades de acción cambiaron.

Las actitudes se adaptaron y hasta cierto punto se remodelaron. El propio Hitler había cambiado. Su paranoia nunca había dejado de aflorar, pero en aquel momento no conocía límites. Veía traiciones por todas partes. La traición le servía para explicar el fracaso militar y cualquier vestigio de lo que consideraba debilidad en aquellos que le rodeaban. Su personalidad narcisista le impedía pensar en su propio papel en la catástrofe. «Todo aquel que me hable de paz sin victoria perderá la cabeza, sin importar quién sea o cuál sea su posición», era la amenaza que profería reiteradamente a su círculo, según se dijo posteriormente, mientras los frentes se hundían.[111] Esta mentalidad en la cúpula del régimen se iba filtrando hacia fuera y hacia abajo. La furia ciega, no solo contra los conspiradores, sino también contra el cuerpo de oficiales en su conjunto, alimentada por una diatriba llena de odio de Robert Ley, el jefe del Frente del Trabajo y de organización del partido nazi, que defendía la exterminación de la aristocracia, a la que describía como una «chusma» degenerada e idiota (muchos de los conspiradores tenían orígenes aristocráticos), corría por las venas de los fanáticos del partido en aquella época, pero también se contagiaba a la población en general.[112] Bormann incluso tuvo que contenerla en aras de mantener su propio control en lugar de echar leña al fuego.[113] Las voces prudentes y cautas se mantenían silenciosas. Cualquier indicio de todo aquello que pudiera ser considerado derrotismo topaba con temibles represalias.

En el seno de las fuerzas armadas, los oficiales del tipo de Schörner no necesitaban aliento. Pero el cambio de mentalidad iba más allá de los soldados fanáticos. La fe en la victoria, el compromiso hasta las últimas reservas de resistir, el rechazo a todo lo que oliera a la menor duda sobre el combate, se convirtieron más que nunca en los principios incontrovertibles expresados en todas las intervenciones públicas, que reforzaban constantemente los

NSFO, cuyo despliegue era por entonces más amplio. Era mejor no airear las dudas privadas. En todos los rangos, cualquiera que criticara el esfuerzo bélico corría un riesgo. Incluso los círculos íntimos de amigos y camaradas tenían que tener cuidado de que cualquier comentario que pudiera considerarse subversivo llegara a oídos indiscretos. En todos los escalafones de cada división, cada batallón y cada compañía, los oficiales sentían la necesidad de demostrar su lealtad y reprimir el menor atisbo de disensión. No resulta sorprendente que la cifra de ejecuciones en el ejército, al igual que en el ámbito civil, comenzara a aumentar.

La fallida insurrección también introdujo los cambios en las estructuras de poder que hemos examinado. Algunos de estos cambios ya se habían iniciado, a raíz del incremento de las presiones de la guerra, cuando estalló la bomba de Stauffenberg.[114] La ampliación de las funciones de los RVK y, con ello, de la capacidad de injerencia del partido en la burocracia estatal y en las esferas de responsabilidad militar es un ejemplo. Para Goebbels era una nueva y brusca reducción del poder de los generales.[115] Incluso allí donde estos acontecimientos ya se habían iniciado, lo ocurrido el 20 de julio y sus consecuencias los aceleraron bruscamente. La radicalización se intensificó enormemente. Era como si el dique se hubiera roto y, por fin, se pudiera librar una guerra revolucionaria en la verdadera línea nacionalsocialista.[116]

Los sucesos del 20 de julio habían hecho temblar los pilares del régimen, pero este no solo se había mantenido en pie, sino que se había reforzado. El carismático atractivo de Hitler hacía mucho tiempo que se había debilitado, aunque lo había reavivado temporalmente el atentado contra su persona. Y, lo que era aún más importante, su control del régimen era absoluto. Las principales personas que ejercían el poder estaban divididas, pero las mantenía unidas su dependencia del favor de Hitler. Todos los generales de la Wehrmacht sabían también que su cargo solo iba a durar hasta que Hitler se lo retirara. Por debajo de Hitler, el control del régimen se había reforzado. Los principales controles del régimen estaban en manos de dirigentes nazis que no tenían nada que perder: conocían

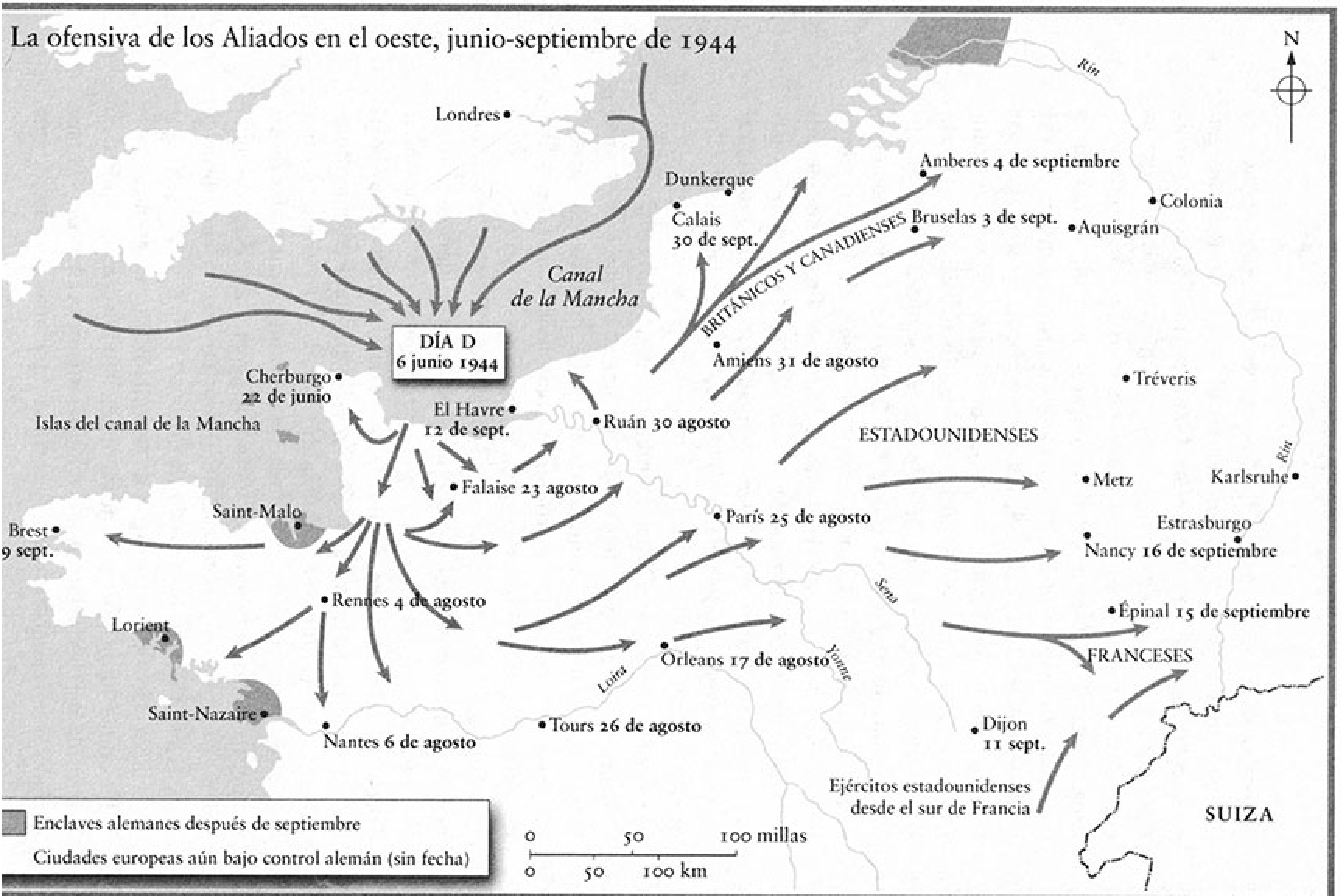
sus crímenes contra la humanidad y habían participado en ellos, de manera más evidente en el exterminio de los judíos.

El imperio de Himmler se extendía hasta la propia Wehrmacht. Su implacable represión, dirigida cada vez más contra miembros de la «comunidad del pueblo», así como contra los «Untermenschen» y los «enemigos raciales» conquistados, alcanzó nuevos niveles. La movilización para la guerra total experimentó una fase de actividad frenética con Goebbels, quien, al mismo tiempo, puso a trabajar sin descanso la maquinaria propagandística al servicio de aquel esfuerzo desesperado. Bormann revitalizó el partido, ofreciendo, por fin, la posibilidad de la revolución social y política que su núcleo de activistas fanáticos siempre había buscado. Y Speer desafío la adversidad realizando nuevas proezas en su movilización de la industria armamentística.

El poder militar también se había consolidado en manos de los partidarios del régimen. Cuando empeoró la suerte en el campo de batalla, la jefatura militar se comprometió más estrechamente que nunca con Hitler. Al hacerlo, había eliminado cualquier posibilidad de liberarse de ese compromiso. Se había comprometido con el dualismo que el propio Hitler encarnaba: la victoria o la caída. Como la victoria era cada vez más impensable, y Hitler descartaba de forma invariable y reiterada cualquier tentativa de llegar a un acuerdo negociado, solo quedaba la caída. Las posibilidades habían cambiado. No había ninguna otra salida.

Desde la cómoda distancia de una prisión en las afueras de Londres, el teniente Freiherr von Richthofen, un oficial de la Luftwaffe que acababa de ser capturado, dijo a a principios de agosto en una conversación que interceptaron los servicios secretos británicos que se alegraba de que el intento de asesinato contra Hitler hubiera fracasado. Y afirmaba que, de haber tenido éxito, habría revivido la leyenda de la «puñalada por la espalda» que había acosado a la política alemana después de 1918. Añadía que esta vez era necesario que, desde un punto de vista político, la nación recorriera el camino hasta el amargo final.[117] Esta valoración excluía de la ecuación a los millones de vidas que se habrían

salvado si la conspiración hubiera tenido éxito y la guerra hubiera terminado rápidamente. No obstante, seguramente tema razón cuando afirmaba que habría surgido una nueva leyenda de la «puñalada por la espalda», lo que habría representado una amenaza para cualquier acuerdo posterior a Hitler. Y sin duda estaba en lo cierto al suponer que el fracaso del intento de derrocar a Hitler desde dentro en julio de 1944 hizo que, a partir de entonces, solo se pudiera derribar al régimen con una derrota militar total. Sin embargo, una cuestión que Richthofen no planteó fue cómo podría mantener el régimen su esfuerzo de guerra hasta entonces, que, como se vería, aún tardaría en llegar otros ocho meses.


La ofensiva de los Aliados en el oeste, junio-septiembre de 1944
N
Londres
Canal
de la Mancha
DÍA D
6 junio 1944
Cherburgo
22 de junio
Islas del canal de la Mancha
El Havre
12 de sept.
Ruán 30 agosto
Falaise 23 agosto
Saint-Malo
Brest
9 sept.
Rennes 4 de agosto
Lorient
Saint-Nazaire
Nantes 6 de agosto
Tours 26 de agosto
Loira
Orleans 17 de agosto
Yonne
Sena
París 25 de agosto
Dunkerque
Calais
30 de sept.
BRITÁNICOS Y CANADIENSES
Amiens 31 de agosto
Amberes 4 de septiembre
Bruselas 3 de sept.
Aquisgrán
Colonia
Rin
Tréveris
ESTADOUNIDENSES
Metz
Karlsruhe
Estrasburgo
Nancy 16 de septiembre
Épinal 15 de septiembre
FRANCESES
Dijon
11 sept.
Ejércitos estadounidenses
desde el sur de Francia
SUIZA
Enclaves alemanes después de septiembre
Ciudades europeas aún bajo control alemán (sin fecha)
0 50 100 millas
0 50 100 km

2

DESCALABRO EN EL OESTE

> *¡Queremos construir una Europa nueva, ¡nosotros, los jóvenes, frente a los viejos! Pero ¿qué somos? Hombres hambrientos, agotados y exprimidos por chiflados. Pobres y cansados, consumidos y con los nervios destrozados. ¡No, no y no! Ya no hay nada que hacer.*
>
> Un oficial en el frente occidental, septiembre de 1944

> *«La victoria debe ser nuestra [...]. Uno cumple con su deber y sería cobarde no luchar hasta el final». «No perdemos la esperanza. Todo depende de los líderes. Va a suceder algo muy diferente de lo que todo el mundo espera». «Si no vencemos, Alemania está acabada. Por tanto, debemos vencer».*
>
> Opiniones de soldados alemanes capturados en el frente occidental, septiembre de 1944

I

Cuando se produjo el levantamiento fallido, el 20 de julio, el avance de los ejércitos estadounidense y británico en Normandía había sido decepcionantemente lento y arduo desde el punto de vista de los Aliados. Todavía no habían logrado salir de una zona relativamente restringida en el noroeste de Francia. Desde el punto de vista alemán, a mediados de julio todavía parecía posible poder mantener

a raya a los Aliados. Si se ganaba tiempo, podrían abrirse nuevas posibilidades. Nada estaba perdido.

En aquel momento, el desembarco de mediados de junio estaba completamente consolidado. Los estadounidenses habían avanzado en dirección oeste aquel mes y habían tomado el importante puerto de Cherburgo, pero habían tardado 23 días, no los 15 esperados, y habían encontrado el puerto tan destruido que tuvieron que esperar seis semanas para abrirlo a los cargueros aliados. La ciudad de Caen había sido uno de los objetivos del Día D, pero los aliados, enfrentados a una feroz resistencia alemana, no lograron asegurar totalmente sus alrededores hasta mediados de julio. Después, cuando los británicos avanzaron hacia el sur, en dirección a Falaise, se enzarzaron de nuevo en duros combates antes de que se cancelara el avance previsto en su desafortunada «Operación Goodwood», en medio de una lluvia torrencial y con graves pérdidas de hombres y tanques, el mismo día que explotó la bomba de Stauffenberg en el cuartel general de Hitler. Cinco días antes, había comenzado la gran ofensiva de la «Operación Cobra» con un enorme bombardeo masivo de las líneas alemanas y cuyo objetivo era un contundente ataque de las tropas estadounidenses para atravesar las defensas alemanas, inferiores en número, y pulverizarlas aún más desde el aire, hacia el suroeste, en dirección a Avranches, cerca de la costa francesa. Para el 30 de julio, la ofensiva era un éxito. Aquella misma noche, Avranches estaba en manos de los Aliados.[1] En aquel momento fue posible realizar un avance importante. La carretera que se dirigía hacia el oeste, a los puertos costeros de Bretaña, había quedado expuesta (si bien tendrían que transcurrir semanas antes de que los Aliados vencieran la fuerte resistencia alemana y tomasen los puertos). Al sur estaba el Loira. Al este, en dirección al mismo París, solo se interponían en el camino de los Aliados unas fuerzas alemanas debilitadas.

La idea de Hitler hasta aquel momento había sido ganar tiempo. Se había dado cuenta de que mantener la terca resistencia alemana aseguraría que los Aliados solo pudieran realizar lentos progresos. Su prioridad en el oeste era mantener las bases de submarinos en la

costa francesa, esenciales para la guerra en el Atlántico, de la que, según él, dependían muchas cosas, y una fanática defensa de los puertos para impedir que los Aliados pudieran enviar refuerzos de tropas a gran escala. Contener a los Aliados en el noroeste de Francia y ganar tiempo permitiría fortalecer las defensas y preparar una gran ofensiva alemana, una idea que ya estaba germinando en la mente de Hitler. Infligir una derrota a los Aliados occidentales y detener su supuesto avance hacia la victoria les obligaría a negociar un armisticio.[2]

Sin embargo, en aquel momento Hitler se enfrentaba a las consecuencias de la toma aliada de Avranches. Era una noticia inquietante.Como era típico en el, eligió no reaccionar retirando las tropas alemanas a unas nuevas líneas en el este. En lugar de ello, encargó al mariscal de campo Hans Günther von Kluge, que había tenido esa idea originalmente, lanzar una contraofensiva rápida hacia el oeste, a través de Mortain, con el objetivo de recuperar Avranches, dividir a las fuerzas estadounidenses y restablecer las líneas alemanas. El ataque de Kluge tuvo lugar a primeras horas del día 7 de agosto, pero solo tuvo éxito el primer día. Las tropas alemanas lograron recuperar Mortain y avanzar unos 11 kilómetros. Sin embargo, al verse sometidas a un bombardeo incesante, no pudieron seguir avanzando. Hitler coqueteaba con el desastre al insistir en que Kluge continuara atacando mucho después de que la prudencia dictara una rápida retirada. Ante el creciente peligro de que sus tropas fueran rodeadas por las fuerzas estadounidenses, finalmente permitió una retirada desde la zona de Mortain el 11 de agosto, pero hasta cuatro días después, el 15, rechazó la petición de Kluge de retirar 100.000 soldados que se hallaban en grave peligro en las inmediaciones de Falaise.[3]

Las sospechas que Hitler albergaba sobre su mariscal de campo se dispararon cuando no logró comunicarse por radio con él aquel día. Le relevó del mando inmediatamente y le sustituyó por su apagafuegos de confianza, el duro e inflexible mariscal de campo Model. Kluge se suicidó poco después, temiendo, con razón, que sería sometido a juicio ante el temido Tribunal del Pueblo por su

conexión con la conspiración para atentar contra Hitler, pese a que había tomado la precaución de no comprometerse con los conspiradores. Model finalmente evacuó a unos 50.000 hombres de la «bolsa de Falaise», que se estaba estrechando rápidamente. Pero aproximadamente el mismo número de hombres fueron capturados y otros 10.000 murieron, y hubo que abandonar grandes cantidades de armamento y equipamiento. A lo largo de agosto, el ejército alemán había perdido en Europa occidental más de 200.000 hombres en total, entre muertos, heridos y prisioneros.

Había sido una catástrofe. Una retirada alemana a gran escala se había convertido en poco menos que una derrota aplastante. Podría haber sido aún peor si los Aliados hubieran aprovechado su ventaja, cerrado la bolsa que envolvía a las tropas alemanas e impedido que tantos soldados curtidos y oficiales experimentados huyeran para combatir de nuevo más adelante. Pese a todo, los Aliados pudieron avanzar rápidamente hacia el norte y hacia el este. La moral alemana parecía a punto de derrumbarse.[4] La caída de París, el 2 5 de agosto, se produjo sin ningún combate. También se estaban replegando en zonas de Bélgica y Luxemburgo. A finales de agosto, ya había unos dos millones de soldados aliados en Francia, una cifra que fue aumentando rápidamente. En el norte, los Aliados pudieron avanzar hacia los puertos del Canal de la Mancha. El avance aliado en Bélgica dio como resultado la liberación de Bruselas el 3 de septiembre y, al día siguiente, la toma de Amberes. Mientras tanto, el 15 de agosto desembarcaron tropas estadounidenses y francesas en la costa meridional de Francia. A finales de aquel mes, tomaron Marsella y avanzaban hacia Lyon. Por tanto, no es de sorprender que el optimismo de los Aliados se disparara en aquella época. Parecía que los alemanes no podrían resistir todo el invierno. La guerra se estaba acercando a su fase final. Pronto habría acabado todo.

Sin embargo, el avance de los Aliados se detuvo inesperadamente. El objetivo revelado a principios de septiembre por el comandante supremo de las tropas aliadas, el general Dwight D. Eisenhower, de continuar hasta las fronteras del Reich en un

frente amplio antes de que las defensas alemanas pudieran consolidarse pronto demostró ser inviable.

Los Aliados obtuvieron peores resultados en el sector septentrional. Una serie de graves errores tácticos hizo que se detuviera el avance en aquella zona. El arrogante comandante británico, el mariscal de campo Bernard Montgomery, impaciente por aprovechar la confusión de los alemanes y avanzar con audacia en el Ruhr y hacia Berlín, cometió graves errores que imposibilitaron sus objetivos, que en cualquier caso ya eran de por sí empecinados e inmensamente arriesgados. No cabe duda de que el conflicto, tanto por cuestiones estratégicas como personales, entre Montgomery y Eisenhower, estaba perjudicando a los Aliados en aquel momento crucial. La incapacidad de Montgomery para aprovechar la importante toma del puerto de Amberes, que había quedado intacto, y avanzar para asegurar el estuario del Escalda dejó el crucial puerto inutilizable hasta finales de noviembre y permitió escapar a una gran cantidad de tropas alemanas que podrían haber quedado aisladas en la zona. Todo ello se vio agravado por el desastre de Arnhem, donde la insistencia de Montgomery en una audaz ofensiva aerotransportada para cruzar el Rin causó un elevado número de bajas británicas. La arriesgada «Operación Market Garden» comenzó el 17 de septiembre, pero terminó tres días más tarde. A partir de aquel momento, hubo que abandonar cualquier esperanza de un avance rápido cruzando el Rin para penetrar en el corazón industrial de Alemania, el Ruhr.

En el sector meridional del frente, el tercer ejército estadounidense del general George Patton había avanzado rápidamente hacia el este durante la segunda mitad de agosto, había cruzado el Mosa y había llegado hasta el Mosela. Patton veía con optimismo la posibilidad de adentrarse en Alemania y poder ganar pronto la guerra. El primer paso sería cruzar el Mosela y avanzar hacia Lorena. El importante cinturón industrial del Saar esperaba después. Pero a principios de septiembre el avance de Patton se ralentizó casi hasta detenerse. Su línea de suministros hasta Cherburgo se prolongaba casi 650 kilómetros, los tanques simplemente se estaban quedando sin combustible y Eisenhower

había dado prioridad por el momento al plan de Montgomery de adentrase en el Ruhr. Hubo que contener a un Patton furioso. Cuando su rápido avance quedó casi inmovilizado, las defensas alemanas que se enfrentaban a sus fuerzas ofensivas fueron reforzadas urgentemente y puestas bajo el mando del temible general Hermann Balck, que se había curtido en la batalla en el frente oriental y disfrutaba del favor de Hitler. Se había perdido el ímpetu. Tendrían que transcurrir dos meses más, con muchas y encarnizadas batallas, antes de poder vencer la feroz resistencia alemana en Metz, el fortificado corazón de Lorena.[5]

El sector central del frente era el que tenía más posibilidades. El primer ejército de Estados Unidos, con el general Courtney Hodges al mando, había destruido, en su avance en dirección nordeste a finales de agosto desde la zona de París, varias divisiones acorazadas alemanas y había capturado 25.000 prisioneros antes de llegar a Mons, en Bélgica. Una parte del ejército, el quinto cuerpo estadounidense, cambió entonces de dirección, hacia el sureste, para avanzar por Luxemburgo hasta casi llegar a la frontera alemana, cerca de Tréveris, el 11 de septiembre, mientras que el séptimo cuerpo estadounidense se dirigió directamente al este, hacia Aquisgrán. En torno al mediodía del 11 de septiembre, las primeras tropas estadounidenses pisaron suelo alemán, justo al sur de Aquisgrán, una ciudad en la que para entonces no había prácticamente tropas defensivas y cuya población era presa del pánico. Pero los estadounidenses cubrieron con su avance una zona demasiado amplia. Las fuerzas alemanas se reagruparon y, gracias a una lucha tenaz, bloquearon a las tropas estadounidenses, más numerosas y más fuertes. Las unidades alemanas reforzadas lograron repeler el ataque estadounidense. En menos de cinco días, las autoridades alemanas consiguieron restablecer de momento el control de Aquisgrán e impedir cualquier avance estadounidense hacia Colonia. Se había perdido otra oportunidad. Serían necesarias otras cinco semanas de encarnizados combates para que Aquisgrán se convirtiera en la primera ciudad alemana en caer en manos aliadas, el 21 de octubre. Y habrían de transcurrir casi seis meses

antes de que los Aliados tomaran Colonia, a tan solo unos 90 kilómetros de distancia.

Mientras tanto, Rundstedt había vuelto a ser nombrado comandante en jefe del oeste (con el mando absoluto del ejército en aquel teatro de guerra) el 5 de septiembre, dejando a Model, un brillante estratega defensivo, a cargo del Grupo de Ejércitos B (uno de los dos grupos de ejércitos del frente occidental; el otro, el Grupo C, estaba comandado por el coronel general Johannes Blaskowitz). Bajo el mando de Model, las defensas alemanas se habían fortalecido, con ayuda de unas líneas de suministro más cortas y la mejora de los refuerzos, formados por soldados rescatados de Normandía y trasladados desde el frente oriental. A mediados de septiembre, los Aliados estaban cerca de la frontera alemana, a lo largo de un largo tramo del frente que se extendía desde Bélgica hasta prácticamente Suiza. Sin embargo, en aquel momento era evidente que las expectativas que los Aliados habían albergado durante meses, basándose en las experiencias de la Primera Guerra Mundial, de que se produciría una especie de derrumbamiento alemán como el que había ocurrido en 1918, eran erróneas.[6] La guerra iba a prolongarse.[7]

Los Aliados habían vacilado y cometido graves errores en momentos cruciales. Pero los alemanes también habían contribuido a que la guerra se prolongara. Para Alemania, pese a la feroz y valerosa lucha de las fuerzas de la Wehrmacht, inferiores en número, el derrumbamiento de Francia había tenido un espantoso impacto. En poco más de tres meses, los Aliados habían liberado Francia y habían llegado hasta las fronteras de Alemania. Era evidente que la guerra pronto se libraría en territorio alemán. Sin embargo, con el competente mando de Model, habían sobrevivido a la derrota en las inmediaciones de Falaise, batalla que fue importante pero no fatídica. Desde entonces, habían sorprendido a los Aliados con la tenacidad, e incluso el fanatismo, de su lucha. A pesar de su inferioridad numérica, habían mostrado energía e iniciativa. Y contaban con algunas armas y tanques técnicamente superiores, aunque en cantidades insuficientes. Su mayor debilidad

no era en tierra, sino en el aire, dónde la Luftwaffe cada vez estaba más paralizada y la superioridad aliada era enorme.[8] Pese a ello, la defensa alemana era pertinaz y no resultaba fácil romperla. A diferencia de lo sucedido al ejército ruso en 1917, al ejército alemán al año siguiente, al ejército italiano en 1943 y a otros ejemplos en los que grandes derrotas habían precipitado el derrumbe de la moral con devastadoras consecuencias políticas, a finales del verano y durante el otoño de 1944, las fuerzas armadas alemanas aún seguían más que dispuestas a seguir combatiendo. ¿Qué había detrás de la extraordinaria tenacidad del frente de combate occidental?

II

Si los Aliados hubieran visto los informes que estaba recibiendo el mando alemán en aquel momento sobre la desmoralización de la población alemana en las fronteras occidentales del Reich y en el seno de la Wehrmacht, provocada por el catastrófico descalabro militar en el oeste, podrían haber creído que confirmaban su «teoría del hundimiento», basada en los acontecimientos de 1918.[9] Sin duda, aquellos informes no daban la impresión de que Alemania fuera capaz de continuar combatiendo durante ocho meses más.

Se decía que el sentimiento de alivio en Alemania provocado por la aparente estabilización del frente oriental se había disipado a mediados de agosto debido a las deprimentes noticias del avance aliado en el oeste, para el que la población no estaba preparada en absoluto.[10] Los optimistas que sugerían que la guerra aún se podía ganar con un esfuerzo supremo lo tenían muy difícil frente a la creciente opinión pesimista respecto a la enorme superioridad de las fuerzas enemigas, al escepticismo sobre las nuevas «armas milagrosas» prometidas y a la idea de que el esfuerzo de guerra total, pese a haber sido bien acogido en general, había llegado demasiado tarde y su carga, en cualquier caso, no se distribuiría equitativamente. Se mencionaban las cartas de los seres queridos en el frente, e incluso los boletines oficiales de noticias desde Francia,

como indicadores de que Alemania no podría competir con la supremacía numérica y armamentística de los Aliados. «No creo que seamos capaces de detener la tormenta del enemigo», decía una de las cartas citadas. «Su superioridad es demasiado grande, tanto en el aire como, sobre todo, en el numero de tanques, tanques y más tanques». «¿Dónde están las grandes reservas de las que siempre se ha hablado?», preguntaba la población. En aquel clima depresivo, aún era más fuerte el deseo de que acabara pronto la guerra y la opinión de que las consecuencias de la derrota serían menos terribles de lo que se decía. El escepticismo y el derrotismo se estaban volviendo inseparables.[11]

A principios de septiembre, los informes de las oficinas de propaganda de todo el país indicaban que el estado de ánimo de la población había llegado al punto más bajo de la guerra. Puesto que el tono general de aquellos informes, sobre todo los del SD, insistía en destacar los sentimientos pronazis de la población, los claros indicios de depresión y desesperanza expresados en aquel momento resultaban aún más sorprendentes. La sensación de inseguridad era generalizada. Cada vez había más personas con actitudes «negativas» y estaban socavando la moral con comentarios derrotistas y «críticas veladas a los dirigentes». Eran muchos los que se preguntaban por qué no se había frenado el desembarco de los Aliados, por qué no se había declarado la guerra total antes y por qué el «veneno» que había generado el levantamiento del 20 de julio no se había detectado y eliminado antes. Las críticas iban dirigidas hacia el propio Führer, pese a que la gente era demasiado cauta para mencionarle directamente.

Quienes pensaban de aquella manera no podían ver modo alguno de mejorar la situación y repeler al enemigo. Los soldados heridos y los refugiados que llegaban desde el oeste no hacían más que alimentar su pesimismo. Decían que los soldados rasos y la «patria» no tenían la culpa si todo iba mal y que Alemania estaba abocada a perder la guerra. No era cosa del destino. Se cuestionaba la capacidad de los generales y a los dirigentes, que no habían hecho todo lo necesario. Por encima de todo, era desalentador el

sentimiento de impotencia ante la inmensa superioridad del enemigo en cuanto a hombres y equipamiento. Se decía que las mujeres que tenían hijos eran especialmente propensas a preocuparse por el futuro. La idea del suicidio era cada vez más común. Se estaban desvaneciendo las esperanzas en las nuevas armas, sobre todo porque se creía que se había actuado demasiado tarde para cambiar las cosas. La gente decía que si no se podían conservar Lorena y el Sarre, la pérdida de centros de producción de armamento vitales obligaría a Alemania a rendirse. Pocos creían que el *Westwall,* la enorme línea de fortificaciones alemanas construida en 1938, llamada por los Aliados occidentales la «Línea Sigfrido», aguantaría el avance enemigo mejor de lo que la «Línea Maginot» francesa había logrado detener el avance de la Wehrmacht hacia Francia en 1940. Con el enemigo en las fronteras del Reich, la deserción de los aliados de Alemania (Rumanía había pedido la paz y se había sumado a la guerra contra Alemania el 25 de agosto, Finlandia estaba a punto de romper relaciones con Alemania y otros países iban a seguir su ejemplo) y la exposición sin defensa alguna al redoblado «terror desde el cielo», era difícil no caer en el pesimismo.[12]

Los refugiados de Rombach, en Lorena, contribuyeron a empeorar el estado de ánimo en las fábricas de la zona fronteriza con sus rumores de que les habían disparado durante su evacuación en ferrocarril, de que paracaidistas enemigos habían saltado cerca de Metz, de que la retirada alemana había sido un desastre, ya que los oficiales habían dejado a sus soldados en la estacada y huían hacia el este en el primer vehículo que pudieran encontrar. Además, decían que ya no se lanzaban bombas V1. Como era previsible, en Berlín desdeñaron el informe por considerarlo una mera exageración. Sin embargo, esto no redujo el daño que estaba causando aquel tipo de rumores.[13] El profesor Karl Gebhardt, jefe del sanatorio de las SS en Hohenlychen, al norte de Berlín, le contó una historia parecida a su amigo del colegio, el Reichsführer de las SS Heinrich Himmler, durante una vista al frente occidental a principios de septiembre. Le dijo que la población de Tréveris se

había inquietado por los numerosos rumores que circulaban y por el «desagradable espectáculo» de los vehículos de la Wehrmacht que llegaban desde Aquisgrán. La orden de evacuación de Eupen-Malmédy, un antiguo enclave de Bélgica que Alemania se había anexionado en 1940, se había convertido en una huida despavorida de la población alemana, junto con los funcionarios del partido, que, evidentemente, no tenían ninguna intención de regresar.[14]

La evacuación organizada por el partido en Aquisgrán (la primera ciudad alemana importante que los Aliados tenían a la vista) y de zonas cercanas al *Westwall* ante el avance de los estadounidenses no había sido más que un caos. Se habían elaborado planes de evacuación, y el 11 de septiembre Hitler había dado su aprobación. Comenzó en torno al mediodía del 12 de septiembre. Sin embargo, apenas había empezado cuando, en un momento en el que parecía que la caída de la ciudad era inminente, en medio de ataques de artillería pesada y repetidos bombardeos aéreos, el pánico estalló entre la población. Ante el caos creciente, fue imposible llevar a cabo una evacuación ordenada. A media tarde, unos diez mil aterrados civiles se apiñaban en las estaciones de Aquisgrán desesperados por huir, pero el transporte era extremadamente difícil debido a la lluvia de bombas que caía en las vías adyacentes. Miles de personas trataron de arreglárselas por sí mismas huyendo a pie de la ciudad en dirección este, en largas columnas que colapsaron las carreteras cercanas. Poco después, las propias autoridades nazis calcularon que unas 25.000 personas habían logrado huir entre el 11 y el 15 de septiembre, las cuales se sumaban a los 20.000 que ya habían marchado la semana anterior.

Poco después, a última hora de la tarde del 12 de septiembre, los funcionarios del partido, la Gestapo, la policía y los bomberos cedieron al pánico y huyeron, dejando a la población de la ciudad sin dirigentes. Justo en aquel momento llegó el estado mayor de la 116ª división panzer, bajo el mando del general Gerd Graf von Schwerin. En ausencia de los dirigentes del partido, el 13 de septiembre Schwerin asumió la responsabilidad del restablecimiento del orden, en no poca medida para permitir el movimiento de

tropas. Se interrumpió la «salvaje» evacuación. Los ciudadanos fueron dirigidos a los búnkeres. Tras reconocer que los estadounidenses estaban a punto de llegar, Schwerin dejó una nota escrita en inglés en la que informaba al oficial al mando de las fuerzas estadounidenses de que había interrumpido «la estúpida evacuación» de la población. En aquel momento aún quedaban entre 20.000 y 30.000 personas en la ciudad, que, en su mayoría, serían evacuadas durante los días siguientes.

Cuando las fuerzas alemanas lograron de forma inesperada repeler el ataque estadounidense e impedir de momento la ocupación, las autoridades nazis aprovecharon la nota de Schwerin, que había caído en sus manos, para encubrir sus propios y lamentables fracasos. El asunto llegó a oídos del propio Hitler. Schwerin fue destituido de inmediato y Hitler ordenó defender la ciudad con el máximo radicalismo. Sin embargo, una investigación concluyó que Schwerin había actuado correctamente dentro del marco de sus competencias y que la culpa del fracaso recaía claramente en las autoridades del partido. En la voluble memoria de posguerra, Schwerin se convirtió en «el salvador de Aquisgrán». En realidad, Schwerin no habido desafiado las órdenes ni había descuidado la acción humanitaria. No había cometido ningún acto de resistencia. En una situación de crisis, se había limitado a cumplir con lo que consideraba su deber en la medida de sus capacidades y de acuerdo con las exigencias militares del régimen.[15]

Goebbels destacó las «extraordinarias dificultades» de la evacuación de los territorios cercanos al *Westwall,* con la población de los distritos fronterizos «arrojada aquí y allá», pero consideraba que era inevitable en aquellos momentos de crisis.[16] Algunos días después, al reconocer que la situación en Aquisgrán se había vuelto «crítica», abogó por el principio de la «tierra quemada» en la cuestión de la evacuación. Cuando el futuro de la nación estaba en juego, no se podía tener demasiado en cuenta a la población de la zona.[17] El Gauleiter de Colonia-Aquisgrán, Josef Grohé (cuya autoridad se había visto seriamente comprometida por la huida de

sus subordinados) describió con todo detalle a Goebbels la «desoladora situación» y la evacuación de Aquisgrán (si bien de una forma poco imparcial). El partido y la Wehrmacht estaban enfrentados. El partido había abandonado la ciudad y se había desencadenado un caos generalizado. Se habían producido «escenas sin precedentes» en las carreteras del este de Aquisgrán. Había que considerar «extremadamente grave» la situación allí y en Tréveris, cuyo centro (incluido el gran salón del trono del emperador Constantino, que databa de principios del siglo iv) había resultado gravemente dañado por las bombas a mediados de agosto y que durante la noche del 13 al 14 de septiembre también sufrió un ataque de artillería ininterrumpido.[18]

Speer, tras su regreso de una visita a la región, donde se había cruzado con las masas que huían, se hizo eco de las descripciones de la «debacle».[19] Las tropas que había visto estaban agotadas, exhaustas. Las divisiones de *Volksgrenadier* recién creadas tenían numerosos reclutas de avanzada edad que no podían estar a la altura de las exigencias físicas. Se produjo una enorme caída de la energía de las fuerzas de combate y una creciente crisis de confianza. Los funcionarios del partido llamaban a los oficiales, en general, «criminales del 20 de julio» y les culpaban de los reveses militares sufridos tanto en el frente oriental como en el occidental; los propios soldados llamaban a los oficiales «saboteadores de la guerra» y les acusaban de carecer de espíritu de combate. La mala organización de la evacuación de Aquisgrán había afectado gravemente a las tropas. Los trenes se habían detenido sin ningún aviso previo y se había obligado a mujeres, niños y ancianos a partir a pie. Se veían por todas partes columnas de refugiados que dormían al aire libre y bloqueaban los caminos. Había una escasez crónica de municiones, armas y combustible.[20] En el informe que envió a Hitler, Speer señalaba el contraste entre los soldados vestidos con uniformes desharrapados y harapientos y los funcionarios del partido, denominados con sarcasmo «faisanes dorados» *(Goldfasane)* y por sus uniformes de tiempos de paz cubiertos de galones dorados,

a los que no se había visto organizar la evacuación de los habitantes de Aquisgrán ni ayudar a paliar la miseria de los refugiados.[21]

Xaver Dorsch, uno de los principales subordinados de Speer y el encargado de las fortificaciones, aportó sus propias impresiones durante una visita a la zona el 12 y el 13 de septiembre, y comentó la desastrosa impresión causada por la chapucera evacuación y lo sorprendente que había sido que tan pocos funcionarios del partido se hubieran preocupado de los refugiados. Pensaba que la innecesaria evacuación podría haber conducido a una catástrofe si el avance aliado hubiera continuado durante los días siguientes. Temía una desintegración del ejército como consecuencia de la rabia que habían suscitado los funcionarios del partido al culpar a los oficiales de la Wehrmacht de la retirada en Francia.[22]

Ernst Kaltenbrunner, el jefe de la Policía de Seguridad, no dejó a Himmler ninguna duda sobre la desastrosa situación cuando escribió largo y tendido a mediados de septiembre sobre el estado de ánimo de la población durante la evacuación y la ocupación de las regiones fronterizas occidentales. La evacuación de Luxemburgo, anexionado al Reich en agosto de 1942 e incluido en el dominio del Gauleiter de Coblenza-Tréveris, Gustav Simon, se había llevado a cabo en un clima de pánico total. Las medidas del Gauleiter habían sido excesivamente precipitadas y la administración civil se había desmoronado. Tras la orden de evacuación de Simon, se habían interrumpido las obras de fortificación del *Westwall* y los trabajadores se habían marchado. En cualquier caso, la moral de aquellos trabajadores había sido baja. Los funcionarios del partido los habían organizado mal y habían dado el peor de los ejemplos al no trabajar ellos mismos y limitarse a supervisar las obras. La incompetencia de la administración del Gauleiter se puso de manifiesto en la evacuación de 14.500 ciudadanos del distrito de Saarburg, donde se instalaron el pánico y el caos. Los medios de transporte eran irremediablemente insuficientes. Los más afortunados partieron en un tren especial, y algunas de las mujeres, los niños y los enfermos, en autobús. Pero la mayoría huyó penosamente a pie, formando largas columnas de desdichados que

ocuparon las carreteras durante días, arrastrando sus posesiones en carros tirados por caballos. Los suministros de ropa, zapatos y mantas para los evacuados eran insuficientes.

Como consecuencia del caos, había mucha rabia dirigida contra el partido. Mucha gente se negó a obedecer sus órdenes de marcharse (que, a menudo, eran confusas y contradictorias), otros no pudieron encontrar alojamiento y regresaron. En Aquisgrán, donde miles de ciudadanos habían desafiado las órdenes de evacuación, se habían descolgado los retratos del Führer y había sábanas blancas en las ventanas como señal de rendición. El partido había quedado desprestigiado debido a la huida de sus funcionarios. La organización fue pésima: las mujeres y los niños fueron separados durante la evacuación. Y se habían visto pocos indicios de algo parecido a una «comunidad del pueblo». Quienes disponían de acceso a automóviles huyeron a toda prisa, sin preocuparse de nadie. Era un «sálvese quien pueda».[23]

Kaltenbrunner elaboró una lista con las personas importantes que habían abandonado prematuramente Luxemburgo y Tréveris para poner a salvo a sus familias. El propio Gauleiter y el jefe de distrito *(Kreisleiter)* de Metz figuraban entre los que habían abandonado sus puestos en otro informe enviado a Himmler sobre los movimientos incontrolados de refugiados en Lorena, que habían puesto en peligro los movimientos de tropas. Los ferrocarriles habían dejado de funcionar porque el personal alemán había huido y la administración civil había destruido instalaciones esenciales antes de marcharse, por lo que había cortes de electricidad y de agua, y los teléfonos no funcionaban. Se había permitido que los prisioneros de guerra rusos deambularan libremente por el campo, lo que suponía una amenaza para la seguridad.[24]

El teniente Julius Dufner, un oficial destacado en Kyllburg, una pequeña ciudad balneario en el Eifel, en la zona de Bitburgo, al norte de Tréveris, escribió en su diario una descripción de primera mano de la desoladora situación. «¡La guerra está perdida!», afirmaba sin rodeos el 1 de septiembre. Un día después observó que en el propio Tréveris no quedaba nada. El combustible era tan

escaso que pronto los vehículos no podrían circular. «¡Queremos construir una Europa nueva, ¡nosotros, los jóvenes, frente a los viejos! Pero ¿qué somos? Hombres hambrientos, agotados y exprimidos por chiflados. Pobres y cansados, consumidos y con los nervios destrozados. ¡No, no y no! Ya no hay nada que hacer», escribió. Cuando los ciudadanos preguntaban a los soldados en tono de reproche por qué se estaban retirando, estos respondían que ellos también querían ir «a casa, al Reich». Escribió que todo había sido un farol, refiriéndose a las «armas milagrosas». Decía que eso era lo que sucedía cuando un jefe de propaganda, refiriéndose a Hitler, se convertía en el comandante supremo de la Wehrmacht. Se estaban destruyendo enormes cantidades de archivos y documentos. «Todo lo que parecía en otra época imprescindible carece ahora de valor y no significa nada en absoluto». ¿Quién tenía la culpa de todo aquello?, se preguntaba. Su respuesta era que no los que ocupaban cargos poco importantes, que, simplemente, no querían luchar y morir por una causa perdida. Todo estaba claro como el agua. Todos aquellos discursos sobre la nueva Europa, sobre pueblos jóvenes y pueblos decrépitos, sobre el liderazgo germánico, sobre el celo revolucionario, eran «tonterías», una «estafa». Nunca habría dicho aquellas cosas en voz alta.

Cuando la artillería enemiga comenzó a disparar contra Tréveris la noche del 13 de septiembre y, al día siguiente, empezó la evacuación de sus habitantes, centenares de trabajadores de urgencias («una columna de hombres ancianos con aspecto desdichado y preocupado, y también muchachos jóvenes de las Juventudes Hitlerianas») se adentraron en la ciudad, caminando bajo la lluvia, para cavar fosos. Dufner señalaba que podrían haber servido como defensas contra los hunos y los mongoles, pero que parecía dudoso que pudieran detener a los tanques modernos. Pocos trabajadores tenían un lugar donde dormir. Pero no se quejaban, simplemente lo aceptaban con resignación. Parecía que se estaban movilizando las últimas reservas. Cuando comenzaron los bombardeos sobre la propia Bitburgo, los oficiales aún lograron celebrar el cumpleaños de uno de sus camaradas con buen vino del

Sarre y sekt.[25] Había que beber hoy porque podría no haber un mañana.

Aquel tipo de fiesta, en un momento en el que el enemigo estaba a las puertas, habría confirmado los prejuicios generalizados entre los funcionarios nazis, una gran parte de la población civil y muchos soldados del frente sobre el *Etappengeist* (el «espíritu de la retaguardia»), el débil y decadente estilo de vida de los oficiales que todavía podían disfrutar de los placeres de la vida mientras otros estaban sacrificando las suyas por el país. Se afirmaba que aquella era la causa del hundimiento en Francia.[26] En la retaguardia se hallaban las líneas de comunicación, las bases para el aprovisionamiento, la administración, el transporte, los hospitales de campaña y los estados mayores de estrategia del ejército que estaba combatiendo. Todo ello constituía el *Etappe,* un elemento esencial de la estructura de cualquier maquinaria militar, pero, al igual que en la Primera Guerra Mundial, un elemento del que en el sucio frente donde se libraban los combates se mofaban a menudo los soldados comunes, más que dispuestos a difundir entre los seres queridos que se hallaban en el país rumores difamatorios sobre oficiales que disfrutaban de todo tipo de comodidades y se daban la gran vida lejos de la encarnizada guerra.

Goebbels comentó: «Que nuestros asnos en la retaguardia hayan huido despavoridos solo se puede achacar a que carecen de la disciplina adecuada y a que han dedicado más tiempo durante el largo periodo de la ocupación de Francia a beber champán e ir con mujeres francesas que a realizar maniobras militares». Goebbels atribuyó la «debacle» a la falta de liderazgo de los generales.[27] La oficina del Gau en Baden informó a la cancillería del partido a principios de septiembre de que la actitud de las unidades que se batían en retirada «revelaba el peor ambiente de la retaguardia, con uniformes sucios, numerosas muchachas de vida alegre borrachas y soldados juntándose en los peores y más dudosos grupos, camiones cargados con los más variados productos: muebles de apartamentos, camas, etc. Estas imágenes recordaban a los veteranos de guerra la situación de 1918».[28] Inmediatamente después del hundimiento

del ejército alemán durante el avance aliado en Falaise, Himmler había dado órdenes al jefe de las SS y a los mandos de la policía de las zonas occidentales, sus principales agentes en cuestiones de seguridad, de que eliminaran de una vez por todas, en colaboración con los comandantes militares, «la repulsiva retaguardia de Francia» y enviaran a los que estaban en ella al frente o los pusieran a trabajar.[29] Pocos días después, Martin Bormann entregó a Himmler una carta que había recibido de Karl Holz, el Gauleiter en funciones de Franconia, con informes sobre la «indisciplina, la subversión y la irresponsabilidad» en la retaguardia de Francia. Holz propuso enviar a «inspectores generales» que fueran «nacionalsocialistas enérgicos y brutales» para solucionar el problema, pero Himmler juzgó imposible complacerle si no le facilitaba los detalles.[30]

La descripción de los fallos militares que habían conducido al avance aliado en Avranches, «el suceso más grave del verano», hallaba una justificación en el comportamiento supuestamente cobarde en la retaguardia, al tiempo que alababa los esfuerzos alemanes que habían impedido una catástrofe peor.[31] Un informe de la *Geheime Feldpolizei* (la policía secreta militar) extrajo una conclusión parecida. El fracaso de los oficiales durante la retirada había determinado el estado de ánimo, lo que ponía de manifiesto la supuesta desconfianza hacia los oficiales desde el 20 de julio. Se esgrimían ejemplos de testimonios de soldados sobre el mal comportamiento de oficiales (según uno de ellos, parecido al del 9 de noviembre de 1918) y sobre síntomas de desintegración en el ejército.[32] Entre las denuncias más contundentes se contaba una de la oficina del general Reinecke, el jefe del estado mayor del mando nacionalsocialista del ejército, basada en una visita al frente occidental a finales de septiembre y principios de octubre para evaluar el trabajo de los NSFO. Decía que estaban trabajando bien. Anteriormente, la situación en la retaguardia francesa había sido «escandalosa». Durante cuatro años, quienes se hallaban en la retaguardia habían vivido en «el país de Jauja». La retirada de 1918, en el momento de la revolución, había sido como el orgulloso desfile

de un regimiento de la guardia real comparado con aquella «chusma huyendo en desbandada».[33]

Pese a sus evidentes prejuicios, provocados por la necesidad de encontrar chivos expiatorios por el catastrófico hundimiento en el frente occidental, esos informes son una clara señal de la baja moral y los síntomas de desintegración del ejército alemán en retirada. Al caos generado por las evacuaciones en la región fronteriza, el pánico entre la población y el desprecio al partido, que se había visto acentuado por la huida de sus funcionarios, no se podía descartar totalmente la posibilidad de un derrumbamiento de proporciones cada vez mayores y a gran escala similar al de 1918. La ralentización del avance aliado y el consiguiente fortalecimiento de las defensas alemanas contribuyeron en gran medida a asegurar que eso no sucediera. También lo hicieron las medidas políticas adoptadas para reforzar la voluntad de continuar combatiendo e impedir cualquier debilitamiento de la lucha o del frente interno. Pero estas medidas dependían a su vez de unas actitudes impregnadas de resignación, no de un ardiente espíritu de rebelión, y se convenció a la población, al menos en parte, esgrimiendo la causa por la que se decía que Alemania estaba luchando, por lo que estaba preparada para aceptar, si bien con poco entusiasmo, las regulaciones aún más estrictas de sus vidas y las exigencias del esfuerzo de guerra.

III

La medida más importante fue reforzar el frente occidental, que se estaba desmoronando. Model tuvo que hacer todo lo que estuvo en su mano para reagrupar a un ejército destruido inmediatamente después de Falaise. El tamaño del ejército de operaciones en el oeste se había reducido de 892.000 hombres, a principios de julio, a 543.000 el 1 de septiembre. Sin embargo, las estructuras de mando habían quedado intactas y entonces servían como el pilar para la organización de nuevas unidades. Se acortaron las líneas de suministro, se reforzaron las fortificaciones (especialmente a lo largo

de la *Westwall)* y se plantaron minas antipersonal. Y, lo que era más importante, se enviaron a toda prisa los refuerzos que tan desesperadamente se necesitaban en el frente occidental. En todo caso, las divisiones recién creadas eran unidades improvisadas que carecían de los mejores equipamientos y armamentos.[34] Sin embargo, en septiembre se vieron reforzadas cuando cientos de tanques y otros vehículos acorazados fueron enviados al oeste desde el frente oriental, que estaba sometido a una presión enorme. También se comenzó a imponer la ley de una forma inflexible y sin precedentes en el frente occidental, lo que incluía severas medidas para apresar a los «rezagados» y destinarlos a nuevas unidades. Al mismo tiempo, unos doscientos NSFO fueron enviados a los distritos defensivos del oeste para apuntalar la vacilante moral. Los NSFO, la policía militar y los organismos del partido proporcionaron respaldo al ejército al imponer una red de controles a lo largo del frente para apuntalar la precaria disciplina.

El 10 de septiembre, el mariscal de campo Keitel, jefe del alto mando de la Wehrmacht, abogó por una «crueldad extrema» para eliminar cualquier síntoma de subversión de la moral. Menos de dos semanas más tarde aludió a las instrucciones explícitas de Hitler para promulgar directivas que contrarrestaran los «síntomas de disipación entre las tropas» mediante «una severidad extrema» que incluía la utilización de tribunales sumarísimos con ejecuciones inmediatas a la vista de las tropas que sirvieran como elemento disuasorio.[35] Durante las semanas siguientes, las unidades de las SS abatieron a más de cien soldados cuando trataban de huir del frente. El 14 de septiembre, el mariscal de campo Von Rundstedt, al que se había restituido recientemente su cargo de comandante en jefe de occidente, ordenó que se retuviera el *Westwall* «hasta la última bala y la destrucción completa». Dos días después, Hitler amplió la orden. Declaró que la guerra en el oeste había llegado a territorio alemán. Había que «fanatizar» el esfuerzo de guerra y proseguirlo con la máxima intensidad. «Cada búnker, cada manzana de casas en cada ciudad y pueblo alemanes debe convertirse en un

fortificación en la que el enemigo se desangre o los residentes hallen su sepultura en la lucha cuerpo a cuerpo», ordenó.[36]

La combinación de medidas de emergencia (mediante la organización, los suministros, el reclutamiento y la imposición de la ley) logró salvar por el momento una situación desesperada. Hacia finales de septiembre, las expectativas no eran optimistas pero habían mejorado mucho con respecto al mes anterior.

No es fácil juzgar hasta qué punto las órdenes de Hitler y Rundstedt de adoptar un espíritu de «lucha o muerte» para resistir hasta el final fueron efectivas en la práctica. No era fácil disipar la sensación de desamparo ante el poderío del enemigo, la resignación, el pesimismo, el derrotismo y el terror ciego a medida que se acercaba la batalla, por muy apremiantes que fueran los llamamientos a luchar hasta el final, por muy implacables que fueran los mecanismo de control para «fomentar» un compromiso total, por muy feroces que fueran las amenazas en caso de adoptar actitudes que no llegaran a ser fanáticas, por muy severo que fuera el castigo por lo que se considerase incumplimiento del deber. El cansancio de la guerra estaba generalizado, al igual que entre la población civil. A la mayoría de los soldados en el frente occidental les preocupaba más sobrevivir que combatir hasta la última bala. El coronel Gerhard Wilck, comandante en Aquisgrán, a quien Rundstedt le había recordado con contundencia que defendiera «esa antigua ciudad alemana hasta el último hombre y, si es necesario, sea enterrado bajo sus ruinas», expresó en reiteradas ocasiones su intención de combatir hasta la última granada. Sus acciones no se ajustaron a sus palabras. En lugar de ello, hizo preparativos para rendirse.[37] Poco después de la capitulación de la ciudad el 21 de octubre, lo apresaron los británicos. En una conversación con sus oficiales, y sin saber que sus captores los estaban grabando, criticó la mentalidad del alto mando de la Wehrmacht de combatir a la desesperada. Entre sus tropas, la opinión era que el sacrificio de los tres mil hombres forzados a rendirse en Aquisgrán «simplemente para defender un montón de escombros dos o tres días más» era «un desperdicio inútil».[38]

Sin embargo, las actitudes no eran uniformes. A mediados de septiembre, las fuerzas de occidente incluían divisiones acorazadas y de infantería de las Waffen-SS, conocidas por su forma fanática de combatir y por estar impregnadas de valores nazis.[39] A finales de 1944, las Waffen-SS incluían a 910.000 hombres en total y contaban con algunas de las divisiones panzer mejor equipadas.[40] Pero los nazis acérrimos no eran en absoluto algo exclusivo de las Waffen-SS. También se hallaban en las ramas de las fuerzas armadas convencionales, de mucho mayor tamaño. Algunos miembros de las SS incluso servían en ellas y no en las Waffen-SS.[41]

Además de la cartas críticas enviadas a los hogares desde el frente (con las que se corría el riesgo de que fueran elegidas por los censores, lo cual tenía graves consecuencias), había otras con un fuerte tono pronazi.[42] Aproximadamente una tercera parte de los soldados de la Wehrmacht habían experimentado algún tipo de «socialización» en el partido nazi o sus filiales (lo que a menudo se había visto enormemente reforzado por la propia experiencias de la guerra). Cualquiera que hubiera nacido después de 1913 y que formase parte de las fuerzas armadas había estado expuesto en alguna medida a la «educación» nazificada, aunque solo fuera en el Servicio Laboral del Reich o en el servicio militar obligatorio, implantado en 1935.[43] Por tanto, no resultaba sorprendente que las mentalidades nazis aún encontraran una forma de expresarse.

Un informe aliado del 4 de septiembre sobre la moral, basado en interrogatorios a soldados capturados, reflejaba actitudes muy variadas. Encontró síntomas inequívocos de una moral baja entre los soldados de infantería. Sin embargo, indicaba una moral alta entre los paracaidistas, los oficiales de bajo rango y los miembros de las SS. El informe citaba algunos comentarios representativos: «La victoria debe ser nuestra [...]. Uno cumple con su deber y sería cobarde no luchar hasta el final». «No perdemos la esperanza. Todo depende de los líderes. Va a suceder algo muy diferente a lo que todo el mundo espera». «Si no vencemos, Alemania está acabada. Por tanto, debemos vencer». «El espíritu contra la materia. Nunca ha ocurrido que la mera tecnología haya conquistado el espíritu». «He

hecho lo que me corresponde y he dado a mi Führer, Adolf Hitler, lo que solo se puede dar una vez —decía un soldado en su última carta a su esposa—. El Führer lo conseguirá, eso lo sé [...]. He caído como un soldado de Adolf Hitler». El informe concluía que la fe en la victoria de Alemania estaba fuertemente vinculada a la «devoción personal a Hitler, la identificación con la doctrina nacionalsocialista [y] la exoneración de Alemania de la culpabilidad de guerra».[44]

Una semana después, otro informe extraía conclusiones sobre las fuentes ideológicas del continuo espíritu de lucha de la Wehrmacht a partir de observaciones obtenidas en aproximadamente mil entrevistas realizadas en agosto. Las más importantes eran: el miedo a regresar a una Alemania dominada por Rusia; la convicción de que la causa alemana era correcta y la creencia de que los Aliados habían atacado a Alemania, en lugar de otorgarles las concesiones justas y necesarias; la devoción a Hitler, que solo tenía en mente el bienestar de Alemania, y el sentimiento de que la política de «rendición incondicional» de los Aliados implicaba que el pueblo alemán no podría esperar ayuda de las potencias occidentales en la reconstrucción de la posguerra. Se decía que aproximadamente un 15 por ciento de los soldados hechos prisioneros sostenían esas creencias «con una convicción fanática» y que ejercían influencia entre quienes dudaban, mientras que hasta el 50 por ciento se mantenía «leal a Hitler». Los soldados que habían combatido sentían una gran admiración a la capacidad de combate de las Waffen-SS.[45]

Al igual que sucedía con los soldados en el frente, las posturas de los ciudadanos ordinarios con respecto a la guerra y el régimen eran sumamente variadas. Alemania, pese a más de un decenio de gobierno nazi, había seguido siendo en cierto sentido una sociedad pluralista bajo su aspecto de uniformidad. Creencias profundamente arraigadas que eran un producto de subculturas socialistas y comunistas no podían hallar una forma de expresión, pero fueron reprimidas, no erradicadas. Persistían fervorosas creencias y tradiciones cristianas que estaban respaldadas institucionalmente dentro de la iglesia protestante y, especialmente, la católica, pese a

la despiadada presión ideológica nazi. Por otro lado, los años de adoctrinamiento y presiones para someterse habían dejado su huella. Y, de un modo u otro, la amenaza exterior contra el país, cada vez más acuciante, afectó a todos los alemanes y proporcionó su propio impulso para que aceptaran someterse. El pánico a la llegada de los estadounidenses se había circunscrito a las regiones que se hallaban en las inmediaciones del frente. Incluso allí, algunos habían logrado contener, al modo del rey Canuto, el acelerado aumento del rechazo al régimen. Lejos de las provincias fronterizas no había ningún síntoma de desmoronamiento. No había nada que indicara la probabilidad de que el pesimismo generalizado sobre la guerra fuera a provocar un alzamiento popular. Pese al pesimismo creciente que había descrito, el informe propagandístico semanal del 4 de septiembre concluía que la población estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio para evitar ser destruida o esclavizada, que no iba a «tirar la toalla».[46] Los propios dirigentes nazis distinguían entre el «estado de ánimo» y la «actitud», y aceptaban que era poco probable que la población tuviera una disposición risueña cuando sus casas explotaban en pedazos y sus vidas se habían visto afectadas por la guerra, pero alababan la paciencia y la disposición a luchar que marcaban su determinación subyacente a superar las penurias y alcanzar la victoria.[47] Naturalmente, se trataba de una útil racionalización interna de la reacción de la población a la llegada incesante de malas noticias y de una forma de dar forma a la propaganda de guerra. Pero no era totalmente engañosa. Porque entre los pesimistas aún había muchos, si bien eran una minoría cuyo tamaño era imposible de calcular con precisión y que sin duda estaba disminuyendo considerablemente, que, al menos de cara al exterior, defendían las líneas positivas de la propaganda, apoyaban lealmente al régimen y expresaban opiniones que recordaban los años de adoctrinamiento nazi.

Algunos todavía pensaban, sin albergar ninguna duda, que Hitler encontraría una forma de salir de la crisis y querían que hablara al pueblo para infundirle confianza.[48] Goebbels recibía una enorme correspondencia que rezumaba una profunda confianza, entre «los

verdaderos nacionalsocialistas», de que se dominaría la crisis.[49] Algunos sectores de la población aún albergaban esperanzas de que las prometidas «armas asombrosas» le darían un vuelco al curso de la guerra, aunque esas esperanzas se estaban desvaneciendo rápidamente.[50] Las actitudes hacia quienes se consideraba que no participaban en los sacrificios y no estaban totalmente involucrados en el esfuerzo de guerra, y especialmente hacia cualquiera al que se calificara de alguna manera como «subversivo», eran inflexiblemente hostiles y a menudo agresivas en sus exigentes recriminaciones. Aparentemente, muchos recibieron con satisfacción las feroces represalias del 20 de julio contra los «traidores».[51] Pese a la preocupación y la inquietud generalizadas por la guerra, la señal más débil de oposición aún provocaba los castigos más terribles, que la policía solo podía imponer gracias a la ayuda de los ciudadanos corrientes. A menudo provocaba problemas el mero hecho de escuchar emisoras extranjeras, lo cual era cada vez más común, a pesar de los peligros. Cualquiera que fuera bastante audaz para hacer afirmaciones abiertamente derrotistas o criticar directamente el liderazgo de Hitler podía ser denunciando a las autoridades por entusiastas leales.[52] Y cuanto más radical fuera el aspecto de las medidas para la guerra total de Goebbels, especialmente si iban dirigidas contra los ricos y privilegiados, más aprobación parecían recibir. A finales de agosto, el Ministerio de Propaganda ya había recibido más de 50.000 cartas, la mayoría de trabajadores, personas de clase media y soldados, aprobando en términos contundentes las medidas adoptadas para la guerra total, y a menudo abogando por reforzar su radicalismo.[53] El SD estimaba, no sin cierta razón, que, independientemente de los miedos, la depresión popular y las crecientes inquietudes sobre el estado de la guerra, la voluntad de resistir seguía estando presente, aunque la población albergara dudas sobre si la resistencia valía la pena.[54]

No resulta sorprendente que aquellas enormes reservas de leal respaldo continuaran existiendo frente a una adversidad extrema cada vez más fuerte. El partido nazi, que hizo esfuerzos denodados para contrarrestar las bajas de los caídos entre sus filas durante el

servicio en la Wehrmacht, contaba con unos 8 millones de miembros, aproximadamente una décima parte de la población en 1944 (y una proporción entre la población adulta significativamente más elevada).[55] Por supuesto, no todos los miembros eran fervorosos militantes o devotos seguidores. La presión creciente para afiliarse al partido, por ejemplo, en los grupos de las Juventudes Hitlerianas, a medida que el decurso de la guerra se volvía adverso para Alemania, no garantizaba la producción de fanáticos para la causa. Pese a ello, e independientemente de cómo se hubieran afiliado, los miembros tenían que mostrar al menos alguna devoción superficial tanto a Hitler como al régimen y, una vez dentro del partido, estaban más expuestos que el resto de la población a las exigencias a someterse. El partido extendía sus largos tentáculos organizativos en todos los ámbitos de la vida social. Las 42 regiones *(Gaue),* los 808 distritos, las 28.376 organizaciones locales, las 89.378 «células» y los 397.040 «bloques» en los que la administración del partido había dividido Alemania aseguraban que no solo los miembros del partido estuvieran sometidos a unos controles invasivos y una vigilancia rutinaria. Aparte de los miembros pasivos, estaban los funcionarios, que, aunque quisieran, no podían escapar de las dosis periódicas de adoctrinamiento durante su trabajo para el partido. En julio de 1944, el número de funcionarios empleados a tiempo completo por el partido y sus filiales ascendía a 37.192 hombres y hasta 140.000 mujeres, de las cuales 60.000 trabajaban en la organización social nazi, NSV *(Nationalsozialistische Volkswohlfahrt,* Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista). Se calculaba que unos tres millones de ciudadanos aportaban algún servicio al partido sin cobrar.[56]

Aquel ejército de burócratas del partido constituía un importante instrumento de control social y político, que normalmente trabajaba en estrecha colaboración con la policía y otras fuerzas de represión, de tal modo que los ciudadanos simplemente carecían de cualquier espacio para organizar alguna forma de actividad opositora. En todo caso, además de eso, los funcionarios del partido formaban una base aún significativa de la «comunidad carismática» vinculada al

liderazgo de Hitler. Aunque la popularidad de Hitler estaba decayendo enormemente, los funcionarios, que en tiempos mejores habían compuesto el núcleo de los adoradores del Führer, eran menos propensos que la mayoría de la población a romper cualquier lealtad. Más allá de cualquier devoción que les quedara, aunque para entonces se había diluido, hacía mucho tiempo que los funcionarios habían unido su destino a la causa. El partido les había proporcionado sus carreras, prestigio social, privilegio, ventajas económicas y, a menudo y en diferentes grados, algún tipo de poder sobre sus conciudadanos, aunque solo fuera a nivel local. No eran pocos los que creían que no tenían más elección que seguir con el partido, y con Hitler, o caer con ellos, debido a lo que habían hecho durante los años anteriores. No cabe duda de que algunos tenían mala conciencia, o al menos les inquietaba la posibilidad de sufrir una «venganza» en la posguerra por su implicación en sucesos pasados. Muchos albergaban temores justificados de un futuro sin Hitler, de lo que podría sucederles cuando desaparecieran sus cargos en el partido y de lo que podría depararles el destino si el enemigo conseguía derrotar al país y ocuparlo. Cuanto más elevado fuera su cargo, cuanto mayor fuera el fanatismo que hubieran mostrado, cuanto más sucias estuvieran sus manos, más motivos tenían para preocuparse. Eso, a su vez, significaba que tenían poco o nada que perder a medida que se aproximaba el fin.

En cualquier caso, por el momento, excepto en las regiones del exterior que limitaban con la zona de guerra, el partido no mostraba ningún signo externo de estar a punto de desmoronarse. De hecho, la revitalización emprendida por Martin Bormann en la segunda mitad de 1944 implicaba que desempeñara un papel importante en reforzar el frente interno. Sus actividades formaban parte de un esfuerzo cada vez más frenético por parte del régimen para superar unas dificultades enormes y cada vez mayores. Y, de momento, el esfuerzo tuvo cierto éxito al evitar una catástrofe militar completa y hacer que Alemania continuara luchando, a un elevado precio de muerte y destrucción.

IV

El nombramiento de Goebbels como plenipotenciario para la guerra total, que arranca del atentado fallido, recibió un impulso definitivo con la destrucción del Grupo de Ejércitos Centro durante la ofensiva del Ejército Rojo a finales de junio y en julio. En cuanto se puso en marcha el programa, el grave número de bajas adicionales, debido al derrumbamiento del frente occidental en agosto, incrementó enormemente las exigencias de reducir la mano de obra, un objetivo ya establecido con anterioridad, para enviar hombres al frente. El 1 de septiembre, Goebbels ya había aportado 300.000 hombres, pero Hitler quiso entonces otros 450.000 hombres para el mes siguiente.[57] La nueva situación desencadenó la ruptura de la anterior coalición de intereses entre Goebbels y Speer, que había empujado a Hitler a aceptar el esfuerzo de guerra total. A partir de finales de agosto, a medida que las implicaciones del desastre se ponían claramente de manifiesto, en aquel momento en el frente occidental, Goebbels y Speer se enfrentarían cada vez más.

Goebbels había asumido el papel de plenipotenciario para la guerra total haciendo gala de su enorme energía habitual. El comité de planificación que creó, dirigido por Werner Naumann, su secretario de Estado en el Ministerio de Propaganda, había preparado a toda prisa un paquete de medidas orientado a ahorrar mano de obra para suministrar soldados a la Wehrmacht. Rapidez de acción y ofrecer una imagen de dinamismo eran objetivos en sí mismos para Goebbels, y las prisas y la improvisación a menudo generaban más problemas de los que resolvían. Sin embargo, independientemente de las dudas que pudieran existir sobre la efectividad de las medidas adoptadas, estas tuvieron un profundo efecto en la vida pública. Los servicios postales sufrieron recortes, se cerraron los teatros, se redujo el número de orquestas, disminuyó la producción cinematográfica, se suspendieron los estudios universitarios de todos, excepto los de unos pocos que trabajaban en disciplinas esenciales para la guerra o los que estaban incapacitados

para ella,[58] se cerraron las editoriales, los periódicos se restringieron a unas pocas páginas o perdieron continuidad. La edad de reclutamiento laboral para las mujeres se amplió de los cuarenta y cinco a los cincuenta años. A finales de agosto, se exigía a los hombres que trabajaran sesenta horas a la semana y a las mujeres cuarenta y ocho.[59]

Goebbels se aseguraba de mantener a Hitler informado de las medidas que adoptaba, y manipulaba con astucia el estado de ánimo del dictador.[60] Pero no siempre conseguía lo que quería. Al final logró vencer la oposición inicial de Hitler a elevar la edad de trabajo obligatorio femenino hasta los 55 años,[61] y sobre todo al cierre de los teatros y los espectáculos de variedades, así como a la abolición de algunas revistas que le gustaban. Sin embargo, Hitler limitó los planes de Goebbels de detener la producción de cerveza y caramelos. Hitler afirmó que ni siquiera los bolcheviques habían suspendido jamás la producción de caramelos, y pensaba que no solo eran necesarios para los ciudadanos en el país, sino también para los soldados en el frente. En cuanto a la cerveza, Hitler temía sobre todo «las graves repercusiones psicológicas en Baviera», y pensaba que la medida podía suscitar el resentimiento de la población.[62] El instinto de Hitler para evitar el descontento popular, mucho más fuerte que el de Goebbels, no había disminuido, y lo demostró una vez más a mediados de agosto, al promulgar una directiva para financiar el aprovisionamiento de 190.000 botellas de ponche para que el NSV las distribuyera entre quienes habían sufrido el azote de las bombas en occidente (si bien hay que preguntarse por qué alguien que se hubiera visto obligado a abandonar su casa y hogar por las bombas recibiría de buen grado aquel repugnante licor).[63]

También resultó más difícil de lo que Goebbels había imaginado introducir los recortes en la administración de los organismos del Gobierno. Por ejemplo, a principios de septiembre se ordenó, alegando instrucciones de Hitler, a los comisarios de defensa del Reich que desistieran de reclutar a la fuerza al personal de las oficinas ministeriales o los departamentos administrativos de los

Länder para que sirvieran en las nuevas divisiones de la Wehrmacht.[64] Y aunque finalmente fue abolido el Ministerio de Finanzas prusiano (una decisión que tenía poca importancia y que ya se había planteado un año antes), se conservó la no menos superflua oficina del ministro presidente (uno de los muchos cargos de Göring).[65] El proceso de «eliminación» produjo importantes ganancias en algunas zonas. Más de 250.000 hombres fueron expulsados de correos y más de 50.000 de los ferrocarriles, entre otras reducciones significativas. Pero, en general, las reducciones de personal no cumplieron las expectativas.[66] Y los hombres que quedaron disponibles a menudo eran, como era previsible, demasiado mayores o estaban incapacitados para el servicio militar activo. En realidad, solo se podían encontrar en grandes cantidades hombres capacitados físicamente en ocupaciones exentas de la industria armamentística, un sector en el que tenía poco sentido perder trabajadores cualificados y experimentados para sustituirlos por personal peor preparado.[67] La evidente tensión entre proporcionar hombres a la Wehrmacht y conservarlos para la producción de armamento estaba abocada a provocar un conflicto entre Goebbels y Speer, aliados hasta aquel momento. El conflicto se acercaba a medida que se hacía más acuciante la necesidad de hombres para compensar las bajas en el frente occidental, y al tiempo que aumentaban las presiones sobre Speer para proporcionar las municiones y el armamento que solventaran las deficiencias creadas por el material de guerra abandonado.

Hasta el desmoronamiento en occidente, Speer había expresado públicamente optimismo, al menos en apariencia.[68] De hecho, a principios de septiembre todavía le decía a Goebbels que la industria armamentística contaría con los suministros suficientes hasta principios de 1946, incluso si Alemania perdía todos los territorios ocupados.[69] Al principio se había mostrado complaciente con las peticiones de efectivos de Goebbels. A principios de agosto había ofrecido 50.000 hombres empleados en la producción armamentística para el esfuerzo de la guerra total.[70] La noche del 9 de agosto, había llegado rápidamente a un acuerdo

con Goebbels y había indicado su disposición a dejar disponibles a 47.000 empleados de los sectores menos cruciales de la industria armamentística y otras relacionadas, hasta aquel momento exentos del servicio militar, con la garantía de que se encontrarían reemplazos.[71] En aquel momento todavía albergaba esperanzas de obtener del esfuerzo para la guerra total la mano de obra necesaria para su propio dominio. Pero la armonía llegaría pronto a su fin. Estaba en juego el control sobre la economía de guerra en su totalidad.[72] A principios de septiembre, Goebbels ya se contaba entre los más encarnizados adversarios de Speer.[73]

A Goebbels no le importaba enfrentarse con quien fuera necesario para obtener de un modo u otro los extravagantes niveles de ahorro de mano de obra que le había prometido a Hitler. Y, como era de esperar, los Gauleiter competían entre ellos para ahorrar más que los demás. Speer fue la victima de medidas autoritarias que consideraba extremadamente perjudiciales para la producción armamentística.[74] A principios de septiembre, Goebbels todavía esperaba que Speer encontrara los 50.000 hombres prometidos para aquel mes. Pero la disputa entre los dos ya había comenzado y el conflicto se fue recrudeciendo a medida que avanzaba el mes.[75] Speer se enfrentaba a una batalla perdida, ya que carecía de apoyos dentro del partido y se consideraba que insistía de una forma poco razonable en proteger su propio dominio de los sacrificios que otros se habían obligados a hacer. Tenía que competir con poderosos enemigos: entre sus detractores no solo se hallaban Goebbels y Bormann, sino también Himmler y Robert Ley. Se incrementaron los ataques del partido y las injerencias de los Gauleiter a nivel regional.[76] Hizo un flaco favor a su propia causa cuando a principio de septiembre reconoció ante Goebbels que la producción se estaba manteniendo bien pese a la pérdida de hombres en trabajos exentos del servicio militar que se había visto obligado a proporcionar a la Wehrmacht.[77]

Speer creía que su único recurso era apelar directamente a Hitler. Lo hizo el 20 de septiembre en un extenso memorándum en el que se defendía de las contundentes acusaciones de Goebbels y

Bormann de que su ministerio era una «colección de dirigentes económicos reaccionarios» y «hostil con el partido». Con el argumento de que su cometido era «apolítico», puso objeciones a la injerencia del partido en su esfera de responsabilidad y pidió que los Gauleiter rindieran cuentas ante él, no ante Bormann, en asuntos relacionados con las armas.[78] Pero Hitler nunca estaría dispuesto a transferir a Speer control alguno sobre los Gauleiter del partido. Bormann le dijo al ministro de Armamentos en términos inequívocos que, en lo concerniente al esfuerzo de guerra total, estaba a las órdenes de Goebbels.[79] En cualquier caso, Speer ya no tenía la influencia sobre el dictador que había disfrutado en años anteriores. Su reiterado argumento de que aquella era una guerra técnica y que la decidiría un arsenal mejor y más grande,[80] en lugar de limitarse a proporcionar más hombres a la Wehrmacht, cayó en saco roto cuando tanto Hitler como Goebbels insistieron en el contraargumento evidente de que ambos, hombres y armas, eran necesarios. Todo parecía indicar que Goebbels, quien suministraba constantemente informes de situación sobre el éxito de su esfuerzo para la guerra total, iba a acabar saliendo victorioso del conflicto.

Speer apeló de nuevo directamente a Hitler para expresar su rechazo a las exigencias de Goebbels de 100.000 trabajadores del sector armamentístico para cubrir la cuota de septiembre de reclutas para la guerra total (que se unirían a los 200.000 que había aportado desde el 25 de julio). Speer alegaba que no se podría enviarlos sin deteriorar la producción armamentística. Necesitaba tiempo para preparar los enormes recortes en su mano de obra y, con dificultades, solo podría conseguir ofrecer 60.000 hombres, a partir del 25 de octubre, y los 40.000 restantes el 15 de noviembre. Entonces descubrió con frustración, tras regresar de una visita al frente occidental a finales de septiembre, que Hitler había decidido que la mayoría de los 60.000 hombres serían enviados al ejército antes de lo que él había estipulado, algo que describió como «una medida extraordinariamente grave y drástica».[81]

En cualquier caso, enfureció a Goebbels con su obstinada resistencia a ulteriores exigencias de entregar trabajadores del sector

armamentístico exentos de realizar el servicio militar. Y a medida que transcurría el otoño y Hitler reconocía los logros de Speer («un genio como organizador») al superar dificultades extraordinarias para mantener la producción armamentística, aumentaba el poder para negociar de este último.[82] Sus esfuerzos le habían devuelto el favor de Hitler. Por mucho que lo intentó, Goebbels no logró convencer a Hitler de que decidiera obligar a Speer a liberar a otros 180.000 trabajadores de la industria armamentística exentos del servicio militar.[83] De ese modo, la lenta guerra de desgaste de Speer contra Goebbels sobre la conservación de sus trabajadores había llegado finalmente a algo que se asemejaba a un empate. Como en otros muchos casos, Hitler se había mostrado reacio a tomar una decisión sobre una disputa importante entre dos de sus principales paladines. Sin embargo, la pelea política entre los dos ministros de peso no podía llegar a una resolución si Hitler no estaba dispuesto a ofrecer una.

Speer consideraba que la prolongada disputa sobre la escasa mano de obra consumía enormemente su energía y sus recursos. Pese a ello, tras los reveses en occidente, desplegó extraordinarios esfuerzos para hacer posible que Alemania continuara luchando.

El punto álgido de la producción armamentística a lo largo de toda la guerra se había alcanzado en julio de 1944. El nivel obtenido parecía prometedor, pero resultó engañoso. Ha sido descrito con acierto como algo similar al último *sprint* de un corredor de maratón antes de flaquear, con su energía agotada.[84] Durante el otoño, todos los campos de producción sufrieron una fuerte caída. La razón principal fue el enorme incremento de los bombardeos aliados: el 60 por ciento de todas las bombas lanzadas en Alemania cayeron a partir de julio de 1944. Tras el avance aliado en Francia, septiembre llegó acompañado de una aceleración crucial de los devastadores bombardeos aéreos. Por aquel entonces, la aviación aliada era capaz de utilizar bases más cercanas a las fronteras alemanas y la Luftwaffe estaba cada vez más paralizada debido a la destrucción y a la carencia de combustible, por lo que era mucho más fácil lanzar ataques continuados contra las

instalaciones industriales y las redes de transporte. La producción de materias primas se redujo casi en dos quintas partes durante los meses de otoño. Los ataques aliados a siete refinerías de aceite mineral en un solo día, el 24 de agosto de 1944, provocaron un descenso de dos terceras partes de la producción de combustible para aviones en septiembre, lo que agravó enormemente la inoperancia de las defensas aéreas que quedaban. La infraestructura industrial sufrió enormes daños cuando las centrales eléctricas dejaron de funcionar. Los suministros de gas y electricidad se vieron gravemente afectados. En octubre se produjo una cuarta parte del gas que se había producido en marzo. Los reiterados ataques a la red ferroviaria del Deutsche Reichsbahn, a los raíles, las locomotoras, otro material rodante, los puentes y las estaciones de clasificación de trenes, así como a los viaductos y las flotas del Rin, provocaron interrupciones a gran escala en las arterias de transporte, lo que tuvo unas repercusiones enormes en los suministros a la industria, además del de carbón al Ruhr. Al menos, las propias minas de carbón en oriente quedaron por el momento intactas en su mayor parte. El descenso de la producción de armamentos vitales no se iba detener, pese a que los niveles de producción conseguidos todavía superaban los de 1942.[85]

Sin embargo, lo que sigue siendo poco menos que asombroso no es por qué la producción armamentística disminuyó drásticamente sino cómo, dada la magnitud y la casi insuperable naturaleza de los problemas, Speer fue capaz de mantenerla a un nivel relativamente elevado.

La rápida comprensión que tenía Speer no solo de los problemas, sino también de sus posibles soluciones, o al menos de su mejoramiento, su enorme energía, unida a un incuestionable talento organizativo y al poder de que disponía para conseguir que se aprobasen los cambios, debido a la manipulación que ejercía de sus frecuentes reuniones informativas sobre armamentos con Hitler formaba parte de su capacidad para poner parches en las grietas cada vez más grandes en otoño de 1944. Se preocupaba de hacer todo lo que podía para maximizar los suministros de combustible

(gravemente afectados por los bombardeos aéreos contra las plantas de hidrogenación en Alemania central desde la primavera), para reforzar las defensas aéreas mediante un aumento de la producción de aviones de guerra, para mantener el transporte en funcionamiento y para salvar todo lo posible para la industria durante las evacuaciones de las zonas fronterizas.[86] Al insistir en las demandas de la industria armamentística, luchaba constantemente para proteger su propio dominio de las otras «grandes bestias» de la jungla nazi, para impedir que el partido socavara la «responsabilidad hacia sí misma de la industria» y para evitar una deliberada destrucción «desde dentro» de las instalaciones industriales durante la retirada de las tropas alemanas que se añadiera a la infligida por el enemigo.

Speer visitó en dos ocasiones las regiones fronterizas occidentales en septiembre. La primera visita se prolongó desde el 10 hasta el 14 de septiembre y en ella viajó a Karlsruhe, a Saarbrücken, cerca de Metz, a la *Westwall* hasta Tréveris, y después a Aquisgrán y Venlo. Identificó puntos débiles de gran importancia en los suministros de municiones y combustible y graves problemas cuando los territorios estaban siendo evacuados. Por ejemplo, dictaminó que los intendentes generales de los ejércitos de occidente no mantenían el contacto suficiente con las agencias de negocios y no estaban empleando la experiencia de estas últimas en las regiones occidentales para ayudar, por ejemplo, a controlar los problemas de transporte. Señaló como posible solución la forma en que Hermann Röchling, el magnate del acero, se había comunicado a diario con los dirigentes militares en el Sarre para determinar las demandas de municiones y organizar las entregas de acuerdo con ellas. Recomendó la creación de una oficina vinculada al cuartel general del comandante en jefe de occidente que pudiera incorporar directamente a las empresas dedicadas a la producción y la entrega del equipamiento que necesitaran las tropas. Una medida sencilla para mejorar los suministros era utilizar las columnas de camiones desplegados para transportar importantes equipamientos salvados del frente, y que regresaban vacíos, para llevar suministros a las

tropas del frente en su camino de vuelta. Y señaló que clarificar las líneas organizativas para maximizar el uso de la zona industrial cercana a la frontera en el suministro directo del frente occidental ahorraría viajes inútiles en las largas rutas de transporte utilizadas para transportar armas desde otras partes de Alemania. Su mayor preocupación era «que la producción se mantenga en las zonas en peligro hasta el último minuto» y, por tanto, se oponía a lo que consideraba una evacuación prematura. Incluso bajo el fuego de artillería, la producción de municiones podría continuar justo detrás del frente hasta el último momento.[87] En septiembre envió una serie de órdenes a los Gauleiter occidentales en la que los instruía para que se asegurasen de que la producción no se redujera de forma prematura y de que (dada la posibilidad de recuperar los territorios abandonados, lo cual era mera retórica para aplacar a Hitler, según el relato posterior de Speer[88]) la evacuación de las industrias hacia oriente debía producirse solo tras la inhabilitación, y no la destrucción, de las instalaciones industriales. El informe que Speer envió a Hitler también destacaba la escasez de armas y reiteraba el argumento empleado durante su continua disputa con Goebbels de que unas tropas sin armamento pesado eran inútiles y de que «en esta guerra, que es una guerra técnica, reclutamiento masivo no resulta decisivo».[89]

En el segundo viaje de Speer al frente occidental, entre el 26 de septiembre y el 1 de octubre, que tuvo un ritmo tal que a sus acompañantes les resultó difícil seguirle, recalcó la necesidad urgente de reforzar la zona fronteriza al oeste del Rin y su preocupación por la amenaza a la zona industrial del Rin y Westfalia, donde se producía la mitad del armamento alemán. Advirtió: «Si se produjeran pérdidas de territorio significativas aquí, serían mucho más graves que las pérdidas en los otros teatros de guerra». Su informe para Hitler era otra pieza más de propaganda de sus propios logros. Comentaba que las tropas estaban entusiasmadas con el modelo mejorado del tanque Tiger que se había fabricado. Los suministros de armas nuevas habían contribuido enormemente a restablecer la moral tras la retirada de Francia y en aquel momento

se confiaba en que se pudiera mantener una nueva línea de resistencia, lo que subrayaba la importancia de suministrar más armas y municiones a las líneas del frente. Señalaba que eso no se podría hacer si, como había sucedido anteriormente, los trabajadores cualificados valiosos dejaban de trabajar en la fabricación de tanques, algo que los propios comandantes de las divisiones acorazadas no querían que ocurriera. Por tanto, su conclusión era, en efecto, otra petición para que no se retirara a más trabajadores de la industria armamentística para suministrar reclutas a la Wehrmacht.[90]

De hecho, estaba dispuesto a que la mano de obra se transfiriese en la dirección contraria, al menos hasta cierto punto. Desesperado por movilizar todos los recursos humanos posibles para sostener la producción armamentística, a finales de octubre se quejó ante Himmler de que el uso total de los prisioneros de los campos de concentración se veía dificultado por la escasez de guardias y sugirió, probablemente sin que le hicieran mucho caso, que se transfiriera a las SS un contingente de los soldados de la Wehrmacht que fueran adecuados para que se ocuparan de la vigilancia.[91]

Sin los esfuerzos extraordinariamente denodados de Speer para mantener la producción armamentística y organizar las reiteradas y veloces reparaciones de las líneas férreas y los puentes destruidos por los bombardeos, seguramente la guerra habría terminado antes. Más tarde dio la impresión de que consideraba que no tenía sentido prolongar la guerra desde el momento de la invasión aliada y de que en septiembre ya se daba una «situación desesperada».[92] Según su explicación posterior, al reconocer eso, todo lo que hizo tuvo como objetivo evitar la destrucción de la industria alemana. No cabe duda de que ese era realmente uno de sus objetivos. Speer tenía al menos un ojo puesto en una Alemania poshitleriana (en la que probablemente esperaba desempeñar algún papel significativo). Alemania iba a necesitar su industria y era natural que Speer, con su empeño en la inmovilización en lugar de la destrucción, trabajara con el pleno acuerdo de los principales industriales, quienes, como era de esperar, combinaban un esfuerzo total en fabricar armamento

con planes, que no se debían expresar públicamente, para sobrevivir tras la derrota.[93] Pero los archivos de su ministerio de aquella época no indican que ese fuera su único objetivo, y ni tan siquiera el predominante. En lugar de ello, parece que Speer estaba realmente haciendo todo lo que estaba en su mano para que fuera posible continuar el esfuerzo de guerra de Alemania. Los extremos de energía y trabajo que llegó a desplegar no encajan con alguien que pensara que continuar combatiendo era inútil y que la situación era irremediable. Podría haber hecho menos sin ponerse en peligro. Eso hubiera hecho que llegara antes el final, que afirmaba considerar inevitable. No cabe duda de que en aquel momento reconocía que la «victoria final» era imposible. ¿Creía también que, llegados a aquel punto, la derrota total era la única posibilidad? Parece haber estado muy lejos de estar preparado para admitir que el Reich estaba condenado. Durante algunos meses más aún pensó que era posible que Alemania evitara lo peor. Si hubiera hecho menos para prolongar la guerra, realmente se la podría haber evitado a millones de personas.

Naturalmente, Speer no estaba solo en absoluto, sino que dirigía un vasto imperio, gestionado por una inmensa maquinaria burocrática que a principios de 1943 estaba formada por 70.000 empleados.[94] Contaba con dirigentes muy eficientes en sus departamentos ministeriales y despiadados lugartenientes como Xaver Dorsch y Karl Otto Saur (que se estaba convirtiendo cada vez más en su rival por conseguir el favor de Hitler). El propio Saur, del que se diría tras la guerra que había ejercido su mando usando el miedo y que había tratado brutalmente a sus ayudantes y a sus trabajadores, no había llegado aún al punto de aceptar que la guerra estaba perdida.[95] En el punto en que se cruzaban el ejército y la industria, Speer tenía los contactos más estrechos con los principales empresarios de Alemania, que estaban interesados en preservar sus fábricas, pero también en maximizar la producción para el esfuerzo de guerra. Y contaba con el respaldo de los organismos de seguridad del partido, la policía, las autoridades penitenciarias y la judicatura (para entonces se había hecho trabajar en la industria

armamentística a decenas de miles de presos).[96] Además, Fritz Sauckel, el tosco y brutal plenipotenciario del Reich para el trabajo, le proporcionaba las legiones de trabajadores extranjeros que eran esclavizados en las fábricas de armamentos, donde estaban sometidos a unas condiciones casi indescriptibles.[97] Pero la iniciativa, el dinamismo y la energía de Speer eran el componente indispensable que hizo que el desvencijado imperio armamentístico funcionara tan bien como lo hizo. Su ambición personal y su empeño en no perder su influencia implicaban que no estuviera dispuesto personalmente a capitular. Seguía estando dispuesto a utilizar sus extraordinarias energías para repeler los intentos de intrusismo en su imperio de Goebbels, Bormann y los Gauleiter, aprovechando el apoyo de Hitler, que nunca llegó a perder del todo. Y, por supuesto, no mostró ningún escrúpulo en lo concerniente al tratamiento totalmente inhumano que recibían centenares de miles de trabajadores extranjeros, condenados a la esclavitud para permitir que el Reich continuara luchando mucho después de que la razón dictara que se debía poner fin a la guerra.

V

La población alemana, y en mayor medida los considerados por el Gobierno «enemigos del pueblo», estaba sometida a unos controles mucho más rigurosos a medida que el enemigo avanzaba hacia las fronteras del Reich. La intimidación se convirtió en un elemento omnipresente de la vida diaria. A las restricciones impuestas por las medidas para la guerra total de Goebbels y a la invasión de los lugares de trabajo mediante el reclutamiento para el frente, se añadieron unas jornadas laborales cada vez más largas. Se amenazaba a cualquier trabajador sospechoso de holgazanear con tratarle de la misma forma que a los desertores. Los trabajadores extranjeros, que en aquel momento constituían alrededor de la quinta parte de la mano de obra en Alemania, eran especialmente vulnerables a las redadas de la policía y a sus investigaciones sobre

la existencia de cualquier material subversivo, lo que podía llevarles a campos de concentración o a algo peor.[98]

Para los alemanes, las órdenes de evacuación en zonas cercanas al frente podían llegar con una hora de antelación. En los pueblos y ciudades bombardeadas, la población tenía que obedecer las órdenes que gritaban los funcionarios locales del partido y las autoridades policiales y militares. Se había intensificado la vigilancia. Las sospechas que el régimen albergaba sobre la población que controlaba aumentaban a medida que se revivían los recuerdos de 1918 y se temía que aquello volviera a repetirse. Las autoridades se infiltraron en células comunistas, las desmantelaron y arrestaron a sus miembros, y a menudo los sometieron a torturas, y lo mismo a otros sospechosos de oponerse al régimen.[99] Se alertó a la policía de la amenaza de insurrecciones internas y se le dieron órdenes de que tomara medidas inmediatas para cortar de raíz cualquier síntoma de desestabilización del orden público. Himmler confirió poderes a los altos mandos de las SS y la policía para sofocar con todos los medios a su disposición cualquier disturbio en sus zonas y ocuparse inmediatamente de aquellos que amenazaran la seguridad y el orden.[100] Alemania se estaba convirtiendo cada vez más en una sociedad atomizada y tiranizada, en la que se utilizaba el miedo como instrumento de gobierno. En aquel momento, también era una sociedad completamente militarizada.

Himmler, con su nuevo cargo de comandante en jefe del ejército de reserva, podía extender sus poderes policiales al ámbito militar. Hitler le otorgó autoridad total para «imponer el orden»[101] en las zonas que se hallaban tras las zonas de combate y le envío a principios de septiembre a la región de la frontera occidental para impedir la retirada de las tropas que regresaban de la «líneas de retaguardia». Según Goebbels, en 24 horas había detenido la «riada» de soldados que se batían en retirada, así como las imágenes de pánico que los acompañaban.[102] Se ordenó a los Gauleiter que detuvieran a todos los miembros de la Wehrmacht, las Waffen-SS, la policía, la OT y el Servicio Laboral del Reich que regresaban, así como a los «rezagados», y los entregaran al ejército de reserva antes

del 9 de septiembre. Los dirigentes locales del partido tendrían que informar a sus líderes del número de rezagados que había en sus zonas de distrito a las 7 de la tarde anterior, y los líderes, a su vez, transmitirían en dos horas la información a los Gauleiter, que entonces informarían inmediatamente al comandante de Defensa de Distrito.[103] Himmler se enorgullecía de haber logrado detener la desintegración en occidente y recomendó «medidas brutales» para lidiar con las manifestaciones de moral baja en la «retaguardia».[104] A mediados de septiembre fueron detenidos y enviados de vuelta al frente 160.000 «rezagados».[105]

Hitler recompensó las medidas decisivas de Himmler con un nuevo cometido. Lo que suscitó aquellas medidas fue una combinación de la preocupación creciente por la seguridad interna y la necesidad que se sentía de proteger las fronteras, sobre todo en oriente, tras los avances realizados por el Ejército Rojo durante el verano. Desde el principio de la guerra, la Wehrmacht había estado dispuesta a reclutar civiles ante cualquier emergencia, para apoyar las operaciones de defensa local. La policía también estaba implicada en la anterior planificación de las milicias. En 1942, Himmler había organizado un «Cuerpo de Vigilancia Rural», al que después siguió un «Cuerpo de Vigilancia Urbana», compuesto principalmente por miembros de organizaciones afiliadas al partido nazi que no habían sido llamados a filas por la Wehrmacht y ayudaban a la policía local en la búsqueda de prisioneros de guerra fugados y a reprimir cualquier posible insurrección de los trabajadores extranjeros. A finales de 1943, formaban parte de los cuerpos de «Vigilancia Urbana» y «Vigilancia Rural» un total de un millón de hombres. En 1943 y 1944, algunos Gauleiter habían tomado medidas para formar sus propias «Tropas de protección de la patria», para las que buscaron no solo entre los miembros del partido, sino que trataron de incluir a todos los hombres entre 18 y 65 años. Sin embargo, en aquel momento no encontraron el apoyo de Hitler, que creyó que tendrían un impacto negativo en la moral de la población.

Aun así, a medida que el decurso de la guerra se volvía en su contra, la Wehrmacht también preparó planes para organizar milicias más grandes y efectivas. Cuando el Ejército Rojo se acercaba a la frontera oriental del Reich, el general Heinz Guderian, nombrado recientemente jefe del Estado Mayor, propuso crear lo que llamó un *Landsturm* (tomando el nombre de las milicias prusianas que combatieron al ejército de Napoleón en 1813), que estuviera compuesto de hombres exentos del servicio militar por cualquier razón y que ayudaría a fortalecer la protección fronteriza en oriente. Guderian recomendó el despliegue de unidades de alarma que libraran una guerra de guerrillas en sus propias poblaciones. Cada oficial actuaría «como si el Führer estuviera presente». Guderian abogaba por emplear la astucia, el engaño y la fantasía, alegando que las acciones al estilo de los pieles rojas podrían ser eficaces para combatir por calles, jardines y casas, y que las historias de Karl May sobre indios y vaqueros en el Salvaje Oeste, que tanto gustaban a Hitler, habían resultado útiles como manuales de adiestramiento.[106]

Los fantasiosos proyectos de Guderian nunca se hicieron realidad. Se dio prioridad sobre ellos a los planes para crear una organización de ámbito nacional controlada por el partido, no por la Wehrmacht. En agosto, algunos Gauleiter, alentados por Bormann, ya habían creado milicias en sus propias regiones. Wilhelm Schepmann, líder de las SA, la organización de las tropas de asalto nazis, y Robert Ley, jefe del gigantesco Frente del Trabajo, se habían planteado por separado a principios de septiembre la construcción de un *Landsturm* para la defensa nacional, y cada uno había imaginado que sería él quien lo dirigiría.[107] Cuando salió a la luz el conflicto entre Schepmann y Ley, la opinión de Hitler fue que Himmler sería la única persona capaz de crear el *Landsturm* que habían ideado. Como era habitual, Goebbels estuvo de acuerdo con Hitler. Schepmann sucumbiría rápidamente al «letargo de la SA», y si se encomendaba la tarea a Ley, eso «solo conllevaría pura estupidez».[108]

Sin embargo, otro dirigente nazi intuyó una oportunidad para expandir su poder discretamente y entre bastidores. Con el enemigo cerca de las fronteras alemanas, tanto en oriente como en occidente, y con la percibida posibilidad de una insurrección interna, el camino estaba abierto para que Martin Bormann, en colaboración con Himmler, ideara propuestas para una milicia nacional y convenciera a Hitler de que su organización y control debían ponerse en manos del partido en lugar de dárselos al «poco fiable» ejército, lo que garantizaría que estaría sometida al necesario fanatismo nazi. A mediados de septiembre, Bormann había escrito borradores para un decreto que debía firmar Hitler, que contaron con la aprobación de Himmler, sobre la creación de un «ejército del pueblo» *(Volkswehr)*.[109] En pocos días se cambió el nombre por el más impresionante de «tormenta del pueblo» *(Volkssturm)*. Hitler les dijo a los comandantes de la Defensa de Distrito el 21 de septiembre que «si el enemigo irrumpiera en algún lugar, ha de toparse con gente tan fanática, dispuesta a combatir hasta el final como si estuviera demente, que sin duda no conseguiría pasar».[110]

El decreto de Hitler sobre la creación de la *Deutscher Volkssturm,* fechado el 25 de septiembre aunque en realidad firmado al día siguiente y reservado para ser publicado a mediados de octubre, estipulaba que la nueva milicia debía estar formada por todos los hombres de entre 16 y 60 años que fueran capaces de llevar armas. A los Gauleiter, dirigidos por Bormann, se les confirió la responsabilidad de convocar a los hombres y organizarlos en compañías y batallones, además de todas las cuestiones organizativas relacionadas. Los aspectos políticos de la nueva milicia se dejaron en manos de Bormann, que actuaba en nombre de Hitler, lo cual le daba una enorme libertad para definir sus atribuciones. A Himmler, en calidad de comandante en jefe de ejército de reserva, se le puso al mando de la «organización militar, el adiestramiento, los arsenales y el armamento» de la *Volkssturm.* El despliegue militar también estaba en sus manos, bajo la dirección de Hitler, aunque delegó su gestión en el jefe de la oficina central de las SS y general de las Waffen-SS, el Obergruppenführer Gottlob

Bergen[111] La propia división de los poderes sobre la organización perfilada en el decreto aseguraba, como era típico del Tercer Reich, que hubiera disputas continuas sobre la responsabilidad y el control. Sin embargo, pese al poder que detentaban Himmler y las SS, el vencedor en los conflictos sobre el control de la *Volkssturm* resultó ser Martin Bormann. Su proximidad constante a Hitler le permitió repeler los intentos de reducir su dominio en ese nuevo organismo, al aprovechar su posición única en el partido para infundir a la «comunidad del pueblo» el espíritu fanático del nacionalsocialismo en la defensa del Reich.[112]

El valor militar de la *Volkssturm* resultó ser previsiblemente escaso durante los meses siguientes. La pérdida de la numerosa gente que moriría al servicio de la *Volkssturm* (demasiado viejos, jóvenes o incapaces para el ejército) sería completamente inútil. La creación de la *Volkssturm* fue, sin duda, una maniobra desesperada para exprimir las últimas reservas de efectivos del Reich. Pero distaba mucho de significar que el régimen reconociera que la guerra estaba perdida. Los dirigentes nazis creían que la *Volkssturm* mantendría a raya al enemigo, en el caso de que la guerra entrara en territorio del Reich, y ayudaría a Alemania a ganar tiempo. Suponían que las nuevas armas estaban de camino. Cuantas más bajas se pudieran infligir al enemigo, especialmente entre los Aliados occidentales, más posibilidades había de que se dividiera su coalición. Entonces se podría llegar a un acuerdo, al menos en occidente. Visto de esa manera, el tiempo le brindaba una oportunidad a Alemania. Es más, la *Volkssturm* conseguiría ese objetivo mediante la inculcación del auténtico espíritu nacionalsocialista. Encarnaría la auténtica revolución nazi en tanto organización sin clases en la que la jerarquía y el prestigio sociales no tendrían cabida y mediante un compromiso, una lealtad, una obediencia y un sacrificio fanáticos.[113] También creían que contribuiría a elevar la moral de la población.[114] En realidad, esos ideales nazis estaban lejos de las mentes de la mayoría de quienes entrarían, involuntaria y temerosamente, al servicio de la *Volkssturm,* que contaba con un armamento mínimo pero de la que

se esperaba que repeliera a un poderoso enemigo. Pese a ello, una minoría imposible de cuantificar con precisión, pero que incluía a muchos dirigentes de la *Volkssturm,* eran nazis convencidos, algunos de ellos fanáticos. Incluso en los últimos días del régimen, los miembros de la *Volkssturm* participaron en «acciones» policiales y atrocidades contra otros ciudadanos considerados cobardes o derrotistas. Por tanto, independientemente de sus evidentes limitaciones como fuerza de combate, la *Volkssturm* (una organización gigantesca concebida para incluir a seis millones de miembros)[115] servía como una herramienta más de movilización, organización y reglamentación nazi. Como tal, cumplía su propio cometido en impedir un derrumbamiento interno y en garantizar que aún tardaría algunos meses en llegar el fin de una guerra que, visto racionalmente, estaba perdida.

VI

A finales del verano de 1944, era muy probable que los alemanes sin armas en las manos llevaran palas en su lugar. Cuando el enemigo se acercaba a las fronteras alemanas, se inició el reclutamiento de trabajadores (y también de mujeres) para cavar fortificaciones, trincheras, búnkeres, trampas para tanques y retenes. También en este caso, fue Bormann el encargado de orquestar las operaciones desde el centro. Sus agentes, los Gauleiter, en su calidad de RVK, organizaban el trabajo a nivel regional. Los dirigentes del partido, y después los locales, se aseguraban de que se hacía el trabajo. Organizaciones afiliadas al partido, como las Juventudes Hitlerianas, ayudaban en la movilización y el despliegue. La policía estaba una vez más a mano para meter en cintura a los reticentes. De nuevo, a medida que aumentaban las posibilidades de combatir en territorio del Reich, las imposiciones del régimen a sus ciudadanos y el nivel de los controles a los que estos estaban sometidos en su vida cotidiana se intensificaron enormemente.

En oriente, la frenética construcción de fortificaciones mediante el reclutamiento obligatorio de la población local había comenzado

en julio, tras el avance del Ejército Rojo, cuando el Gauleiter Koch convenció a Hitler de ordenar la construcción de un extenso «muro oriental» como baluarte contra los avances soviéticos.[116] En agosto, el derrumbamiento en occidente hizo que rápidamente fuera necesario adoptar métodos similares para reforzar las defensas, especialmente a lo largo de la *Westwall,* cuya serie de 14.000 búnkeres a lo largo de una longitud de 630 kilómetros urgía fortalecer. El 20 de agosto, Hitler ordenó un reclutamiento forzoso entre la población, bajo la dirección de los cuatro Gauleiter de occidente, para construir las fortificaciones occidentales. A finales de aquel mismo mes, confirió poderes a otros Gauleiter para que alistaran a trabajadores civiles para fortificar las defensas costeras septentrionales, con el objetivo de proteger la región de cualquier invasión, y para reclutar forzosamente a la población para trabajar en la *Westwall.* Cuando era necesario, los Gauleiter vecinos debían proporcionar mano de obra adicional.[117] A partir de aquel momento toda la *Westwall* debía estar preparada para defender la frontera alemana. Los RVK tenían la responsabilidad de alojar y alimentar a los centenares de miles de trabajadores, y de tomar medidas para evacuar a la población de una franja de aproximadamente dos kilómetros de longitud a lo largo de la *Westwall.*[118]

Robert Ley ambicionaba asumir el mando nacional de las obras de fortificación, al igual que el de la *Volkssturm.* Ley, que tenía un doctorado en Química, se contaba entre los nazis más fanáticos y estaba poseído por una fe casi mística en Hitler. A finales de 1932, Hitler le había puesto al mando de la organización del partido y algunos meses después le había nombrado jefe del descomunal Frente Alemán del Trabajo. El ambicioso Ley siempre estaba tratando de expandir su imperio personal, y había asumido en una fase anterior de la guerra la responsabilidad de la vivienda en Alemania. Pero la explotación que ejercía de su poder, arbitraria y arrogante, y su reputación pública de borracho le granjearon enemigos en las altas esferas. Y su tentativa de tomar el control de las obras de fortificación acabó viéndose frustrada, para regocijo de

Goebbels, que tenía en poca estima las capacidades organizativas de Ley.[119] Una vez más, Martin Bormann, que estaba cerca de Hitler y contaba con su confianza, se hallaba en posición de obtener el control exclusivo de los nuevos poderes. El 1 de septiembre, Hitler confirió a Bormann autoridad exclusiva para dar instrucciones a los Gauleiter en su nombre sobre todas las medidas relacionadas con las fortificaciones. Ningún otro organismo del partido tenía potestad para intervenir. Bormann nombraría a los comisarios, que rendirían cuentas directamente ante él y podrían asumir el mando de los miembros del partido cuando fuera necesario para ayudar a hacer el trabajo (es decir, supervisando y controlando, no cavando ellos mismos). Robert Ley, en calidad de jefe de la organización nacional del partido, estaba a disposición de Bormann para proporcionarle esos miembros del partido; esto suponía una clara victoria del jefe de la cancillería del partido contra uno de sus rivales.[120]

Los trabajos comenzaron sin dilación, y con una gran urgencia. El 3 de septiembre, el *National-Zeitung* de Essen dijo que «toda la población de la frontera» estaba participando en ampliar las defensas en las fronteras occidentales y que los hombres y mujeres de los Gauleiter occidentales habían comenzado a trabajar «para asegurar la libertad de nuestra patria» con «picos y palas».[121] El to de septiembre, 211.000 mujeres, niños y hombres demasiado mayores para el servicio militar, junto con 137 unidades del Frente de Trabajo del Reich y las Juventudes Hitlerianas, ya estaban realizando trabajos pesados en la *Westwall*. Se estipuló un periodo mínimo de trabajo de seis semanas, tras el cual los alemanes, aunque no los trabajadores extranjeros, podían ser reemplazados por otros.[122] A principios de octubre, Bormann les recordó a los Gauleiter la urgencia de completar los atrincheramientos antes de la llegada del otoño, frío y húmedo, cuando solo se podría emplear a las mujeres, las jóvenes y los niños hasta un determinado punto y cuando las enfermedades entre los hombres seguramente aumentarían y empeorarían debido a la carencia de equipamiento, ropa y vivienda.[123]

Para entonces, Hitler había conferido unos poderes ampliados a los Gauleiter en el caso de que la guerra entrara en territorio alemán. Al enmendar su decreto del 13 de julio mediante otros decretos promulgados el 19 y el 20 de septiembre, Hitler les dio a los Gauleiter, como a los RVK, poder ejecutivo en asuntos civiles y en ámbitos operativos, con el derecho a promulgar decretos legalmente vinculantes y directivas a todas las agencias de administración del Estado. Con ello, la propia autoridad centralizada de Bormann se reforzó aún más, aunque Hitler volvió a enmarañar las cosas y a facilitar el conflicto y las disputas jurisdiccionales, ya que su decreto estipulaba que la coordinación de las medidas dictaminadas por los RVK estaría a cargo de Himmler. [124]

Bormann tenía en aquel momento más poder que nunca. Gracias a su presencia en el cuartel general del Führer, a su capacidad para controlar en gran medida el acceso a Hitler y para influir en su forma de pensar, a la explotación de su posición para burlar a otros gerifaltes en las luchas de poder constantes del Tercer Reich, a su control de la compleja maquinaria del partido y a su capacidad para el puro trabajo duro (como muestran sus frecuentes cartas a su mujer, Gerda, trabajaba prácticamente las 24 horas del día), se había convertido prácticamente en la figura más importante de las altas esferas nazis tras el propio Hitler. Y seguía siendo un verdadero creyente, con un compromiso absoluto. A diferencia de Himmler y Speer, no parece haber tenido en mente planes personales alternativos para un mundo sin Hitler. Y, a diferencia de Himmler, Goebbels, Göring y Ribbentrop, parece no haber considerado en ningún momento forma alguna de negociar con el enemigo como una manera de poner fin a la guerra. Se contentaba con ser el vocero de Hitler, con todo el poder que eso le otorgaba. A finales de agosto reconoció a su esposa que era difícil ver un rayo de esperanza a medida que los frentes se cerraban sobre Alemania, pero añadió: «A pesar de todo, nuestra fe en el Führer y en la victoria se mantiene totalmente incólume, lo que es verdaderamente necesario, ya que en esta situación muchísima gente comienza a

ablandarse, lo cual resulta comprensible».[125] Pocas semanas después, incluso le fue posible rememorar los catastróficos meses de 1944 con cierta satisfacción porque, pese al colapso militar en oriente y occidente, «la comunidad nacional ha superado su prueba y hasta el momento somos capaces de vencer la miríada de dificultades que nos crea el dominio aéreo del enemigo».[126] Probablemente fuera la necesidad lo que provocaba su optimismo. Como otros dirigentes nazis, sabía que no tenía futuro después de Hitler.

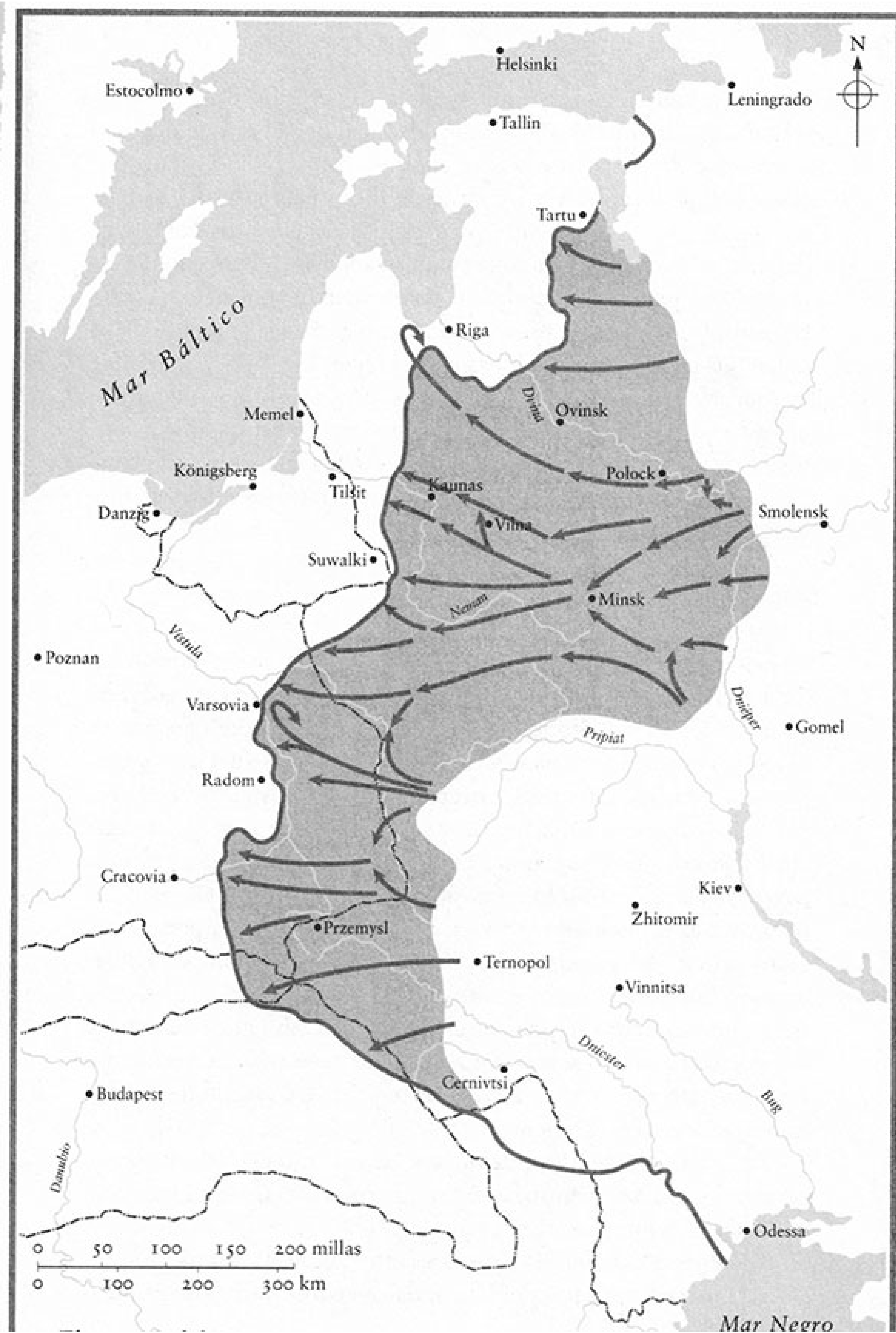
A lo largo de 1944, la cancillería del partido que dirigía Bormann, que Goebbels llamó con sarcasmo en una ocasión la «cancillería de papel» debido a las riadas de directivas que salían de ella, emitió 1.372 circulares, anuncios u órdenes, además de numerosas instrucciones y órdenes del Führer.[127] La burocracia del Estado todavía funcionaba, aunque lo hacía cada vez en mayor medida como un organismo administrativo dedicado a promulgar las directivas e iniciativas que dimanaban del partido. La defensa civil en todas sus ramificaciones, la organización del reclutamiento masivo para los trabajos de atrincheramiento, la movilización para la *Volkssturm* de hombres no aptos para el servicio, el suministro de servicios sociales para los evacuados y la ejecución de las innumerables órdenes para la guerra total, todo ello estaba en manos del partido, que ahora controlaba Alemania como nunca lo había hecho antes.

Para los alemanes normales y corrientes, apenas existía ningún ámbito de la vida que estuviera libre de las intromisiones del partido y sus organizaciones afiliadas. En las fuerzas armadas también había disminuido la libertad para escapar de la nazificación. Las consecuencias de la fallida tentativa de atentado, la necesidad de demostrar la lealtad al partido, el amplio despliegue de NSFO, la creciente vigilancia y el temor a caer en manos de Himmler (que entonces disponía de mayor capacidad para intervenir en el ámbito militar) afectaron tanto a los oficiales como a los soldados. Ya fuera en el frente o entre la población civil, a medida que la guerra se había acercado al país, y en un momento en que la

base popular del régimen había disminuido, la aquiescencia a unos controles incluso más invasivos había llegado a dominar cada vez más la vida cotidiana.

Durante el verano, el régimen parecía haberse acercado al borde del abismo. Había sobrevivido a un complot militar, pero sus fuerzas armadas habían sido vapuleadas tanto en oriente como en occidente. Cuando el verano dio paso al otoño, estabilizó la situación militar y redobló sus energías dentro del país para movilizar a una población a menudo reacia o agresiva y hacerla actuar para fortalecer las defensas y proporcionar mano de obra para el frente y la industria armamentística.

A mediados de octubre, Aquisgrán, que para entonces era una montaña de escombros y donde los habitantes que quedaban estaban refugiados en sótanos, se convirtió en la primera ciudad alemana en caer en manos del enemigo. Pero para entonces la atención se había vuelto hacia el este. Allí, en Prusia Oriental, la población ya estaba recibiendo un horrible anticipo de lo que la conquista soviética iba a traer consigo.


N
Helsinki
Estocolmo
Leningrado
Tallin
Tartu
Riga
Mar Báltico
Dvina
Ovinsk
Memel
Polock
Königsberg
Tilsit
Kaunas
Smolensk
Danzig
Vilna
Suwalki
Minsk
Neman
Vístula
Poznan
Varsovia
Dniéper
Gomel
Pripiat
Radom
Cracovia
Kiev
Zhitomir
Przemysl
Ternopol
Vinnitsa
Dniester
Bug
Cernivtsi
Budapest
Danubio
Odessa
0 50 100 150 200 millas
0 100 200 300 km
Mar Negro

3

UN ANTICIPO DEL HORROR

El odio [...] nos invade desde que hemos visto los estragos que han causado los bolcheviques en la zona que hemos recuperado, al sur de Gumbinnen. Para nosotros, no puede haber otro objetivo salvo resistir y proteger nuestra patria.

El coronel general Hans Reinhardt a su esposa después de visitar el escenario de las atrocidades soviéticas cerca de Nemmersdorf, Prusia Oriental, 26 de octubre de 1944

I

El desastroso descalabro del Grupo de Ejércitos Centro, arrollados por el Ejército Rojo cuando su gigantesca ofensiva estival, la «Operación Bagration», hizo recular a la Wehrmacht, el posterior destrozo del Grupo de Ejércitos Ucrania del Norte y Ucrania del Sur y el aislamiento en el Báltico del Grupo de Ejércitos Norte dejó el este de Alemania precariamente expuesto. Desde el punto de vista alemán, difícilmente se podía exagerar la magnitud del desastre. En 150 días, el ejército alemán destacado en el este perdió más de un millón de hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos; 700.000 desde agosto. Dicho de otro modo, morían más de 5.000 hombres cada día. Solo en torno a una tercera parte de las bajas se podían remplazar. El 1 de octubre de 1944, la cifra total de efectivos de la Wehrmacht era de algo más de 10 millones de hombres. De los 13

millones que habían combatido desde que empezó la guerra, se habían perdido tres millones.[1]

El desastre en el frente oriental en el verano de 1944 fue, en cuanto a la pérdida de vidas humanas, la peor catástrofe militar de la historia de Alemania, fue peor que la carnicería de Verdún durante la Primera Guerra Mundial y superó en bajas a Stalingrado.[2] El Grupo de Ejércitos Centro, cuya fuerza operativa era de aproximadamente medio millón de hombres, muy inferior a las fuerzas soviéticas, era un castillo de naipes a la espera de derrumbarse. En la primera fase de la ofensiva, fueron destruidas 25 divisiones, con más de 250.000 hombres, del Grupo de Ejércitos Centro.[3] A finales de julio, el Ejército Rojo había irrumpido en Bielorrusia, recuperando todo el territorio perdido desde 1941, y en el este de Polonia hasta el Vístula. En el flanco norte del avance, el Ejército Rojo también había invadido gran parte de Lituania, incluidas las grandes ciudades de Vilna y Kaunas. Las fronteras de Prusia Oriental, la frontera más oriental del Reich, se hallaban peligrosamente cerca. En una fugaz incursión el 17 de agosto, las tropas soviéticas cruzaron la frontera de Prusia Oriental cerca de Schirwindt, penetrando en el Reich por primera vez, aunque en esta ocasión fueron repelidas rápidamente.[4]

Al sur del Grupo de Ejércitos Centro se produjo enseguida otro desastre. El Grupo de Ejércitos Ucrania del Norte (el antiguo Grupo de Ejércitos Sur, que había cambiado de nombre ese mismo año) sufrió pérdidas enormes durante los intensos combates mientras el Ejército Rojo penetraba en Galitzia, en el sur de Polonia, tomando Lemberg (Lvov) y obligando a los alemanes a retirarse casi 200 kilómetros a lo largo de una zona de 400 kilómetros de norte a sur. De las 56 divisiones del Grupo de Ejércitos Ucrania del Norte (incluidas algunas divisiones húngaras), 40 fueron parcial o totalmente destruidas. Mientras las tropas soviéticas del flanco norte presionaban en el noroeste hacia el Vístula y los accesos a Varsovia, el flanco sur hacía retroceder a las fuerzas alemanas hacia los Cárpatos. La desesperada tentativa alemana de defender Galitzia fue un reconocimiento de la importancia estratégica y económica de la

región. A mediados de agosto, casi toda Ucrania y la mayor parte del este de Polonia estaban en manos soviéticas, al tiempo que se habían sentado las bases para atacar el crucial cinturón industrial de la Alta Silesia, situado 200 kilómetros al oeste.[5] Mientras tanto, el 1 de agosto había empezado el martirio de Varsovia con la sublevación de la resistencia polaca. Como el Ejército Rojo permanecía inactivo en las inmediaciones y se mostraba poco dispuesto a ayudar a los rebeldes, las SS intervinieron para aplastar la sublevación y pulverizar la capital polaca.[6] Durante la tragedia que se desarrolló en los dos meses siguientes, la ciudad quedó reducida a ruinas, aproximadamente el 90 por ciento de sus edificios fueron destruidos y 200.000 civiles murieron como consecuencia de las terribles represalias alemanas.[7]

En los Balcanes, donde el petróleo rumano, la bauxita húngara y el cobre yugoslavo eran cruciales para la economía de guerra de Alemania, la Wehrmacht también sufrió devastadoras derrotas que se saldaron con la deserción de sus aliados en la región. La posición del Grupo de Ejércitos Ucrania del Sur, compuesto en más de la mitad por unidades rumanas agotadas por la guerra, ya se había debilitado a mediados de agosto con la retirada de 11 de las 47 divisiones para apoyar a los maltrechos Grupo de Ejércitos Centro y Grupo de Ejércitos Ucrania del Norte. Cuando el 20 de agosto comenzó una gran ofensiva soviética, desertaron muchas unidades rumanas que ya no se sentían con ánimos para luchar. Tres días más tarde, tras un golpe de Estado interno, Rumanía hizo un llamamiento a la paz y cambió de bando. Durante los días posteriores, el Grupo de Ejércitos Ucrania del Sur fue aplastado. El sexto ejército alemán, reconstituido después de Stalingrado, volvió a ser cercado y destruido. En total, dejaron de existir 18 divisiones del grupo de ejércitos; el resto fueron obligadas a emprender una retirada precipitada hacia el oeste y el noroeste. En quince días, más de 350.000 soldados alemanes y rumanos murieron, fueron heridos o hechos prisioneros.[8] También se perdieron enormes cantidades de armamento, al igual que los yacimientos petrolíferos de Ploiești, vitales para el esfuerzo de guerra alemán y a los que Hitler siempre

había concedido tanta importancia. Bulgaria siguió pronto el ejemplo de Rumanía; cambió de bando y declaró la guerra a Alemania el 8 de septiembre. La ocupación alemana de Grecia y Yugoslavia ya no era viable. El control de los Balcanes prácticamente había tocado a su fin. Y en cuanto al Ejército Rojo, el acceso a Eslovaquia y Hungría estaba libre y, tras ellas, a los territorios checos y Austria.[9]

En el extremo opuesto del frente oriental, en el Báltico, el Grupo de Ejércitos Norte combatió durante todo el verano en un intento desesperado de evitar quedarse aislado. El avance soviético había abierto una enorme brecha entre el Grupo de Ejércitos Norte y lo que quedaba del Grupo de Ejércitos Centro. Las súplicas a Hitler, ya a principios de julio y posteriormente, para que permitiera al Grupo de Ejércitos Norte replegarse a una línea más defendible al oeste fueron desoídas, como cabía esperar. El Báltico no podía rendirse, ya que el acero sueco, el níquel finlandés y el esquisto bituminoso de Estonia (utilizado por la armada) eran vitales para el esfuerzo bélico. Pero a Hitler también le influía la necesidad de conservar los puertos del Báltico para probar la nueva generación de submarinos, ya que el gran almirante Dönitz le había convencido de que todavía brindaban a Alemania una oportunidad de cambiar el curso de la guerra a su favor estrangulando el flujo de suministros a Gran Bretaña e impidiendo el envió por los Aliados de hombres y material al continente.[10] Durante julio y agosto prosiguieron los feroces combates mientras el Grupo de Ejércitos Norte tenía que replegarse unos 200 kilómetros al noroeste y evacuar partes de Estonia, Letonia y Lituania, aunque pudo impedir por el momento que el Ejército Rojo penetrara en el Báltico. No es fácil decir en qué medida influyó, si es que lo hizo, en la resistencia del Grupo de Ejércitos Norte el feroz y fanático liderazgo de su comandante en jefe, el coronel general Schörner, uno de los favoritos de Hitler. Schörner, el más brutal de los comandantes de Hitler, no dejaba de reclamar una combatividad implacable y fanática y aplicaba el castigo inmisericorde a cualquiera que creyera que no satisfacía sus exigencias.[11] Sin embargo, sus errores tácticos agravaron la

penosa situación del grupo de ejércitos.[12] Su posición, con casi un cuarto de millón de hombres repartidos en tres ejércitos, seguía siendo precaria, ya que se enfrentaba a las fuerzas soviéticas en tres flancos y dependía mucho de los suministros por mar a través del Báltico. Mientras tanto, el 2 de septiembre, el importante aliado de Alemania en el norte, Finlandia, se retiró del combate y pronto firmaría un armisticio con la Unión Soviética.

Tras una breve pausa en los combates, el Ejército Rojo inició una gran ofensiva en el norte el 14 de septiembre. A finales de mes, la Wehrmacht había sido expulsada de Estonia y de la mayor parte de Letonia y había sufrido grandes pérdidas de hombres y equipos. Sin embargo, las fuerzas principales habían conseguido replegarse y se concentraban en un frente más corto. El avance soviético en la zona de Riga fue contenido, pero no por mucho tiempo. A principios de octubre, el Ejército Rojo se abrió paso hasta la costa del Báltico, justo al norte de Memel. Con ello, el grueso de las fuerzas del Grupo de Ejércitos Norte quedó aislado de Prusia Oriental. La retirada alemana de Riga ya estaba en marcha y la ciudad cayó en manos de los soviéticos a mediados de mes. A finales de octubre, los intensos esfuerzos de Alemania por restablecer los vínculos con el Grupo de Ejércitos Norte habían fracasado irremediablemente. Las defensas del grupo de ejércitos estaban estabilizadas, pero sus 33 divisiones estaban completamente aisladas en Curlandia, la península al noroeste de Riga. Aparte de las tres divisiones que fueron evacuadas y otras 10 divisiones retiradas por mar a principios de 1945, la mayor parte de las fuerzas, en torno a 250.000 soldados de primera línea del frente, que tan necesarios eran en otros lugares, permanecerían allí, aislados y sin apenas relevancia estratégica, hasta la capitulación en mayo de 1945.[13]

En los meses del verano de 1944, los ejércitos alemanes se habían tambaleado, desde el Báltico hasta los Balcanes, ante la feroz arremetida del Ejército Rojo. En aquellos meses, la magnitud de las bajas y la defección de aliados cruciales hicieron que se desvanecieran las esperanzas de Alemania de lograr un desenlace victorioso de la guerra en el este. Goebbels era uno de los miembros

de la jefatura nazi que lo admitía abiertamente. En septiembre, aceptó una sugerencia de los japoneses de sondear una paz separada con la Unión Soviética y le trasladó la propuesta a Hitler en una larga carta.[14] Hitler no hizo el menor caso. Cabe dudar de que existiera la más remota posibilidad de que Stalin mostrara interés en llegar a un acuerdo con Alemania cuando sus fuerzas tenían un control cada vez mayor, pero no es posible verificarlo. El veto silencioso de Hitler bastó para descartar cualquier posibilidad de un acercamiento. Las estructuras del régimen nazi aseguraban que no hubiera ninguna plataforma en la que se pudiera debatir, y menos aún cuestionar, el firme rechazo de Hitler a contemplar un final negociado de la guerra, en el este o en el oeste.

En la Unión Soviética, como en el caso de los estadounidenses y los británicos, la magnitud de la derrota de Alemania creó expectativas de que la guerra estaba a punto de terminar. Podría haber sido así si Stalin y sus asesores militares, como los Aliados occidentales, no hubieran cometido errores estratégicos en su planificación operativa. Por muy imponente que fuera la «Operación Bagration», el ataque en cuatro frentes fue menos decisivo que el ataque que más habían temido los alemanes: una enorme ofensiva concentrada por el sur de Polonia hasta Varsovia y desde allí hasta la costa del Báltico, al este de Danzig, aislando a dos grupos de ejércitos completos (Centro y Norte) y abriendo la ruta hasta Berlín.[15] Pese a lo devastadoras que fueron las pérdidas, la colosal derrota que había sufrido la Wehrmacht en el verano no era nada comparada con el decisivo golpe mortal que esta maniobra podría haber asestado. Era posible «parchear» los ejércitos del este, como del oeste, para que siguieran combatiendo y conseguir reservas de hombres y armas, que disminuían rápidamente. No era más que una venda en una herida abierta, pero permitió prolongar la guerra durante varios meses más de terror y derramamientos de sangre.

II

Tras esta capacidad para seguir combatiendo subyacían, al igual que en el oeste, unas actitudes en la Wehrmacht cuyo carácter no era uniforme, sino en su mayor parte flexible, y unas estructuras gubernamentales y administrativas afectadas por la crisis pero aún intactas. En cuanto a la población civil, no le quedaba más opción que apretar los dientes y seguir adelante. En condiciones de emergencia perpetua, el régimen sometió a la población a una presión extrema para que se amoldara y colaborara. El espacio privado para evitar dicha presión se redujo prácticamente a cero. Así pues, las medidas *ad hoc* y graduales para intentar resistir las incursiones del Ejército Rojo podía ponerlas en práctica una mano de obra que por entonces comprendía a casi toda la población adulta (y joven), que raramente era entusiasta (excepto en ciertos sectores de las Juventudes Hitlerianas), a veces complaciente y a menudo renuente, pero casi nunca rebelde. Tras esta predisposición a obedecer, aunque de mala gana, prevalecía un sentimiento que era mucho más punzante y agudo que en el oeste: el miedo.

En Prusia Oriental, la provincia oriental de Alemania más expuesta, el miedo era palpable. Los más mayores todavía se acordaban de la incursión de los rusos en la fase inicial de la Primera Guerra Mundial, antes de que los alemanes acabaran derrotándolos en febrero de 1915. Unas 350.000 personas habían huido, evacuadas apresuradamente, cuando los rusos se aproximaron en agosto y septiembre de 1914. Cuando las tropas rusas fueron expulsadas de Prusia Oriental, según los informes alemanes (no hay ninguna razón para dudar de su veracidad), los pueblos y las aldeas habían sido saqueados, más de 40.000 edificios destruidos, varios miles de habitantes deportados a Rusia y en torno a 1.500 civiles asesinados.[16] Treinta años más tarde, el miedo no solo se basaba en viejos recuerdos. La propaganda antibolchevique, con la que los nazis habían bombardeado sin descanso a la población, había sido menos abstracta en esta región que en los puestos avanzados de Alemania en occidente. Y durante tres años, los soldados habían estado atravesando Prusia Oriental para ir y volver del frente oriental. Quien quisiera oírlas, había escuchado

historias, no solo rumores vagos, sino a menudo detalles concretos, sobre sucesos inquietantes acontecidos en el este. No solo habían circulado testimonios de la enorme crudeza de los combates, también se habían filtrado noticias de las atrocidades perpetradas contra la población civil rusa y las matanzas de judíos. Era bien conocido que la guerra contra los partisanos había sido brutal. Todo había estado permitido. Mientras la guerra iba bien, poco importaba lo que los soldados alemanes hubieran hecho a los rusos y los judíos. Muchos, influidos por la propaganda, habían aprobado estas acciones. Pero habían cambiado las tornas: los soviéticos iban dominando, aplastando a las fuerzas alemanas, presionando en las fronteras y amenazando con penetrar en Prusia Oriental.

En otros lugares de las provincias orientales, el peligro de una ocupación soviética no era tan inminente, pero sus temores no eran muy diferentes a los de la población de Prusia Oriental. El partido nazi había conseguido algunos de sus mayores triunfos electorales antes de 1933 en las regiones orientales de Alemania, que en su mayor parte eran protestantes y rurales, salvo el cinturón industrial de Silesia. Los problemas fronterizos, el resentimiento por las pérdidas sufridas en el Tratado de Versalles y los sentimientos revanchistas habían contribuido a que estas regiones mostraran un respaldo desproporcionadamente incondicional al régimen de Hitler después de 1933. Los primeros años de la guerra, al amparo de la ocupación alemana de Polonia y el pacto germano-soviético de 1939, habían sido relativamente tranquilos para el este de Alemania. Pero el inicio de la guerra contra la Unión Soviética en junio 1941 acercó el frente a estas regiones. La nueva importancia militar de las provincias orientales tuvo algunas compensaciones; la ubicación de sedes del gobierno y bases del ejército cerca del cuartel general de Hitler en Prusia Oriental, por ejemplo, reportó algunos beneficios económicos a la región. Tras las rápidas conquistas de la Wehrmacht, la realidad de la guerra, incluso en el este, parecía al principio lejana. La zona también se libró de los intensos bombardeos (Prusia Oriental sufrió algunos leves bombardeos soviéticos en junio de 1941, pero poco más) que padecieron las regiones occidentales de Alemania a partir de 1942. De hecho, una

de sus funciones principales era servir de zona de recepción, dado que tuvo que acoger a una gran cantidad de evacuados enviados desde las ciudades y pueblos del oeste de Alemania amenazados por las bombas. A principios de 1944, unos 825.000 evacuados fueron alojados en las regiones orientales.[17] A menudo se les consideraba una carga, lo que hacía dudar de la tan pregonada solidaridad de la «comunidad del pueblo». La presencia de una cifra tan elevada de refugiados era una clara señal de que la guerra estaba cerca. Hasta entonces el este se había librado de lo peor, pero eso iba a cambiar rápidamente.

No es de sorprender que el pánico se hubiera propagado como un incendio por el este a raíz del descalabro de la Wehrmacht.[18] Cuando el avance del Ejército Rojo se ralentizó y el frente alemán adquirió cierta apariencia de estabilidad, el pánico inicial remitió. Pero la población seguía estando sometida, deprimida y profundamente preocupada. Imperaba un nerviosismo generalizado. Cualquier noticia negativa tenía un profundo impacto en la población. «La desfavorable y peligrosa situación militar en el este ha tenido un efecto tan deprimente en el estado de ánimo de gran parte de la población, que se pueden apreciar en todos los estratos los mismos temores e inquietudes sobre la evolución de la guerra», informaba el SD a principios de agosto.[19] Los habitantes, influidos por las cartas que llegaban del frente y por los testimonios de los evacuados de las antiguas zonas ocupadas de Polonia, se mostraban escépticos sobre la capacidad de las fuerzas alemanas para frenar por completo el avance soviético y no estaban convencidos de que el peligro para Prusia Oriental hubiera disminuido.[20] El temor era que los soviéticos acabaran venciendo. Y todo el mundo decía ser consciente de la amenaza del bolchevismo, aunque no había ninguna mención concreta de cuál era dicha amenaza.[21] Sin embargo, las implicaciones de las terribles consecuencias de un avance de los soviéticos eran bastante evidentes. A principios de octubre, tras la defección de los aliados orientales de Alemania, la destrucción del sexto ejército en Rumanía y el aislamiento del Grupo

de Ejércitos Norte en Curlandia, la moral se hundió «por completo» en el este de Alemania.[22]

El miedo también era uno de principales factores que motivaban a muchos soldados del frente. Conscientes, al menos a grandes rasgos pero no siempre de los detalles, de por lo menos parte de lo que las tropas alemanas habían hecho en la Unión Soviética ocupada, el temor al caer en manos del Ejército Rojo era grande y muy comprensible. Cualesquiera que pudieran ser los sentimientos hacia los enemigos británicos y estadounidenses en el oeste, nada era comparable a esto. Además, estaba el miedo a ser una de las crecientes e incontables víctimas de la guerra en el este. Aunque el miedo a morir y las esperanzas de sobrevivir son compartidos por todos los soldados de cualquier ejército y en cualquier frente, la cifra de bajas y la intensidad de los combates en el este producían un escalofrío de angustia a quienes se enteraban de que les habían llamado a filas para luchar en el frente oriental. No es de sorprender que, aunque los informes oficiales fueran reacios a admitirlo, el llamamiento a filas cada vez produjera más inquietud.[23] Y todos los que eran requeridos esperaban fervientemente que fuera en el oeste, no en el este.

Como en el oeste, las actitudes de los soldados que combatían en el frente eran diversas. Los informes del ejército de agosto y septiembre señalaban el impacto negativo y predecible de las retiradas y el reconocimiento de la gran superioridad del enemigo en cuanto a hombres y armamento pesado. Se decía que los jóvenes reemplazos y los hombres de más edad, reclutados gracias a las medidas de «cribado» de la guerra total, estaban particularmente afectados por los intensos y exasperantes combates que causaban bajas tan elevadas. Temían otra gran ofensiva soviética y su capacidad para resistir se había debilitado. Atribuían la causa a la angustia y la fatiga de la guerra. No obstante, se aseguraba, con cierto optimismo, que el estado de ánimo en general era «grave, pero confiado». «La confianza incondicional en el Führer» era, por supuesto, reafirmada de forma ritual. Pero se informaba que, en el Grupo de Ejércitos Norte, aislado en el Báltico, el conocimiento de

las «condiciones bolcheviques» y el temor a no volver a ver su país si se perdía la guerra servía para fortalecer la moral de combate. A aquellos soldados cuya moral de combate no estaba a la altura de lo esperado se les sometía a una disciplina cada vez más feroz. Se mencionaba la preocupación de los soldados procedentes de las regiones orientales por la amenaza que acechaba a Prusia Oriental y a sus familias.

Se decía que había surgido un estado de ánimo más positivo entre las tropas del cuarto ejército en Prusia Oriental a comienzos de octubre debido a la estabilización del frente y la mejora de las condiciones de los soldados destacados en la zona. Un resumen de la actitud de los soldados en el frente italiano el mes anterior se podía aplicar, también, a las tropas en el este. El informe señalaba que los soldados tenían poco tiempo para reflexionar. Los acontecimientos se sucedían en medio de la confusión. Solo perduraba la impresión general. Las tensiones físicas y psicológicas de la batalla exigían al soldado que cumpliera con su deber hasta los límites de lo posible. Cualesquiera que fueran las sugerencias de los NSFO, su impacto era efímero. Pronto, las preocupaciones y las inquietudes cotidianas reaparecían de nuevo. El informe daba a entender que no había ideales y grandes causas de por medio. El soldado «combate porque se le ordena hacerlo y para salvar su vida».[24]

Como insinúa este comentario lapidario, para los soldados, pero también para la población civil, la obligación y el deber eran las principales razones para seguir adelante. ¿Qué otra opción tenían? Además, había miedo y un fuerte sentimiento de que había que defender la patria, que en términos concretos significaba la familia y los bienes. El régimen podía explotar con facilidad estos sentimientos. Pero detrás de la propaganda, la retórica, las exhortaciones y la intimidación, la fe en el nacionalsocialismo, en el partido e incluso en el Führer menguaba con rapidez, aunque es imposible precisar cuál era el nivel de apoyo que aún existía.

Sin embargo, al margen de lo que pensara la población, la omnipresencia del partido y sus órganos bastaba para mantenerla a raya, más aún en vista de la urgencia de las medidas defensivas que

se pusieron en marcha con toda celeridad en las regiones orientales tras el rápido avance del Ejército Rojo. Una de las primeras prioridades fue construir una red de fortificaciones y trincheras defensivas a lo largo de las fronteras orientales del Reich y reforzar las ya existentes. La estrategia de considerar a pueblos o ciudades concretos «fortalezas» que resistieran hasta el final, una táctica que no tuvo éxito en Rusia cuando el Ejército Rojo las rodeó, se introdujo en el este de Alemania cuando la Wehrmacht se batió en retirada. Más de veinte «fortalezas» de este tipo, incluidas las poblaciones más importantes y valiosas desde el punto de vista estratégico, se establecieron en Alemania y en las zonas ocupadas de Polonia, con consecuencias a la larga desastrosas para los habitantes de la mayoría de ellas. Además, la organización de un inmenso plan de fortificación en todo el este de Alemania a toda velocidad recayó en el partido y la dirección en los Gauleiter, en su calidad de comisarios de defensa del Reich (RVK). A lo largo del verano, antes de que los trabajos empezaran a aminorar en el otoño para cesar a finales de noviembre,[25] en torno a medio millón de alemanes (muchos de ellos jóvenes, ancianos y mujeres) y de trabajadores extranjeros fueron sometidos a largas y extenuantes jornadas de trabajo en Prusia Oriental, Pomerania, Silesia y Brandenburgo para construir lo que se llegaría a conocer como el «muro oriental» *(Ostwall),* que complementaría al del oeste. Se calcula que solo en Prusia Oriental fueron movilizados 200.000 trabajadores. En las zonas de Polonia ocupadas por Alemania (Danzig-Prusia Occidental, el Warthegau y lo que quedaba del Gobierno General), los trabajos los realizaban trabajadores forzados polacos.[26]

Las defensas fronterizas en el este se habían levantado antes de la Primera Guerra Mundial. Después se construyeron nuevas fortificaciones durante la República de Weimar, cuando se consideraba que Polonia representaba una gran amenaza militar. En los años del Tercer Reich previos a la guerra se ampliaron estas defensas y se construyeron otras nuevas. Pese a la rápida aceleración de las obras de construcción, y a un tramo de casi 80 kilómetros a lo largo de los ríos Óder y Varta que estaba mucho más

fortificado que el *Westwall,* la línea defensiva distaba mucho de estar acabada cuando estalló la guerra. Durante los cinco años siguientes, cuando la ocupación alemana avanzó tanto hacia el este, no pareció necesaria una línea fuertemente fortificada dentro de las fronteras de Reich. En cualquier caso, prácticamente estuvo olvidada hasta el descalabro del Grupo de Ejércitos Centro en el verano de 1944, momento en el que no existían defensas dignas de consideración entre el Ejército Rojo y Prusia Oriental.[27] Esta deficiencia se intentó subsanar en cuestión de semanas utilizando mano de obra forzada e improvisando rápidamente una organización.

El 28 de julio de 1944, Guderian, que acababa de ser nombrado jefe del estado mayor del ejército de tierra, transmitió el decreto para la construcción de fortificaciones en el este promulgado por Hitler la víspera y declaró que «todo el este de Alemania tiene que convertirse inmediatamente en un sola fortaleza profundamente escalonada». El secretario de Estado del Ministerio del Interior del Reich, Wilhelm Stuckart, amplió la orden, exponiendo los detalles de la puesta en marcha de los trabajos de construcción a los Gauleiter del este y a Hans Frank, el jefe del Gobierno General (la región central de la Polonia ocupada por los nazis). Los obreros de las fortificaciones necesitarían palas, picos, mantas, cubiertos y raciones de marcha. Sus supervisores tendrían que disponer de pistolas y otras armas, un indicio de la posible necesidad de actuar con dureza para imponer su autoridad a una mano de obra recalcitrante. El Ministerio de Transportes del Reich y las autoridades ferroviarias se encargarían de organizar el transporte. Los materiales y equipos de construcción provendrían de las oficinas de la OT. Se utilizarían caballos y carros, siempre que fuera posible, para transportar los materiales de construcción. Se asignarían las raciones a través de las oficinas provinciales de alimentos o, en el caso del Gobierno General, recurriendo a las provisiones de la región.[28]

A principios de septiembre, Hitler dejó claro que el mando de los trabajos de fortificación estaba exclusivamente en manos del partido y estaría a cargo de los RKV bajo la dirección de Bormann.[29] En

realidad, los Gauleiter, en su calidad de RKV, tenían mucha independencia a la hora de gestionar los asuntos de las provincias. Erich Koch, el brutal Gauleiter de Prusia Oriental, uno de los jefes provinciales predilectos de Hitler, fue el primero en obligar a la población de su provincia a realizar trabajos forzosos. Ya el 13 julio había decretado que toda la población masculina de distritos concretos con edades comprendidas entre los 15 y los 65 años fuera movilizada con efecto inmediato para realizar los trabajos de fortificación. Todo el que desafiara la orden sería castigado por un consejo de guerra. Las tiendas y las empresas que no fueran absolutamente necesarias para el esfuerzo de guerra permanecerían cerradas y sus propietarios serían enviados a cavar. Los trenes que partían de la frontera de Prusia Oriental estaban controlados y se obligaba a bajar a los hombres y se les enviaba de nuevo a trabajar en las tareas de construcción.[30] El ejemplo de Koch lo siguieron los demás Gauleiter del este. Un informe de Königsberg, en Prusia Oriental, mencionado por los servicios de inteligencia británicos, muestra el efecto de los trabajos forzosos en la vida diaria en la provincia:

Se han introducido grandes simplificaciones en la vida cotidiana de la población. En los restaurantes, los clientes tienen que llevar a la cocina sus platos, para que todos los varones y todo el personal masculino de la cocina puedan ir a cavar. Los periódicos ya no publican ediciones regionales, sino una sola edición estándar. De este modo, los redactores, los cajistas y los impresores quedan libres para cavar. Se han cerrado todos los negocios que no son importantes para la guerra. Se ha llamado a filas a todos los habitantes de Prusia Oriental que son aptos para el servicio militar. Las grandes puertas de la Universidad de Königsberg están cerradas. Los estudiantes y todos los hombres empleados en la Universidad están cavando.

Incluso los granjeros fueron movilizados en el momento más crucial de la campaña agrícola para ir a cavar, aunque en diferentes oleadas para que la recogida de la cosecha no se viera afectada.[31]

Es probable que la inquietud motivara al principio la buena disposición a ayudar en las tareas de excavación, sobre todo en Prusia Oriental, que estaba más cerca de la línea del frente. No cabe duda de que la respuesta inicial a los llamamientos a participar fue positiva, ya que la población local, en especial los miembros de las

Juventudes Hitlerianas, se unió ante la emergencia, aunque la propaganda sobre el entusiasmo de los excavadores no debería tomarse al pie de la letra.[32] El propio partido, pese a que afirmaba que la mayoría de la población comprendía la necesidad de efectuar los trabajos de excavación, era consciente de las criticas generalizas por la mala organización de los trabajos de excavación de trincheras y la falta de convicción de que las fortificaciones tuvieran algún valor desde el punto de vista militar.[33] Las dificultades prácticas (el alojamiento y la comida deficientes, los problemas de transporte, incluso la escasez de palas) y la propia naturaleza de un trabajo duro y extenuante, excavando el terreno endurecido hora tras hora en pleno verano, pronto agostaron los ánimos iniciales. Las mujeres de Pomerania escribieron a Goebbels quejándose de que no las habían sometido a un reconocimiento médico antes de su movilización, que tenían que dormir en colchones de paja en alojamientos comunitarios rudimentarios y que la comida y las instalaciones sanitarias eran lamentables. Huelga decir que, en el caso de los trabajadores extranjeros y los prisioneros de guerra, las condiciones eran aún mucho peores.[34]

El comportamiento de los oficiales y supervisores del partido no ayudaba. Había informes de que los oficiales del partido bebían, se escaqueaban y se apropiaban de la comida y la bebida destinada a los excavadores, de que, con su conducta despótica y su incumplimiento del deber, daban el peor ejemplo posible a los trabajadores forzados. Ir junto a las columnas de excavadores en un vehículo, inspeccionar las filas sin coger una pala y gritar a los ancianos y a las mujeres que realizaban los trabajos no contribuía a alentar un compromiso entusiasta con la tarea o a aumentar la simpatía de los trabajadores por el partido. No es de sorprender que algunos intentaran eludir el trabajo. En Prusia Oriental, había informes de que incluso los veteranos de la Primera Guerra Mundial se habían fugado, descontentos con el trabajo que estaban obligados a realizar y preocupados de que el frente estuviera tan cerca. La policía tenía que llevarlos de vuelta a la fuerza.[35]

Las semanas de trabajos extenuantes realizados por centenares de miles de hombres y mujeres fueron, desde el punto de vista militar, prácticamente inútiles. Incluso Goebbels veía que las fortificaciones erigidas en Prusia Oriental por Koch no tenían ningún sentido a menos que se enviaran tropas y armas para defenderlas.[36] Sobre el papel, los logros parecían considerables: se habían erigido 400 kilómetros de defensas en Pomerania, por ejemplo, y levantado un anillo de 120 kilómetros para acoger a cinco divisiones armadas alrededor de la nueva fortaleza de Breslau.[37] Tras repeler a los rusos, la propaganda insistió en el valor de las trincheras, elogiando la utilidad del duro trabajo que se había realizado. Pero, en realidad, los kilómetros de terraplenes, atrincheramientos y fortificaciones, construidos apresuradamente y sin hombres suficientes, ni detendrían ni tan siquiera retrasarían por mucho tiempo el avance del Ejército Rojo. Su valor sería extremadamente limitado. Y en cuanto a las «fortalezas» designadas, Königsberg no cayó hasta abril de 1945 y Breslau resistió hasta el 6 de mayo. Todo ello no hizo sino incrementar la inútil pérdida de vidas de civiles, por no hablar de las bajas de soldados en el frente.

Si este maratón de obras de construcción en el este sirvió de algo, fue en gran medida como ejercicio de propaganda, que demostraba la constante voluntad de resistir. Es difícil evaluar la eficacia de la propaganda. Se ha afirmado que el empeño demostrado en las tareas de fortificación reforzó el patriotismo de la población del este de Alemania y su determinación de defender la patria; que los trabajos colectivos sirvieron de inspiración en otros lugares de Alemania, apuntalaron la fe en el partido y elevaron la moral de los soldados al mostrar a las tropas que, a diferencia de 1918, tenían el respaldo incondicional del «frente interior». Es imposible verificar con exactitud estas afirmaciones, pero es prácticamente seguro que eran muy exageradas.[38]

Sería un error suponer que la descarada propaganda que pregonaba el esfuerzo de fortificación no tuvo ningún efecto. Posiblemente, ayudó a afianzar el sentimiento patriótico en el este de Alemania y transmitió la idea de que los actos de los alemanes

corrientes eran importantes en la lucha para repeler al Ejército Rojo. En el mejor de los casos, impulsó una voluntad de defender la patria (aunque solo fuera por miedo) que ya estaba presente. Fuera de las regiones orientales, y quizá dentro de las mismas, la población también consideraba que la frenética construcción de trincheras era un decisión fruto del pánico más que un logro heroico, una señal de que la situación era extremadamente grave.[39] En cuanto a la fe en el partido, se estaba hundiendo tan bruscamente en el verano y el otoño de 1944, independientemente de las persistentes reservas de esperanza depositadas en Hitler, que era prácticamente imposible que el plan de fortificaciones lograra alterar la tendencia, salvo, tal vez, impresionar a unos pocos indecisos crédulos de las regiones orientales con las enérgicas medidas de Koch y otros Gauleiter. Finalmente, aunque no cabe duda de que a los soldados les complacía enterarse de la solidaridad en el interior del país, es discutible si su moral de combate se inspiró mucho con las noticias de un inmenso plan de fortificaciones llevado a cabo por jóvenes, ancianos y mano de obra femenina y con unas fortificaciones sobre cuyas cualidades defensivas frente al poderío del Ejército Rojo era comprensible que existiera cierto escepticismo.

Independientemente del dudoso valor propagandístico de la campaña de fortificaciones, su función objetiva se vio eclipsada al convertirse en otro vehículo de control de la población. Esto no significa que muchos de los trabajadores no fueran patriotas idealistas y que no pocos respaldaran con entusiasmo los esfuerzos del partido para movilizar a lo que quedaba de la población. Pero tras la primera y efímera oleada de entusiasmo, cabe suponer justificadamente que, de no haber sido obligatoria, no habría habido muchos voluntarios. El programa de fortificaciones extenuó literalmente a la población, la obligó a someterse y le volvió a mostrar que no había ninguna alternativa, que el partido controlaba todas las facetas de la vida civil. Era otro medio más para intentar inculcar a la población el espíritu de la «última defensa», con la clásica disyuntiva hitleriana entre «resistir» o «hundirse». La postura de la mayoría de los ciudadanos corrientes fue obedecer de mala

gana, más que aprobar esos imperativos. Pocos estaban dispuestos a hundirse. Pero cuando aumentó la amenaza a las fronteras del Reich, tuvieron poca elección salvo acatar los dictados de quienes ejercían el poder y determinaban su destino.

Lo mismo ocurrió con el servicio en la *Volkssturm,* lanzada con un gran despliegue publicitario el 18 de octubre en un discurso pronunciado por Himmler en Bartenstein, Prusia Oriental, y retransmitido a toda la nación. Keitel, Guderian y Koch estaban presentes cuando Himmler se dirigió a trece compañías de la *Volkssturm.* La fecha había sido cuidadosamente elegida por ser el aniversario de la simbólica «Batalla de las Naciones» de Leipzig, en 1813, el enfrentamiento que se había saldado con la derrota de Napoleón en suelo prusiano. La fecha era crucial en las descripciones de la propaganda, ya que se hacía eco de la historia de Alemania y evocaba la legendaria defensa de la patria por la *Landsturm,* cuando todo un pueblo se levantó, ante la perspectiva de convertirse en esclavo de los franceses, para repeler a los invasores. Himmler, tras leer la proclamación de la *Volkssturm* de Hitler y recordar a los oyentes la importancia del aniversario, anunció que el Führer había pedido al pueblo que defendiera el suelo patrio. «Hemos oído de sus propias bocas que debemos esperar de nuestros enemigos la destrucción de nuestro país, la tala de nuestros bosques, la disolución de nuestra economía, la destrucción de nuestros pueblos, el incendio de nuestras aldeas y la erradicación de nuestro pueblo», declaró. Por supuesto, a los judíos se los describía como la causa de los horrores previstos. Los hombres de la *Volkssturm* no debían capitular nunca, declaró Himmler, y anunció que los habitantes de Prusia Oriental ya habían formado sus primeros batallones.[40]

La respuesta, en general, fue escéptica, a juzgar por los informes sobre la acogida de la propaganda. Había un sentimiento cada vez mayor de que «estamos abocados a una defensa sin esperanza», y el anuncio de la *Volkssturm* se interpretó con frecuencia como una confirmación del agotamiento de las fuerzas alemanas.[41] Todo el entusiasmo inicial se disipó rápidamente cuando surgieron dudas

sobre el valor militar de la *Volkssturm* e inquietud porque quienes sirvieran en sus filas no podrían acogerse las convenciones internacionales sobre el trato de prisioneros de guerra, sino que serían considerados partisanos.[42] Se temía que fueran ejecutados sumariamente tras su captura y que el enemigo tomara represalias contra la población civil, unas ideas que traicionaban el conocimiento que se tenía del comportamiento de los alemanes en los territorios ocupados.[43] El régimen intentó disipar las inquietudes y definir los deberes de la *Volkssturm* en el marco de la Convención de La Haya de 1907. Sin embargo, los temores no eran infundados, como pondría de manifiesto el trato que recibieron los miembros de la *Volkssturm* capturados por el Ejército Rojo.[44] De todos modos, la frecuente reticencia a servir en la *Volkssturm* fue inútil. Durante las semanas siguientes, los tentáculos organizativos del partido se introducirían en la vida civil para reclutar a centenares de miles de hombres de mediana edad, mal armados y mal equipados. Pocos estaban motivados por el fanatismo exigido por las autoridades del régimen, pero rara vez podían eludir el servicio. Era muy difícil lograr exenciones. Y los comandantes de la *Volkssturm,* muchos de ellos con antecedentes en el ejército y en el partido o sus filiales, solían estar mucho más comprometidos con los ideales de la organización que los hombres a los que lideraban, pese a que su capacidad y sus competencias eran limitadas.[45] En una organización gigantesca que estaba en manos del partido, con 6 millones de hombres a finales de noviembre y que podía acoger el doble de miembros, no era fácil distanciarse de los ideales y el fanatismo nazis.[46] Aunque solo una mínima parte de ellos participaría en los combates, la militarización y la regimentación de la sociedad civil aumentaron enormemente.

La futilidad militar y la inútil pérdida de vidas entre los hombres de la *Volkssturm* se pondría de manifiesto en los primeros meses de 1945. Pero en Prusia Oriental, donde Koch ya había propuesto la formación de milicias locales en julio, la *Volkssturm* tuvo previamente su bautismo de fuego. Más de una semana antes de que Himmler anunciara su existencia, la *Volkssturm* tuvo su primera

experiencia de combate en la periferia del fortificado puerto báltico de Memel (al norte de Prusia Oriental, anexionado por Alemania en 1939). Dos compañías de hombres de la *Volkssturm,* equipados con armas ligeras y vestidos de civiles, con brazales verdes para distinguirlos, sufrieron numerosas bajas cuando ayudaron temporalmente a repeler las débiles tentativas soviéticas de romper el perímetro defensivo hasta que pudieran llegar las tropas regulares para estabilizar la posición.[47]

Poco más de un una semana después, la *Volkssturm* volvía a entrar en acción, esta vez dentro de las fronteras de Prusia Oriental. El 16 de octubre, el Ejército Rojo cruzó la frontera alemana y se adentró en la región más oriental. Sería el comienzo de once días que dejarían una huella indeleble en las mentes de los alemanes de las regiones orientales del Reich, y no solo allí.


N
Mar Báltico
Memel
Kurisches Haff
Tilsit
Memel
Cranz
Pillau
Königsberg
Insterburg
Ebenrode
Wehlau
Gumbinnen
Frisches Haff
Heiligenbeil
Nemmersdorf
Danzig
Friedland
Braunsberg
Angerapp
Gerdauen
DANZIG-PRUSIA ORIENTAL
Bartenstein
Goldap
Elbing
Vistula
Heilsberg
Rastenburg
Marienburg
Lötzen
PRUSIA ORIENTAL
Marienwerder
Allestein
Lyck
Osterode
Deutsch-Eylau
Johannisburg
Ortelsburg
Tannensberg
Neidenburg
Soldau
Lomza
Włoclawek
Vistula
Płock
Bug
0 10 20 30 40 50 millas

4. Prusia Oriental Varsovia III 0 10 20 30 40 50 km

El 5 de octubre, las tropas soviéticas iniciaron el ataque contra Memel y cinco días más tarde ya estaban en el Báltico, rodeando la ciudad. El tercer ejército panzer, pese a estar debilitado, consiguió resistir el cerco con la ayuda, como ya se ha señalado, de las maltrechas unidades de la *Volkssturm* hasta que llegaron los refuerzos. Dos días antes del ataque del Ejército Rojo, los civiles locales aún estaban cavando frenéticamente trincheras y zanjas antitanque. La Wehrmacht quería que la zona fuera evacuada.[48] Pero las autoridades del partido no dieron la tardía orden de evacuación hasta el 7 octubre. A todo aquel que no obedeciera se le trataría como un traidor. Se desataron el pánico y el caos, sobre todo cuando el jefe del distrito local del partido revocó la orden y decretó que la población permaneciera de momento donde estaba. La confusión fue aún mayor porque ya había habido anteriormente una evacuación parcial de Memel y los distritos circundantes a principios de agosto, pero la población había regresado cuando el peligro temporal había amainado. Al principio se creyó que podría tratarse de otra falsa alarma. Pero cuando por fin se dio la orden de evacuar, el 9 de octubre, para muchos ya era demasiado tarde. Miles de personas se quedaron atrás, aisladas por el rápido avance del frente. Muchos fueron reacios a abandonar sus granjas sin protección contra lo que consideraban una «turba itinerante» de prisioneros de guerra y trabajadores polacos, y perdieron la oportunidad de huir. La mayoría de los que pudieron hacerlo, sobre todo mujeres, niños, ancianos y enfermos, ya que los hombres fueron retenidos para servir en la *Volkssturm* y desempeñar otras tareas, se pusieron en marcha en caballos y carros, o a pie, llevando consigo las pocas pertenencias que habían reunido precipitadamente. Los rumores de que el Ejército Rojo se encontraba en las inmediaciones renovaron el pánico y se propagó una sensación de terror.

Las explosiones y el temor a los bombardeos aéreos obligaban en ocasiones a los refugiados a ponerse a cubierto donde podían, en los campos alejados de las carreteras. Las mujeres se arrodillaban para

rezar. Era una carrera contrarreloj, ya que las tropas soviéticas iban bloqueando muchas de las carreteras principales. Las cunetas estaban llenas de carretas y enseres domésticos abandonados. Tras una espera angustiosa en la costa, los más afortunados lograron embarcar apiñados en una flota de pequeños barcos que los trasladó a un lugar temporalmente seguro, aunque sin su ganado y la mayoría de sus pertenencias, por la contigua laguna de agua salada, la Kurisches Haff, hasta improvisados alojamientos en Prusia Oriental. Algunos intentaron cruzar a nado y se ahogaron. La mayoría de los que huyeron vieron cómo Memel se convertía en un resplandor rojo bajo el cielo nocturno. Se calcula que una tercera parte de la población cayó en manos de los soviéticos. Circulaban historias de saqueos, violaciones y asesinatos por parte de los soldados del Ejército Rojo.[49]

El destino de Memel marcó el comienzo de más de dos semanas de pavor y horror para la población cercana a la frontera de Prusia Oriental. Lo peor aún estaba por llegar. Como comentaría más tarde el general Guderian, «lo que sucedió en Prusia Oriental fríe una indicación para los habitantes del resto de Alemania de cuál sería su destino en caso de una victoria rusa».[50]

El 16 octubre, el Ejército Rojo inició su ataque contra Prusia Oriental en medio de una descarga de fuego de artillería en un tramo del frente de 40 kilómetros y de intensos ataques aéreos sobre las poblaciones fronterizas. La Luftwaffe prácticamente no se defendió, y el cuarto ejército alemán, muy debilitado por el descalabro del Grupo de Ejércitos Centro en el verano, tuvo que replegarse hacia el oeste. El 18 de octubre, las tropas soviéticas atravesaron la frontera alemana. Al cabo de tres días ya habían penetrado en las líneas alemanas y habían avanzado unos 60 kilómetros en el interior del Reich por un frente de unos 150 kilómetros. Las ciudades fronterizas de Eydtkau, Ebenrode y Goldap cayeron en manos de los soviéticos, mientras que Gumbinnen y Angerapp escaparon poro poco al mismo destino, aunque la primera sufrió graves daños a causa de los ataques aéreos, y las tropas soviéticas llegaron hasta la periferia. Los soviéticos llegaron a la

aldea de Nemmersdorf a primera hora de la mañana del 21 de octubre, y allí, pese a encontrar intacto un puente sobre el río Angerapp que era vital, detuvieron la ofensiva.

Los mandos del Grupo de Ejércitos Centro habían esperado que el ataque soviético, cuando se produjera, fuera el preludio de una enorme ofensiva para penetrar en el corazón de Alemania. Sin embargo, la pausa de los soviéticos en Nemmersdorf brindó al cuarto ejército la oportunidad de reagruparse, concentrar sus fuerzas y, con el refuerzo de los panzer, intentar una audaz y exitosa maniobra de embolsamiento contra unas fuerzas superiores, lo que sorprendió por completo a los atacantes y les causó un gran número de bajas. Los comandantes soviéticos, impresionados por la contraofensiva de la Wehrmacht, se pusieron de inmediato a la defensiva y retiraron sus tropas. El 27 de octubre habían abandonado la ofensiva. El 3 de noviembre, las tropas alemanas liberaron Goldap, que los soldados soviéticos habían reducido a ruinas y saqueado, y dos días más tarde había concluido la «primera batalla de Prusia Oriental», con una cifra extremadamente elevada de bajas en ambos bandos. Se había impedido un avance soviético sumamente perjudicial hacia Königsberg, la capital de Prusia Oriental. Los soldados alemanes, sobre todo los que procedían de las regiones orientales, habían combatido ferozmente, pese a un adiestramiento a menudo limitado y unas armas inadecuadas, para repeler a los invasores. Aun así, una franja fronteriza de Prusia Oriental, de unos 100 kilómetros de ancho y hasta 27 de profundidad, siguió ocupada por los soviéticos. El frente en esta zona se mantuvo estable hasta enero.[51] Pero a partir de entonces, los habitantes de Prusia Oriental serían una especie sumamente amenazada.

La razón por la que el ataque soviético se detuvo tras conseguir una buena posición al ocupar Nemmersdorf se puso de manifiesto cuando las tropas alemanas pudieron recuperar la aldea el 23 de octubre, apenas 48 horas después de que hubiera caído en manos del Ejército Rojo. Lo que aguardaba a los soldados alemanes era una escena de terror. El nombre de Nemmersdorf pronto sería familiar

para la mayoría de los alemanes. Daba una idea de lo que cabía esperar si el Ejército Rojo llegaba a conquistar el Reich.

La suerte que corrieron Nemmersdorf y los habitantes de los distritos vecinos se vio agravada por la lamentable negativa de las autoridades nazis, repetida con consecuencias aún mayores unos meses más tarde, a evacuar a la población con antelación.[52] La evacuación de toda la zona en peligro fue caótica. Koch era el ejemplo paradigmático del traspaso del poder de las autoridades centrales a los jefes del partido provinciales, una estrategia que se intensificaría a principios de 1945. Incitado por su ayudante, Paul Dargel, tenía un control absoluto de las medidas de evacuación. Koch, respaldado por Hitler, se había negado a aprobar una evacuación por miedo a que se iniciara una desbandada en la provincia y se enviaran señales de derrotismo al resto del Reich. La población debía permanecer el mayor tiempo posible como una muestra de que su moral y su determinación eran inquebrantables. Incluso se ignoraron los deseos de la Wehrmacht de evacuar la zona.[53] El comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, el coronel general Reinhardt, no pudo reprimir un ataque de cólera al enterarse del despótico comportamiento de Koch en la región.[54] Cuando por fin se dio la orden de evacuación, se ejecutó, como cabía prever, de manera caótica. No se pudo localizar a Dargel y a otros funcionarios del partido durante horas. El jefe del distrito hizo una breve aparición para desaparecer en un bar local y emborracharse. Un camión requisado para ayudar en la evacuación nunca apareció; supuestamente, lo había confiscado una oficina del partido para trasladar sus víveres y bebidas. En el momento más crítico, los funcionarios del partido, las únicas personas que podían dar órdenes, habían incumplido miserablemente su deber.[55]

Nemmersdorf, el punto más occidental de la incursión soviética, se vio muy afectada por esta evacuación tardía y caótica. A medida que se acercaban las tropas soviéticas, los habitantes de los pueblos y las aldeas cercanos huían aterrorizados en el último minuto. Las carretas de caballos llegadas de todas partes hacían cola para cruzar el vital puente de Nemmersdorf. Los habitantes cogieron las pocas

pertenencias que pudieron y huyeron para salvar su vida. Con la ayuda de la espesa capa de niebla otoñal, la mayoría consiguió cruzar el puente y ponerse a salvo más al oeste pocas horas antes de que llegara el Ejército Rojo. Pero para algunos habitantes de Nemmersdorf y otras poblaciones cercanas era demasiado tarde. Cuando se despertaron la mañana del 21 de octubre, encontraron a los soldados soviéticos en sus aldeas.[56]

Los curtidos soldados del Ejército Rojo se habían abierto paso hacia el oeste desde su país a través de Polonia y, por primera vez, habían penetrado en el país de su odiado enemigo. Mientras avanzaban por territorios desolados por la muerte y la destrucción, habían sido testigos de la salvaje brutalidad de la conquista y la subyugación de los alemanes y de la devastación causada por la política de tierra quemada practicada por un ejército, antes imperioso, durante su precipitada retirada. Pudieron ver las señales inconfundibles del terrible sufrimiento de la población. La propaganda soviética incitaba directamente a una venganza drástica. «Vengaos sin piedad de los asesinos de niños y los verdugos fascistas, hacedles pagar la sangre y las lágrimas de las madres y los niños soviéticos», rezaba una típica proclama de octubre de 1944.[57] «Matadlos. No hay nada de lo que los alemanes no sean culpables», era la exhortación de otra.[58] Al llegar a territorio alemán y encontrarse por primera vez con la población civil enemiga, los odios contenidos estallaron en una violenta venganza. Cuando las tropas alemanas entraron en las aldeas y los pueblos reconquistados por la Wehrmacht tras días de ocupación soviética, encontraron los cadáveres de los civiles asesinados, un siniestro indicador de las atrocidades que se habían cometido. La peor parte se la había llevado la propia Nemmersdorf, que llegaría a ser un símbolo de aquellas primeras atrocidades del Ejército Rojo.

No obstante, los detalles sobre lo que ocurrió exactamente en Nemmersdorf siguen estando poco claros. Desde un principio, fue difícil distinguir los hechos de la propaganda. La veracidad de algunos testimonios de años posteriores, que dejaron una profunda huella en la siniestra imaginería del suceso, es dudosa. Uno de los

testimonios más vívidos, el que dio unos nueve años más tarde un hombre de la *Volkssturm* cuya compañía había recibido la orden de ayudar a limpiar Nemmersdorf tras el ataque, hablaba del hallazgo de varias mujeres desnudas con las manos clavadas en las puertas de los graneros en la postura de la crucifixión, de una anciana con la cabeza partida en dos por un hacha o una pala y de 72 mujeres y niños brutalmente asesinados por el Ejército Rojo. Al parecer, todas las mujeres habían sido violadas. Afirmaba que un comité internacional de médicos había exhumado los cadáveres y constatado los hechos.[59]

Un informe elaborado por la *Geheime Feldpolizei* (policía secreta militar), que fue enviada allí el 25 de octubre, dos días después de que las tropas soviéticas hubieran abandonado la aldea, para interrogar a los testigos y averiguar qué había sucedido, describe una escena bastante diferente, pese a que también era bastante sombría. El informe documentaba que había habido saqueos y habían violado a dos mujeres. Se encontraron los cadáveres de 26 personas, en su mayoría ancianos y mujeres, aunque también había algunos niños. Unos yacían en una fosa abierta, otros en un dique, junto a las cunetas o en las casas. A la mayoría los habían matado de un solo disparo en la cabeza, aunque a uno le habían aplastado el cráneo. Sin embargo, no había escabrosas descripciones de crucifixiones. Un médico alemán de un regimiento destacado en el distrito había inspeccionado los cadáveres. El propio médico personal de Himmler, el profesor Gebhardt, también había conseguido llegar a Nemmersdorf solo un día después de la partida de las tropas soviéticas, aunque cabe suponer que no era necesaria la presencia de un hombre de su rango para determinar la causa de las muertes. Al parecer, las autoridades nazis ya habían otorgado a Nemmersdorf una notoriedad especial. Los propagandistas no tardaron en llegar después de que la zona fuera reconquistada, ávidos de aprovechar las barbaridades soviéticas para reforzar la determinación de los alemanes de luchar y no dudaron en exagerar cuando servía a sus fines.[60]

Naturalmente, la propaganda alemana se apresuró a sacar partido de las atrocidades soviéticas. Puede que las escenas más macabras fueran inventadas, pero las atrocidades no fueron una simple invención de la propaganda ni una recreación posterior. El general Werner Kreipe, jefe del estado mayor de la Luftwaffe, que visitaba al Panzerkorps «Hermann Göring» cerca de Gumbinnen y se hallaba en la zona de Nemmersdorf horas después de que se retirara el Ejército Rojo, afirmaba en su diario que había cuerpos de mujeres y niños clavados en las puertas de los graneros y ordenó que se fotografiaran los cadáveres como prueba de las atrocidades.[61] Si se hicieron estas fotografías, hace mucho tiempo que han desaparecido.

Un artillero de las tropas alemanas que entró en Nemmersdorf el 22 de octubre anotó en su diario, que guardaba en secreto en su uniforme, el descubrimiento de «terribles incidentes relacionados con cuerpos destrozados», algunos mutilados, de un anciano atravesado por una horca y colgado en la puerta de un granero, imágenes «tan terribles que algunos de nuestros reclutas salieron corriendo presa del pánico y vomitando».[62] Es posible que la cifra de muertos en Nemmersdorf sea más reducida de lo que se ha pretendido, aunque algunas de las cifras más infladas probablemente incluyeran a las víctimas de los soldados del Ejército Rojo en otras localidades cercanas.[63] También es posible que hubiera menos violaciones de las que se aseguraron, aunque sí hubo algunas, y el comportamiento posterior del Ejército Rojo a su paso por el este de Alemania no ofrece motivos para pensar lo mejor de sus soldados. El coronel general Reinhardt visitó la zona el 2 5 de octubre. Escribió a su esposa al día siguiente que «los bolcheviques habían arrasado como bestias salvajes, incluido el asesinato de niños, por no mencionar actos violentos contra las mujeres, a las que también habían matado». Estaba profundamente impresionado por lo que había visto.[64] Aunque haya dudas sobre la verdadera magnitud de los asesinatos y las violaciones, y aunque sea necesario recordar el carácter y la finalidad de su explotación por la propaganda, las atrocidades no fueron un mero producto de la

propaganda. Ocurrieron cosas terribles en Nemmersdorf y sus inmediaciones.

Además, sea cuál sea la verdad sobre los detalles precisos de las atrocidades, la propaganda adquirió una realidad propia. En cuanto al impacto de los sucesos de Nemmersdorf, su efecto fue reforzar la voluntad de los soldados de seguir combatiendo a cualquier precio en el este, luchar hasta el final para evitar ser aplastados por el Ejército Rojo y animar a los civiles a huir a la menor oportunidad. La imagen de Nemmersdorf resultó ser más importante que la exactitud de los hechos sobe su espantosa realidad.

IV

La maquinaria propagandística no tardó en ponerse en marcha. Goebbels reconoció de inmediato el don caído del cielo. «Estas atrocidades son, en realidad, espantosas —anotó en su diario después de que Göring le hubiera telefoneado para contarle los detalles—. Las utilizaré para una gran campaña de prensa». Con ello se aseguraría de que los últimos escépticos se «convencieran de lo que puede esperar el pueblo alemán si el bolchevismo se apodera del Reich»?[65] El jefe de la Oficina de Prensa del Reich, Otto Dietrich, dio instrucciones para la presentación de la noticia por la *Deutsches Nachrichtenbüro* (DNB; Agencia de Prensa Alemana), responsable de divulgar noticias dentro y fuera de Alemania. La directiva decía: «Es particularmente deseable que el reportaje de la DNB revele los espantosos crímenes bolcheviques en Prusia Oriental de una forma exhaustiva y eficaz, y los comente con una dureza extrema. Se deben denunciar las monstruosas ansias soviéticas de matar en la maqueta y en los titulares». Había que insistir en que no trataba de ataques contra terratenientes o industriales, sino contra gente corriente a la que el bolchevismo quería aniquilar.[66]

Los titulares no se hicieron esperar. «El furor de las bestias soviéticas», vociferaba el principal periódico nazi, el *Volkischer Beobachter,* el 27 de octubre.[67] «Las ansias bolcheviques de matar

causan estragos en la zona fronteriza de Prusia Oriental» y «Bestial terror asesino en Prusia Oriental», proclamaban los periódicos regionales del este de Alemania.[68] Otros órganos de prensa hicieron lo propio.[69] La intención de los reportajes sobre saqueos, destrucción, violaciones y asesinatos era causar la máxima conmoción. Se decía que comisiones de médicos habían confirmado el asesinato de 61 hombres, mujeres y niños, y la violación de la mayoría de las mujeres. Se mencionaba una crucifixión. Las instantáneas de las hileras de cadáveres transmitían una imagen gráfica del horror.[70] Una fotografía de niños asesinados en la primera plana del *Volkischer Beobachter* iba acompañada de una advertencia sobre lo que sucedería si los alemanes no mantenían sus defensas y su espíritu de combate.[71]

El estado de ánimo en las zonas orientales de Alemania hacía que la campaña propagandística sobre las revelaciones de Nemmersdorf fuera muy oportuna. Los informes de las oficinas de propaganda habían reconocido que, antes de que se conociera la noticia de Nemmersdorf, «las conquistas territoriales de los bolcheviques en Prusia Oriental habían suscitado la mayor consternación», sobre todo porque el Gauleiter Koch habían declarado en un discurso pronunciado solo unos días antes que ya no se cedería más terreno al enemigo. Los refugiados de Prusia Oriental, que llegaban a Danzig en un estado lamentable y decían que los soldados que se batían en retirada les habían contado que «los bolcheviques les pisaban los talones», también hicieron duros reproches a Koch.[72] Goebbels se dio cuenta de que, en medio de aquel clima de hundimiento de la moral, podría sacar partido propagandístico a las atrocidades del Ejército Rojo.

Sin embargo, el aluvión de propaganda sensacionalista tuvo menos éxito del que Goebbels esperaba. Las primeras reacciones indicaban que había cierto escepticismo y se veían los reportajes como una fabricación de la propaganda.[73] Goebbels había caído en su propia trampa. Antes, ese mismo mes, había dado instrucciones a sus especialistas en propaganda para que describieran «las condiciones en las zonas ocupadas por los anglo-

estadounidenses exactamente con la misma dureza y el mismo dramatismo que en las zonas ocupadas por los soviéticos». Era una respuesta a las historias de «que nuestro pueblo, llegado el caso, preferiría una ocupación anglo-estadounidense a una soviética». Esta posibilidad no se le podía revelar al ciudadano corriente, «al hombre pequeño», porque minaría su determinación de luchar. «Al contrario, debe saber [...] que, si se pierde el Reich, a manos del enemigo que sea, él no tiene ninguna posibilidad de existir».[74]

En realidad, la propaganda nazi era muy consciente de que la población de las zonas del oeste que ya habían caído en manos de los estadounidenses había recibido un trato bastante bueno y, a menudo, había aceptado bien al enemigo y se había adaptado rápidamente a la ocupación.[75] El propio Goebbels reconocía que los informes de las atrocidades cometidas por los soldados británicos y estadounidenses ya no tenían credibilidad y, para la población, salvo los funcionarios del partido, era fácil entregarse a los británicos o los estadounidenses, ya que la tratarían con indulgencia. La gente creía que los estadounidenses, en particular, no eran tan malos como los había descrito la prensa alemana.[76] Los informes de la propaganda le estaban mostrando a Goebbels que los evacuados del oeste estaban propagando el sentimiento de que la «paz a cualquier precio» era preferible a la prosecución de la guerra.[77] Y, en algunas zonas del Reich alejadas de las tribulaciones de la población del este de Alemania, la gente era propensa a creer que los testimonios de los refugiados eran exagerados.[78]

La propaganda también fallaba en otro sentido. Un informe comentaba «que el énfasis en las atrocidades de los bolcheviques en las zonas fronterizas de Prusia Oriental» era rechazado «porque la propaganda sobre Nemmersdorf equivalía, en cierto modo, a una auto- inculpación del Reich, ya que no se había evacuado a tiempo a la población».[79] A estas alegaciones se respondió con argumentos poco sólidos (y falsos) que afirmaban que la región situada justo detrás de la zona de combate había sido evacuada hacía mucho tiempo, que el ataque soviético por sorpresa había sobrepasado a las caravanas de refugiados pero la población local de Nemmersdorf ya

se había marchado, que el partido había logrado evacuar a un número de personas plenamente satisfactorio, lo que demostraba el éxito de su enérgico esfuerzo, y, no sin cierta contradicción, que la población había tenido que trabajar detrás de las líneas mientras fue posible para recoger la cosecha que era tan necesaria para abastecer al resto del Reich.[80] Goebbels se vio obligado a admitir que «ya nadie se cree las noticias sobre las atrocidades. Los informes de Nemmersdorf, en concreto, solo han convencido a una parte de la población».[81]

En otros lugares, lejos de las fronteras orientales del Reich, se alegaba otra razón, extremadamente reveladora, para explicar por qué no impresionaba la propaganda sobre Nemmersdorf. La oficina del SD en Stuttgart informaba a principios de noviembre de que la gente calificaba los reportajes de la prensa de «vergonzosos» y se preguntaba cuál podía ser la intención de los dirigentes que publicaban fotografías de las atrocidades. El informe proseguía diciendo que, sin duda, los dirigentes del Reich deben comprender

> que toda persona con criterio, al ver a estas víctimas ensangrentadas, pensará de inmediato en las atrocidades que hemos perpetrado en suelo enemigo e incluso en Alemania. ¿No hemos matado a miles de judíos? ¿No repiten los soldados una y otra vez que los judíos de Polonia tienen que cavar sus propias tumbas? ¿Y qué les hemos hecho a los judíos que estaban en el campo de concentración [de Natzweiler] en Alsacia? Los judíos también son seres humanos. Al actuar de este modo, hemos mostrado al enemigo lo que podría hacer con nosotros en caso de vencer […]. No podemos acusar a los rusos de comportarse con otros pueblos de forma tan espantosa como el nuestro se ha comportado con los propios alemanes.

No había ninguna necesidad de enfurecerse demasiado «porque hubieran matado a unas pocas personas en Prusia Oriental. Después de todo, ¿qué valor tenía una vida humana en Alemania?».[82]

El Reich era un país grande. Y Stuttgart estaba muy lejos de Nemmersdorf. Por muy reveladores que fueran estos informes sobre el conocimiento de los crímenes alemanes contra la humanidad, en especial los actos genocidas contra los judíos, la población de Stuttgart podía ver que había mucha distancia entre ellos y las atrocidades soviéticas que se pudieran producir en las fronteras más orientales del Reich. La población de las regiones orientales de

Alemania tenía razones para estar muy alarmada ante la proximidad del Ejército Rojo. Para los ciudadanos corrientes, atrapados sin poder hacer nada entre la negativa de las autoridades del partido a evacuarlos al oeste y la inminente ofensiva de las demonizadas fuerzas del enemigo, la propaganda sobre Nemmersdorf prácticamente contribuía a suscitar un miedo intenso. No cabe duda de que hubo un profundo alivio cuando la Wehrmacht repelió la incursión y la región recuperó cierta estabilidad.[83] La propaganda proclamó los triunfos del ejército que había repelido al enemigo y no dudó en destacar el valor de todo el trabajo invertido en la construcción de las fortificaciones en el este, que, según afirmaba, habían contenido al Ejército Rojo. También se ensalzaba la participación de la *Volkssturm*.[84] Pero Goebbels no quería exagerar el «milagro de Prusia Oriental». Señaló que era importante «no vender la piel del oso antes de cazarlo».[85] Era una postura sensata. Cuando en enero de 1945 el Ejército Rojo regresó a Prusia Oriental, esta vez para quedarse, el pánico ciego, no la determinación de luchar hasta el final, caracterizaba la conducta de la mayoría de la población civil de la región.

Sin embargo, sería erróneo suponer que el escepticismo o el cinismo que suscitaban los informes propagandísticos sobre Nemmersdorf significaban que los esfuerzos de Goebbels habían sido en vano. En contra de los indicios de que los reportajes sobre las atrocidades no habían tenido la repercusión esperada, el informe de síntesis de las oficinas de propaganda de mediados de noviembre afirmaba que quienes al principio habían dudado de las crónicas escritas habían cambiado de opinión al ver las fotografías publicadas. La gente estaba «llena de odio», dispuesta a luchar al máximo.[86] La reacción de la población civil había sido variada, pero parece seguro que para dos grupos en particular, los que ejercían poder, el mensaje que transmitía Nemmersdorf, más que un mensaje de pánico, era que había que resistir a cualquier precio.

Para los representantes del partido nazi y sus filiales, la violencia y la crueldad de los invasores en Prusia Oriental había ofrecido un anticipo de lo que cabía esperar si caían en manos de los soviéticos.

El propio Hitler reaccionó de manera característica a las noticias y las fotografías de Nemmersdorf. «Juró venganza y avivó las llamas del odio», escribiría más tarde su secretaria más joven, Traudl Junge. «Ya no son seres humanos, son animales de las estepas de Asia, y la guerra que estoy librando contra ellos es una guerra por la dignificad de la humanidad europea. Tenemos que ser duros y luchar con todos los medios a nuestro alcance», afirmó furioso.[87] Hitler sabía mejor que nadie cuál sería su destino si los soviéticos le capturaban. No podía permitirlo de ninguna de las maneras. La ruta que seguiría en caso de una derrota catastrófica ya estaba trazada. A mediados de 1943, había informado a Baldur von Schirach, el Gauleiter de Viena y antiguo jefe de las Juventudes Hitlerianas, de que la única manera en que podía poner fin a la guerra era disparándose un tiro en la cabeza.[88]

Extendía su propio destino al del pueblo alemán. En octubre de 1943 les había dicho a los Gauleiter reunidos que el pueblo alemán había quemado sus naves y solo podía seguir adelante. Estaba en juego su propia existencia.[89] No era el único que creía que ya no había nada que perder. Goebbels se alegraba de que se hubieran quemado las naves; comprometía al pueblo con la causa. Al informar a los dirigentes del partido de las matanzas en masa de judíos el otoño anterior, Himmler también estaba compartiendo intencionadamente la complicidad, por lo que todos los presentes sabían que ya estaban implicados y no podrían escapar.[90] En los escalafones más bajos del partido, el comportamiento de muchos funcionarios ante el avance del enemigo (ocultar la afiliación a organizaciones nazis, quemar insignias, esconder los uniformes y, más a menudo, huir) también delataba su inquietud por lo que les aguardaba si caían en manos del enemigo. Pero mientras que los pequeños *apparátchiks* podían esperar ponerse a salvo escondiéndose, a los peces gordos no les quedaba otra opción que resistir. La desesperación engendraba su determinación.

Otro sector crucial en el que lo ocurrido en Nemmersdorf y todo lo que significaba tuvo un impacto inequívoco fue el ejército, sobre todo entre los soldados que procedían de las regiones orientales de

Alemania. En el oeste, el descalabro que siguió a la ofensiva aliada en Francia había causado confusión y había minado la moral. La recuperación no podía ocultar el ferviente deseo de muchos soldados de que se acabara pronto el purgatorio de seguir combatiendo. A algunos, caer en manos del enemigo en el oeste podía parecerles una liberación. La condena a muerte más probable era seguir combatiendo, no acabar en cautividad. En el este, los sentimientos eran muy diferentes. El coronel general Reinhardt se hizo eco de unos sentimientos muy extendidos cuando vio, casi inmediatamente después de su expulsión de la zona, lo que las tropas soviéticas habían hecho en Prusia Oriental. Le escribió a su mujer contándole la «ira, el odio, que nos invade desde que hemos visto los estragos que han causado los bolcheviques en la zona que hemos recuperado, al sur de Gumbinnen». Y añadía: «No puede haber más objetivo para nosotros que resistir y proteger nuestra patria». Para los soldados de Prusia Oriental y las regiones vecinas, ya no se trataba de una defensa abstracta de la patria y, menos aún, de luchar por la causa del Führer. Estaban en juego las vidas y el bienestar de sus seres queridos. La furia y la sed de venganza por lo que habían hecho los rusos era palpable. Reinhardt proseguía: «Estuve ayer [25 de octubre de 1944] en esta zona para visitar a mis tropas después de su exitoso ataque y fui testigo de la ira ciega con la que han asesinado a regimientos enteros».[91]

El diario de un miembro del estado mayor del comandante en jefe de la Wehrmacht en Noruega da una idea, aunque en fecha más tardía, del impacto de los acontecimientos de Prusia Oriental en las mentalidades de los soldados destacados lejos de las zonas en poder del Ejército Rojo. Recordaba que los informes de «asesinatos, torturas, violaciones, secuestros en burdeles y deportaciones» tenían un efecto devastador en las tropas. Estimulaban la «creencia mística» de que, al final, llegaría la salvación. Los que tenían una visión más clara de cómo podría ser el futuro no decían nada, ya que era importante mantener la disciplina, que bajo la superficie se había debilitado, y esto solo parecía factible «con la ayuda de falsas

esperanzas». Sin embargo, la preocupación por los familiares era cada vez mayor.[92]

Naturalmente, no todos los soldados pensaban del mismo modo, ni siquiera los que procedían de las zonas fronterizas orientales directamente afectadas. No obstante, muchos de los que combatían en el frente oriental, y también muchos de los que habían sido trasladados al oeste, estaban aparentemente convencidos de estar participando, como Hitler, Goebbels y otros seguían recordándoles, en una lucha por su existencia y la de sus camaradas y seres queridos. La incursión soviética sirvió para reforzar de una forma vívida los estereotipos sobre los «bolcheviques».[93] No tenía que ver con una cuestión de creencia ideológica en la doctrina nazi o en los poderes redentores del Führer.[94] Se trataba simplemente de la creencia en que, al menos en el este, había una lucha a vida o muerte contra enemigos bárbaros. Y para quienes no estaban muy convencidos de ello, existía un intensificado aparato de represión, control y severos castigos en el seno de la propia Wehrmacht. El aumento de las condenas a muerte por deserción, negarse a combatir, desmoralización y otros delitos era un reflejo de los reveses militares de Alemania.[95]

La «guerra de aniquilación» en el frente oriental había sido siempre cualitativamente diferente del conflicto en el oeste. La confrontación ideológica en el este, la brutalidad de los combates por ambos bandos, la «barbarización de la guerra»,[96] destinada claramente a destruir por completo la vida civil, y, sobre todo, la dimensión genocida presente desde el inicio de la «Operación Barbarroja» en junio de 1941, no tenían equivalentes en el oeste, aunque este impacto se notaba en todas las zonas del continente europeo ocupadas por Alemania. No se trata de minimizar la dureza de los encarnizados combates en el oeste, como en Normandía tras el desembarco de los Aliados, donde las tropas alemanas, hasta su hundimiento a mediados de agosto, habían combatido con tenacidad y habían sufrido bajas equiparables a las del este.[97] Tampoco se trata de olvidar la dureza de la vida civil bajo la ocupación alemana más allá del este Europa, ni que los tentáculos de la política

genocida llegaban a todos los rincones del imperio nazi. Las poblaciones sometidas de los Balcanes, Grecia, Italia (en la última fase de la guerra) y otros países sufrieron terriblemente a causa de las crecientes atrocidades y las despiadadas represalias contra cualquier atisbo de resistencia a medida que aumentaba la desesperación de las fuerzas de ocupación alemanas. Los alemanes también cometieron atrocidades en el oeste. Uno de los ejemplos más espantosos fue la matanza realizada por las Waffen-SS de centenares de habitantes de Oradour-sur-Glane, en Francia, en junio de 1944. Pero lo que era infrecuente en el oeste era la norma en el este. La sociedad alemana había tomado conciencia desde la invasión de la Unión Soviética en 1941 de que la naturaleza de la guerra era diferente en el este y el oeste. La incursión del Ejército Rojo en suelo alemán y las terribles experiencias vividas por la población civil agudizaron la percepción de dicha diferencia entre el frente oriental y el occidental, tanto entre los soldados como entre los civiles.

Para estos últimos, las experiencias de la guerra en el oeste estaban prácticamente dominadas por la destrucción sin sentido y el terror desde el aire. Las cartas que recibía Goebbels, que consideraba «hasta cierto punto alarmantes», trataban casi exclusivamente sobre los efectos de los bombardeos aéreos y la desesperación porque no hubiera defensa contra ellos. Los autores de las cartas se preguntaban de qué servía la moral si los bombardeos estaban destruyendo los medios para proseguir con los combates. Goebbels comentó que las cartas reflejaban un nivel de apatía preocupante en la continuidad de la guerra.[98] Para la mayoría de la población de las regiones occidentales, tan seriamente afectada por los bombardeos, el fin de la guerra nunca llegaría demasiado pronto. La liberaría del sufrimiento. Es cierto que eran pocos los que preferían vivir bajo una fuerza de ocupación. Pero la vida seguía su curso. Las consignas de la propaganda de que la conquista por los Aliados occidentales destruiría la existencia de Alemania suscitaban mucha incredulidad. Se tenía poco miedo a los estadounidenses o los británicos. A lo que se temía era a los

bombardeos. «Miedo, miedo, miedo, eso es lo único que conozco», escribía una madre en septiembre de 1944, preocupadísima por su hija, que estaba en la escuela mientras los bombarderos cruzaban los cielos a plena luz del día, y angustiada, también, por su marido en el frente. Escribía que, al menos, él estaba en el oeste: «Caer en manos de los soviéticos significaría el fin».[99]

En las regiones orientales, el miedo a los soviéticos era generalizado, y Nemmersdorf y lo que significaba confirmaban dichos temores. Fomentaba entre los civiles la buena disposición a cavar zanjas, soportar todas las privaciones que fueran necesarias y hacer cuanto fuera humanamente posible para evitar lo peor. También desataba el pánico cuando la ocupación era inminente. Naturalmente, la población de estas regiones también ansiaba desesperadamente que terminara la guerra. Pero para la mayoría de ellos, a los que apenas afectaban los bombardeos que sufría a diario la población occidental, el fin de la guerra solo era aceptable si les libraba del temor espantoso a la invasión soviética y salvaba a sus familias, sus pertenencias y su patria de la ocupación por un enemigo odiado y temido. El deseo de que el el terrible conflicto terminara con rapidez se mezclaba con el deseo de que la guerra continuara hasta que se alcanzaran dichos objetivos. Eso significaba depositar sus esperanzas en la capacidad de la Wehrmacht para seguir luchando y evitar los peor.

Para los soldados, la distinción entre el este y el oeste era algo diferente. Sin duda, las tropas del frente occidental combatían con tenacidad y determinación. Según las reflexiones posteriores de un oficial de alto rango a las órdenes de Model, ya no tenían grandes ideales, aunque conservaban cierta fe vacilante en Hitler y aún abrigaban alguna esperanza en las armas milagrosas prometidas. Sobre todo, ya no tenían nada más que perder.[100] Los Aliados occidentales tenían que admitir de mala gana su admirable capacidad de combate. El mayor fanatismo se daba principalmente en las unidades de las Waffen-SS. Y, para la mayoría de los soldados, la perspectiva de ser capturados no era el fin del mundo. En el frente oriental, el fanatismo, sin ser omnipresente, era mucho más

común. La simple idea de caer en manos de los soviéticos hacía que fuera imprescindible seguir resistiendo. No se podía esperar ninguna clemencia del enemigo. Nemmersdorf demostraba que los temores a la ocupación soviética estaban más que justificados, que la propaganda sobre la «brutalidad bolchevique» era correcta. No se podía renunciar a la guerra en el este. No se podía contemplar la rendición cuando lo que aguardaba era un horror inimaginable.

V

Pese a que la situación de la población alemana, incesantemente bombardeada en el oeste y aterrorizada por la invasión soviética en el este, era cada vez más espantosa, la suerte del principal objetivo ideológico del nazismo, los judíos, era infinitamente peor.

En primavera, Hitler había intentado reforzar la moral de combate y el compromiso con los principios nazis de la lucha racial total cuando se dirigió a un buen número de generales y otros oficiales reunidos, que estaban a punto de partir para el frente. Les explicó que había sido esencial tratar con tanta crueldad a los judíos, cuya victoria en la guerra supondría la destrucción del pueblo alemán. Vociferó que toda la brutalidad del bolchevismo había sido obra de los judíos. Mencionó el peligro que para Alemania representaba Hungría, un estado del que dijo que se hallaba bajo la completa dominación de los judíos, aunque añadió que ya había intervenido, mediante la ocupación del país en marzo, y que pronto el «problema» estaría resuelto. Los comandantes militares interrumpieron el discurso en varias ocasiones con calurosos aplausos.[101] El conocimiento de lo que les había sucedido a los judíos en gran parte de Europa y lo que les estaba ocurriendo por entonces en Hungría les convertía en cómplices.

En el verano de 1944, mientras el Ejército Rojo destrozaba al Grupo de Ejércitos Centro en Bielorrusia, aún seguían partiendo trenes con judíos desde Hungría para enviarlos a la muerte en la inmensa unidad de exterminio de Auschwitz-Birkenau, en la Alta Silesia. Cuando las autoridades húngaras interrumpieron las

deportaciones a principios de julio debido a las crecientes presiones desde el exterior, la ofensiva nazi contra la mayor comunidad judía que quedaba en Europa ya le había costado la vida a más de 430.000 personas.[102] Los crematorios de Auschwitz funcionaban sin descanso para poder mantener las cifras de judíos gaseados, más de 10.000 al día aquel verano.[103] A finales de julio, el Ejército Rojo, que avanzaba por Polonia, había liberado Majdanek, cerca de Lublin, y se encontró por primera vez con la monstruosidad de los campos de extermino, divulgando en la prensa mundial lo que había descubierto (aunque en Alemania pocos tenían acceso a ella).[104] Sin embargo, Auschwitz-Birkenau proseguía con su macabro cometido. Tras el cierre de Belzec, Sobibor y Treblinka en 1943, y de una oleada de exterminio final en Chelmno en el verano de 1944, Auschwitz-Birkenau, el mayor campo de exterminio, era el último que funcionaba. A los judíos del gueto de Lódz, en Polonia, los gasearon allí en agosto; en septiembre y octubre llegaron transportes de Eslovaquia y del campo de Theresienstadt, en el antiguo territorio checo. En noviembre, Himmler, satisfecho de que se hubiera resuelto la «cuestión judía» con el asesinato de millones de personas e inquieto por la creciente proximidad del Ejército Rojo, ordenó que se demolieran las instalaciones de gaseo.[105]

Es sorprendente ver lo poco que parece haber afectado a la conciencia de los alemanes —totalmente absortos, algo natural, en sus propios sufrimientos y preocupaciones— lo que podría estar sucediéndoles a los judíos. La propaganda siguió vertiendo su vitriolo antijudío, culpando a los judíos de la guerra y vinculándolos con la destrucción de Alemania.[106] Pero para entonces solo eran abstracciones predecibles. Al parecer, la mayoría de los ciudadanos corrientes no prestaba ninguna atención al destino de los judíos o no cavilaba mucho sobre lo que podría haberles sucedido. Eran relativamente pocas las personas que, en el interior de Alemania, tenían un conocimiento de primera mano y detallado de los sanguinarios sucesos que se seguían produciendo en el este; naturalmente, la «solución final» se seguía tratando oficialmente como un secreto de estado celosamente guardado. En cualquier

caso, los alemanes estaban abrumados por sus propias preocupaciones y a pocos de ellos les interesaba lo que le estaba ocurriendo, muy lejos, a una minoría poco querida, cuando no completamente odiada.

Para la mayoría, se trataba simplemente de que «ojos que no ven, corazón que no siente», aparte de la persistente inquietud ante la idea de que las malas acciones perpetradas por los amos alemanes podrían volverse contra ellos durante la derrota y la ocupación. Esta preocupación estaba presente de dos maneras, más subliminales que explícitas. Como indican los informes de Stuttgart, mencionados anteriormente, aumentaba la sensación de que Alemania estaba recogiendo lo que había sembrado, de que el calvario que padecía su población era un castigo por lo que les habían hecho a los judíos y a otros. Otra idea frecuente en este periodo era que los judíos regresarían con las fuerzas ocupantes para vengarse. Este sentimiento, bastante común, lo expresaba claramente una carta enviada desde el frente en agosto de 1944: «Sabes que los judíos exigirán una venganza sangrienta, sobre todo entre la gente del partido. Por desgracia, yo era uno de los que llevaban el uniforme del partido. Y lo lamento. Te pido que te deshagas del uniforme, donde sea, como si tienes que quemarlo».[107] No pocos creían, sobre todo entre los nazis más acérrimos, que los bombardeos y la destrucción de los pueblos y ciudades de Alemania era la manifestación de esa venganza. La incesante propaganda nazi sobre el poder de la judería mundial había dejado una huella perdurable.[108]

Los pocos judíos que quedaban en el interior del Reich vivían como parias (tratando de pasar inadvertidos y sin tener apenas ningún contacto con personas no judías) en un mundo de sombras, lleno de incertidumbre, enormemente precario y angustioso, aunque sus inquietudes y preocupaciones eran diferentes de las de la mayoría de la población. El académico Victor Klemperer, un observador inteligente que vivía en Dresde y cuyo matrimonio con una mujer no judía le había permitido evitar la deportación, sentía un enorme temor cuando su esposa tardaba en llegar tras una de sus

breves y poco frecuentes ausencias: llevaba partes del diario secreto que él escribía para esconderlas en casa de un amigo que vivía en Pirna, no muy lejos. Si esos textos caían en manos de las autoridades, significaría la muerte no solo para él, sino también para su esposa y para los amigos mencionados por su nombre.[109] El y su esposa compartían con la mayoría de la población el temor a los bombardeos. Sin embargo, había dos importantes diferencias. Los bombardeos eran para la víctimas del nazismo una señal de la derrota inminente y la liberación personal de un régimen terrorista.[110] El miedo existencial de Klemperer era a sobrevivir a un ataque aéreo, ser evacuado, separado de su esposa y enviado a algún lugar para ser gaseado.[111] También compartía con sus amigos la angustia de tener que sobrevivir a otro invierno de guerra con víveres y combustible apenas suficientes para mantener viva a una persona. «Otro invierno es una perspectiva terrible», escribió.[112] Uno de sus conocidos le confesó su sombría visión del futuro, en el que preveía malnutrición, escasez de medicinas,la propagación de enfermedades epidémicas, la continuación de la guerra y la muerte de todos los que llevaban la estrella amarilla. Klemperer estaba al corriente del destino de los judíos del este de Europa, aunque desconocía los detalles. Aquellos mismos días, un soldado de permiso le había hablado de los «espantosos asesinatos de judíos en el este».[113]

Su reacción ante los sucesos de Prusia Oriental también contrastaba con la de la población no judía. Mientras esta había visto confirmados sus miedos al bolchevismo, su preocupación era qué consecuencias tendría para los judíos. Comentaba la nueva campaña contra los judíos lanzada por Martin Mutschmann, el Gauleiter de Sajonia, y añadía que «las atrocidades bolcheviques en Prusia Oriental, en las que probablemente cree la población, podrían volverse contra nosotros».[114]

Las innumerables víctimas del régimen (los judíos, los centenares de miles de prisioneros de los campos de concentración, los más de 7 millones de trabajadores extranjeros y los prisioneros de guerra,[115] más los millones de antiguos adversarios políticos de los nazis)

anhelaban el fin de la guerra. En el otoño de 1944, sin embargo, ese fin aún parecía lejano. Su sufrimiento habría de continuar.

VI

Una gran parte de la sociedad alemana, población civil y también soldados, estaba ya profundamente exhausta por la guerra. Un agudo observador extranjero que se encontraba en Berlín recordaría, mucho tiempo después, la sensación que tenía aquel otoño de que los alemanes creían estar inmersos en una avalancha que iba cobrando velocidad mientras se dirigía hacia el abismo. La razón por la que seguían adelante era algo que se preguntaba una y otra vez, al igual que sus colaboradores. Creía que, aparte del terror, la «inercia y la costumbre», la apatía y la necesidad de cierta normalidad, la búsqueda de la rutina incluso en medio de circunstancias extremadamente anómalas, algo que consideraba «no una característica especialmente alemana, sino universal», eran algunas de las razones.”[116] A todo ello se podía añadir el letargo paralizador que nacía de la constante e intensa angustia por la suerte de los seres queridos, el miedo omnipresente a los bombardeos, las alteraciones de la vida cotidiana causadas por tener que refugiarse de los bombardeos aéreos o limpiar después de los mismos, el exceso de trabajo y el cansancio, las colas para conseguir raciones muy reducidas, la desnutrición y la constante sensación de indefensión ante acontecimientos que escapaban a todo control. Como no había ninguna opción, ninguna línea de acción clara que no condujera a la autodestrucción y, en todo caso, nada iba a cambiar, la gente simplemente seguía con su vida como mejor podía.

En el plano político, el cansancio de la guerra se traducía en una amplia y creciente aversión hacia el régimen nazi, aunque no había ninguna posibilidad de convertir dicho sentimiento en acción. No solo el partido nazi, sino también el propio Hitler pasaron a estar en la primera línea de las críticas por llevar la guerra a Alemania y

causar tanto sufrimiento.[117] Un signo externo de ello era que el saludo «Heil Hitler» estaba desapareciendo.[118] Según dijo una unidad del SD a comienzos de noviembre, era una opinión muy común que «la providencia ha decidido la destrucción del pueblo alemán y Hitler es el ejecutor de este deseo».[119] Hitler, al que antes prácticamente habían deificado millones de personas, ocupaba por entonces un lugar menor en sus mentes salvo en un sentido negativo, como causante del horror y de la imposibilidad de poner fin al mismo.

Es cierto que el porcentaje de alemanes que aún respaldaba sin fisuras al régimen y conservaba una fanática determinación de luchar hasta el final era cada vez menor. La mayoría se veían a sí mismos como víctimas de Hitler y su régimen, olvidando a menudo que en tiempos mejores habían idolatrado a su líder y aclamado sus triunfos, y creían que el trato propinado a otros se estaba traduciendo en sufrimiento para ellos mismos. La guerra había llegado al interior de Alemania, un país destrozado y fracturado, con las infraestructuras industriales y de transportes al borde del colapso y sitiado en el este y el oeste por fuerzas superiores en el plano económico y el militar. Las esperanzas depositadas en las «armas milagrosas» prácticamente se habían desvanecido. Solo cabía esperar más devastación. La mayoría de la gente simplemente quería que terminara la guerra y esperaba que la ocupación anglo-estadounidense mantuviera alejados a los bolcheviques.[120]

Estos sentimientos, si no universales, eran generalizados, aunque no servían de nada. No eran compartidos por quienes ejercían el poder: los dirigentes del régimen, el alto mando de la Wehrmacht, los comandantes militares y los que dirigían el partido, ya fuera en el centro o en las provincias. Además, aunque el sistema se había visto muy afectado por las derrotas militares y los incesantes bombardeos, seguía funcionando, más o menos. Una resistencia asombrosa y una improvisación aún más extraordinaria permitían que las burocracias estatal, militar y del partido siguieran funcionando, si no con normalidad, sí con cierta eficacia. Los mecanismos de control y la represión, sobre todo, seguían en

marcha. No había ninguna capacidad organizativa que pudiera desafiarlos.

Y en la cúpula del régimen, como siempre, no había ni la menor intención de contemplar la idea de una negociación o rendición. Hitler lo dejó claro, una vez más, en su proclama del 12 de noviembre.[121] Que nadie tuviera ninguna duda: mientras él viviera, la guerra continuaría. De hecho, había estado planeando lo que, en vista de los recursos disponibles, era casi un intento final y desesperado de cambiar el rumbo de la guerra. Admitía que mantenerse a la defensiva podía prolongar el conflicto, pero nunca le arrebataría la iniciativa al enemigo. Era necesario asestar un golpe decisivo. En caso de intentarlo, la opción más clara era el frente oriental, que se hallaba en peligro. Al fin y al cabo, la posibilidad de una ofensiva y una victoria de los bolcheviques era demasiado espantosa para que alguien la pudiera contemplar. El jefe del estado mayor del ejército de tierra, Guderian, responsable del frente oriental, defendió con vehemencia esta estrategia. Pero Hitler desoyó sus consejos y se mantuvo firme en la idea de que la ofensiva tendría más posibilidades de éxito si se concentraba no en un punto del amplio frente oriental, sino en un punto vulnerable específico de las líneas aliadas en el oeste. La intención era llegar a Amberes.[122] El hecho de infligir una derrota decisiva a los Aliados occidentales no solo sería crucial para la guerra en el oeste: también elevaría la moral y permitiría trasladar fuerzas al este para incrementar las posibilidades de repelar la ofensiva del Ejército Rojo que se esperaba en invierno. Sin embargo, si fracasaba, los Aliados occidentales no solo podrían seguir avanzando hacia las fronteras del Reich frente a una Wehrmacht muy debilitada, sino que el frente oriental quedaría debilitado y expuesto.

Todos los que estaban al corriente podían ver que era una estrategia sumamente arriesgada. Nadie habría apostado mucho por sus posibilidades de éxito. Pero, desde el punto de vista de Hitler, era prácticamente la única opción que quedaba. «Si no tiene éxito, no veo ninguna otra posibilidad de concluir la guerra de una manera favorable», le dijo a Speer.[123] El 16 de diciembre,

comenzó la nueva ofensiva contra los estadounidenses con una ferocidad inesperada. Era, para Alemania, la última esperanza militar seria de afectar al desenlace de la contienda.

4

NUEVAS EXPECTATIVAS, PRONTO FRUSTRADAS

La victoria nunca ha estado tan cerca como ahora. Pronto llegará la solución. Los arrojaremos al océano, a esos monos arrogantes y bocazas del Nuevo Mundo. No entrarán en nuestra Alemania. Protegeremos a nuestras esposas e hijos de cualquier dominación enemiga.

Marcharé una vez más por Bélgica y Francia, pero no tengo el más mínimo deseo de hacerlo [...]. Ojalá acabe esta estúpida guerra. ¿Por qué tengo que luchar? Solo sirve para que los nazis sigan existiendo. La superioridad de nuestro enemigo es tan grande que no tiene sentido luchar contra él.

Diferentes opiniones de soldados alemanes durante la ofensiva de las Ardenas, diciembre de 1944

I

Todas las esperanzas de los dirigentes alemanes estaban por entonces depositadas en la gran ofensiva en el oeste. Creían que si tenía éxito, podría suponer un punto de inflexión decisivo en la guerra. Si fracasaba, la guerra estaría definitivamente perdida. Continuar combatiendo a la defensiva significaría simplemente acabar aplastados entre el avance de las potencias occidentales y orientales, que podrían aprovechar su superioridad de recursos y sus reservas de efectivos aparentemente ilimitadas. El general Jodl, responsable de la planificación estratégica, resumió la forma de pensar que imperaba a principios de noviembre de la siguiente

manera: «El riesgo de este gran objetivo, que en apariencia es técnicamente desproporcionado con respecto a las fuerzas de que disponemos, es invariable. Pero en nuestra situación actual, no podemos vacilar en jugárnoslo todo a una sola carta».[1]

Esta carta era una ofensiva militar rápida y decisiva cuyo objetivo sería asestar un golpe tan fuerte a los Aliados occidentales que perderían las ganas de seguir combatiendo, lo que provocaría la desintegración de lo que consideraban una coalición de fuerzas antinatural enfrentada a Alemania. La mentalidad típica de Hitler se puso claramente de manifiesto en el discurso que pronunció ante los comandantes de división cuatro días antes del comienzo de la ofensiva: «Lo que decide finalmente las guerras es el reconocimiento, ya sea en un bando u otro, de que ya no es posible vencer. Por tanto, la misión más importante es hacer que el enemigo llegue a esa conclusión». Incluso cuando un bando se veía obligado a ponerse a la defensiva, «las ofensivas despiadadas» tenían como efecto mostrar al enemigo que no había vencido y que la guerra iba a continuar, «que no importa lo que pueda hacer, nunca podrá contar con la capitulación. Nunca, jamás». Tras sufrir el impacto de fuertes reveses y constatar que el éxito era imposible, el ánimo del enemigo «acabaría por hundirse». Y el enemigo de Alemania era una coalición de «los mayores extremos que cabe imaginar en este mundo: estados ultra- capitalistas por un lado y estados ultramarxistas por otro. Por un lado, un imperio mundial agonizante, Gran Bretaña, y por otro, una colonia en busca de su patrimonio, Estados Unidos». En aquel momento podía derrumbarse si se le asestaba un golpe lo bastante fuerte. «Si tuvieran éxito unas pocas ofensivas fuertes aquí, ese frente artificialmente unido podría desmoronarse en cualquier momento con un gran estruendo».[2]

Las primeras discusiones sobre una ofensiva en el oeste se habían producido precisamente en el momento en que Alemania sufría una crisis en ese frente, durante el descalabro de Normandía a mediados de agosto. A mediados de septiembre se tomó la decisión de iniciar esta ofensiva, a la que se dio el nombre en clave de «Centinela en el Rin» (nombre que más tarde se cambió por el de operación «Niebla

de Otoño»). El secretismo más absoluto era esencial. Solo unos pocos hombres en el alto mando de la Wehrmacht y entre los dirigentes del régimen estaban al tanto. Incluso al mariscal de campo von Rundstedt, al que se le había restituido el cargo de comandante en jefe del Oeste, no se le informó de los objetivos de la operación hasta finales de octubre.[3] Los planes de Jodl para el ataque sufrieron numerosas modificaciones antes de que Hitler diera la orden de proceder el 10 de noviembre. La ofensiva, prevista para finales de noviembre, se tuvo que posponer en varias ocasiones antes de fijar la fecha definitiva para el 16 de diciembre, debido a la falta de equipamiento y al buen tiempo impropio de la temporada, ya que el ataque dependía del mal tiempo para derribar los aviones enemigos. El objetivo militar, como en 1940, consistía en atacar, a través de los bosques de las Ardenas, en la brecha que existía entre las fuerzas estadounidenses y las británicas, avanzar rápidamente para tomar Amberes y, de forma coordinada con las divisiones alemanas que estaban avanzando en dirección sur desde Holanda, cortar las líneas de comunicaciones enemigas con la retaguardia, rodear y destruir al Vigesimoprimer Grupo de Ejércitos británico y los ejércitos noveno y primero estadounidenses en un «nuevo Dunquerque». Según la orden de Hitler para la operación, eso supondría «el giro decisivo de la campaña del Oeste y, por tanto, quizá de la guerra en su totalidad».[4]

La situación, tanto en el frente oriental como en el occidental, se había deteriorado drásticamente desde la concepción original de la idea de la ofensiva. Es cierto que, en el frente oriental, se había repelido la incursión soviética en Prusia Oriental, pero mientras tanto Hungría, una fuente crucial de petróleo y otras materias primas, se había convertido en la zona más intensamente amenazada. Allí las tropas alemanas libraron una encarnizada guerra de desgaste durante el otoño para frustrar el intento del Ejército Rojo de tomar Budapest, como había ordenado Stalin a finales de octubre.[5] Mientras tanto, en el oeste, las tropas estadounidenses ocupaban suelo alemán en la zona de Aquisgrán. Tras tomar la ciudad a finales de octubre, durante las semanas

siguientes, su avance hacia el este, por colinas con densos bosques que se hallaban más allá del *Westwall,* en el Hürtgenwald, entre Aquisgrán y Eupen y Düren, se había encontrado con una defensa feroz y los estadounidenses habían sufrido muchas bajas.[6] Cuando comenzó la ofensiva de las Ardenas, el avance estadounidense solo había llegado al río Roer, cerca de Jülich y Düren.[7] Más al sur, los estadounidenses obtuvieron una gran victoria, pero, de nuevo, a un precio muy elevado y solo tras vencer la dura resistencia de la Wehrmacht. En Lorena, el tercer ejército estadounidense del general Patton finalmente forzó la rendición de la ciudad de Metz, fuertemente fortificada, el 22 de noviembre, aunque fue incapaz de continuar su avance hacia Sarrebruck, agotado por la batalla y expuesto a las fuertes lluvias, la nevisca y el barro. En Alsacia, el Sexto Grupo de Ejércitos estadounidenses del general Jacob Denvers encontró unas defensas alemanas más débiles y avanzó a través de la cordillera de los Vosgos para tomar Estrasburgo el 23 de noviembre y llegar hasta el Rin en las inmediaciones de Kehl.[8] No obstante, la rígida resistencia alemana durante el otoño, que logró mantener a raya a los Aliados occidentales, levantó el ánimo de los dirigentes, quienes, como era típico de ellos, atribuían la caída de Estrasburgo a traiciones dentro de Alsacia.[9]

A ojos de Hitler y sus principales asesores militares, Keitel y Jodl, los avances del enemigo desde el verano fortalecían, en lugar de debilitar, los argumentos a favor de la planeada ofensiva occidental. La presión militar y económica contra Alemania se estaba intensificando de una forma implacable. Creían que solo se podría salir de aquella espiral descendente mediante un ataque audaz. Las pérdidas de hombres y equipamiento alemanas habían aumentado enormemente a lo largo del otoño, sobre todo en el frente oriental, aunque también en el occidental. Pero también le había ocurrido lo mismo al enemigo. El número de bajas estadounidenses durante los feroces combates del otoño para conquistar un territorio relativamente pequeño ascendía a prácticamente un cuarto de millón de hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.[10] Hitler insistió a sus comandantes en que

había llegado el momento de atacar a un enemigo que había sufrido grandes pérdidas y estaba agotado.[11] Además, se creía que, de momento, el frente oriental estaba relativamente estabilizado, pese a los encarnizados combates en Hungría, aunque nadie dudaba que pronto se lanzaría una nueva gran ofensiva. Eso se consideraba una razón más para insistir en la ventaja de una ofensiva alemana en el oeste sin demora.

Se concedió una prioridad enorme a las exigencias de la ofensiva occidental en la distribución de hombres y armamento. Habrían de participar tres ejércitos del Grupo de Ejércitos B. El sexto ejército panzer, comandado por el coronel general Sepp Dietrich, uno de los veteranos militares más duros de Hitler y en los que este más confiaba, y el quinto ejército panzer, bajo el mando de su brillante comandante,y especialista en la guerra acorazada, el general Hasso von Manteuffel, encabezarían el ataque en el norte y el centro del frente.[12] El séptimo ejército, a las órdenes del general Erich Brandenberger, tenía la misión de proteger el flanco sur. Se desplegaron unos 200.000 hombres en cinco divisiones panzer y trece divisiones de granaderos del pueblo en la primera oleada, respaldados por unos 600 tanques y 1.600 cañones pesados. Sin embargo, muchos de esos hombres eran jóvenes e inexpertos. Algunas divisiones procedían de los combates en el Sarre y ya estaban cansadas de luchar. La escasez de combustible era un motivo de enorme preocupación, pese a que se estaban desviando algunos suministros del frente oriental, que ya se hallaba en apuros. Y una preocupación aún mayor era la debilidad de la Luftwaffe. Se reunieron todos los aviones disponibles para el ataque, incluidos dos terceras partes de todos los cazas. Había que confiar en que el mal tiempo limitara la enorme supremacía aérea de los Aliados. Pese a todo, la Wehrmacht comenzó con una sustancial ventaja numérica en cuanto a tropas de tierra y armamento pesado en una zona de ataque de 170 kilómetros de longitud.[13] El factor sorpresa sería vital para hacer que esa superioridad momentánea fuera significativa. Pero ni siquiera la sorpresa sería suficiente si no se podía mantener la ofensiva.

Había motivos suficientes para ser escéptico sobre las posibilidades de éxito. Tanto Rundstedt como el mariscal de campo Model, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B, consideraban que el objetivo de Amberes, a unos 200 kilómetros de distancia, era demasiado ambicioso en vista de la capacidad de las fuerzas disponibles. Ellos abogaban por el objetivo más limitado de repeler y destruir a las fuerzas aliadas a lo largo del Mosa, entre Aquisgrán y Lieja. Pero Hitler no quería una «solución pequeña» ni una victoria «ordinaria». No estaba dispuesto a cambiar el objetivo que había estipulado para la ofensiva. Al final, Rundstedt y Model declararon estar «completamente de acuerdo» con el ambicioso plan de Hitler. En privado, ambos seguían albergando enormes dudas. Model pensaba que no existía «ninguna posibilidad». Dietrich y Manteuffel también se sometieron a las órdenes, aunque sus dudas no se habían disipado.[14] Como la mayoría de los comandantes militares, creían que era su deber poner objeciones al plan operativo, pero, una vez que estas fueran rechazadas, debían emplear todas sus capacidades para cumplir las órdenes de los dirigentes políticos, independientemente de lo fútiles que las considerasen. No obstante, Hitler aún conservaba la capacidad para hacer que lo imposible pareciera posible. El propio Manteuffel aceptó que los discursos de Hitler a los comandantes de división del 11 y el 12 de diciembre habían tenido unos efectos positivos. Más tarde escribió: «Los comandantes se fueron de esa conferencia con una idea de la situación general del enemigo. Habían recibido un informe sobre la situación de la única fuente que se hallaba en una posición que le permitiera apreciar la situación militar en su conjunto y parecía garantizar que las condiciones eran favorables».[15]

Entre los dirigentes del alto mando de la Wehrmacht, nadie estaba dispuesto a respaldar las dudas bien fundadas de quienes iban a liderar la ofensiva. Keitel y Jodl estaban todos los días muy cerca de Hitler y seguían muy sometidos a su dominante influencia. Ambos continuaban creyendo en sus cualidades únicas como Führer y seguían siendo adeptos a su autoridad carismática.[16] Si albergaban dudas, se las guardaban para sí mismos. Jodl se abstuvo

de criticar la decisión de Hitler incluso cuando le interrogaron los Aliados tras haberlo capturado en mayo de 1945.[17]

El 15 de diciembre, Rundstedt envió su «orden del día», en la que, en vísperas de la batalla, exhortaba a sus tropas proclamando: «¡Soldados del frente occidental! Ha llegado vuestro gran momento. Fuertes ejércitos ofensivos avanzan hoy contra los anglo-americanos. No necesito decir nada más. Todos vosotros podéis sentirlo: ¡Es todo o nada!». Le siguió la altisonante exhortación de Model: «No defraudaremos la confianza que el Führer ha depositado en nosotros ni la de la madre patria, que ha forjado la espada de la venganza. Avanzad en el espíritu de Leuthen» (la legendaria victoria de Federico el Grande en la Guerra de los Siete Años, casi dos siglos antes).[18] A las 5.30 de la mañana del 16 de diciembre comenzó un bombardeo de artillería que se prolongó durante una hora. Alrededor de las 7 de la mañana, la infantería alemana salió de la bruma matutina y comenzó su asalto antes de que amaneciera una mañana gélida, con unas espesas nubes que la protegían de las fuerzas aéreas extranjeras. La última gran ofensiva de Alemania había comenzado. La apuesta difícilmente podía haber sido más alta. De hecho, como había dicho Jodl, se estaba jugando a una sola carta.

II

Aquel deprimente otoño, sucedía casi lo mismo con los dirigentes civiles del Reich. Fueran las que fueran las ilusiones que conservaran los líderes nazis, independientemente de lo dispuestos que estuvieran a engañarse a sí mismos y a prestar atención a su propia propaganda, eran lo bastante inteligentes para ver lo rápidamente que se estaba deteriorando la situación. Sin embargo, de alguna manera mantenían la esperanza a toda costa de que Hitler encontraría una manera de salir del atolladero, de que la coalición de los Aliados se derrumbaría bajo el peso de sus propias contradicciones, o de que el despliegue de las nuevas «armas

milagrosas» podría traer consigo un espectacular cambio en el rumbo de la guerra.

Pocos dirigentes nazis estaban al corriente del plan para la ofensiva de las Ardenas. En cualquier caso, Albert Speer sí lo estaba, y figuraba entre los más resignados al destino inevitable de Alemania (si hay que creer su versión posterior de los acontecimientos), pero posiblemente era el lugarteniente inmediato de Hitler que desempeñó un papel más crucial en hacer posible que la guerra se prolongara. Sin los esfuerzos de Speer, su energía y la capacidad organizativa que desplegó en otoño de 1944 para hacer que hubiera armas disponibles, la ofensiva de las Ardenas no hubiera sido viable, por mucho que Hitler y sus principales ayudantes militares lo desearan.

De hecho, lo que resulta sorprendente es lo tarde que se produjo el colapso casi total de la economía y los denodados esfuerzos que se hicieron, incluso entonces, para superar unas dificultades cada vez más difíciles de superar. En los interrogatorios de posguerra, Speer y los principales dirigentes de su ministerio insistieron en que los daños a la infraestructura económica alemana solo se hicieron insuperables durante el otoño de 1944, en gran medida como consecuencia de la destrucción de la red de transportes y comunicaciones provocada por la campaña continua de bombardeos aliados que había comenzado en octubre. Pensaran lo que pensaran en privado sobre las posibilidades que tenía Alemania de evitar la derrota, los actos de los eficientes y energéticos subordinados de Speer mostraban que no se habían resignado en absoluto al inevitable desastre. Realizaron lo que casi eran milagros organizativos, aunque en parte se debieron a la explotación extremadamente inhumana de los trabajadores extranjeros, para hacer posible que la economía continuara funcionando, lo que prolongó la guerra durante su fase más destructiva. De hecho, algunos, sobre todo Karl Otto Saur, el despiadado jefe del Departamento Técnico, mantuvieron una visión asombrosamente optimista sobre las posibilidades de Alemania hasta prácticamente el final de 1944.

En otoño de 1944, era imposible que las fábricas mantuvieran el ritmo suficiente para compensar las pérdidas.[19] Los intensos bombardeos aéreos provocaron un descenso constante en la disponibilidad de acero para la fabricación de municiones.[20] Se consiguió salvaguardar la producción de carbón hasta finales de otoño mediante la reducción de los suministros para el aprovisionamiento invernal, pero fue catastrófica a partir de noviembre, mientras que las graves carencias de los productos básicos más indispensables se agravaron durante la segunda mitad de 1944. Speer reconoció que se produjo una disminución de la producción armamentística de entre el 30 y el 40 por ciento a lo largo de 1944 y que fue empeorando marcadamente a medida que avanzaba el año. A finales de otoño, había graves carencias de combustibles y gas. Las necesidades de urgencia de la Luftwaffe solo se pudieron cubrir en torno a octubre. Tras los ataques que se habían producido aquel año contra las fábricas de aceite sintético, los niveles de combustible de la aviación no pudieron mantenerse, pese a que la producción mínima de gasolina y combustible diesel continuó hasta el final de la guerra. En otoño, se dio prioridad a la defensa antiaérea con respecto a la producción de aviones de guerra. Speer calculaba que aproximadamente el 30 por ciento de la producción total de armas en 1944 y el 20 por ciento de la de municiones de alto calibre, así como un 55 por ciento de la producción armamentística de la industria electrotécnica y un 33 por ciento de la industria óptica, fueron transferidas a las defensas antiaéreas, lo que implicaba una disminución del aprovisionamiento de armamentos para el frente y un debilitamiento del poder de combate de la Wehrmacht. Los planes para el transporte de emergencia tuvieron como consecuencia que la producción armamentística pudiera ser más o menos continua hasta finales de otoño. Para entonces, los ataques cada vez más dañinos a la red de transportes, incluidos ataques cruciales a los canales a finales de otoño, estaban provocando enormes perturbaciones tanto en los suministros civiles como militares, lo que cada vez preocupaba más al OKW. La grave carencia de combustible y otros suministros, tan

evidente al principio de la ofensiva de las Ardenas y que era un motivo de preocupación para Model y Dietrich, fue en gran medida consecuencia de las dificultades de transporte, ya que el número de vagones de ferrocarril disponibles para el armamento disminuyó a menos de la mitad. Speer incluso llegó a afirmar que los problemas de transporte fueron decisivos en la rápida interrupción de la ofensiva de las Ardenas, en el sentido de que no se podían proporcionar a tiempo los suministros de combustible adecuados a las tropas en el frente.[21]

Los jefes de departamento de Speer en general se mostraban de acuerdo con su estimación de que el final de septiembre había sido el momento en que la crisis económica se había vuelto aplastante. Según Hans Kehrl, jefe de los departamentos de Materias Primas y de Planificación, los ataques concentrados de los Aliados contra el sistema de transportes del Reich tuvieron unas repercusiones cada vez más drásticas en la producción a partir de octubre y se convirtieron en un factor decisivo después de diciembre. Calculaba que la disminución de la producción debida a la falta de instalaciones para el transporte rondaba entre junio y octubre el 25 por ciento, pero ascendió al 60 por ciento entre noviembre y enero de 1945.[22] Los efectos en la distribución de materias primas fueron especialmente graves. Werner Bosch, que trabajaba en el departamento de Kehrl, destacó la crítica carencia de cemento, necesario para las obras de construcción (incluidas las enormes fábricas subterráneas que se nutrían en gran medida de mano de obra esclava), a medida que los suministros se fueron reduciendo a partir de noviembre. Distribuyó los suministros, cada vez más escasos, mediante un riguroso racionamiento basado en un sistema de prioridades. Tras la guerra, afirmó que en la primavera de 1944 se había dado cuenta de que no sería posible ganar la guerra y pensaba (como el propio Speer, creía) que los dirigentes de Alemania debían haber buscado llegar a un acuerdo de paz lo antes posible. Señaló: «Sin embargo, tal y como estaban las cosas, las personas en mi posición no podían hacer nada más que continuar realizando su propio trabajo».[23] Fueran las que fueran sus

declaraciones de posguerra y sus reflexiones privadas en aquel momento, Bosch, al «continuar realizando su propio trabajo» de una forma tan efectiva en el interés del esfuerzo de guerra, había contribuido a que las cosas continuaran sucediendo incluso en aquellas circunstancias desesperadas.

Las repercusiones de la crisis del transporte en la producción de hierro y acero fueron extremadamente graves durante la creciente crisis de otoño. Los suministros procedentes de Bélgica y Francia se habían agotado durante el verano, pero la producción en Alemania se mantuvo prácticamente a pleno rendimiento hasta septiembre, antes de caer en un marcado descenso a partir de octubre, y se redujo a la mitad en diciembre: de dos millones a un millón de toneladas a lo largo de aquel mes.[24] Hermann Röchling, jefe de la Federación del Hierro del Reich y uno de los miembros del Departamento Técnico en el ministerio de Speer, señaló el enorme descenso del metal en crudo, de unas 350.000 toneladas métricas al mes, cuando Lorena y Luxemburgo dejaron de producir, y después el enorme descenso, de aproximadamente el 50 por ciento, de la producción en el Sarre y el distrito del Ruhr, debido en parte a la interrupción de los ferrocarriles causada por los bombardeos.[25] En el Ruhr, la mayor región industrial de Alemania, la producción de acero se había mantenido a unos niveles relativamente estables pese a las dificultades crecientes durante los primeros nueve meses de 1944, según el doctor Walther Rohland, jefe del principal comité para la industria de producción de hierro del ministerio de Speer y la segunda persona al mando de la Federación del Hierro del Reich. Sin embargo, las reservas prácticamente se habían agotado en septiembre, y a partir de octubre comenzó un drástico deterioro a medida que se agravaba la crisis de los transportes.[26]

Según Günther Schulze-Fielitz, jefe del Departamento de Energía, la capacidad total de las centrales eléctricas alemanas se había ampliado cada año de la guerra. El suministro de electricidad logró mantenerse hasta noviembre, pero entonces cayó enormemente, cuando el suministro de carbón se vio muy obstaculizado. Para noviembre, las reservas de este combustible en las centrales

eléctricas se habían reducido en un 30 por ciento con respecto al año anterior. Mucha gente no tenía carbón suficiente más que para una semana.[27] Como reconocían la mayoría de los informes, las repercusiones de los incesantes bombardeos aéreos en las infraestructuras de transporte eran la razón principal de los problemas de producción a finales de 1944. Cuando el otoño tocaba a su fin, comenzó a resultar imposible superar las dificultades.

Sin la improvisación constante de los eficientes subordinados de Speer en todos los ámbitos de la producción, no cabe duda de que el declive se habría producido anteriormente y habría sido más acusado. Por ejemplo, Richard Fiebig, jefe del principal comité para los vehículos ferroviarios, señaló que gracias a la eficacia su departamento «no solo logró contrarrestar los daños causados en las fábricas por los bombardeos y la pérdida de territorio, sino que, de hecho, aumentó la producción». A partir de septiembre, se perdían entre 1.100 y 1.200 locomotoras cada mes por los bombardeos enemigos, pero durante el otoño se reparaban 6.800 al mes, pese a que se había reducido la capacidad para hacerlo.[28] También se realizaron reparaciones, extraordinariamente rápidas, aunque inevitablemente fragmentarias, en pueblos y ciudades, en fábricas y talleres, tras los bombardeos, gracias en gran medida a la mano de obra sobrante que había generado la inactividad de la producción, consecuencia de los bombardeos. Del otoño en adelante, había entre un millón y un millón y medio de personas trabajando en obras relacionadas con los daños causados por los bombardeos aéreos.[29]

Quizá lo más extraordinario es que, según Saur, debido a los prolongados periodos de gestación en la producción, la fabricación total de armas aumentó de forme constante a lo largo de 1944 y alcanzó su punto álgido en todos los tipos de armas en diciembre de 1944.[30] Saur era propenso a los excesos de optimismo y siempre estaba dispuesto a transmitírselo a Hitler. Llegó hasta el punto de afirmar que, al ser «uno de los hombres mejor informados de Alemania sobre el curso de la guerra», basándose exclusivamente en las estadísticas, la situación de Alemania en vísperas de la ofensiva de las Ardenas «parecía buena». Señaló que la cifra total de soldados

alemanes armados era mayor que nunca, así como la producción en aquel momento de armas de fuego, tanques y submarinos y la cantidad de armas y municiones en manos de las tropas de combate. Naturalmente, como él mismo reconocía, era una cuestión distinta lo que concernía a la *calidad* de las tropas, que sin duda había disminuido, ya que cada vez se reclutaba más a jóvenes, personas mal entrenadas o cansadas de combatir. El argumento final de Saur, que recalcaba la gran fuerza numérica de la *Volkssturm,* cuya capacidad para combatir era objeto de mofa generalizada tanto en la Wehrmacht como entre la población civil, es un indicio suficiente de los espurios fundamentos de su forma de ver las cosas, aparentemente optimista. No obstante, resulta sorprendente que, lejos de resignarse a la inevitable derrota, Saur todavía creyera que, al comienzo de la ofensiva de las Ardenas, «Alemania tenía muchas cartas buenas».[31]

No cabe ninguna duda de que Speer hizo todo lo que pudo durante la creciente crisis de los transportes y la producción de aquel verano para que la tambaleante economía de guerra alemana se mantuviera en pie. Sus esfuerzos incluyeron una visita al Ruhr y tres al frente occidental para inspeccionar la magnitud de la crisis y evaluar qué medidas improvisadas se podían adoptar para mejorar aquella terrible situación. En cada ocasión informaba directamente a Hitler, lo que le permitía presentar propuestas concretas durante sus reuniones, con todas las garantías de obtener su aprobación.[32]

El 11 de noviembre, informó a Hitler sobre la situación, cada vez más grave, en el distrito del Ruhr, que estaba sufriendo un bombardeo intenso y sistemático aquel otoño.[33] Los transportes eran la principal preocupación. Speer nombró a un plenipotenciario, el jefe de la administración del Reichsbahn, el doctor Karl Lammerz, con poderes para coordinar los transportes en toda la región sin esperar directivas de Berlín, y también organizó las medidas de emergencia para mantener los suministros en movimiento (incluyendo los alimentos para la población civil) y poner la industria de nuevo en funcionamiento. Estas medidas implicaron el despliegue de 50.000 trabajadores extranjeros que aportó Bormann

de las obras de fortificación, otros 30.000 procedentes de la industria armamentística (un síntoma de desesperación) y 4.500 electricistas, colocadores de tuberías y soldadores cualificados procedentes de otras zonas del Reich. Bormann dio órdenes a los Gauleiter para que reclutaran a la población local de sus regiones, si era necesario, para ayudar a retirar los escombros. Se planeó que aproximadamente un 10 por ciento de los mineros hicieran ese trabajo, pese al riesgo de que se redujera la producción en las minas, lo cual era otro signo extraordinario de lo mala que era la situación. Se pusieron en marcha otras medidas para despejar las vías fluviales. Se debía movilizar a la población para ayudar a reparar los daños, tal y como se había hecho en las inundaciones. Speer señaló que, pese a todo ello, no era posible evitar a corto plazo una caída drástica de la producción. La magnitud de los daños significaba que las reservas de carbón no podrían durar más de diez días y estarían agotadas a finales de noviembre si no se podía realizar una gran mejora. El transporte ferroviario, los suministros de gas y de electricidad estaban gravemente amenazados. Por tanto, Speer promovió un plan de emergencia (que incluía la estricta distribución de vagones de ferrocarril y la prioridad para el transporte de carbón) que garantizara al menos la producción parcial de armamentos y el mantenimiento a corto plazo de los niveles de suministros de armas que había en aquel momento.[34]

Entre el 15 y el 23 de noviembre, Speer visitó varias unidades del Grupo de Ejércitos B, las obras de Krupp en Essen y otros importantes puntos vitales del Ruhr. Hizo varias recomendaciones para arreglar los daños en vías fluviales, los barcos y los puentes y mejorar las defensas antiaéreas. Exigió la ampliación acelerada de los aeródromos, para que pudieran usarlos los aviones de combate Messerschmitt 262 y otros aviones modernos, y un uso más eficiente de la mano de obra. Criticó la lentitud para proporcionar los trabajadores necesarios de otras partes del Reich, especialmente cuando 128.000 hombres del Ruhr, entre ellos trabajadores cualificados, habían sido reclutados para las obras de fortificación fuera de la zona en la que tanto se les necesitaba en la

reconstrucción de la zona industrial dañada del Ruhr. Quería que se introdujeran cambios en la distribución del acero y que se dejara de dar prioridad a los submarinos y se concediera a la reconstrucción de los transportes y las obras industriales del Ruhr. Si no, solo podría proponer mejoras menores. La falta de transporte significaba que la población tenía que caminar todos los días grandes distancias por carreteras dañadas para ir trabajar. Escaseaba el calzado, y Speer solicitó que se enviara de otras partes del Reich. Debido al daño que habían sufrido las centrales y los tendidos eléctricos, una gran parte de la población carecía de electricidad. Recomendó que se tomaran «medidas especiales» para repartir velas y otras formas de iluminación, incluidas linternas. Las fábricas no podían comunicarse entre ellas, puesto que el sistema telefónico no funcionaba a pleno rendimiento y el servicio de correos del Reich carecía de mano de obra suficiente para restablecerlo. Speer abogaba por enviar un regimiento de comunicaciones del ejército para reconstruir y mantener un sistema de comunicaciones para la industria. En general, el sentido de su informe era que, pese a los grandes daños, todavía se podían emplear capacidades de trabajo y recursos que se estaban desperdiciando con el propósito de superar lo peor.[35]

Hitler aceptó las recomendaciones de Speer en la reunión que mantuvieron a finales de noviembre. Por ejemplo, estuvo de acuerdo en que el Reich debía proporcionar una mano de obra compuesta por entre 100.000 y 150.000 trabajadores para ayudar en el Ruhr, y en que tenían que regresar todos los trabajadores de la zona que estaban cavando en otros lugares. También ordenó que se mejorase el suministro de calzado en el Ruhr.[36]

Durante los preparativos para la ofensiva de las Ardenas, Speer hizo otro viaje, más breve, al frente occidental entre el 7 y el 10 de diciembre, en el que fundamentalmente visitó unidades de los grupos de ejércitos B y G para escuchar sus experiencias y propuestas sobre la situación con respecto a las armas. Ya no era posible realizar mejoras importantes. En aquel momento, la industria armamentística estaba agotando las últimas existencias.

(Sin embargo, eso no había impedido a Speer impresionar a un público selecto hablándoles de una serie de armas perfeccionadas en preparación antes de viajar al frente occidental.)[37] Lo único que pudo hacer fue recomendar incentivos (productos adicionales para las cantinas del ejército o permisos) para las tropas que estuvieran perdiendo pocas armas. También alentó una intensificación de los esfuerzos propagandísticos para que los NSFO explicaran lo bien que estaba funcionando la industria armamentística pese a todas las dificultades y para contrarrestar los rumores sobre la escasez de tanques y combustible, que estaban perjudicando la moral de las tropas. Señaló a Hitler que el carbón y el gas del Sarre estaban manteniendo en funcionamiento toda la industria del sudoeste alemán. Era evidente que había graves consecuencias si el Sarre caía en manos del enemigo.[38]

Speer viajó una tercera ocasión al frente occidental en la segunda mitad de diciembre, durante la ofensiva de las Ardenas, y entonces sondeó las opiniones en varias unidades del Grupo de Ejércitos B. Su visita dio resultados concretos. La parte más importante de su informe destacaba una vez más la crisis de los ferrocarriles. Informó de que la red del Reichsbahn en la región había sido «destruida casi completamente», sin posibilidad de reparación. (Sepp Dietrich se quejó de que sus tropas no estaban recibiendo municiones debido a que los bombardeos aéreos habían destruido las vías de comunicación.)[39] Había que emplear otros métodos para asegurar la distribución de materiales y reducir fallos como dejar vagones cargados a merced de los bombardeos aéreos. Speer recomendó el despliegue de dirigentes locales del partido que, acompañados de jefes de estación, pudieran organizar formas alternativas de transporte, hacer que se descargaran los vagones de ferrocarril y enviar los mensajes importantes a los comandantes del ejército usando coches o motocicletas. Las pequeñas medidas que se estaban improvisando para tratar de conseguir que las cosas siguieran funcionando no podían conseguir que ni tan siquiera Hitler pasara por alto del hecho de que el fin se estaba acercando.[40]

En un momento en el que el final de la guerra y el comienzo de una época poshitleriana estaban claramente a la vista, las enormes energías de Speer no estaban menos dedicadas a preservar lo que pudiera de la industria alemana, con la colaboración de los dirigentes empresariales y el ejército.[41] Los empresarios no se hacían ninguna ilusión sobre cuál sería el desenlace de la guerra. Su mayor preocupación era impedir la destrucción total de sus industrias para poderlas reconstruir rápidamente y continuar haciéndolas funcionar cuando Hitler hubiera desaparecido. Albert Vögler, jefe de las Acerías Unidas, uno de los principales magnates de la industria del Ruhr y partidario de Hitler desde hacía tiempo, le preguntó al ministro directamente cuándo pondría Hitler fin al conflicto, reconociendo plenamente el desolador estado de la economía. «Estamos perdiendo demasiadas cosas esenciales. ¿Cómo vamos a ser capaces de reconstruir si la destrucción de la industria continúa así tan solo unos meses más?», dijo.[42]

Ni la actuación posterior de Speer para eludir la orden de Hitler de «tierra quemada» ni esta misma orden salieron de la nada. Creyendo la ficción, cada vez más evidente, de que inmovilizar las instalaciones industriales, en lugar de destruirlas totalmente, permitiría reconstruirlas para que estuvieran en condiciones de funcionar en cuanto se recuperaran las zonas perdidas por las acciones militares, Speer había estado promulgando las directivas oportunas tanto en el frente occidental como en el oriental desde julio.[43] A principios de diciembre, tuvo que luchar contra las instrucciones de Keitel, que indicaban el deseo de Hitler de que las instalaciones industriales fueran destruidas completamente, y no meramente paralizadas, en los lugares en que pudieran ser reconstruidas rápidamente para que las utilizara el enemigo. Keitel recalcó en especial que no se debía permitir que las minas de carbón del Sarre cayeran intactas en manos del enemigo.[44] Es evidente que Speer apeló directamente a Hitler para que la orden fuera revocada. El mismo día, el ministro de Armamentos telegrafió a Sarrebruck: «Todas las directivas que ordenan que las minas de carbón no deben ser inutilizadas, sino destruidas, son nulas. El

Führer ha estipulado hoy de nuevo que solo quiere que las minas de carbón sean inutilizadas de la forma que hemos determinado». Cuatro días más tarde Keitel transmitió la decisión de Hitler de que las instalaciones industriales que estuvieran en peligro ante el enemigo en la zona del Grupo de Ejércitos G debían ser simplemente inutilizadas, no destruidas, y que las órdenes en sentido opuesto habían sido canceladas.[45] Sin embargo, las presiones de Speer para impedir la destrucción de la industria alemana aún no habían terminado. Todavía le esperaba un gran conflicto con Hitler en torno a este asunto.

Speer era bastante lúcido para percatarse de la magnitud del desastre que se avecinaba, pero nunca flaquearon sus denodados esfuerzos para que siguiera funcionando la economía, que se estaba desmoronando. Independientemente de cuáles fueran sus motivos, esos esfuerzos le ayudaron a mantener su posición de poder y su influencia en un momento en el que estaban amenazadas.[46] Para alguien tan obsesionado con el poder, eso era importante. Naturalmente, Speer y sus eficientes subordinados en el Ministerio de Armamentos, como realistas que eran la mayor parte de ellos (con la posible excepción del impenitente hiperoptimista Saur), sabían muy bien que no podrían impedir la inexorable desintegración de la economía de guerra. Sin embargo, es difícil entender cómo el esfuerzo de guerra alemán podría haberse mantenido hasta mayo de 1945, si bien precariamente, sin sus extraordinarios esfuerzos y su capacidad de improvisación.

III

Los otros miembros del cuadrunvirato en el poder (Goebbels, Himmler y Bormann) también realizaron todos los esfuerzos posibles durante aquellas tensas semanas de otoño para asegurarse de que no flaqueara el esfuerzo de guerra. No mostraron el más mínimo indicio de que fuera imposible ganar la guerra y mantuvieron un

control absoluto sobre la población mediante la propaganda, la organización y una intimidación implacable.

Uno de sus trabajos consistía en proporcionar a los Gauleiter el respaldo que creían que necesitaban, ya que eran figuras cruciales en el aparato de poder de las regiones. A finales de octubre, Bormann había entregado a Himmler la copia de un mensaje del Gauleiter Friedrick Karl Florian, jefe provincial de la zona de Düsseldorf y portavoz de los Gauleiter occidentales, sobre «la situación extremadamente grave y difícil» que habían provocado los bombardeos aéreos en las ciudades y la red de transportes. Florian afirmaba que aquello no se podía controlar y podía llegar a suponer una amenaza si no llegaba ayuda urgente del Reich. Hasta aquel momento, las reuniones con ministros individuales o sus funcionarios no habían desembocado en ninguna decisión. Los Gauleiter occidentales buscaban entonces «nuevas formas» de convencer a Hitler de que diera la orden de convocar un consejo de ministros, presidido por Bormann, que coordinase sin dilación las medidas concernientes a los alimentos, el transporte, el armamento, la mano de obra y otros problemas urgentes. Bormann accedió a convocar la reunión, pero, siguiendo las órdenes de Hitler, delegó la responsabilidad en Himmler.[47]

La reunión tuvo lugar el 3 de noviembre en la insignificante localidad de Klein-Berkel, en la Baja Sajonia, cerca de Hamelín, en la zona de Hannover, lejos de la amenaza de los bombardeos aéreos, y a ella asistieron representantes del partido, la Wehrmacht, el sector empresarial y secretarios de Estado de los ministerios pertinentes. Una de las ideas brillantes de Himmler era que en las poblaciones alejadas de las zonas asediadas en occidente y oriente financiaran camiones que transportasen generadores eléctricos. El nombre de cada población sería mostrado con orgullo en los vehículos, que irían acompañados de un conductor. Himmler sugirió que «de esa manera se podría hacer con una actitud positiva y buen humor». No era más prometedora su idea de crear unidades móviles de fuego antiaéreo en trenes y camiones para abatir los bombarderos que volaran a baja altura. Esta iniciativa iría

acompañada de una competición de francotiradores organizada por el partido en la que se entregaría la cruz de hierro de segunda clase a los vencedores. Otra propuesta que tenía pocas probabilidades de ir acompañada por una apabullante riada de voluntarios consistía en organizar breves sesiones de adiestramiento para desactivar bombas con el propósito de que los ciudadanos corrientes, y no solo los especialistas, pudieran ayudar a salvar vidas, si bien a menudo a expensas de las suyas. Se podían aprender lecciones de los rusos, quienes, cuando no tenían vehículos motorizados a su disposición, usaban ponis y rejillas, trineos e incluso cochecitos para bebés para transportar las municiones al frente. «Tenemos mucho que aprender sobre improvisación», comentó Himmler.

Había que inyectar mano de obra a los Gauleiter de Essen, Dusseldorf y Colonia-Aquisgrán para las obras de fortificación y liberar a trabajadores de esas zonas para que se dedicaran a reparar los ferrocarriles. Era vital mantener la circulación de carbón y abiertas las arterias de comunicación con el frente. Los hombres serían alojados en barracones y alimentados en cantinas. Bormann ordenaría que enviaran 100.000 hombres de los Gauleiter de Alemania central para ayudar a construir las trincheras. Himmler asumió la misión de proporcionar mano de obra adicional de entre los prisioneros de guerra polacos, eslovacos y rusos para los trabajos en los ferrocarriles. También aportaría entre 500 y 600 prisioneros que en aquel momento, estaban encerrados en cuatro trenes de mercancías pertenecientes a la brigada de construcción ferroviaria de las SS y encontraría otros diez trenes llenos de prisioneros para complementarlos. Se conseguirían otros 4.000 trabajadores de la enorme organización para la construcción, la Organisation Todt, y se llevarían 500 vehículos desde Italia para transportarlos. Exhortó a los Gauleiter a que coordinaran la distribución de alimentos de emergencia tras los bombardeos aéreos para garantizar que no se privilegiara una zona sobre otras.

Enfatizó la utilidad de la *Volkssturm,* y anunció que se le proporcionarían 350.000 fusiles antes del fin de año. La rebelión de Varsovia había mostrado, a costa de Alemania, según señaló, que no había una posición defensiva mejor que una ciudad en ruinas. La

Volkssturm existía para movilizar los recursos ilimitados entre la población alemana para la defensa patriótica. Combatir hasta la última bala entre las ruinas para defender todas las ciudades de Alemania tenía que ser un hecho, sin quedarse en meras proclamas. Cuesta imaginar que sus palabras fueran demasiado tranquilizadoras para quienes las escuchaban. Finalizó con una floritura retórica, que quizá fue recibida con diferentes grados de convicción, en la que invocaba la defensa patriótica, la visión de futuro y la lealtad a Hitler: «Vamos a defender nuestra patria, *y nos* hallamos en los inicios de un gran imperio mundial. A veces la curva desciende, pero del mismo modo un día volverá a ascender». Creía que todos los presentes estaban de acuerdo en que podían superarse las dificultades, por muy grandes que fueran. «No hay dificultades que nosotros no podamos superar sin obstinada tenacidad, optimismo y buen humor. Creo que todas nuestras preocupaciones son pequeñas comparadas con las de un solo hombre en Alemania, nuestro Führer». Todo lo que había que hacer era simplemente cumplir el deber hacia «el hombre al que debemos dar las gracias por la resurrección de Alemania, la esencia de nuestra existencia: Adolf Hitler».[48]

Himmler, por supuesto, había sido incapaz de ofrecer ninguna panacea y no estaba en posición de satisfacer las demandas de los Gauleiter, dada la magnitud de la crisis de los transportes. Los Gauleiter no estaban satisfechos en absoluto. Todo lo que obtuvieron fue la esperanza de que llegaría ayuda suficiente del Reich para capear el temporal durante la peor etapa de la crisis. Por lo demás, tenían que recurrir a la «autosuficiencia» y transferir la responsabilidad de las reparaciones de los ferrocarriles en sus zonas a los jefes de distrito. Goebbels llegó a la conclusión de que la reunión no había servido para nada.[49]

Al tiempo que se dejó a los Gauleiter que se las arreglaran como pudieran, el discurso de Himmler había descartado cualquier alternativa a conservar una actitud positiva y constructiva ante las peores dificultades. Como altos representantes del régimen, se esperaba de ellos que no se doblegaran ante los problemas, un

síntoma de debilidad y falta de determinación, y que mostraran iniciativa para encontrar soluciones improvisadas. Además, Himmler apeló a su lealtad a Hitler, cuya «autoridad carismática» se basaba, en última instancia, en los vínculos personales construidos dentro del sistema nazi. Y los Gauleiter, puesto que habían sido sumamente leales durante muchos años, debían todo su poder a Hitler y no tenían nada que perder, no tenían ninguna intención de pensar en abandonarle. Es posible que sus vínculos con Hitler se hubieran debilitado, pero no se habían roto. La cara pública del régimen aún no se había acobardado.

La idea de que el poder de la voluntad superaría las dificultades, elemento central del funcionamiento de la «autoridad carismática» en todo el sistema, se oponía radicalmente a la administración burocrática impersonal, pilar de todos los estados modernos. El partido siempre había distinguido entre las cualidades positivas y deseables del «liderazgo del pueblo» *(Menschenführung)* y los atributos negativos y áridos de la mera «administración». Los líderes «hacían que sucedieran las cosas» en cualquier nivel. Los burócratas se limitaban a administrar leyes y regulaciones que de forma invariable, a no ser que fueran superadas por la «voluntad», bloqueaban la iniciativa y debilitaban el dinamismo. Sin embargo, la organización del partido, pese a que su idiosincrasia burocrática se basaba en la aplicación de los deseos y objetivos a largo plazo del Führer, en realidad siempre había sido fuertemente burocrática. La tensión que provocaba trabajar en busca de objetivos antiburocráticos de una forma burocrática había existido desde el principio, había aumentado enormemente tras la toma del poder y se había intensificado espectacularmente en la situación de guerra total.[50]

A finales de 1944, cuando se podía conseguir hacer cada vez menos cosas, la burocracia del partido se puso a funcionar a toda máquina.[51] Un funcionariado del partido hipertrofiado malgastó tiempo y energía en los asuntos más triviales. Por ejemplo, la cancillería del partido desperdició innumerables horas en elaborar regulaciones sobre los detalles más mínimos del servicio en la

Volkssturm, para estipular los deberes, regular los periodos de adiestramiento, establecer reglas sobre la vestimenta y el equipamiento, abordar las exenciones y, entre las absurdidades más notables, determinar los membretes y los sellos oficiales y proporcionar detalladas descripciones de la insignia que debían utilizar los diferentes rangos.[52] Goebbels calificó la burocracia implicada de «ridícula».[53] Pero era imparable. Cuando Bormann se trasladó, antes del comienzo de la ofensiva de las Ardenas, al nuevo cuartel general en Ziegenberg, cerca de Bad Nauheim, Hessen, descubrió que «los teletipos estaban mal instalados, sus cables no estaban enchufados, no había escritorios para las máquinas de escribir ni estanterías en el pequeño cuarto donde mis mecanógrafas tienen que trabajar».[54] Aun así, la actividad burocrática de la cancillería del partido no disminuyó.

El despliegue de energía burocrática y controladora del partido a todos los niveles era poco menos que asombroso. Las órdenes no dejaban de manar. Cada funcionario, por muy bajo que fuera su rango, se quejaba de la aplastante cantidad de papeleo que se acumulaba en su escritorio, pese a los esfuerzos para ahorrar papel.[55] El ministro de Correos del Reich escribió a todos los funcionarios del Estado, tanto a nivel del Reich como regional, protestando airadamente porque el servicio postal estaba enormemente sobrecargado por el aumento de la burocracia. Lo describió como «una masa creciente de comunicaciones, similar a una avalancha», precisamente en un momento en el que los daños a la red ferroviaria y a las instalaciones de correos, unidos a la pérdida de personal para ser transferido a la Wehrmacht, habían afectado gravemente la eficiencia del servicio.[56] Sus apremiantes peticiones de reducir la cantidad de correspondencia cayeron en saco roto.

Cada vez había más cosas controladas, orquestadas, reguladas, ordenadas, militarizadas, dirigidas y organizadas, pero todo ese esfuerzo cada vez daba menos resultados; excepto, lo que era crucial, para hacer más rígidos todos los limitados espacios de libertad personal que quedaban dentro del sistema. Si la «sociedad

total» tiene algún significado, en el sentido de que poco o nada exista que no esté sometido al control del régimen y de que cualquier opinión que se desvíe de la posición oficial solo puede expresarse abiertamente con un enorme riesgo personal, Alemania se estaba aproximando a ese estado a finales de 1944.

A medida que las condiciones de vida empeoraban drásticamente bajo el azote de las bombas aliadas, se intensificaban las presiones sobre la población. Por ejemplo, el esfuerzo para la guerra total, lejos de remitir tras las exigencias extremas de finales de verano, se redobló en otoño con la intención de aprovechar todas las reservas de efectivos posibles que quedaran para la Wehrmacht. Goebbels señaló a principios de noviembre que para entonces se habían proporcionado 900.000 hombres a la Wehrmacht, pero reconoció que no eran suficientes. Las bajas de los tres meses anteriores ascendían a 1,2 millones. Quería el apoyo de Hitler para persuadir al reacio Speer de que facilitase a más hombres del sector armamentístico. Speer finalmente accedió a entregar 30.000 hombres, si bien solo de forma provisional, hasta que pudiera volver a utilizarlos cuando mejorara la situación de los transportes. Goebbels no podía aceptar esta condición, por lo que se dejo la resolución del asunto en manos de Hitler. Como había sucedido tan a menudo, este no tomó ninguna decisión.[57]

Sin embargo, para Goebbels era más importante contar con la autoridad de Hitler para «peinar» la Wehrmacht en busca de personal adicional que fuera enviado al frente, tal y como había hecho anteriormente en el sector civil. Al final obtuvo la firma de Hitler en un decreto firmado el 10 de diciembre. Goebbels se sintió revitalizado, exultante y con una nueva energía, y decidido a superar cualquier oposición en el propio ejército para conseguir nuevas tropas de Hitler. Esperaba obtener resultados muy positivos en el nuevo año, trabajando una vez más con un pequeño equipo directivo y los Gauleiter a nivel regional. Estaba convencido de que solo su iniciativa para la guerra total había hecho posible la próxima ofensiva en el frente occidental. Dijo que entonces albergaba la esperanza de ofrecer al Führer los fundamentos de un ejército

ofensivo en oriente, del mismo modo que el «peinado» del sector civil los había proporcionado para el frente occidental.[58]

Se trataba, por supuesto, de ilusiones vanas. Pero en aquellas semanas Goebbels oscilaba entre un evidente sentido realista sobre el lamentable estado de Alemania, que pudo ver claramente en la destrucción de una ciudad alemana tras otra por los bombardeos aliados (una destrucción que, a diferencia de Hitler, vio con sus propios ojos en sus visitas a las localidades bombardeadas), y el mantenimiento de la esperanza de que la fuerza de voluntad, reforzada por la propaganda, podría sostener la lucha, fueran cuales fueran las adversidades, hasta que la frágil coalición enemiga se resquebrajara. «La crisis política en el bando enemigo empeora cada día» era solo una de las repetidas afirmaciones de que las divisiones internas y las bajas que estaba sufriendo la coalición la dividirían antes de que transcurriera demasiado tiempo.[59] Numerosas entradas de su diario indican su escepticismo sobre la posición de Alemania. Y cuando inspeccionó los nuevos submarinos, impresionantes y sumamente modernos, que se estaban construyendo en Bremen a finales de noviembre, dijo con desesperación que habían llegado demasiado tarde.[60] Sin embargo, no había perdido la esperanza en absoluto. Después de una larga conversación con Hitler algunos días después, que se había prolongado hasta bien adentrada la madrugada y en la que el asediado Führer exudaba confianza, se explayó con excitación sobre la siguiente ofensiva y previó una grandiosa reconstrucción de las ciudades alemanas y la revitalización de la cultura tras la guerra, Goebbels estaba tan entusiasmando que no pudo dormir.[61] Todavía estaba dominado por Hitler.

En su opinión, la propaganda tenía la tarea vital de reforzar la voluntad de resistir, de «fortalecer de nuevo la columna vertebral de la nación y restablecer su mermada confianza en sí misma».[62] Esa misión incluía la organización en toda Alemania de ceremonias en que los miembros de la recién creada *Volkssturm* prestaban juramento de lealtad; solo en Berlín, participaron unos 100.000 hombres en diez ceremonias distintas el 12 de noviembre. Entre la

niebla propia de la estación y con las ruinas del Wilhelmplatz como macabro telón de fondo, Goebbels habló desde el balcón del Ministerio de Propaganda a los hombres de la *Volkssturm* congregados. «Algunos ya están armados», escribió en su diario, reconociendo involuntariamente los pobres niveles de equipamiento con que contaba la nueva organización. De hecho, los fusiles, los bazucas y algunas metralletas se habían entregado justo antes de la ceremonia. Pocos hombres sabían cómo utilizarlos, pero, en cualquier caso, tuvieron que devolverlos al finalizar la ceremonia. El silencio cayó sobre la plaza cuando, careciendo de uniformes, se quitaron los sombreros y las gorras en un juramento ante el Führer antes de desfilar «con ímpetu sagrado». Todo fue filmado para causar una gran impresión en los noticiarios cinematográficos. El efecto óptico fue excelente, comentó el ayudante de Goebbels, Wilfred von Oven. Pero lo que las cámaras no mostraron fue a los jóvenes soldados de permiso que estaban en las aceras reprimiendo sus ganas de reír al contemplar el desfile. En opinión de Oven, la *Volkssturm* no valía «un pimiento».[63]

En un intento más de mantener el espíritu combativo, Goebbels había encargado en 1943 la filmación de la película en color *Kolberg,* un gran espectáculo cuyo objetivo era convertir la defensa de la ciudad costera pomerana del mismo nombre durante las guerras napoleónicas en una epopeya heroica que inspirase a los defensores contemporáneos del Reich.[64] A finales de 1944 casi estaba finalizada la película, que había empleado una enorme cantidad de figurantes, entre los que, al parecer, estaban incluidos 187.000 soldados apartados temporalmente del servicio activo en un momento en el que se estaban buscando nuevos reclutas para el frente de una forma desesperada. Goebbels quedó muy impresionado cuando vio a principios de diciembre el montaje inicial de lo que denominó una «obra maestra» que «respondía a todas las preguntas que ahora preocupan al pueblo alemán». Esperaba muchas cosas de la película, que consideraba tan valiosa como «una batalla victoriosa», por los posibles efectos que podría tener en el estado de ánimo de la población alemana.[65] Pero temía

que «las escenas de destrucción y desesperación» tuvieran como efecto que, en la situación de aquel momento, muchos alemanes se negaran a verla.[66] El comentario delata que Goebbels era plenamente consciente de la ardua tarea a la que se enfrentaba para vencer la profunda desmoralización que cundía en Alemania a finales del desastroso 1944.

IV

Los informes que recibía Goebbels de los departamentos regionales de propaganda no dejaban lugar a dudas sobre el preocupante estado de desmoralización. Las noticias de que se había conseguido repeler al Ejército Rojo en Prusia Oriental no consiguieron levantar los deprimidos ánimos a principios de noviembre. Los sentimientos comprendían desde una preocupación extrema ante el futuro y la rabia por haber sido dejados inermes ante las bombas que llovían sobre las ciudades alemanas hasta una resignación cansada (también entre miembros del partido, sobre todo en el oeste) y el fatalismo. Lo único que querían grandes sectores de la población era la «paz a cualquier precio».[67] En las regiones occidentales, donde la población estaba más expuesta al horror nocturno de la devastación que caía del cielo, el estado de ánimo no podía ser más bajo. Goebbels señaló que, entre los nervios desquiciados y la preocupación constante, se podía apreciar «una rabia absoluta hacia el partido, al que se culpa de la guerra y sus consecuencias».[68]

Apenas resultaba sorprendente. Por ejemplo, Colonia sufrió otro gran ataque la noche del 30 de octubre, en lo que un testigo calificó de «golpe mortal» a la ciudad. Un cuarto de millón de las personas que todavía vivían allí (hasta que los fuertes bombardeos comenzaron a caer sobre la ciudad, la población ascendía a unos 800.000 habitantes) carecían de gas o electricidad. La poca agua que tenían a su disposición tenían que conseguirla de bocas de riego en las calles. La NSV distribuía exiguas raciones de alimentos a gente que esperaba haciendo colas. Casi todas las zonas habitables

que habían quedado en la ciudad estaban destruidas en aquel momento. Se produjo una estampida para abandonar la ciudad cuando masas de refugiados se congregaron en los puentes del Rin cargados con sus escasas pertenencias. Pero era imposible organizar una evacuación ordenada de forma inmediata debido a la falta de transporte. La crisis de los ferrocarriles significaba que los trenes no podían ser colocados en las vías. Se detenía cualquier vehículo militar que fuera hacia el este y se llenaba a plena capacidad con aquellos que huían de la ciudad. Existía un enorme resentimiento contra el régimen y un sentimiento de la inutilidad de perpetuar el conflicto. El éxodo se prolongó durante más de una semana. Colonia era entonces «prácticamente una ciudad fantasma». Como dijo Goebbels, «ha sido necesario renunciar a esta preciosa metrópolis del Rin, al menos por el momento».[69]

Entre la población que quedaba, alojada en barracones improvisados o sobreviviendo en los sótanos de los escombros de la ciudad, grupos de jóvenes disidentes, trabajadores extranjeros, desertores del ejército y antiguos miembros del partido comunista emprendieron desesperados actos de resistencia activa al estilo partisano, que alcanzaron su punto álgido en diciembre. En la guerra que libraron contra la policía de Colonia, con granadas de mano y metralletas que habían conseguido robar en los arsenales de la Wehrmacht, mataron al jefe de la Gestapo de la ciudad y, en otro episodio, lucharon durante doce horas hasta ser derrotados en una batalla armada con la policía. La Gestapo solo logró vencerlos con dificultad, antes de vengarse salvajemente de los aproximadamente 200 miembros de los grupos de la resistencia a los que arrestó.[70]

En las otras ciudades del cinturón industrial del Rin y el Ruhr no hubo actividades similares. Pero cientos de miles de personas sufrieron unas penurias parecidas a las de la población de Colonia tras los devastadores bombardeos del otoño en Bochum, Duisburgo, Oberhausen y otras ciudades importantes de la región. El estado de ánimo en el Ruhr era pésimo.[71] Goebbels escribió, basándose en los informes que estaba recibiendo, que la guerra aérea estaba generando «un estado de ánimo de desesperación total».[72] Solo

había un tema de conversación: «el cansancio ante la guerra de toda la población».[73]

Sin embargo, todavía no se había desmoronado la disciplina ni en los lugares de trabajo ni en el ejército. La población desempeñaba de la mejor manera que podía lo que consideraba su deber.[74] No había indicios de sabotaje, huelgas ni, aparte de los sucesos de Colonia, otras formas importantes de resistencia.[75] El doctor Walther Rohland pensaba poco después del final de la guerra que la razón de lo que consideraba el extraordinario esfuerzo realizado por trabajadores que sentían poco entusiasmo por la guerra (o el régimen) era que «cada persona sentía claramente que, por una parte, ningún individuo tenía la oportunidad de luchar contra la guerra». «Sin embargo, si se perdía la guerra, a diferencia de 1914-1918, Alemania también estaría perdida y, con ella, las posibilidades de supervivencia de cada individuo».[76] Aquellos miedos estaban alimentados por el regalo propagandístico del «Plan Morgenthau», ya que la población alemana no tardó en conocer el programa diseñado por el secretario del Tesoro estadounidense, Henry Morgenthau, para dividir la Alemania de posguerra en un país impotente y desmembrado con una economía preindustral.[77]

El 12 de diciembre, Goebbels viajó al distrito del Ruhr para evaluar la situación personalmente y allí presenció un fuerte bombardeo aéreo en Witten, que convirtió gran parte de la ciudad en un infierno atroz. También vio las penurias de los 100.000 habitantes de Bochum, los cuales estaban privados de todas las comodidades y vivían en unas condiciones primitivas en sótanos y poco más que agujeros en la tierra. Su discurso en la fábrica de Krupp de Essen no logró animar a los trabajadores de expresiones sombrías a los que se había obligado a escucharle, con los cuellos de las camisas subidos para combatir el gélido frio y las manos en los bolsillos. Los aplausos fueron exiguos y aún no se habían apagado cuando comenzaron a sonar las sirenas. El ministro de la Propaganda y su séquito tuvieron que refugiarse apresuradamente en los sótanos abovedados enterrados a gran profundidad, donde encontraron «rostros cenicientos y desconsolados». Se habló poco,

pero las miradas de los hombres «no eran amistosas».[78] Goebbels tomó plena conciencia de las fuertes opiniones que tenían los dirigentes del partido y la industria en el Rin y el Ruhr sobre los defectos de Göring (al que se culpaba de la incapacidad para proteger las ciudades alemanas de los «gánsteres del aire») y también de Ribbentrop (al que muchos despreciaban y cuya conducta en política exterior consideraban inepta), pero volvió convencido de que conservaban su «fe ciega e inquebrantable» en Hitler.[79] A principios de diciembre, Goebbels todavía se estaba convenciendo a sí mismo de que «la fe en el Führer se mantiene, por lo general, incólume y muchos están comenzando a creer de nuevo en una victoria para Alemania»,[80] tras ver el refuerzo de tropas cerca del frente occidental y notar que se acercaba otra ofensiva.

Era, fundamentalmente, una ilusión. Es cierto que, entre la élite del partido, formada por quienes detentaban el poder tanto en las regiones como en el centro del régimen, no había síntomas de que la lealtad a Hitler comenzase a flaquear.[81] Y eso era lo que importaba, en la medida en que permitía al régimen continuar funcionando. Sin embargo, entre la población civil, aparte de los acérrimos del partidos y algunos sectores de la juventud, las cosas eran, por lo general, muy distintas. A finales de noviembre, los informes de la propaganda estaban indicando que existía «el peligro de una crisis de confianza en los dirigentes» que «no se puede ignorar por más tiempo». Se consideraba que el problema era importante y urgente.[82] Por primera vez, Hitler no había hablado en persona, fue Himmler el que leyó su discurso en la reunión anual de la «vieja guardia» del partido en Múnich, en la que se conmemoraba el *putsch* del 8 de noviembre. Enseguida surgieron rumores (en su mayor parte procedentes de conjeturas hechas en el extranjero) de que estaba muerto, gravemente enfermo, había sufrido un colapso nervioso o había huido, y Himmler o Goebbels habían asumido el mando.[83] Aun así, la fe de la población en Hitler y su capacidad para salvar Alemania no había desaparecido totalmente. Pero los creyentes eran una minoría que no dejaba de

mermar. En aquel momento, el carisma de Hitler, es decir, su popularidad, estaba desapareciendo rápidamente.

En vísperas de la ofensiva de las Ardenas, Goebbels escribió en su diario un análisis relativamente moderado sobre el sentimiento popular, basándose en los informes que recibió de las oficinas regionales de propaganda y que tendían a recalcar los aspectos positivos siempre que podían. Escribió: «Continúa el escepticismo entre la población alemana. No existe la fe adecuada en las capacidades de resistencia alemanas [...]. Se han producido demasiadas decepciones militares últimamente como para que la población lo tenga fácil para albergar esperanzas».[84]

Es arriesgado hacer generalizaciones sobre las actitudes entre los soldados. El rango, el temperamento y la relación anterior con el nazismo influían en su forma de pensar. Por ejemplo, había informes sobre la baja moral entre los nuevos reclutas de las divisiones de Granaderos del Pueblo.[85] Sin embargo, a menudo las cosas eran distintas entre los veteranos curtidos en la batalla. La confianza que habían imbuido generales como Model era un factor más que repercutía en la moral. Las diferentes situaciones, dependiendo del frente y de la parte de cada frente, generaban experiencias y expectativas enormemente variadas.

A finales de otoño de 1944, el frente oriental estaba relativamente tranquilo, con la excepción de las continuas y encarnizadas batallas en Hungría. Un oficial naval que había estado destinado en Memel (entonces Gotenhafen y ahora Gndya), en la costa del Báltico, cerca de Danzig, se escandalizó cuando viajó en otoño por el sur de Alemania. Se sintió como si hasta aquel momento hubiera estado viviendo en una isla aislada cuando encontró reiterados bombardeos aéreos de aviones volando a baja altura y controles constantes de la policía militar en los compartimentos atestados de unos trenes que circulaban lentamente y con un retraso enorme. La experiencia hizo que él y los oficiales que iban con él se volvieran «profundamente pesimistas, en parte hasta desesperados». Durante el viaje de vuelta, cuando casi todos los que viajaban en el tren se dirigían a combatir a los soviéticos, le

sorprendieron las críticas rotundas al partido y sus funcionarios. Se les responsabilizaba de la imparable guerra partisana en oriente, cuya causa se creía encontrar en el brutal tratamiento que dispensaban a la población.[86]

A otro oficial, destinado en Alemania sudoccidental, también le afectó profundamente lo que vio durante un permiso a finales de noviembre. Aunque no tenía que viajar lejos, incluso los viajes cortos en ferrocarril eran difíciles. Su tren, que se había retrasado enormemente, estaba repleto de refugiados y evacuados, muchos de ellos mujeres y niños. Cuando pasaban por los pueblos cercanos al frente, le impactaron las carreteras atestadas, llenas de gente cargada con las pocas posesiones que le quedaban y esperando encontrar refugio en algún lugar del Reich. Finalmente llegó a su casa en Emmendingen, donde le contaron que el 27 de noviembre habían bombardeado la cercana Friburgo, una ciudad cercana a la frontera suiza, en el sur, con un centro medieval dotado de un atractivo de postal, que carecía de importancia estratégica o industrial y contaba con una población de más de 100.000 habitantes. Cuando visitó Friburgo un par de días más tarde, apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Prácticamente todo el casco antiguo había sido arrasado. Solo quedó en pie, aunque gravemente dañada, la gloriosa iglesia gótica del monasterio, cuyo alto campanario era el símbolo de la ciudad, del mismo modo que la catedral de Colonia había soportado todas las bombas que los Aliados habían lanzado sobre la ciudad. Casi 3.000 cadáveres yacían bajo los escombros. Era un espeluznante paisaje devastado. En medio de aquella desgracia absoluta, la impotente rabia de los supervivientes solo estaba dirigida en parte hacia las tripulaciones de los bombarderos aliados; se concentraba más en el partido nazi y sus líderes, que habían provocado aquellas atrocidades. Cuando finalizó su permiso, el oficial viajo hacia el norte, pasando por Mannheim y Coblenza, donde también le entristeció y preocupó profundamente la destrucción de poblaciones que habían sido hermosas en el pasado. Entre los edificios destruidos de Coblenza, en la confluencia del Rin y el Mosela, reflexionó sobre cómo la

«profecía» que Robert Ley, el dirigente del Frente de Trabajo, había hecho en 1933 se había hecho realidad en un sentido opuesto al que se pretendía: «En diez años no reconoceréis vuestra ciudad».[87]

Aquel cínico comentario reflejaba una desalentada resignación ante la magnitud de la destrucción. Estos sentimientos eran comunes. Pero otras actitudes entre los soldados eran menos pesimistas, y aún eran de apoyo al régimen y lo que consideraban los objetivos de Alemania al continuar la lucha. Un sargento que escribió a su hogar a principios de diciembre hablaba con melancolía de la «celebración de la paz» de la Navidad. Sin embargo, las bombas todavía seguían cayendo y las campanas no repicaban por la paz «que tanto anhelan todos los pueblos pacíficos». Proseguía diciendo: «Nuestros enemigos no comprenden este deseo» y, por tanto, «nosotros, el pueblo alemán en su totalidad, todavía resistimos durante estas festividades la feroz lucha contra esos pueblos degenerados, liderados por parásitos judíos que no conocen ni tienen ninguna patria».[88]

En las SS todavía predominaban opiniones totalmente nazis, lo cual no resulta sorprendente. Un cabo de las SS, que se lamentaba de las condiciones de vida de su familia tras un bombardeo aéreo en Múnich pero se sentía aliviado de que estuviera a salvo, culpó del «terror aéreo» a los judíos, «porque los malditos judíos están preocupados por su bolsa de dinero y ven que el mundo entero se está dando cuenta lentamente de que son los culpables de las guerras y están ganando dinero a costa de la sangre y las lágrimas». Sin embargo, creía que «alcanzaremos la victoria, aunque costará mucho sacrificio y sufrimiento».[89] Junto a muchos otros soldados, depositaba muchas esperanzas en los misiles V2 lanzados contra Amberes y Londres, después de que se publicaran informes sobre la destrucción que habían sembrado en la capital británica. A mediados de noviembre escribió: «Siempre estamos hablando de los V2. Quizá se puedan disparar contra Estados Unidos [...]. Creo firmemente que la victoria final será nuestra».[90] Un cabo que escribió a su casa aquel mismo día albergaba la esperanza de que las V2 harían que se llegara a «una resolución con respecto a

Inglaterra» en 1945. Después sería el turno de Rusia en 1946. «No puedo evitarlo. Tengo la sensación de que todo va a salir bien», comentaba.[91] Un artillero que escribió a su familia de Schneidemühl, en Pomerania, mostraba su regocijo con las noticias de los ataques con V2 contra Inglaterra. «Es magnífico, ¿verdad?», comentaba. Creía que los Aliados estaban pagando su arrogancia con la misma moneda. La manera en que las tropas alemanas habían conseguido estabilizar los frentes, al parecer con todo en su contra, también había reforzado su confianza. «El soldado alemán ha demostrado una vez más que aún no está derrotado tras cinco años de guerra», afirmaba con orgullo.[92]

A principios de noviembre, un informe sobre censura del alto mando del Ejército que cayó en manos de los Aliados indicaba que aquel tipo de opiniones no representaban casos aislados. Naturalmente, lo sensato era evitar los comentarios negativos en cartas que leían los censores y podían tener repercusiones terribles, pero no existía la obligación de escribir comentarios rotundamente pronazis o elogiosamente positivos de la guerra. Sin embargo, el informe de los censores alemanes afirmaba: «Pese al hecho de que ahora hay más cartas que muestran una fe en la victoria final más bien débil, el correo en su totalidad aún demuestra que existe una fuerte confianza. Todavía confían en el Führer tanto como siempre lo han hecho, y algunos incluso piensan que el destino del pueblo alemán depende solo de él». La principal salvedad eran las dudas crecientes sobre las nuevas armas y la opinión de que «todos nuestros esfuerzos son inútiles si no se despliegan las nuevas armas lo más pronto posible».[93]

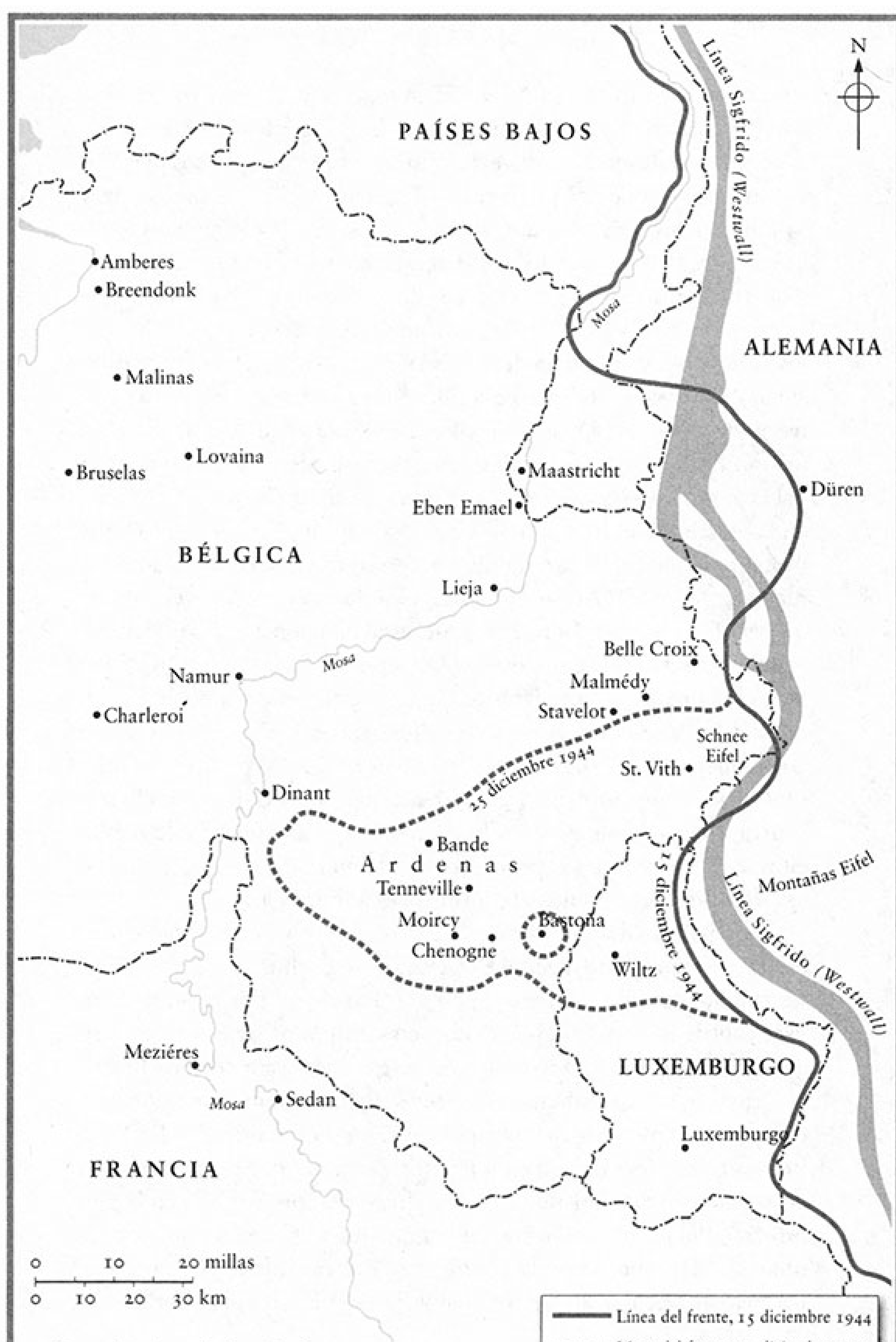
Entre los oficiales de mayor graduación no había ninguna indicio de deslealtad a Hitler, aunque variasen las actitudes hacia los dirigentes nazis. Eso era crucial para el sostenimiento del régimen. Incluso quienes no eran entusiastas del nazismo podían encontrar muchas cosas que elogiar de Hitler en las cartas privadas que escribían. El coronel Curt Pollex, al mando de la formación de oficiales en Döberitz, el campo de entrenamiento para las tropas situado al oeste de Berlín, criticaba al partido y a los «peces gordos»

que lo dirigían en los comentarios que escribió en su diario a finales de diciembre, pero elogiaba a Hitler. Señalaba la necesidad del nacionalsocialismo y mencionaba positivamente la justificación de la guerra (de la cual culpaba a Roosevelt y Stalin). Alegaba que Alemania había tenido que romper el Tratado de Versalles y que la guerra se había iniciado en el momento adecuado. Algunos de los subordinados de Hitler eran unos canallas y unos idiotas que le habían engañado a él y al pueblo. Sin embargo, y a pesar de evidentes errores de bulto en cuestiones militares, la «propaganda vociferante» y otras tonterías, el coronel Pollex aún pensaba que el rumbo que seguía el Gobierno del Estado era la correcta. Si Hitler estaba enfermo y ya no podía afrontarlo, entonces debía dimitir, pero ninguna persona decente y sensata debía menospreciar lo que había conseguido.[94]

Aparte de la continua lealtad a Hitler, todavía quedaba entre el cuerpo de oficiales un «código de honor» independiente. Eso no había obstaculizado su complicidad en las atrocidades cometidas en las campañas orientales, pero supuso otro impedimento a cualquier actividad que hubiera podido socavar el esfuerzo de guerra. El general Johannes Bruhn, que era comandante de una división de Granaderos del Pueblo hasta ser apresado en el frente occidental en noviembre de 1944 y cuya actitud fue considerada «antinazi» por sus captores, habló de sugerencias recibidas desde Suiza de que los generales alemanes depusieran sus armas. «Eso no podía conciliarse con su honor. Sería imposible hacerlo: está absolutamente descartado», le dijo a otros oficiales, sin saber que sus comentarios estaban siendo grabados por sus captores británicos. «El cuerpo de oficiales ama a su país y cree tácitamente en su propia respetabilidad y sus conceptos del honor y vive de acuerdo a ellos. Y, como un niño confiado, considera que es imposible que se le esté dirigiendo de forma errónea y que la orden sea diferente a la que se le dice que es y que tenga sus manos manchadas de sangre, etc., de la forma más repugnante».[95]

Aquel mosaico fragmentario nunca llego a formar una imagen completa de la situación. En la medida en que es posible

generalizar, parece que la moral en la Wehrmacht era un poco más alta que entre la población civil. Las actitudes eran enormemente variadas y, al igual que sucedía con el escepticismo entre los civiles, la apatía y la resignación eran patentes entre los soldados, junto a la preocupación por los seres queridos que sufrían y morían como consecuencia de los bombardeos aéreos y por el futuro. Resulta revelador el aumento de la cifra de deserciones, pese a que estuvieran penadas con la muerte.[96] En la segunda mitad de 1944, cada mes eran condenados a muerte por deserción unos 350 miembros de la Wehrmacht.[97] No es fácil dilucidar los motivos precisos que tenían los soldados para desertar. Probablemente desempeñaron un papel muy importante el miedo y la desesperación. Para entonces, la mayoría de los soldados, al igual que la población civil, estaban cansados de la guerra y solo deseaban que acabara la contienda para poder escapar de las penurias cotidianas y regresar a sus hogares. Sin embargo, también había compromiso, determinación, un sentimiento de deber patriótico y, entre una minoría, fe en Hitler. La inmensa mayoría de los soldados hacían lo que sus oficiales les decían que hicieran, probablemente sin reflexionar demasiado. La obediencia sin ningún cuestionamiento, axioma de la vida militar, y no solo en Alemania, seguía prevaleciendo. «Si las tropas no quieren [luchar], todo está perdido», señaló el coronel Pollex.[98] Pese a todo, las tropas querían luchar, o al menos estaban dispuestas a hacerlo. Independientemente de lo que pensara de la guerra, del liderazgo de Hitler, de la difícil situación de Alemania o de sus propias posibilidades de sobrevivir, la inmensa mayoría de soldados rasos sentía que no había más alternativa que continuar luchando. Al contrario que en últimos meses de la Primera Guerra Mundial, no existía el peligro de un motín entre la soldadesca que pudiera desembocar en un desmoronamiento interno.


PAÍSES BAJOS
N
Línea Sigfrido (Westwall)
Amberes
Breendonk
Mosa
ALEMANIA
Malinas
Lovaina
Bruselas
Maastricht
Düren
Eben Emael
BÉLGICA
Lieja
Belle Croix
Namur
Mosa
Malmédy
Stavelot
Charleroi
Schnee Eifel
25 diciembre 1944
St. Vith
Dinant
Bande
Ardenas
15 diciembre 1944
Montañas Eifel
Tenneville
Moircy
Bastoña
Chenogne
Wiltz
Línea Sigfrido (Westwall)
Meziéres
LUXEMBURGO
Mosa
Sedan
Luxemburgo
FRANCIA
0 10 20 millas
0 10 20 30 km
Línea del frente, 15 diciembre 1944

5. La ofensiva de las Ardenas V ------ Línea del frente, 25 diciembre 1944

Había realmente optimismo entre las tropas alemanas que avanzaron hacia las Ardenas a primera hora de la mañana del 16 de diciembre. Según el general Von Manteuffel, muchos aún creían en la capacidad de Hitler para cambiar las tornas con las nuevas «armas milagrosas» y los submarinos, y consideraban que su tarea consistía en ganar tiempo para él.[99] Las primeras fases de la ofensiva fueron tan exitosas que el optimismo y la fe parecían estar justificados. El manto de secretismo con el que se había cubierto la operación había funcionado magníficamente. Se había pillado a los Aliados completamente por sorpresa. Y resultó de crucial importancia que el mal tiempo obstaculizara los bombardeos aéreos aliados, que era exactamente lo que los alemanes querían. Las posiciones avanzadas enemigas fueron derrotadas rápidamente. En el flanco septentrional, el sexto ejército panzer de las SS de Dietrich realizó un progreso relativamente lento, ya que se vio obstaculizado por las malas carreteras y las dificultades del transporte, así como por una feroz resistencia, y pese a que sus tropas más avanzadas incluían el primer regimiento panzer de las SS, comandado por el brutal SS-Obersturmbannführer Joachim Peiper, que dejó un rastro de atrocidades tras de sí al asesinar a más de ochenta prisioneros de guerra estadounidenses cerca de Malmedy en su camino. Más al sur, el quinto ejército panzer de Manteuffel hizo unos avances espectaculares al principio, rompiendo las líneas estadounidenses, tomando entre 8.000 y 9.000 prisioneros y abriendo un agujero de más de 30 kilómetros en el frente. Sus tropas entraron por aquella apertura y el 18 de diciembre ya habían avanzado casi hasta el Mosa (si bien, al verse ralentizados por carreteras apenas transitables y puentes volados, fueron más lentas de lo que requería el plan operativo), cubriendo una distancia de unos 100 kilómetros, pero se encontraron con una fuerte resistencia estadounidense en el crucial punto de comunicaciones de Bastoña. Era necesario tomar la ciudad y cruzar el Mosa para que el planeado avance hacia Amberes tuviera la más remota posibilidad de éxito. Pero la ofensiva se estaba ralentizando. Y el 19 de diciembre Eisenhower suspendió la

ofensiva aliada en el resto del frente con la finalidad de llevar refuerzos al Mosa. La ofensiva de Hitler estaba a punto de estancarse.[100]

Para los soldados, aquello no era evidente en absoluto. Aquel día, un teniente escribió en su diario que le habían impresionado ver «pasar las interminables columnas de prisioneros, al principio unos cien, la mitad de ellos negros, después otros mil». Cuando su vehículo quedó bloqueado, descubrió que estaba dirigiendo el tráfico el mismísimo mariscal de campo Model («un hombre pequeño de aspecto nada distinguido y con un monóculo»). Aquel oficial de bajo rango escribió que las carreteras estaban «llenas de vehículos estadounidenses destruidos, coches y tanques. Pasa otra columna de prisioneros. Calculo que son más de mil hombres».[101] Otro teniente, con ideas abiertamente nazis, estaba exultante ante la ofensiva y encantado con su brutalidad, ya que pensaba que estaban cambiando las tornas y volviéndose en contra de los estadounidenses. «No puedes imaginar las gloriosas horas y días que estamos viviendo en estos momentos», le decía a su esposa en una carta.

Parece como si los estadounidenses no pudieran aguantar nuestro fuerte ataque. Hoy hemos dado alcance a una columna que huía y hemos acabado con ella [...]. Ha sido un glorioso baño de sangre, una venganza por nuestra patria destruida. Nuestros soldados todavía conservan la misma energía de siempre. Siempre avanzando y arrasándolo todo. La nieve debe tornarse roja con la sangre estadounidense. La victoria nunca ha estado tan cerca como ahora. Pronto se alcanzará el punto decisivo. Arrojaremos al mar a esos arrogantes y bocazas monos del Nuevo Mundo. No van a entrar en nuestra Alemania. Protegeremos a nuestras mujeres e hijos de cualquier dominación enemiga. Para preservar todos los aspectos afectivos y hermosos de nuestras vidas no hay límites en la brutalidad que debemos emplear en estos momentos decisivos de la lucha.[102]

Las actitudes extremas (fomentadas por las invenciones propagandísticas sobre el terror que sembraban los «soldados negros» estadounidenses, incluyendo la abyecta calumnia de que «negratas borrachos asesinan a niños alemanes»[103]) no eran, casi con total seguridad, infrecuentes, pero es posible que fueran menos representativas que las opiniones diferentes que expresaba en su diario un soldado caído en enero, cuya falta de voluntad para

combatir aumentó por la destrucción de su casa en Hamburgo y la responsabilidad que atribuía a Hitler y a los nazis por su tragedia personal y la calamidad general de la guerra. Escribió: «Hemos atacado el 16 de diciembre, alrededor de las cinco y media de mañana. Avanzaré una vez más por Bélgica y Francia, pero no tengo el más mínimo deseo de hacerlo [...]. Ojalá acabe esta estúpida guerra. ¿Por qué debo luchar? Solo sirve para que sobrevivan los nazis. La superioridad de nuestro enemigo es tan grande que es absurdo luchar contra ella».[104]

Es imposible evaluar el sentimiento de la mayoría de los soldados durante su avance en las Ardenas. Su principal preocupación probablemente fuera la supervivencia, la de vivir para contarlo, unida al atrevimiento de esperar que aquella ofensiva pudiera acabar convirtiéndose realmente en un punto de inflexión en el camino hacia la paz. Las cartas y los escritos en los diarios de los soldados que combatían en las Ardenas y otros frentes sugieren que esas esperanzas eran generalizadas. Un cabo de la tercera división panzer de granaderos escribió el 17 de diciembre: «Creo que la guerra en occidente está volviendo a cambiar de dirección. Lo más importante es que pronto se decidirá el desenlace de la guerra y volveré a casa de nuevo, con mi querida esposa, y podremos construir otra vez un nuevo hogar. Ahora la radio transmite el repicar de las campanas desde la patria».[105] Otro cabo se enteró del ataque cuando se leyó en el cuartel la proclamación del mariscal de campo Model a sus soldados. «Esperemos que ahora llegue el cambio para Alemania hacia una lucha final triunfante y la paz en el futuro próximo», escribió en su diario.[106] Un suboficial destacado en Curlandia se hacía eco de esa opinión: «La noticia del informe de la OKW de ayer, que ha comenzado la ofensiva en occidente, seguramente te ha llenado de alegría. Todos aquí estamos entusiasmados. Nadie había contado con esto antes de Navidad. Esperemos que esto desemboque en un punto decisivo y, con él, en el final de la guerra en occidente».[107]

En Alemania, la noticia de la ofensiva también levantó repentinamente los ánimos. Lo primero que oyó la población fue la

breve noticia de la OKW el 18 de diciembre. Goebbels estaba exultante y más que dispuesto a llevarse el mérito de haber hecho posible la ofensiva al haber reunido a las tropas que tomaron parte en ella mediante su despiadado esfuerzo para la guerra total. Pensaba que eso mostraba lo que se podía conseguir mediante la fuerza, la resistencia y la negativa a capitular ante las dificultades, o a desanimarse debido a «pequeños reveses». No obstante, aconsejaba informar con cautela para evitar despertar unas expectativas exageradas.[108] Los periódicos informaron por primera vez de la ofensiva el 19 de diciembre y lo hicieron sin triunfalismo, siguiendo las instrucciones de Goebbels.[109] Pese a ello, la reacción al ataque alemán fue inmediata y sumamente entusiasta. Las oficinas de propaganda detectaron una «gran sorpresa» y una «profunda alegría interior», como las primeras reacciones a la noticia de la OKW. Se tenía la sensación de estar siendo «liberados de una pesadilla». Una opinión que se oía con frecuencia era: «qué maravilloso regalo de Navidad». El hecho en sí mismo de que hubiera podido lanzarse una ofensiva como aquella había aumentado considerablemente la confianza en los dirigentes y en la fortaleza del Reich, pese a que era meridianamente claro «que Francia y Bélgica en su totalidad no podrían ser reconquistadas inmediatamente».[110] Al día siguiente, Goebbels estaba convencido de que el efecto en la moral dentro del Reich suponía un éxito incontestable. Escribió: «Las pocas frases de la noticia de la OKW del lunes [18 de diciembre] han suscitado un estado de ánimo en el país que recuerda los buenos tiempos de nuestras ofensivas. Esa noche se consumieron en Berlín todas las raciones navideñas de licor. Al pueblo le alegra profundamente que hayamos tomado de nuevo la iniciativa, especialmente teniendo en cuenta que nadie entre la población, exceptuando a los pocos que estaban al tanto, había esperado esto. Como consecuencia, la sorpresa es aún más grande».[111]

Los agentes de propaganda de la propia Wehrmacht, que habían estado haciendo indagaciones secretas en Berlín, reconocieron el «excelente estado de ánimo», pese a tratar de enfriar el optimismo excesivo de los «patriotas triunfalistas». Algunos pensaban que en

aquella ocasión los franceses y los belgas recibirían con los brazos abiertos a las tropas alemanas después de haber tenido la oportunidad de experimentar la «ocupación anglo-estadounidense».[112] También percibieron una reacción positiva personas que no pertenecían al aparato propagandístico alemán. Un corresponsal sueco en Berlín informó del gran entusiasmo con el que fue recibida la noticia de la ofensiva, del alborozo y la confianza entre los soldados y de cómo desaparecía el pesimismo que había imperado con anterioridad.[113] Pero la euforia no podía durar. En Navidad ya había comenzado a desvanecerse.

Las noticias que llegaban del frente siguieron siendo positivas durante algunos días. El mismo Hitler estaba de buen humor y parecía un hombre rejuvenecido.[114] La pequeña población de Saint Vith, en el flanco norte del frente, fue tomada el día 21, pero, más al sur, consiguió resistir la más importante Bastoña, pese a estar fuertemente asediada, lo cual, al mismo tiempo, detenía el movimiento de tres divisiones alemanas. Las tropas del quinto ejército panzer de Manteuffel, que se quedaron atascadas en el barro y además se enfrentaban a una resistencia feroz, solo podían avanzar lentamente. El 23 de diciembre llegaron a Buissonville y Celles, a unos siete kilómetros del Mosa, al este de Dinant. Pero no lograron seguir adelante. El punto álgido de la ofensiva ya había pasado.

Rundstedt había expresado el 20 de diciembre sus dudas sobre las posibilidades de cruzar el Mosa, aunque en aquel momento Model todavía conservaba un mayor optimismo.[115] Karl Otto Saur, que estaba a punto de sustituir a Speer como el favorito de Hitler en el Ministerio de Armamentos, dijo después de la guerra que ya se había dado cuenta el 19 de diciembre de que la ofensiva había fracasado, lo cual implica que aquella había sido la fecha en que supo que la guerra estaba perdida.[116] Model le dijo a Speer el 23 de diciembre que la ofensiva había fracasado.[117] El general Guderian comentaría más tarde que el 24 de diciembre ya era evidente para cualquier soldado perspicaz que la ofensiva había fracasado definitivamente.[118] En Navidad, los refuerzos

estadounidenses y británicos que habían sido enviados apresuradamente a la zona habían conseguido apuntalar las defensas aliadas. El 26 de diciembre, unidades acorazadas del Tercer Ejército de Estados Unidos de Patton, que habían sido enviadas desde el sur, finalmente lograron romper el cerco a las tropas estadounidenses en Bastoña y pusieron fin al sitio.[119] Model todavía esperaba en vano un reagrupamiento de fuerzas que permitiese recuperar la iniciativa en las inmediaciones de Bastoña y al menos afianzar objetivos más limitados que Amberes, el cual reconocía que estaba entonces fuera de su alcance. Pero el avance de Manteuffel había llegado a su fin. Había sido espectacular mientras había durado, pero no pudo seguir adelante.

Mientras tanto, el cielo se había despejado y la aviación aliada fue capaz de imponer su superioridad a medida que sus incesantes ataques trituraban las líneas de suministros alemanas (los Aliados realizaron seis veces más vuelos durante la ofensiva que la destrozada Luftwaffe de Göring). Enviar refuerzos de hombres y material era imposible en aquellas circunstancias, tal y como admitió Rundstedt el 27 de diciembre.[120] En realidad, las bajas aliadas de 76.890 hombres (entre muertos, heridos y prisioneros de guerra) eran mayores que los 67.461 del bando alemán. Pero no era posible compensar las bajas alemanas ni los 600 tanques que los Aliados habían destruido. Por mucho que se tratara de maquillarla, la última gran ofensiva alemana había sido un fracaso.

La derrota solo fue haciéndose patente para el pueblo alemán de una forma gradual. Goebbels pronto comenzó a insinuar que estaban sufriendo reveses en la ofensiva y, el 29 de diciembre, aceptó que el avance no podría continuar, que los alemanes tendrían que contentarse con aferrarse a los territorios ganados. Pero la población tardó en reconocerlo. Cuando se acercaba el final del año, y con la ofensiva estancada, Goebbels señaló que mucha gente aún albergaba grandes esperanzas, alimentadas por los soldados que regresaban de occidente y hablaban de llegar a París antes de Año Nuevo. Comentó que eso, «por supuesto, era una absoluta tontería», pero añadió: «grandes sectores de la población alemana están

convencidos de que la guerra en occidente podría finalizar en un futuro cercano».[121] Sin embargo, tan solo dos días después, el ultimo día de 1944, hizo una evaluación contradictoria, basada en los informes de las oficinas regionales de propaganda. «El pueblo alemán no se hace ilusiones exageradas con respecto a la ofensiva en occidente», dijo entonces, y solo tenía en mente los «objetivos de menor envergadura, aunque, por supuesto, todos desean encarecidamente que asestemos un golpe decisivo en occidente».[122] La burbuja había explotado y aquel era un aleccionador regreso a la realidad. Un oficial destacado en occidente extrajo su propia conclusión de la proclama de Año Nuevo del mariscal de campo Model a sus soldados, en la que había declarado: «Habéis soportado las pruebas del año 1944. Habéis mantenido la guardia en el Rin». El oficial concluyó que eso significaba que, tras verse obligados a renunciar al «bastión europeo», conservar al «bastión alemán» supondría un auténtico éxito.[123]

VI

Tras el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, resultaba casi imposible mantener cualquier esperanza realista de que la guerra tendría un fin favorable para Alemania, con la excepción de los incorregibles optimistas que insistían en la llegada de las «armas milagrosas» o de una división entre los Aliados. El régimen estaba totalmente condenado, como podían ver casi todos los alemanes. Sin embargo, ningún subordinado de Hitler, quien siempre había descartado cualquier alternativa a continuar luchando, era capaz o estaba dispuesto a hacer nada al respecto. Por tanto, no se produjo ningún cambio interno.

La sexta Navidad de la guerra se celebró de forma silenciosa, se habló mucho de seguir luchando para alcanzar la anhelada paz e incluso más de resistir a los poderosos enemigos. En las fiestas de Año Nuevo más deprimentes que se recordaban, las arengas de Hitler ofrecían pocas esperanzas de que se fuera a producir un

cambio importante en 1945. Entre la profusión rutinaria por parte de las oficinas de propaganda de comunicados efusivos sobre el efecto revitalizador del «discurso del Führer», era imposible ocultar la decepción generalizada por el hecho de que Hitler no tuviera ninguna palabra tranquilizadora que ofrecer sobre el despliegue de las nuevas armas, la situación de la ofensiva en occidente (que ni siquiera mencionó), ni, lo que era más importante, la interrupción del terror aéreo. Se decía, sin ningún atisbo de ironía, que mucha gente tenía los ojos humedecidos por las lágrimas al final del discurso. En realidad, algunos no pudieron oírlo porque carecían de electricidad.[124] Hitler no pudo prometer en su discurso más que la continuación de las penurias y el derramamiento de sangre, sin un final a la vista, a pesar de toda su grandilocuencia y la habitual rabia dirigida contra la «conspiración judeo-internacional mundial» empeñada en destruir Alemania.[125] Por muy lamentables que fueran las perspectivas, a la gente corriente que formaba la base de la sociedad no le quedaban muchas cosas que hacer aparte de continuar su lucha diaria por la supervivencia.

El régimen nazi seguía siendo una dictadura sumamente poderosa, se mantenía unido en medio de la creciente adversidad y estaba dispuesto a emplear una fuerza cada vez más brutal para controlar y reglamentar la sociedad alemana más o menos en todos los aspectos. Dejaba poco espacio para la oposición, que era claramente tan suicida como inútil. El funcionariado siguió haciendo su trabajo con diferentes grados de entusiasmo, que comprendían desde el contingente que abogaba al cien por cien por resistir hasta el final hasta la mayoría que se limitaba a seguir la corriente. También en este caso, la mayoría de los funcionarios no podía ver ninguna alternativa. De ese modo, la maquinaria burocrática continuó funcionando y, con ella, se sostenía la desgastadora rutina de los controles. Ningún asunto, por muy trivial que fuera, escapaba a su atención. Los funcionarios locales, en medio de sus innumerables preocupaciones, nunca se olvidaron de la necesidad de rellenar los formularios y obtener los sellos oficiales de aprobación al tiempo que trataban de lidiar con la enorme

dislocación social que produjeron los bombardeos aéreos, así como con los problemas de los refugiados, la escasez de vivienda, el racionamiento de alimentos y muchos otros asuntos. En diciembre de 1944, los funcionarios del departamento de Policía de Múnich gastaron tiempo y energía, además de resmas de precioso papel, para asegurarse de pedir cinco cubos para fregar que sustituyeran a los que se habían perdido en el bombardeo aéreo más reciente; en decidir cómo obtener copias de publicaciones oficiales que, según las directivas, tenían que enviar las oficinas de correos (pese a que estas habían sido destruidas); o en obtener permiso para conseguir una estufa de hierro que funcionara en el cuartel de la Policía, que se había quedado sin calefacción desde el último bombardeo.[126] En la cima del escalafón burocrático, el jefe de la cancillería del Reich, Lammers, cuyos poderes había usurpado Bormann en gran medida, tenía poco más que hacer que recordar a las autoridades del Reich el deseo del Führer de restringir de manera drástica el envío de felicitaciones de Navidad y Año Nuevo con el objetivo de minimizar así la carga en el transporte y los servicios postales.[127]

La burocracia del partido, que se solapaba con la estatal y a menudo competían con ella, era igualmente engorrosa e incluso más opresiva para los ciudadanos corrientes. Prácticamente todos los aspectos de la defensa civil estaban entonces organizados por el partido. El frecuente sonido de las sirenas provocaba frenéticos intentos de llevar a la población a los refugios antiaéreos, de organizar el desescombro de los daños tras la devastación, de tratar de proporcionar servicios y alojamiento a quienes no tenían casa (con la ayuda de la NSV, que se veía irremisiblemente superada) y de realizar la distribución de alimentos de emergencia (que aún era extraordinariamente efectiva, a diferencia de los niveles cercanos a la hambruna que se habían producido al final de la Primera Guerra Mundial), entre varias tareas más. En una sociedad diferente, aquellos esfuerzos podrían haber sido recibidos con gratitud y aprobación. Sin embargo, para entonces, pocas personas fuera de las filas de los partidarios más acérrimos podían encontrar algo más que sentimientos de rabia y rencor hacia los funcionarios del partido, los

cuales, incluso en aquel momento, combinaban sus intentos de proporcionar servicios con intimidaciones y sermones incesantes, mediante una propaganda sin sentido y con una vigilancia y un control que podían tener graves consecuencias para cualquiera que desobedeciera las órdenes.

En un nivel superior en la jerarquía del partido, a los Gauleiter, independientemente de su creciente desesperación personal ante la situación cada vez más deteriorada que llegó tras la efímera recuperación de las esperanzas, no les quedaban muchas más opciones que mantener su fidelidad a Hitler. Aún eran figuras realmente poderosas en sus propias provincias, capaces de reprimir ferozmente a cualquier simple mortal que pudiera parecer una amenaza. Sin embargo, fuera de sus propios dominios, formaban un grupo dividido e incapaz de emprender cualquier acción positiva unificada para impedir la inminente vorágine de autodestrucción, un grupo que no tenía más certeza que la de que sus destinos estaban unidos a la inevitable caída del régimen.

Las estrategias de supervivencia variaban, pero normalmente implicaban algún tipo de negativa a aceptar la realidad. Göring probablemente figuraba entre los más realistas al reconocer la irremediable destrucción de la Luftwaffe, aunque todavía visitaba con frecuencia los aeródromos para animar a sus desmoralizadas tripulaciones. Se retiró todo lo que pudo al lujo de su palaciega residencia campestre de Carinhall, en el Schorfheide, 65 kilómetros al norte de Berlín, lejos de Hitler y de la perniciosa influencia de Bormann. Allí podía rodearse de aduladores amigos y familiares, vestir de forma extravagante, tomar sus pastillas de codeína y lamentarse de los defectos de los generales de la Luftwaffe.[128] Hacía mucho tiempo que había agotado sus fuerzas. Una semana después de que comenzara el año, Ribbentrop seguía insistiendo en que la ofensiva de las Ardenas había sido un éxito y le decía al embajador japonés, Oshima Hiroshi, que «Alemania ahora lleva la iniciativa en todas partes». Estaba empeñado en que la coalición de los Aliados estaba condenada a desmoronarse si Alemania y Japón podían resistir hasta el final de 1945 y albergaba ilusiones, incluso

en aquel momento, de que se pudiera negociar un tratado de paz.[129] Robert Ley creía cuando estaba sobrio en fantasías sobre una inminente revolución social, y al mismo tiempo seguía siendo uno de los lugartenientes de Hitler que abogaba con más fanatismo por una confrontación a todo o nada con el enemigo.[130]

Bormann era otro hombre propenso a dejar volar su fantasía, lo mismo que su esposa Gerda. El 26 de diciembre, cuando la ofensiva de las Ardenas estaba perdiendo fuelle y, con ella, se desvanecía la última esperanza de un triunfo militar para Alemania, escribió a Gerda una carta en la que exponía sus «ideas sobre las cosas que vendrán», decía que no eran «en absoluto extravagantes» y describía sus propias previsiones para el futuro:

No cabe ninguna duda de que en el futuro estaremos obligados a construir importantes fábricas y otro tipo de cosas bajo la superficie de la tierra. En aquellos lugares en que las ciudades y pueblos estén construidos en una pendiente, será necesario excavar inmediatamente pozos profundos en la colina o la ladera de la montaña, con sótanos especiales que sirvan como almacenes para todos los habitantes. En las nuevas fincas que vamos a construir en el norte, habrá que hacer los edificios con sótanos de tres o cuatro niveles, y desde el principio deberán construirse diversos refugios colectivos para todas las comunidades de los pueblos.

Gerda encontró interesantes los planes para la construcción en la posguerra, pero estaba «inmensamente enfurecida ante la idea de que nosotros, con nuestra innato anhelo de luz y sol, nos veamos obligados por los judíos a construir nuestras moradas como si fuéramos seres del inframundo».[131]

Himmler, que a mediados de diciembre, cuando estaba destinado provisionalmente en la Selva Negra como comandante en jefe del recién creado Grupo de Ejércitos del Alto Rin tras haber caído en desgracia en el cuartel del Führer, albergaba la esperanza de que Gran Bretaña se percatara de que su interés radicaba en unir fuerzas con Alemania para combatir el creciente poder soviético en el continente. Se consideraba a sí mismo un elemento esencial en aquella lucha continua.[132] Goebbels seguía figurando entre los dirigentes nazis más perspicaces y mantuvo desde el principio su cautela sobre las posibilidades de una gran victoria en las Ardenas. Sin embargo, él también finalizó el año con optimismo, convencido

de que la ofensiva había agravado el conflicto entre los Aliados y de que los alemanes habían recuperado la iniciativa en occidente y reducido la presión en el frente occidental.[133] El enigmático Speer era el menos propenso a fantasear entre los dirigentes nazis. Era consciente de la magnitud de la gravedad de la situación económica en Alemania»y había visto con sus propios ojos las realidades de la ofensiva de las Ardenas y la inutilidad, pese a los éxitos iniciales, de tratar de romper el dominio completo de unas fuerzas enemigas que tenían un poderío muy superior. Speer declaró más adelante que, para él, «con la ofensiva de las Ardenas la guerra tocaba a su fin», aparte del prolongado proceso de la ocupación enemiga de Alemania.[134] Pero el deseo de poder e influencia de Speer, así como sus ambiciones, que mantenía incluso en aquel momento, de desempeñar algún papel en un mundo posterior a Hitler, hicieron que siguiera trabajando. Por muy resignado que estuviera a la derrota inminente de Alemania, no veía ninguna salida, ni estrategia alguna que no consistiera en hacer todo lo posible para mantener el esfuerzo de guerra alemán.

La mayoría de los generales (dejando aparte la cúpula de la OKW, en la que todavía predominaban las ilusiones debido a la proximidad de Hitler) reconocían que en aquel momento las defensas estaban luchando desesperadamente por encima de sus capacidades, los recursos prácticamente estaban agotados y las posibilidades de mantener a raya a sus poderosos enemigos eran mínimas. El general de las Waffen-SS Karl Wolff, que antes había sido jefe de personal de Himmler y entonces ocupaba el cargo de «general plenipotenciario de la Wehrmacht» en Italia, al final se convenció de que la guerra estaba irremisiblemente perdida tras sus conversaciones con jóvenes oficiales de las SS que habían formado parte de la vanguardia en la ofensiva de las Ardenas.[135] Guderian probablemente hablaba por la mayoría de los generales cuando expresó su frustración con el liderazgo de Hitler y su tosca rigidez, que había empeorado la posición de Alemania. Reconocía las pocas posibilidades que tenia la Wehrmacht, dada la inmensa desproporción entre ella y el poderío militar del enemigo. No

obstante, creía que era necesario continuar empleando todas las fuerzas en la lucha para repeler el ataque al Reich y ganar tiempo; quizás hasta que se desmoronase la coalición aliada, quizás hasta que se pudiera negociar un fin a aquella pesadilla, quizás… ¿Hasta qué?

Consciente de lo que se avecinaba en el frente oriental, Guderian pidió a Jodl en vano que transfiriese tropas de occidente. Jodl se negó, insistiendo en que eran necesarias para mantener la iniciativa en el oeste.[136] La ofensiva secundaria de Alsacia, que recibió el nombre en código de «Viento del Norte» y para la cual se suponía que eran tan vitales aquellas tropas que se necesitaban desesperadamente en oriente, se había emprendido con la intención de reforzar el flanco meridional de la ofensiva principal en las Ardenas. Hitler dio la orden de «Viento del Norte» el 21 de diciembre y fue lanzada el día de Nochevieja, pero logró avanzar poco y el 3 de enero ya se había detenido.[137] La consecuencia de aquella previsible derrota, además de las pérdidas en la ofensiva de las Ardenas, fue que empeorase enormemente la situación militar en general con respecto a mediados de diciembre. En occidente, la Luftwaffe estaba entonces efectivamente acabada. Se habían perdido unos 800.000 soldados esenciales, una cifra que se había conseguido reunir en unas circunstancias muy extremas, habían quedado destruidas grandes cantidades de armamentos y los suministros de combustibles se estaban agotando rápidamente. En oriente, solo era posible tener la mayor de las aprensiones al abordar la esperada ofensiva rusa, lo que se veía agravado por las bajas en occidente. Pese a todo, a los generales no se les ocurría más alternativa que obedecer las órdenes de Hitler, por muy dementes que las considerasen. Como grupo, carecían de la voluntad y la capacidad organizativa para desafiar su autoridad, y mucho menos para enfrentarse individualmente a él con cualquier ultimátum para evitar la catástrofe inminente. Se puede entrever la mentalidad imperante en un comentario que hizo Göring a principios de noviembre al general Werner Kreipe, a quien acababa de relevar de su cargo de jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe. Kreipe había

presionado a Göring, que todavía exudaba optimismo y esperaba que el enemigo fuera derrotado y su coalición se derrumbara, para que abordara a Hitler y le instara a buscar una salida política. El mariscal del Reich se negó categóricamente, argumentando que eso le haría perder al Führer su confianza en sí mismo.[138]

En la cúspide misma del régimen, Hitler aún podía hacer gala de su probada y comprobada confianza y optimismo supremos, por muy sombría que fuera la realidad. Incluso en aquel momento era capaz de enardecer a quienes lo rodeaban. Y, lo que era más importante, podía seguir exigiendo lo imposible y esperar que sus órdenes fueran obedecidas, dada la fragmentación entre los dirigentes subordinados a él y su incapacidad para plantear cualquier tipo de crítica a su liderazgo, y menos aún de pensar en un desafío unificado y frontal a su autoridad. Todavía albergaba la esperanza, y esperaba en vano, que la coalición de los Aliados se desmoronara. Su propia capacidad para ver la realidad estaba disminuyendo, pero no había desaparecido en absoluto. Bajo el barniz de indomable que su papel de Führer exigía, era totalmente capaz de comprender las consecuencias del desastre que se estaba produciendo. Tras el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, su ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, le encontró una noche deprimido y reconociendo que la guerra estaba perdida. Como era típico de él, atribuyó la derrota a la traición y los defectos de otros. Para él, lo que se dirimía en aquel momento en la lucha era el lugar que ocuparía en la historia; quería un final heroico, no una capitulación cobarde del país como la de 1918. Below recordaba que había dicho: «No capitularemos. Nunca. Puede que caigamos, pero nos llevaremos un mundo con nosotros».[139]

Tras el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, las defensas en occidente quedaron gravemente debilitadas. No obstante, aún se mantendrían relativamente firmes unas pocas semanas más, hasta el gran embate aliado de marzo. La situación era muy distinta en el este. Para la población de las provincias orientales del Reich, la catástrofe era inminente.



Ofensiva del Ejército Rojo en enero de 1945

5

CALAMIDAD EN EL ESTE

La maquinaria del deber, la voluntad y la aplicación incuestionable e «imperativa» hasta las últimas fuerzas actúan de forma automática en nosotros. Rara vez se piensa en la gran cuestión «ahora qué».

Coronel general Hans Reinhardt, Comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, 20 de enero de 1945

La convicción de que una victoria de los soviéticos significaría la extinción del pueblo alemán y de cada individuo es un sentimiento generalizado en toda la población.

Informe propagandístico sobre el estado de ánimo de la población, 24 de enero de 1945

I

La tormenta estalló el 12 de enero de 1945 y se propagó con una ferocidad brutal durante las tres semanas siguientes. A finales de mes, las vitales regiones del este del Reich (Prusia Oriental al norte, el este de Brandeburgo, entre el Óder y la que fuera la frontera polaca, y Silesia, con su crucial industria pesada al sur) y todo lo que quedaba de la Polonia ocupada estaban perdidas. La Wehrmacht había sufrido pérdidas enormes e irreparables en unos combates extremadamente violentos y encarnizados. La población civil de

Alemania se había enfrentado a un horror inenarrable mientras huía presa del pánico. El Ejército Rojo se encontraba ya a orillas del Óder, la última frontera natural en el este antes de Berlín. El tejado se había derrumbado sobre el Tercer Reich.

Se había esperado una gran ofensiva soviética. El estado mayor del ejército alemán incluso calculó con exactitud en qué momento se iba a iniciar.[1] Pero cuando se produjo, la Wehrmacht aún estaba mal preparada para hacerle frente.

En general, simplemente se reflejaba el enorme desequilibrio de fuerzas. A lo largo de todo el frente oriental, de unos 2.400 kilómetros, la superioridad estimada del enemigo era inmensa: once veces superior en infantería, siete veces en tanques, veinte veces en cañones y una fuerza aérea veinte veces más potente.[2] La diferencia era menor en el norte del frente, en Prusia Oriental, aunque seguía siendo enorme. Más al sur, en la parte central del frente, era aplastante. Las bajas alemanas en los últimos seis meses de 1944 habían sido casi tan elevadas como a lo largo de los tres años anteriores juntos, desde el ataque contra la Unión Soviética, y ya se habían agotado prácticamente todas las reservas posibles, a menudo hombres mal adiestrados y no aptos para el combate.[3] En la ruta del Ejército Rojo a lo largo del Vístula, defendiendo un sector de unos 725 kilómetros, se encontraban el noveno ejército, el cuarto ejército panzer y el decimoséptimo ejército, todos ellos parte del Grupo A, que se hallaba bajo el mando del coronel general Josef Harpe y había quedado sensiblemente debilitado en los meses anteriores. El flanco sur del Grupo de Ejércitos de los Cárpatos estaba protegido por el primer ejército panzer del coronel general Gotthard Heinrici. En el norte del frente, defendiendo Prusia Oriental, la ruta de la invasión rusa del Reich en 1914, estaba el reconstituido Grupo de Ejércitos Centro, a las órdenes del coronel general Georg-Hans Reinhardt, donde el tercer ejército panzer, el segundo y el cuarto ejércitos, junto con 120 batallones compuestos por unos 80.000 hombres mal equipados de la *Volkssturm,* debían cubrir unos 650 kilómetros de terreno muy fortificado. En total, Harpe estaba al mando de unos 400.000 hombres y Reinhardt de

unos 580.000. Entre los dos tenían unos 2.000 tanques a su disposición.[4]

Enfrente tenían a las imponentes fuerzas soviéticas, que se habían concentrado para la gran ofensiva hacia las fronteras del Reich. En el centro del frente, en el curso medio del Vístula, y listo para el mayor avance de la ofensiva, estaba el primer frente bielorruso del mariscal Georgi Zhúkov. El primer frente ucraniano del mariscal Iván Kónev se encontraba más al sur, en el Vístula. Entre ambos, Zhúkov y Kónev, comandaban una impresionante fuerza compuesta por casi 2,25 millones de hombres, unos 6.500 tanques, 32.000 cañones pesados y más de 4.500 aviones. Su objetivo era avanzar unos 500 kilómetros hasta el Óder, en dirección a Poznan y Breslau, ocupar la región industrial de Silesia y tomar posiciones para el avance final hacia Berlín. En el norte, la parte secundaria de la ofensiva, el tercer frente bielorruso del general Iván Cherniakovski, en cooperación con el primer frente báltico del mariscal Iván Bagramian, se dispuso a iniciar el asalto hacia el oeste a través de Prusia Oriental, en dirección al bastión fuertemente fortificado de Königsberg, mientras el segundo frente bielorruso, bajo el mando del mariscal Konstantín Rokossovski, intentaba avanzar hacia el noroeste desde el río Narev, en Polonia, en dirección a la costa de Prusia Oriental. La fuerza conjunta ascendía a casi 1,7 millones de hombres con el apoyo de 3.300 tanques, 28.000 cañones pesados y 3.000 aviones.[5] El ataque desde el este y el sur, hacia la zona fuertemente fortificada de los lagos de Masuria, muy similar al de 1914, tenía por objetivo tomar Königsberg, aislar Prusia Oriental del resto de Alemania y destruir las principales fuerzas alemanas que defendían la provincia.

Aun cuando la carga defensiva a la que se enfrentaba el ejército alemán era abrumadora, la penosa situación del ejército se agravó debido a la farragosa y conflictiva estructura de mando de la Wehrmacht, que hacía que Hitler, a la cabeza, fuera incuestionable. Todo el poder de decisión recaía en él, tanto en lo concerniente al ejército como a la esfera política. No existía ningún mecanismo para retirárselo, ni siquiera cuando decidía medidas que carecían por

completo de racionalidad y tenían un coste enorme a la hora de proseguir con una guerra claramente perdida y cuando se le deberían haber exigido con urgencia medidas, a él o a cualquier otro que ocupara su puesto, para poner fin a la misma.

En un momento de crisis militar extrema, la antigua y crucial división de la estructura de mando de la Wehrmacht, que se remontaba a los cambios de organización adoptados después de que Hitler asumiera el mando del ejército en diciembre de 1941, aumentó de forma fulgurante y fue sumamente perjudicial.[6] La esencial falta de coordinación tenía su origen en la escisión entre las responsabilidades del alto mando de la Wehrmacht (OKW) y las del alto mando del ejército de tierra (OKH). El OKW era el responsable de la planificación estratégica en todos los frentes excepto en el frente oriental. Este frente, donde la Luftwaffe y la armada solo desempeñaban un papel menor, era competencia del OKH. El problema se veía agravado porque los principales subordinados de Hitler en el OKW, el mariscal de campo Keitel y el general Jodl, siempre le prestaban su apoyo. Aunque no podían contrarrestar la influencia que los comandantes en jefe de la armada y la Luftwaffe (Dönitz y Göring) podían ejercer en Hitler, en lo que respecta a la guerra terrestre constituían un obstáculo insuperable ante cualquier propuesta con la que no estuvieran de acuerdo o a la que Hitler se opusiera. Además, se añadía el gran problema de que Hitler, desde diciembre de 1941, había sido el comandante en jefe del ejército de tierra e interfería regularmente en las decisiones tácticas. Cada vez desconfiaba más de sus generales en un teatro de operaciones tan decisivo y se había negado firme y persistentemente a considerar el nombramiento para el frente oriental de un comandante en jefe cuya posición fuera equiparable a la del mariscal de campo von Rundstedt en el oeste o a la del mariscal de campo Albert Kesselring en Italia. Por tanto, era del todo imposible que existiera un mando militar coordinado en el este por debajo de Hitler. Y cualquier planificación estratégica del general Guderian, jefe del estado mayor general del ejército de tierra, era doblemente difícil: primero, porque tenía que salvar las objeciones de Hitler en el propio mando

del ejército; y segundo, porque tenía que hacer frente a la asignación de prioridades de Hitler a otros teatros de operaciones.

Guderian se topó con estas dificultades en las tres visitas diferentes que realizó al cuartel general occidental de Hitler entre el 24 de diciembre de 1944 y el 9 de enero de 1945. Hitler rechazó de plano sus súplicas para reforzar el frente oriental, claramente debilitado, trasladando divisiones desde el oeste. El frente oriental tendría que «arreglárselas con lo que tiene», declaró Hitler. Calificó las cifras cuidadosamente recopiladas por el coronel Reinhard Gehlen, del estado mayor de los Ejércitos del Este, de burdas exageraciones, parte de un «enorme farol» de los soviéticos, un punto de vista que compartía Himmler. Jodl también respaldó la negativa de Hitler a desplazar tropas hacia el este al seguir atribuyendo una importancia decisiva al frente occidental. Lo máximo que Guderian consiguió sacarle a Hitler, durante su segunda visita, fue el traslado de cuatro divisiones. Sin embargo, Hitler insistió en que fueran enviadas no a la parte más amplia del frente oriental amenazado por la ofensiva inminente, sino a Hungría, donde desde hacía semanas se libraban alrededor de Budapest batallas de desgaste que continuarían hasta mediados de febrero.

Hitler solo se mostró dispuesto a desplazar fuerzas al este cuando la ofensiva soviética ya estaba en marcha y había finalizado definitivamente la tentativa de penetrar en las Ardenas y Alsacia. Sin embargo, Guderian se enfureció al enterarse de que estas fuerzas, el temible sexto ejército panzer-SS de Sepp Dietrich, de regreso de las Ardenas, también iban a ser enviadas a Hungría. La protección de los yacimientos petrolíferos húngaros, tan cruciales para el esfuerzo de guerra alemán, fue el factor principal que se tuvo en cuenta.[7] Hitler, influido por las presiones del ministro de Armamentos Albert Speer, consideraba que los pocos yacimientos petrolíferos aún disponibles para Alemania eran indispensables para el esfuerzo bélico y había que conservarlos a cualquier precio, incluso si eso significaba debilitar las defensas de los grupos de ejércitos A y Centro.[8] De hecho, el Danubio, pese al

encarnizamiento de los intensos combates que se libraban allí, se convirtió rápidamente en un escenario secundario en vista del acontecimiento principal que estaba a punto de producirse en el frente oriental. Pero cuando el 9 de enero Guderian le mostró una evaluación detallada de las cifras de la concentración de tropas soviéticas en el este que había conseguido por Gehlen, Hitler respondió furioso que el hombre que las había elaborado era «completamente idiota» y debía ser enviado a un manicomio. También se negó, como cabía predecir, a permitir que Harpe y Reinhardt se retiraran a las posiciones más fáciles de defender que habían propuesto y expresó su habitual crítica a los generales, quienes solo pensaban en la retirada. Y durante la arremetida soviética hizo caso omiso de las objeciones de Guderian e insistió en el traslado de un formidable cuerpo acorazado, el *Grossdeutschland,* desde el ejército en apuros de Reinhardt, en Prusia Oriental, a fin de ayudar a apuntalar las defensas en Polonia para, al final, descubrir que Kielce, que pretendían defender, ya había caído. Ya antes, Guderian le había dicho a Hitler que el frente oriental era «como un castillo de naipes» que se derrumbaría con una sola ofensiva.[9] Era una profecía más que razonable.

En sus memorias tras la guerra, los generales alemanes solían tender a atribuir casi toda la culpa de la catástrofe militar a Hitler. No cabe duda de que su liderazgo militar tiránico, lleno de intromisiones y cada vez más errático, aumentó notablemente la magnitud del desastre y, con ello, la cantidad de pérdidas humanas. Pero esta culpa personalizada no tiene en cuenta el respaldo que los generales habían brindado en épocas mejores a la autoridad absoluta de Hitler y las estructuras que le habían proporcionado un dominio absoluto en el terreno militar. Ni siquiera cuando la suerte de la guerra se había vuelto en contra de Alemania de forma implacable después de 1942, los generales hicieron el menor intento conjunto de alterar las estructuras de mando. En marzo de 1944, todos los mariscales de campo habían presentado a Hitler una declaración jurada de su inquebrantable lealtad.[10] Y tras el fracaso de la conspiración de Stauffenberg en julio de 1944, simplemente

habían admitido que no podían hacer nada, por muy absurdas que les parecieran las órdenes. Además, Hitler seguía contando con el respaldo de los generales a sus decisiones, pese a lo irracionales que les parecieran posteriormente, como demuestran las actas de sus conferencias militares. Por ejemplo, su negativa a acceder a la petición de Guderian de desplazar a una gran cantidad de tropas desde el oeste para reforzar el frente oriental era, por decirlo claramente, poco más que un reflejo de la realidad. Un gran desplazamiento de tropas desde el oeste habría dejado expuestas las defensas en ese frente y, en el mejor de los casos, podría haber retrasado el avance del Ejército Rojo, pero es prácticamente seguro que no lo habría impedido. En la Wehrmacht desbordada y dividida de principios de 1945, eran pocos los que tenían una visión global de la situación, y la mayoría de los generales estaban deseando conservar todos los hombres y recursos que pudieran. El principal apoyo de Guderian provenía de los comandantes de los grupos de ejércitos que se encontraban directamente en la ruta de los soviéticos. Sin embargo, incluso allí, su reticencia, salvo en unas pocas excepciones, a recomendar una retirada razonable a líneas más fáciles de defender (ya que sabían que Hitler rechazaría esta sugerencia) les llevaba a aceptar las órdenes con pleno conocimiento de que tendrían consecuencias desastrosas.[11] Ni siquiera con un jefe supremo de la Wehrmacht diferente se habría podido impedirla calamidad que estaba a punto de abatirse sobre Alemania en el este. Solo una capitulación inmediata podría haberlo conseguido. No obstante, se podría haber reducido considerablemente la magnitud del desastre. Una estrategia defensiva más racional, junto con la evacuación coordinada de la población civil amenazada, habría podido contener al Ejército Rojo durante más tiempo y, de este modo, quizá se habrían podido salvar innumerables vidas.

II

A las 4 de la gélida madrugada del 12 de enero, el primer frente ucraniano inició un masivo bombardeo de artillería contra las

posiciones del cuarto ejército panzer alemán desde la otra orilla del Vístula, a unos 200 kilómetros al sur de Varsovia. El impacto inmediato parecía anunciar lo que habría de venir. A mediodía, solo el fuego de artillería ya había destruido el cuartel general del cuarto ejército panzer, había inutilizado dos terceras partes de su artillería y había matado o herido a una cuarta parte de sus hombres. Al final del día, la infantería soviética había penetrado más de 19 kilómetros en un frente de 40 kilómetros, mientras los tanques de vanguardia avanzaban más de 32 kilómetros, aplastando la resistencia alemana a su paso. Cracovia cayó el 19 de enero; la bella ciudad seguía intacta, ya que los alemanes no habían tenido tiempo de destruirla. Una semana más tarde, el 27 de enero, los soldados del Ejército Rojo se encontraron con el terrible emplazamiento del enorme complejo de campos de concentración de Auschwitz, donde habían sido exterminados más de un millón de judíos y otras víctimas del terror nazi. Liberaron a unos 7.000 prisioneros demacrados y enfermos, abandonados y encogidos de miedo, en lo que quedó del campo cuando los alemanes se batieron en retirada. El 28 de enero, cayó la cercana Katowice. Las fuerzas alemanas consiguieron librarse de la destrucción evacuando la zona. Sin embargo, al día siguiente, casi toda la Alta Silesia, el último cinturón industrial vital que seguía intacto en Alemania, estaba en manos de los soviéticos. Antes de que acabara el mes, Breslau, la capital de Silesia, había sido rodeada. La ciudad, una de las llamadas «fortalezas» que los fanáticos dirigentes habían decidido mantener hasta el final, no caería hasta mayo. Fue un desafío inútil que tuvo un enorme coste humano y apenas causó molestias a la apisonadora soviética. Ya el 2 2 de enero las tropas de vanguardia habían cruzado el curso superior del Óder, cerca de Brieg, entre Oppeln y Breslau, y establecido una cabeza de puente en la orilla occidental que fue rápidamente reforzada. A finales de mes, cinco ejércitos de Kónev habían tomado posiciones en una y otra orilla del Óder, aunque el cruce a gran escala de hombres y pertrechos había sido difícil porque la espesa capa de hielo del río empezó a romperse.

Una enorme descarga de artillería entre la espesa niebla de la madrugada del 13 de enero anunció el inicio del poderoso asalto

contra Prusia Oriental por parte del tercer frente bielorruso de Cherniakovski, al que siguió al día siguiente la ofensiva hacia el norte del segundo frente bielorruso de Rokossovski. La feroz resistencia alemana, junto con la fuerte nevada que al principio obstaculizó el apoyo aéreo soviético a la ofensiva, hizo que el avance fuera menos rápido que más al sur. Sin embargo, tras los primeros días, las defensas empezaron a derrumbarse. Tilsit cayó el 20 de enero. Las fuerzas de Cherniakovski atravesaron la llamada brecha de Insterburg en dirección a Königsberg. La ciudad, enormemente fortificada, resistiría hasta abril, pese a la intensa embestida. Goldap, Gumbinnen y los alrededores de Nemmersdorf, en el este de la provincia, escenario de la famosa incursión del Ejército Rojo en octubre, fueron retomadas. Las tropas de Rokossovski, que avanzaban desde el sur, descubrieron que los alemanes habían volado el fastuoso monumento nazi que conmemoraba la batalla de Tannenberg y la victoria frente a los rusos en 1914 y habían exhumado apresuradamente los restos del mariscal de campo Hindenburg, héroe de Tannenberg, y de su esposa y los habían enviado por barco hacia el oeste de Pillau.[12] El antiguo cuartel general de Hitler, la Guarida del Lobo, cerca de Rastenburg, fue arrasado, y los soldados del Ejército Rojo deambulaban asombrados por las ruinas de hormigón del centro de mando de su acérrimo enemigo. Una vez que las fuerzas soviéticas hubieron superado la batería de fortificaciones en la zona de Allenstein, el 23 de enero, ya nada impedía atacar por mar. La principal vía férrea desde Königsberg hasta Berlín estaba cortada. El 26 de enero el grueso de las fuerzas del quinto ejército de tanques de la guardia llegó a Frisches Haff, la enorme y poco profunda laguna que se extiende a lo largo de más de 80 kilómetros desde cerca de Elbing hasta Königsberg, en Tolkemit, al este de Elbing. De este modo, Prusia Oriental quedó aislada del resto del Reich.

El atrapado cuarto ejército alemán, hecho que provocó la ira de Hitler, abandonó las defensas muy fortificadas de Lötzen, en medio de los lagos de Masuria, e intentó escapar hacia el oeste, con la intención de llegar al río Nogat y después al Vístula. Avanzó unos

32 kilómetros antes de tener que replegarse hacia Heiligenbeil. Un último intento de escapar fue bloqueado el 30 de enero. La mayor parte de las fuerzas alemanas restantes (el grueso lo componían veintitrés divisiones del cuarto ejército) estaba comprimida entre el Ejército Rojo y el mar en un enclave considerable, de unos 60 kilómetros de largo y 19 kilómetros de ancho, a lo largo del Frisches Haff, al suroeste de Königsberg y con el centro en Heiligenbeil. Lo que quedaba del tercer ejército panzer, unas nueve divisiones muy maltrechas, seguía conservando la península de Samland, al noroeste de Königsberg, y, con ello, el crucial puerto de Pillau. El resto se quedó a defender la fortaleza rodeada de Königsberg. En total, cerca de medio millón de soldados quedaron aislados.[13] A finales de enero, tras algo más de dos semanas de encarnizados combates, casi toda Prusia Oriental estaba en manos de los soviéticos.

El 14 de enero, Zhúkov lanzó a su primer frente bielorruso desde las cabezas del puente del Vístula y avanzó de forma implacable con encarnizados combates para rodear Varsovia con la ayuda de divisiones polacas. Siguió avanzando hacia el oeste a través del centro de Polonia en dirección a Lódz y Posen, las puertas de acceso a Berlín. La rapidez y la brutalidad del ataque destruyeron las defensas alemanas. Cuando las tropas soviéticas y polacas entraron en Varsovia el 17 de enero, apenas quedaba algún edificio intacto. La destrucción de la ciudad llevada a cabo por los alemanes durante el levantamiento, siguiendo instrucciones expresas de Himmler, que seguía órdenes de Hitler, había sido extremadamente brutal. Los ocupantes se habían entregado a una última orgia de destrucción gratuita antes de partir huyendo hacia el oeste, y las tropas alemanas solo ofrecieron una débil resistencia desde la retaguardia. El 19 de enero, el octavo ejército de la guardia del general Vasili Chuikov tomó la gran ciudad textil de Lódz sin hallar apenas resistencia y sin que hubiera sufrido apenas destrucción debido a la rapidez del avance soviético. Dos días más tarde, los tanques soviéticos llegaron a las inmediaciones de Posen, sede del gobierno y centro de comunicaciones de lo que los nazis habían llamado

«Wartheland». Sin embargo, en aquel momento no pudieron superar las enormes fortificaciones para aplastar la resistencia de los aproximadamente 25.000 soldados alemanes atrapados en lo que se había calificado de «fortaleza», cuyos restos no acabarían siendo tomados por asalto hasta mediados de febrero. Mientras tanto, otras divisiones soviéticas avanzaban hacia el noroeste, en dirección a la costa báltica del oeste de Pomerania, protegiendo al mismo tiempo el flanco del grueso de las fuerzas de Zhúkov que se dirigían hacia el oeste, en dirección al curso medio del Óder. Una de las unidades llegó al río helado el 30 enero y consiguió cruzarlo a la mañana siguiente para establecer una cabeza de puente pequeña pero importante al norte de Küstrin. Berlín ya estaba a la vista, a una distancia de no más de 80 kilómetros. Zhúkov, y Kónev al sur, influidos por la rapidez y la magnitud de sus victorias, habían puesto su mirada por un momento en un avance rápido y triunfal hacia la capital del Reich, imaginando ya su regreso como héroes a Moscú. Pero el avance del Ejército Rojo se había ralentizado debido a que la resistencia alemana se había intensificado y a haber sufrido grandes pérdidas de hombres y equipos. Los hombres de Zhúkov, como los de Kónev, necesitaban un respiro antes de la gran ofensiva para tomar la capital alemana. Fue necesario renunciar a las momentáneas esperanzas de irrumpir rápidamente en Berlín para poner fin rápidamente a la guerra. Era más importante consolidar las fuerzas para la fase final.[14]

III

El desastre militar de la Wehrmacht dice poco o nada de la inimaginable agonía de la población civil atrapada en la ofensiva. Mientras avanzaban con rapidez por las zonas de Polonia antes ocupadas, los soldados del Ejército Rojo podían imaginarse como liberadores del pueblo polaco, aunque los polacos sometidos solían creer que a un conquistador brutal simplemente lo remplazaba otro. Sin embargo, cuando llegaron al territorio del Reich, los soldados soviéticos se vieron a sí mismos como vengadores. Los alemanes no

habían mostrado ninguna compasión cuando habían arrasado los pueblos y las aldeas soviéticas, incendiando las casas y las granjas y matando a civiles inocentes. Los soldados del Ejército Rojo y sus comandantes no veían necesidad alguna de refrenarse ahora que eran los conquistadores y avanzaban por el territorio de quienes les habían causado tanta desdicha, violando, saqueando y asesinando a su paso. La propaganda soviética los había animado a vengarse con la máxima brutalidad. La breve incursión de octubre, en la que el nombre «Nemmersdorf» se había convertido en un símbolo, fue insignificante en comparación con el horror apenas imaginable experimentado durante el ataque de enero de 1945.

Al igual que en el mes de octubre anterior, los oficiales nazis, aferrados a su propia propaganda de que el ataque soviético sería repelido, contribuyeron al desastre al negarse tercamente a dar las órdenes de evacuación cuando aún estaban a tiempo. En Prusia Oriental, el Gauleiter Erich Koch marcó la pauta.[15] Con sus vacías consignas, siguió predicando un optimismo totalmente injustificado y exhortando a la población a defender su provincia hasta el final. Esto no impidió que el 21 de enero animara a su propia secretaria a que se marchara con los vecinos de su aldea mientras pudiera.[16] Su esposa ya había cogido un tren especial con destino a Baviera la víspera.[17] El propio Koch abandonó Königsberg con su séquito el 28 de enero e instaló su cuartel general en la seguridad de un búnker en una base aeronaval de Neutief, en la Frische Nehrung, cerca de Pillau.[18] Koch también insistió en que ningún subordinado permitiera la evacuación sin su autorización. No es de sorprender que los representantes del partido suscitaran una ira y un rencor profundos, pese a que la fe en Hitler no se había desvanecido del todo.[19] Las tentativas de última hora de organizar la evacuación las efectuaron a menudo los jefes locales del partido y la NSV. Sin embargo, cuando el pánico ante la idea de caer en manos de los soviéticos se propagó como la pólvora, la mayoría de las familias no esperó a que se diera la orden y recurrió a sus propios medios. Para muchos ya era demasiado tarde.[20]

Incluso para lo que es habitual en Prusia Oriental, donde el invierno siempre es duro, aquel fue un mes de enero especialmente frío, en el quedas temperaturas descendieron hasta -20 °C. La perspectiva de pasar días y noches a la intemperie sin ropa de abrigo, avanzando penosa y lentamente por carreteras heladas azotadas por un viento glacial o por pistas bloqueadas por la acumulación de nieve, tratando de evitar verse atrapados en los combates, era aterradora en extremo. Algunos, demasiado enfermos o débiles para asumir el riesgo, decidieron no irse y aguardar atemorizados la llegada de los ocupantes soviéticos. Otros no fueron capaces de afrontar el futuro y se quitaron la vida. Era fácil conseguir cianuro, al menos en Königsberg, y se hablaba mucho de utilizarlo.[21] Pero, para la mayoría, el apego a la vida y el temor a los rusos pesaban más que la preocupación por el frío o la inquietud por el futuro. No había tiempo que perder. «El pánico se apodera de la gente cuando se oye el clamor: "Se acercan los rusos". Después llega un hombre a caballo, gritando a pleno pulmón: "Salvaos quienes podáis. Los rusos estarán aquí en media hora". Nos invade un miedo paralizante», recordaba una mujer.[22] En medio de estas escenas de caos, la población reunía apresuradamente todas las pertenencias que podía, las ponía en carretillas, trineos o carros tirados por caballos, dejaba sus granjas, abandonaba prácticamente todos sus bienes y su ganado y huía hacia lo desconocido. Los soldados alemanes que se batían en retirada saqueaban todo lo que encontraban y lo cargaban en camiones, matando a su paso al ganado que vagaba abandonado por los campos.[23]

En los primeros días posteriores al comienzo de la invasión, los trenes que se dirigían al oeste, a Pomerania, fueron el medio utilizado para huir por decenas de miles de personas. En las estaciones se producían escenas de caos cuando la gente intentaba desesperadamente subirse a los trenes que partían. La gran plaza situada delante de la estación principal de Königsberg estaba atestada de hileras de carros de refugiados. Los guardias armados ayudaban a contener a la gente en la estación, pero los miembros del partido y otras personas con «contactos» encontraban plazas. La

Wehrmacht tenía prioridad para usar el insuficiente número de trenes disponibles. Los soldados se subían por la fuerza a los únicos trenes que salían.[24] Los refugiados tenían que esperar, a menudo en vano. Las condiciones eran espantosas, sin aseos ni comida ni bebida para la muchedumbre que se arremolinaba en los andenes.[25] Miles de personas se quedaron sin poder acceder a los últimos trenes que partieron. El 23 de enero, los trenes que habían salido hacia el oeste regresaron.[26] Las líneas estaban bloqueadas por los soviéticos. Unos pocos fueron lo bastante afortunados como para encontrar un medio de transporte en los vehículos militares que se dirigían hacia el oeste, incluso en camiones descubiertos donde quedaban expuestos durante muchas horas al frío extremo. Sin embargo, la mayoría tuvo que recurrir a viajar en caravanas de carretas entoldadas. Los habitantes de las zonas occidentales de la provincia fueron los más afortunados. En el este, las caravanas no podían avanzar porque las carreteras estaban bloqueadas por la nieve o por vehículos del ejército antes de ser rebasadas por los tanques soviéticos o caer en manos del temido enemigo tras verse atrapados en zonas de combate. Cuando la conexión ferroviaria con el Reich quedó interrumpida, ya solo quedaban dos maneras de huir, y ambas eran extremadamente peligrosas.

Una era escapar en barco desde Pillau, el puerto de la laguna de Frisches Haff que se abría al Báltico. Pero el primer barco para trasladar refugiados no llegó hasta quince días después del inicio de la ofensiva soviética.[27] La ciudad portuaria pronto se vio inundada por decenas de miles de personas que se habían desplazado sobre todo desde las zonas nororientales de la provincia. Todas las casas estaban llenas. La gente dormía donde podía, en graneros y establos, incluso al raso, expuesta al frío intenso en las dunas. Se instalaron a toda prisa grandes comedores comunitarios para repartir comidas básicas.[28] Cuando por fin llegaron los barcos, estos, llenos hasta los topes de refugiados, incluidos pacientes enfermos evacuados del hospital, sufrieron grandes retrasos antes de zarpar. Los que iban a bordo estaban continuamente preocupados por los ataques desde el aire.[29] Una mujer, una maestra que ya había soportado, tras una

larga espera, más de 24 horas a la intemperie con su anciana madre en la cubierta de un pequeño barco, que daba vueltas por la costa antes siquiera de arribar a Pillau, tuvo que «permanecer todo el día con miles de personas en medio de la suciedad del puerto y esperar [...]. Hay cristales rotos, suciedad y excrementos por todas partes. Es imposible conseguir un barco. Solo dejan pasar a las familias con varios hijos». Pasaron doce días miserables, llenos de incertidumbre y de peligros antes de que ella y su madre lograran llegar a Rügen.[30]

A finales de enero, unos 200.000 refugiados atestaban la península de Samland, que aún seguía en manos de los alemanes. Unos 150.000 se habían dirigido primero a Königsberg, pensando que la ciudad fortificada era un santuario. Cuando ya era imposible partir en tren, muchos de ellos se dirigieron a Pillau con la esperanza de huir por mar. El personal de enfermería de los hospitales militares de Königsberg rechazó la propuesta de unirse a ellos y decidió quedarse para atender a los heridos.[31] A finales de enero, cuando Königsberg estaba aislada, todavía quedaban allí unos 100.000 refugiados, aunque muchos más pudieron marcharse cuando, a mediados de febrero, se volvió a restablecer la conexión con Samland durante un corto periodo de tiempo. Muchos perdieron la vida en las travesías cuando se hundieron sus pequeños barcos. La armada alemana envió ayuda para las tareas de rescate. A lo largo de los meses siguientes, 679.541 refugiados fueron trasladados en barco desde los puertos del Báltico hasta el oeste (450.000 desde Pillau), junto con 345.000 heridos y 182.000 soldados, aunque se podría haber salvado a muchos más si la armada no hubiera dado prioridad a las necesidades militares.[32]

La alternativa era cruzar la helada laguna de Haff hasta la estrecha lengua de tierra, la Frische Nehrung, de poco más de un kilómetro de anchura en su punto más amplio y que se extiende unos 70 kilómetros a lo largo de la costa septentrional, y dirigirse hacia el oeste, hacia Danzig (o, en algunos casos, hacia el este para probar suerte en Pillau). En la última parte de enero, centenares de miles de refugiados desesperados llegados de toda Prusia Oriental

habían desafiado el gélido frío, el hambre, la sed, la congelación y los ataques desde el aire de los aviones soviéticos para llegar a la pequeña franja de tierra que aún seguía en manos de los alemanes en el extremo meridional de la Haff y, en medio del creciente caos, intentar cruzar por el hielo hasta las dunas heladas de la Nehrung. Día y noche, durante semanas, miles de personas a pie, familias demacradas e inquietas que arrastraban sus carros tirados por caballos y sobrecargados o empujaban cochecitos de niño o carros de madera improvisados y trineos con sus pertenencias, un blanco fácil para los aviones soviéticos que sobrevolaban a poca altura, avanzaron penosamente y con miedo sobre la capa de hielo por caminos señalizados por el ejército para llegar a lo que esperaban que fuera un lugar seguro. Incluso esta vía de escape estuvo bloqueada durante algún tiempo cuando la armada alemana utilizó un rompehielos para abrir un canal en la Haff helada y permitir que tres nuevos buques torpederos cruzaran desde Elbing hasta Pillau, a fin de evitar que cayeran en manos de los soviéticos. Miles de personas quedaron atrapadas en el hielo hasta que improvisaron rápidamente puentes de pontones que permitieron cruzar de nuevo.[33]

Una vez en la Nehrung, el sufrimiento distaba mucho de haber acabado. En la estrecha pista sin pavimentar, destrozada por los vehículos militares y la caravana de carretas, el avance era terriblemente lento y los refugiados estaban expuestos al continuo terror desde el aire. Para muchos, la peligrosa travesía terminó en tragedia. El frío extremo causó estragos, sobre todo en los niños y los ancianos. Otros murieron de agotamiento o fueron víctimas de los ataques aéreos. En algunos casos, los desesperados intentos de huir habían terminado con los carros y las familias en las oscuras aguas de la Haff, al caer por las grietas en el hielo. La esposa de un granjero, tras luchar durante ocho días por llegar a la Haff, observó con horror cómo hileras de carros se hundían en los cráteres dejados por un bombardeo aéreo.[34] Ni siquiera en medio de una situación tan traumática cesaron los controles de los nazis. Los hombres de las SS y la policía militar inspeccionaban regularmente las caravanas en

busca de hombres con edades comprendidas entre los 16 y los 60 años para alistarlos en la *Volkssturm*.[35] En total, es posible que perecieran hasta 30.000 refugiados durante el desplazamiento.[36] Sin embargo, para cuando comenzó el deshielo a finales de febrero, casi medio millón habían logrado escapar atravesando el hielo.

De un modo u otro, la mayoría de la población de Prusia Oriental, unos 2 millones a comienzos del año, desafió todos los peligros y consiguió huir. De este modo, escaparon al inefable destino del medio millón de habitantes de la provincia que cayó en manos de los soviéticos. Aunque hubo muchas excepciones honrosas, numerosos soldados del Ejército Rojo hicieron todo lo posible por imitar las caricaturas de la propaganda nazi con su brutal comportamiento, tolerado, si no alentado, por sus superiores. «Un ciego sentimiento de odio», fue como un veterano del Ejército Rojo describió la actitud de las tropas soviéticas cuando penetraron en el territorio del Reich. «¡La madre alemana debería maldecir el día en que dio a luz un hijo! Las mujeres alemanas tienen que ver ahora los horrores de la guerra! ¡Tienen que experimentar ahora lo que querían para otros pueblos!», escribió un soldado en una carta a su familia. «Ahora nuestros soldados pueden ver cómo arden las casas alemanas, cómo sus familias vagan arrastrando consigo su nido de víboras [...]. Confían en seguir con vida, pero no hay piedad para ellos», escribió otro.[37] El alcohol también jugó un papel en los actos de los soldados, que se emborrachaban con frecuencia. El saqueo y el pillaje eran generalizados entre los soldados procedentes de zonas de la Unión Soviética sumamente pobres, que creían entrar en una tierra de abundancia al descubrir las regiones orientales de Alemania devastadas por la guerra. En las cartas que enviaban a sus familias comentaban asombrados las tiendas de alimentos y bebida que encontraban. «Todo el mundo come lo que le apetece y bebe todo el alcohol que quiere», escribió uno. «Llevo botas de montar y tengo más de un reloj [...] en una palabra, nado en la riqueza», proclamaba con orgullo otro.[38] Para ellos, todo lo que podían robar era una especie de recompensa simbólica por lo que ellos, sus

familias y sus compatriotas habían sufrido a manos del enemigo alemán.

La sed de venganza parecían insaciable. Saqueaban y destruían las casas, incendiaban los edificios, a veces barrios enteros de las ciudades y aldeas. A menudo abatían a tiros de forma cruel y arbitraria a los hombres alemanes, y muchos de estos recibieron fuertes palizas o malos tratos. A todo aquel al que identificaban como un funcionario nazi lo ejecutaban de forma sumaria. Quienes poseían un uniforme, incluso trabajadores de los ferrocarriles o bomberos que no habían desempeñado ninguna función en el partido nazi, era probable que corrieran la misma suerte. Se calcula que hasta 100.000 personas de las zonas orientales de Alemania fueron asesinadas de este modo.[39] La violación de mujeres, jóvenes y mayores, a menudo repetidas veces (un fenómeno masivo y un acto de venganza para infligir la máxima humillación a la población masculina derrotada, degradando a sus esposas y familiares), fue una terrible característica distintiva del primer encuentro con los conquistadores soviéticos, mencionada en innumerables testimonios de primera mano.[40] «¿Lo oyes? —preguntaba desesperado un granjero mientras se oían gritos procedentes de su casa—. Han cogido a mi hija de 13 años por quinta vez esta mañana».[41] Este horror era algo habitual. Algunas estimaciones calculan que 1,4 millones de mujeres, casi una quinta parte de la población femenina, fueron violadas en las provincias orientales conquistadas por el Ejército Rojo durante esas semanas.[42] Las mujeres que consiguieron esconderse o escapar de un modo u otro a esta bestialidad fueron realmente afortunadas. Sin embargo, los alemanes que sobrevivieron a estos horrores estaban condenados a sufrir aún más desdichas: la dureza del maltrato y el trabajo forzoso bajo la ocupación soviética o el destino de aproximadamente 250.000 alemanes, que fueron trasladados en las condiciones más espantosas, con enormes tasas de mortalidad, a campos de trabajo sobre todo en las regiones industriales de la URSS, donde las brutales condiciones de trabajo se cobraron aún muchas más vidas.[43]

Lo que sucedió en Prusia Oriental también ocurrió, con variantes, en todo el este de Alemania. Mientras que la huida de la población de Prusia Oriental y Silesia se produjo a lo largo de casi cuatro meses, la minoría alemana que vivía en las zonas de Polonia que no habían sido ocupadas por los soviéticos solo tuvo unas dos semanas para huir mientras los ejércitos de Zhúkov y Kónev avanzaban con rapidez hacia el Óder. Solo aproximadamente la mitad de ella, en su mayoría de las regiones occidentales cercanas al Reich, pudo evitar que le sorprendiera el rápido avance del Ejército Rojo. El este de Brandeburgo, cuya población de más de 600.000 habitantes era casi en su totalidad alemana, había estado acogiendo a refugiados de la Wartheland, en el oeste de Polonia, durante días antes de que el enorme pánico ante la inminente llegada de los rusos desencadenara una estampida para ponerse a salvo en la otra orilla del Óder. Las autoridades nazis de la región se habían negado casi hasta finales de enero a dar la orden de evacuar la provincia porque eran optimistas y creían que las líneas de fortificaciones supondrían un obstáculo formidable para el Ejército Rojo. Como consecuencia de ello, muchos alemanes cayeron en manos del enemigo cuando la zona fue rápidamente ocupada.[44]

La población alemana más numerosa al este de la línea del Óder-Neisse se encontraba en Silesia, donde vivían más de 4,5 millones de personas a principios de 1945. En Silesia, no lejos de la frontera del Reich y de las rutas hacia los Sudetes y Bohemia, no todo el territorio cayó inmediatamente en manos del Ejército Rojo y, a diferencia de otras regiones más orientales, hubo algunas alertas ante el avance soviético. Las condiciones para huir fueron más favorables que en Prusia Oriental y en otras regiones orientales. Pudieron huir más de tres millones de personas por un medio u otro, a partes de la antigua Checoslovaquia o hacia el oeste, dentro del Reich, en dirección a Sajonia y Turingia. No obstante, en el distrito industrial de la Alta Silesia, al sur, que cayó en manos de los soviéticos a finales de enero, solo se había autorizado marchar a las mujeres y los niños. El jefe local del partido nazi, a petición de Speer, ordenó a los hombres que se quedaran para mantener la

producción mientras fuera posible. Aun así, muchos huyeron en trenes y autobuses abarrotados, en camiones o a pie. Se dice que importantes instalaciones industriales quedaron intactas debido al pánico. No hubo tiempo de volarlas.[45] No obstante, centenares de miles de personas sufrieron la invasión del Ejército Rojo.

En el norte, en la Baja Silesia, la orden de evacuación reclamada por las autoridades militares (que en otros lugares a veces también contribuyeron a retrasar la evacuación para impedir bloquear las rutas de suministros)[46] se había dado en muchos casos antes y la mayoría de los habitantes pudo huir, a menudo en caravanas de carros a pie con un tiempo glacial, ya que los medios de transporte ferroviarios o por carretera enseguida fueron insuficientes. En Breslau, la capital y mayor ciudad, con diferencia, de Silesia, el estruendo de la artillería el 20 y el 21 de enero hizo que el partido respaldara órdenes urgentes de que las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos abandonaran la ciudad. Sin embargo, no había trenes o vehículos a motor suficientes para hacer frente a una evacuación masiva. Hubo testimonios de que murieron niños pisoteados durante la estampida que se produjo para subir a los pocos trenes disponibles y de que las salas de espera de las estaciones se convirtieron en depósitos de cadáveres.[47] Sin transporte, unas 100.000 personas, en su mayoría mujeres, se vieron obligadas a marchar a pie durante la noche invernal y a soportar el frío extremo, empujando cochecitos de niño, trineos y carros cargados con sus pertenencias por las carreteras heladas, abriéndose paso por la nieve acumulada. Las madres tenían que abandonar en las cunetas los cadáveres de sus bebés, muertos por el frío. Muchas mujeres, que ya no eran capaces de seguir, regresaron y se contaron entre los 200.000 civiles, aproximadamente, que había en Breslau cuando la tenaza se cerró sobre la ciudad a mediados de febrero.[48]

Más al norte, un enclave de la costa de Prusia Occidental, con centro en Danzig y Gotenhafen (Gdynia), también se vio afectado por la crisis de los refugiados. A partir de mediados de enero, la zona se convirtió en el destino temporal de muchos miles de personas que huían hacia el norte de los ejércitos de Rokossovski y

se dirigían hacia el oeste desde Prusia Oriental, cuando la provincia quedó aislada, a través de la última apertura de la Frische Nehrung, o llegaban en barco desde Pillau. A finales de mes, en la zona había casi un millón de refugiados que se sumaban a los 3 millones de la población local. La NSV y la Cruz Roja alemana estaban desbordadas. Era imposible brindar la atención necesaria a los muchos de ellos que llegaban enfermos, débiles o heridos tras las terribles caminatas. Hubo que utilizar barracones y campamentos provisionales para alojar a la enorme cantidad de refugiados. Muchos intentaron reanudar el viaje en cuanto pudieron, pero no lograron encontrar una plaza en los trenes y barcos totalmente abarrotados. Entre los barcos que trasladaban refugiados, muchos de ellos enfermos y heridos, se hallaba el *Wilhelm Gustloff,* el antiguo crucero de la «Fuerza por la alegría», que finalmente zarpó de Gotenhafen, tras largos retrasos, el 30 de enero, con unas 8.000 personas a bordo, cuatro veces la cifra normal de pasajeros en tiempos de paz. Aquella tarde el barco fue torpedeado por un submarino soviético y se hundió en las aguas heladas al cabo de poco más de una hora. Se ahogaron unas 7.000 personas en la peor catástrofe marítima de la historia, con cinco veces más víctimas que en el naufragio del *Titanic*.[49] Habría muchas más catástrofes marítimas durante las semanas siguientes. No obstante, entre los últimos días de enero y finales de abril, unas 900.000 personas huyeron por el Báltico y otras 250.000 por tierra través de Pomerania, antes de que esta región fuera, también, engullida por el avance soviético.[50] Todavía les aguardaban más horrores a unas 200.000 personas, muchas de ellas refugiados que habían conseguido huir de Prusia Oriental en terribles condiciones, cuando el Ejército Rojo desató un torbellino de violencia en Danzig y la zona circundante en los últimos días de marzo.[51]

Incluso cuando lograban escapar de lo peor, los refugiados aún tenían que afrontar inmensas dificultades, y en modo alguno tenían garantizada una acogida calurosa en sus destinos. A finales de enero, llegaban cada día a Berlín entre 40.000 y 50.000 refugiados, la mayoría en tren. Las autoridades, desbordadas, incapaces de

hacer frente a la afluencia masiva y temerosas de que introdujeran enfermedades infecciosas, hicieron todo lo posible para que siguieran viajando o desviaban los trenes alrededor de la capital del Reich.[52]

Ante este interminable catálogo de miserias y sufrimiento, cuesta concebir algo peor que el destino de los habitantes de las regiones orientales de Alemania que huyeron del Ejército Rojo en penosas condiciones aquel terrible mes de enero. Sin embargo, el destino de las víctimas raciales del régimen fue aún peor: su horror estaba lejos de terminar. Ni siquiera en aquel momento la maquinaria de matar de las SS se tomó un respiro.

Cuando los campos secundarios de Prusia Oriental del campo de concentración de Stutthof (ubicado en Prusia Occidental) fueron clausurados apresuradamente el 20 y el 21 de enero ante el avance del Ejército Rojo, para los 6.500 o 7.000 judíos allí concentrados empezaron días de terror apenas imaginables. Fueron obligados a emprender la marcha, no en dirección oeste como los otros prisioneros, sino hacia el este. Al parecer, el objetivo inicial era que caminaran hasta el pequeño campo satélite de Königsberg antes de transportarlos por mar hacia el oeste, presumiblemente desde el puerto de Pillau, para que permanecieran en manos de los alemanes e impedir que los liberara el Ejército Rojo. Pero nunca llegarían a Pillau.

A los prisioneros, enviados en los últimos meses a Stutthof desde las regiones del Báltico, Polonia y otros lugares, los vigilaban durante su marcha forzosa más de una veintena de hombres de las SS y hasta 150 miembros de la Organisation Todt (incluidos ucranianos, letones, lituanos, estonios, belgas y franceses). Tras una larga caminata en terribles condiciones para llegar a Königsberg, fueron enviados a la pequeña población del Báltico de Palmnicken, antes un lugar atractivo en la pintoresca costa de Samland. Muchos judíos fueron abatidos a tiros ya durante la marcha hacia Königsberg. Y otros fueron asesinados, y sus cadáveres abandonados en las calles de la capital de Prusia Oriental, cuando empezó la marcha de la muerte en dirección a Palmnicken. Los supervivientes

fueron conducidos en manada, vestidos con poco más que harapos y zuecos de madera. Aunque apenas podían caminar por la nieve y el hielo, a todos los judíos que se quedaban rezagados o se desplomaban los mataban. Los guardias abatieron a tiros a más de 2.000 prisioneros en la marcha de 50 kilómetros desde Königsberg hasta Palmnicken y abandonaron sus cadáveres en las cunetas. Se encontraron entre 200 y 300 cuerpos en el último tramo de poco más de un kilómetro cuando los aproximadamente 3.000 prisioneros restantes entraron en Palmnicken la noche del 26-27 de enero.

Cuando quedó claro que no había ninguna posibilidad de transportar en barco a los prisioneros hacia el oeste, la cuestión de qué hacer con ellos dio un giro aún más letal. Surgió la idea de deshacerse de todos ellos. El director de las minas estatales de ámbar de Königsberg y las autoridades del Gauleiter de Prusia Oriental acordaron que los guardas condujeran a los judíos a un pozo de mina abandonado y sellaran la entrada. Los judíos, congelados, exhaustos y desastrados, hallaron pese a todo una rara muestra de compasión cuando el gerente de la mina ordenó que se repartiera comida entre los prisioneros y dijo que, mientras él viviera, nadie iba a matarlos. El director de la mina se negó valientemente a abrir los pozos en los que iban a encerrarlos.

El 30 de enero, sin embargo, el valiente gerente fue hallado muerto. Había recibido amenazas de las SS y se consideró que se había quitado la vida o, como pensaban algunos, que lo habían asesinado. No obstante, se descartó la idea de sepultar a los judíos en la mina. Esa misma tarde, el alcalde, un viejo y fanático militante del partido nazi, convocó a un grupo de miembros armados de las Juventudes Hitlerianas, les hizo beber alcohol y los envió, junto con hombres de las SS, que tenían que explicar cuáles eran las instrucciones, a la mina abandonada. Los jóvenes se quedaron vigilando a entre 40 y 50 mujeres y niñas judías que habían intentado huir, hasta que las sacaron fuera, bajo la pálida luz de un candil de mina, y un grupo de miembros de las SS las ejecutó de dos en dos. En aquel momento se creía que los soviéticos estaban muy cerca. Los hombres de las SS tenían prisa por «deshacerse de los

judíos sin importar cómo». Decidieron resolver el problema ejecutando al resto de los prisioneros.

La matanza improvisada se llevó a cabo al día siguiente por la tarde, el 31 de enero. Protegidos de la aldea por un pequeño bosque, los hombres de las SS, iluminando el cielo nocturno con bengalas, condujeron a los judíos por el hielo y les hicieron meterse en el agua helada golpeándolos con las culatas de sus fusiles para después ametrallarlos en la orilla. El mar arrojó a la costa de Samland los cadáveres durante días. Una mujer recordaría más tarde que le había impresionado tanto lo que vio «que me tapé los ojos con las manos [...]. Después seguimos caminando a toda prisa porque no podíamos soportar la escena». Las SS no habían sido del todo eficaces al cometer la matanza: algunos judíos sobrevivieron y consiguieron arrastrarse hasta la playa. Los supervivientes se encontraron con reacciones diversas. Un alemán se negó a ayudar a tres de ellos, diciendo «que no tenía ninguna intención de alimentar a mujeres judías». Otro, sin embargo, los escondió, les dio comida y les protegió hasta la llegada del Ejército Rojo. Los médicos y enfermeras del hospital local trataron a algunos supervivientes heridos. Dos trabajadores polacos también les ayudaron. Solo unos 200 de los 7.000 prisioneros sobrevivieron[53]

IV

La población de otras zonas de Alemania no estaba preparada para afrontar las espantosas noticias que llegaban del este y que pronto empezaron a propagarse como la pólvora, ni para los terroríficos testimonios de los que habían conseguido escapar del caos. El hecho de que la Wehrmacht hubiera repelido con éxito la incursión soviética en Prusia Oriental en el mes de octubre anterior y las garantías ofrecidas sobre las defensas alemanas en el este hicieron que la población no estuviera preparada psicológicamente para la magnitud del desastre que poco a poco se hizo patente en la segunda quincena de enero.

La primera y breve mención del inicio de la ofensiva soviética en el *Völkischer Beobachter,* que reproducía el informe de la Wehrmacht, sugería que se esperaba el ataque y que las defensas alemanas habían tenido éxito.[54] Sin embargo, unos días más tarde, los periódicos empezaron a adoptar un tono más inquietante.[55] La población captó enseguida el tono de alarma adoptado en las noticias sobre la rapidez del avance soviético, sobre todo porque los informes acerca de la evacuación de la población civil no podían ocultar la magnitud del peligro y aún lo amplificaban más los testimonios de las experiencias vividas por los afligidos refugiados cuando llegaban al oeste. Las oficinas de propaganda de toda Alemania informaban de que «la mejora del estado de ánimo de las últimas semanas causada por nuestra ofensiva en el oeste y el discurso del Führer se ha desvanecido a raíz de la gran ofensiva soviética. La gente mira ahora al este con enorme preocupación y presta poca atención a todos los demás frentes y a los acontecimientos políticos». «El desplome de la moral —continuaba el informen resumido— se vio agravado por la decepción porque nadie en ningún Gau, ni siquiera en el este, había previsto los éxitos tan rápidos e importantes de los soviéticos». La amplia expectación ante la ofensiva había ido acompañada de mucha aprensión, pero también de la convicción de que los dirigentes alemanes estaban bien preparados y se iba a recuperar el control en el este. La población estaba asombrada de que el Ejército Rojo hubiera conquistado tanto territorio con tanta rapidez y de que las defensas alemanas, presuntamente tan sólidas, hubieran sido superadas tan fácilmente.

La onda expansiva se propagó por toda Alemania. Al estado de ánimo profundamente depresivo se añadió una gran preocupación por el futuro. El debate estaba dominado por los acontecimientos en el frente oriental y hubo muchas críticas a los medios de comunicación, que habían dado la impresión de que se habían hecho todos los preparativos necesarios para contrarrestar el ataque esperado. Se reprochaba a las autoridades alemanas que hubieran subestimado la fuerza y la moral de los soviéticos, una crítica que

corroboraban los grandes avances que el Ejército Rojo seguía haciendo pese a que se había informado de la destrucción de una cantidad enorme de tanques soviéticos. El avance en dirección al cinturón industrial de la Alta Silesia causó una conmoción considerable, suscitando temores sobre la continuidad del potencial armamentístico alemán. La preocupación por el destino de la población civil en las regiones amenazadas solo se mencionaba en último lugar.

Para contrarrestar una serie de noticias tan deprimentes se puso el inevitable énfasis en la resistencia de la población, un reflejo, sin duda, de la opinión registrada, principalmente, entre los sectores más nazificados de la población. Pese al desplome de la moral, las oficinas de propaganda afirmaban que no existía apatía ni había decaído el esfuerzo de trabajo. Se afirmaba que existía la determinación de hacer todo lo posible para combatir «incondicionalmente» en la «hora decisiva» y de buscar a «cualquiera que pudiera llevar armas» para enviarlo al frente con la esperanza de repeler «el peligro del bolchevismo». Eran poco frecuentes los comentarios de que estas iniciativas llegaban demasiado tarde y eran inútiles. El hecho de que se mantuvieran en gran medida las fronteras del Reich en el oeste permitía albergar esperanzas de que, en algún momento, se pudiera producir una transformación en el este. Se decía que el objetivo de la ofensiva alemana en el oeste (impedir un ataque doble del enemigo, en el este y en el oeste) se había vuelto más evidente. Nadie estaba dispuesto a aceptar que todos los sacrificios, el sufrimiento y la desdicha hubieran sido en vano. Por tanto, se comprendía perfectamente que eran necesarias restricciones en aras del esfuerzo bélico y al servicio de la «resistencia más feroz» y la defensa a cualquier precio.[56]

Aunque apenas reflejaban una muestra realmente representativa de las actitudes, estas opiniones evidencian la postura inquebrantable de una parte considerable de la población (es imposible saber qué porcentaje, pero si era una minoría, era poderosa) que no estaba preparada para admitir la derrota y estaba

dispuesta a hacer cualquier cosa para combatir la amenaza del este. Pese a que la sensación de que la guerra estaba irremediablemente perdida era cada vez más habitual, la angustia por las consecuencias de la derrota agudizó una desesperada negativa a rendirse. «La convicción de que una victoria de los soviéticos significaría la extinción del pueblo alemán y de cada individuo es un sentimiento generalizado en toda la población», que se decía que había fortalecido la voluntad de seguir luchando y había radicalizado la intolerancia hacia quienes se creía que eludían su deber.[57]

El prolijo informe de síntesis de las oficinas de propaganda no contenía ninguna mención a las atrocidades cometidas por los soldados del Ejército Rojo o a los horrores experimentados en las caminatas. Sin embargo, los testimonios de los refugiados que llegaban al oeste pronto se filtraron al resto de la población. Inmediatamente después del inicio de la ofensiva soviética, se avisó a los propagandistas para que contrarrestaran las opiniones de que los bolcheviques no eran tan malos como los habían descrito (surgidas a partir de casos conocidos de trato humano a los prisioneros de guerra alemanes), poniendo de relieve las atrocidades, incluidos informes de los refugiados de Memel que hablaban de que los soldados soviéticos acosaban a las mujeres alemanas y de madres violadas delante de sus hijos.[58] Goebbels, aunque era consciente del «indescriptible» sufrimiento de quienes huían en las marchas, dudó al principio si publicar informes sobre las atrocidades de los bolcheviques, debido al pánico que podrían provocar.[59] Había cierto pánico justificado *y,* allí donde iban, los refugiados divulgaban sus terribles experiencias. «Los refugiados que llegan desde los Gaue del este —decía un informe sobre las regiones lejanas de Baviera— traen, por lo general, noticias bastante devastadoras del sufrimiento de la población huida, que, en parte debido al pánico, ha intentado refugiarse de los bolcheviques dentro del Reich».[60] En lugar de silenciar las atrocidades, la propaganda alemana pasó a utilizarlas como un arma para proseguir con los combates. «Cómo los soviéticos causan estragos en el este de Alemania. Testimonio de primera mano de los espantosos métodos

de exterminio de los bolcheviques», proclamaba el 9 de febrero un titular del *Volkischer Beobachter* que se repetiría, con variantes, durante las semanas siguientes.[61]

Las cartas que seguían llegando poco a poco al oeste desde las zonas afectadas en la primera fase de la ofensiva soviética también describían de forma gráfica las espantosas condiciones en el este y la enorme preocupación por el futuro. Una carta de Josef E., desde el distrito de Glogau en el Óder, en la que detallaba la situación de los refugiados que huían del Warthegau y el temor a tener que dejar atrás sus posesiones más preciadas, mencionaba que todo era muy diferente a las esperanzas de futuro que había albergado. Se preguntaba cuánto tiempo tendría que pasar para que «toda Prusia Oriental, Poznan y Silesia sean invadidas por las hordas del este». Después quedaría poco para llegar a Berlín. «Si no se puede frenar el ritmo de los rusos, como parece probable, entonces nadie puede calcular cuánto va a durar la guerra. Espero un fin sin horror más que un horror sin fin», concluía, repitiendo una frase que se oía a menudo en aquella época.[62]

La población de fuera de las zonas afectadas tenía sus propias inquietudes apremiantes y, pese a la consternación generalizada ante el avance soviético, la pérdida de los territorios orientales y la perspectiva de la derrota, apenas podía dedicar tiempo a preocuparse de la grave situación de los refugiados. Los que tenían a sus padres, hijos, maridos y amigos atrapados en los encarnizados combates durante la ofensiva soviética estaban comprensiblemente preocupados por el destino de sus seres queridos en el frente. «Querido hijo, acabo de oír el parte de la Wehrmacht y de enterarme de que estás combatiendo de nuevo», le escribía una madre a su hijo, incomunicado en Curlandia. No había sabido nada de él desde hacía más de un mes y se temía lo peor. «Estaba muy disgustada por lo que has tenido que afrontar y confío en que aún puedas salir adelante [...]. El buen Dios ha de poner fin a todo esto pronto, pero quién sabe cómo. Nos debatimos entre la inquietud y la expectación. “Sin ti, ¿qué será de mi fuerza y de mi valor?”», concluía, citando un texto religioso.[63] Con tantas personas

angustiadas por sus propios parientes, el sufrimiento de los demás tenía un papel secundario.

En la Alta Baviera, donde se decía que, a falta de las nuevas armas prometidas, la población albergaba pocas esperanzas de que se expulsara a los soviéticos del territorio del Reich, el estado de ánimo estaba, al parecer, más dominado por la preocupación por los problemas de transporte y de correos y por la posible escasez de alimentos que ocasionaría la pérdida de territorio en el este.[64] En Franconia, los acontecimientos que se producían en el este quedaron eclipsados por la destrucción total del hermoso casco antiguo de Núremberg durante un intenso bombardeo aéreo el 2 de enero, que había matado a 1.800 personas y destruido 29.500 edificios, dejando sin vivienda a gran parte de la población de la ciudad.[65] Ursula von Kardorff, una periodista de Berlín, admitía estar tan conmocionada que apenas podía imaginar las horripilantes escenas que le habían contado testigos directos de lo sucedido en la estación de trenes de Breslau después de que se diera la orden de abandonar la ciudad: refugiados que se pisoteaban unos a otros presa de la desesperación, cadáveres arrojados fuera de los vagones de mercancías sin calefacción, personas atrapadas en las vías, madres delirantes que no podían o no querían ver que los bebés que llevaban en brazos estaban muertos. Unos días más tarde, comentó los testimonios de espantosas atrocidades que llegaban a su mesa día tras día. «Es evidente que el cerebro propagandista de Goebbels funciona de nuevo febrilmente», señalaba antes de preguntarse: «¿O todo esto es cierto? Ya no me creo nada si no lo he visto con mis propios ojos».[66]

En aquel momento, tendría la oportunidad de comprobarlo. Los primeros trenes repletos de refugiados ya estaban llegando a Berlín desde Silesia. Un camión descubierto llegó a la ciudad lleno de niños, muchos de ellos muertos después de 96 horas de exposición al frío extremo.[67] «Columnas de camiones abarrotados de refugiados y equipaje en bolsas y sacos circulan por las calles de Berlín», escribía el corresponsal en Berlín de un periódico sueco el 24 de enero en un reportaje que llegó a manos de los Aliados. «La

invasión de Berlín por los refugiados es ahora tan impactante que la población de la capital del Reich ha comprendido plenamente que el peligro del este se acerca tempestuosamente a las fronteras y al propio Berlín».[68]

En una ciudad absorta en sus propios problemas (un sistema de transportes al borde del colapso, escasez de alimentos y de carbón, cortes de electricidad y la constante preocupación por los ataques aéreos), los refugiados no eran bien recibidos por todos. Eran pocos los que querían compartir sus apartamentos, a menudo ya abarrotados, o sus escasas raciones alimenticias.[69] Los mozos de las principales estaciones se mostraban reacios a ayudar a los que bajaban de los trenes; algunas personas se quejaban, probablemente de manera injusta, de que las «hermanas» nacionalsocialistas preferían sus cálidas habitaciones a ayudar a los recién llegados (aunque los refugiados solían reconocer su ayuda y la de otras organizaciones del partido); había preocupación por la falta de alimentos, sobre todo de leche para los niños, y quejas de que «tenemos tan poco y ahora están todos estos refugiados». A finales de mes, la ciudad estaba atestada de recién llegados que desahogaban su ira y su amargura sin tener en cuenta las consecuencias. Había un enorme resentimiento hacia los funcionarios del partido, que se habían salvado primero a sí mismos mostrando poco interés por los demás, no habían alertado a tiempo y habían conseguido plazas en los trenes que partían hacia el Reich.[70] «Quienes lo han perdido todo, pierden el miedo», comentaba un observador. La policía se abstuvo momentáneamente de intervenir.[71]

No es de sorprender que los testimonios de los refugiados tuvieran un efecto deprimente en los berlineses. Había un temor generalizado a que, una vez que el Ejército Rojo conquistara la región industrial de la Alta Silesia, la guerra estuviera prácticamente perdida. La gente no dejaba de preguntarse dónde estaban las tan esperadas «armas milagrosas» que iban a cambiar el curso de la guerra y por qué no se estaban utilizando contra los rusos después de todo lo que se había hablado y escrito sobre ellas. Incluso se

dudaba de que existieran y se las consideraba una simple invención de la propaganda. Había escepticismo sobre si Alemania estaría en condiciones de lanzar una ofensiva en caso de que se pudiera frenar al Ejército Rojo. Y la gente consideraba simple propaganda la afirmación de que los soviéticos habían agotado sus últimas fuerzas y eran incapaces de lanzar una nueva ofensiva.[72] Cuando la mañana del 3 de febrero unos 1.500 aviones estadounidenses lanzaron más de 2.000 toneladas de bombas sobre Berlín en el ataque aéreo más masivo de la guerra contra la capital del Reich, causando 5.000 muertos, heridos o desaparecidos, el destino de la afligida población del este pasó a un segundo plano al apoderarse el pánico temporalmente de la ciudad. Sin embargo, las noticias del continuo avance soviético en el este provocaron mucha inquietud y se habló mucho de una evacuación de Berlín; las preocupaciones se agravaron cuando se colocaron barricadas. Algunos chistosos sarcásticos preguntaban con humor negro cuánto tardaría el Ejército Rojo en pasar por encima de las barricadas. La respuesta al chiste era una hora y cinco minutos: una hora riéndose de las barricadas y cinco minutos demoliéndolas.[73]

Se decía que la población no se hacía ninguna ilusión sobre las consecuencias de una derrota «y sobre lo que pueden esperar quienes caigan en manos de los rusos. La gente está básicamente de acuerdo en que es mejor seguir luchando hasta derramar la última gota de sangre y aceptar todas las privaciones que perder la guerra o rendirse prematuramente».[74] Sin duda, no todos compartían la idea de que había que luchar hasta el final. En muchos, quizás en la mayoría, prevalecía un estado de ánimo fatalista. «No pienses mucho, cumple tu deber y ten fe. El alemán vencerá en este ataque de los hunos», le escribía una mujer a un amigo destacado con la Luftwaffe en Prusia Oriental.[75] Según los recuerdos de un periodista extranjero que vivió en la capital alemana en esa época, la intensificación de las restricciones y los controles, los problemas de transporte, el deterioro del suministro de alimentos, el temor constante a las bombas y la preocupación por el futuro incitaron a muchos a optar por la evasión, a menudo recurriendo a la bebida.

[76] Pero la determinación de resistir era un indicio de que se trataba de una corriente de opinión importante que se había visto reforzada por las noticias sobre las atrocidades en el este. A diferencia de la situación en el oeste, donde no se tenía mucho miedo a la ocupación británica o estadounidense, el temor justificado a lo que supondría la derrota a manos de los soviéticos fue un elemento importante a la hora de explicar el respaldo a seguir combatiendo en el este, sobre todo entre los que estaban más amenazados.

Para entonces, la fe en Hitler había declinado tanto que tenía poco que ver con la voluntad de seguir luchando expresada por la población civil. Un artículo elogioso de Goebbels la víspera de Año Nuevo en el importante semanario berlinés *Das Reich,* en el que alababa el «genio» de Hitler, había recibido fuertes críticas, según el SD de Stuttgart. En vista de lo sucedido, la gente decía: «o el Führer no es ese genio descrito por Goebbels o ha desencadenado intencionadamente esta conflagración mundial». Algunos recordaban lo que había escrito Hitler en *Mein Kampf,* donde «hace veinte años expuso sus objetivos. Hay gente que está dispuesta a afirmar que ahí reside el origen de la guerra». Muchos extrajeron la conclusión de que «el Führer había trabajado para la guerra desde el principio».[77]

No obstante, había una pizca de fe en sus poderes que no se había extinguido del todo. Algunos refugiados que se encontraban en Berlín dijeron, al parecer, «que el Führer pronto les llevaría de vuelta a su patria», y se decía, a la manera habitual de la propaganda, que «la fe en el Führer es tan grande que incluso un pequeño éxito vuelve a subir rápidamente la moral de muchos».[78] Una enfermera de la Cruz Roja alemana, que escribió consternada a su familia desde la relativa tranquilidad de un hospital naval en La Rochelle «que los bolcheviques están ahora en nuestra hermosa Alemania», quería confiar en la promesa que había hecho Hitler en su discurso de Año Nuevo de una victoria final, pero añadía: «Es sumamente difícil creerla».[79] Otra mujer restaba importancia a dudas similares. Pese a estar horrorizada por los acontecimientos en

el este y las bombas que caían en las ciudades alemanas, y pese a su inquietud por el futuro, aún confiaba en un liderazgo «que solo quiere lo mejor y la grandeza para el pueblo», lamentaba que los miembros del partido «no defendieran la idea del Führer mejor» y estaba segura de que la guerra «debe terminar sencillamente con una victoria nuestra», ya que una «diabólica jefatura estatal» judía no resistiría a largo plazo.[80]

Una fe genuina e ingenua en Hitler (que quizá se apreciaba más entre los alemanes más jóvenes, aunque en este caso también era un actitud muy minoritaria) quedaba expresada en una anotación pesimista del diario de una adolescente de Siegen, en el sur de Westfalia, cuya madre estaba muy angustiada por sus parientes que no habían conseguido escapar del cerco de Königsberg. Sin radio desde el último bombardeo aéreo, la muchacha no sabía dónde estaban exactamente las tropas alemanas, pero veía muy claramente lo mala que era la situación. Alemania necesitaba tropas en el este, pero entonces los británicos y los estadounidenses atacarían en el oeste. Y ahora, con la evacuación de Breslau, la gente tenía que huir tanto en el este como en el oeste. «Nuestro pobre, pobre Führer. Probablemente ya no podrá dormir por las noches y solo tiene en mente lo mejor para Alemania», fue su primer pensamiento. No estaba segura de su propio futuro, pero se aferraba a dos esperanzas: que Dios reconozca que el pueblo alemán ya ha sido suficientemente castigado (no decía por qué); o «que el Führer aún tenga una arma secreta que usar». Pensaba que quizás el arma era tan destructiva que el gobierno dudaba si emplearla. En cualquier caso, no había nada que pudiera hacer una persona corriente, añadía con fatalismo. Las cosas seguirían su curso. Y terminaba lamentando que la escuela fuera a abrir de nuevo a finales de febrero: «¿Todavía hay que aprender en un momento como este? ¡Qué horror!», comentaba.[81]

Alemania era un país menguante, con las zonas orientales amputadas, las fronteras occidentales amenazadas y la población sometida a un creciente peligro de invasión y a constantes bombardeos. Los habitantes de las ciudades tenían que hacer frente a graves privaciones por las restricciones en el suministro de gas y

electricidad, a menudo no había agua, salvo en fuentes provisionales en las calles, y las raciones alimenticias eran más reducidas. Con frecuencia, tenían que ir al trabajo a pie o en bicicleta, ya que los sistemas de transporte público solo funcionaban, en el mejor de los casos, parcialmente. En otras zonas del país que aún no estaban marcadas por la guerra, las condiciones solían ser mejores. Había víveres, a menudo almacenados, pese a los castigos por hacerlo. Tampoco había, salvo en las zonas de las afueras de los conglomerados urbanos, el terror nocturno a los bombardeos aéreos, aunque cualquiera que trabajara en los campos podía estar expuesto a ataques, aún más frecuentes, de los aviones en vuelo rasante. Sin embargo, no existía ningún idilio rural. Había que instalar, no siempre cortésmente, a una enorme y creciente cantidad de refugiados de las ciudades bombardeadas y después de las regiones arrasadas del este en alojamientos ya desbordados y abarrotados, y se les alimentaba con raciones cada vez más exiguas. En las zonas próximas al frente, también había que encontrar alojamiento para los soldados. Muchas veces, los recién llegados distaban mucho de mostrarse agradecidos por lo que se les ofrecía. Se quejaban de las condiciones precarias y se mostraban reacios a ayudar en las tareas agrícolas.[82]

En las ciudades o en el campo, a quienes tenían antecedentes «pardos» en el partido nazi o en alguna de sus organizaciones filiales no se les escapaba hasta qué punto los despreciaba gran parte de la población, pero seguían ostentando el poder. Pese a que aumentaban las críticas, la población tenía miedo, con razón, a ser demasiado franca y pagar las consecuencias. Todo aquel con un historial de opiniones antinazis tenía que mostrarse especialmente cauto. La cantidad de personas que estaban convencidas de que la guerra estaba perdida aumentaba cada día. Eran pocos los que no tenían miedo al futuro. Aun así, seguía habiendo una minoría, cada vez más reducida, que estaba dispuesta a creer, tal vez más por desesperación que por convicción, que Hitler se guardaba algún as en la manga, incluso a aquellas alturas. Muchas personas que habían perdido la fe en el Führer no veían otra opción que seguir

combatiendo para evitar que el país cayera en manos de los temidos bolcheviques. Después estaban los bandidos, aquellos que habían sido estrechos aliados del régimen nazi durante tanto tiempo que tenían un interés personal en que prosiguieran los combates, ya que no tenían ningún futuro cuando terminaran. El avance soviético en el este supuso el comienzo de su última aventura. Como no tenían nada que perder, el radicalismo de los fanáticos del partido era una amenaza para cualquiera que se interpusiera en su camino.

Independientemente de la variedad de las actitudes, que iban desde la completa oposición a los nazis hasta la lealtad aún fervorosa, la inmensa mayoría de los alemanes divididos, desconcertados y desilusionados poco o nada podía hacer para influir en lo que les deparara el futuro. Más allá de la negativa de la jefatura nazi, y de forma más obvia y decisiva del propio Hitler, a considerar la capitulación, la continuación de una guerra claramente perdida dependía mucho de la capacidad del régimen para conseguir tropas y suministrarles armamento y de la predisposición y la determinación de la Wehrmacht a seguir combatiendo incluso cuando el único desenlace que parecía seguro era una catastrófica derrota.

V

Las cartas a los familiares desde el frente muestran inevitablemente una variedad de actitudes entre la tropa. En realidad, la mayoría evitaba los comentarios políticos y se limitaba a hablar de asuntos privados. Entre quienes expresaban sus puntos de vista sobre la guerra, unos eran derrotistas (pese al riesgo de que estas opiniones cayeran en manos de los censores, con graves consecuencias para el remitente) y otros simplemente se resignaban ante lo que tenían que afrontar. No obstante, la mayoría de ellas seguían rezumando optimismo y capacidad de resistencia, a menudo quizá para aliviar las angustias de sus parientes. Un cabo destacado en Curlandia no escatimaba críticas a los funcionarios del partido, de quienes decía que lo sacrificarían todo antes que servir en el frente, una opinión

común dentro de Alemania. «Ojalá pudiera triunfar el sentido común entre los tiranos —escribía, y añadía perspicazmente—, pero saben que, de todos modos, ellos mismos están condenados, por lo que antes sacrificarán sin piedad a todo un pueblo».[83] En otra carta, un soldado contaba las historias que había oído a un testigo presencial sobre la «rabia indescriptible» de los refugiados al huir del Ejército Rojo, que creían que pronto se impondría el comunismo «si los estadounidenses no nos salvan de él».[84] Un sargento que escribía desde Breslau se mostraba temeroso, pero fatalista: «Los rusos están cada vez más cerca y corremos el peligro de que nos cerquen, pero nuestra vida está en manos de Dios y aún confío en que volvamos a vernos».[85]

Lo más habitual era que el tono fuera bastante diferente. «¡La gravísima situación actual no debería arrebatarnos la confianza! Será diferente, creedme. Debemos tener paciencia y no debemos, no debemos perder la fe», escribía un soldado.[86] Otro, que apelaba a los sacrificios materiales necesarios para el país, creía que, con valor, sería posible conservar el frente y repeler a la «gran apisonadora del este».[87] Un suboficial destacado en Prusia Oriental expresaba su tristeza por el «sufrimiento de los refugiados», pero también la ira que ello provocaba, un sentimiento que, sin duda, compartían muchos soldados y otra motivación más para proseguir con los firmes esfuerzos para frenar la amenaza soviética.[88] Un cabo, molesto porque hubieran volado el monumento a Tannenberg en Prusia Oriental y preocupado por la posible pérdida de la industria de Silesia, escribió que aún creía firmemente que Alemania acabaría derrotando al enemigo.[89] Un granadero herido, ingresado en un hospital de campaña en Alemania tras ser evacuado por mar, desde Pillau, de la olla a presión de Prusia Oriental, se mostraba confiado, pese a que la situación era preocupante. «Debemos tener fe. Creo fehacientemente que pronto habrá un cambio. ¡De ningún modo capitularemos! No puede ser en vano que ya se haya derramado tanta sangre en este combate por la libertad. ¡La guerra puede terminar y terminará con una victoria de Alemania!», afirmaba.[90]

Es imposible saber hasta qué punto estas actitudes eran representativas, aunque, como en estas cartas, seguramente las esperanzas y los miedos ocupaban un lugar destacado en los pensamientos de la mayoría de los soldados, abrumados por la crisis en el este. Rara vez se mencionaban opiniones políticas. Naturalmente, era peligroso expresar críticas al régimen. Sin embargo, también era poco frecuente expresar sentimientos claramente favorables a los nazis. El desprecio por los funcionarios del partido era generalizado en el seno de la Wehrmacht, al igual que entre la población civil, aunque apenas aflora en las cartas enviadas a los parientes por razones obvias. Por otra parte, las actitudes favorables hacia el nazismo no eran siempre claramente definibles. El nacionalismo extremo del régimen alimentaba el sentimiento de que había que proteger la patria contra viento y marea. Y los años de estridente propaganda antibolchevique y de estereotipos racistas concordaban, para muchos soldados, con su propia experiencia de las prácticas brutales del Ejército Rojo y fortalecían su determinación de resistir la ofensiva de aquellos a los que, influidos por el adoctrinamiento nazi, veían como «hordas asiáticas» o «bestias bolcheviques». Es probable que los eslóganes propagandísticos como «Victoria o Siberia», o «Luchamos por las vidas de nuestras esposas e hijos», surtieran efecto, aunque no es posible evaluar cuál fue su acogida.[91] Un oficial subalterno, que prestaba servicio en el oeste pero seguía de cerca los acontecimientos en el este con una tristeza y un pesimismo cada vez más profundos, posiblemente se hacía eco de las opiniones de muchos al escribir en su diario: «Basta de eslóganes. Ya no convencen».[92] En esa época, en el frente occidental, los psiquiatras del ejército aliado que estudiaban la mentalidad de los prisioneros capturados calcularon que aproximadamente el 35 por ciento de ellos eran nazis, aunque solo en torno a un 10 por ciento eran «incondicionales». Estimaban que el 65 por ciento restante no mostraba indicios claros de lo que consideraban un tipo de personalidad nazi.[93] No se puede saber si, de haberse realizado

evaluaciones como estas en el frente oriental, se habrían extraído conclusiones similares.

Fueran cuales fueran sus opiniones personales, los soldados rasos no podían influir en los acontecimientos. La inmensa mayoría se limitaba a obedecer órdenes. La cifra de deserciones iba en aumento, incluso en el frente oriental, aunque solo representaba a un porcentaje ínfimo de los que combatían. Sin duda, había indicios de que la moral flaqueaba, pero, ante la amenaza de duros castigos, nunca hubo el riesgo de que estallara un motín. En cualquier caso, lo más esencial para que se mantuviera la continua predisposición a combatir no fue la conducta de la tropa, sino la actitud de sus comandantes.

En las anotaciones en el diario y en las cartas a su esposa del coronel general Reinhardt, que se hallaba en el ojo del huracán por ser el comandante en jefe del hostigado Grupo de Ejércitos Centro, se pueden apreciar las tensiones internas del jefe militar, en días de desesperación, cuando intentaba contener el inexorable avance del Ejército Rojo a través de Prusia Oriental. Reinhardt, un firme partidario del régimen, lidiaba con problemas de conciencia, que compartían ampliamente los mandos militares, al tratar de conciliar la responsabilidad hacia los hombres que tenía a sus órdenes con la obediencia a Hitler, más cuando las órdenes recibidas contradecían diametralmente su propio criterio sobre lo que sabía que era necesario. Después de la guerra, seguía creyendo que no tuvo alternativa. La dimisión, a menos que Hitler la reclamara, no era posible. Incluso la idea de fingir una enfermedad para ceder el mando le había causado «conflictos psicológicos muy serios». Se engañaba pensado que podía influir personalmente en los acontecimientos y que era «inútil sacrificarse a sí mismo», ya que sería fácil encontrar un sucesor complaciente, por lo que no vio otra opción que seguir en el cargo.[94]

A media tarde del 14 de enero, cuando la ofensiva se hallaba en sus etapas iniciales, Hitler telefoneó a Reinhardt para saber su opinión sobre la situación de su grupo de ejércitos, pero puso fin abruptamente a la conversación antes de que el comandante tuviera

ocasión de expresar su preocupación por la escasez de reservas. Horas más tarde, durante una noche agitada, Reinhardt recibió órdenes de Hitler de trasladar dos divisiones acorazadas vitales al Grupo de Ejércitos A de Harpe, que estaba en apuros tratando de contener el avance soviético en el Vístula. Esto debilitaría aún más sus ya limitadas reservas. Pero le comunicaron que no tenía sentido protestar, la decisión del Führer era irrevocable. Reinhardt anotó que las consecuencias en Prusia Oriental solo podían ser «catastróficas». La retirada de las últimas reservas se saldaría inevitablemente con un avance del enemigo muy pronto. «Un golpe monstruoso para nosotros. Pero hay que soportarlo, ya que nuestra posición también depende de Harpe», escribió con estoicismo en su diario.[95]

Reinhardt también tenía que lidiar con Guderian, además de con Hitler. El 15 de enero Guderian se negó al principio a permitirle recortar el extremo nordeste del frente. Reinhardt, desesperado por conseguir reservas, apeló a Hitler, que esta vez le apoyó mientras Guderian claudicaba. El 17 de enero, Hitler, con el respaldo de Guderian, rechazó la fervorosa súplica de Reinhardt de retirar al cuarto ejército a fin de conservar las reservas tan necesarias para ayudar al segundo ejército, que combatía más al oeste. La llamada telefónica de una hora de Reinhardt a Hitler para plantearle la cuestión fue complicada. Hitler le dijo al principio que, debido a sus problemas auditivos como consecuencia del atentado contra su vida en el mes de julio anterior, el general Wilhelm Burgdorf, su ayudante en la Wehrmacht, conduciría el debate. Reinhardt y su jefe del estado mayor, el teniente general Otto Heidkämper, también un firme partidario del régimen, sospechaban que Burgdorf no representaba plena o claramente cuál era su situación. En cualquier caso, no sirvió de nada. Hitler estaba convencido de que las retiradas no ahorrarían ninguna fuerza porque el enemigo sencillamente avanzaría hacia posiciones más favorables. Afirmaba que este tipo de retirada había provocado catástrofes en todos los puntos del frente oriental. A continuación, rechazó la petición de Reinhardt de que permitiera que el cuarto ejército se retirara a los

lagos de Masuria y se mostró desdeñoso sobre el valor de las fortificaciones en Lötzen. Lo máximo que consiguió Reinhardt fue conservar dos divisiones que Guderian había querido trasladar al OKH.[96]

Reinhardt tenía los nervios de punta mientras trataba de hacer frente a la crisis. Y la situación no mejoró cuando el 19 de enero presenció terribles escenas de devastación después de que a los civiles que huían les alcanzara un bombardeo aéreo, que dejó una estela de cadáveres, vehículos destrozados y caballos despedazados junto a la carretera.[97] En una carta dirigida a su esposa se preguntaba a sí mismo cómo era posible seguir adelante con una carga tan pesada y dolorosa. Y se respondía: «La maquinaria del deber, la voluntad y la aplicación incuestionable e "imperativa" hasta las últimas fuerzas actúan de forma automática en nosotros. Rara vez se piensa en la gran cuestión "ahora qué"».[98]

Otra súplica de Reinhardt la tarde del 20 de enero para retirar al cuarto ejército, que cada vez corría más peligro, hasta unas líneas más seguras en los lagos de Masuria topó con el tajante rechazo de Hitler, una decisión que los mandos del Grupo de Ejércitos Centro juzgaron incomprensible, ya que la situación se estaba volviendo crítica y el cerco era casi seguro. Guderian prometió intentar convencer a Hitler para que cambiara de idea, pero albergaba pocas esperanzas de conseguirlo. Reinhardt pasó otra noche en vela. «Todavía no hay autorización para la retirada. La cuestión de si debería desobedecer me produce la mayor de las angustias», anotó en su diario el 21 de enero. Aquella mañana volvió a suplicarles a Guderian y al jefe del estado mayor del mando del OKH, el general Walther Wenck, que tomaran una decisión de inmediato «o la confianza en el liderazgo se desmoronará». Seguirían «unas horas increíblemente tensas». Reinhardt fumó un cigarrillo tras otro hasta que se le acabaron. Guderian telefoneó a media mañana para decir que Hitler había vuelto a oponerse a la retirada del cuarto ejército.

Reinhardt decidió, una vez más, hablar directamente con Hitler para tratar de «salvar lo que se pudiera salvar». Tuvo que iniciar otra larga batalla para intentar vencer la terca oposición de Hitler a

la retirada al distrito de los lagos de Masuria, que era la única esperanza de mantener el frente. Le escribió a su esposa que la conversación le resultó angustiosa «porque me he debatido enormemente con todos mis sentimientos, mi sentido del deber y mis conflictos de conciencia, entre querer y tener que obedecer y el sentimiento de responsabilidad propio de mi tarea». El punto de inflexión en la discusión se produjo cuando Reinhardt afirmó vehementemente que, si no se efectuaba la retirada, Prusia Oriental y el grupo de ejércitos se hundirían. Reinhardt prosiguió diciendo que sus comandantes le habían bombardeado con peticiones de ayuda y que tenía que decir que la cuestión de la confianza desde abajo era un factor muy serio. No veía otra solución que la que había propuesto. En caso de que la petición volviera a ser rechazada, temía perder el control. Tras casi dos horas, Hitler cedió y autorizó la retirada a los lagos. «¡Gracias a Dios! —anotó Reinhardt—. Estaba al borde de la desesperación. ¿El suicidio es una deserción? ¡Ahora probablemente sí! Gracias a Dios —repetía— que se ha superado la crisis de confianza. No habría sido capaz de enfrentarme a mis comandantes. Dudaban de mí, y con razón. Ahora Dios debe ayudarnos a que no sea demasiado tarde».[99]

Era demasiado tarde. En cuanto Hitler accedió a permitir que el cuarto ejército se replegara a la zona fortificada cuyo centro era Lötzen, otro avance soviético amenazó la región. Ya esa misma tarde, el 21 de enero, Reinhardt reconoció que la posición de Lötzen ya no era segura y que era imprescindible desplazarse hacia el oeste, en dirección al «triángulo de Heilsberg». Cuando viajó a Königsberg al día siguiente bajo una intensa nevada, Reinhardt se sintió consternado al ver a los refugiados caminando con un tiempo tan espantoso. Le dijo a su mujer que le contrariaba que «los ahuyentemos y los tratemos con rudeza si bloquean las carreteras con sus vehículos y retrasan movimientos de tropas vitales». Mientras tanto, la retirada del cuarto ejército se agravaba. Como las carreteras eran intransitables, Reinhardt no pudo reunirse el 23 de enero con el comandante del cuarto ejército, el general Hoßbach, para evaluar la situación general. Aquella tarde, mientras llegaban

más noticias deprimentes del avance de los soviéticos, Reinhardt culpó de la situación a la demora de la autorización para el repliegue y anotó en su diario: «Entonces, estamos rodeados».

Para entonces, su opinión era que había que iniciar un «avance hacia el oeste», algo a lo que Hoßbach había instado diciendo que era la única esperanza. Informó al OKH de la decisión aquella tarde, aunque omitió mencionar su convicción de que sus fuerzas eran demasiado débiles para intentar a un tiempo esta maniobra y retener Königsberg y Samland. Como era evidente que Hitler iba a rechazar la petición de inmediato, tampoco informó de su intención de abandonar la zona de Lötzen y retirarse totalmente a una nueva posición más fácil de defender cerca de Heilsberg. El OKH, que ignoraba la magnitud de la crisis, accedió y prometió enviar tropas al este desde la zona de Elbing para que se unieran al cuarto ejército y avanzaran hacia el oeste. Cuando él y Hoßbach se reunieron a la mañana siguiente, Reinhardt, sin duda presionado para que actuara por Hoßbach, cuya confianza en su comandante en jefe se había ido desvaneciendo en los últimos días, dio la orden de acelerar la maniobra. A Reinhardt le preocupaba que el intento llegara demasiado tarde y siguió dándole vueltas a si debería haber desobedecido ante la persistente negativa de Hitler a permitir una retirada. «No puedo sobrevivir a esta catástrofe —se lamentó—. Me culparán, aunque mi conciencia está tranquila, salvo porque quizá fui, por el sentido del deber, demasiado obediente».

Al día siguiente, el 25 de enero, Reinhardt tuvo que afrontar un nuevo conflicto interior. Había sufrido una grave herida en la cabeza aquella mañana al cortarse con un cristal tras la explosión de una granada en un cuartel general que visitaba. Ensangrentado y demacrado, suplicó a Guderian en vano la retirada del frente. Guderian, que apoyaba la postura de Hitler, insistió en mantener la posición en los lagos, cerca de Lötzen. Al día siguiente por la tarde, Reinhardt volvió a intentar, desde el lecho, conseguir una decisión favorable del OKH cuando se intensificó la amenaza al cuarto ejército. Le habían prometido que tomarían una decisión para las 5 de la tarde, ya que les había dicho que era el último momento posible. A las 5.30, por fin llegó la orden de Hitler, pero solo

autorizaba una retirada limitada a posiciones que, en realidad, ya había tomado el Ejército Rojo. Hitler siguió insistiendo en mantener la posición alrededor de Lötzen. Reinhardt le dijo a Hoßbach, que presionaba una y otra vez para que se tomara una decisión, que si no había recibido ninguna respuesta para las 7.15, él mismo ordenaría la retirada. En medio de una tensión creciente, ni Guderian ni Wenck, en el OKH, estaban disponibles para hablar con Reinhardt por teléfono. Hoßbach llamó a las 7 para decir que necesitaba una autorización inmediata para replegarse; ya no podía esperar más. Reinhardt dio la orden. Anotó que no tenía elección; de todos modos, ya se había perdido la ventaja de la posición en los lagos. No tenía fuerzas suficientes para conservarla. «Mi conciencia está tranquila al defender el ataque [...] del que depende todo. Creo firmemente que el éxito y el mantenimiento de nuestro ataque es más importante para el Führer que la posición en los lagos», afirmaba. Estaba equivocado. Hitler, creyendo que había sido engañado, tuvo un ataque de furia al enterarse de que el cuarto ejército había abandonado Lötzen y acusó a Reinhardt y a Hoßbach de traición. Más tarde se calmó. Pero hacía falta un chivo expiatorio, Aquella noche, Reinhardt, leal pero con remordimientos de conciencia, y su jefe del estado mayor, Heidkämper, fueron destituidos.

VI

En todo este drama, no solo era sorprendente la absurda y obtusa negativa de Hitler a autorizar repliegues razonables, sino también la desdicha de Reinhardt por tener que considerar la idea de desobedecer incluso hasta esos extremos. También es significativo que Reinhardt y los mandos del Grupo de Ejércitos Centro creyeran que no podían confiar en el respaldo del OKH o del entorno militar de Hitler. La desconfianza respecto a Burgdorf, el ayudante de Hitler en la Wehrmacht, era patente. Y también sabían que Guderian, en su calidad de jefe del estado mayor general, se pondría de parte de Hitler. Así pues, cuando se reconoció que la retirada total del cuarto

ejército a la zona de Heilberg era la única opción que quedaba, aunque supusiera la pérdida de Königsberg y Samland, hubo que ocultárselo no solo a Hitler, sino también al OKH. El Gauleiter Koch, que seguía proclamando la necesidad de retener la «fortaleza de Prusia Oriental» hasta el final, tampoco podía enterarse, ya que se lo comunicaría inmediatamente a Hitler. Las líneas de mando militar y político que hacían que la posición de liderazgo de Hitler fuera intocable y garantizaban que se cumplieran sus órdenes, por muy carentes de sentido que fueran, siguieron intactas durante toda la crisis. Hoßbach exageró su propia reputación afirmando después de la guerra que había desobedecido a Hitler al ordenar unilateralmente el ataque hacia el oeste para romper el cerco. En realidad, hasta la destitución de Reinhardt el 26 de enero, actuó con pleno respaldo de su comandante en jefe. Al parecer, la decisión tomada a regañadientes de actuar en contra de los deseos de Hitler porque creía que no tenía elección provino de Reinhardt, más que de Hoßbach.

El objetivo de los mandos del Grupo de Ejércitos Centro al retirarse a Heilsberg era trasladarse a una posición más fácil de defender. Una vez allí, se podría sopesar si quedaba algo de Prusia Oriental que se pudiera salvar. La opinión de Hoßbach, según escribió poco después de la guerra, era aún más radical. Declaró que sabía que habían perdido Prusia Oriental. La única opción que veía era intentar salvar a las fuerzas alemanas para que pudieran combatir de nuevo.[100]

Esta idea se convirtió en un fin en sí misma. La desesperación creó su propia dinámica. Hoßbach, como otros mandos militares, afirmó más tarde que la razón para seguir combatiendo era proteger y salvar a la población civil. La realidad fue diferente: lo primero era salvar al ejército. Naturalmente, a los comandantes, como ponen de manifiesto el diario y las cartas de Reinhardt, así como otros testimonios de la época, les impresionaba y entristecía la penosa situación de los refugiados que huían en pleno invierno de Prusia Oriental. Los soldados que se batían, en realidad, hicieron a menudo cuanto pudieron para llevar con ellos a los refugiados o ayudarlos

en lo que pudieran, aunque sirviera de poco. El sufrimiento del que fueron testigos tuvo un efecto depresor en la moral de la tropa.[101] No cabe duda de que la Wehrmacht quería, en la medida de lo posible, impedir que la población cayera en manos de los soviéticos. Pero las columnas de refugiados que huían por las carreteras heladas amenazaban con obstaculizar el avance hacia el oeste. Las órdenes de Reinhardt del 2 2 de enero mostraban cuáles eran las prioridades. «Las marchas que perturban el movimiento de tropas en las carreteras principales deben ser alejadas de esas rutas [...] Sin duda, es doloroso. Pero la situación lo requiere», ordenaba Reinhardt.[102] Hoßbach, a su vez, les diría a sus comandantes del cuarto ejército dos días más tarde que «hay que retener a la población civil. Perece horrible, pero, por desgracia, no se puede cambiar, ya que, por duro que sea, ahora, tras la pérdida de Prusia Oriental, se trata de llevar a las fuerzas militares de vuelta al país con cierta capacidad de combate». «Hay que despejar a las columnas de refugiados de las carreteras», le espetó sin rodeos a Reinhardt esa misma tarde.[103] El ejército en retirada puso en práctica la orden en reiteradas ocasiones, expulsando de malos modos a los refugiados y sus carros de las carreteras mientras se iban abriendo paso hacia el oeste.

Naturalmente, la lógica militar puede dictar a veces que la población civil tenga que sufrir a corto plazo a fin de permitir que las fuerzas armadas se reorganicen para beneficiar a esa población a largo plazo. Sin embargo, en el caos que reinaba en Prusia Oriental en enero de 1945, había pocos indicios de que existiera un pensamiento estratégico claro. El objetivo declarado de Hoßbach, rescatar a las tropas para que pudieran seguir luchando, no explicaba cuál era el propósito de seguir combatiendo. La motivación precisa no es fácil de discernir, ni para los mandos ni para las tropas. La esperanza de ganar tiempo hasta que la coalición enemiga se dividiera se volvía más débil cada día. «Ahora se trata de resistir en el oeste y desarrollar una guerra de partisanos alemana en el este», declaró un coronel. La única esperanza era «un combate a muerte». El propósito último seguía sin ser mencionado y era, en

cualquier caso, un objetivo que se vio sobrepasado rápidamente por los acontecimientos.[104] La «defensa de la patria» era una abstracción. Y ¿dónde se la defendería? ¿En el Óder (y el Rin)? ¿Dentro del propio Reich? ¿En la capital del Reich hasta que todo fuera destruido? La brutalidad del ataque soviético, y el temor a caer en manos del enemigo, el instinto de supervivencia, la lealtad a los camaradas más próximos que se enfrentaban al mismo destino y la preocupación por los seres queridos en casa eran motivaciones suficientes para la mayoría de los soldados cuando reflexionaban sobre por qué seguían luchando. Para sus mandos, quizás intervenía otro elemento. Es probable que el comentario en el diario de Reinhardt de que un sentido del deber casi automático impulsaba sus actos, sin apenas pensar en las consecuencias posteriores, fuera aplicable a la mayoría de los jefes militares, y no solo en el frente oriental.

Esto significaba que la jefatura militar, que carecía de una estrategia alternativa para poner fin a la guerra, seguía luchando objetivamente en aras del único objetivo que le quedaba al régimen: combatir hasta el final, fuera cual fuera el coste en destrucción material y vidas humanas. Las decisiones de Hitler durante la crisis de enero en el este no hicieron sino impulsar ese objetivo. Como de costumbre, los generales a los que se juzgaba deficientes eran desechados con la misma facilidad que los cartuchos vacíos, incluso si, como en el caso de Reinhardt, no había ninguna esperanza para su misión. Hitler sustituyó a Reinhardt por el coronel general Lothar Rendulić, un austriaco de confianza, duro, hábil y competente, aunque no más capacitado que Reinhardt para superar una misión imposible en Prusia Oriental. Según Hoßbach, cuando llegó no conocía la situación global, no tenía ninguna relación con las tropas que ahora estaban bajo su mando, «probablemente actuaba siguiendo las órdenes vinculantes de Hitler» y sobreestimaba mucho a las fuerzas que tenía su disposición. Tuvo enseguida un enfrentamiento con Hoßbach por el avance previsto hacia el oeste a costa de abandonar a su destino Königsberg y Samland y dijo que no apoyaría una maniobra que describió como «merecedora de la

muerte».[105] Solo a partir de entonces, Hoßbach actuó de forma independiente, en contra de los deseos de la jefatura del grupo de ejércitos. El repliegue siguió adelante, pero, al no contar con las fuerzas suficientes, tuvo dificultades ya el 30 de enero, cuando Hoßbach también fue destituido y sustituido por el general Friedrich-Wilhelm Müller, un hombre competente, pero sin experiencia en el alto mando, que suspendió la tentativa de llegar hasta el Vístula.[106]

Más al sur, un Hitler furioso ya había destituido al jefe del Grupo de Ejércitos A, el coronel general Harpe, al que culpaba del abandono de Varsovia pese a haber recibido la orden de retener la ciudad a cualquier precio.[107] Su sustituto, el comandante que mejor encarnaba los valores nazis, el brutal coronel general Ferdinand Schörner, no tardó en imponer su propia e implacable disciplina a las tropas que se batían en retirada, persiguiendo sin piedad a los desertores y ordenando ejecuciones ejemplarizantes.[108] Exigió a sus oficiales que reprimieran de inmediato el menor signo de deserción o indisciplina sin preocuparse por las sutilezas de un juicio legal. La justicia estaba subordinada al interés general. «Al fin y al cabo, la guerra tampoco es "justa"», razonaba.[109] Mucho más tarde, cuando regresó tras estar encarcelado en Rusia y fue sometido a un juicio en el oeste de Alemania, Schörner dijo que, al asumir el mando, se encontró con los soldados desmoralizados, con millones de refugiados en las carreteras que impedían los movimientos de tropas ordenados y con la desintegración de las unidades de combate. Había conseguido restablecer la situación y, con medidas implacables, había logrado estabilizar el frente. Declaró que su objetivo no había tenido que ver con la «victoria final» o el régimen, sino que consistió simplemente en impedir que el Ejército Rojo avanzara hacia el interior de Alemania y salvar a centenares de miles de refugiados de los bolcheviques.[110] Con ello obviaba oportunamente su determinación, incluso en un momento desesperado, de hacer todo lo posible para poner en práctica la política de Hitler de «luchar hasta el final» con el mayor fanatismo.

El 25 de enero, Hitler aprovechó la oportunidad que le brindaban los cambios de personal para rediseñar el grupo de ejércitos, adaptándolos a la realidad. El Grupo de Ejércitos A, con Schörner al mando, se convirtió en el Grupo de Ejércitos Centro; el Grupo de Ejércitos Centro, bajo el mando de Rendulić, pasó a llamarse Grupo de Ejércitos Norte; y el Grupo de Ejércitos Norte, varado en Curlandia, pese a las súplicas de Guderian de evacuar a unos 200.000 soldados muy necesarios que estaban atrapados allí para destacarlos en los frentes, muy sobrecargados, de otras zonas, se convirtió en el Grupo de Ejércitos Curlandia, bajo el mando del coronel general Heinrich von Vietinghoff, quien fue trasladado al gélido norte desde el clima más soleado del frente italiano. Los cambios reflejaban la necesidad que percibía la jefatura de combatir los signos de decaimiento de la moral y el potencial hundimiento del frente desde dentro imponiendo una disciplina implacable. El «triunfo de la voluntad» mediante la obediencia ciega tenía que reemplazar totalmente a los imperativos del profesionalismo militar. Para ello, el jefe del OKW, el mariscal de campo Keitel, exigió una obediencia incondicional a la hora de cumplir las órdenes y pidió a los consejos de guerra que condenaran a muerte a todos los que no cumplieran con su deber.[111] Hitler tomó una iniciativa extraordinaria y creó una nueva fuerza, el Grupo de Ejércitos Vístula, para reforzar las endebles defensas del nordeste de Alemania y bloquear el asalto contra la línea del Óder, al norte de Glogau, y la penetración soviética en Prusia Occidental y Pomerania. De forma asombrosa, y en una maniobra que denotaba desesperación, le confió el mando a Heinrich Himmler, que estaba muy capacitado para tratar sin piedad a las víctimas políticas y raciales indefensas, pero cuya única experiencia como jefe militar de alto nivel en el frente se limitaba a un breve e infructuoso mando al frente del Grupo de Ejércitos Alto Rin, reunido apresuradamente en las semanas anteriores. Su función consistía en restablecer el orden en un frente que flaqueaba y en garantizar, mediante una disciplina implacable, que se siguiera combatiendo sin tregua hasta el final.[112] Al principio, sus tropas consistían, básicamente, en lo que

había quedado de las fuerzas de los ejércitos noveno y segundo, aunque para mediados de febrero estaba al mando de unas cuarenta divisiones.[113]

Uno de los hombres que más firmemente respaldó a Hitler en la lucha incondicional hasta el final fue el gran almirante Dönitz, cuyos actos contradicen la imagen que cultivó tras la guerra de militar apolítico y completamente profesional. Dönitz era un verdadero radical que estaba totalmente comprometido con la lucha contra el comunismo. Nunca flaqueó su respaldo absoluto a Hitler, al que, según dijo en los interrogatorios después de la guerra, veía como un hombre de una «caballerosidad y amabilidad extremas». Insistió en que su relación con Hitler había sido simplemente la «de un soldado cuyas actividades se limitaban por completo a su dominio; es decir, a sus intereses de soldado»[114] y se presentaba como una persona cuya principal preocupación había sido el destino de la afligida población civil del este. Declaró que, después de inicio de la ofensiva soviética en el frente oriental en enero, la misión más importante para un soldado alemán era salvar a los habitantes de las provincias orientales y explicó con orgullo el papel de la armada en el traslado de más de dos millones de alemanes al oeste en los últimos meses de las guerra.[115] Sin embargo, el 22 de enero acordó con Hitler que las menguantes reservas de carbón «se deben reservar para operaciones militares y no para utilizarse en el traslado de los refugiados». El traslado de los refugiados por mar solo se podía efectuar mientras no fuera un obstáculo para las tropas que combatían. La prioridad principal de Dönitz era enviar provisiones a las tropas atrapadas en Prusia Oriental y Curlandia. Los refugiados que esperaban desesperados barcos que los evacuaran desde Pillau y otros puertos del Báltico tenían que aguardar.[116]

En tanto que jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring había caído en desgracia debido a los fallos de las defensas aéreas y solo acudía al cuartel general del Führer cuando estaba obligado a hacerlo, pero seguía siendo leal, pese a estar resignado al destino inminente de Alemania.[117] El coronel general Robert Ritter von Greim,

comandante en jefe de la sexta flota aérea en el frente oriental, que ya sonaba como un posible sustituto de Göring, era otro nacionalsocialista convencido que participó en la tentativa de golpe de Estado de 1923 y estuvo comprometido con Hitler hasta el final. Otros altos oficiales de la Luftwaffe también eran fanáticos partidarios de seguir combatiendo, por muy inútil que pareciera. Los mandos de la Luftwaffe, pensaran o no de este modo, albergaban la esperanza de que se pudiera salvar algo para el futuro, y eso hacía que fueran extremadamente cautos a la hora de tomar iniciativas que pudieran llevarlos a caer en desgracia.[118]

Guderian, en tanto que jefe del estado mayor del ejército de tierra, estaba cada vez más frustrado y distanciado de Hitler como consecuencia de sus discrepancias con las disposiciones militares, aunque, como ya hemos señalado, normalmente se había puesto de su lado cuando Reinhardt intentó desesperadamente que se tomaran decisiones sobre la retirada en Prusia Oriental. Sin embargo, por muy en desacuerdo que estuviera con las decisiones del Hitler, las aceptaba e intentaba ponerlas en práctica lo mejor que podía. Poco después del atentado contra Hitler en julio de 1944, quiso que todos los oficiales del estado mayor fueran NSFO.[119] También había formado parte del «Tribunal de Honor» que había expulsado de la Wehrmacht a 55 oficiales en desgracia.[120] Seguía siendo leal, aunque para entonces estaba desilusionado. Y en la cúpula de la Wehrmacht, la lealtad servil estaba asegurada con Keitel y Jodl. El estamento militar, en contra de lo que afirmaría más tarde, seguía comprometido con Hitler y con una estrategia que, al excluir cualquier tipo de capitulación, lógicamente solo podía conducir a un inmenso derramamiento de sangre y a la autodestrucción final.

Lo que, por encima de todo, permitía que la lucha militar continuara, aunque a un coste inevitable en otros frentes, era la aceptación de que había que encontrar una enorme cantidad de refuerzos para el este. Las bajas en el frente oriental en enero y febrero ascendieron a más de 450.000.[121] Pero había que fortalecer el frente además de cubrir esas bajas. La armada y la Luftwaffe facilitaron decenas de miles de marineros y pilotos para la

guerra terrestre.[122] El ejército de reemplazo consiguió reunir muchos más, a menudo aquellos que se dedicaban a ocupaciones reservadas y que hasta entonces estaban exentos. El *Volkssturm* movilizó en total a más de medio millón de hombres, que en su mayoría carecían de armas, para que combatieran en el frente oriental, donde las bajas fueron terribles.[123] Pero como las verdaderas reservas estaban prácticamente exhaustas y los nuevos reclutas a menudo eran muchachos de 16 o 17 años sin apenas adiestramiento, muchos de los refuerzos solo podían provenir del oeste o del sur. El 19 de enero, seis días después del comienzo de ofensiva soviética, el teniente general August Winter, jefe adjunto del estado mayor de operaciones de la Wehrmacht, presentó un informe cuya premisa básica era que la guerra se decidiría en las semanas siguientes en el este. Winter afirmaba que, debido a la emergencia en el este, se imponía la necesidad de «concentrar el mayor número de fuerzas en el teatro oriental para la gran batalla decisiva, en detrimento de otros teatros de guerra y reconociendo plenamente el grave riesgo que entraña para el teatro occidental».[124] La orden se tradujo en el envío de otras 40 divisiones al este. También se enviaron en grandes cantidades al este baterías antiaéreas, carros de combate y artillería pesada, en detrimento de otros frentes. Para el 12 de febrero ya se habían enviado 33 divisiones al frente oriental, a las que seguirían otras doce a principios de marzo. Sin embargo, para facilitar 18 de estas divisiones no quedaba más remedio que debilitar las fuerzas que combatían contra los británicos y los estadounidenses en el oeste y en el norte de Italia.[125] El hundimiento de la Wehrmacht en el este presagió directamente la última fase del avance de los Aliados en el oeste.

Mientras tanto, los dirigentes del régimen y sus representantes en escalafones inferiores estaban cada vez más desesperados, y había señales claras de que la moral se estaba desmoronando tanto en el interior como en los frentes, por lo que se intensificó el recurso a medidas de represión extrema, que a partir de entonces irían dirigidas no solo contra los grupos minoritarios perseguidos e

indefensos, sino también contra la propia población alemana. El terror que durante tanto tiempo se había exportado al este estaba llegando al interior del Reich.

6

EL TERROR LLEGA AL INTERIOR DEL REICH

El Führer espera que los Gauleiter lleven a cabo la tarea que se les ha encomendado con la severidad y la coherencia necesarias, y repriman de forma implacable cualquier signo de desintegración, cobardía y derrotismo con las condenas a muerte de los consejos de guerra sumarios. Aquel que no esté dispuesto a combatir por su pueblo, sino que lo apuñala por la espalda en su momento más grave, no merece vivir y debe morir a manos de un verdugo.

Directiva de Bormann sobre la creación de consejos de guerra sumarios, 15 de febrero de 1945

I

La gran mayoría de la población alemana no comprendió las consecuencias de la imposibilidad de repeler al enemigo en el oeste durante la ofensiva de las Ardenas hasta el ataque desde el este en la segunda quincena de enero de 1945. El traumático impacto de esta calamidad hizo que casi todo el mundo se diera cuenta de que el final de la guerra estaba cerca, que Alemania se enfrentaba a la derrota total y la ocupación enemiga en un futuro no muy lejano. Los días estaban contados para un régimen que, a los ojos de cada vez más personas, había causado tanto sufrimiento al país. Ante esta toma de conciencia, los signos de desintegración entre la población civil y la tropa empezaron a aumentar. El régimen respondió como cabía esperar: intensificando enormemente la represión interna.

Por supuesto, la represión había sido una parte intrínseca del régimen nazi desde el principio. La abogacía había colaborado plenamente en la escalada de persecuciones y respondió en cada etapa a la violencia extrajudicial de la policía y las organizaciones del partido intensificando su propia represión. Pero la represión en los años previos a la guerra, pese a ser omnipresente, se había centrado en grupos «marginales». El control político y social del régimen se basaba, en última instancia, en el reconocimiento general por parte de los alemanes de que aquel actuaría de forma implacable contra quienes se interpusieran en su camino o contra quienes considerara por una u otra razón sus enemigos. Sin embargo, mientras la represión estuvo dirigida contra los «marginados» y los «indeseables», la mayoría de la población la aceptó o incluso la agradeció.[1] Mientras los individuos que no pertenecían a un grupo perseguido política o racialmente se sometieran, o no tuvieran la desgracia de ser considerados de algún modo «inferiores» a los que había que excluir de la «comunidad del pueblo», era improbable que cayeran en las garras de la Gestapo.

Cuando empezó la guerra, la violencia intrínseca del sistema cobró un nuevo y fuerte impulso. Por lo general, esa violencia se exportaba, y la peor parte afectaba a las poblaciones de los países conquistados en la primera y triunfal fase de la guerra. Sin embargo, la represión interna contra cualquier indicio de disidencia política también se intensificó. Los judíos, considerados siempre el principal enemigo racial y a los que la implacable propaganda culpaba incesantemente de la guerra, sufrieron una persecución aún mayor y más cruel, sobre todo cuando empezaron las deportaciones al este en 1941.[2] Y la represión terrorista se dirigió arbitrariamente contra el creciente número de trabajadores extranjeros procedentes de los países conquistados, en especial cuando la suerte de la guerra se volvió en contra de Alemania, un momento que marcó simbólicamente la catástrofe de Stalingrado en el invierno de 1942-1943. Para entonces, el sistema legal había capitulado ante el poder sin límites del aparato de seguridad de la policía y las SS. Cuando las bajas en el frente aumentaron de forma alarmante y se

incrementaron proporcionalmente las presiones a la población civil dentro de Alemania a lo largo del año 1944, el régimen se volvió aún más sensible a las señales de disensión. Pese a todo, las críticas al régimen aumentaron, como indicaban claramente los propios servicios de control de las autoridades. La popularidad de Hitler, el foco de la propaganda «positiva», había disminuido visiblemente. La reputación del partido experimentaba una severa caída. La moral en el frente, sobre todo tras el descalabro en Francia, flaqueaba.

La disolución del respaldo al régimen, que la propaganda trataba de combatir en vano, supuso inexorablemente un mayor recurso a la represión terrorista. Tras el atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944, y con las crecientes dificultades a las que Alemania tuvo que enfrentarse en los últimos meses del año, la población, como ya hemos visto en capítulos anteriores, fue obligada cada vez más a doblegarse a la campaña de la guerra total. Los comentarios imprudentes y cualquier indicio de lo que se consideraba derrotismo o subversión eran castigados sin piedad. El régimen se estaba haciendo cada vez más peligroso para sus ciudadanos.

Pero a partir de febrero de 1945, el terror dentro de Alemania adquirió nuevas dimensiones. Los dirigentes del régimen, con Hitler a la cabeza, podían ver claramente que, a menos que se produjera un milagro, la derrota era más que evidente. La propaganda repetía consignas destinadas a fomentar la voluntad de resistir y seguir combatiendo que caían en saco rato para la mayoría de la población. Cuando la propaganda fracasó, se intensificó la violencia. El recurso del régimen a la violencia absoluta reflejaba una mezcla de miedo, desesperación, desafío y venganza: el temor a otro 1918; el creciente recelo por el explosivo potencial de los millones de trabajadores extranjeros presentes en el país; la desesperación ante la inminente derrota total y el hundimiento del régimen; el desafío a todas las fuerzas, tanto internas como externas, que creían que estaban arrastrando a Alemania a su perdición, y la venganza contra todos los que se hubieran opuesto al nazismo y se iban a alegrar de su caída. Esta combinación creó un nuevo nivel de violencia dirigida arbitrariamente contra todo aquel que pareciera obstruir u oponerse a la lucha hasta el final.

La peor parte de los violentos castigos se reservó, como siempre, para los enemigos que había designado el régimen. Los últimos meses, cuando los vestigios de control sobre una violencia cada vez más desbocada se desvanecieron resultarían letales para los judíos, los trabajadores extranjeros, los prisioneros de guerra y los presos de los campos de concentración. La mayoría de la población alemana también estaba sometida, cada vez más, a represalias brutales ante cualquier sospecha de derrotismo. El menor comentario imprudente o cualquier indicio de oposición al autodestructivo rumbo del régimen podían resultar desastrosos para cualquier individuo. A medida que los frentes militares estrechaban el cerco al Reich, el terror, que antes se exportaba, se redirigió contra la población de la propia Alemania durante los últimos estertores del régimen. Era una señal de que la desesperación era cada vez mayor. Al igual que los vanos esfuerzos propagandísticos, el terror no pudo impedir el continuo derrumbe de la moral. Pero fue más que suficiente para impedir que cualquier posibilidad de que la miseria, el sufrimiento y, por entonces, la aversión hacia el régimen nazi en amplios sectores de la población se convirtieran en el tipo de clima revolucionario que había caracterizado las últimas fases de la Primera Guerra Mundial en 1917-1918.

II

A finales de enero, el régimen se mostraba seriamente preocupado por los signos de hundimiento de la moral tanto en el interior como, lo que era aún más inquietante en el frente. Incluso en el seno de las SS, pese a lo difícil que era admitirlo, había voces dispuestas a reconocer que la crisis se agravaba.

El 26 de enero, el SS-Hauptsturmführer Rolf d’Alquen, oficial del estado mayor en el departamento de propaganda del Grupo de Ejércitos Alto Rin, telegrafió un mensaje de pánico a su hermano en Berlín, el Standartenführer Gunter d’Alquen, director del periódico de las SS *Das Schwarze Korps.* «El estado de ánimo de las tropas que combaten se ha vuelto cada vez más nervioso y serio a causa de los

acontecimientos en el frente oriental», afirmaba. Muchos soldados que procedían de las regiones orientales padecían sus propias angustias personales. «Si la situación empeora en los próximos días —proseguía—, cabe prever que el espíritu de combate de la tropas se vea paralizado porque ya no pueden soportar las preocupaciones». Y señalaba que el estado de ánimo de la población civil de la zona era similar. Quería «una palabra de consuelo del cuartel general del Führer» y preguntaba, de forma cauta pero intencionada, si era posible averiguar si Hitler le había explicado a su séquito lo que tenía en mente para superar la crisis. Y comentaba que tanto las tropas como la población civil tenían claro que, con las armas existentes, solo se podía mantener el frente por poco tiempo. Las pocas esperanzas que quedaban estaba depositadas en un arma «que podía anular todo lo que se había soportado y todos los reveses, y provocar el cambio decisivo en los frentes».

Pidió que se llamara la atención del Führer sobre la situación de la moral en el frente, lo que, sin duda, no ocurrió. Pero sus palabras llegaron a Himmler. El mensaje de D'Alquen fue transmitido a Rudolf Brandt, el ayudante personal de Himmler, con una nota adjunta en la que se mencionaba que era «típico de la situación psicológica de las tropas, pero también de los responsables de la propaganda». Himmler no tardó en responder. Dijo que, aunque las tropas habían sufrido reveses, era el propio D'Alquen quien estaba más deprimido. Su sugerencia era «absolutamente imposible». Se debía decir a las tropas que cumplieran con su deber, por muy duro que fuera. Cuando el oeste estuviera protegido, la Wehrmacht, en el este, estaría lista para absorber el ataque antes de «volver a tomar la iniciativa». «De ti espero la compostura interior de un hombre de las SS», concluía Himmler.[3]

Unos días más tarde, el propio Grupo de Ejércitos Vístula de Himmler, recién creado, informaba de que los oficiales «ya no tenían bajo un control firme a las tropas» y se estaban apreciando «señales de disolución de la peor clase» cuando los soldados, y no solo en casos aislados, «se quitaban sus uniformes e intentaban por todos los medios conseguir ropas de paisano para huir».[4] Sin

embargo, los Aliados occidentales, basándose en sus interrogatorios de los soldados capturados, no esperaban deserciones en masa. «La mayor disuasión contra la deserción sigue siendo el miedo a las represalias contra la propia familia», era su valoración. La sensación de que el final de la guerra estaba próximo era otra razón para no correr el riesgo de desertar. El 65 por ciento, aproximadamente, de los soldados interrogados a mediados de febrero creía que la guerra habría terminado en cuestión de semanas. Se juzgó que seguían luchando por el deseo de sobrevivir, la apatía (hacia todo salvo su propia situación militar inmediata) y un sentido automático de la obediencia.[5] Se decía que, en medio del caos de las evacuaciones desde el este, los soldados se mezclaban con los evacuados, «marcando el paso» y tratando de eludir los combates «a la espera de un final inminente», ya que la policía militar o había desaparecido o no era capaz de controlar los trenes totalmente abarrotados.[6]

A Martin Bormann, en la cancillería del partido, no le cabía duda, a partir de los informes que recibía, de que los soldados estaban afectando a la moral de la población civil con su actitud derrotista. «¿Qué? ¿Todavía escuchas a Hitler?», se oyó comentar a un soldado que había regresado a la zona de Magdeburgo. Decía que estaba lejos de su casa y que para cuando le encontraran las autoridades, la guerra ya habría terminado. Por suerte para él, nadie lo delató y se salió con la suya. Se decía que, en los Sudetes, la afluencia de soldados que huían desde el este ofrecía un espectáculo deprimente. Entraban a menudo a las tiendas para pedir productos, aunque no tenían cupones de racionamiento. Cuando se les rebatía, replicaban que la guerra había acabado y que no necesitaban cartillas de racionamiento. Su opinión era que las consecuencias de la derrota no serían tan malas como las habían descrito.[7] Desde la zona de Colonia-Aquisgrán, Bormann tuvo noticia a principios de febrero de una «creciente incertidumbre interna» y de la creencia en «una cierta crisis de liderazgo» en la Wehrmacht, aunque las Waffen-SS parecían librarse.[8]

Estas impresiones de que la moral era baja entre los soldados en el interior de Alemania fueron confirmadas por el informe de un NSFO (formulado, naturalmente, en la jerga nazi), en el que contaba sus impresiones durante un viaje por varias regiones del país. Apreciaba «síntomas de acontecimientos amenazantes para el futuro». Afirmaba que los desertores solían encontrar apoyo entre la población civil, lo mismo que sus acusaciones de que el sabotaje de los oficiales (los ecos de la conspiración de Stauffenberg aún reverberaban) había causado la derrota de Alemania. El informe mencionaba que la disciplina se había relajado y los propios oficiales se mostraban apáticos. La población del centro de Alemania, preocupada, como era natural, por los acontecimientos en el este, les decía a los soldados del frente occidental que deberían dejar entrar a los estadounidenses para no caer en manos de los bolcheviques, una idea que consideraba un peligro evidente para la moral. Los rumores de que las fábricas de armamento habían cerrado por la escasez de carbón y los problemas de transporte también estaban afectando a la moral. Los soldados que se enteraban de que la industria armamentística ya no estaba funcionando pensaban que la guerra estaba indudablemente perdida. Como cabía prever, el informe concluía diciendo que era necesario adoptar medidas drásticas para contrarrestar unas señales tan preocupantes, y abogaba por imponer «consejos de guerra itinerantes», la aplicación «implacable» de las órdenes y «medidas radicales ejecutadas con todo la fuerza» como una respuesta necesaria.[9]

Los informes que llegaban de las regiones orientales de Alemania a mediados de febrero solo podían ser una lectura deprimente para Himmler. Se enteró de que la constatación de la impotencia militar de Alemania era «la causa de casi todas las señales de desmoralización entre las tropas», que generalmente aceptaban que se había perdido la guerra. El saqueo de la Wehrmacht en los lugares en los que la población civil había huido, que también se veía como un signo de hundimiento de la moral, era algo común. Muchos soldados, oficiales y hombres de la *Volkssturm* se habían

separado de sus unidades y vagaban por los bosques junto a las orillas orientales del Óder para intentar cruzar a Alemania. Su moral era, naturalmente, baja. Desesperados, solían culpar al nacionalsocialismo de todos sus sufrimientos, juzgaban la guerra perdida y querían la paz a cualquier precio. Se admitía que Himmler y las SS eran abiertamente criticados. Y los jefes de los grupos de soldados rezagados les decían que no usaran las armas si se encontraban con tropas soviéticas, sino que se rindieran sin combatir.[10]

La moral también había caído a unos niveles igual de bajos entre la población civil. Los informes de la propaganda de mediados de febrero indicaban que la actitud predominante entre la clase media y el campesinado era «un profundo letargo». Su opinión resignada, «un veneno imparable», era que todo estaba perdido y que la guerra habría terminado en unos pocos meses.[11] Los soldados que pasaban por Berlín informaban de que la moral en el oeste era «catastrófica» y que todo el mundo quería que terminara la guerra, algo que ya no podía tardar en suceder. En la propia capital del Reich, el pesimismo se había apoderado de la población. Se extendían las críticas por las incumplidas promesas de nuevas armas, aunque se decía que el miedo a las consecuencias de caer en manos de los soviéticos mantenía el espíritu de combate.[12] El fatalismo y la triste indiferencia eran habituales. «Nos tomaremos las cosas como vengan. No podemos cambiarlas», pensaban. «Todo aquello que parezca propaganda o se presente como tal es rechazado de plano», se informaba.[13] También se constataba una incredulidad similar en las afirmaciones de la propaganda en el sur de Alemania, donde el estado de ánimo era «muy depresivo» y se albergaban pocas esperanzas de que el desenlace de la guerra fuera favorable para Alemania, sobre todo después de que la promesa de las nuevas armas nunca se materializara.[14] La población de Viena creía que la habían embaucado con la promesa de nuevas armas. Imperaba un sentimiento generalizado de que la situación era desesperada. Además de la apatía, los individuos tenían miedo. Se decía que muchos estaban sopesando suicidarse. «Ya he tomado

todas las medidas para acabar con mi familia. Tengo veneno suficiente», era uno de los comentarios.[15] La guerra era «el mismo timo» que en 1914-1918, decía la población rural del distrito alpino de Berchtesgaden. «Si la gente hubiera imaginado en 1933 lo que iba a ocurrir, nunca habría votado a Hitler», era la opinión en una zona donde en otro tiempo se habían formado enormes aglomeraciones de «peregrinos» para intentar ver al Führer en su cercana residencia del Obersalzberg.[16]

No obstante, la resignación, la apatía, la dislocación y la fatiga por el desgaste causado por el sufrimiento, además de la asfixiante represión del régimen, hacían que el hundimiento de la moral no pudiera transformarse en un fervor revolucionario. Los informes de observadores de países neutrales que llegaron clandestinamente a manos de los Aliados occidentales incluían descripciones vívidas del estado de ánimo depresivo en Berlín mientras se hacían los preparativos para la defensa de la ciudad, de la caótica situación de las líneas ferroviarias, de la compra de alimentos motivada por el pánico en el centro de Alemania y de las espantosas condiciones de vida en todo el país. Sin embargo, los informes insistían en que no había ninguna posibilidad de que estallara una revolución interna.[17]

Aun así, las autoridades nazis no corrían riesgos. Para ellas ya sonaban todas las alarmas, pese a las repetidas quejas rutinarias sobre la «solida compostura interior» de la población. Un indicador preocupante era el desplome de la autoridad del partido y el declive de su reputación, que se había desintegrado en el oeste a lo largo del otoño anterior. Para entonces ocurría lo mismo en el este y, cada vez más, en otros lugares. Los refugiados que llegaban del este desde finales de enero descargaban su ira contra los fallos de los funcionarios del partido en las chapuceras evacuaciones y destacaban como blanco al Gauleiter de Prusia Oriental, Erich Koch.[18] Las relaciones entre el ejército y el partido eran tensas. En vista del clima que reinaba en el frente oriental, la respuesta que recibió Himmler a una sugerencia de que se enviara a los líderes del partido a ejercer de comisarios políticos junto a las tropas fue que los

individuos con el uniforme del partido serían asesinados.[19] Se decía que el uniforme del partido sacaba de sus casillas a los soldados.[20] No era muy diferente entre la población civil. A los funcionarios del partido, muy conscientes de su impopularidad, tuvo que recordarles el Gauleiter de Múnich, Paul Giesler, su obligación de vestir el uniforme mientras estaban de servicio, y a los miembros ordinarios del partido que lucieran sus insignias en todo momento, so pena de exclusión del partido.[21] El odio y el desprecio profundos a los representantes de un partido al que se consideraba responsable de la ruina de Alemania eran por entonces prácticamente omnipresentes. Los ejemplos de lo que se consideraba, comprensiblemente, un grave incumplimiento del deber por parte de los dirigentes del partido escandalizaba a la población y echaba por tierra, aún más, su reputación.[22]

Hans Frank, virrey de Hitler en el Gobierno General de Polonia, era sumamente corrupto, incluso para los criterios nazis. En su territorio se había gaseado a casi 2 millones de judíos en los campos de Belzec, Sobibor y Treblinka y se había impuesto un reinado del terror a la población polaca sometida. Frank huyó el 17 de enero del castillo de Wawel, en Cracovia, donde había vivido desde 1939 rodeado de un lujo inenarrable y de un despótico esplendor. El y su gran séquito se dirigieron primero al castillo de Seichau, en Silesia. Cuando emprendieron de nueva la marcha el 23 de enero, dejaron las habitaciones llenas de los restos de alimentos y vino, dilapidados, en su mayor parte, durante una fastuosa fiesta de despedida, lo que suscitó la ira de una población local a la que se había obligado a aclimatarse a las privaciones de la guerra. Se enviaron camiones cargados de objetos valiosos y tesoros artísticos saqueados a la residencia provisional de Frank en medio de los lagos de Baviera.[23]

Sin embargo, la huida del Gauleiter Arthur Greiser desde su cuartel general en Poznan a mediados de enero fue la que alcanzó una especial notoriedad. Greiser, que sería ejecutado en 1946 por los polacos, a los que había sometido a años de tormentos y sufrimientos en el «Warthegau», había sido uno de los gobernantes

provinciales nazis más despiadados. Estaba orgulloso de que Hitler y Himmler le escucharan y había jugado un papel importante en la creación del campo de la muerte de Chelmno en su región, donde fueron gaseados más de 150.000 judíos entre finales de 1941 y 1944. Mientras el Ejército Rojo avanzaba rápidamente y el 17 de enero ya estaba casi en las fronteras de su Gau, Greiser seguía guardando las apariencias de que las defensas alemanas eran fuertes, aunque, por dentro, estaba al borde del pánico. Como no quería que su Gau fuera el primero en ser evacuado, se negó a ordenar la evacuación. La noche del 17-18 de enero, Greiser ordenó por fin una evacuación parcial y tardía de las zonas más orientales del Gau, después de haber sido testigo de la huida de miles de soldados. Sin embargo, la mayoría de la población no era consciente del peligro que corría. Greiser seguía manifestando a su personal que Poznan sería defendida. En realidad, sabía que no había ninguna posibilidad de frenar la ofensiva soviética. El 20 de enero, Greiser llamó al cuartel general del Führer y obtuvo la aprobación de Hitler, que le transmitió Bormann, para evacuar las oficinas del partido en Poznan y trasladar a su séquito a un entorno más seguro en Frankfurt an der Óder. Greiser le dijo a su personal que había sido convocado en Berlín por orden del Führer para llevar a cabo una misión especial para Himmler. Esa tarde, acompañado de un ayudante, huyó de Poznan. Se confiscaron todos los camiones que se pudo encontrar para trasladar los bienes y los archivos de las oficinas del Gau. Para vencer los reparos iniciales de las autoridades militares se alegó que la evacuación era una orden del Führer. La huida de Greiser sumió al Gau en el caos y provocó una frenética estampida de la población, que intentó escapar por todos los medios posibles. La mayoría fue alcanzada por las tropas soviéticas. Unas 50.000 personas murieron tratando de huir del «Warthegau».[24]

La orden de Hitler fue una complicación más cuando surgieron críticas a Greiser en el seno del propio partido. No obstante, se supo que Greiser había maquinado conseguir la autorización para marcharse en un momento en el que se estaba negando la evacuación a los ciudadanos corrientes (Poznan había sido

nombrada «ciudad fortaleza» que había que conservar a cualquier precio) y había engañado a Hitler haciéndole creer que la caída de la ciudad era inminente. (En realidad, el Ejército Rojo estaba en aquel momento a unos 130 kilómetros de distancia y Poznan no acabaría capitulando hasta finales de febrero.) Goebbels, un gran admirador de Greiser, pero consciente del daño que había causado al partido, juzgaba la acción del Gauleiter vergonzosa, cobarde y deshonesta. Creía que Greiser debía comparecer ante el Tribunal del Pueblo (donde el veredicto habría sido, sin duda, la pena de muerte), pero no pudo convencer a Hitler, presumiblemente abochornado por su propia autorización, para que le impusiera el grave castigo que creía que merecía.[25] Las agencias de propaganda informaron de que el «caso Greiser» aún seguía «haciendo ruido» semanas más tarde, exagerando los testimonios de los refugiados sobre «el fracaso del NSDAP en la evacuación de todo los Gaue».[26] Bormann se vio obligado a enviar una circular al partido para intentar contrarrestar los rumores negativos sobre la conducta de los dirigentes políticos del «Warthegau». Defendió a Greiser, declarando que estaba dispuesto a servir con el mando militar en Poznan pero había abandonado la ciudad por orden expresa del Führer. Y amenazó con un severo castigo a los funcionarios que abandonaran a la población a su suerte.[27]

En realidad, Greiser no sería el último de los «peces gordos» del partido que abandonaron a las personas a su cargo después de pedirles que resistieran hasta el final. Pero, para Goebbels, fue «la primera decepción seria», un indicador de que «todo se desmoronaba» y el final no estaba lejos.[28]

III

La señales de que la determinación de resistir estaba empezando a flaquear incluso dentro del partido impulsaron medidas para fortalecer la moral con enérgicas y reiteradas exhortaciones,

apoyadas en todo momento por castigos implacables a quienes no cumplieran con su deber.

El 23 de enero, Wilhelm Stuckart, plenipotenciario del Reich para la administración (delegado de Himmler en su calidad de ministro del Interior del Reich), exigió a los funcionarios de las autoridades estatales en los Gaue orientales (incluidos Mark Brandenburg y Berlín) que cumplieran con su deber hasta el último instante en las zonas amenazadas por el enemigo antes de unirse a las tropas combatientes. Se adoptarían medidas estrictas contra quienes no lo hicieran. Cuando Stuckart envió su misiva a las máximas autoridades estatales el 1 de febrero, incluyó una copia de la orden de Himmler, promulgada dos días antes, que estipulaba que todo aquel que abandonara su puesto en cualquier oficina militar o civil sin haber recibido órdenes de hacerlo sería castigado con la muerte. En una lista adjunta de los «castigos», se especificaba que los culpables de cobardía e incumplimiento del deber serían fusilados de inmediato. Para reforzar el mensaje, Himmler se refirió a los ejemplos de la ciudad de Bromberg, donde los funcionarios del partido y estatales se habían comportado de forma muy poco heroica al aproximarse el Ejército Rojo. El jefe de la policía había abandonado su puesto. Un comandante del ejército local había contravenido las órdenes y se había replegado a una posición defensiva. El presidente del gobierno (el jefe de la administración regional) y el alcalde de Bromberg fueron degradados posteriormente y enviados a batallones de castigo a los que se encomendaban misiones especialmente peligrosas. Lo mismo le ocurrió al jefe de distrito del partido, al que antes habían expulsado del mismo. Todos ellos fueron obligados a asistir a la ejecución del presidente de la policía, el SS-Standartenführer Carl von Salisch, fusilado por un pelotón por cobardía. El comandante del ejército también fue fusilado.[29] El 11 de febrero, Himmler dirigió una proclamación a los oficiales de Grupo de Ejércitos Vístula, cuyo mando acababa de asumir, en la que exponía que esperaba que fueran «un modelo de valentía y firmeza» en la fase decisiva de la lucha contra el «peligro judío- bolchevique» y que mostraran una

«fanática voluntad de victoria y un odio ardiente hacia esos subanimales bolcheviques», y les recordaba que el jefe de la policía de Bromberg había sido fusilado por no haber estado a la altura de su cargo.[30]

En aquel momento, Bormann instruía reiteradamente, en nombre de Hitler, a los dirigentes del partido sobre la necesidad de que la conducta fuera ejemplar (también en el caso de las esposas, algunas de las cuales habían abandonado la zona antes de que se diera la orden de evacuación) y volvía a amenazar con duras represalias a quienes no cumplieran las órdenes.[31] Veía necesario transmitir el aviso de Hitler de que todas las órdenes eran vinculantes, que se debían aplicar «si era necesario mediante medidas draconianas» y que debían ejecutarlas los subordinados «sin contradecirlas» y rápidamente. El pueblo alemán tenía que entender, más que nunca en aquel momento, «que estaba dirigido por una mano fuerte y enérgica», que se «atajarían de raíz los signos de desintegración y los actos arbitrarios» y que «bajo ningún concepto se toleraría» ninguna negligencia de los órganos subordinados del partido.[32] Cualquier dirigente del partido que no cumpliera con su deber, abandonara a la población para ponerse a salvo a sí mismo y a su familia u obtuviera alguna otra ventaja, se distanciara del NSDAP o «huyera como un cobarde en lugar de luchar hasta el final», sería expulsado del partido, comparecería ante los tribunales para ser juzgado y le sería impuesto «el castigo más severo».[33] En su circular, que no se debía publicar, del 24 de febrero de 1945, en el vigesimoquinto aniversario de la promulgación del programa del partido, Bormann recordó a todos sus miembros, de manera inequívoca, que todo aquel que pensara en abandonar y huir sería un «traidor al pueblo y un asesino de nuestras mujeres e hijos». Solo la firmeza hasta la muerte, sin preocuparse por la propia vida, serviría de defensa contra «la tormenta natural de las estepas, los métodos de las hordas del interior de Asia». El Führer reclamaba, y el pueblo esperaba, que todos los dirigentes del partido «resistan hasta el final y no se preocupen nunca por su salvación». En cuanto a las bases del partido, el llamamiento era que se atuvieran incondicionalmente al

sentido del deber más elevado. «Todo aquel que busque salvar su vida está condenado a muerte, también por el veredicto popular. Solo hay una posibilidad de seguir con vida: estar dispuesto a morir luchando y, con ello, conseguir la victoria», declaró, de forma un tanto contradictoria.[34] De momento, el partido seguía unido.

Cuando la disciplina también se relajó de forma preocupante en la Wehrmacht, se recurrió de forma similar a la amenaza de aplicar sanciones drásticas. Hitler hizo saber a través de Keitel que, en un momento en el que el frente oriental se hundía y sus generales cuestionaban sus órdenes en Prusia Oriental, si los mandos militares no ejecutaban las órdenes incondicionalmente o enviaban partes absolutamente fiables, exigiría «el castigo más cruel para los culpables», y esperaba que los tribunales fueran lo bastante severos como para dictaminar la pena de muerte.[35]

Un claro indicador del hundimiento del frente fue el enorme aumento de soldados «rezagados» que regresaban a Alemania. Aunque muchos se habían visto separados realmente de sus unidades, otros lo fingían con la esperanza de evitar combatir en el frente. La diferencia entre quienes habían desertado y quienes, realmente o no, habían «perdido» sus unidades estaba cada vez más difuminada. Se redoblaron los esfuerzos para capturar a los «rezagados» y enviarlos de vuelta al frente, a veces utilizando destacamentos especiales de la policía militar.[36] Hasta en la abarrotada estación de Breslau, a finales de enero, cuando los desesperados evacuados luchaban por subirse a los últimos trenes que partían hacia el oeste, la policía militar buscaba a los que llevaran uniforme para enviarlos de nuevo a combatir contra los rusos.[37] A finales de mes, Himmler pidió al pueblo alemán que mostrara mano dura con los «fugitivos», «cobardes» y «débiles» que estaban incumpliendo su deber. Instó a las mujeres, en especial, a que no tuvieran ninguna compasión con los «fugitivos» que se unían a las columnas de evacuados que partían hacia el oeste. «Los hombres que se apartan del frente no merecen el pan de la patria», declaró. Había que recordarles su honor y su deber, tratarlos con desprecio y enviarlos de vuelta al frente.[38] La Wehrmacht fijó

normas precisas para capturar a los «rezagados» y devolverlos al frente, y añadía de manera amenazadora, «en la medida en que en casos particulares no sea necesario que los juzgue un consejo de guerra».[39]

El comandante de Schneidemühl, considerada una «ciudad fortaleza», recibió los elogios de Himmler a finales de enero por disparar a los soldados en retirada con una pistola y después colgarles un cartel alrededor del cuello que rezaba: «Esto es lo que les sucede a los cobardes».[40] Bormann señaló que las «amargas experiencias en el este» mostraban que, ante las incursiones del enemigo, «ya no existe una confianza absoluta en la firmeza de las tropas del frente». Por esta razón, a principios de febrero le pidió a Himmler que, en vista de la esperada ofensiva del enemigo en el oeste, le proporcionara una cantidad mayor de «brigadas de intercepción» similares a las que, el verano anterior, durante el descalabro en Francia, habían conseguido capturar a los soldados en retirada «gracias a una intervención rigurosa» y devolverlos al «feliz cumplimiento de su deber». Les dijo a los Gauleiter del oeste que las brigadas debían estar respaldadas por todas las fuerzas disponibles de la policía y la *Volkssturm*.[41] Se debían enviar regularmente a los Gauleiter de las regiones orientales, desde todos los niveles, informes sobre los «rezagados» interceptados, que serían reenviados a los comandantes militares. Los Gauleiter del oeste también debían prestar una atención especial al problema, dado que se esperaban hostilidades en la región.[42]

Unos días más tarde, Himmler transmitió una orden a los altos mandos de las SS y la policía en las regiones occidentales, pidiéndoles que hicieran uso de la máxima severidad, junto con las autoridades militares, al capturar a los «rezagados» y «dispararan en el acto a los saqueadores y desertores», a fin de eliminar todos los obstáculos en el frente occidental ante los próximos «duros ataques». Bormann distribuyó 130 copias de la orden entre todos los dirigentes centrales y regionales del partido.[43] Himmler declaró que «era preferible intervenir con demasiada dureza peinando ciudades y cuarteles en busca de los llamados rezagados o de

soldados que se desplacen con falsas órdenes de marcha o viaje a no intervenir».[44] Para entonces, el 12 de febrero, ya había anunciado la aplicación en el Grupo de Ejércitos Vístula de una orden que juzgaba «excelente», promulgada por el inigualable coronel general Schörner del Grupo de Ejércitos Centro. Entre las exhortaciones, con el clásico lenguaje nazi, al odio fanático hacia el enemigo y la necesidad de mostrar un férrea determinación en un momento en el que «está en juego nuestra patria», figuraba la amenaza de que los «rezagados que no se registren inmediatamente para conseguir un nuevo destino o no obedezcan las órdenes» comparecerán ante un consejo de guerra y serán acusados de cobardía.[45] El desenlace en ese caso ya se sabía de antemano. Incluso Goebbels consideraba que la manera en que Schörner trataba a los «expertos rezagados», como los llamaba, era «bastante brutal». «Ordena que los ahorquen en el árbol más próximo con una nota que diga: "Soy un desertor y me he negado a proteger a las mujeres y los niños alemanes". Obviamente, tiene un buen efecto disuasorio en los desertores o en quienes están pensando en desertar», comentó el ministro de Propaganda.[46]

A finales del mes de febrero, Bormann calculó que había hasta 600.000 soldados en el Reich que eludían combatir en el frente. Una de las prioridades en todo el Reich fue perseguirlos y capturarlos. La opinión pública tenía que ser consciente del problema y había que adoptar un enfoque severo, a diferencia de lo ocurrido en 1917-1918. Eran necesarias medidas drásticas para que la elusión del deber no se extendiera. «Todo fugitivo tiene que ser consciente de que es muy probable que sea capturado en el país y de que después perderá la vida». En el frente, cabía la posibilidad de morir. En el país, el que eludiera su deber moriría con toda seguridad y con deshonor. Solo cuando se haya entendido este mensaje «superaremos esta enfermedad de la cobardía», concluía.[47]

Algunos cálculos sitúan la cifra de desertores hasta finales de 1944 en más de 250.000. Se trata de conjeturas bien informadas y muy bien podrían incluir a los «rezagados» honestos, así como a aquellos que, por la razón que fuera, ya no podían aguantar más y corrieron un enorme riesgo al deponer las armas. La cifra, sin

embargo, se refiere al periodo anterior al hundimiento del frente oriental en enero, que hizo que la cifra de «rezagados» (y la de verdaderos desertores) se disparara y quizás incluso se duplicara en los últimos cuatro meses de la guerra.[48] Aunque la magnitud del fenómeno general solo se conoce de forma aproximada, al menos se dispone de las cifras de hombres condenados por deserción por consejos de guerra, aunque no las de hombres fusilados de manera arbitraria o «ejecutados» arbitrariamente. En comparación con los 18 casos que hubo en el ejército alemán en la Primera Guerra Mundial, la cifra de soldados de la Wehrmacht condenados por deserción durante la Segunda Guerra Mundial ascendió, con una tendencia que no dejaba de aumentar, a unos 35.000. Unos 15.000 de ellos fueron condenados a muerte.[49]

Aparte de la deserción, cualquier tentativa de socavar el esfuerzo bélico conllevaba un castigo rápido y duro. El contraste en cuanto a la severidad de las condenas en el ejército alemán en la Primera Guerra Mundial y las de los Aliados en la Segunda es sorprendente. En la Primera Guerra Mundial, fueron condenados a muerte por una serie de delitos considerados graves un total de 150 soldados alemanes, de los que fueron ejecutados 48. Los consejos de guerra alemanes impusieron, en total, unas 30.000 condenas a muerte a soldados alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, de las que se ejecutaron 20.000. En el transcurso de esta última, los británicos ejecutaron a 40, los franceses a 103 y los estadounidenses a 146.[50]

Cuanto más elevado era el rango, menos probabilidades había de que los fallos militares dieran lugar a una sanción severa. Los generales podían ser destituidos, como había ocurrido con Harpe, Reinhardt y Hoßbach en el frente oriental en enero, pero no caían en desgracia, y menos aún eran condenados a muerte o se les imponían otra clase de castigos severos (aunque aún se oían muchas voces entre la población que hablaban sombríamente, en un tono que recordaba al del periodo posterior a la conspiración de julio de 1944, de los «traidores y saboteadores» en las altas esferas).[51] Sin embargo, a medida que la situación militar empeoraba y el régimen, presa de una creciente desesperación, se mostraba cada vez más

dispuesto a recurrir a la violencia incluso en su seno, hasta los altos cargos tenían que andarse con pies de plomo. El coronel Thilo von Trotha, del estado mayor general del ejército de tierra, reconocería el aviso que le envió un conocido, nada menos que el coronel general Schörner, a finales de febrero. «Entre nosotros, sin rodeos. Ayer me llegó una insinuación, confidencialmente, por supuesto, de que tu actitud hacia el partido y sus representantes es algunas veces algo reservada. Podría dar la impresión de que no concedes suficiente valor a determinadas cosas, como la jefatura nacionalsocialista del ejército», le escribió Schörner. «Estimado Trotha —proseguía—, confío en que me hayas entendido. O conseguimos tener partidarios fanáticos e incondicionalmente leales al Führer en las altas esferas o las cosas se pondrán mal de nuevo». [52]

Unos días más tarde, en una larga misiva secreta dirigida a los comandantes en jefe y a los generales al mando, Schörner ampliaba este mensaje y profería un verdadero ataque contra la falta de liderazgo en los estados mayores de algunos cuerpos del ejército. Elogió a los soldados que habían aprendido a ser brutales y fanáticos en «casi cuatro años de guerra asiática» y habían combatido recientemente en el río Neisse sin que hubiera prisioneros. En cambio, arremetió contra la indiferencia, el estilo de vida burgués, la falta de «personalidad de soldado» y el «cansancio de espíritu derrotista» de los oficiales, que eran incapaces de enardecer a las tropas mediante el fanatismo. «Estoy de acuerdo con los comandantes en jefe, con los generales al mando y con todos los soldados del frente en que en la guerra asiática necesitamos oficiales revolucionarios y dinámicos», escribió. Y añadía que Stalin no habría llegado a ninguna parte si hubiera dirigido la guerra con métodos burgueses. Schörner reclamaba «un fanatismo claro e inequívoco, nada más».[53]

La amenaza apenas velada incluida en la carta de Schörner a Trotha y su exhortación a los generales es otro ejemplo de la falta de unidad en la cúpula del ejército. Aunque muchos oficiales de alto rango hacía tiempo que, en su interior, se habían puesto en contra

del régimen nazi, el espectro de actitudes tocaba el otro extremo con fanáticos como Schörner. En un clima en que imperaban la división, la desconfianza y el temor, quedaba totalmente descartada cualquier posibilidad de un frente común contra Hitler.

Las divisiones afectaban a toda la sociedad. Lejos de la «comunidad de destino» unida que proclamaba la propaganda nazi, había una sociedad dividida en la que los individuos velaban cada vez más por sus intereses personales: la adquisición de productos de primera necesidad y, por encima de todo, la supervivencia. «Nunca había habido semejante división interna en el pueblo alemán», fue el veredicto de un coronel en febrero de 1945.[54]

Pese a la avalancha de informes que mencionaban que se estaba librando una batalla perdida, los jefes de propaganda de Goebbels redoblaron sus esfuerzos, en lugar de relajarlos, a medida que la situación de Alemania fue empeorando. Se siguieron distribuyendo periódicos en las ciudades del Ruhr incluso después de los peores bombardeos aéreos (aunque la propuesta de lanzarlos desde aviones fue rechazada al ser consideraba absurdamente inviable).[55] Hasta el propio Goebbels estaba harto del vacío patetismo de las reiteradas exhortaciones a «creer y luchar» o a permanecer «con el Führer hasta la victoria final».[56] A falta de información fiable, y en vista de que a menudo se dudaba de los partes oficiales, era inevitable que los rumores circularan como la pólvora y fuera difícil controlarlos, sobre todo cuando estaban relacionados con la evacuación de la población de zonas próximas al frente.[57] Una de las propuestas (que más tarde aprobó) fue enviar a unidades especiales de unos 1.500 jefes políticos del partido, en total, a puntos clave de los frentes oriental y occidental para fortalecer la moral, sobre todo en el oeste, dado que se esperaban hostilidades, para impedir que surgieran «signos de crisis», como había ocurrido en el este cuando se había evacuado las zonas y después habían caído en manos del Ejército Rojo. Las unidades especiales de propaganda no estarían bajo el mando de la Wehrmacht, sino que estarían dirigidas por Bormann y Himmler, y su misión sería

«organizar y movilizar toda la fuerza de la población de las zonas en cuestión en aras del despliegue total y el esfuerzo bélico».[58]

Las directrices de la propaganda verbal de mediados de febrero intentaban hacer casi lo imposible por poner de relieve los aspectos positivos para Alemania en aquella fase de la guerra. Se decía que el avance soviético en los territorios del este de Alemania había tenido un coste tan elevado en hombres y material que la fuerza de combate bolchevique había resultado claramente debilitada, lo que brindaba «una extraordinaria oportunidad» para los contraataques alemanes. Los dirigentes alemanes sabían que el ataque era la mejor defensa y actuaban en consonancia. En el oeste, la longitud de las líneas de suministros de los Aliados era una desventaja, mientras que las líneas alemanas eran cortas, las unidades tenían más maniobrabilidad y, con el refuerzo de las divisiones de granaderos del pueblo, la Wehrmacht era más fuerte que durante el verano anterior en Normandía. Además, se afirmaba que el sistema de fortificaciones muy escalonado permitía dirigir las reservas en el momento adecuado hacia las posiciones sujetas a presión y al mismo tiempo obligar al enemigo a librar una perjudicial guerra de desgaste.[59]

Apenas sonaba convincente. Y a la mayoría de la población le debían resultar vacíos los gritos de guerra, como el de Himmler a sus comandantes de división del Grupo de Ejércitos Vístula, transmitido para su máxima difusión, de que «los corazones fuertes triunfan sobre la masa y el material», que acompañó con ejemplos de actos heroicos en el frente.[60] La propaganda, aparte de reforzar la actitud desafiante de los partidarios del régimen, ya de por sí comprometidos, estaba fracasando visiblemente a la hora de cumplir sus objetivos.

No obstante, había una notable excepción. El miedo, sobre todo después de los traumáticos sucesos de enero, era la principal motivación para resistir y seguir combatiendo en el este. Creaba un vínculo, incluso en un sentido negativo, al forjar una especie de integración cuando todo lo demás se desmoronaba. Y al exagerar los temores ya existentes y perfectamente justificados a las

consecuencias de la conquista soviética, la propaganda todavía tenía un papel importante que jugar, tanto entre los civiles como en la Wehrmacht. A las tropas se les inculcaba la necesidad de combatir la «tormenta asiática del este» y se les recordaba, utilizando ejemplos de la historia lejana, como la derrota de los húngaros cerca de Augsburgo en 955 y el cerco de Viena por las fuerzas otomanas en 1683, que estos ataques siempre los había repelido una defensa fanática cuando el enemigo pisó suelo alemán.[61] Incluso a algunos nazis prominentes les resultaba excesivo que se jugara con los miedos de una población que ya estaba crispada por la insistencia en las atrocidades soviéticas.[62] Pero no era cuestión de restar valor a una de las últimas armas de propaganda eficaces de que se disponía. Ya a mediados de febrero, la propaganda empezó a prepararse para la defensa de Berlín. Se imprimieron octavillas, dirigidas a «los defensores de Berlín», en las que se instaba a un «odio fanático» en la lucha para repeler a los bolcheviques. «Se trata de innumerables mujeres y niños alemanes que depositan su confianza en ti. Que cada casa sea una fortaleza, cada callejón una fosa común para las hordas rojas. ¡Odio contra el odio! ¡Luchemos hasta el final! ¡Venganza sangrienta y represalias multiplicadas por mil para las atrocidades bolcheviques en nuestra patria!», proclamaba la octavilla.[63]

No cabe duda de que el miedo al bolchevismo era un factor importante a la hora de conservar la predisposición a seguir combatiendo, sobre todo en aquellas zonas de Alemania que estaban más expuestas a los avances del Ejército Rojo. Cuánto más se alejara de la población la amenaza inmediata de la ocupación soviética, y cuantas más posibilidades hubiera de que la zona cayera en manos de los Aliados occidentales, menos probabilidades había de que la estridente propaganda antibolchevique tuviera una resonancia directa. Y en las zonas occidentales del Reich no existía mucho miedo a la ocupación anglo-estadounidense, salvo entre los nazis acérrimos y los funcionarios del régimen. Los informes que se filtraban desde las zonas ya ocupadas incluso contenían afirmaciones de que la conducta de los estadounidenses era mejor

«que la de nuestras tropas alemanas».[64] La realidad era que, por mucho que la maquinaria propagandística trabajara sin descanso, solo una minoría cada vez más reducida de alemanes seguía estando totalmente comprometida con el régimen. Sin embargo, entre ellos figuraban quienes aún tenían el poder de la vida y la muerte en sus manos. Una palabra fuera de lugar podía dar pie a una denuncia y tener unas consecuencias desastrosas. A medida que el control del régimen disminuía y la propaganda perdía credibilidad, la única alternativa que quedaba era intensificar cada vez más la represión.

Un importante reflejo de la creciente insistencia en la represión y el terror internos fue el decreto (esperado con impaciencia por los Gauleiter de las zonas en peligro) que promulgó el 15 de febrero, por orden de Hitler, el ministro de Justicia del Reich, Otto Georg Thierack,[65] por el que se introducía la creación de los consejos de guerra sumarios *(Standgerichte)* en las zonas amenazadas por el enemigo. Cada consejo estaría presidido por un juez y contaría, además, con un líder político del NSDAP o una de sus filiales y un oficial de la Wehrmacht, de las Waffen-SS o de la policía. A los miembros del consejo los nombraría el Gauleiter de la región, en su calidad de comisario de defensa del Reich. Los consejos de guerra se ocuparían de todas las infracciones que pudieran poner en peligro la moral de combate y solo podían pronunciar tres veredictos: pena de muerte, exculpación o traspaso a un tribunal ordinario. El comisario de defensa del Reich tenía que confirmar el veredicto y determinar el lugar, la hora y el método de ejecución. Bormann añadía en su ordenanza dirigida a los Gauleiter que «El Führer espera que los Gauleiter lleven a cabo la tarea que se les ha encomendado con la severidad y la coherencia necesarias, y repriman de forma implacable cualquier signo de desintegración, cobardía y derrotismo con las condenas a muerte de los consejos de guerra sumarios. Aquel que no esté dispuesto a combatir por su pueblo, sino que lo apuñala por la espalda en su momento más grave, no merece vivir y debe morir a manos de un verdugo».[66] Unos días antes, Bormann había informado a los Gauleiter de que esto les proporcionaba «el arma para destruir a todas esas alimañas del pueblo» y manifestó su

esperanza «de que este instrumento se use como desearía el Führer, de manera implacable y sin tener en cuenta el rango o la posición de la persona afectada».[67]

Las directrices de Bormann, que reflejaban los deseos de Hitler, mostraban claramente que los nuevos consejos tenían muy poco que ver con la justicia convencional. De hecho, no eran más que una fachada para encubrir un terror cada vez más arbitrario y desenfrenado, «instrumentos de destrucción con ropajes legales».[68] Las condenas a muerte eran poco más que una formalidad, máxime porque los propios jueces estaban sometidos a presiones para que demostraran su lealtad.[69] Se sabe que los consejos de guerra sumarios impusieron entre 6.000 y 7.000 condenas a muerte, aunque en muchos otros casos los verdugos ni siquiera esperaron a la farsa de una condena cuasi judicial.[70] La justicia sumaria se volvería aún más arbitraria y expeditiva después del 9 de marzo, cuando un decreto promulgado por Hitler para crear los «consejos de guerra itinerantes» *(fliegendes Standgericht)* amplió su alcance.[71] Los consejos de guerra se desplazaban por toda Alemania para juzgar a los acusados de socavar de alguna manera el esfuerzo bélico y no tardaban en pronunciar un veredicto, normalmente una sentencia de muerte, impuesta por el oficial de mayor rango que presidía el consejo y sin posibilidad de apelación.[72] Para entonces, se desintegraba visiblemente cualquier apariencia de control centralizado de la acción judicial y se disparaban la ilegalidad y la delincuencia autorizadas en nombre del respaldo a la lucha del pueblo alemán a medida que el régimen se adentraba en su fase final.

IV

Al ensañarse con cualquiera que pareciera menoscabar lo más mínimo la obligación de combatir hasta el final en una guerra claramente perdida, el régimen era como una animal herido agonizante. Toda acción que sonara a disidencia podía significar una

catástrofe para los ciudadanos alemanes corrientes. Para los que habían sido designado enemigos internos del régimen, el terror en aquellos momentos no conocía límites. Los ejércitos de trabajadores extranjeros (muchos de ellos de la Unión Soviética y de otras partes del este de Europa) y un gran número de prisioneros de las cárceles y los campos de concentración estaban expuestos, dentro de la propia Alemania, a la brutalidad sin límites de los desesperados esbirros del régimen. El terror, que había escalado mucho desde el otoño, se vio enormemente amplificado por el impacto del hundimiento del frente oriental.

Cuanto más se acercaban los enemigos de Alemania a las fronteras del Reich y más inminente se volvía la derrota, más motivos hallaban los representantes del régimen para preocuparse por la amenaza para la seguridad que representaban los millones de trabajadores extranjeros que trabajaban en condiciones de cuasi esclavitud para mantener en funcionamiento la industria armamentística y seguir alimentado al país (casi la mitad de las personas empleadas en la agricultura eran extranjeras). Se desconoce la cifra exacta de trabajadores extranjeros que había en febrero de 1945. El verano anterior había cerca de 6 millones, todos ellos trabajadores forzados, y casi 2 millones de prisioneros de guerra registrados en Alemania; en total, constituían más de una cuarta parte de la mano de obra. Unos 4,5 millones de esos trabajadores (una cifra, probablemente, demasiado baja) procedían del este, principalmente de Polonia y de la Unión Soviética, y se les consideraba racialmente inferiores y particularmente peligrosos.[73] El régimen se tomaba muy en serio la amenaza de inestabilidad interna, no de una revolución de la población alemana, sino de una posible insurrección de enemigos internos, sobre todo de los trabajadores extranjeros. A principios de febrero, por ejemplo, se dieron instrucciones para la defensa del distrito gubernamental de Berlín en caso de que hubiera inestabilidad interna.[74]

El sentimiento de que los trabajadores extranjeros podían representar un serio problema a medida que se cernía una derrota militar no se limitaba a los paranoicos nazis. Incluso en el mes de

agosto anterior, un general prisionero de los británicos había cavilado que 10 millones de trabajadores extranjeros se sublevarían al acercarse los ejércitos enemigos.[75] Las mujeres, con sus maridos e hijos en el frente o muertos, debían dirigir las granjas con la ayuda de los trabajadores extranjeros y estaba preocupadas por su seguridad personal (aunque resultó que apenas tenían motivos para tener miedo).[76] En las grandes ciudades, la inquietud era palpable. En Berlín, el otoño anterior, la estación de Friedrichstrasse había albergado, según Ursula von Kardorff, una joven periodista, un «submundo» habitado casi exclusivamente por extranjeros, incluidos «polacos con miradas de odio» y una «mezcla de pueblos como probablemente no se ha visto nunca en una ciudad alemana». Escribió que se miraba con recelo a cualquier forastero. Los trabajadores extranjeros tenían fama de estar «magníficamente organizados», con sus propios agentes, sus armas y sus equipos de radio. «Hay 12 millones de trabajadores extranjeros en Alemania —afirmaba, exagerando de una forma tan elocuente que quizá reflejaba su propia inquietud—. Un ejército en sí mismo. Algunos lo llaman el caballo de Troya de la guerra actual».[77]

Numerosos informes señalaban que los trabajadores extranjeros se estaban volviendo cada vez más decididos a medida que veían que se acercaba el final de su tormento. Su presencia también era muy visible en las grandes ciudades. La percepción de que constituían un peligro interno era, en buena medida, un reflejo de las espantosas condiciones de vida y laborales que se les habían impuesto. Los bombardeos aéreos habían dejado a centenares de miles de ellos sin hogar, sin otra alternativa que frecuentar los refugios antiaéreos, las salas de espera de las estaciones u otros espacios públicos, o buscar el suelo de una oficina o un bloque de apartamentos en ruinas para reposar sus cabezas. La escasez de alimentos los obligaba a menudo a robar o a saquear edificios bombardeados para poder sobrevivir. Cuando se desmoronó cualquier apariencia de orden social, las legendarias «paz y tranquilidad», tan apreciadas por las clases medias alemanas, ya pertenecían al pasado: los trabajadores extranjeros eran un chivo

expiatorio perfecto para justificar el aumento de la delincuencia y el desorden. Su imagen se había llegado a parecer a la caricatura trazada por unas autoridades cada vez más preocupadas, que reaccionaron con la dureza habitual. Las infracciones menores se castigaban brutalmente. A los trabajadores extranjeros no solo se les consideraba bandidos, sino también saboteadores, pese a que, en realidad, hubo pocos actos que equivalieran a resistencia política; la mayor parte de las veces se trataba simplemente de una lucha diaria por la supervivencia.[78]

Ya en noviembre de 1944 Himmler había promulgado un decreto que autorizaba a las oficinas regionales de la Gestapo a aplicar «medidas de expiación» como «represalias por actos graves de terrorismo y sabotaje». Las medidas irían dirigidas «normalmente contra personas de pueblos extranjeros a los que no se cuestiona como autoras del delito, pero pertenecen al entorno del autor».[79] El objetivo del terror era claramente disuasorio, abría una vía a los asesinatos arbitrarios, que se decidían a escala local. La Gestapo reclutó pelotones de ejecución en numerosas ciudades y los dotó con un mandato general para disparar a «saqueadores, desertores y otra chusma».[80] La descentralización del control de las ejecuciones llegó al máximo en febrero de 1945, cuando el jefe de la Policía de Seguridad, Ernst Kaltenbrunner, dio permiso a los jefes de policía locales para usar su propio criterio cuando juzgaran adecuado ejecutar a trabajadores extranjeros, en especial a los rusos.[81] Los jefes de los puestos de la Gestapo de Düsseldorf, Münster, Dortmund y Colonia habían alertado el 24 de enero de que «elementos entre los trabajadores extranjeros, y también excomunistas alemanes, aprovecharían la situación actual para participar en acciones «subversivas». En todos los casos denunciados, la respuesta sería «inmediata y brutal». Los implicados «serían destruidos, sin solicitar antes un trato especial a la Oficina Central de Seguridad del Reich».[82]

Las ejecuciones arbitrarias de trabajadores extranjeros se volvieron algo habitual. El 4 de febrero, al menos 14 rusos fueron ejecutados de un tiro en la nuca y después arrojados a una fosa en

un campo de trabajo cerca de Dortmund; 24 miembros de un presunto grupo subversivo, la «banda de Kowalenko», fueron ahorcados o abatidos a tiros en Duisburgo entre el 7 y el 10 de febrero; el 27 de febrero, 74 personas fueron ejecutadas en Colonia[83] (donde, como hemos mencionado en un capítulo anterior, desde el otoño se había estrado produciendo algo parecido a una guerra local entre los disidentes y la policía) y otras 50 ahorcadas en el cuartel general de la Gestapo la víspera de que los estadounidenses ocuparan la ciudad a principios de marzo. En el norte de Alemania, la Gestapo de Kiel llevó a cabo regularmente ejecuciones masivas desde enero, con un total de unos 200 prisioneros muertos a finales de abril. Entre 20 y 25 personas fueron fusiladas a finales de enero o principios de febrero, y 17 prisioneros rusos el 1 de marzo. En el este del país, en la prisión de Sonnenburg, cerca de Frankfurt an der Óder, los días 30 y 31 de enero fueron ejecutados hasta 753 prisioneros de la Gestapo, entre ellos unos 200 extranjeros.[84] Aun así, no era más que el comienzo de la orgía de asesinatos de trabajadores extranjeros que se produciría en las grandes ciudades de toda Alemania en las últimas semanas de la guerra.

A medida que se aproximaba el fin de la guerra, la situación empeoró para las legiones de prisioneros que languidecían en las cárceles y los campos de concentración de Alemania. La población de los campos de concentración ascendía a comienzos de 1945 a unos 700.000 prisioneros de toda Europa, de los que un poco menos de un tercio eran mujeres, unos 200.000-250.000 eran judíos y el resto principalmente presos políticos, vigilados por 40.000 guardias de las SS. También había otros 190.000, aproximadamente, internados en las instituciones penitenciarias, muchos de ellos por delitos «políticos».[85] Toda esta población de desposeídos, que estaban fuera del alcance de las constricciones judiciales convencionales, incluso de las más duras, y totalmente expuestos a los caprichos de sus captores, corrían un enorme peligro. Hitler no había tenido reparos en admitir la necesidad de erradicar cualquier amenaza interna ante el avance del enemigo. Probablemente, en

febrero de 1945 dio órdenes verbales de volar los campos de concentración cuando se acercaran los Aliados. Según el masajista de Himmler, Felix Kersten, el Reichsführer-SS le dijo a principios de marzo que «si Alemania va a ser destruida, entonces sus enemigos y los criminales de los campos de concentración no tendrán la satisfacción de surgir de nuestra ruina como conquistadores triunfantes. Compartirán la caída. Estas son las ordenes directas del Führer, y debo velar porque se cumplan hasta en el último detalle».[86]

En junio de 1944, el propio Himmler ya había otorgado poderes ejecutivos a los jefes de las SS y la policía para que tomaran las medidas necesarias en caso de que se produjera una sublevación de los prisioneros al acercarse el enemigo.[87] Se evacuarían los campos y se trasladaría a los reclusos a otros campos. Si esto no era posible, se les liquidaría.[88] En enero, Himmler ordenó la evacuación de los campos del este, diciendo a sus comandantes que Hitler les hacía responsables de garantizar que ningún prisionero cayera vivo en manos del enemigo.[89] Sin embargo, estas responsabilidades concretas no quedaban claras, como ocurría tan a menudo en el Tercer Reich. Cuando llegó el momento de evacuar los campos, se hizo en medio de una enorme confusión y del pánico, en lugar de mediante la aplicación precisa de órdenes claras provenientes de arriba.[90]

En la confusión desempeñaron un papel importante dos imperativos contradictorios, al menos en parte. Uno era que los prisioneros no debían caer vivos en manos del enemigo, presumiblemente para impedir que dieran testimonio de la brutalidad con la que habían sido tratados, y también porque podían ser utilizados como rehenes en cualquier posible acuerdo con los Aliados. El segundo, que ofrecía una mínima posibilidad de salvarse a los prisioneros, era la necesidad, que extrañamente aún prevalecía incluso en aquella coyuntura, de conservarlos debido a su valor económico como trabajadores esclavos en el esfuerzo bélico. El exterminio frente a la explotación económica había sido siempre

uno de los dilemas de la política racial nazi. Y este dilema perduraría hasta el final.

En aquel entonces, Himmler estaba jugando un doble juego. Por un lado, demostraba su lealtad incondicional dando muestras de una crueldad y una brutalidad extremas y siguiendo al pie de la letra los deseos de Hitler. Por otro, veía en su imperio de campos de concentración un aval ante posibles sondeos con los Aliados occidentales, siempre con vistas a conservar un puesto en el orden posterior a Hitler. Fiel a una opinión muy arraigada en los círculos de los dirigentes nazis, siguió abrigando la vaga idea de que se podía utilizar a los judíos como rehenes o como instrumento de negociación con el enemigo. En la primavera de 1944, ya se había intentado trocar las vidas de los judíos húngaros por camiones para utilizarlos en el frente oriental, en una táctica bastante transparente de intentar dividir a la coalición enemiga. Y en octubre de 1944, Himmler se reunió con el expresidente del Consejo Federal de Suiza, Jean-Marie Musy, el intermediario en un intento de acuerdo para organizar la liberación de los judíos en manos de los alemanes a cambio de un pago de 20 millones de francos suizos donados por judíos estadounidenses. Himmler y Musy se volvieron a reunir en la Selva Negra el 12 de enero, cuando el Reichsführer accedió a trasladar a 1.200 judíos a Suiza cada quince días a cambio de 1.000 dólares por cada judío, que se ingresarían en una cuenta en Suiza a nombre de Musy. El 6 de febrero llegó a Suiza un tren con el primer cargamento de judíos del campo de Theresienstadt, en el noroeste de Bohemia, y fueron depositados 5 millones de francos suizos en la cuenta de Musy. Pero Ernst Kaltenbrunner, que realizaba sus propios sondeos (que acabarían en nada) para cobrar un rescate por los judíos, saboteó el acuerdo. Kaltenbrunner llamó la atención de Hitler sobre los artículos de prensa que informaban de la llegada del primer transporte de judíos a Suiza, junto con un documento de los servicios secretos interceptado que sugería, erróneamente, que Himmler había negociado con Musy el asilo para 250 dirigentes nazis en Suiza. Hitler, furioso, ordenó al instante que cualquier alemán que ayudara a huir a un judío fuera ejecutado en el acto. Himmler detuvo de inmediato los traslados, aunque no tardó mucho

en probar otra vía para intentar usar a los judíos para negociar con los Aliados, esta vez a través de Suecia. En aquel momento, Hitler y Himmler todavía se necesitaban el uno al otro. Pero todo lo que el primero había sabido no hizo más que reforzar sus sospechas hacia el «leal Heinrich».[91]

Sería pedir demasiado buscar alguna coherencia en la política nazi de aquellas semanas, incluso con respecto al asesinato de personas indefensas, algo en lo que el régimen descollaba. En cualquier caso, la rapidez del avance soviético en el este, donde se encontraban algunos de los campos más grandes, hizo que los jefes locales de las SS tomaran las decisiones normalmente «sobre el terreno», con la máxima precipitación y, a menudo, de manera caótica. Con frecuencia carecían de un objetivo claro, salvo evacuar el campo inmediatamente e impedir que el enemigo capturara a los prisioneros con vida.[92] Los asesinatos en masa de un inmensa cantidad de prisioneros en el último minuto, cuando los guardias se vieron sorprendidos por la rapidez del avance soviético, eran inviables. Dejarlos con vida para que los encontrara el enemigo estaba explícitamente descartado (aunque, en la práctica, hubo algunos casos, ya que había quienes estaban demasiado débiles para trasladarlos). Solo quedaba obligar a los prisioneros, débiles y demacrados por el cautiverio, sin ropa de abrigo y sin apenas comida, a dirigirse hacia el oeste, a menudo a pie, ya que no había suficientes medios de transporte, a través del hielo, la nieve y expuestos a los vientos glaciares en pleno invierno. Las consecuencias, como cabía prever, fueron letales, pero, en general, el horror fue fruto más de la improvisación por seguir las directrices generales que por cumplir al pie de la letra las órdenes prescritas desde arriba. Para los guardias, en todo caso, la precipitación de las marchas, y la matanza a tiros o a palos de los rezagados y de los que no podían mantener el ritmo, estuvo dictada no tanto por la preocupación porque los prisioneros cayeran en manos del enemigo como por el miedo a ser ellos mismos capturados.[93]

El caos de las evacuaciones de los campos y las prisiones no significaba que no se hubieran trazado planes para trasladar a los

prisioneros cuando llegara el enemigo. Las autoridades judiciales de Berlín ya habían elaborado, a finales de 1944, directrices para evacuar a los presos de las instituciones penitenciarias, directrices que se aprobaron a principios de 1945 para las zonas próximas a los frentes. Se dividió a los prisioneros en función de la gravedad del delito y siguiendo criterios raciales. Los judíos y los «semijudíos» restantes, los sinti y los roma, los polacos y las categorías más graves de delincuentes habituales, psicópatas y «prisioneros subversivos asociales», no debían ser liberados bajo ningún concepto ni podían caer en manos del enemigo. En caso de que fuera imposible transferirlos a la policía y trasladarlos, había que «neutralizarlos matándolos a tiros» y «eliminar cuidadosamente» todas las pruebas.[94] Sin embargo, el avance soviético fue tan rápido que fue imposible trasladar al centro de Alemania y de una manera ordenada a los 35.000 prisioneros aproximadamente que había en 75 cárceles y penitenciarías situadas en la ruta del Ejército Rojo.

Las marchas forzosas de prisioneros que no estaban en condiciones físicas para soportar las caminatas de más de 30 kilómetros diarios por carreteras y pistas heladas, sin apenas comida y sin la ropa de abrigo o el calzado adecuados, se efectuaron de manera caótica. Muchos simplemente se quedaban por el camino, exhaustos, congelados y hambrientos. Otros eran abatidos por los guardias que tenían el gatillo fácil, desesperados por huir ellos mismos de los soviéticos. En una marcha de mujeres detenidas, a las que se obligó a recorrer 36 kilómetros al día con una temperatura de -12 °C, solo llegaron a su destino 40 de las 565 prisioneras. Sin embargo, en algunas marchas, una tercera parte de los prisioneros logró escapar. A menudo, los guardias eran poco numerosos y estaban más preocupados por salvar sus pellejos que por los prisioneros. Algunos guardias simplemente abandonaban sus puestos y huían hacia lo desconocido. Aun así, la tasa de mortalidad durante las evacuaciones de las prisiones fue elevada. Y a los que murieron expuestos a los elementos en las marchas forzosas hay que añadir

los varios miles de presos que fueron ejecutados en las penitenciarías en los últimos meses de la guerra.[95]

En cuanto a los prisioneros de los campos de concentración, la cifra de muertos en las marchas forzosas fue aún más elevada. El 27 de enero, cuando el Ejército Rojo llegó a Auschwitz, el mayor campo de concentración con diferencia (junto con sus satélites cercanos, había combinado un enorme complejo de mano de obra esclava y una inmensa capacidad de exterminio), tan solo quedaban unos 7.000 prisioneros, los más débiles, apenas esqueletos andantes, en un campo cuya población había alcanzado 140.000 individuos aterrorizados, en su mayoría judíos. Las operaciones de gaseo se habían interrumpido en noviembre de 1944. Allí habían muerto en torno a 1,1 millones de víctimas, de las que aproximadamente un millón eran judíos.[96] Se habían desmantelado las instalaciones de exterminio y se había intentado borrar las huellas de las sangrientas actividades del campo.[97] La inesperada rapidez del avance soviético había sembrado el pánico entre los guardias de Auschwitz, pese a que se habían establecido directrices bastante claras para la evacuación del campo. Entre ellas figuraban las órdenes del comandante del campo, el SS-Sturmbannführer Richard Baer, de disparar a los rezagados en las marchas o a cualquier prisionero que intentara huir.[98]

Ya desde el 17 de enero, unos 56.000 prisioneros, que parecían «columnas de cadáveres»,[99] habían iniciado una penosa marcha, muertos de miedo y en la más abyecta miseria, sin apenas ropa y sin comida, por la espesa capa de nieve y con un frío cortante. A algunos les obligaron a empujar las carretillas con las pertenencias de los guardias. A otros 2.200 los trasladaron seis días más tarde en tren, en vagones de carbón sin techo, sin ninguna protección para soportar el frío glaciar. Los guardias apenas sabían adónde iban, aparte del destino que les habían fijado del campo de Groß-Rosen, situado a unos 250 kilómetros al oeste. En las aldeas por las que pasaban las columnas de prisioneros se requisaban unos pocos víveres. Cuando se permitía descansar a los prisioneros, tenían que hacerlo a menudo al aire libre; a veces ni siquiera podían utilizar los

graneros o las escuelas para pasar la noche porque ya estaban llenos de refugiados. «Todo prisionero que ya no fuera capaz de seguir era ejecutado —recordaba un año más tarde un miembro de una columna de unos 3.000 prisioneros, principalmente judíos, que partieron a pie del campo de Auschwitz-Birkenau con temperaturas bajo cero el 18 de enero—. Fue un completo festival de disparos».[100]

«Cada cien metros hay un hito de las SS», el término que estas utilizaban para designar a otro cadáver que habían dejado en la cuneta con una bala en la cabeza, recordaba otro superviviente que soportó 16 días de un horror difícilmente imaginable antes de llegar a Groß-Rosen. Durante la primera noche de la espantosa marcha, le habían obligado a estar de pie con los demás prisioneros durante ocho horas, con un frío glaciar, en el patio de una fábrica que pertenecía a uno de los campos secundarios de Auschwitz, sin comida ni bebida, y ni siquiera se les permitió moverse para hacer sus necesidades. Cuando reemprendieron la marcha a la mañana siguiente, habían muerto 70 prisioneros. La columna avanzaba penosamente, como si estuvieran en trance, y los prisioneros comían nieve para saciar la sed ardiente. Cada vez que encontraban algo de comida, los prisioneros, al borde del delirio, se peleaban entre ellos, para regocijo de los guardias.[101] Un día, el 23 de enero, después de caminar durante nueve horas expuestos a un frío atroz, los prisioneros vislumbraron una señal que indicaba que se habían alejado solo 2 kilómetros de Gleiwitz desde aquella mañana. Poco sorprende que algunos pensaran que aquella tortura no tenía sentido, salvo caminar hasta que todos hubieran muerto. Algunos anhelaban la muerte para poner fin a su sufrimiento, y las SS estaban encantadas de complacerlos. Para otros, sobrevivir era lo único que importaba.[102] Para muchos no hubo supervivencia. Hasta 15.000 prisioneros de Auschwitz, la mayoría de ellos judíos, murieron en las marchas.[103]

Para los que llegaron a Groß-Rosen, la agonía de las marchas distaba mucho de haber terminado. Groß-Rosen, un campo pequeño al principio, situado en un importante nudo ferroviario en Silesia, a

60 kilómetros al suroeste de Breslau, había crecido hasta convertirse en un enorme complejo que incluía numerosos campos secundarios y albergaba a 80.000 prisioneros. A medida que se iban clausurando campos y prisiones en el Gobierno General de Polonia e iban llegando nuevos prisioneros casi a diario, aunque muchos de ellos volvían a partir enseguida, el hacinamiento en Groß-Rosen alcanzó proporciones monstruosas, y algunos barracones del campo tuvieron que alojar hasta nueve veces la cifra de prisioneros normal. La higiene y los saneamientos eran prácticamente inexistentes, y abundaban las enfermedades y las infecciones. Las raciones consistían en un trozo de pan y una cucharada de mermelada, y medio litro de sopa salada tres veces a la semana. «Somos mil hombres tumbados en una habitación con espacio para un máximo de doscientos. No podemos lavamos, nos dan medio litro de caldo de nabos y 200 gramos de pan. Hasta hoy ha habido 250 muertos solo en nuestro barracón», anotó un prisionero en su diario.[104] Y a medida que las condiciones se deterioraban, el terror ejercido por los guardias se volvía aún más arbitrario.

De las decenas de miles de prisioneros que llegaron a Groß-Rosen desde Auschwitz, muchos solo estuvieron allí un par de días antes de ser trasladados en vagones de tren descubiertos, en trayectos que podían durar hasta quince días, para llegar a unos de los infiernos igualmente abarrotados y grotescamente brutales del Reich, como Bergen-Belsen, Buchenwald, Flossenbürg, Dora-Mittelbau o Mauthausen (en Austria). Los días 8 y 9 de febrero, el campo principal de Groß-Rosen fue evacuado con una precipitación caótica, aunque algunos de los campos secundarios cayeron en manos de los soviéticos antes de que pudieran trasladar a los prisioneros. Estos recibieron un trozo de pan cada uno para el viaje antes de que los metieran como ganado en vagones de mercancías descubiertos, tan apretujados y desprotegidos contra los elementos que muchos de ellos no sobrevivieron. A otros les dispararon mientras se dirigían a la estación y a algunos mientras trataban de escapar. Muchos otros, 500 de un transporte de 3.500, fueron asesinados en la estación. Los cadáveres yacían desparramados junto

a las vías del tren.[105] Unos 44.000 prisioneros de Groß-Rosen llegaron a otros campos en el interior del Reich. Se desconoce la cifra de los que murieron durante el trayecto, pero obviamente fue muy elevada.[106]

Para un tercer complejo enorme de campos de concentración en el este, el de Stutthof, cerca de Danzig, en el estuario del Vístula, se habían elaborado detallados planes de evacuación el verano anterior. La idea era embarcar a una parte de los prisioneros hacia el oeste desde Danzig y Gotenhafen (Gdynia), mientras que el resto se dirigiría por tierra a un destino temporal en Lauenburg, Pomerania, antes de ser trasladado a los campos del Reich. Una serie de campos secundarios también fueron clausurados al acercarse el Ejército Rojo en enero, y los 22.000 prisioneros retenidos allí, en su mayoría mujeres, fueron trasladados. La matanza de Palmnicken, en Prusia Oriental, mencionada en el capítulo anterior, fue el resultado de una de esas evacuaciones, pero no fue la única matanza de prisioneros evacuados de los campos secundarios, en especial de aquellos que no eran capaces de emprender la marcha forzosa, con los que las SS no sabía qué hacer. La amenaza del avance del Ejército Rojo hacia las inmediaciones de Elbing y Marienburg los días 23 y 24 de enero, a solo unos 50 kilómetros de Stutthof, hizo que también se decidiera precipitadamente evacuar el campo principal. El 25 de enero, unos 11.000 prisioneros, cada uno de ellos provisto de 500 gramos de pan y 120 gramos de margarina para el viaje, tuvieron que adentrase en los yermos helados para emprender una marcha de siete días hasta Lauenburg. Los prisioneros alemanes y el reducido número de escandinavos recibían mejor trato que los judíos, los polacos y los soviéticos. Se dieron órdenes explícitas de que los prisioneros caminaran en filas de a cinco y de que se disparara sin miramientos a cualquiera que intentara huir o diera muestras de rebelarse. Cuando llegaron a Lauenburg, entre el 1 y el 4 de febrero, dos terceras partes de los prisioneros habían muerto. La mayoría no estaba en condiciones de seguir viajando hasta el Reich. Se calcula que el 85 por ciento (9.500 de los 11.000 que emprendieron la

espantosa marcha hasta Lauenburg, en su mayoría judíos) no sobrevivió.[107]

Un total de unos 113.000 prisioneros de los campos de concentración participaron en las marchas de la muerte de enero y febrero.[108] Un cálculo por lo bajo estima que al menos una tercera parte de ellos no sobrevivió. Los miembros de las marchas podían esperar poca ayuda de los habitantes de los lugares por los que pasaban. Los guardias hacían todo lo posible para mantener a los prisioneros segregados y, cuando había algún contacto, impedían que alguien les mostrara su compasión arrojándoles un trozo de pan o comida. En otros casos, la población se mostraba hostil con las columnas de prisioneros. Ya fuera por miedo a los guardias, a los prisioneros o a ambos, o porque aprobaban el trato a los «enemigos» del Reich, la mayoría de los curiosos guardaban las distancias. Las marchas también atravesaron en ocasiones barrios ya evacuados o fueron desviadas para evitar todo contacto con los refugiados.[109] Para quienes consiguieron sobrevivir al terrible calvario, el sufrimiento apenas descriptible distaba mucho de haber terminado. Tras llegar a los campos de concentración enormemente abarrotados de Alemania, donde la condiciones de existencia, ya que difícilmente se puede considerar vida, se deterioraban de día en día, fueron obligados a soportar nuevas marchas de la muerte aún más caóticas que aquellas a las que a duras penas habían sobrevivido en las últimas y desenfrenadas semanas del Tercer Reich.

V

El terror también llegó al interior del Reich de otra forma y a una escala nueva. Se trataba del terror desde el cielo, cuyo símbolo duradero serían los bombardeos de los Aliados del 13 y el 14 febrero de 1945, que arrasaron por completo el bello centro histórico de Dresde, una ciudad apodada, por su esplendor cultural, la «Florencia del Elba».

Por aquel entonces, casi ninguna ciudad o pueblo de Alemania, fuera cual fuera su tamaño, había escapado del todo a los horrores de la campaña de bombardeos de los Aliados, y muchas habían experimentado la muerte y la destrucción causadas por los bombarderos en numerosas ocasiones. Arthur «Bomber» Harris dirigía la campaña para destruir las ciudades alemanas desde 1942.[110] Las ciudades del norte y del oeste, a las que era más fácil llegar desde las bases británicas, habían sido los primeros objetivos. En 1943, los «bombardeos de área» británicos efectuados durante la noche fueron asociados a los llamados «ataques de precisión» estadounidenses (a menudo muy poco precisos) efectuados durante el día, cuando la intensidad de los ataques aumentó con la estrategia proclamada de «bombardeos día y noche». En un ataque especialmente terrible y devastador sobre Hamburgo en julio de 1943, murieron unos 40.000 ciudadanos en medio de terribles tormentas de fuego. Las ciudades del cinturón industrial del Rin-Ruhr fueron incesantemente bombardeadas de forma reiterada cuando se intensificaron los ataques en 1943 y 1944. Colonia, Essen (la sede de Krupp), Dortmund, Bochum (el «hornillo de carbón» del Ruhr) y otras grandes zonas de la conurbación industrial quedaron reducidas a montones de escombros. Cuando los Aliados controlaron el cielo y pudieron instalar bases aéreas más cerca de Alemania, las ciudades del centro y el sur del país se convirtieron en los blancos más frecuentes. Kassel y Darmstadt, Heilbronn, Stuttgart, Núremberg y Múnich son algunas de las ciudades que sufrieron espantosos ataques. La gran metrópoli de Berlín, cuyo tamaño, así como la distancia a la que se encontraba de las bases del enemigo, impedía el nivel de destrucción causado en algunas otras ciudades, fue bombardeada 363 veces en total durante de la guerra. El intenso bombardeo del 3 de febrero causó la mayor destrucción en la capital hasta la fecha, arrasando el distrito gubernamental y los edificios históricos del centro de la ciudad (aunque, por fortuna para los berlineses, causó muchas menos muertes de las que pretendían los Aliados).[111]

Cuando la fuerza de los Aliados aumentó y la Luftwaffe se volvió cada vez más ineficaz, hubo una fuerte escalada de los bombardeos. En 1942, fueron arrojadas un total de 41.440 toneladas de bombas sobre Alemania. En 1943, la cifra aumentó a 206.000 toneladas y, en 1944, se multiplicó por más de cinco, hasta llegar a 1.202.000 toneladas. Entre enero y finales de abril de 1945 fueron arrojadas 471.000 toneladas, más del doble de la cantidad lanzada en todo el año 1943.[112] Las 67.000 toneladas que arrojó la RAF en marzo de 1945 equivalían a casi todo el tonelaje lanzado sobre Alemania durante los tres primeros años de la guerra.[113] Algunos de los ataques más devastadores fueron lanzados contra poblaciones casi indefensas en las últimas semanas de la guerra, como el que casi arrasó Pforzheim, «puerta de la Selva Negra», los días 23 y 24 de febrero, matando a 17.600 personas (una cuarta parte de la población), y el brutal bombardeo de Wurzburgo (bastante absurdo desde el punto de vista militar), el 16 de marzo, que causó 4.000 muertos en una población de 107.000 habitantes y donde las bombas incendiarias destruyeron el 90 por ciento del hermoso centro barroco, una joya cultural, en 17 minutos.[114]

Alemania estaba pagando un precio terrible, recogiendo lo que había sembrado, incluso antes de la guerra, con el despiadado bombardeo de Guernica en 1937 y, después, cuando la guerra ya había empezado, con los implacables ataques contra Varsovia, Rotterdam, Coventry y zonas densamente pobladas de Londres. En total, se estima que los bombardeos de los Aliados en Alemania mataron a casi medio millón de personas. Una tercera parte de la población los sufrió de algún modo. Más de una cuarta parte de las viviendas de Alemania sufrieron daños a causa de los ataques aéreos.[115]

En este terrible catálogo de muerte y destrucción que sembraron los bombardeos enemigos, el feroz ataque sobre Dresde los días 13 y 14 de febrero ocupa un lugar especial. Las condiciones eran perfectas para una completa aniquilación aérea: buenas condiciones meteorológicas para bombardear, ausencia casi total de defensas aéreas, escasez de refugios antiaéreos mínimamente adecuados

(aparte del búnker construido para uso del Gauleiter Martin Mutschmann) y una ciudad superpoblada debido a que había acogido a miles de refugiados, que se sumaban a sus 640.000 habitantes. Dresde fue el blanco de un doble ataque británico, con bombas incendiarias y explosivas, de enorme intensidad que garantizó la tormenta de fuego que convirtió la ciudad antigua en un incendio descontrolado, al cual siguió otro intenso bombardeo casi a la hora del almuerzo, esta vez de los estadounidenses.

Las personas que se resguardaron en los refugios improvisados se asfixiaron. Los que se encontraban en las calles fueron devorados por las llamas. Cuando los supervivientes volvieron a salir a las calles después del primer ataque, les sorprendió el segundo, que amplificó enormemente la ferocidad del incendio y amplió la zona de devastación. Los que se arrojaron al gran embalse situado en el centro de la ciudad para huir de las llamas, entre ellos personas heridas o que no sabían nadar, descubrieron que, a diferencia de las piscinas, no era nada fácil salir de allí, porque los muros eran de cemento liso, y muchos se ahogaron. En las calles envueltas en llamas, había cadáveres calcinados por todas partes. Los sótanos y las bodegas estaban llenos de cadáveres. En la estación principal, atestada de refugiados, había «una cantidad espantosa de cadáveres y miembros mutilados allí donde miraras, en los túneles y en las salas de espera. Nadie salió de allí con vida».[116] En medio de este pandemónium, la diferencia entre la muerte y la supervivencia era mínima, a menudo una mera cuestión de suerte. La mayor esperanza era llegar al Elba, a la seguridad del río. Cuando el incendio por fin se extinguió y los bombarderos del ataque del día siguiente arrojaron su carga letal y regresaron a sus bases, Dresde era una ciudad de los muertos.[117] Sin embargo, y extraordinariamente, para unos pocos, la noche de terror supuso la salvación. Los judíos que quedaban en la ciudad estaban aguardando su inminente deportación y eran conscientes de lo que significaba. En medio del caos, pudieron arrancarse la estrella amarilla, unirse a las masas «arias» sin hogar y evitar la deportación y la muerte.[118]

Incluso en esta etapa tan tardía de la guerra, y en medio de todo el caos de la ciudad en ruinas, el régimen demostró una extraordinaria capacidad para organizar una respuesta de emergencia improvisada. A la mañana siguiente del ataque, se enviaron equipos de socorro a Dresde. Llegaron enseguida dos mil soldados y mil prisioneros de guerra, junto con equipos de reparación, desde otras ciudades de la región. Se instalaron un puesto de mando y un sistema de comunicaciones para coordinar los trabajos. Al cabo de tres días, se distribuían 600.000 comidas calientes diarias. Se declaró la ley marcial y se detuvo, y en numerosos casos se ejecutó en el acto, a los saqueadores. Comenzó la macabra tarea de recoger los cuerpos calcinados, que en parte les sería encomendada a los prisioneros de guerra. Con una precisión burocrática, las autoridades de la ciudad recogieron y contaron los cadáveres. Más de 10.000 fueron enterrados en fosas comunes a las afueras de la ciudad. Varios miles más fueron incinerados entre el 21 de febrero y el 5 de marzo en enormes piras en la plaza de Altmarkt, en el centro de la ciudad. El informe oficial sobre las víctimas del bombardeo, elaborado en marzo, mencionaba 18.375 muertos, 2.212 heridos graves, 13.718 heridos leves y 350.000 personas sin vivienda. Teniendo en cuenta los cadáveres que presumiblemente estarían sepultados bajo los montones de escombros en el centro de la ciudad, el informe calculaba que la cifra de muertos ascendía a 25.000 personas, cifra que se sigue aceptando como la más fiable.[119]

Esta cifra es más baja que la atroz tasa de mortalidad en Hamburgo en julio de 1943, pero más elevada en términos de porcentaje de la población (aunque considerablemente menor que en Pforzheim, que, según este cálculo macabro, sufrió el peor ataque de toda la guerra).[120] La conmoción en Dresde fue aún mayor porque siempre se había supuesto que, al ser una joya cultural, se libraría del destino de otras grandes ciudades del Reich. Por supuesto, la fama de Múnich de ser una ciudad con un arte y una arquitectura inestimables no había impedido que sufriera hasta 73 ataques aéreos.[121] Y el centro de Wurzburgo, un testimonio del

genio rococó de Balthasar Neumann, fue casi totalmente arrasado en marzo.[122] Pero Múnich, aparte de sus tesoros artísticos, era la «capital del movimiento [nazi]» (como se la había calificado desde 1933). Y la devastación de Wurzburgo (donde, pese al nivel de destrucción, las víctimas fueron una quinta parte de las de Dresde) podría haber causado una conmoción aún mayor si hubiera precedido, no seguido, al bombardeo de la capital de Sajonia. Dresde había sufrido un inmenso ataque que, pese a que ya se vislumbraba el fin de la guerra, había causado una inmensa pérdida de vidas y había destruido una ciudad con una belleza singular. Quizá todo ello bastó para que, de entre todas las ciudades machacadas sin piedad desde el aire, Dresde se convirtiera en el símbolo de los bombardeos de la guerra.

Sin embargo, había algo más. Dresde le proporcionó a Goebbels un regalo propagandístico. Se aferró a un reportaje de Associated Press que, extraordinariamente, había superado la censura británica y hablaba no desacertadamente de una política de «bombardeos intencionados para sembrar el terror en grandes centros de población alemanes».[123] Unos días más tarde, arremetía contra una política intencionada para aniquilar al pueblo alemán mediante ataques cuyo objetivo no eran las instalaciones industriales, sino la población de un centro cultural pacífico y las masas de refugiados, muchos de ellos mujeres y niños, que habían huido de los horrores de la guerra. En el reportaje se inflaban las cifras de los refugiados que había en la ciudad y de los muertos en el ataque (aunque es cierto que habían muerto muchas víctimas de los bombardeos y que los Aliados sabían muy bien que habían llegado refugiados a la ciudad en las últimas semanas ante el avance del Ejército Rojo). También era intencionadamente engañosa la imagen que se daba de una ciudad sin industrias de guerra y carente de importancia desde el punto de vista militar. Su situación de nudo ferroviario importante le confería cierta relevancia, y la mayor parte de su industria se dedicaba a la producción para la guerra. En realidad, la finalidad del bombardeo de Dresde, y el de otras ciudades orientales (incluida Berlín), era tratar de impedir el paso de las tropas

alemanas por Dresde para reforzar el frente oriental y, de ese modo, facilitar la ofensiva soviética.[124] No es menos cierto que el objetivo principal en Dresde fue la zona densamente poblada de la ciudad antigua, no las instalaciones militares más periféricas. Además, Goebbels exageró el número de víctimas, sirviéndose del sencillo truco de añadir un «o» a la cifra oficial. En lugar de 25.000 muertos, ya de por sí un número muy elevado, Goebbels inventó la cifra de 250.000.[125] A partir de una realidad espantosa, creó un mito aún más terrible y duradero.

Él y otros dirigentes nazis también utilizaron el bombardeo de Dresde para insistir en la necesidad de seguir combatiendo, la única respuesta posible, según afirmaba su semanario *Das Reich,* a la amenaza que representaban para la existencia de Alemania tanto los Aliados occidentales como los soviéticos.[126] No parece muy probable que la mayoría de los alemanes corrientes hubiera extraído la misma conclusión del devastador ataque. Es cierto que había voces que decían, haciéndose eco de Goebbels, que el terror no obligaría a Alemania a capitular.[127] Pero probablemente eran la excepción. Las cartas enviadas y recibidas desde el frente mencionaban el horror que había provocado lo ocurrido, pero no reflejaban un fortalecimiento de la moral o la determinación de resistir.[128] Sin duda, el odio imperante hacia los «gánsteres del aire» cobró un nuevo impulso. Sin embargo, en gran medida, la destrucción de Dresde probablemente significó para la mayoría de la gente no la necesidad de resistir hasta el final, sino la impotencia ante una devastación tan gratuita y la inutilidad de seguir combatiendo mientras se arrasaban las ciudades Alemania. Y Dresde, la manifestación más patente de la incapacidad del régimen nazi para proteger a su propia población de los bombardeos, no desvió la creciente animadversión del pueblo alemán hacia sus propios dirigentes. «La confianza en la jefatura disminuye cada vez más. La crítica de los altos cargos del partido y de la cúpula militar es especialmente mordaz», rezaba un resumen de las cartas controladas por el Ministerio de Propaganda a principios de marzo.[129]

VI

El terror causado a Dresde no hizo mucho por acelerar el fin de la guerra, pero para muchos fue un recordatorio de que este no estaba lejos. Los dirigentes del régimen también eran conscientes (aunque no lo reconocieran abiertamente) de que el juego había terminado, de que el aplastamiento total de Alemania se produciría en cuestión de semanas, no de meses. Podían intensificar el terror y la represión, dirigida también en aquel momento contra su propia población, y frenar cualquier posibilidad de que se repitiera lo ocurrido en 1918, pero no podían hacer nada para parar la marea de una derrota inminente.

Había que mantener la fachada exterior de invencibilidad. Robert Ley, el líder del Frente del Trabajo, cuyas declaraciones públicas, y su fama de ebrio, eran un motivo de vergüenza para Goebbels y otros dirigentes nazis,[130] incluso logró encontrar aspectos positivos en el infierno de Dresde y declaró que, como consecuencia de ello, la lucha por la victoria ya no se vería distraída por la preocupación por los monumentos de la cultura alemana.[131] Sin embargo, en privado, Ley veía como todo el mundo lo desesperada que era la situación en los frentes.[132] Incluso en los círculos de la jefatura nazi de las SS, Himmler se aferraba al mito de que la guerra acabaría bien para Alemania. Los rituales debían continuar como de costumbre. Himmler escribió al Obersturmführer Freiherr von Berlepsch para felicitarle por el nacimiento de su octavo hijo y le dijo que solo podría enviar el «candelabro de la vida» *(Lebensleuchter),* parte del culto seudorreligioso dentro de las SS, al pequeño Dietmar después de la guerra.[133] El Reichsführer-SS hizo saber a sus principales ayudantes que quería que cada año, en mayo, se fijara qué libro regalaría a los máximos jefes de las SS en la «Julfest», su versión pagana de la Navidad. Se debía entregar el 30 de abril de 1945 una lista con los títulos de los libros en cuestión.[134] Y en respuesta al padre de uno de sus ahijados, que le

había escrito para agradecerle todos los regalos que había enviado a sus familiares y mencionaba que uno de los platos navideños *(Julteller)* había llegado roto, Himmler ordenó a Rudolf Brandt, su ayudante, que le asegurara que, si hubiera disponible un pequeño contingente después de la guerra, «volvería a enviar gustosamente otro plato navideño».[135] Cuando hablaba en privado con Albert Speer, Himmler guardaba las apariencias. «Cuando las cosas van cuesta abajo, siempre hay un fondo, y solo cuando se alcanza, Herr Speer, se vuelve a remontar».[136] Quien mantenía estas falsas ilusiones era un hombre que se debatía entre su creciente autoengaño y una fría conciencia de la realidad y que ya estaba haciendo discretas propuestas al enemigo con la vista puesta en su futuro tras la guerra.

También prevalecía una curiosa mezcla de irrealidad y «normalidad» en los altos escalafones de la burocracia estatal. Lutz Graf Schwerin von Krosigk, el ministro de Finanzas, que llevaba ejerciendo el cargo desde 1932, antes de que Hitler accediera al poder, envió numerosas cartas a principios de 1945 a los dirigentes nazis y los ministros del gobierno ofreciéndoles consejo sobre la gestión de la guerra. Apenas se le hizo caso. Su principal preocupación era la desoladora situación de las finanzas del Reich. En enero recopiló un largo dosier que envió a los máximos dirigentes del régimen y que comenzaba diciendo: «La actual situación financiera y monetaria se caracteriza por un aumento de los costes de la guerra, la caída de los ingresos estatales, un aumento de la oferta monetaria y un menor poder adquisitivo de la moneda». Y concluía afirmando que era urgentemente necesario limitar drásticamente la oferta monetaria reduciendo los gastos del Reich, incrementando las tarifas de correos y de los transportes ferroviarios y locales, y aumentando los impuestos sobre el tabaco y el alcohol, las entradas de cine, el alojamiento en hoteles, las tarifas de las licencias de radio y periódicos, así como el suplemento de guerra del gas, el agua y la electricidad. Con una lógica sorprendente, que justificaría la impresión que daría tras la guerra de ser un individuo particularmente inepto, un completo «bobo»,[137] razonaba que «no

se puede objetar que los servicios esenciales para la población se están volviendo cada vez más caros», dado que «una gran parte de la población ya se ha visto privada de un acceso regular, o ha tenido un acceso limitado, al agua, el gas y la electricidad durante meses».[138] Presentó su propuesta para multiplicar por cuatro el impuesto sobre las propiedades inmobiliarias en un consejo de ministros el 23 de febrero y lamentó la ausencia de Bormann en la reunión y su reticencia a debatir los riesgos de un desmoronamiento de la moneda. Lo único que pudo obtener de la cancillería del partido fue la sugerencia de que las autoridades estatales deberían elaborar un programa a partir del cual Bormann podría juzgar si se podía «aplicar políticamente».[139] En cualquier sistema político normal, al inminente desmoronamiento de la moneda estatal se le habría dado la máxima prioridad. Para los dirigentes nazis, en vista de la situación en febrero de 1945, no tenía la menor importancia. Impertérrito, Krosigk siguió elaborando sus planes de reforma fiscal, que fueron criticados a finales de marzo por Goebbels (como si fueran a ser aplicados) por imponer una carga mayor a los impuestos sobre el consumo que a los impuestos sobre la renta. Pero esta era, en el mejor de los casos, una cuestión bizantina: para entonces, la mayor parte del país estaba ocupada por el enemigo.[140]

Siempre cerca de Hitler, Martin Bormann era más consciente que la mayoría de la verdadera magnitud de la catástrofe que se cernía sobre Alemania. Las frecuentes cartas que le envió a su esposa, Gerda, muestran su inquietud y su pleno conocimiento de la realidad de la situación militar, que pudo comprobar en primera persona durante el bombardeo de la cancillería del Reich el 3 de febrero. Al día siguiente de aquel intenso bombardeo, temía (escribió) que «la peor fase de nuestra suerte aún esté por llegar» y le dijo a Gerda con franqueza «lo desagradable, de hecho, si he de ser totalmente honesto, lo desesperada que era en realidad la situación». Pero había que guardar las apariencias. Y añadía: «Sé que tú, como yo mismo, nunca perderás la fe en la victoria última».[141] Al día siguiente le volvió a escribir, al principio con un

pesimismo apenas velado sobre las expectativas en el frente occidental, pero después con una especie de fatalista esperanza en el futuro:

¡Cualquiera que aún admita que tenemos una oportunidad debe de ser un gran optimista! ¡Y eso es lo que somos! No puedo creer que el destino haya guiado a nuestro pueblo y a nuestro Führer tan lejos por este maravilloso camino solo para abandonamos ahora y vemos desaparecer para siempre. Una victoria del bolchevismo y el americanismo supondría no solo el exterminio de nuestra raza, sino también la destrucción de todo lo que su cultura y su civilización han creado. En lugar del Meistersinger, veremos triunfar al jazz. [142]

Gerda respondió: «Un día surgirá el Reich de nuestros sueños. ¿Viviremos nosotros, me pregunto, o nuestros hijos para verlo?». Martin intercaló algunas palabras en la carta a su esposa a este respecto: «¡Confío plenamente en que sí!».[143] En otra carta que le envió un poco más adelante, añadía: «Como he recalcado a menudo, no tengo ninguna premonición de la muerte; al contrario, mi ardiente deseo es vivir y, con ello, quiero decir estar contigo y nuestros hijos. Me gustaría seguir viviendo, junto a ti, la mayor cantidad de años posible y en paz».[144]

Goebbels fue, para muchos alemanes, la cara exterior del régimen durante los últimos meses: aparecía en público con más frecuencia que ningún otro dirigente nazi, visitaba a las tropas en el frente y animaba a los civiles bombardeados —una constante en sus retransmisiones radiofónicas y sus artículos en los periódicos— a redoblar sus esfuerzos para resistir y seguir combatiendo. Seguía trabajando febrilmente para conseguir nuevos reclutas para la Wehrmacht y, por entonces, para planear la defensa de Berlín (para la que veía como un posible modelo los métodos bolcheviques en Leningrado y Moscú).[145] Siguió siendo uno de los nazis más fanáticos, al que se consideraba, junto con Himmler, uno de «los hombres fuertes» del régimen.[146] Instó a los consejos de guerra sumarios a que aceleraran las condenas y las ejecuciones para combatir el «miserable ambiente» que reinaba entre los 35.000 «rezagados» y desertores recién apresados, inspirándose en los métodos estalinistas para restablecer el orden y combatir la

desmoralización.[147] Su fanatismo le llevó a propugnar la ejecución de decenas de miles de prisioneros de guerra de los Aliados como respuesta al bombardeo de Dresde.[148] Seguía siendo un personaje con un extraordinario dinamismo, capaz no solo de montar un espectáculo para las masas, sino también de enardecer a los miembros de su séquito y seguir presentando la cara optimista y desafiante. No obstante, era uno de los dirigentes nazis más lúcidos. Cuando, a principios de febrero, su esposa Magda lamentó la pérdida de tantos territorios que Alemania había conquistado y la debilidad que impedía hacer frente a la amenaza que se cernía sobre el propio Berlín, Goebbels respondió: «Sí, cariño. Estamos en las últimas, exangües, acabados. No hay nada que hacer».[149]

Pese a estos sentimientos, no admitía la derrota. A finales de febrero, según recordaba su ayudante Wilfred von Oven, aún veía una pequeña posibilidad de evitar una completa catástrofe si Alemania conseguía ganar un poco de tiempo y después negociaba con los Aliados occidentales para luchar juntos contra el bolchevismo, una falsa ilusión que compartía con otros dirigentes nazis. Pero enseguida admitió que Hitler no compartía esta idea y siguió insistiendo en que en 1945 se produciría un cambio decisivo para mejor en la suerte de Alemania.[150] Era escéptico sobre la extraordinaria adhesión de Hitler a un optimismo sin fisuras.[151] Una visita al búnker del Führer era siempre un antídoto contra los fugaces momentos de depresión. El ambiente allí, cada vez más alejado de la realidad, solía disipar sus dudas y reafirmar su deseo de creer en un cambio casi milagroso en el rumbo de la guerra.[152] Tras una visita a mediados de febrero, se marchó entusiasmado por las conversaciones con el arquitecto Hermann Giesler, que acababa de mostrarle a un fascinado Hitler una maqueta de Linz, de cómo sería después de la guerra. Giesler le dijo a Goebbels, como le había comentado a Hitler, que creía que se podría reconstruir la mayoría de las ciudades alemanas en un plazo de entre tres y cinco años. Goebbels ansiaba, como en 1933, al final de la lucha por el poder, participar en los trabajos de reconstrucción.[153] Todavía presionaba, como desde hacía mucho tiempo, para conseguir una

radicalización del frente interno, la destitución de Göring y Ribbentrop (a los que consideraba un completo fracaso y un obstáculo para cualquier iniciativa nueva) y la búsqueda, incluso en una fase tan tardía, de una solución política para poner fin a la guerra. Pero seguía siendo, como siempre, un leal acólito de Hitler que no quería ni podía dar ningún paso por sí solo. Veía a este último como un estoico discípulo de Federico el Grande que cumplía su deber hasta el final, «un modelo y un ejemplo para todos nosotros».[154] Para Goebbels, la realidad y la ilusión también estaban por entonces estrechamente entrelazadas.

Albert Speer era más realista que los demás dirigentes nazis a la hora de evaluar la situación. El 30 de enero, en el duodécimo aniversario de la «toma del poder», remitió un largo memorándum a Hitler en el que exponía a grandes rasgos la situación del armamento para febrero y marzo. Mencionaba las terribles consecuencias de la pérdida de la Alta Silesia, la última zona productora de carbón de Alemania que seguía intacta. Aportaba datos que demostraban la espectacular caída de la producción de armas y municiones a lo largo del año anterior. Escribió que, con los niveles de producción de carbón y acero bruto en aquel momento, era imposible mantener la economía alemana durante mucho tiempo. Solo se podría retrasar el derrumbamiento unos pocos meses. Tras la pérdida de la Alta Silesia, la industria armamentística ya no estaba en condiciones de satisfacer la demanda de armas para compensar las pérdidas en el frente. Speer concluía su memorándum con el texto subrayado en negrita: «En consecuencia, la superioridad material del enemigo ya no se puede contrarrestar con la valentía de nuestros soldados».[155]

Goebbels extrajo del memorándum, del que admitía que mostraba «las cosas tal como realmente son», la conclusión lógica de que Speer estaba indicando la necesidad de encontrar una salida política a la guerra. Pero no veía ninguna posibilidad de que fuera a ser así.[156] Tenía razones para ser pesimista. Hitler le prohibió a Speer que remitiera el memorándum a nadie más (un poco tarde, porque Goebbels y otros ya lo habían leído) y, refiriéndose en

concreto a sus conclusiones, le dijo secamente que él era él único que tenía derecho a extraer conclusiones sobre la situación del armamento.[157] El asunto se daba por zanjado, como reconoció Speer.

La autoridad de Hitler seguía intacta.[158] Eran muchas las razones para agradecer a sus jefes provinciales, los Gauleiter, que su posición de liderazgo siguiera siendo indiscutible. Pese a que a principios de febrero tuvo que insistir en que los Gauleiter cumplieran ciegamente las órdenes de Berlín y pusieran fin a la tendencia «a gobernar a su manera» (una tendencia que se agudizó, en lugar de remitir, en las últimas semanas de la guerra), no tardó mucho en volver a prodigarles alabanzas por su total subordinación en el control de las cuestiones de defensa civil.[159] Es probable que la mayoría de ellos, como el Gauleiter Albert Forster, de Danzig-Prusia Occidental, ya hubieran abandonado toda esperanza de que el desenlace de la guerra fuera positivo para Alemania.[160] Pero independientemente de sus sentimientos en privado y de las esperanzas secretas que algunos de ellos abrigaban de escapar a la creciente presión, siguieron siendo un grupo profundamente leal.

El 24 de febrero de 1945, en el vigesimoquinto aniversario de la promulgación del programa del partido, los Gauleiter fueron convocados en la cancillería del Reich para la que sería su última reunión con Hitler. Asistieron todos excepto Koch y Hanke, que no pudieron abandonar Prusia Oriental y Breslau, respectivamente, y al principio compartieron sus críticas y quejas, sobre todo hacia Bormann. Sin embargo, «aún tenían una fe plena en la victoria», al menos en apariencia. A decir verdad, les preocupaba no dejar traslucir ningún sentimiento derrotista. Karl Wahl, Gauleiter de Suabia, escribiría más tarde que tuvo la sensación de que «vivían en la Luna».[161] Cuando llegó Hitler, les impresionó su aspecto, el de un hombre viejo, enfermo y destrozado, cuya mano izquierda temblaba continuamente. Los ojos de Wahl se llenaron de lágrimas al verle tan decrépito; para él, era «el fin del mundo».[162]

Hitler había empezado la reunión estrechando la mano de cada uno de los Gauleiter durante lo que pareció una eternidad,

mirándoles a los ojos mientras lo hacía. Pero su discurso, que duró una hora y media, fue decepcionante. Habló mucho, como había hecho tan a menudo, del pasado (la Primera Guerra Mundial, su ingreso en la política, el crecimiento del partido, el triunfo de 1933, la posterior remodelación de Alemania), pero apenas hizo alguna mención a aquello que habían ido a escuchar: la situación de Alemania en la guerra. Lo que tenía que decir sobre el impacto de los nuevos submarinos y reactores fue muy poco convincente. Ni siquiera mencionó las tan pregonadas «armas milagrosas». Parecía un hombre muy diferente al Hitler de antaño. Sin embargo, tras las formalidades, se relajó visiblemente en su compañía durante un almuerzo sencillo hasta que se agotaron las conversaciones y se encontraron escuchando, como siempre, un monólogo. Hitler habló con un vigor del que carecía anteriormente sobre la certidumbre de que «la alianza demencial» formada contra Alemania se dividiría en dos frentes irreconciliables y sobre los peligros para el oeste de una victoria pírrica que otorgaría al bolchevismo una posición dominante en Europa. «Nuestro ánimo deprimido se disipa—recordaba uno de los Gauleiter, Rudolf Jordan, jefe del partido de Magdeburgo-Anhalt—. La decepción de las últimas horas se ha desvanecido. Vemos al antiguo Hitler». No les quedaba la menor duda: lucharía hasta el final.[163]

Estaba muy claro, como lo había estado siempre. Nada de hablar de una derrota ni de una rendición. Era bueno haber quemado las naves.[164] La tarde del 12 de febrero se leyó en Berlín el comunicado de la Conferencia de Yalta, donde se habían reunido Stalin, Roosevelt y Churchill durante una semana de deliberaciones cruciales para determinar la forma de Europa en la posguerra. El comunicado estipulaba que Alemania sería dividida y desmilitarizada, se aboliría el partido nazi y se juzgaría a los criminales de guerra. Los dirigentes nazis no podían albergar la menor duda de que el destino de Alemania estaba decidido: no habría un final negociado de la guerra; la «rendición incondicional» significaba eso.[165] Para Hitler, simplemente confirmaba lo que ya sabía. «Siempre he dicho: “¡Queda descartada por completo la

capitulación!” ¡La historia no se repite!», fue su respuesta a Yalta. **[166]**



Refugiados atraviesan la helada Frisches Haff en Prusia Oriental en febrero de 1945.



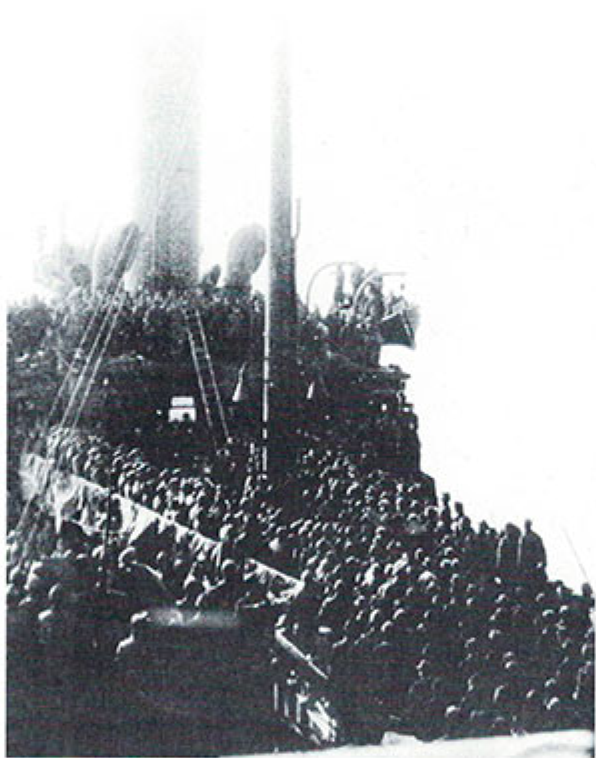
En algún lugar de Prusia
Oriental. Un carro entre



Lectura del veredicto en un consejo de guerra sumario.



El cadáver de un soldado ahorcado en Viena, abril de 1945. El cartel colgado de su cuello le acusa de



Un barco zarpa abarrotado de refugiados de Pillau,



Muerte y devastación causada por los bombardeos de los Aliados:
(arriba) Dresde, (abajo) Núremberg.





Jóvenes alemanes cerca de Frankfurt an der Oder, armados con el «Panzerfaust» y yendo en bicicleta al frente, febrero de 1945.





Prisioneros del campo de concentración de Buchenwald inmediatamente después de su liberación por las tropas estadounidenses en abril de 1945.





Unos alemanes en Königsberg se rinden ante el Ejército Rojo el 9 de abril de 1945, tras caer la ciudad de Prusia Oriental sitiada.



Banderas blancas ondean en las casas de Worms cuando los estadounidenses entran





Jefes militares: (arriba) Wilhelm Keitel (izquierda), Alfred Jodl (derecha); (abajo) Heinz Guderian (izquierda), Karl Dönitz (derecha).







La población rural cava una trinchera defensiva cerca de Tilsit en septiembre de 1944.



Erich Koch, Gauleiter de Prusia Oriental, inspecciona las provisiones de alimentos



Soldados alemanes observan cadáveres en Nemmersdorf (Prusia Oriental) tras las atrocidades cometidas por los soviéticos durante la incursión del Ejército Rojo en octubre de 1944.



Tras los éxitos iniciales, los alemanes se ven obligados a retirarse durante la ofensiva de las Ardenas en diciembre




Comandantes del frente: (arriba) Walter Model (izquierda), Georg-Hans Reinhardt (derecha); (abajo) Ferdinand Schörner (izquierda), Gotthard Heinrici (derecha).






Hombres mal equipados de la *Volkssturm* en el frente oriental en octubre de 1944.






Cuatro prominentes Gauleiter: (arriba, izquierda) Arthur Greiser (Wartheland), (derecha) Josef Grohé (Colonia-Aquisgrán); (abajo, izquierda) Karl Hanke (Baja Silesia), (derecha) Karl Holz (Franconia).








El general Heinrich von Vietinghoff (izquierda) y el general de las Waffen-SS Karl Wolff (derecha) jugaron un papel decisivo en la rendición de Alemania en Italia el 29 de abril de 1945, la única rendición antes de la muerte de Hitler.



El mariscal de campo Wilhelm Keitel firma la capitulación total de Alemania en Karlshorst







El «cuadrunvirato» de «grandes» nazis: (arriba) Martin Bormann (izquierda), Heinrich Himmler (derecha); (abajo) Joseph Goebbels (izquierda), Albert Speer (derecha).



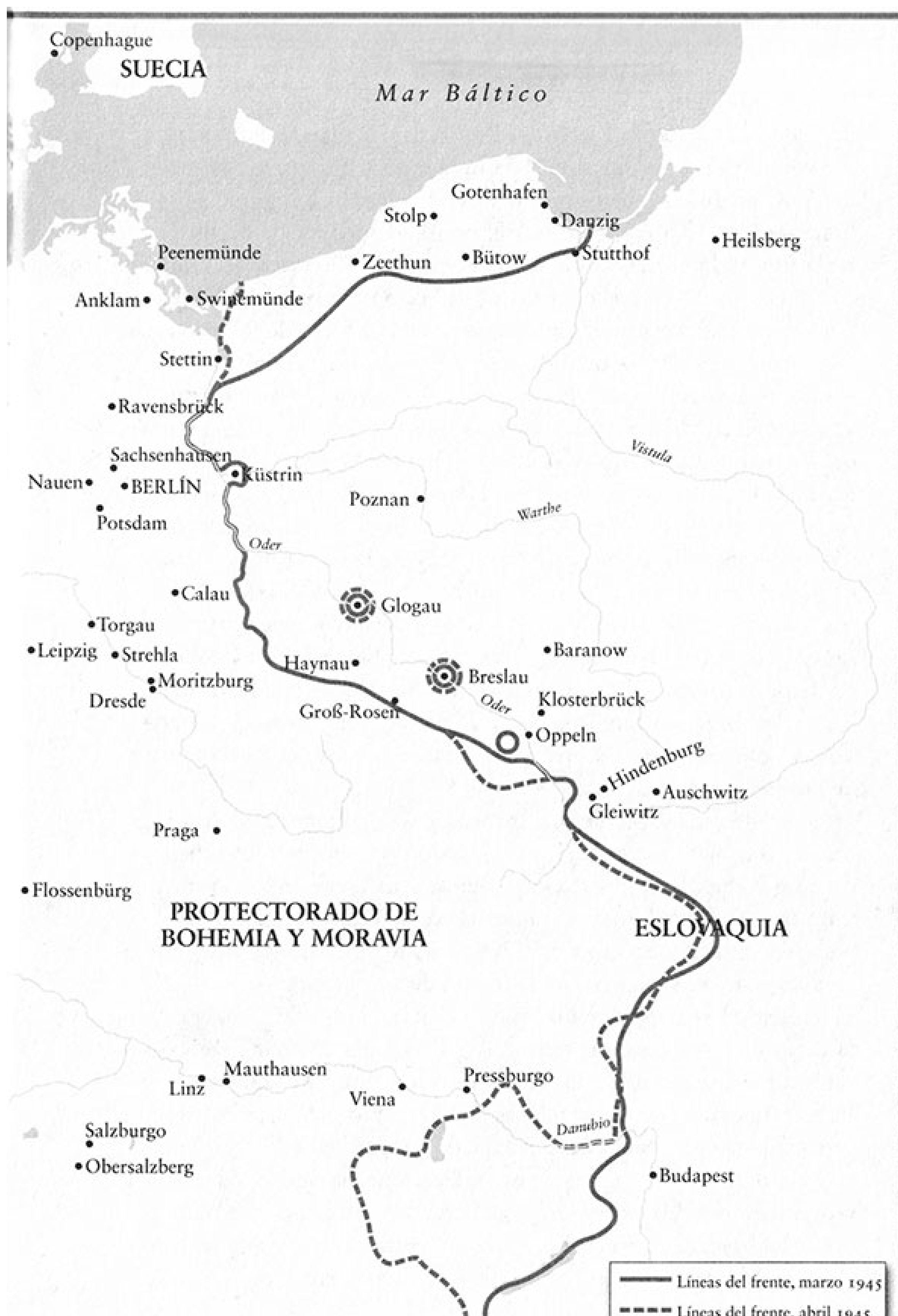




Prisioneros alemanes capturados cerca de Falaise a principios de septiembre de 1944.




N
DINAMARCA
Mar del Norte
Hamburgo
Aümuhle
Neuengamme
Elba
Bremen
Lüneburg
Berge-Belsen
PAÍSES BAJOS
Amsterdam
Weser
Hannover
Hildesheim
Magdeburgo
Bocholt
Rin
Lippstadt
Osterode
BÉLGICA
Mittelbau-Dora
Düsseldorf
Kassel
ALEMANIA
Bruselas
Colonia
Erfurt
Aachen
Bonn
Buchenwald
Mosa
Remagen
Linz
Sinzig
Hirzenhain
Neustadt an der Orla
Coblenza
Frankfurt
Mosela
Main
Tréveris
Luxemburgo
Reims
Núremberg
Saarbrücken
Heilbronn
Schwäbisch Hall
Schwäbisch Gmünd
Stuttgart
Estrasburgo
Danubio
FRANCIA
Augsburgo
Dachau
Múnich
Mülhouse
Rin
Innsbruck
0 50 100 millas
0 50 100 km
Berna
SUIZA


Copenhague
SUECIA
Mar Báltico
Gotenhafen
Stolp
Danzig
Heilsberg
Peenemünde
Zeethun
Bütow
Stutthof
Anklam
Swinemünde
Stettin
Ravensbrück
Vistula
Sachsenhausen
Küstrin
Nauen
BERLÍN
Poznan
Warthe
Potsdam
Oder
Calau
Glogau
Torgau
Baranow
Leipzig
Strehla
Haynau
Breslau
Moritzburg
Dresde
Oder
Klosterbrück
Groß-Rosen
Oppeln
Hindenburg
Auschwitz
Gleiwitz
Praga
Flossenbürg
PROTECTORADO DE
BOHEMIA Y MORAVIA
ESLOVAQUIA
Mauthausen
Linz
Pressburgo
Viena
Danubio
Salzburgo
Obersalzberg
Budapest
Líneas del frente, marzo 1945

7
LOS CIMIENTOS SE DESMORONAN

¿No hay nadie ahí que frene al loco y reclame un alto? ¿Todavía son generales? No, son unos inútiles, unos gallinas. ¡Son cobardes! No el soldado raso.

Anotación en un diario de un oficial en el oeste, 6 de abril de 1945[1]

I

En marzo de 1945, la tenaza se iba cerrando rápidamente sobre el Tercer Reich. Los Aliados en el este y en el oeste avanzaban para asestar el golpe final mientras la debilidad del ejército del Reich quedaba totalmente expuesta.[2] El frente oriental fue reforzado a expensas del occidental, pero las tropas ya estaban invariablemente exhaustas y compuestas, cada vez más, por jóvenes reclutas poco adiestrados. Ya no se podía compensar la enorme cantidad de bajas. La capacidad de combate de las divisiones había disminuido drásticamente. Las fuerzas alemanas, muy debilitadas aunque seguían combatiendo con tenacidad, se enfrentaban a una tarea imposible al intentar detener al Ejército Rojo, que se había reagrupado y había consolidado sus líneas de suministros tras el gran avance de enero. En el oeste, la ofensiva de las Ardenas había supuesto para los Aliados más una conmoción temporal que un importante revés. Pronto se recuperaron y prepararon el ataque a las fronteras occidentales del Reich, frente a una Wehrmacht cuyos

escasos recursos no bastaban, pese a sus duros combates de retaguardia, para repeler a una fuerza inmensamente superior. La tarea se volvió completamente imposible debido a la impotencia casi absoluta de la Luftwaffe, cuya limitada capacidad en el oeste se había reducido para abastecer, de forma ineficaz, al frente oriental.

Tras los desastres de enero, el alto mando del ejército de tierra hizo cuanto pudo para reforzar el frente en Pomerania y a lo largo del Óder. El Grupo de Ejércitos Vístula, bajo el mando de Himmler y compuesto por 25 divisiones de infantería y 8 divisiones panzer, defendía un amplio sector que se extendía desde Elbing, en el este, hasta el Óder, a poco más de 80 kilómetros al nordeste de Berlín. Sin embargo, todo el flanco sur se enfrentaba al Ejército Rojo, impaciente por avanzar hacia el norte, en dirección a la costa del Báltico. Cuando la débil contraofensiva alemana de mediados de febrero fue fácilmente repelida, la pérdida de Pomerania, que permitiría a los soviéticos asegurar el flanco norte para el inminente asalto a Berlín, se volvió inevitable. El 4 de marzo, el Ejército Rojo llegó a la costa del Báltico, entre Köslin y Kolberg. La ciudad costera de Kolberg era un baluarte estratégico crucial. La espectacular película en color *Kolberg* (mencionada en un capítulo anterior), que había encargado Goebbels, narraba la heroica defensa de la ciudad frente a las fuerzas de Napoleón.[3] Esta vez, sin embargo, no habría ninguna defensa heroica. Kolberg fue sitiada el 7 de marzo y declarada por Hitler una «fortaleza» que había que conservar a cualquier precio. El comandante de la ciudad solo resistió hasta que la armada pudo evacuar a los civiles, incluidos unos 60.000 refugiados, muchos de ellos heridos,[4] y después partió por mar el 18 de marzo, junto con las fuerzas defensivas que quedaban en la ciudad.[5]

Poco después se perdieron otros bastiones de Pomerania. El 20 de marzo, tras días de encarnizados combates, el puerto y los muelles de Stettin quedaron destrozados y la armada alemana ya no podía utilizarlos, aunque las tropas alemanas resistieron en una cabeza de puente y en la propia ciudad, prácticamente desierta, y no cayeron en manos de los soviéticos hasta finales de abril.

Gotenhafen (Gdynia) resistió hasta el 28 de marzo, y la crucial ciudad de Danzig hasta el 30 de marzo, lo que permitió a la armada evacuar a muchos refugiados desesperados, civiles y soldados hasta un lugar seguro. Para entonces, las fuerzas alemanas en Pomerania habían sido disgregadas y después aplastadas. Lo que quedó de ellas, unos 100.000 hombres, se replegaron a la larga y estrecha península de Hela, frente a Gdynia, en la bahía de Danzig, y al delta del Vístula, donde permanecieron hasta la capitulación. En total, entre principios de febrero y mediados de abril, el Grupo de Ejércitos Vístula perdió unos 143.000 hombres, entre oficiales y soldados muertos, heridos o desaparecidos.

En Prusia Oriental, las maltrechas fuerzas del Grupo de Ejércitos Norte aún contaban con 32 divisiones a principios de febrero, de las que 23 pertenecían al cuarto ejército, en la zona enormemente fortificada de Heilsberg, de unos 180 kilómetros de longitud y 50 de anchura. Una segunda agrupación estaba sitiada en Königsberg y una tercera, el tercer ejército panzer, retenida en la península de Samland. A mediados de febrero, por un breve lapso de tiempo, los intensos combates abrieron un corredor desde la cercada Königsberg hasta Pillau, el último puerto que quedaba en manos alemanas en la provincia, lo que permitió a algunos civiles huir de Königsberg y llevar suministros a la guarnición. Cuando se volvió a cerrar el corredor, el destino de los habitantes que quedaban en Königsberg quedó sellado, aunque la capitulación no se produjo hasta el 9 de abril. Mientras tanto, la posición de las tropas en la bolsa de Heilsberg se había deteriorado bruscamente. La sustitución de Rendulić por el coronel general Walter Weiss como comandante en jefe de Grupo de Ejércitos Norte el 12 de marzo no aportó ninguna mejora. El 19 de marzo, la bolsa alemana quedó reducida a no más de 30 kilómetros de largo y to de ancho, expuesta en todos los flancos a la intensa potencia de fuego de los soviéticos. Cuando las tropas que quedaban del cuarto ejército fueron trasladadas a través de la Frisches Haff desde Balga, y después desde Pillau el 29 de marzo, solo se pudo salvar a 58.000 hombres y unos 70.000 heridos de unos efectivos iniciales de medio millón. Las ocho divisiones que quedaban en Samland siguieron combatiendo durante algunas

semanas, hasta que cayó Pillau el 25 de abril, cuando las tropas disgregadas y desmoralizadas restantes se replegaron a la Frische Nehrung. Allí permanecieron hasta el final de la guerra, aunque sufrieron más bajas debido a los intensos y reiterados bombardeos soviéticos.

En el Óder, el noveno ejército alemán, a las órdenes del general Theodor Busse, trató de mantener con unas fuerzas debilitadas las defensas de la ciudad fortificada de Küstrin y la «ciudad fortaleza» de Frankfurt an der Óder. Se enviaron refuerzos a la zona, pero no pudieron compensar el derramamiento de sangre causado por los encarnizados combates (solo la división panzer Kurmark perdió entre 200 y 350 hombres cada día), y los soviéticos pudieron ampliar paulatinamente su cabeza de puente. A principios de marzo, solo se podía avituallar Küstrin por un estrecho corredor de 3 kilómetros de anchura que fue cerrado el 22 de marzo. Gran parte de Küstrin cayó el 13 de marzo, tras librarse encarnizados combates en las calles los días anteriores, pero lo que quedó de los quince batallones que defendían la ciudad a las órdenes del SS-Brigadeführer Heinz Reinefarth, el exjefe de policía de Wartheland que también había destacado por la despiadada brutalidad que empleó para sofocar el levantamiento de Varsovia, se replegó dentro de los muros de la antigua fortaleza. Tras el fracaso de una tentativa de contraofensiva para romper el cerco que causó muchas bajas alemanas, Guderian se convirtió en el chivo expiatorio. Fue el último jefe del estado mayor general destituido por Hitler, el 28 de marzo, cuando fue sustituido por el general Hans Krebs. Aquel mismo día, hubo que renunciar al cabo de unas horas a un segundo intento de llegar hasta Küstrin. Reinefarth ignoró la orden de Hitler de combatir hasta el final y la guarnición de casi mil oficiales y soldados consiguió salir del cerco el 30 de marzo, justo antes de que cayera Küstrin. Tuvo que comparecer ante un consejo de guerra por haber desobedecido y tuvo suerte de escapar con vida.

Más al sur en el Óder, en la Baja Silesia, el avance del Ejército Rojo era relativamente lento. El Grupo de Ejércitos Centro de Schörner, compuesto por unas 20 divisiones de infantería y 8 divisiones panzer, combatía ferozmente, aunque al final fuera en

vano. Los alemanes lucharon denodadamente para mantener abierto un corredor hasta Breslau, pero cuando se cerró el 16 de febrero, unos 40.000 soldados (junto con 80.000 civiles) quedaron atrapados en la capital de Silesia. Otros 9.000 fueron cercados al norte, en Glogau. Pese a todo, la resistencia alemana fue incapaz de impedir que los soviéticos llegaran a la orilla derecha del Neisse, cerca de su confluencia con el Óder, el 24 de febrero. A mediados de marzo, una gran ofensiva del Ejército Rojo en la zona de Oppeln consiguió, tras encarnizados combates, rodear y destruir cinco divisiones alemanas. Murieron unos 30.000 alemanes y otros 15.000 fueron capturados. Cuando Ratibor cayó el 31 de marzo, los alemanes perdieron la última gran ciudad industrial de Silesia. Lo que quedaba del Grupo de Ejércitos Centro tuvo que replegarse a la orilla occidental del Neisse y al suroeste, en dirección a los Sudetes.

En el flanco sur del frente oriental, donde se encontraban 19 divisiones de infantería y 9 divisiones panzer, los intensos combates en los alrededores de Budapest, que habían durado semanas, tocaron a su fin. Los violentos combates en las calles, que prosiguieron en las cloacas, terminaron el 13 de febrero. En total, murieron 50.000 alemanes y húngaros y 138.000 fueron capturados en la batalla de Budapest. Las bajas soviéticas fueron aún más elevadas. Los intensos combates continuaron al oeste de Budapest. Hitler insistió, en contra de la opinión de Guderian, en lanzar una contraofensiva con centro en el lago Balaton. Un éxito allí, según su pensamiento estratégico, liberaría a nueve divisiones que se podrían enviar al Óder para iniciar una eventual contraofensiva en mayo. También impediría a los soviéticos acercarse a Viena. Y lo más importante, era crucial proseguir con el esfuerzo bélico alemán para mantener el control de los últimos pozos petrolíferos de la región. El sexto ejército panzer-SS de Sepp Dietrich, que había estado inactivo desde el fracaso de las Ardenas, fue enviado para encabezar el ataque, que empezó el 6 de marzo. Las fuerzas alemanas consiguieron avanzar unos 20 o 30 kilómetros a lo largo de un tramo de 50 kilómetros, pero al cabo de diez días, tras sufrir muchas bajas y con las tropas exhaustas, la tentativa perdió ímpetu. El general Otto Wöhler, comandante en jefe de Grupo de Ejércitos Sur,

dio la orden de combatir hasta el final. Pero incluso las tropas de élite del sexto ejército panzer-SS prefirieron la retirada a un sacrificio inútil. Los hombres de Dietrich desobedecieron las órdenes y se replegaron hacia el oeste, en dirección a Austria, de forma un tanto desordenada. Se libraron por poco de una completa destrucción, pero tuvieron que abandonar en el camino muchos equipos pesados. Hitler, furioso, ordenó que, como castigo, se despojara de sus brazaletes a las unidades de Sepp Dietrich, incluida su propia guardia de corps, la «Leibstandarte-SS Adolf Hitler». Incluso el general Hermann Balck, el duro comandante de panzer en Hungría, que había telefoneado a Guderian para pedirle que se tomaran medidas contra las unidades intactas de la Leibstandarte que se retiraban con todas sus armas, creía que la degradación era un castigo demasiado severo.[6] Para los alemanes, peor que el asunto del prestigio y los brazaletes fue que, a finales de marzo, se habían perdido los pozos petrolíferos, junto con toda Hungría. La frontera austriaca se hallaba ya en la ruta del Ejército Rojo.

A finales de marzo, el Ejército Rojo había hecho importantes progresos en todo el frente oriental. La amenaza contra Berlín era inminente. También en el oeste, en febrero y marzo, las defensas alemanas opusieron una dura resistencia, pero acabaron desmoronándose cuando los Aliados occidentales consiguieron cruzar el Rin, la última gran frontera natural que protegía el Reich, y se adentraron en la propia Alemania.

En febrero de 1945, el frente occidental alemán lo defendían 462.000 soldados integrados en 59 divisiones (aproximadamente, un tercio más que en el frente oriental). Las fuerzas de los Aliados occidentales, que para entonces ya tenían a más de 3,5 millones de hombres en el continente europeo, eran muy superiores en cuanto a número. Las divisiones alemanas eran más reducidas que anteriormente en la guerra, con un promedio de algo menos de 8.000 hombres, muchos de ellos jóvenes reclutas que ya estaban exhaustos por los continuos combates, y la fuerza de combate de cada una de ellas era aproximadamente la mitad de ese número. Había habido que sacrificar tanques, artillería y aviones, así como

tropas, para el frente oriental. Para los comandantes de los grupos de ejércitos en el oeste, el Grupo de Ejércitos H del coronel general Johannes Blaskowitz (que había sustituido al coronel general Kurt Student el 28 de enero) en el norte, el Grupo de Ejércitos B del mariscal de campo Walter Model en el centro del frente y el Grupo de Ejércitos G en el sur, a las órdenes del coronel general de las Waffen-SS Paul Hausser, era evidente que, en vista de la situación en el este, no se podía contar con refuerzos ni de hombres ni de equipamiento. La desigualdad en cuanto a armamento respecto a los Aliados occidentales era enorme, y mayor aún en el aire, donde la supremacía de los Aliados era prácticamente total.

Antes de que los Aliados pudieran cruzar el Rin, tuvieron que hacer frente a las tenaces defensas desplegadas al oeste del gran río de norte a sur. En Alsacia, las tropas francesas y estadounidenses ya habían obligado a los alemanes a replegarse atravesando el Rin cerca de Colmar a principios de febrero. Sin embargo, el principal ataque de los Aliados empezó más al norte el 8 de febrero. Pese al lento avance inicial debido a una feroz resistencia, con ayuda del mal tiempo y la apertura de los diques para obstaculizar el movimiento de tanques y tropas, las fuerzas canadienses y británicas, presionando hacia el suroeste desde la zona de Nijmegen, y las estadounidenses, presionando hacia el noroeste desde los alrededores de Düren, tomaron Krefeld el 2 de marzo, y para el 10 de marzo ya habían rodeado a nueve divisiones alemanas cerca de Wesel, capturando a 53.000 prisioneros, aunque muchas tropas alemanas pudieron replegarse a lo largo del Rin, destruyendo los puentes a su paso. Para entonces, después de que el 2 de marzo los estadounidenses hubieran llegado al Rin, al sur de Düsseldorf, un largo tramo del río más importante de Alemania estaba en manos de los Aliados, bloqueando una arteria vital para el suministro del carbón y el acero del Ruhr. El 5 de marzo, las tropas estadounidenses se abrieron paso entre las débiles defensas (muchas de ellas a cargo de la *Volkssturm)* para llegar a Colonia. A la mañana siguiente, los alemanes, que se batían en retirada, volaron el puente de Hohenzollern en el centro de la ciudad, el último paso que quedaba para acceder a la metrópoli del Rin. Sin embargo, un golpe

de suerte resolvió el problema que tenían los Aliados para asegurar una cabeza de puente en la orilla este del Rin. Las tropas alemanas que se batían en retirada en Remagen, más al sur, entre Bonn y Coblenza, no habían conseguido detonar los explosivos que habían colocado, y los estadounidenses, para su enorme sorpresa, encontraron el 7 de marzo el puente intacto, lo cruzaron y establecieron rápidamente una pequeña cabeza de puente en la orilla oriental. Los desesperados intentos de los alemanes para destruir la cabeza de puente hicieron que se desperdiciaran inútilmente valiosas reservas en Remagen.

Más al sur, Tréveris cayó el 1 de marzo. El tercer ejército estadounidense del general Patton, tras luchar desde mediados de febrero para vencer la fuerte resistencia, logró que los defensores se replegaran a la otra orilla del Rin y el Mosela el 10 de marzo, al día siguiente de que el mariscal de campo Von Rundstedt hubiera sido relevado del mando por última vez y sustituido como comandante en jefe del oeste por el recio mariscal de campo Albert Kesselring, al que se atribuía haber salido airoso en los ataques desde la retaguardia en el norte de Italia. Tres días más tarde, los estadounidenses cruzaban el Mosela y se preparaban para atacar el Sarre, que aún producía una décima parte del hierro y el acero alemanes. Kesselring se negó a evacuar una zona industrial tan vital. Se libraron intensos combates, pero solo podía haber un desenlace. Las fuerzas alemanas acabarían retirándose al este del Sarre y después al Palatinado, para finalmente cruzar el Rin, sufriendo grandes bajas (e infligiéndoselas también al enemigo). El 25 de marzo, Alemania perdió el Sarre. Para entonces, los estadounidenses también habían ocupado Kaiserslautern, Worms y Maguncia. Mientras tanto, Coblenza había caído el 17 de marzo.

Al cabo de seis días, todo el tramo del Rin desde Coblenza hasta Ludwigshafen estaba en manos de los estadounidenses, que habían establecido una segunda cabeza de puente a lo largo del río en Oppenheim, al sur de Maguncia, a donde las tropas habían cruzado en lanchas de asalto, en una osada maniobra, la noche del 22 al 23 de marzo. Aquel día, el comandante británico, el mariscal de campo Montgomery, cruzó con sus tropas el bajo Rin en Wesel, y a finales

de marzo ya había consolidado una amplia cabeza de puente en la orilla oriental del río. Se habían sentado las bases para el ataque a la mayor región industrial del Reich, el Ruhr. Más al sur, los estadounidenses también habían atravesado el Rin, y la feroz resistencia alemana no pudo impedir el avance en las zonas occidentales del Reich. Mannheim, Ludwigshafen y Frankfurt am Main cayeron en manos de los estadounidenses el 29 de marzo, y Heidelberg, dos días más tarde. A partir de entonces, el avance hacia el centro de Alemania y, en dirección sur, hacia Baviera se desarrolló con rapidez.

En la defensa de sus posiciones del Rin, los alemanes habían sufrido una espantosa cantidad de bajas: más de 60.000 hombres murieron o resultaron heridos y 293.000 fueron hechos prisioneros. La pérdida de tanques, artillería y otro armamento pesado, cuando las tropas tuvieron que replegarse apresuradamente cruzando el Rin y el Mosela, fue enorme. La capacidad de combate de los alemanes, que ya estaba debilitada al inicio de la ofensiva aliada, quedó drásticamente reducida. Ni siquiera la fuerza de las divisiones sobre el papel, ya muy reducida por los combates de febrero y marzo, contradecía el hecho de que solo una minoría de aquellos soldados, muchos de ellos reclutas inexpertos, era capaz de luchar en el frente. Además, las defensas dependían de la mal equipada *Volkssturm* y de unidades formadas apresuradamente y transferidas desde la Luftwaffe y la armada.

Pese a que la superioridad en cuanto a hombres y armamento de los Aliados en todos los frentes acabó siendo abrumadora, la característica oposición de Hitler y del alto mando de la Wehrmacht a autorizar retiradas tácticas hasta que ya era demasiado tarde agravó las pérdidas. A ello había que añadir el rechazo a todas las súplicas de Guderian y otros para que se retiraran las fuerzas alemanas que aún se encontraban fuera de las fronteras del Reich, entre las que figuraban de forma destacada los 200.000 soldados curtidos que estaban aislados en Curlandia, junto con las fuerzas que ocupaban los Países Bajos y Escandinavia y las que seguían combatiendo en el norte de Italia. No obstante, la razón principal de la catástrofe fue la sistemática negativa de los dirigentes del Reich a

rendirse y su determinación de seguir luchando cuando ya hacía tiempo que se había desvanecido cualquier esperanza realista.[7]

Así pues, a finales de marzo, los enemigos de Alemania habían cruzado el Óder en el este y el Rin en el oeste. No deja de sorprender que incluso entonces, cuando ya poco o nada se podía ganar y cuando la destrucción continua y la enorme pérdida de vidas humanas estaban aseguradas, existiera una voluntad de seguir combatiendo. Sin embargo, esta voluntad no debería confundirse con un generalizado compromiso popular con el esfuerzo de guerra alemán. Es cierto que, en el este, el miedo a los soviéticos fue un poderoso factor disuasorio frente al derrotismo y el deseo de rendirse. Para la mayoría de los alemanes, ya fuera en el ejército o entre la población civil, simplemente no quedaba más alternativa que seguir luchando dado el control del régimen de terror en las zonas del Reich, cada vez más reducidas, que aún no estaban ocupadas.

II

Todos los indicios apuntaban a un hundimiento de la moral en el seno de la Wehrmacht, sobre todo en el oeste, cuando las defensas cedieron y el enemigo penetró en el Reich. El estado de ánimo de los civiles era similar. El régimen reaccionó intentando combatir los signos de desintegración, como siempre, incrementando aún más sus actividades propagandísticas y mediante una represión feroz que tuviera efectos disuasorios.

El partido hizo todo lo posible en marzo de 1945 para intensificar sus iniciativas propagandísticas a fin de mantener y elevar la moral de combate dentro de la Wehrmacht y entre la población civil. A principios de mes, Bormann buscó el apoyo de los Gauleiter para emprender una nueva campaña propagandística cuyo propósito era evitar las consignas vacías y fortalecer una fanática voluntad de resistir. Se creó una «acción especial de la cancillería del partido» para organizar actividades propagandísticas intensivas a través de delegaciones de funcionarios del partido (con uniforme

de la Wehrmacht) y oficiales del ejército de tierra.[8] Se admitía que había que mejorar la propaganda.[9] De acuerdo con las recomendaciones de Goebbels, también tenía que ser más realista que hasta entonces, una manera de admitir de forma indirecta algunos fallos de los pronósticos totalmente optimistas. Había que proporcionar a los soldados respuestas a las cuestiones fundamentales que les preocupaban: si aún tenía sentido combatir y si se podía ganar la guerra. Se debía insistir en una serie de temas: que Alemania aún disponía de armamento y alimentos suficientes, y de suficientes reservas de hombres y equipos (nada de ello era cierto, lo que contradecía la necesidad de insistir en el realismo); el desarrollo de nuevas armas «milagrosas» (sobre las que imperaba una incredulidad más que justificada);[10] la eficacia del «Panzerfaust» (el tipo de lanzagranadas alemán que se asociaba con los desesperados esfuerzos defensivos de la *Volkssturm*), y el hecho de que los estadounidenses tuvieran que desplegar sus tropas en un área enorme (lo que, por supuesto, no había impedido que realizaran enormes avances a través de las defensas alemanas).[11]

Nada de ello sirvió de mucho para restablecer una confianza que se desvanecía con rapidez y una moral que se hundía. Se eligió a los portavoces del partido que servían en la Wehrmacht para dirigirse a las tropas, un recurso muy necesario porque los problemas de transporte estaban impidiendo que les llegara el material escrito. En el Gau de Hessen-Nassau, se acordó que los portavoces del partido elegidos por los jefes de propaganda del Reich se trasladaran en autobús a las unidades de tropas en el frente. Las octavillas que debían distribuir estos portavoces incluirían recordatorios para que «pensaran en los asesinatos en masa de Dresde» y animarlos a creer que los británicos y los estadounidenses, como demostraba la destrucción de la patria mediante sus bombardeos para sembrar el terror, no eran mejores que los bolcheviques. La única lección era aguantar y combatir hasta el final.[12]

Otra estrategia consistía en intentar desviar la atención de las quejas y agravios para centrarla en el enemigo. Esto incluía denigrar a los estadounidenses, tildándolos de inferiores a los alemanes en

todos los aspectos, salvo en la potencia de sus armas, y la afirmación de que Gran Bretaña había alcanzado el límite de bajas tolerables. Lo más destacable era que, a las críticas a la gestión alemana de los territorios ocupados, se debía responder con declaraciones de que las medidas alemanas habían sido, en realidad, superiores a las de los Aliados, de que «en cualquier caso podíamos tener la conciencia tranquila sobre la cuestión del trato a la mayoría de los pueblos que nos son hostiles». Se podía mejorar la percepción de los cometidos del partido y sus logros en el esfuerzo bélico comparando estos con lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial.[13]

La «acción de los portavoces» incluía consejos sobre la manera de responder a las críticas más comunes. Por ejemplo, al discurso derrotista se debía responder insistiendo en que solo con la determinación y la voluntad de resistir se podía superar la crisis. A quienes culpaban al partido de la guerra había que replicarles haciendo hincapié en que la guerra había sido declarada a Alemania, no al revés, y en que el enemigo pretendía destruir no solo a la jefatura, sino a la propia Alemania; en que en caso de derrota sería peor que después de 1918. Una respuesta a la extendida visión de que el «terror desde el aire» era la carga más insoportable de todas, y a las manifestaciones que la acompañaban sobre las promesas incumplidas, era que había que soportar temporalmente las dificultades para dar tiempo a producir mejores armas. Había que dar la vuelta a los comentarios pesimistas de que Alemania no había sido capaz de hacerlo con su industria intacta y difícilmente podría esperar hacerlo con una gran parte de la misma destruida diciendo que, debido a la pérdida de territorios, bastaba con una producción industrial más reducida. Por último, había que afrontar el abatimiento causado por los avances del enemigo en el este y en el oeste inspirando confianza en que ya se habían tomado medidas y que serían más firmes, que la lucha continuaba en el frente y en el interior del país, y que era necesario resistir para dar tiempo a que las decisiones políticas y militares maduraran. En todos los discursos se debía destacar que Alemania no iba a perder la guerra, sino que aún iba a ganarla. Había que convencer a la

población de que existía una comunidad combatiente unida que, bajo ningún concepto, iba a darse por vencida, sino que estaba decidida a proseguir con la guerra por todos los medios hasta lograr la victoria.[14]

Nada de ello sonaba convincente, salvo para los que no querían ver la realidad y para los obtusos. La población de Berlín comparaba la propaganda con una banda que seguía tocando en un barco mientras este se hundía.[15] La mayoría de los soldados, así como los civiles, podían ver lo desesperada que era la situación y formarse sus propios juicios sobre los inútiles intentos de la propaganda de negar lo que era más que evidente. Las anotaciones en su diario de un oficial subalterno destacado en el frente occidental, que seguía atentamente los comunicados de la propaganda y los comparaba con la realidad que él veía, dan una idea de cuáles eran los sentimientos que prevalecían mientras los estadounidenses avanzaban por Renania. «Vayas adonde vayas, solo oyes un comentario: que se acabe esta locura», escribía el 7 de marzo, al día siguiente de la caída de Colonia. Sin embargo, admitía que aún existía algún que otro optimista, como uno de sus camaradas, un antiguo jefe de las Juventudes Hitlerianas y «un gran fanfarrón», aunque este tipo de personajes no explicaba cuáles eran las razones de su optimismo. Apenas podía creer las noticias de los combates callejeros en las ruinas de Bonn. «¡Ruinas! Ese es el legado para la población tras la guerra. De qué forma tan diferente actuó Ludendorff [al final de la Primera Guerra Mundial] cuando admitió que todo estaba perdido. En cierto modo, seguía siendo consciente de su responsabilidad», comentaba. La crítica tácita a Hitler era evidente. Sobre el que sería el último «Día de la memoria de los héroes», el 11 de marzo, anotaba: «Cómo se abusa de los muertos, de su recuerdo y de su sacrificio [...]. Esto tiene que acabar».[16]

Los informes que llegaban al Ministerio de Propaganda a principios de marzo hablaban de que muchos soldados esperaban un amargo final de la guerra.[17] El propio Goebbels reconocía a principios de marzo, al exhortar a los propagandistas del partido a redoblar aún más sus esfuerzos, que la moral de las tropas era un

problema en algunos sectores del ejército.[18] El 11 de marzo señaló que «la moral de nuestras tropas y nuestra población en el oeste ha sufrido enormemente [...]. Ahora solo se puede conseguir algo en el oeste adoptando medidas brutales; de otro modo, ya no dominaremos la situación en curso».[19] Hitler contempló brevemente la idea de abandonar la Convención de Ginebra, que estipulaba que se diera un buen trato a los prisioneros de guerra, para animar a sus soldados a combatir con la misma dureza en el frente occidental que en el oriental.[20] Pero también en el este había problemas. Guderian se vio obligado a desmentir vehementemente un mordaz informe sobre la existencia de actitudes derrotistas incluso en el estado mayor general del Grupo de Ejércitos Centro de Schörner. Aunque el informe estaba inevitablemente influido por el habitual antagonismo entre el partido y los oficiales del estado mayor general, es improbable que las críticas documentadas de los oficiales a la poca y vacilante determinación de la infantería hubieran sido inventadas.[21]

En Danzig, se hablaba de «un segundo Stalingrado», ya que daba la impresión de que el ejército estaba paralizado y carecía de iniciativa. Se decía que centenares de soldados habían abandonado sus puestos en Küstrin (que, al final del cerco, fue descrita como apenas «un montón de escombros»), donde los signos de desmoralización habían sido evidentes. Habían huido hacia el oeste junto con hombres de la *Volkssturm* antes de ser capturados por la Policía de Seguridad y devueltos a sus unidades. En vista de la amplitud de los casos de pillaje de las tropas alemanas en Küstrin, la población musitaba en tono sombrío que los rusos no podían ser peores.[22] El saqueo de las viviendas y otras propiedades por los soldados que se batían en retirada era, por entonces, algo habitual en casi todas partes, pese a la amenaza de sanciones severas a los culpables.[23] Había otros indicios de indisciplina en el ejército. Un jefe de distrito del partido en la región de Halle-Merseburg informó de un pequeño motín de 200 soldados de una división panzer y se quejó de la ineficacia de los controles de policía en las estaciones para identificar a los desertores. Se decía que, durante la caída de

Tréveris, la mayoría de los defensores de la *Volkssturm* se habían pasado al enemigo. Otros hicieron cuanto pudieron para eludir el servicio militar.[24] Las tropas alemanas en el Mosela, a las que sorprendieron los tanques estadounidenses, simplemente habían huido en cualquier vehículo que encontraron a mano, abandonando las armas y los equipos.[25]

Naturalmente, hubo muchas excepciones al deseo generalizado de muchos soldados de que acabara la guerra. Una carta enviada a su familia por el sargento mayor de un batallón destacado en Wiesbaden, escrita justo después de que los estadounidenses hubieran cruzado el Rin en Remagen, revelaba una mentalidad nazi sin fisuras y una continua actitud de desafío, aunque los comentarios dejaban claro que él era una excepción entre sus camaradas y reconocía que «ya no podemos confiar al cien por cien en nuestros soldados». Tildaba las esperanzas de los estadounidenses, tal como él las veía, de que los alemanes depusieran las armas o combatieran con ellos contra los rusos de «ardides de judíos». Pese a que admitía que la situación era extremadamente grave, decía que se negaba a perder su fe

> en que, pese a todo, ganaremos la guerra. Sé que muchos se han burlado de mí o han pensado que estoy loco. Sé que, aparte de mí, pocos tienen el valor de decirlo, pero lo repito una y otra vez: el Führer no es un canalla y no es tan malo como para mentir a todo un pueblo y conducirlo a la muerte. Hasta ahora, el Führer siempre nos ha dado su amor y nos ha prometido libertad, y ha cumplido todos sus planes. Y si el Führer ruega a Dios que le perdone las seis últimas semanas de esta guerra de naciones, sabemos que habrá un final terrible y espantoso para nuestros enemigos.

Por tanto, era imprescindible proseguir siendo «valientes y fuertes. ¿De qué sirven todas nuestras ventajas materiales si más tarde acabamos en algún lugar de Siberia?», añadía. Estaba seguro de que Alemania contraatacaría en unas pocas semanas con armas nuevas que pondrían «fin a esta desoladora situación» y provocarían un giro decisivo en la guerra a favor de Alemania. «Debemos creer firmemente en el futuro de Alemania, creer y creer cada vez más. Un pueblo que ha perdido valientemente tanta sangre en aras de su grandeza no puede perecer [...]. Solo nuestra fe nos hace fuertes, y me remito a las palabras del Führer de que, al final de todos los

combates, Alemania vencerá».[26] Cuando los Aliados cruzaron el Rin y penetraron en Alemania, esta ingenuidad era claramente minoritaria. A finales de marzo, solo el 21 por ciento de una muestra de soldados capturados por los Aliados occidentales seguía teniendo fe en el Führer (frente al 62 por ciento a comienzos de enero), mientras que el 72 por ciento no tenía ninguna. Solo un 7 por ciento aún creía en una victoria de Alemania, frente al 89 por ciento que no lo creía.[27] Un informe detallado sobre Hessen-Nassau que recibió el Ministerio de Propaganda a finales de marzo, mientras los estadounidenses avanzaban en el valle de Main, describía un panorama sombrío: desintegración, antipatía entre el ejército y la jefatura del partido en la zona, caos organizativo y civiles que se negaban a obedecer las órdenes de evacuación alegando que no tenían adónde ir y que, de cualquier modo, «todo había acabado». Las oficinas de propaganda informaban en marzo de que muchas personas habían perdido la esperanza y de que la opinión de que Alemania había perdido la guerra estaba muy extendida, aunque se afirmaba que muchos seguían estando dispuestos a cumplir su deber, ya que se admitía que la capitulación supondría la «destrucción completa del pueblo alemán».[28]

El derrotismo y la amargura se intensificaron al ver que las tropas huían hacia el este lo más rápido que podían, abandonando a las unidades de las *Volkssturm* poco entrenadas y mal equipadas y comportándose de un modo totalmente falto de «camaradería» con los heridos y los civiles evacuados mientras requisaban bruscamente vehículos para batirse en retirada.[29] Jakob Sprenger, el veterano Gauleiter de la zona (que ya había pedido permiso para crear consejos de guerra sumarios en su Gau), añadía que la moral de las tropas estaba influida por el derrotismo de la población civil. La sensación de que la derrota, cuando menos a manos de los Aliados occidentales, supondría el fin de la existencia de Alemania era bastante evidente. Habían aparecido banderas blancas en varios lugares al acercarse las tropas del enemigo y se había bloqueado la construcción de barreras contra los tanques.[30]

La población de numerosos lugares junto al Mosela actuaba de un modo similar y exhortaba a las tropas a que dejaran de combatir para evitar más destrucción.[31] Un desesperado agente del SD escribió a Bormann para explicarle su amarga decepción, compartida por entonces por muchos de los que luchaban en el frente occidental que habían llegado del este y, como él mismo, lo habían perdido todo a manos de los bolcheviques, al ver la actitud derrotista de la población civil del Gau Moselland a medida que se acercaban las topas de los Aliados. Le informaba de que la población se mostraba amable con los estadounidenses y hostil hacia sus propias tropas. Los esfuerzos propagandísticos para inculcar el odio al enemigo eran un completo fracaso. Se había dejado de utilizar el saludo hitleriano, ya no había en las salas retratos del Führer y las banderas blancas habían sustituido al estandarte con la esvástica. Habían escondido las armas o se habían librado de ellas. Por supuesto, no había ningún deseo de servir en la *Volkssturm.* Y la actitud hacia el partido era de total rechazo «aniquilador».[32]

Se decía que, en Renania, los civiles habían insultado a los soldados, acusándolos de prolongar la guerra y causar más sufrimiento al volar los puentes y cavar trampas para los tanques. Cortaban las alambradas y cometían pequeños actos de sabotaje, confeccionaban banderas blancas en señal de rendición, quemaban emblemas y uniformes del partido y animaban a los soldados a vestir de paisano y desertar.[33] Sin embargo, estos actos localizados de oposición no eran característicos de la mayoría de la población. El deseo de que terminara la guerra era prácticamente general, pero hacer algo para acortarla era sumamente arriesgado. La mayoría de la gente no estaba dispuesta a arriesgar su vida en el último momento. Todo ello, junto con una arraigada aceptación de la autoridad, hizo que la norma fuera la obediencia resignada, no la resistencia.[34] Y por muy extendidas que estuvieran las muestras externas de rechazo al esfuerzo bélico en el frente occidental, estas eran poco comunes, cuando no inexistentes, en el este, donde la población civil dependía por completo de las tropas de combate para mantener alejado al temido enemigo.

La disciplina militar se mantenía por lo general, y no solo en el este. Aun así, la deserción de las tropas preocupaba seriamente al ejército y a la jefatura del partido. Goebbels señaló a principios de marzo que «la plaga de la deserción ha aumentado de forma preocupante. Se dice que hay decenas de miles de soldados en las grandes ciudades del Reich; supuestamente son rezagados, pero en realidad lo que quieren es evitar combatir en el frente».[35] Los debates mantenidos en la cancillería del partido para atajar el problema incluían la propuesta de efectuar una «redada general» en toda la nación un día concreto para capturar a todos los soldados que habían abandonado el frente, una iniciativa que se consideró inviable, dadas las circunstancias de creciente desorganización. Otra era dejar que los desertores ejecutados permanecieran colgados durante unos días en lugares públicos. Se decía que esta táctica con fines disuasorios había resultado eficaz en el este. (Una mujer, que describió su huida de Silesia cuando era una muchacha, recordaba el horror que sintió al ver cuatro cadáveres colgando de farolas con carteles enganchados al cuerpo en los que se decía a los transeúntes: «No creí en el Führer» o «Soy un cobarde»).[36] Estas temibles represalias, que probablemente contaban con el respaldo de quienes creían estar haciendo todo lo posible por el esfuerzo de guerra,[37] irían acompañadas de la insistencia en el lema del Gauleiter Hanke, recluido en la asediada Breslau, de que «el que teme a la muerte con honor la sufrirá con deshonor».[38] El 12 de marzo, el mariscal de campo Kesselring, el nuevo comandante en jefe del oeste, anunció una de sus primeras órdenes: la creación de una unidad especial motorizada de la policía militar para capturar a los «rezagados», quienes, según declaró, estaban amenazando con poner en peligro la continuidad de la guerra en el oeste. Tres días antes, el teniente general Rudolf Hübner, un fervoroso partidario del régimen, dentista en la vida civil y verdugo entusiasta, quien supuestamente dijo haber sentido una gran satisfacción al fusilar a un general que había incumplido su deber, creó un «consejo de guerra itinerante» (ya mencionado en el capítulo anterior) para combatir la deserción y el derrotismo.[39] Las primeras víctimas fueron cinco oficiales a

los que se halló culpables de no haber volado el puente de Remagen y a los que se condenó a muerte de inmediato.[40] A cuatro los fusilaron ese mismo día. El quinto, por suerte para él, había sido capturado por los estadounidenses.[41] Model y Kesselring anunciaron el veredicto a todas sus tropas con fines disuasorios y añadieron que esperaban que los consejos de guerra actuaran con la «mayor severidad».[42]

A medida que aumentaba la desesperación, otros comandantes del frente también amenazaron con una feroz aplicación de la disciplina y la pusieron en práctica, aunque el coronel general Schörner destacó, como ya hemos visto, por su nivel de brutalidad. Rendulić ordenó la ejecución sumaria de los «rezagados» ilesos que hubieran abandonado sus unidades. Himmler, en su calidad de comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Vístula, publicó órdenes de que, a partir del 25 de marzo, todos los «rezagados» fueran condenados por un consejo sumario y fusilados en el acto.[43] Esta severidad iba acompañada de llamamientos a una defensa fanática del Reich. Schörner reclamó para el este un fanatismo inequívoco y politizado como el que habían mostrado las tropas de Stalin.[44]

No fue menos brutal en el oeste. Paul Hausser, un general de las Waffen-SS que estaba al mando del Grupo de Ejércitos G en el sur del frente, recomendó que se encarcelara a los familiares como medida disuasoria y ordenó a sus soldados, so pena de sufrir un castigo, abrir fuego inmediatamente contra cualquier soldado al que se viera cruzar las líneas.[45] El comandante en jefe del Grupo de Ejércitos H, destacado en los Países Bajos, el coronel general Blaskowitz, no era un extremista de las SS. De hecho, Hitler había censurado en 1939 sus «métodos de ejército de salvación» cuando criticó valientemente las barbaridades de las SS en Polonia. Sin embargo, en cuanto a la severidad en el trato a sus propias tropas en los últimos meses de la guerra, Blaskowitz no era diferente de los demás generales y el 5 de marzo amenazó a los soldados desertores con una «condena y ejecución sumarias».[46] «El enemigo debe luchar por cada paso en la tierra alemana con la pérdida de la mayor cantidad de sangre posible», había ordenado Rundstedt a

comienzos de marzo.[47] Su sucesor en el mando en el oeste, Kesselring, pidió ayuda a los Gauleiter del partido para convencer a la población de la necesidad de combatir con un fanatismo absoluto por las ciudades y aldeas alemanas, ahora dentro de una zona de guerra. «Esta lucha por la existencia o no existencia del pueblo alemán no excluye, en su crueldad, los monumentos culturales u otros objetos de valor cultural», proclamó.[48] Jodl pidió a los comandantes del oeste que se aseguraran de que el enemigo se encontrara con «una voluntad de combate fanática» en las tropas que defendían el Reich. Y en cuanto a la población, añadía que, en ese momento, no se la podía tener en cuenta.[49]

Los generales no eran meros instrumentos de Hitler, como pretendieron al tratar de exculparse después de la guerra. Actuaron por convicción, haciendo cuanto estuvo a su alcance para incitar y obligar a las tropas a redoblar sus esfuerzos. Aunque posteriormente les gustaba describirse como soldados profesionales que simplemente cumplían con su deber patriótico, en realidad fueron el componente más indispensable del moribundo régimen. Pocos compartían la fe sin fisuras de Schörner en la doctrina del nacionalsocialismo, pero todos aceptaban algunos de sus artículos de fe. La combinación de nacionalismo extremo (es decir, la creencia en la superioridad alemana y la gloria única del Reich) y anticomunismo, junto con la apasionada determinación de impedir la ocupación y, según creía la mayoría, la destrucción de Alemania, bastaron para alimentar sus infatigables esfuerzos por defender una causa perdida. A ello se sumaba un sentido del deber distorsionado. Sin su extraordinario compromiso con la continuidad de la lucha, cuando cualquier valoración racional exigía poner fin a la destrucción, el régimen habría caído.[50]

Entre los mandos militares que hicieron gala de un mayor fanatismo en las últimas semanas del Reich, contrariamente a la imagen que cultivaron durante la posguerra, figuraba el gran almirante Karl Dönitz, comandante en jefe de la armada. A Bormann, su serie de breves informes de situación le parecieron tan valiosos por su desafiante espíritu de combate que se los había

remitido a los Gauleiter y otros altos funcionarios del partido. El primer informe de Dönitz, del 4 de marzo, empezaba como sigue:

> No es necesario que os explique que, en nuestra situación, la capitulación es un suicidio y equivale a una muerte segura; que la capitulación traerá consigo la muerte, la destrucción rápida o más lenta, de millones de alemanes y que, en comparación, incluso el precio en sangre de los combates más encarnizados es reducido. Solo si resistimos y combatimos tenemos una oportunidad de cambiar nuestro destino. Si nos rendimos voluntariamente, se desvanece cualquier posibilidad de lograrlo. Ante todo, nuestro honor nos exige luchar hasta el final. Nuestro orgullo se rebela contra la idea de arrastrarnos ante un pueblo como el ruso o ante la hipocresía, la arrogancia y la incultura de los anglosajones.

Apelaba al sentido del «deber, el honor y el orgullo» para combatir hasta el final.[51]

En la armada, más que en la Luftwaffe (donde la moral se había resentido por la gran cantidad de bajas y el brusco descenso de la reputación entre la población mientras los bombarderos de los Aliados dominaban el cielo) o en el ejército de tierra, estos llamamientos surtieron efecto. En 1918, la revolución había empezado con el motín de los marineros de Kiel. Los marineros adiestrados en el Tercer Reich eran muy conscientes de esa «mancha» en la reputación de la armada. No había ninguna posibilidad de que en 1945 se repitiera lo ocurrido. Como en otros cuerpos de la Wehrmacht, las actitudes y los comportamientos variaban mucho. La fatiga por la guerra era evidente. Pero la deserción, el motín y la indisciplina no eran frecuentes en la armada. Por lo general, la moral continuaba siendo elevada y la voluntad de seguir combatiendo se mantuvo hasta el final, cuando, de hecho, se envió a miles de marineros a luchar en la batalla de Berlín. Desde su nombramiento como comandante en jefe a finales de enero de 1943, Dönitz había hecho todo lo posible por inculcar en la armada el «deseo más brutal de victoria», que derivaba de la ideología nacionalsocialista. El fomento de la voluntad de ofrecer la máxima resistencia en el «combate con las potencias occidentales, el bolchevismo y los judíos» fue el mensaje que transmitió a uno de sus oficiales subalternos, el jefe de una flotilla de destructores destacada en Brest.[52] No obstante, es difícil juzgar hasta qué punto esta clase

de retórica influyó en el inquebrantable espíritu de combate de la marinería. Es posible que otros factores fueran más relevantes.

Dönitz se había asegurado de que las tripulaciones estuvieran bien atendidas en el plano material y psicológico. Y la guerra en el mar, pese a todos sus peligros, estaba algo desvinculada de las brutalidades cotidianas de la guerra terrestre que se libraba en el este. Para algunos, de hecho, el papel que desempeñó en el rescate de decenas de miles de refugiados aislados daba cierto sentido a la prosecución de la guerra y les infundía idealismo. Otros encontraban quizá razones para proseguir con la guerra en el mar en las afirmaciones de los mandos de la armada de que estaban conteniendo a las fuerzas del enemigo y de que la armada sería una importante baza en cualquier acuerdo negociado. Sin embargo, lo más importante de todo era el sentimiento de camaradería, reforzado por los limitados confines de un barco o un submarino, donde las diferencias de clase eran menos evidentes que en tierra, ya que los oficiales y los marineros vivían en estrecha intimidad y compartían exactamente los mismos peligros.[53]

Por último, como en el resto de la Wehrmacht y entre la población civil, había otro factor en juego, imposible de cuantificar pero sin duda extendido: la aceptación pasiva de la situación, ya que no había ninguna alternativa evidente. Aunque no equivalía a una motivación positiva, no representaba ningún obstáculo para que el sistema militar siguiera funcionando y, con ello, prosiguiera la guerra.

III

Los oficiales de alto rango podían disponer de una perspectiva sobre la guerra más amplia de la que cabía esperar entre la tropa. ¿Qué propósito veían los generales en seguir combatiendo en aquella fase? ¿Había algún indicio de racionalidad o lo único que quedaba era una dinámica fatalista que no se podía detener sin sufrir una derrota total? ¿Había la menor clarividencia?

El coronel general Heinrich von Vietinghoff-Scheel, comandante en jefe de las fuerzas alemanas en Italia en la última fase de la guerra, comentó unos años más tarde que, a raíz del gran aumento del tamaño del ejército a lo largo del conflicto, la cifra de generales ascendía en 1945 a unos 1.250, aunque calculaba que solo unos pocos (unos 50, pensaba él) tenían conocimiento de la situación estratégica global. Al hablar sobre la cuestión del poder político potencial de los generales para frenar el desastroso rumbo de la guerra, opinaba (no sin tratar de disculparse) que, «incluso entre los mariscales de campo, la menor tentativa de reunir una mayoría para emprender una acción unificada contra Hitler habría estado condenada al fracaso y habría llegado a oídos de Hitler, aparte de que las tropas se habrían negado a aceptar dicha decisión». Rechazaba la idea de que los generales que servían en el frente podrían haber dimitido en señal de protesta. Esto habría significado abandonar a las tropas y habría ido en contra de todo sentido de la camaradería y el honor. Habría sido cobardía. Por último, la capitulación voluntaria solo habría sido factible si las tropas hubieran estado dispuestas a cumplir la orden, algo que, en su opinión, no habrían hecho.[54]

Vietinghoff escribió tras ser liberado que la guerra estaba claramente perdida tras el descalabro del frente del Rin en marzo. Si se le hubiera puesto fin en aquel momento, se habrían evitado innumerables víctimas y una enorme destrucción. Competía a la jefatura del Reich extraer las consecuencias y negociar con el enemigo. Como Hitler se negaba a contemplar siquiera esta propuesta, este cometido recaía en todos aquellos que ejercían un cargo de responsabilidad y podían hacer algo para lograr ese objetivo. «En esta situación, el deber de la obediencia alcanzaba su límite. La lealtad al pueblo y a los soldados que se le habían confiado era un deber superior» para el comandante. Sin embargo, para dar ese paso tenía que estar seguro de que las tropas le iban a seguir. Vietinghoff aún creía que, a comienzos de abril, cuando las tropas alemanas mantenían una línea de frente al sur de Bolonia, esto no se podía garantizar. Sostenía que la mayoría de las tropas

(una afirmación probablemente exagerada en aquel momento) aún tenía fe en Hitler. Y el régimen habría acusado de inmediato al comandante de traición, exhortando a las tropas a no obedecerle. La solidaridad entre las tropas combatientes se habría hundido, ya que algunos habrían querido seguir luchando, y otros, rendirse.[55] Aún tendrían que transcurrir algunas semanas antes de que Vietinghoff aceptara por fin una capitulación en Italia. Incluso entonces, no estuvo seguro hasta última hora, por lo que dio a entender más tarde, de que las tropas estuvieran dispuestas a rendirse.

Los recuerdos de posguerra de los antiguos mandos militares suelen tener, como en el caso de Vietinghoff, un tono interesado. No obstante, pueden ilustrar la forma de pensar que dictaba su conducta. Vietinghoff compartía el sentido de la obediencia, el honor y el deber que durante tanto tiempo se había inculcado al cuerpo de oficiales y que constituía una barrera psicológica para todo lo que sonara a traición. Al menos él acabó actuando, aunque para entonces el Ejército Rojo ya estaba prácticamente a las puertas de la cancillería del Reich. Su incertidumbre sobre la predisposición de las tropas a cumplir las órdenes de rendición también parece plausible. Y también cabe poner en duda si habría buscado una capitulación parcial, incluso en una fase tan tardía, de haber servido en el frente oriental u occidental. Pese a todas sus disculpas, el testimonio de Vietinghoff da una idea de por qué los generales alemanes no podían contemplar la idea de romper con el régimen.

Numerosos generales pusieron por escrito sus opiniones después de la guerra, pero era relativamente raro que expresaran sus opiniones privadas durante el transcurso de la misma. En aquellas frenéticas semanas, pocos generales tenían tiempo para escribir en sus diarios o consignar de algún modo su reacción ante los acontecimientos. En cualquier caso, tenían que tener cuidado, como todos los demás, de no hacer el menor comentario crítico, y menos aún derrotista, que pudiera llegar a oídos equivocados. Por tanto, es difícil saber cuál era su verdadera postura.

Se puede tener una idea de la mentalidad de los generales alemanes en la última fase de la guerra a partir de las

conversaciones privadas, que no sabían que estaban siendo interceptadas, de los que estaban prisioneros de los británicos. Naturalmente, por entonces veían los hechos desde la distancia y sin conocer los acontecimientos desde dentro. Por otra parte, podían expresar sus ideas libremente sin temor a ser acusados de traidores o derrotistas y sufrir por sus críticas al régimen. Sorprende que, pese al reconocimiento de que la guerra estaba claramente perdida, estos oficiales de alto rango extrajeran conclusiones bastante diferentes, dependiendo, en parte, de su receptividad a las ideas y la propaganda nazis. Algunos de los oficiales más nazificados creían que «si el bolchevismo triunfa ahora, supondrá la aniquilación biológica de nuestro pueblo». Tras el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, la idea de que Rundstedt pudiera rendirse en el oeste para seguir combatiendo en el este se juzgaba inviable. Los Aliados occidentales no aceptarían una rendición parcial. En cualquier caso, Rundstedt no podía hacer nada, porque las divisiones panzer-SS de su Grupo de Ejércitos no lo permitirían; y había miedo a que a cualquiera que intentara un acto tan unilateral lo mataran de inmediato.[56] Los oficiales no nazis y relativamente críticos aún seguían invocando en febrero y marzo de 1945 el «honor militar elemental» al reclamar que «nadie en el frente, ni siquiera el comandante en jefe, puede siquiera considerar si debe seguir luchando». El honor era un factor crucial. «Sean cuales sean las derrotas que aún puede sufrir, esta nación solo puede caer con honor» era otro de los comentarios.[57]

Un oficial de menor rango capturado en Alzey (entre Worms y Maguncia) a mediados de marzo de 1945 les expuso a los interrogadores de los Aliados sus propias opiniones, basadas en lo que había visto en el cuartel general del estado mayor del ejército de tierra en Zossen, sobre por qué los alemanes seguían luchando. Dijo que los «realistas» del estado mayor general «esperaban que las líneas del Rin y el Elba se hundieran y pretendían caer combatiendo. Mientras Hitler estuviera en el poder, no parecía posible que las fuerzas alemanas fueran a deponer las armas». Cualquier tentativa de derrocar al dictador era impensable tras la conspiración del

Stauffenberg en el mes de julio anterior. La intención era mantener la línea del Óder todo el tiempo que fuera posible y, cuando ya no fuera defendible, replegarse combatiendo hasta el Elba. En el oeste, la prioridad era arrasar la cabeza de puente de Remagen. No se preveía que los Aliados pudieran cruzar el Rin por algún otro lugar. En el norte, las tropas se retirarían desde el oeste de Holanda para mantener la línea del bajo Rin. Añadía que «se creía que la línea del Elba en el este y la del Rin en el oeste se podían mantener todo el tiempo que hiciera falta. Imaginaba que, tarde o temprano, se produciría una ruptura entre Estados Unidos y el Reino Unido, por una parte, y la Unión Soviética, por otra, lo que permitiría a Alemania restablecer su posición». El resurgimiento de la Luftwaffe, con la producción de cazas de combate como principal prioridad, se consideraba un requisito previo para aplicar esta estrategia, a fin de facilitar a las refinerías de petróleo y otras instalaciones vitales unas defensas antiaéreas especialmente fuertes.[58]

Las cartas, cuidadosamente redactadas para evitar cualquier indicio de derrotismo, del coronel Curt Pollex, que desde el 9 de enero de 1945 fue jefe del estado mayor en la sección de armamento de la Wehrmacht, permiten hacerse una idea de cómo pensaba un oficial de alto rango destacado en el interior del Reich, lejos de las líneas del frente. Pollex era un hombre culto y no era un nazi, pero era fatalista y pasivo, y aceptaba que no podía hacer nada salvo seguir cumpliendo con su deber, lo que, naturalmente, ayudaba a que el régimen continuara funcionando, y prepararse para el huracán que se avecinaba. Tenía una visión realista del desastre inminente, pero se sentía tan impotente como los millones de soldados y de civiles en posiciones inferiores para hacer algo que lo impidiera o contemplar alguna alternativa.

«Todo continúa actualmente como si fuera a salir bien al final», escribió el 5 de marzo. Mencionaba las esperanzas depositadas en los submarinos, aunque se mostraba claramente escéptico. No entendía que alguien pudiera seguir creyendo a Goebbels, que aún proclamaba el impacto que tenían las armas V. También tenía dudas acerca de los rumores sobre «un aeroplano, al que llaman el pájaro

del destino de Alemania», que cambiaría el curso de la guerra. Comentaba irónicamente que si podía haber un cambio, debía producirse rápidamente. Él simplemente cumplía con su deber. «Los míos me comprenden», añadía. Se enfrascó en su trabajo, «actuando como si todo fuera como lo cuentan los periódicos». Pero se abstuvo de criticar el discurso de Goebbels de finales de febrero y no se pronunció sobre el futuro desenlace de los acontecimientos o sobre si el Führer y Goebbels tendrían razón al final. Después de todo, quizá cambiara la suerte. «El Führer afirma que así será. Solo soy un pobre tonto sin un sexto sentido que, por desgracia, no ve nada», comentaba, con un sarcasmo apenas disimulado. No había imaginado que los estadounidenses fueran a cruzar el Rin tan rápidamente. «No es del todo seguro que aún podamos controlar esta situación», añadía, dudando de nuevo de sus propias palabras. Admitía que todavía había quienes compartían la confianza de Hitler en la victoria final; sin duda, él no era uno de ellos. Era evidente que Hitler no iba a capitular. Pensaba que todo terminaría con una batalla en el Obersalzberg. Se estaban «preparando cosas maravillosas», pero llegarían demasiado tarde. Sin embargo, incluso entonces había algunos indicios de que no había perdido toda la esperanza. El conflicto entre los rusos y los estadounidenses aún brindaría a Alemania una oportunidad, al igual que un pinchazo a 100 metros de la línea de meta podía decidir una carrera automovilística. Fuera de sus ensueños, el trabajo parecía inútil. Simplemente, cumplía su deber sin convicción. Para entonces, las órdenes apenas tenían ningún efecto. Imperaba una «política del avestruz» con la que la gente enterraba la cabeza en la arena.[59]

Pollex podía recrearse en sus reflexiones casi filosóficas: estaba muy lejos del frente. Hitler eligió el 20 de marzo para sustituir a Himmler, que al frente del Grupo de Ejércitos Vístula había puesto de manifiesto su patente incapacidad para el mando militar, al coronel general Gotthard Heinrici, quien debía utilizar sus reconocidas dotes de estratega defensivo para intentar mantener el frente en Pomerania y cuyas valoraciones estaban mucho más cerca de la acción. Heinrici, un arquetípico oficial de carrera prusiano,

que había combatido en la Primera Guerra Mundial y acumulaba una larga experiencia de mando en la Segunda, era un firme patriota, pero siempre había mantenido cierta distancia con el partido. Poco después de la guerra, mientras se hallaba prisionero de los británicos, ofreció su propia explicación de por qué se combatió hasta el final, pese a lo desesperada que era la situación. Alabó el espíritu de combate, la determinación y la firme defensa de las tropas alemanas en el Óder frente a fuerzas enemigas muy superiores. Era muy consciente de la escasez de armamento, la falta de experiencia de combate de aproximadamente la mitad de las tropas y del hecho de que algunos de los soldados más experimentados, que habían sobrevivido por los pelos a tantas batallas, habían ido perdiendo la voluntad de seguir luchando hasta el final a medida que este se acercaba. Sin embargo, nada de ello eclipsaba la visión estratégica global que, según él, estaba clara tanto para los dirigentes como para el soldado raso. Mientras las fuerzas alemanas pudieran resistir en el Rin, la defensa del Óder no parecía imposible y merecía la pena seguir combatiendo. Sin embargo, cuando el enemigo cruzara el Rin para avanzar hacia el Elba, los soldados rasos se preguntarían inevitablemente si tenía algún sentido seguir. En su opinión, lo hacían principalmente por sentido del «deber patriótico de contener el avance de los rusos». Todos los soldados sabían lo que cabía esperar de los rusos. Se consideraba imprescindible proteger a la población civil, dentro de lo posible, de la clase de terror que se había producido al este del Óder. Además, aseguraba que los mandos del ejército creían que no podían perjudicar las posibles negociaciones con un colapso prematuro. Cuando las esperanzas de retener el Óder se revelaron vanas y las defensas alemanas fueron destrozadas, pronto se precipitó la desintegración. «Si un soldado decidía seguir combatiendo, ya no era para contener al enemigo, sino para salvar su propia vida o no caer prisionero de los soviéticos». Afirmaba que el terror ya no bastaba para motivar a los soldados a luchar. La única fuerza motriz era, por entonces, la supervivencia.[60]

Después de la guerra, Dönitz afirmó, responsabilizando en gran medida a la insistencia de los Aliados en la rendición incondicional, que «nadie con autoridad podría haber firmado un documento de capitulación sabiendo que las condiciones no serían respetadas» por los soldados del este, que se negarían a aceptar las órdenes de permanecer allí y rendirse a los soviéticos y que, al igual que la población civil, optarían por huir hacia el oeste.[61] Pese al tono de autojustificación de estos comentarios (que no coinciden con su insistencia en aquel momento en combatir fanáticamente hasta el final), Dönitz tenían razón al insinuar que millones de soldados que aún combatían en el frente oriental se habrían sentido traicionados y habrían intentado actuar por su cuenta para llegar al oeste. Es discutible si, en realidad, para ellos esto habría sido peor que lo que realmente ocurrió.

Sobre todo en el este, el deseo ferviente de poner fin a la guerra, el odio al partido, las críticas al régimen, e incluso la pérdida de la fe en Hitler, eran perfectamente compatibles con la constante determinación de los soldados de repeler en el territorio del Reich a los invasores rusos, que representaban una amenaza tan grande para sus familias y hogares. Y en el fondo, como observó Heinrici, cuando el idealismo se desvaneció y se impuso la desesperación, los soldados siguieron luchando para sobrevivir.

En el oeste, la situación era diferente. Sin duda, en el frente occidental, pese a los intentos de la propaganda, rara vez había un temor equivalente a caer en manos de los estadounidenses o los británicos, salvo entre los funcionarios del partido. Una vez que el enemigo hubo pisado suelo alemán y cruzado el Rin, se mantenía la determinación de repeler al invasor. Muchos soldados, incapaces de ver más allá del campo de batalla inmediato, se sentían forzados a creer, en contra de lo que dictaba el sentido común, que seguían luchando para ganar tiempo y permitir a los dirigentes repeler a los soviéticos, buscar un acuerdo de paz digno o ver la ruptura de la coalición enemiga. ¿Quién lo sabía realmente? Además, en las unidades del frente occidental también había muchos soldados cuyos hogares y familias se encontraban en las regiones del este o

del centro de Alemania y que juzgaban necesario continuar combatiendo mientras los británicos, los estadounidenses y los franceses siguieran manteniendo una alianza con los soviéticos. Algunos creían firmemente que los Aliados occidentales acabarían entrando en razón y se darían cuenta de que la verdadera guerra se libraba contra Rusia. «Alemania está salvando a Europa, a Inglaterra y a Estados Unidos de ser engullidos por la Rusia bolchevique —afirmaban los oficiales capturados en el oeste—. Los británicos y los estadounidenses acabarán [...] despertando, verán cuál es la situación real y se unirán a los alemanes para contener a Rusia».[62] Además de estos motivos, había sentimientos más inmediatos y no políticos: el rechazo, como en la mayoría de los ejércitos, a dejar en la estacada a amigos íntimos y camaradas. El sentimiento de camaradería era, a menudo, la motivación para seguir luchando cuando ya no quedaba idealismo.

Y, por último, estaba la sensación de que no se podía hacer nada. No había ninguna posibilidad de que se produjera un motín o una insurrección para derribar al régimen. La escala y la dureza de la represión eran demasiado grandes. No cumplir las normas era suicida. Y la deserción, cuando ocurría, solía ser un acto individual, no un motín de masas. Reflejaba un intento desesperado de sobrevivir, no un derrumbamiento del orden militar.[63] Aparte de la crueldad de las represalias y del temor por la propia familia, la capacidad para organizar un motín era prácticamente inexistente, en parte porque la intensidad de los combates y la magnitud de las bajas en el frente no permitían organizar acciones políticas, y en parte, también, porque las constantes bajas no permitían mantener la continuidad de efectivos en las unidades. No quedaba otro remedio que seguir combatiendo.

La situación de 1945 contrastaba mucho con las condiciones revolucionarias de 1918.[64] «En 1918, las tendencias revolucionarias eran más abiertas —comentaba un general de caballería prisionero de los británicos en marzo de 1945—. A medida que se acercaba el fin, los hombres se comportaban de una manera muy insolente. Eso no ocurre ahora».[65] En los últimos

meses de la Primera Guerra Mundial, la autoridad del mando militar se había ido desmoronando. Hasta un millón de soldados, animados por el excitante clima revolucionario imperante en el país, entre los trabajadores y los soldados de las guarniciones del interior, y conscientes de demandas de paz en el Reichstag, votaron con los pies en contra de seguir combatiendo en las últimas semanas. En 1918, la disciplina militar había sido muy similar a la de las demás potencias beligerantes, las bajas eran menores, las ciudades alemanas no habían sido reducidas a escombros, seguía existiendo el pluralismo político y, sobre todo, no había una brutal ocupación rusa del este de Alemania, una amenaza a la propia capital del Reich y una invasión occidental del Reich. Las tropas alemanas podían regresar a casa con la impresión de no haber sido derrotadas en el campo de batalla.

También estaban los consejos obreros de las fábricas, entidades para dar voz al malestar latente y organizar huelgas masivas y manifestaciones de protesta. No existía entonces nada equivalente en el partido nazi que garantizara, con su despiadado control de la población, la inexistencia del menor «espacio de organización» que pudiera engendrar una revuelta popular. Ni tampoco había un equivalente del aparato de terror policial de 1945. En 1918, el rechazo al káiser y a la clase gobernante de Alemania, muy extendido en el seno del ejército y entre la población, se podía expresar abiertamente y transformarse en una acción revolucionaria. En 1945, la aversión a Hitler y al régimen, o la crítica vehemente de las políticas que habían causado la miseria de una guerra perdida, eran sentimientos que había que ocultar. El menor atisbo de sentimiento de rebeldía podía desencadenar represalias brutales e inmediatas.

Paradójicamente, el creciente derrotismo entre los soldados rasos no solo no les incitaba a a deponer las armas o amotinarse contra sus superiores, sino que era compatible con la continua predisposición a seguir combatiendo. No tenía cabida una insurrección entre unas tropas exhaustas y desmoralizadas. Si hay un sentimiento que pueda resumir la multiplicidad de opiniones entre los soldados, este era probablemente el fatalismo: esperar lo

mejor porque eso era lo único que se podía hacer. No veían otra alternativa que seguir combatiendo. El cambio solo podía provenir de arriba, pero no había indicios de que esto fuera a ocurrir.

IV

Entre la población civil, la sensación de impotencia era casi totalmente generalizada a medida que la vorágine cobraba fuerza. En las grandes ciudades destrozadas por las bombas, las condiciones eran intolerables en marzo de 1945; pero en el campo, pese a todas las privaciones, eran algo mejores. El sufrimiento era casi general mientras la población sencillamente aguardaba el final de la guerra, incapaz de hacer algo para precipitarlo. Abandonada a su suerte, tenía que soportar los continuos bombardeos y las incursiones del enemigo, con toda la incertidumbre, la ansiedad y, en el este, el pánico que eso entrañaba. La única esperanza era que la guerra terminara pronto y que los británicos y los estadounidenses llegaran antes que los rusos.[66] Un ejemplo elocuente de los sentimientos en una aldea alpina, que se decía que reflejaba «la verdadera actitud del pueblo», fue la negativa de los soldados, los hombres de la *Volkssturm* y los civiles congregados para el «Día del recuerdo de los héroes», el 11 de marzo, a responder con el «Sieg Heil» al Führer al final del discurso del comandante de la Wehrmacht.[67] El SD resumía así las actitudes a finales de marzo: nadie quería perder la guerra, pero nadie creía que Alemania pudiera vencer; se culpaba a los dirigentes (la confianza en ellos se había desplomado, «como una avalancha», en los últimos días), se criticaba mucho al partido, a «determinados dirigentes» y a la propaganda; el Führer seguía siendo «la última esperanza» para millones de personas (una concesión ritual y necesaria en este tipo de informes), pero cada vez le afectaban más «la cuestión de la confianza y las críticas»; y, por último, la sensación de que seguir combatiendo era inútil era ya más fuerte que la voluntad de seguir, la confianza en uno mismo y en los demás.[68]

La escasez de alimentos se estaba convirtiendo en un problema en las ciudades. Debido a la falta de transporte, las ciudades de Renania sufrían una grave escasez, exacerbada por el almacenamiento de víveres, sobre todo por parte del personal militar, antes de la llegada de los Aliados.[69] «El hambre, el terror desde el aire y la situación militar» influían en el estado de ánimo de la población, según un informe de Stuttgart de finales de marzo. «Una gran parte de la población se está quedando ya sin pan, grasas y alimentos».[70] También había preocupación por la escasez de alimentos en Berlín, ya que se habían vuelto a reducir las raciones. Y cada vez era mayor la inquietud por el futuro.[71] Muchos afirmaban que ya no tenían nada que comer, aunque se decía que «mujeres maquilladas y empolvadas, vestidas con pieles caras y trajes de noche», aún frecuentaban los pocos restaurantes que quedaban.[72] Se decía que aumentaba la inquietud ante una posible grave escasez en el futuro. Es cierto que los Aliados habían informado de que había suficientes víveres escondidos, algunos de ellos supuestamente saqueados en las casas de los barrios evacuados, cuando atravesaron Renania.[73] Pero incluso en el campo, donde los campesinos siempre parecían tener suficientes reservas, se notaba la reducción de las raciones. «Mejor dormir todo el día», se quejaba un trabajador del sur de Alemania, donde había mucha «mala sangre» por la escasez de patatas y otros alimentos.[74] Muchos intentaron fingir que habían perdido las cartillas de racionamiento, ya que las solicitudes de tarjetas sustitutas se dispararon después de que se anunciara la reducción de las raciones.[75] Es poco probable que las directrices de Bormann, que quizás emanaban del propio Hitler, en las que se instaba a los Gauleiter a coordinar medidas para incrementar el consumo de verduras silvestres, frutas, bayas, setas y hierbas para mitigar la reducción de las raciones y de plantas medicinales para compensar la escasez de medicamentos, tuvieran una buena acogida.[76]

Los cortes en los suministros de gas y electricidad y la grave escasez de carbón eran algo común en las grandes ciudades. Las tuberías estaban a menudo obstruidas por los daños causados por las

bombas. En algunos lugares solo se podía conseguir agua en fuentes en las calles. Los habitantes de algunas zonas rurales tenían que cocinar usando turba como combustible.[77] Para entonces, la mayoría de las escuelas y las universidades estaban cerradas. Algunas escuelas fueron confiscadas para transformarlas en hospitales de campaña para los heridos.[78] La oleada de refugiados supuso una enorme carga adicional para la vivienda y los servicios públicos. La falta de un control unificado dificultaba aún más la asistencia social, dando lugar a peticiones contradictorias de diferentes organismos, algo característico del Tercer Reich.[79] Los hospitales no podían atender al elevado número de víctimas de los bombardeos aéreos. A principios de marzo, Bormann ordenó que el personal de los hospitales y las clínicas se incorporara a la *Volkssturm*.[80] Había enormes problemas en los ferrocarriles. Si se tenía que viajar, y se conseguía una plaza en un tren, cabía esperar retrasos de muchas horas. La gente se las arreglaba lo mejor que podía en unas circunstancias extremadamente difíciles. Pero las interrupciones de los servicios públicos tenían engorrosos efectos secundarios. Por ejemplo, los cortes de electricidad obligaban a las tiendas a cerrar pronto cuando no había suficiente luz para seguir despachando, lo que impedía a los que trabajaban comprar alimentos a primera hora de la tarde. Y cuando se restablecía la electricidad, a media tarde, solía sonar la arma antiaérea, por lo que la gente no tenía tiempo para comer.[81]

Un motivo de especial preocupación para los millones de familias desesperadas por tener noticias de sus hijos, hermanos, padres u otros parientes cercanos que estaban en el frente era que los servicios postales estaban al borde del colapso. A finales de marzo, los bombardeos habían dejado las oficinas de correos a menudo fuera de servicio. El teléfono, el telégrafo y las comunicaciones ferroviarias habían quedado prácticamente interrumpidos para los ciudadanos corrientes y, a menudo, también para las autoridades públicas y los empresarios.[82] El ministro de Correos del Reich, Wilhelm Ohnesorge, aprobó una serie de estipulaciones para asegurar unos servicios postales mínimos.

Cuando no se disponía de trenes, había que usar vehículos a motor para llevar el correo hasta la siguiente estación de tren que funcionara. Si no se disponía de vehículos, se debían requisar los transportes locales. Como último recurso, el correo más urgente se debía llevar en bicicleta o a pie en sacas cargadas en la espalda.[83]

Es cierto que aún existía cierta apariencia de «normalidad» en las partes cada vez más reducidas de Alemania que no estaban ocupadas o que no se habían convertido en zonas de combate, pero todo aquello que se asemejara a una sociedad civil había desaparecido hacía mucho tiempo. Uno de los pocos lugares en los que la población de las grandes ciudades amenazadas por las bombas encontraba algo parecido a una actividad comunitaria en aquellas semanas era el refugio antiaéreo.[84] El propio trabajo, por muy duro, tedioso y largo que fuera, debía servir a muchos de distracción frente a las grandes preocupaciones y cargas de la vida diaria. Y se seguían cobrando los salarios mientras Alemania se hundía. Se continuaban publicando periódicos, aunque en marzo solo había 814 (frente a los 2.075 diarios de 1937) y solo tenían entre dos y cuatro páginas. Las revistas habían sufrido aún mayores recortes debido a la escasez de papel y otros problemas; solo se distribuían 458 de las 4.789 que había antes de la guerra.[85] La radio seguía siendo el medio de comunicación más importante (aunque los cortes de electricidad causaban grandes interrupciones de los programas), no solo para la propaganda, sino también para los programas de entretenimiento. Los principales transmisores de las grandes ciudades siguieron funcionando hasta el final. La radio era crucial para alertar del acercamiento de los bombarderos, al tiempo que los receptores de los refugios antiaéreos transmitían las directrices del partido después de los ataques.[86] Pese a las duras sanciones, muchos seguían escuchado clandestinamente las emisiones del enemigo, sobre todo la BBC. La población aún podía evadirse, también, en el cine. Las películas de entretenimiento permitían olvidarse momentáneamente de los horrores y la miseria de la realidad. Eran más atractivas que la propaganda, que apelaba a «seguir combatiendo» en películas como *Kolberg* (que solo servían

para recordarle a la población lo que estaba sucediendo en la ciudad en aquel momento), o los noticiarios, que solo podían mostrar la desesperada situación de Alemania. Sin embargo, el bombardeo de las salas de cine, los apagones y las alarmas antiaéreas también habían hecho mella en la asistencia. Y los que iban al cine, cuando abandonaban la sala, volvían a sumirse en una realidad que iba más allá de la imaginación de cualquier productor de películas.

Fuera de las zonas más devastadas por la guerra y de los barrios de las grandes ciudades más bombardeados, la burocracia, que seguía funcionando, aunque con una enorme precariedad, y los largos tentáculos del partido se aseguraban de que una administración de emergencia y esquelética siguiera funcionando en cierta medida y con mucha improvisación.

La administración proseguía con su rutina, aunque con mucho menos personal debido a los reclutamientos para la Wehrmacht. Había que rellenar formularios, más numerosos que nunca, presentar informes y seguir realizando las múltiples tareas de la pequeña burocracia (de las que siempre se habían encargado los funcionarios de todas las categorías). Incluso en medio del caos, esta seguía ocupándose de la asistencia sanitaria y social local, de los problemas financieros y económicos y hasta de la planificación urbanística, por muy irreal que pudiera parecer a menudo.[87] Las comisarías de policía siguieron enviando sus informes sobre el mantenimiento del «orden» hasta el final. No obstante, gran parte del trabajo de las autoridades locales y regionales consistía, inevitablemente, en encontrar un alojamiento para las personas que habían perdido sus casas en los bombardeos, intentar hacer frente a la afluencia de refugiados, organizar las raciones alimenticias y la distribución de alimentos cada vez más escasos, regular las medidas antiaéreas[88] y desplegar al cuerpo de bomberos (muchos de ellos voluntarios que debían abandonar sus trabajos normales para cumplir sus funciones en las brigadas).[89] Pocos funcionarios de las categorías inferiores estaban inspirados por entonces, si es que alguna vez lo habían estado, por la belicosa propaganda nazi y las consignas de seguir luchando hasta el final, aunque difícilmente

habrían pensado en hacer algo que no fuera cumplir con su obligación de realizar su trabajo de la forma más consciente y eficaz posible. Solo eran los pequeños engranajes de una gran máquina, pero hacían cuanto podían, incluso en aquella última fase, para asegurarse de que aquella siguiera funcionando lo mejor posible.

De todos modos, los funcionarios del partido habían usurpado buena parte de su trabajo.[90] Entre ellos, el nivel de compromiso político era aún mucho mayor y, cuando flaqueaba, un sentido de auto- protección contra los reproches posiblemente costosos de instancias superiores del partido podía provocar su activismo.[91] Los jefes de distrito y locales, hasta los jefes de bloque, encargados de los edificios de viviendas, todos harían cuanto fuera posible por ejecutar las órdenes de los Gauleiter en todos los ámbitos de la defensa civil, organizando baterías antiaéreas, gestionado los búnkeres, limpiando después de los bombardeos y, a través de la NSV, proporcionando toda la asistencia social que fuera posible.[92] Pero todo este activismo frenético aún se complementaba con incesantes tentativas de movilizar a la población e inculcarle la necesidad de seguir combatiendo. Por muy ineficaces que fueran las acciones de los funcionarios locales en la práctica, y por mucha antipatía que suscitaran a medida que se acercaba el fin, seguían siendo un crucial mecanismo de control de la población. Incluso la NSV, la enorme organización de asistencia social del partido (que, a mediados de 1944, empleaba a más de 60.000 personas a tiempo completo, en su mayoría mujeres)[93], seguía siendo, básicamente, un vehículo para el control político,independientemente del trabajo que hiciera, complementario de la asistencia gestionada por el Estado (y, a menudo, en competición con ella), para ayudar a las víctimas de los bombardeos aéreos, atender a los soldados heridos, organizar evacuaciones y ocuparse de los refugiados. Las organizaciones del partido (incluidas las filiales), que aún incorporaban a una enorme cantidad de ciudadanos, movilizando a los jóvenes alemanes en la defensa antiaérea y a medio millón de mujeres como «ayudantes de la Wehrmacht» (algunas de ellas, después, incluso combatirían),[94] aseguraban que la inmensa

mayoría de los ciudadanos siguieran siendo sumisos incluso mientras el régimen se desmoronaba. Pocos estaban dispuestos a arriesgarse a desobedecer las normas. La disidencia política podía resultar mortal para cualquier individuo, y la mayoría de la población la consideraba no solo temeraria, sino innecesaria a medida que se acercaba el fin.

En los niveles superiores de la administración del Estado, la erosión se había agravado. Tras los intensos bombardeos del distrito gubernamental de Berlín a principios de febrero, el trabajo de los principales ministerios se había complicado mucho. Casi casa semana cambiaban las direcciones, ya que había que buscar nuevas dependencias improvisadas para los funcionarios de los ministerios. El ministro de Finanzas, Schwerin von Krosigk, por ejemplo, tuvo que trasladar su despacho a su casa en el barrio de Dahlem.[95] Cada vez se evacuaban más departamentos ministeriales fuera de la capital del Reich. Para muchos, «las ratas abandonaban el barco mientras se hundía».[96] Aún era más difícil coordinar el trabajo. A menudo, los funcionarios de los ministerios solo se podían comunicar por escrito mediante un servicio de mensajería. Y gran parte del trabajo consistía únicamente en reconstituir los archivos destruidos por los bombardeos aéreos. La administración central parecía, cada vez más, estar recolocando las tumbonas del *Titanic*.[97]

Fuera del ámbito militar, el partido se había hecho cargo de prácticamente todos los asuntos importantes. Los Gauleiter seguían siendo los personajes clave de las provincias que aún no estaban ocupadas, baluartes de lealtad a Hitler y fanáticos sin futuro que, en diferente medida, en función de su capacidad, su temperamento y su actitud, representaban la campaña radical del partido parar movilizar a todas las fuerzas ante la «última defensa», aunque cualquier atisbo de racionalidad les dijera que todo estaba perdido. Por ejemplo, el Gauleiter de Württemberg, Wilhelm Murr, jefe del partido en la región desde 1928, estaba decidido a no rendirse, pese al evidente anhelo de paz de la población de la zona. Amenazó con ejecutar de inmediato a todo aquel que mostrara una bandera

blanca u obstruyera las defensas alemanas.[98] Karl Wahl, el Gauleiter de Suabia, en el oeste de Baviera, cuyo centro era la ciudad de Augsburgo, también había gobernado su provincia sin interrupción desde 1928. Era uno de los Gauleiter menos extremistas (una imagen que tuvo mucho interés en pulir después de la guerra) y, por ello, Hitler y Bormann no le tenían en mucha estima.[99] Sin embargo, a mediados de marzo, tras la debacle de Remagen, Wahl recomendó a Bormann que usara pilotos suicidas que estrellaran sus aviones, cargados con bombas, contra los puentes de suministros temporales que los estadounidenses habían tendido en el Rin. Afirmaba que era necesario un nuevo heroísmo, desconocido en la historia. «Sin duda hay suficientes seguidores leales del Führer que estarían dispuestos a sacrificarse si pudieran salvar a la población con sus actos [...]. ¿No es mejor que unas docenas elijan morir a que, por no adoptar esta medida de emergencia esencial, decenas de miles puedan perder la vida?».[100] La idea se quedó en nada. Tal vez Wahl la propuso por cinismo, sabiendo que sería rechazada pero queriendo demostrar que era un fanático defensor de la causa del Führer. Aun así, la propuesta ilustra la actitud que las cohortes gobernantes de Alemania creían que debían mostrar en las últimas semanas de la guerra. Se estaban convirtiendo rápidamente en una pandilla de desesperados.

A finales de marzo, Wahl promovía en su Gau la creación, decidida por Goebbels y el líder del Frente del Trabajo, Robert Ley, de organizaciones partisanas que cometieran actos terroristas de guerrilla para obstaculizar el avance del enemigo (y, al mismo tiempo, combatir y prevenir el derrotismo), el «Werwolf» y el «Freikorps “Adolf Hitler”».[101] La idea de un movimiento de tipo partisano se había planteado por primera vez en 1943 y tomó su forma preliminar bajo los auspicios de las SS en el otoño del año siguiente, cuando se le dio el nombre de «Werwolf», que en la tradición alemana tenía connotaciones de desafío feroz, así como de misterioso terror lupino.[102] Hubo algunos actos de guerrilla en el frente oriental y, en menor medida, en el occidental en los meses del invierno de 1944- 1945, aunque no lograron causar más que

pequeñas molestias al avance del enemigo. Sus actividades más notables fueron de naturaleza terrorista. Por ejemplo, asesinaron a varios alcaldes nombrados por los estadounidenses en las zonas recién ocupadas del oeste de Alemania, entre los que destacó el alcalde de Aquisgrán, Franz Oppenhoff, en marzo de 1945. Cuando el frente occidental se desmoronó y los Aliados penetraron en Alemania, los movimientos de resistencia clandestinos empezaron a adquirir importancia en el pensamiento nazi, sobre todo cuando los dirigentes del partido mostraron interés por ellos. Martin Bormann los veía como un medio para hacer frente al derrotismo y a la posible insurgencia dentro del Reich. Pero el «Werwolf» solo tomó forma en la opinión pública, aunque vagamente, cuando Goebbels lo convirtió en un objeto de la propaganda, inmiscuyéndose en el territorio de la cancillería del partido y de las SS, aunque con el respaldo de Hitler.

El 1 de abril, Radio Werwolf comenzó a emitir sus diatribas contra los Aliados, noticias exultantes de actos de sabotaje reales o imaginarios y siniestras amenazas contra los «derrotistas» y los «traidores» a la patria.[103] Justo antes de eso, Ley, uno de los fanáticos más estrafalarios en la última fase, había propuesto a Hitler la idea de crear una organización similar al Werwolf para movilizar a jóvenes activistas fanáticos que, equipados con poco más que bicicletas y bazucas, debían abrir fuego contra los tanques del enemigo cuando se acercaban. Hitler accedió a que se creara un Freikorps que llevara su propio nombre. La única objeción de Goebbels era que se había puesto al mando a un hombre al que consideraba poco más que un payaso. Él mismo esperaba mucho de las actividades partisanas, sobre todo que «persiguieran a cada traidor alemán pasado al enemigo occidental», aunque se enorgullecía de que el Werwolf había suscitado terror en el bando enemigo y miedo a una «Alemania partisana» que causaría inquietud en Europa durante años.[104] Sobrestimaba los temores de los Aliados, si bien es cierto que estos se tomaron en serio la perspectiva de tener que combatir a una guerrilla mientras avanzaban por Alemania y la probabilidad de que se formara en los

Alpes un «reducto nacional» donde los nazis continuaran resistiendo.[105] También exageraba mucho las ansias de actividades partisanas del exhausto pueblo alemán.

En general, el Werwolf y el Freikorps «Adolf Hitler» no aportaron mucho. El número de víctimas que causaron, que se calcula entre 3.000 y 5.000 muertos (incluidas sus actividades en la posguerra), no fue insignificante.[106] Pero para los Aliados, pese a sus resquemores iniciales, no fueron más que una molestia menor. Y entre la población alemana tenían poco apoyo, aunque no cabe duda de que tenían cierto atractivo para los miembros más fanatizados de las Juventudes Hitlerianas.[107] Su principal habilidad era sembrar el terror, y la aplicaron hasta los últimos días de la guerra, cuando aún cometieron esporádicos y aterradores asesinatos de personas que querían evitar la destrucción en lugar de promoverla mientras avanzaban los Aliados. En el fondo, las organizaciones partisanas de aquellas semanas representaban la capacidad de destrucción masiva y duradera del régimen. E igual de grande fue, en ese tiempo, su capacidad de autodestrucción.

V

Las grietas cada vez más profundas en los cimientos del régimen empezaron a hacerse patentes también en su cúpula. Un síntoma fue la creciente desesperación con la que, incluso en aquel momento tan tardío, se estaba intentando estimular la búsqueda de una solución política para poner fin a la contienda. Cuando Alemania había comenzado a perder la guerra, algunos dirigentes nazis (entre ellos Goebbels, Ribbentrop, Göring e incluso Himmler) habían sopesado la idea de buscar una salida negociada para apartarse del camino que estaba conduciendo inexorablemente a la ruina de Alemania. Pero Hitler siempre había rechazado las tímidas sugerencias de explorar una vía de comunicación con las potencias occidentales o incluso con su acérrimo enemigo, la Rusia bolchevique. Se empeñaba en mantener su postura dogmática de que las

negociaciones se llevaran a cabo desde una posición de fuerza, por lo que solo podrían producirse tras una victoria alemana importante. La ofensiva de las Ardenas había sido un último intento de conseguir esa posición negociadora. Desde entonces, la calamitosa derrota en el frente oriental, seguida del catastrófico derrumbamiento en el oeste, cuando los Aliados cruzaron el Rin y el Mosela, hizo que las esperanzas de obtener una posición ventajosa para negociar fueran más ilusorias cada día. Incluso a comienzos de marzo, Hitler dio a entender que creía (o al menos se aferraba a esa ficción) que se podría retener el Rin, hacer retroceder a los soviéticos y llegar a algún tipo de acuerdo con Stalin.[108] Era suficientemente astuto para saber lo poco realista que era aquello, incluso antes de que los Aliados cruzaran el Rin. En todo caso, cualquier final negociado habría implicado de forma inevitable el final de Hitler, como sabía muy bien. Las negociaciones habrían significado, en aquel momento más que nunca, la capitulación. Eso habría supuesto una traición a todo lo que había impulsado su «carrera» política: que nunca habría de volver a repetirse la «vergonzosa» capitulación de 1918.

Hitler mantuvo en su fuero interno una extraordinaria coherencia, una dogmática inflexibilidad que tuvo consecuencias terribles para su país. Para él, la negativa a contemplar cualquier tipo de negociación era coherente desde un punto de vista lógico, y también fácil, ya que su propia vida estaba condenada tanto si Alemania capitulaba como si continuaba luchando. No se trata de que idease una «coreografía» de la caída.[109] Simplemente, no había ninguna salida. Con la guerra perdida (como incluso él reconocía interiormente en aquel momento), en su mente no cabía ninguna alternativa posible a combatir hasta el final. Para él, que adoraba los mitos heroicos del pasado germánico, una caída gloriosa era incomparablemente mejor que la salida «cobarde» de la rendición, y las negociaciones desde una posición de debilidad suponían precisamente eso. El «heroísmo» serviría de ejemplo a las generaciones venideras, como le dijo enfáticamente a Goebbels.[110] Cuando se dirigió a sus soldados el «Día del recuerdo de los héroes»,

a mediados de marzo, insistió una vez más en que «el año 1918 no volverá [...] a repetirse».[111]

Entre los dirigentes nazis inmediatamente por debajo de Hitler, solo Goebbels, que siempre fue un devoto acólito, estaba dispuesto a seguir aquel razonamiento hasta su conclusión lógica. El ministro de Propaganda había querido negociar en varios momentos, pero era bastante lúcido para darse cuenta de que, después de que los Aliados hubieran cruzado el Rin, se había desmoronado la última esperanza que le quedaba a Alemania de lograr un acuerdo político.[112] La decisión que había tomado, y que le comunicó a Hitler a principios de marzo, de quedarse en Berlín con su esposa Magda y sus seis hijos, ocurriera lo que ocurriera, era coherente con su opinión de que lo único que se podía hacer ya era continuar luchando con honor.[113]

Se mostró displicente cuando se enteró, a principios de marzo, de que Ribbentrop, a quien despreciaba profundamente (un sentimiento que, por otro lado, compartía la poco armoniosa cúpula nazi), estaba haciendo propuestas a las potencias occidentales. Después se indignó cuando esas propuestas provocaron la publicación de noticias exageradas en la prensa occidental y desplegó todo su sarcasmo cuando la «escapada frustrada» se quedó en nada, como era de prever. Comentó que, al menos, era evidente que «las esperanzas de una revolución interna en Alemania contra el nacionalsocialismo o la persona del Führer son ilusorias».[114]

Sin embargo, ni siquiera entonces Ribbentrop se había rendido del todo. A mediados de marzo, inmediatamente después de su tentativa fallida, llamó al doctor Werner Dankwort, el viceembajador en Estocolmo, para que volara de vuelta a Berlín. Le dijo a un incrédulo Dankwort que, en aquel momento, la prioridad era ganar tiempo para desplegar las nuevas armas que se habían estado preparando durante mucho tiempo pero ya estaban casi listas y que devolverían la iniciativa a Alemania, cambiarían el curso de la guerra y repelerían la amenaza que se cernía sobre la existencia del país. «Alemania ganará la guerra si no la pierde», dijo, empleando su propia lógica. Los Aliados occidentales habían rechazado todas

las ofertas que les había hecho para ayudar a impedir el avance del bolchevismo hacia el oeste. Era necesario probar otros métodos. Dejó a Dankwort que reflexionara sobre esas ideas durante los días siguientes, en los que fue convocado en dos ocasiones más por Ribbentrop. Durante su tercera visita, Ribbentrop le informó, algo excitado, de que la temible embajadora soviética en Estocolmo, Alexandra Michailovna Kollontai, iba a regresar a Moscú y no se esperaba que volviera. Quería que Dankwort encontrase un intermediario adecuado para proponerle que llevase un mensaje a Moscú: cuando la guerra haya terminado,los Aliados occidentales utilizarían su superioridad militar para arrebatar a la Unión Soviética los territorios que había conquistado durante la guerra, y solo Alemania se hallaría en condiciones de garantizar que una gran parte del territorio siguiera estando en manos de los soviéticos.

Era una propuesta poco realista. En cualquier caso, como le dijo Ribbentrop a Dankwort, primero necesitaba obtener la aprobación de Hitler. El ministro de Asuntos Exteriores telefoneó inmediatamente al búnker de Hitler, donde le dijeron que el Führer estaba en una reunión que se prolongaría hasta la medianoche. Una alarma antiaérea interrumpió la espera, lo que permitió a Dankwort apreciar el sombrío estado de ánimo («bajo cero») que cundía cuando el personal ministerial descendía a los sótanos. El propio Ribbentrop desapareció en su refugio antiaéreo privado. Ya había pasado la medianoche cuando sonó el fin de la alarma y Ribbentrop, de vuelta en su despacho, recibió la llamada de Hitler. Fue una conversación breve. Dankwort oyó a Ribbentrop decir con tono resignado: «Gracias. Buenas noches». El ministro de Asuntos Exteriores se volvió hacia Dankwort y le dijo: «El Führer me hace saber que considera inútil cualquier tentativa. Debemos luchar hasta el último momento». Dankwort apenas podía creer que su arduo viaje hasta la capital del Reich no hubiera servido de nada. Tomó el primer avión que pudo de regreso a Estocolmo, realmente aliviado de escapar del manicomio de Berlín.[115]

Para entonces, Himmler llevaba algún tiempo buscando en secreto la manera de asegurarse un futuro tras la desaparición de

Hitler, al tiempo que seguía mostrándose el más leal de los paladines del Führer. El SS-Brigadeführer Walter Schellenberg, jefe del Servicio de Espionaje del Reich, había convencido a Himmler a mediados de febrero para que se reuniera con el conde Folke Bernadotte, miembro de la familia real sueca y vicepresidente de la Cruz Roja de Suecia. Bernadotte estaba en Berlín para explorar las posibilidades de negociar la liberación de prisioneros, sobre todo los escandinavos, de los campos de concentración. Desde el punto de vista de Himmler, era una oportunidad para dar una buena imagen, como un mediador conciliador y honesto, y buscar una posible apertura a Occidente. La conexión sueca fue aún más lejos en marzo, gracias a la mediación del masajista de Himmler, Felix Kersten, que se había mudado a Suecia aunque conservaba propiedades en Alemania. El hecho de que se acercara el final de la guerra, de que Hitler excluyera con más empeño que nunca cualquier posibilidad excepto hundirse en picado y de que Himmler no tuviera ninguna intención de acompañarle en aquella autoinmolación, hacía que el Reichsführer estuviera abierto a las posibilidades que podían ofrecerle Bernadotte y sus contactos extranjeros. Cuando Goebbels lo visitó a principios de marzo en el hospital de Hohenlychen, donde el Reichsführer se recuperaba de una angina de pecho, Himmler reconoció que la moral de las tropas se había hundido y que no era posible ganar militarmente la guerra, pero su instinto le decía que, tarde o temprano, se abriría «una posibilidad política».[116]

A mediados de marzo, estaba aún más dispuesto a considerar alternativas después de soportar una fuerte reprimenda de Hitler por sus fracasos como comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Vístula. (Al parecer, Hitler ya había reprendido a Himmler en febrero, acusándole de ser un «derrotista». En realidad, cuando estuvo al mando de la defensa de Pomerania, Himmler había sido demasiado débil para contrarrestar las injerencias tácticas de Hitler, pese a que sabía que eran catastróficas y, además, demostraban que carecía de conocimientos sobre cómo dirigir un ejército).[117] Hitler, con su típica búsqueda de chivos expiatorios, responsabilizaba

personalmente a Himmler de la incapacidad para contener al Ejército Rojo en Pomerania y le acusaba de «sabotaje secreto» y directamente de desobediencia. El Reichsführer fue relevado del mando el 20 de marzo. La retirada en Hungría, incumpliendo las órdenes, del sexto ejército panzer-SS de Sepp Dietrich hizo que Hitler, furioso, despojara a Himmler de la insignia de la «Leibstandarte Adolf Hitler», lo que suponía otra humillación más para el Reichsführer-SS. Guderian declararía que el 21 de marzo, justo antes de su propia destitución, había intentado convencer a Himmler de que utilizase sus contactos extranjeros para tratar de obtener un armisticio.[118] Himmler se negó rotundamente. No podía arriesgarse a romper abiertamente con Hitler.

Himmler tenía fama de ser el hombre más temido de toda Alemania. Pero él mismo sabía que eso no era verdad. Era plenamente consciente de que seguía dependiendo totalmente de un poder superior. Temía a Hitler incluso en aquel momento, y con razón. Pero un profundo distanciamiento había enturbiado sus relaciones. Himmler prácticamente había caído en desgracia. Es posible que su resentimiento le impulsara a proseguir con sus tentativas de negociación con Bernadotte. En contra de los deseos de Hitler, accedió a permitir que se entregaran los campos de concentración al enemigo (una promesa que no cumplió) y autorizó la liberación de unos pocos presos judíos y de miles de escandinavos. Todavía no había ningún indicio directo de que Himmler pudiera estar involucrado en negociaciones con Occidente. Pero, a principios de abril, Schellenberg sondeó a Bernadotte (sin duda, a instancias de Himmler) sobre la posibilidad de organizar una capitulación en el frente occidental. Bernadotte rechazó la oferta, argumentando que la iniciativa debía partir de Himmler, quien, dada la coyuntura, no estaba dispuesto a hacerlo. Bernadotte recordaba que Schellenberg le dijo que Himmler había hablado de una capitulación en occidente y que, «de no haber sido por Hitler», no habría dudado en pedirle que hablara con el comandante supremo de los Aliados, el general Eisenhower. Himmler no tardaría mucho en hacer su jugada.[119]

Entretanto, uno de los colaboradores más cercanos de Himmler, el SS-Obergruppenführer Karl Wolff, jefe de su estado mayor personal hasta que fue nombrado jefe supremo de las SS y la policía en Italia en septiembre de 1943 y, después, a partir de 1944, plenipotenciario general de la Wehrmacht alemana (lo que, a todos los efectos, significaba ser el gobernador militar alemán en las zonas de Italia ocupadas), ya se había decantado por la capitulación al sur de los Alpes. En febrero, Wolff había contactado, a través de intermediarios, con el servicio secreto estadounidense, la OSS, y el 8 de marzo concertó una reunión clandestina en Zúrich con su jefe de operaciones en Europa, Allen W. Dulles. Mantuvieron otra reunión el 19 de marzo, en la que Wolff se comprometió a organizar la rendición incondicional de las fuerzas alemanas en Italia. Había varios intereses en juego. Es evidente que Wolff estaba pensando en salvar su pellejo consiguiendo la impunidad frente a una acusación de crímenes de guerra. Después de que Kesselring (que no habría estado dispuesto a hacer lo que le proponía Wolff) fuera sustituido el 10 de marzo por Vietinghoff, más receptivo a la idea, aunque enormemente precavido, los mandos de la Wehrmacht en Italia se mostraron más favorables a tomar medidas para poner fin a un conflicto que, en aquel momento, solo podía prolongarse con un coste enorme e inútil.

Los Aliados veían ventajas evidentes en liquidar el frente al sur de los Alpes, donde los dos ejércitos del Grupo de Ejércitos C, compuestos por unos 200.000 hombres,[120] todavía libraban una tenaz batalla de retaguardia, y en eliminar el peligro de una resistencia prolongada en el temido reducto alpino. Incluso Hitler, que parecía tener una vaga idea de las intenciones de Wolff (aunque no de sus planes detallados, que equivalían a una traición), estaba dispuesto a permitirle seguir adelante, al menos por el momento. A principios de febrero, se había mostrado evasivo, lo que Wolff había interpretado como una señal tácita de aprobación, cuando éste había insinuado cautamente en presencia de Ribbentrop la posibilidad de negociar mediante sus propios contactos a fin de que Alemania ganara tiempo para desarrollar sus armas secretas y

dividir a los miembros de la coalición aliada. El uso de Italia como una posible moneda de cambio en cualquier trato con las potencias occidentales explica por qué Berlín no intentó detener las maniobras de Wolff.

En realidad, Wolff no era el único dirigente nazi que estaba tratando de llegar a un acuerdo con los Aliados en Italia. Ernst Kaltenbrunner, nada menos que el temido jefe de la Policía de Seguridad, estaba al mismo tiempo tanteando en secreto el terreno para un acuerdo por separado con los Aliados occidentales. A finales de marzo, las tentativas de Wolff y de Kaltenbrunner no habían dado ningún resultado. Aun así, la situación en aquel momento era que el jefe de las SS, el jefe de la Policía de Seguridad y el jefe de las SS en Italia estaban buscando de forma independiente entre sí la manera de evitar el Armagedón que Hitler estaba precipitando. La desconfianza mutua y el miedo a Hitler descartaban cualquier colaboración para actuar a sus espaldas o enfrentarse a él. De todas formas, la cúpula del Tercer Reich comenzaba a resquebrajarse.[121]

El miembro más enigmático de la corte de Hitler también estaba comenzando a distanciarse de él. Durante los meses anteriores, Albert Speer había intentado sistemáticamente impedir la destrucción total de las infraestructuras industriales alemanas cuando la Wehrmacht se batía en retirada. La justificación evidente era su utilidad para la economía de guerra: la producción podría prolongarse cuanto fuera posible y se podría restablecer si se recuperaban los territorios perdidos. Sin embargo, en la primavera de 1945 estaban empezando a primar otros motivos. Los estrechos vínculos de Speer con los empresarios le hicieron pensar en un futuro después de Hitler en el que sería necesario reconstruir las fábricas. Era consciente de que, incluso después de perder una guerra, el país necesitaría unas infraestructuras económicas; el pueblo alemán sobreviviría a su dictador y necesitaría una economía que funcionase. Las consideraciones sobre su propio futuro tras la probable derrota (quizás albergaba la esperanza de heredar el poder que quedase en el Reich) le llevaban a insistir en la inmovilización

temporal de la industria, en lugar de en su destrucción injustificable.[122]

Hitler razonaba, como siempre lo había hecho, de una forma diametralmente opuesta. Con su característico afán por proponer alternativas extremas, había declarado en una etapa anterior de su «carrera» que Alemania saldría triunfante o dejaría de existir. Cuanto más se desvanecía cualquier posibilidad de victoria, más se inclinaba por el otro extremo de la disyuntiva: la derrota sería total, el pueblo alemán habría merecido su hundimiento al demostrar ser demasiado débil y, por tanto, no era necesario hacer preparativo alguno para su futuro. Lo que quería era la destrucción, donde fuera necesaria y al coste que fuera necesario, para impedir el avance del enemigo y que penetrase en Alemania. Speer había tenido que batallar a menudo para moderar las órdenes de destruir las fábricas, que el alto mando de la Wehrmacht había transmitido sin dudarlo, y transformarlas en meras inmovilizaciones. Como hemos visto en capítulos anteriores, normalmente conseguía convencer al dictador, apelando a las esperanzas que le quedaban a Hitler para que accediera a satisfacer sus demandas, argumentando que el Reich necesitaría de nuevo las industrias cuando reconquistara los territorios perdidos. Era un razonamiento al que Hitler era receptivo, por muy inverosímil que fuera. Pero, con el enemigo ya en el territorio del Reich y la ficción de la reconquista cada más difícil de mantener, era inevitable que se planteara de nuevo la cuestión de la destrucción o la inmovilización, y de una forma radical.

A principios de marzo, la destrucción intencionada de las infraestructuras de transportes por parte del ejército preocupaba profundamente a los empresarios del Ruhr.[123] Speer, que entretanto había añadido el control de los transportes a sus amplios poderes,[124] viajó al oeste para asegurarles que la política continuaba siendo la paralización temporal de las infraestructuras industriales y de transportes, no su destrucción permanente. Cualquier oposición a las órdenes en este sentido debía ser «vencida». Speer reiteró su argumento clave: «Solo podemos

continuar la guerra si el cinturón industrial de Silesia, por ejemplo, o también partes del distrito del Ruhr, vuelven a estar en nuestras manos [...]. O recuperamos esas zonas [...] o habremos perdido definitivamente la guerra». Era esencial adoptar una estrategia unificada. Era inútil paralizar la industria si el ejército destruía todos los medios de transporte. Hablaría con los comandantes en jefe de los grupos de ejércitos y trataría de obtener una directiva de Hitler. Insistió en la necesidad de asegurar el restablecimiento de los suministros de agua y el reparto de alimentos entre la población civil. Tras los alimentos, el carbón era el sector productivo más urgente. Los suministros de alimentos tendrían prioridad, junto con el transporte de tropas, incluso sobre los armamentos, una cuestión que afirmó haber aclarado con Hitler. Aquellas medidas no respondían a motivos humanitarios: se trataba de mantener la «capacidad de resistencia de la población». Las palabras de Speer dejaban claro que la guerra no había terminado en absoluto. Habló una vez más de concentrar la producción de acero en las municiones. Y reiteró las prioridades de transporte que Hitler había fijado, siguiendo sus consejos, para las zonas que estaban siendo evacuadas: en primer lugar, el transporte de tropas; después, los alimentos, y, finalmente, cuando fuera posible, los refugiados.[125]

Hitler seguía insistiendo en evacuar a la población de las zonas occidentales amenazadas y llevarla al Reich, para que los hombres aptos para el combate no cayeran en manos del enemigo. Los Gauleiter de aquellas zonas sabían lo inviable que era esta exigencia. Goebbels la consideraba otra «gran pérdida de prestigio» de la autoridad de Hitler.[126] Incluso Goebbels admitió que la evacuación no era posible, influido por un informe que Speer le había entregado a mediados de aquel mes. Comentó que Speer había expresado su descontento con las órdenes de evacuación. Opinaba «que la misión de nuestra política de guerra no es conducir al pueblo a un hundimiento heroico». El ministro de Armamentos le dijo a Goebbels que la guerra estaba perdida desde un punto de vista económico. La economía solo podría aguantar otras cuatro semanas más, es decir, hasta mediados de abril, y después se

derrumbaría poco a poco. Goebbels señaló que Speer «se opone firmemente a la política de tierra quemada. Explica que cortar una artería vital para que el pueblo alemán reciba alimentos y funcione la economía debe ser obra del enemigo, no nuestra». Si se volaban los puentes y los viaductos de Berlín, tal como estaba planeado, la capital del Reich se enfrentaría a una hambruna inminente.[127]

Era evidente que se estaba preparando un conflicto. Speer se había enterado de que Hitler tenía la intención de destruir las fábricas, los ferrocarriles, los puentes y las instalaciones eléctricas e hidráulicas antes que permitir que cayeran en manos del enemigo. Se dirigió a Guderian buscando su ayuda para impedir unas medidas dementes que destruirían las infraestructuras económicas vitales y asegurarían una miseria y una pobreza duraderas a la población civil. Guderian y él acordaron que serían necesarios permisos especiales para detonar puentes, túneles e instalaciones ferroviarias. Hitler se negó, furioso, a aprobar el borrador del decreto.[128] El 15 de marzo, Speer describió ante Hitler la realidad sin adornos. El colapso de la economía se produciría en cuestión de semanas, entre cuatro y ocho, tras lo cual sería militarmente imposible proseguir la guerra. Era necesaria una orden firme para impedir la destrucción de instalaciones vitales para Alemania. «Su destrucción supone la eliminación de cualquier posibilidad de existencia para el pueblo alemán». Speer concluía: «Tenemos el deber de dejar al pueblo todos los recursos que le permitan reconstruir el país en un futuro lejano».[129]

Speer le entregó el memorándum a Nicolaus von Below, el ayudante de Hitler de la Luftwaffe, y le pidió que se lo diese en el momento adecuado. Below se lo entregó finalmente a Hitler el 18 de marzo, aunque el dictador ya sabía lo que iba a recibir. En un intento de mitigar la reacción previsiblemente fuerte de Hitler y demostrar que continuaba siendo leal, Speer le pidió una fotografía firmada para su cuadragésimo cumpleaños, que era al día siguiente.

También le entregó a Hitler otro memorándum, que nunca mencionaría después de la guerra.[130] Era un documento más breve y estaba escrito con un tono totalmente diferente. Comenzaba

afirmando que, puesto que el colapso económico era inevitable, era necesario tomar medidas drásticas para defender el Reich en el Óder y el Rin. Ya no era posible organizar ninguna defensa más allá de esas fronteras. Por tanto, era vital que, a lo largo de las ocho semanas siguientes, se tomaran todas las medidas implacables necesarias para movilizar todos los recursos posibles, incluida la *Volkssturm,* con el objetivo de reforzar las defensas a lo largo de esos dos ríos. Había que repatriar a las tropas que estaban en Noruega e Italia para que participasen en la defensa. Solo si se aplicaban medidas como aquellas había alguna posibilidad de asegurar el frente. Y concluía: «Una resistencia tenaz en el frente actual durante unas pocas semanas puede granjearnos el respeto del enemigo, y eso quizá determine un desenlace favorable de la guerra».[131]

No están claros los motivos de Speer para escribir el segundo memorándum. Posiblemente albergara la esperanza de suavizar el golpe del primero, aunque después nunca lo alegó. Su silencio sobre el segundo memorándum es revelador, ya que la forma en que estaba redactado no coincidía con la imagen que cultivaría durante la posguerra de ser el único dirigente nazi que había tratado de actuar de una forma humana y que había roto con Hitler antes del final. Quizá lo más probable es que lo escribiera para evitar cualquier acusación (peligrosa, en vista del clima reinante), de Hitler o de algún miembro de su séquito, de que era un derrotista y, prácticamente, un traidor a la causa.[132] Quizá, dado que estaban a punto de perder el «frente actual» en el Rin, era una manera de incitar de una forma astuta e indirecta a Hitler a extraer la conclusión de que había llegado el momento de poner fin a la guerra.[133] Si ese era el caso, resulta extraño que Speer nunca utilizara ese argumento en sus declaraciones durante la posguerra. La última posibilidad es que Speer creyera realmente lo que estaba diciendo, que un último esfuerzo aún podría facilitar alguna clase de acuerdo con los Aliados, presumiblemente con los occidentales. Más tarde trató de presentarse como alguien que, al haberse dado cuenta de forma temprana de la inevitable derrota de Alemania, había trabajado de forma desinteresada para preservar los cimientos

económicos necesarios para la supervivencia de la población. Pero el memorándum del 18 de marzo muestra lo mucho que tardó en aceptar que la guerra estaba irremediablemente perdida.[134] Sus esfuerzos para limitar la destrucción de las infraestructuras económicas y su aceptación del hecho de que, desde el punto de vista económico, Alemania estaba cerca del fin, aún eran compatibles con la suposición de que, si bien no se podía ganar la guerra, al menos no estaba totalmente perdida. Speer le dijo a Hitler solo unos días más tarde que, hasta aquel momento, todavía creía que la guerra podría tener un desenlace positivo.[135] No era mera retórica. Como muestra el memorándum, Speer había seguido siendo un «creyente». Es posible que pensara que la inevitable destrucción ocasionada por la guerra era compatible con sus intentos de limitar la demolición de las infraestructuras económicas, basándose en que se trataba de daños «colaterales» en lugar de una autodestrucción voluntaria. Con aquel memorándum, cuando menos, Speer le estaba mostrando a Hitler que seguía estando a su lado.[136] El conflicto con Hitler sobre la destrucción de los medios de producción era grave, pero no suponía un rechazo fundamental al líder al que había estado tan estrechamente ligado durante más de un decenio.

Hitler no tardó en comunicar su respuesta a Speer. El 18 de marzo, invalidó todas las objeciones al ordenar la evacuación forzosa de toda la población civil de las zonas occidentales amenazadas. Si no había transportes disponibles, la gente debía huir a pie. «Ya no podemos tener en cuenta a la población», comentó.[137] Al día siguiente llegó el célebre decreto de «tierra quemada» de Hitler, su «Orden Nerón», que contradecía totalmente las recomendaciones de Speer de evitar la destrucción siempre que fuera posible. «Todos los transportes militares, las comunicaciones, las instalaciones industriales y de suministros, así como los bienes materiales que puedan ser utilizables inmediatamente o en el futuro cercano, deberán ser destruidos». La responsabilidad de ejecutar la destrucción recayó en los mandos militares, en el caso del transporte y las comunicaciones, y en los Gauleiter, en tanto que comisarios de

defensa, en el caso de la industria y otras instalaciones económicas.[138]

Hasta el 18 de marzo, Speer, pese a todas sus críticas a las medidas que garantizaban la destrucción de cualquier base para la reconstrucción de posguerra, todavía creía, como muestra el memorándum de aquel día, que había algo que ganar con la continuación de la guerra. Pero aquel día su actitud cambió espectacularmente, algo que después confirmó el decreto de «tierra quemada». El punto de inflexión se produjo cuando Hitler le dijo sin rodeos: «Si la guerra está perdida, el pueblo también está perdido. Ese destino es irreversible». Por tanto, no era necesario asegurar para el futuro ni siquiera las necesidades de su existencia más primitiva. Al contrario, era mejor destruir incluso sus cimientos, porque «el pueblo ha demostrado ser muy débil y el futuro pertenece exclusivamente al pueblo más fuerte del este. En cualquier caso, los que queden tras esta lucha serán solo los inferiores, pues los buenos han caído». Speer le dijo a Hitler en una carta manuscrita que envió al dictador algunos días después que estaba «profundamente conmocionado» por aquellas palabras. Veía en la orden de destruirlo que se publicó el día 19 los primeros pasos para hacer realidad las intenciones de Hitler.[139]

Durante los días siguientes, respaldado por Walther Rohland y sus compañeros a cargo del Ruhr en el ministerio, Speer viajó por Alemania occidental tratando de convencer a los Gauleiter para que renunciaran a su intención inicial de ejecutar la orden de Hitler, esgrimiendo en parte el argumento nazi de que las instalaciones eran necesarias para mantener la producción y poder ganar la guerra. De todas formas, cabe dudar de la facilidad con la que habrían podido realizar en la práctica tal destrucción. Es probable que los empresarios y jefes de las fábricas hubieran colaborado con funcionarios locales del partido para impedir numerosas tentativas de destrucción sin sentido.[140] Speer también los convenció de que era imposible llevar a la práctica las órdenes de evacuación de Hitler.[141] Model también cambió de opinión y, tras algunas dudas, llegó a aceptar los argumentos de Speer y accedió a limitar al

mínimo la destrucción de las instalaciones industriales del Ruhr, pese a que el ejército estaba dispuesto a efectuar la destrucción, tal y como muestran las órdenes de ejecución.[142] En Wurzburgo, el Gauleiter Otto Hellmuth, a quien por lo general se consideraba uno de los jefes del partido más moderados, estaba totalmente decidido a ejecutar la «Orden Nerón», aunque admitió que carecería de sentido si no había ninguna posibilidad de que cambiara la situación en el último momento. Le preguntó a Speer cuándo se iban a desplegar las decisivas «armas milagrosas». Solo cuando Speer le confirmó sin rodeos que «no van a llegar», accedió a no destruir las fábricas de rodamientos de Schweinfurt.[143]

Sin embargo, entretanto Hitler se había enterado de los esfuerzos de Speer para sabotear su orden. Cuando el ministro de Armamentos, ya de regreso en Berlín, fue convocado para que se reuniera con él, el recibimiento fue gélido. Hitler le exigió que aceptara que todavía era posible ganar la guerra. Cuando Speer titubeó, Hitler le concedió veinticuatro horas para reflexionar sobre su respuesta. Al volver a reunirse con él, tras escribir de su puño y letra una larga justificación de su postura, que finalmente no entregó, Speer se limitó a decir: «Mi Führer, mi apoyo es incondicional».[144] Aquello fue suficiente. Hitler sintió que su autoridad había quedado intacta, que no había sido humillado; Speer se había retractado.[145] Volvió a entreverse un atisbo de la antigua amistad entre ambos. Speer aprovechó la situación para conseguir de Hitler una concesión crucial y una modificación vital de su orden anterior: la ejecución de cualquier destrucción competía a su Ministerio de Armamentos.[146] De ese modo, Speer pudo evitar la política de «tierra quemada» que Hitler había ordenado (aunque la Wehrmacht voló de todas formas numerosos puentes dentro de Alemania mientras se batía en retirada).[147] Fue una victoria importante, aunque se podría interpretar cínicamente que el objetivo era tanto asegurar su propia supervivencia futura como la del pueblo alemán.[148] Y aquello, unido a la incapacidad de Hitler para insistir en que se ejecutaran sus órdenes de evacuación, era

otra señal, como reconoció Goebbels, de que la autoridad de Hitler estaba disminuyendo.[149]

No obstante, aún no había llegado el momento del hundimiento. Los cimientos temblaban, pero seguían manteniéndose en pie, aunque a duras penas. Como siempre, el elemento decisivo era la posición de liderazgo del propio Hitler. Aunque los dirigentes del Tercer Reich veían claramente que los días de Hitler estaban contados, aún eran conscientes de que era peligroso enfadarle. Ribbentrop no se atrevió a llevar más lejos sus sondeos para alcanzar la paz sin la aprobación de Hitler. Himmler y Kaltenbrunner tuvieron un cuidado extremo en ocultar sus propios sondeos. Wolff también sabía lo peligroso que era el territorio en el que se estaba adentrando, aunque al menos había cierta distancia geográfica entre él y Berlín. Y Speer, al final, había renunciado a un enfrentamiento total. Había evitado la posibilidad de sufrir un severo castigo, aunque vio cómo Hitler comenzó a favorecer en cuestiones armamentísticas a su antiguo rival Karl-Otto Saur. Ninguno de los paladines, que buscaban asegurarse un futuro poshitleriano, se atrevió a desafiar abiertamente al dictador. Aparte del miedo a las consecuencias, ya que Hitler aún podía recurrir a poderosas fuerzas militares y policiales para que lo respaldaran, seguían reconociendo que su poder aún dependía de la autoridad suprema del Führer. Divididos, temerosos de las consecuencias y aún sometidos a Hitler, no representaban ninguna amenaza de oposición.[150] El poder de Hitler se mantendría hasta el final.

8
IMPLOSIÓN

Estamos dando órdenes en Berlín que prácticamente ni siquiera llegan y mucho menos aún se pueden ejecutar. Veo en todo ello el peligro de una extraordinaria disminución de la autoridad.

Joseph Goebbels, diario, 28 de marzo de 1945

I

Berlín era en abril de 1945 una ciudad que se preparaba para la tormenta que estaba a punto de estallar. Se hicieron apresuradamente todos los preparativos posibles para intentar contrarrestar la ofensiva del este. Todo el mundo sabía que la ciudad no tardaría mucho en verse envuelta en los combates. La moral había alcanzado mínimos. Las ocasionales muestras de humor negro se entremezclaban con la aceptación fatalista de que no había ninguna salida.[1] Pero a medida que los días oscuros y aparentemente interminables de aquellos terribles meses de invierno de 1944-1945 iban dando paso a una primavera soleada y cálida, algunos berlineses hacían todo lo posible para no pensar en la guerra durante algunos efímeros instantes.

A cualquiera que pasara por el Tiergarten, el hermoso parque situado en el centro de la ciudad (aunque terriblemente dañado, ocupado por la artillería pesada y fuente de la tan preciada leña), bajo los árboles en flor y acompañado por el gorjeo de los pájaros, o a cualquiera que se asomara a los balcones de las espaciosas

mansiones del Grunewald, en el oeste, a las afueras de Berlín, podía parecerle que la guerra era algo muy lejano (aunque las ruinas de algunas mansiones no tardaban mucho en recordarle la realidad). Pero, a principios de abril de 1945, las actividades que procuraban un placer efímero, aquellos momentos corrientes de la vida cotidiana en tiempos de paz, no eran más que un intento de «aprovechar el día», de aprovechar la que podría ser una de las últimas oportunidades de disfrutar antes de que se impusiera la sombría realidad.

Otros intentaban «aprovechar la noche», cuando, en los barrios del centro de Berlín, las mujeres y los soldados se entregaban a «una frenética búsqueda del placer» en los refugios, los sótanos de los edificios reducidos a escombros y los oscuros callejones entre las ruinas. Los saqueos y los robos eran corrientes. Pese a las duras sanciones, el mercado negro de alimentos prosperaba y se podía encontrar prácticamente cualquier bien material. Muchos recurrían al alcohol, incluido el robo de suministros médicos, para olvidar el miedo a lo que les aguardaba.[2]

Cualesquiera ilusiones que aún pudieran tener, se desvanecían rápidamente. Y, en cualquier caso, solo un pocos podían compartirlas. La mayoría estaban agotados por la inquietud y las preocupaciones e intentaban hacer frente a las graves privaciones de la vida diaria. En cuanto a la ciudad, como todas las demás grandes ciudades del país, estaba profundamente marcada por la guerra, tanto en su aspecto físico como en la psicología de sus habitantes. De hecho, la principal característica del aspecto exterior de Berlín no era el centro de la ciudad devastado, las fachadas desiertas, los cráteres de las bombas, los edificios en ruinas que ya no eran más que armazones, sino el vacío: la ausencia de tráfico y de personas en las calles, las tiendas sin productos y las casas sin muebles.[3] Por la noche, «todo lo que quedaba de aquella metrópoli mundial era una ciudad fantasma de cavernícolas», comentaba un observador.[4] Prácticamente cada noche, mientras la población cenaba a la luz parpadeante de las velas, ya que se había racionado mucho el consumo de electricidad, las sirenas anunciaban el próximo

bombardeo aéreo y obligaban a iniciar el descenso nocturno al refugio más cercano. Era un brusco despertar del ensueño, un recordatorio de que el fin de la guerra se acercaba con rapidez y de que el Ejército Rojo estaba a poca distancia y a punto de lanzar un ataque contra la capital del Reich.

El propio mundo de ensueño de Hitler durante sus visitas nocturnas a los sótanos de la nueva cancillería del Reich, cuando se sentaba junto a la maqueta de su ciudad natal de Linz tal como sería al final de una guerra victoriosa, construida por el arquitecto Hermann Giesler, le permitía distraerse momentáneamente de la sofocante tensión de la guerra. Aparte de eso, sus fantasías se adecuaban a la máscara que llevaba incluso entonces, negándose a admitir, a sí mismo o a cualquier otro, que su mundo se había convertido en ruinas. Sabía, como máximo desde el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, que la derrota era segura, pero no podía admitirlo abiertamente. Seguía actuando como el indómito Führer que siempre había sido durante la creciente adversidad, fingiendo continuamente, ante sí mismo y ante su séquito, que todo iba a salir bien. Sus sueños e ilusiones daban la espalda a una realidad que le ocupaba la mayor parte del tiempo: la de una guerra perdida y la de un final inminente que habría de seguir a su propia muerte. Como ni siquiera contemplaba la idea de la rendición, mientras él viviera, el inmenso sufrimiento y la destrucción de la guerra continuarían. Y como no podía permitirse que lo capturaran, el suicidio era la única salida. Su monstruoso ego le había llevado a concluir desde hacía tiempo que el pueblo alemán había demostrado ser indigno de él. Su derrota había demostrado que era débil. No merecía sobrevivir. No podía derramar una sola lágrima por él. Pero aún tenía que decidir dónde y cuándo poner fin a su vida.

Para las personas de su entorno, que le veían a diario, su autoridad seguía siendo incontestable. Fuera del búnker, construido debajo del jardín de la cancillería del Reich en el centro de Berlín, que se había convertido en su último hogar desde que regresara del frente occidental a mediados de enero, la historia era muy diferente. El propio Reich se había reducido enormemente. Goebbels señaló el 9 de abril que las posesiones alemanas se había reducido a poco más

que una estrecha franja que se extendía hacia el sur desde Noruega hasta la costa adriática del norte de Italia.[5] Gran parte de lo que había sido el Reich estaba ahora ocupado por el enemigo y fuera del control de Hitler. Para la mayoría de las personas corrientes que vivían en las zonas que aún seguían bajo control alemán, Hitler hacía tiempo que solo era una vaga presencia, alguien a quien veían de vez en cuando en alguna proclamación o en las imágenes de los noticiarios, aunque eran conscientes de que mientras él viviera no acabaría su sufrimiento. Para los Gauleiter, los gobernantes regionales del Reich, su autoridad estaba dejando de funcionar. No es que pensaran en cuestionarla abiertamente. Habían sido virreyes leales durante años, el eje de su poder en las provincias. E incluso entonces había que temer las consecuencias de cualquier acto de rebeldía. Pero los enormes problemas de las comunicaciones y los avances de los Aliados occidentales hicieron que apenas fuera posible el control desde Berlín. Tenían que abordar la situación directamente, sin esperar las órdenes de la capital, que a menudo eran poco realistas e inviables. En cualquier caso, era evidente que Alemania solo podría resistir, en el mejor de los casos, una o dos semanas. La mayoría de los secuaces de Hitler solo pensaban en salvar su pellejo y eran pocos lo que tenían idea de saltar a la pira funeraria con su líder.

Mientras el poder nazi se desintegraba cada vez más rápidamente y se producía la fragmentación de cualquier apariencia de gobierno centralizado, el régimen «perdía el control».[6] La policía, las SS y los cargos regionales y locales del partido tomaron las riendas en la feroz represión del menor indicio de rebelión o de cualquier intento de impedir las irracionales destrucciones en el último momento. «Los enemigos internos» corrían un riesgo extremo, ya que los desesperados forajidos nazi se volvieron contra ellos durante los últimos estertores del régimen, decididos a vengarse de su hostilidad y a asegurarse de que no pudieran regocijarse de la caída del nazismo. La misma suerte que habían corrido los prisioneros de los campos de concentración en el este les estaba reservada a los de los campos del resto del Reich, obligados a

abandonar el espantoso infierno en el que estaban recluidos y, en un último brote de intenso terror, forzados a emprender marchas de la muerte sin ningún sentido. Entonces, como antes, cuando el régimen se desmoronaba visiblemente, los jefes del partido y los mandos del ejército carecían de unidad de espíritu y de voluntad, así como de la capacidad de organización (que había permitido a los dirigentes fascistas italianos derrocar a Mussolini en julio de 1943), para enfrentarse a Hitler e intentar, incluso en el último momento, impedir que Alemania se sumiera en el abismo. El último acto del drama aún se seguía representando.


N
Oslo
NORUEGA
Islas del canal de la Mancha
Alderney
Guernsey
Sack
Jersey
FRANCIA
Curlandia
Mar Báltico
Unión Soviética
SUECIA
Mar del Norte
Mar Báltico
DINAMARCA
Copenhague
Península de Hela
Flensburgo
Rügen
Danzig
Greifswald
Hamburgo
Aumühle
Stettin
Vístula
Bremen
PAÍSES BAJOS
Amsterdam
La Haya
Elba
Oder
Weser
Hannover
Berlín
Magdeburgo
Rin
Warthe
BÉLGICA
ALEMANIA
Kassel
Leipzig
Bruselas
Colonia
Dresde
Breslau
Maas
Erfurt
Landeshut
Oder
Neuern
Elba
LUXEMBURGO
Mosela
Frankfurt
Main
Praga
Luxemburgo
Saarbrücken
Núremberg
Murrhardt
Stuttgart
Danubio
Estrasburgo
Múnich
Linz
Viena
Pressburgo
FRANCIA
Rin
Salzburgo
AUSTRIA
Danubio
SUIZA
Inn
Berna
Innsbruck
Mayrhofen
Drave
Territorio conservado por Alemania
0 50 100 millas

8. El Reich de Dönitz, 1 de mayo de 1945 0 50 100 km

II

Con la pérdida del frente del Rin en marzo, ya no tenía ninguna lógica proseguir con la guerra en el oeste. No obstante, los generales seguían combatiendo. Keitel y Jodl, en el alto mando de la Wehrmacht, y el comandante en jefe del oeste, el mariscal de campo Kesselring, afirmaron más tarde que, a finales de marzo, creían que podrían impedir el descalabro total del frente en el Rin y estabilizar durante algún tiempo la posición en el oeste.[7] El único vago argumento era, presumiblemente, la antigua idea de ganar tiempo para que los Aliados occidentales reconocieran que su verdadero enemigo se encontraba en el este, lo que provocaría la disolución de la «impura» coalición con la Unión Soviética y permitiría a las fuerzas que quedaban de la Wehrmacht hallar un nuevo propósito uniéndose a las potencias occidentales contra el Ejército Rojo. Si bien esta idea reflejaba el pensamiento de la época, en aquel momento era más evidente que nunca que se trataba de una quimera. Con la victoria tan a mano, en lo último en lo que pensaban Roosevelt y Churchill era en romper con los aliados soviéticos, que seguían soportando el mayor número de bajas en los combates para derrotar al régimen de Hitler.

El descalabro total en el oeste era imparable. El rápido avance estadounidense, una vez que sus tropas consolidaron sus posiciones en el Rin, había divido al Grupo de Ejércitos B de Model en el Ruhr y el Grupo de Ejércitos H en el norte y el G en el sur. El 2 de abril, las fuerzas de Model, que aún eran fuertes numéricamente pero disponían de poco armamento pesado, quedaron incomunicadas en el Ruhr y solo podían recibir suministros desde el aire. Dos días más tarde, el noveno ejército estadounidense inició el ataque para destruir a las fuerzas alemanas rodeadas. Al principio tuvieron que hacer frente a una feroz resistencia, pero no cabía ninguna duda de cuál sería el desenlace. Los alcaldes de algunas grandes ciudades, alentados por importantes industriales y respaldados por los socialdemócratas, los comunistas y otros grupos antinazis, que

emergían tras años de represión, se rindieron sin oponer resistencia. Duisburgo, Essen, Solingen, Bochum y Mülheim cayeron sin infligir más sufrimiento innecesario a poblaciones privadas de las comodidades más básicas y obligadas a vivir en sótanos, búnkeres y edificios bombardeados. En cambio, los combates se prolongaron durante cuatro días antes de que los Aliados pudieran tomar Hamm, y Dortmund solo cayó el 13 de abril, después de ser rodeada y tomada por asalto por las poderosas fuerzas estadounidenses.[8] Para entonces, Model había informado de que dos terceras partes de su ejército no disponían de armas. Las tropas desertaban en masa, simplemente desapareciendo en los bosques o las ciudades en ruinas, y varios comandantes se rindieron con sus unidades.

Entretanto, las fuerzas estadounidenses avanzaron por el centro de Alemania. A mediados de abril habían penetrado en Turingia, tomando Erfurt, Weimar y Jena, desde donde avanzaron hacia el sur, en dirección a Coburgo y Bayreuth, así como Sajonia, hasta la periferia de Halle, Chemnitz y Leipzig, y tomaron Hannover y Braunschweig en el noroeste. El 11 de abril habían llegado al Elba. Ya no se podía hablar de un frente alemán. No obstante, continuaron los combates esporádicamente, algunos encarnizados, y los estadounidenses aún encontraron focos de tenaz resistencia. Como en el Ruhr, las autoridades municipales de numerosos pueblos y ciudades prefirieron la rendición antes que una destrucción sin sentido. Gotha, Göttingen y Weimar fueron algunas de las ciudades que capitularon sin combatir. En Magdeburgo, en cambio, el comandante militar de la ciudad se negó a rendirse el 17 de abril. Esa misma tarde, la ciudad sufrió un devastador ataque en el que participaron 350 aviones, antes de que se aplastara por completo la resistencia al día siguiente.

En el norte, los británicos y los canadienses avanzaron más lentamente contra las fuerzas aún relativamente fuertes del Grupo de Ejércitos H de Blaskowitz. Pero el 10 de abril, los británicos ya habían llegado a Celle, al nordeste de Hannover y, más al norte, al Weser, al sur de Bremen, mientras los canadienses se abrieron paso hacia el norte, a través de los Países Bajos, casi hasta la costa. Sin

embargo, los grandes puertos del mar del Norte y los nexos con Dinamarca y Noruega seguían estando en poder de los alemanes, y la Wehrmacht constituía en el noroeste una de las últimas bases de poder, relativamente intactas, del régimen nazi.

En el sur de Alemania, la situación era más alarmante. Hitler destituyó al coronel general de las SS Paul Hausser, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos G, el 2 de abril, después de que quisiera replegarse al sur y el sudeste. Su sustituto, el general Friedrich Schulz, intentó cumplir las órdenes de Hitler de resistir durante dos o tres semanas a fin de ganar un tiempo vital, según se afirmaba, para incorporar los cazas a reacción, que alterarían la situación militar, y obligó a todas las fuerzas disponibles a hacer alarde de una resistencia fanática en la zona de Aschaffenburg, en el Main. Consiguió frenar el avance estadounidense hasta mediados de mes, cuando fue sorprendido en la retaguardia por el tercer ejército estadounidense, que se dirigía al sur desde Turingia, y la retirada del Grupo de Ejércitos G se convirtió en una desbandada. Las tropas estadounidenses y francesas había avanzando mientras tanto hacia Stuttgart. Heilbronn, un importante nudo ferroviario en la orilla este del río Neckar, solo cayó tras intensos combates. La ciudad fue defendida por una concentración relativamente importante de tropas de la Wehrmacht con el apoyo de contingentes de las *Volkssturm.* Sus ciudadanos, aterrorizados por una jefatura nazi fanática, no habían podido, como en muchos otros lugares, presionar para que se capitulara sin combatir. El resultado fue que Heilbronn sufrió una semana de combates encarnizados e inútiles antes de la inevitable rendición. Fue una excepción. La mayoría de las poblaciones pudieron organizar la rendición antes de ser arrasadas en un vano intento de resistir.

Los franceses habían tomado con facilidad Karlsruhe y otros pueblos de Baden sin combates, aunque, por razones que aún no están claras, destruyeron casi por completo Freudenstadt, en la Selva Negra. A mediados de mes, iniciaron el asalto de Friburgo, que cayó sin apenas combates el 21 de abril. Stuttgart, la capital de Württemberg, se rindió al día siguiente sin resistir, pese a la insistencia de los Gauleiter en seguir luchando hasta el final,

después de que los dirigentes nazis hubieran huido. Destacados antinazis habían conseguido convencer al alcalde, un veterano nazi, para que evitara la absurda destrucción de la ciudad. Los franceses se hicieron rápidamente con el control de Stuttgart y las zonas circundantes. Para los habitantes, el miedo a los nazis, que en la mayoría de los casos huyeron, se convirtió en inquietud ante la llegada los conquistadores franceses. A diferencia de los estadounidenses, cuyas fuerzas de ocupación eran en general disciplinadas, las tropas francesas, sobre todo, según parece, una minoría de las temidas tropas coloniales del norte de África, saquearon a fondo y cometieron numerosas violaciones al entrar en las aldeas y los pueblos de Alemania, como constatan los informes del clero local y otras personas. En Freudenstadt, el peor de los casos, las violaciones, los saqueos y el pillaje se sucedieron durante tres días.[9]

Mientras tanto, las tropas estadounidenses encontraron resistencia, a veces fuerte, mientras se dirigían al sur a través de Franconia, pero fueron tomando una ciudad tras otra (la mayoría se rindieron sin oponer resistencia) antes de llegar el 16 de abril a Núremberg, el santuario del nazismo. Hitler ordenó que se defendiera la «ciudad de las reuniones del partido del Reich» hasta el final. Los fanáticos jefes del partido, que no tenían nada que perder y mantenían intacta su mentalidad de *Götterdämmerung,* se negaron a capitular. Simplemente retrasaron lo inevitable. Tras cuatro días de intensos combates y un derramamiento de sangre y una destrucción innecesarios, el antiguo bastión del partido y símbolo del poder nazi finalmente cayó. Era el 20 de abril, el cumpleaños de Hitler.[10]

El 15 de abril, los Aliados occidentales habían fijado sus objetivos para el futuro inmediato: en el norte, avanzar hacia Lübeck; en el centro de Alemania, consolidar las posiciones en el Elba, y en el sur, avanzar hasta el Danubio y Austria. Ese mismo día Hitler estipuló que, en caso de que el Reich quedara dividido en dos por el avance del enemigo por el centro de Alemania, el gran almirante Dönitz, en el norte, y el mariscal de campo Kesselring, en

el sur, asumieran el mando de la defensa como delegados suyos en cualquier zona del país en la que él no estuviera.[11]

La Wehrmacht, en el oeste, se hallaba por entonces en una situación de absoluta desolación. Y en el este, la gran ofensiva soviética que se esperaba, en dirección a Berlín, comenzó antes del amanecer del día siguiente, el 16 de abril.

En Prusia Oriental, los soviéticos habían conseguido romper el cerco de Königsberg, una hermosa ciudad que había quedado arrasada. El 9 de abril, con sus tropas a punto de ser destruidas, y la ciudad convertida en un infierno, su comandante, el general Otto Lasch, acabó por rendirse, aunque solo cuando los soldados del Ejército Rojo estaban ya a la entrada de su búnker. La defensa de Königsberg se había cobrado la vida de 42.000 soldados alemanes y 25.000 civiles. Unos 27.000 soldados que quedaban en la guarnición fueron hechos prisioneros por los soviéticos.[12] Hitler, loco de ira, ordenó que se condenara a Lasch a muerte por ahorcamiento en ausencia, una sentencia imposible de aplicar, y que se encarcelara a su familia.[13] También destituyó al general Friedrich-Wilhelm Müller, el último comandante del cuarto ejército, que, en realidad, ya no existía, salvo por unos cuantos soldados que aún resistían en la Samland. Cuando cayó el puerto de Pillau el 25 de abril, solo quedaban 3.100 soldados, de un ejército que había contado con medio millón de hombres, atrincherados en la Frische Nehrung hasta el fin de la guerra.[14]

En el sureste se había producido otra catástrofe: el 13 de abril, tras casi dos semanas de cerco, Viena, la capital austriaca reducida a ruinas, cayó en manos del Ejército Rojo, tras días de intensos combates en las calles que prosiguieron en el centro de la ciudad causando muchas bajas en ambos bandos. Los soviéticos avanzaron más hacia el oeste de Austria por ambas orillas del Danubio. Pocos de los soldados alemanes obligados a replegarse a un Reich cada vez más reducido podían creer en las palabras vacías que Hitler pronunció dos días más tarde: «Berlín sigue siendo alemana, Viena volverá a ser alemana y Europa nunca será rusa».[15]

Para entonces, las tropas de Zhúkov, concentradas en el Óder, a solo 70 kilómetros de Berlín, aguardaban la señal para iniciar el ataque que, en su opinión, destruiría al régimen de Hitler y les reportaría la victoria. Se había reunido un poderoso ejército para la batalla de Berlín. El primer frente bielorruso de Zhúkov y, más al norte, el segundo frente bielorruso de Rokossovski, que se preparaba para atacar en dirección oeste desde Pomerania, contaban en total con 1,4 millones de hombres, más de 4.000 tanques y 23.000 piezas de artillería pesada. Al sur, el primer frente ucraniano de Kónev, listo para iniciar el ataque desde las bases en el Neisse, contaba con 1,1 millones de hombres y 2.150 tanques. Entre todos los frentes, contaban con el masivo apoyo aéreo de 7.500 aviones. Enfrente tenían al Grupo de Ejércitos Vístula de Heinrici (un nombre obsoleto, ya que por entonces se disponían a combatir al oeste del Óder), formado por el tercer ejército panzer de Manteuffel, al norte, y el noveno ejército del general Theodor Busse, que protegía los accesos a Berlín, junto con parte del Grupo de Ejércitos Centro de Schörner (el cuarto ejército panzer a las órdenes del general Fritz-Hubert Gräser), que defendía el ataque desde el Neisse y protegía el sur de la ciudad. Las fuerzas alemanas ascendían en total a un millón de hombres, 1.500 tanques y vehículos acorazados y 10.400 piezas de artillería, con el apoyo de 3.300 cazas. El desequilibrio de fuerzas se veía agravado por el hecho de que muchos alemanes eran reclutas jóvenes y poco adiestrados, mientras que la fuerza aérea era puramente nominal, ya que muchos aviones no podían despegar por la falta de combustible. Solo los tres anillos concéntricos de las fortificaciones muy escalonadas que impedían el acceso a la capital daban una ventaja a los defensores.

La ofensiva de Zhúkov empezó a las 3.30 de la mañana del 16 de abril con una inmensa descarga de artillería en medio de una batería de reflectores para cegar al enemigo e iluminar el camino para el ataque. Pero las defensas alemanas resistieron durante dos días antes de que, tras encarnizados combates con enormes bajas en ambos bandos, las tropas de Zhúkov tomaran las colinas muy fortificadas de Seelow, un escarpado afloramiento que se eleva 90 metros sobre el valle del Óder, entre Seelow y Wriezen, y la última e

imponente barrera defensiva natural a las afueras de Berlín. El noveno ejército de Busse quedó dividido en tres y tuvo que replegarse al norte, el centro y el sur del frente. La ofensiva de Kónev desde el Neisse, mientras tanto, había penetrado más fácilmente, obligando a los defensores a replegarse hacia Dresde, y había avanzado rápidamente hacia el norte, en dirección a Berlín y la retaguardia del ejército de Busse, lo que constituía una grave amenaza. El 20 de abril, el primer frente bielorruso había penetrado en el anillo defensivo exterior que rodeaba Berlín y su flanco derecho se disponía a avanzar hacia el norte de la ciudad. Berlín estaba a punto de ser rodeada. Al sur de Berlín, los tanques de Kónev habían llegado a Jüterbog, el mayor arsenal del ejército alemán, y estaban a punto de tomar Zossen, su centro de comunicaciones. Las fuerzas de Zhúkov habían ocupado Bernau, al norte de la capital, a primera hora de la mañana. Pocas horas más tarde, sus cañones abrían fuego directamente contra Berlín.[16]

III

En las últimas y desesperadas semanas, en las que resultaba difícil racionalizar las ventajas de seguir luchando, los comandantes de Hitler en el frente seguían paralizados y eran incapaces de tomar alguna decisión que no fuera continuar combatiendo, fuese cual fuese el coste en vidas y en destrucción. Como durante los meses anteriores no habían intentado hacer nada para frenar el creciente ímpetu autodestructivo (y enormemente devastador), era poco probable que lo hicieran cuando el final estaba tan cerca. Al contrario, debido a la selección casi darwinista conseguida mediante la destitución de tantos generales, solo mantenían puestos clave los más incondicionales, los que estaban dispuestos a seguir luchando a cualquier precio.

El mariscal de campo Kesselring, comandante en jefe del oeste (aunque para entonces poco quedaba del frente occidental), había sido en la década de 1930 jefe del estado mayor de la Luftwaffe, había estado al mando de una flota aérea en los primeros años de la

guerra y se había granjeado en Italia la fama de ser un comandante en jefe implacable; era un militar muy competente que procuraba mantenerse alejado de la política.[17] Era un acérrimo partidario del régimen que siempre rezumaba optimismo, real o afectado, por muy desalentadora que fuera la situación militar, y admiraba invariablemente la voluntad de resistir de Hitler. No sorprende que Speer no tuviera éxito al intentar convencerle de que no aplicara la «Orden Nerón» de Hitler de destruir las infraestructuras económicas de Alemania durante la retirada.[18] Speer volvió a sentirse decepcionado con el mariscal de campo cuando Kesselring llegó al búnker del Führer a principios de abril para informarle de lo desesperada que era la situación. Tras proferir unas pocas frases, Hitler lo interrumpió con una disquisición sobre cómo iban a cambiar las tornas con respecto a los estadounidenses. Kesselring, genuinamente convencido o, lo que es más probable, optando por la solución más fácil, no tardó en estar de acuerdo con las fantasías de Hitler.[19]

Después de la guerra, en sus interesadas memorias, Kesselring dejó entrever cómo veía las cosas a mediados de abril, cuando el Ruhr estaba perdido y se libraba la batalla por el centro de Alemania. Le encontraba sentido a mantener los combates en el macizo de Harz para contener el avance del enemigo «hasta que una fuerza de ataque más fuerte y organizada acudiera al rescate». Pensaba en el duodécimo ejército, reunido a duras penas a finales de marzo y destacado al este del Elba y en la región que se extiende desde Dessau hasta Bitterfeld y Wittenberg. «Solo su ayuda podría garantizar con toda seguridad que el curso de los acontecimientos en el frente ruso no se viera influido desde el oeste y evitar la división de Alemania en dos mitades». Afirmaba que sus ideas coincidían con las del alto mando de la Wehrmacht. «En aquel momento no analicé la cuestión del efecto de aquellas operaciones en el desenlace de la guerra, algo en lo que ya no era útil pensar. Lo único que intenté hacer fue prolongar los combates por todos los medios posibles en el frente del Harz para dar tiempo a que nuestras operaciones en el frente ruso maduraran». Incluso si los rusos y los

Aliados occidentales se encontraban en el Elba o en Berlín, seguiría habiendo una justificación para proseguir con la guerra: «la necesidad imperiosa de ganar tiempo para que las divisiones alemanas que combaten en el este se abrieran paso de nuevo hasta las zonas británicas y estadounidenses».[20]

El mariscal de campo Model, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B, rodeado en el Ruhr, era uno de los generales en los que más confiaba Hitler y el dictador lo describió hacia finales de abril de 1945 como su «mejor mariscal de campo».[21] Al igual que Kesselring, Model había insistido falsamente en que era «apolítico», mientras servía a los intereses de Hitler lo mejor que podía. Como casi todos los demás generales, se identificaba al menos parcialmente con algunos aspectos del nazismo, como la aversión al bolchevismo, la fe en la superioridad de la cultura alemana y la legítima supremacía de Alemania en Europa. Cuando la guerra se volvió irremediablemente en contra de Alemania, su fanática voluntad de evitar la derrota e impedir la victoria de los enemigos del Reich se reflejó en las proclamas llenas de confianza que dirigía a sus soldados y en sus órdenes de castigar de forma implacable a los «elementos inferiores de la población civil» que manifestaran una actitud derrotista u hostil.[22] Se hacía eco de los llamamientos del régimen a «resistir» a cualquier precio e incluso del vocabulario de la propaganda nazi. A finales de marzo, en la proclama que dirigió a sus subcomandantes, mencionó que el deber de los oficiales era servir de ejemplo a sus hombres, si era necesario con la propia muerte, y convencerlos de la necesidad de seguir luchando «aún más que antes […] hasta el propio sacrificio personal». Exigió que se tomaran medidas de inmediato contra aquellos sectores de la población civil a los que había «infectado el veneno judío y democrático de las ideas materialistas» y que ponían la protección de sus propias posesiones por encima del «respaldo incondicional a las tropas que combatían».[23]

Model siguió manteniendo su lealtad y su obediencia a Hitler incluso cuando las esperanzas alemanas se desvanecían. Así se comportó después de que fueran ignoradas sus recomendaciones

estratégicas sobre la ofensiva de las Ardenas, e incluso después de que un enfrentamiento con Kesselring por una posible retirada desde el Ruhr le hiciera censurar con vehemencia el papel de Keitel y Jodl en el alto mando de la Wehrmacht.[24] A medida que se acercaba el fin, su sentido del deber como soldado no hacía sino incrementar sus discrepancias. A diferencia de Kesselring, era receptivo a las súplicas de Speer de que no se destruyeran las infraestructuras económicas vitales, aunque rechazó todos los intentos de convencerle para que se rindiera con su ejército rodeado. (Walther Rohland, el experto en tanques de Speer, había tanteado al principio una posible capitulación con el coronel general Josef Harpe, que por entonces estaba al mando del quinto ejército panzer en el oeste. Harpe, al que habían destituido durante la retirada en el este en enero, se negó a actuar, ya que ir en contra de la voluntad de Model y de los cinco Gauleiter occidentales habría supuesto una condena a muerte segura.)[25] Al parecer, la orden dada por Hitler tras la caída de Königsberg de detener a los familiares en caso de capitulación o negativa a cumplir las órdenes fue determinante para Model.

El 17 de abril habían terminado los combates en el Ruhr. Cuando ya no había ninguna esperanza para sus tropas, Model disolvió el Grupo de Ejércitos en lugar de capitular formalmente ante el enemigo. Unos 317.000 soldados alemanes y 30 generales fueron hechos prisioneros. Model siempre había considerado el suicidio como la única salida honorable para un mariscal de campo y había aludido durante algunas semanas a su propia muerte ante una derrota. El 21 de abril, se pegó un tiro en los bosques cercanos a Duisburgo.[26]

El mariscal de campo Schörner, el comandante predilecto de Hitler y el último al que entregó el bastón de mariscal de campo, el 5 de abril, era famoso, como se ha podido observar en capítulos anteriores, por su brutalidad incluso entre su grupo de duros generales, todos ellos estrictos partidarios de la disciplina. Todo lo que no fuera instar a sus tropas a seguir combatiendo contra lo que consideraba el enemigo «asiático» era inconcebible. Aunque no había nadie comparable a Schörner en el ejército, no tenía el

monopolio de la crueldad respecto a sus propias tropas. El sucesor del general de las SS Hausser como comandante en jefe del Grupo de Ejércitos G en el sur de Alemania, el general Schulz, dio órdenes de que se tomaran «las medidas más severas» para evitar la posibilidad de que los soldados huyeran cuando aparecieran los tanques enemigos. Todo aquel que abandonara su puesto en la batalla sin haber recibido una orden debía ser consciente de lo que le esperaba. Admitiendo la escasez de armamento, pidió a los soldados que lo compensaran usando armas pequeñas y los «Panzerfaust».[27]

La prosecución de los combates se había convertido en un fin en sí mismo. Como indicaba la reflexión de Kesselring mencionada anteriormente, no se consideraba provechoso pensar en cómo podrían afectar las acciones al desenlace de la guerra. La mayoría de los generales eran perfectamente capaces de evaluar racionalmente la situación. Sin embargo, optaban por ignorar sus graves valoraciones sobre la falta de armamento, la escasez de hombres y las mínimas posibilidades que tenían ante unas fuerzas aplastantes e insistían en la necesidad de hacer algo para «no defraudar los contagiosos deseos del Führer».[28]

Esta era la postura por excelencia de los miembros del séquito militar directo de Hitler. La independencia de criterio nunca había existido. Aunque el general Jodl no se había abstenido en ocasiones anteriores de hablar con franqueza a Hitler, se mantenía extremadamente leal y seguía fascinado por el «genio» del Führer. El mariscal de campo Keitel nunca había mostrado, a lo largo de toda su carrera, la menor predisposición a enfrentarse a Hitler y no iba a empezar a hacerlo entonces. Y con la destitución de Guderian como jefe del estado mayor general a finales de marzo, había desaparecido el último atisbo de resuelta determinación a oponerse a lo que se consideraban decisiones operativas calamitosas. Su sustituto, el general Hans Krebs, era un oficial del estado mayor competente, pero no había sido elegido por su afán de cuestionar a una autoridad superior. Con una personalidad más conciliadora que Guderian, se integró pronto en la comunidad del búnker, donde era

poco más que un cero a la izquierda. La división de responsabilidades entre el alto mando de la Wehrmacht y el del ejército de tierra había sido desde hacía tiempo una debilidad estructural a la hora de gestionar la contienda. Con la guerra casi acabada, la división dejó de ser importante. Pero la nueva unidad, que consistía en rendir pleitesía a Hitler a cada momento, era aún más desastrosa que la división anterior. Y, sin duda, no cabía esperar que los comandantes en jefe de la Luftwaffe y la armada, Göring y Dönitz, influyeran en Hitler a la hora de tomar decisiones. Göring hacía tiempo que había caído en desgracia, pero cuando asistía a las reuniones militares, la humillación hacía que se mostrara aún más resuelto a demostrar su valor y su respaldo a Hitler. Dönitz, por su parte, demostró en aquellas semanas que era uno de los mandos militares de Hitler que insistía con más fanatismo en seguir luchando hasta el final.

El 7 de abril, Dönitz, haciéndose eco de los propios sentimientos de Hitler, declaró: «Nosotros, los soldados de la armada, sabemos cómo tenemos que actuar. Nuestro deber militar, que cumplimos de manera infalible, suceda lo que suceda a nuestro alrededor, nos convierte en una roca de resistencia, en audaces, duros y leales. Todo aquel que no actúe de este modo es un canalla y debe ser ahorcado con un cartel alrededor del cuello que diga “Aquí cuelga un traidor que, por la más vil cobardía, ha ayudado a que mueran las mujeres y los niños alemanes en lugar de protegerlos como un hombre”». El 19 de abril alabó el ejemplo de un prisionero de guerra en Australia que había «liquidado discretamente» a los comunistas del campo y dijo que el suboficial sería ascendido a un puesto de mando a su regreso. «Hay más hombres como estos en la armada», añadió, que muestran su «dominio de las situaciones difíciles» y demuestran su «valor interior». Una semana antes, Dönitz había expresado sus opiniones sobre la presencia del enemigo en el interior del territorio alemán. Dijo que la capitulación significaba la destrucción de Alemania por el bolchevismo. Defendió el nacionalsocialismo y las políticas de Hitler, que juzgaba necesarias para impedir que los rusos invadieran Alemania. Declaró que no servía de nada refunfuñar, protestar y quejarse, que eran

signos de debilidad. «La cobardía y la debilidad vuelven a las personas estúpidas y ciegas». Los dirigentes eran conscientes de todas las posibilidades. Solo el Führer, hacía años, había percibido claramente la amenaza del bolchevismo. «En un año a más tardar, quizás este mismo año, toda Europa reconocerá que Adolf Hitler es el único estadista de prestigio». Un día se terminaría la ceguera de Europa y se traduciría en grandes posibilidades políticas para Alemania. Dönitz instó a comprometerse con el deber, el honor, la obediencia, la severidad y la lealtad. Exigió a sus comandantes que adoptaran medidas implacables contra cualquier oficial que incumpliera su deber como soldado. Una tripulación debía hundirse siempre con su barco con honor, no rendirse. El mismo principio se aplicaba a la lucha en tierra. Se defendería cada base naval hasta el final, de conformidad con las órdenes del Führer. Se trataba de la victoria o la muerte. La armada lucharía hasta el final, lo que le valdría el respeto en el futuro. Debía representar la voluntad de vivir del pueblo. No había ninguna situación que el heroísmo no pudiera mejorar. Cualquier otra alternativa conduciría al «caos y a una deshonra inextinguible».[29]

La obediencia incondicional de Dönitz a la los deseos de Hitler y su convicción de la necesidad de seguir combatiendo se manifestaron con la misma claridad en una reunión con varios Gauleiter y otros altos cargos del partido celebrada en el norte de Alemania el 25 de abril. Curiosamente, en la reunión se planteó la cuestión (no se sabe por quién) de si sería mejor poner fin a los combates «en aras de conservar la sustancia del pueblo alemán». Dönitz respondió que la valoración de esta cuestión «atañía exclusivamente a la jefatura del Estado, encarnada por el Führer, y nadie tenía derecho a desviarse de la línea fijada por él. Las acciones del Führer estaban determinadas únicamente por su preocupación por el pueblo alemán», aunque, como sabemos, Hitler había declarado en más de una ocasión que este no merecía sobrevivir. «Como la capitulación significa en cualquier caso la destrucción de la sustancia del pueblo alemán, desde este punto de vista lo correcto

es seguir luchando», añadió Dönitz. Y afirmó su determinación «de poner en práctica lo que ordenara el Führer».[30]

Entre los poquísimos generales del frente que mostraban cierta independencia de criterio e intentaron hacerse valer frente a Hitler en las últimas semanas figuraba el coronel general Gotthard Heinrici, al que se había confiado la misión poco envidiable de la defensa ante el inminente ataque contra Berlín de fuerzas inmensamente superiores desde el Óder. A excepción de Model, no había ningún general mejor dotado para dirigir una lucha defensiva. Pero Heinrici era muy consciente de que sus fuerzas no contaban con suficientes blindados y artillería pesada, y de que un gran número de soldados eran jóvenes mal adiestrados. Por eso se sintió consternado cuando se enteró, a comienzos de abril, de que Hitler iba a privarle de varias divisiones de reserva (incluidas dos divisiones panzer) para trasladarlas al Grupo de Ejércitos Centro, obligado por entonces a volver a defender lo que quedaba del Protectorado de Bohemia y Moravia. Heinrici había sido convocado a Berlín el 6 de abril para explicar sus preparativos defensivos ante la ofensiva inminente.

En la reunión en el búnker del Führer, el general, al que solo acompañaba su jefe de operaciones, el coronel Georg-Hans Eismann, tuvo que hacer frente no solo a Hitler, sino a todo el séquito militar que lo respaldaba, incluidos Keitel, Jodl, Dönitz, Göring, Krebs y Himmler. Resumió fríamente la situación de su grupo de ejércitos. Uno de los puntos débiles era el frente cerca de Frankfurt an der Óder, donde las defensas dependían mucho de la *Volkssturm.* Heinrici pidió que se retirara el estatus de «fortaleza» a Frankfurt y que los dieciocho batallones que la defendían fueran incorporados a sus propias fuerzas defensivas. Hitler, que al principio pareció aceptar la propuesta, estalló de pronto en un estruendoso arrebato de furia contra los generales y los asesores, que no le comprendían. Pronto se calmó su ira, pero solo concedió a Heinrici seis de los dieciocho batallones que quería. El general insistió en la insuficiencia de sus reservas de infantería y pidió al menos tres divisiones de refuerzo. Dijo que, para una batalla tan trascendente

como la que se avecinaba, la situación era inaceptable. Tras un instante de silencio, Göring ofreció 100.000 hombres de la Luftwaffe; Dönitz y Himmler, lo secundaron y dijeron que aportarían entre 30.000 y 40.000 hombres de la armada y las SS. La objeción de Heinrici de que se trataba de reclutas jóvenes sin adiestramiento ni experiencia en la guerra defensiva de infantería fue ignorada. Solo se les podrían facilitar armas quitándoselas a las unidades de tropas extranjeras que combatían con los alemanes.

Cuando Heinrici señaló la debilidad no solo de su infantería, sino también de sus formaciones acorazadas, tras perder unidades importantes transferidas a Schörner, Hitler le dijo que el Ejército Rojo no lanzaría su ofensiva primero sobre Berlín, sino sobre Dresde y después Praga. Heinrici miró atónito al general Krebs, pero el jefe del estado mayor general respaldó a Hitler, diciendo que no cabía descartar esa posibilidad. Hitler, que contó en todo modo con el apoyo de su séquito, soslayó los serios problemas planteados por Heinrici y respondió con comentarios de lo más optimistas. Al final de la audiencia, Heinrici se preguntó si la capacidad de combate de las tropas podría resistir el bombardeo inicial del ataque y volvió a preguntar dónde podría encontrar reemplazos para compensar las bajas inevitables, ya que el desenlace de la batalla dependía de ello. Hitler le recordó los refuerzos prometidos por la Luftwaffe, la armada y las SS. Sobre la primera cuestión, le dijo a Heinrici que asumía la responsabilidad de transmitir «fe y confianza» a las tropas. Si todos poseían esa fe, «esta batalla será la derrota más sangrienta de la guerra para el enemigo y el mayor triunfo defensivo», concluyó. Heinrici y Eismann abandonaron la cancillería del Reich un poco más tarde, tras una larga espera en el búnker debido a un bombardeo aéreo, y se sentaron en silencio en el coche hasta que el general dijo: «Así estamos».[31]

Más tarde, ese mismo mes, Heinrici tendría un enfrentamiento aún peor con los asesores militares de Hitler en el alto mando de la Wehrmacht, cuando la batalla de Berlín se acercaba a su desenlace. Su audiencia con el dictador el 6 de abril ya había puesto de relieve la ambivalencia de su postura. Pensaba que Hitler se equivocaba y

se precipitaba en sus decisiones. No obstante, se sentía obligado a poner en práctica estas decisiones lo mejor que podía. En su opinión (y teniendo en cuenta que sus memorias de posguerra tenían por objeto justificar sus propios actos), su deber era un deber patriótico: defender a Alemania, no servir a Hitler y el nacionalsocialismo. Pero solo podía cumplir lo que su conciencia y su formación le inducían a considerar su deber ayudando a mantener el régimen. Es cierto que, a diferencia de Kesselring, se mostraba receptivo a la petición de Speer de no aplicar el decreto de «tierra quemada» de Hitler. Pero hasta ahí llegaba su desafío, como se demostró en un incidente a mediados de abril. Speer, que visitaba a Heinrici en su cuartel general cerca de Prenzlau, sacó a colación la cuestión de asesinar a Hitler y preguntó al general si estaba dispuesto a actuar. (Era una pregunta puramente retórica, ya que la idea de Speer de matar a Hitler solo era hipotética y no había hecho ningún preparativo al respecto. Posiblemente planteó la cuestión pensando ya en su defensa cuando se enfrentara a la acusación de haber participado en los crímenes del régimen.) La respuesta fue rápida y franca. Heinrici dijo que, en el plano personal, no tenía ningún vínculo con Hitler o su entorno, pero que, como soldado, había prestado un juramento de lealtad y, como cristiano, había aprendido que «no matarás» (matar en la guerra era una cuestión totalmente diferente). Imaginaba que, en circunstancias extremas, podía renunciar a la obediencia a la que le obligaba el juramento. «Pero como soldado, matar al comandante supremo, al que he jurado lealtad, ante un ataque enemigo, ¡eso no puedo hacerlo!». Además, estaba seguro de que eso alentaría más tarde la leyenda de una «puñalada por la espalda». Speer asintió y admitió que estaban atrapados. Solo podían continuar.[32]

Cualesquiera que fueran las variadas actitudes hacia Hitler y el nacionalsocialismo, que iban desde el compromiso fanático hasta el puro desprecio, ningún general (y lo mismo se aplicaba a la vasta mayoría de los soldados a sus órdenes) quería ver una Alemania derrotada y, menos aún, sometida por los bolcheviques. La consecuencia de hacer todo lo posible para impedir que esto

sucediera era la prolongación de la guerra y de la vida del régimen nazi, con todo el sufrimiento que entrañaba. La esperanza de que, incluso entonces, se pudiera rescatar algo de la guerra y «salvar» a Alemania era más fuerte que el deseo de acabar con el nazismo. En realidad, algunos no se habían distanciado del nazismo ni habían renunciado al eterno sueño de que aún podía producirse un milagro. En su retiro cerca de Wurzburgo tras ser destituido por el «fracaso» en Prusia Oriental, el coronel general Reinhardt, por ejemplo, aún podía preguntar quejumbrosamente «cuándo y cómo llegará la salvación en la que aún creemos». Una semana más tarde, al igual que Hitler y Goebbels, vio en la muerte del presidente Roosevelt, el 12 de abril, «un rayo de esperanza».[33]

Mientras tanto, la letal maquinaria de guerra funcionaba con dificultad. Las reservas de hombres se habían agotado.[34] Seguían llegando órdenes instando al partido a cooperar con la Wehrmacht para capturar a los «rezagados» y enviarlos de vuelta al frente.[35] Pero, por muy brutales que fueran los métodos empleados, la cifra de reclutas no era más que un grano de arena en el desierto. A finales de febrero, Hitler había aprobado reclutar a 6.000 muchachos nacidos en 1929, por lo que algunos de ellos aún no tenían 16 años, para reforzar las líneas defensivas de la retaguardia, así como el adiestramiento de un «batallón de mujeres».[36] Pero en abril, a los jóvenes se les enviaba a combatir no en la retaguardia, sino en la línea del frente. El líder de las Juventudes del Reich, Artur Axmann, accedió a finales de marzo a crear las «unidades panzer de combate cuerpo a cuerpo» de las Juventudes Hitlerianas. A principios de abril, el primer batallón, formado por 700 miembros de las Juventudes Hitlerianas, fue trasladado en camiones para combatir contra los tanques cerca de Gotha.[37] Cuando empezó la ofensiva soviética, muchachos de 15 y 16 años se encontraron de frente con la ofensiva de los tanques rusos. Las Waffen-SS seguían obligando a los jóvenes alemanes a alistarse un mes más tarde, pese a que los soviéticos ya estaban abriéndose paso hacia el centro de Berlín.[38] Sin embargo, no es cierto que todos los jóvenes alemanes fueran obligados a participar en este combate casi suicida. Ya fuera

por el adoctrinamiento en las Juventudes Hitlerianas, el idealismo o el afán de aventura, muchos fueron de buen grado al frente y algunos, incluso en aquella fase tan desesperada de la guerra, estaban dispuestos a ofrecer el último sacrificio por su país.[39] Pocos estaban preparados para lo que les aguardaba. En cualquier caso, la mayoría de los miembros de las Juventudes Hitlerianas distaban mucho de ser fanáticos dispuestos a morir por su país y eran simplemente muchachos asustados y desorientados, obligados a combatir y, a menudo, masacrados gratuitamente por una causa perdida.[40]

Por entonces, la improvisación estaba a la orden del día. En el sur de Alemania, se utilizaba a la *Volkssturm* para reparar las carreteras después de los bombardeos aéreos a fin de que pudieran continuar los desplazamientos de tropas. Al fin y al cabo, se decía, la mayoría de los peones camineros ya servían en aquel momento en la *Volkssturm.* Se seguían dando órdenes de erigir apresuradamente barreras contra los tanques mediante «un despliegue general e implacable, y de toda la población». La escasez de equipos de combate para las tropas se compensaría en parte con la distribución de pertrechos de los depósitos de la Wehrmacht situados en la ruta de avance del enemigo. En Württemberg, el Grupo de Ejércitos G tuvo la suerte de encontrar 100.000 pares de botas para remplazar el calzado destrozado de los soldados, junto con una gran cantidad de prendas de cuero.[41]

Sorprendentemente, el propio Hitler tuvo que ordenar, en la última semana de su vida, que todos las armas y los equipos que llevaran una semana inmovilizados en los vagones de las estaciones de ferrocarril fueran descargados y distribuidos entre las tropas.[42] No eran más que parches, pero contribuían a permitir que una especie de fuerza de combate prosiguiera con las operaciones en circunstancias cada vez más desesperadas. Y había que guardar las apariencias. Curiosamente, en medio de una extraordinaria escasez de hombres y equipos en una guerra perdida, a mediados de abril proseguían los preparativos para celebrar una exposición de los últimos modelos de armamento en el patio de la cancillería del

Reich durante la inspección habitual de Hitler el día de su cumpleaños, el 20 de abril.[43]

Las generalizaciones sobre las mentalidades de los soldados rasos de las fuerzas armadas son, obviamente, arriesgadas. Y por muy variadas que fueran las actitudes políticas de los soldados, los marineros y los pilotos, es probable que la inmensa mayoría simplemente aceptara que no tenía más opción que hacer los que se le ordenaba: seguir combatiendo. No cabe duda de que las características de los frentes afectaban a las actitudes. Casi con toda seguridad, la tenacidad y la determinación de seguir luchando, e incluso la fe en Hitler, eran mayores en quienes se enfrentaban directamente al Ejército Rojo en el este, donde el conflicto ideológico era más acusado, que entre las tropas del frente occidental, que estaba a punto de desmoronarse. No es posible saber hasta qué punto era representativa la carta que envió a sus familiares a comienzos de abril un suboficial destacado en la duodécima división panzer, incomunicada en Curlandia, pero demuestra que las ideas nazis aún estaban presentes en su unidad: «Algunos creerán en estos días críticos que la guerra está perdida», escribió.

Pero la guerra solo está perdida si nos rendimos. Incluso si Alemania capitulara, ¿se habría acabado la guerra para nosotros? No, el horror no habría hecho más que empezar, y ni siquiera tendríamos armas para defendernos. Mientras tengamos armas y creamos firmemente en nuestra buena causa, nada está perdido. Creo firmemente en un giro decisivo. La providencia, que nos ha enviado al Führer, no permitirá que todos los terribles sacrificios hayan sido en vano y nunca abandonará al mundo al terror aniquilador del bolchevismo.[44]

Sin embargo, había actitudes opuestas, incluso entre los soldados del este. Las reflexiones que anotó en su diario a mediados de abril un suboficial destacado en Praga, con evidentes sentimientos antinazis, muestran una distancia crítica con respecto al régimen, una visión realista de la desesperada posición y la sensación de que el destino que sufría el Reich era consecuencia de los crímenes que habían cometido los alemanes en el este. Calculaba, haciendo referencia a las declaraciones de Hitler y Goebbels, que aproximadamente un diez por ciento de los soldados todavía creía en «un milagro

técnico». Curiosamente, se especulaba sobre la división del átomo y sobre que Alemania poseía un arma tan potente que haría desaparecer Inglaterra de la faz de la Tierra. Según él, aún peor que aquel discurso era que un gran sector de la población alemana, pese a no creer en la existencia de dicha arma, lamentara que Alemania no dispusiera de algo semejante que se pudiera utiliza para destruir a todos sus enemigos de una sola vez: entonces «seríamos los vencedores». En estas ideas veía el alcance de la brutalidad y la decadencia moral que había causado la educación nazi. «Este pueblo no tendrá razones para quejarse de su destino», comentó. En los últimos días, había oído varias veces repetir a soldados de más edad que habían padecido los dos primeros años de la campaña rusa que todo delito es vengado en la Tierra. Veía en los informes, según él parcialmente exagerados, sobre las atrocidades de los bolcheviques en las zonas ocupadas de Alemania la prueba de ello. «Muchos piensan en las cosas que ellos mismos han visto o han tenido que hacer y que tienen que comparar con lo que supuestamente está ocurriendo ahora. "Somos culpables, nos lo merecemos", ese es el amargo reconocimiento con el que muchos tienen que luchar».[45]

Dos días más tarde, el mismo soldado comentaba los combates en el centro de Alemania y la rendición de Königsberg, acompañada de la condena a muerte *in absentia* del comandante alemán y la detención de su familia. Pensaba que los llamamientos de los dirigentes nazis a defender cada pueblo y cada aldea hasta el final no dejaban la menor duda de «la voluntad fanática y el método para intentar contrarrestar la amenaza inminente de un descalabro. Todo el que no participe en la defensa o actúe en contra de las medidas decretadas será amenazado de muerte». Sin embargo, creía que cada vez había mayor aceptación de la rendición incondicional y que la deserción en masa y el malestar interno se extenderían en los días siguientes. Los signos de un aumento de la ira eran evidentes. La gente decía abiertamente lo que antes pensaba en secreto y «la comprensión de la verdadera situación y las intenciones de nuestros dirigentes es cada vez mayor». «En estos días, se desmontan incluso los últimos argumentos de los optimistas más acérrimos. Pronto

nadie ni nada podrá justificar seguir resistiendo. La cruda locura de la consigna de la caída heroica será entonces evidente para toda la población», escribió.[46]

Para los soldados que esperaban la ofensiva del Ejército Rojo en el Óder, al este de Berlín, por muy diferentes que fueran sus posturas políticas, un motivo importante para seguir luchando era, sin lugar a dudas, la defensa de la patria contra un odiado enemigo. La camaradería de las unidades combatientes era más fuerte en el fragor de la batalla. Y lo más importante de todo era el deseo de sobrevivir. Los soldados alemanes eran muy conscientes de que no podían esperar ninguna clemencia del Ejército Rojo si eran capturados. A menudo conocían, a veces de primera mano, las atrocidades cometidas por los alemanes en el este. Estaban seguros de que lo que les aguardaba si los capturaban era la muerte o, en el mejor de los casos, convertirse en mano de obra esclava lejos, en la Unión Soviética.

La propaganda que difamaba al enemigo y describía los horrores que les esperaban si ganaban los bolcheviques, inculcada a las tropas por las arengas de los NSFO, encontraba un eco mayor en el este. Para las tropas que reculaban constantemente en el noroeste, el centro y el sur de Alemania ese enfoque estaba menos claro. El miedo al enemigo era mucho menor. Al mismo tiempo, no cabe duda de que la repulsa ante la idea de que enemigos extranjeros estuvieran ocupando territorio alemán estimulaba a muchos. Las motivaciones de un grupo de muchachos de 14 y 15 años, evacuados del Ruhr y que se presentaron voluntarios para servir en las SS en la Baja Franconia a principios de abril de 1945, eran diversas. Unos eran nazis fervorosos, otros buscaban camaradería y aventuras. Pero todos ellos querían «salvar a la patria».[47] Había aún muchos nazis fervorosos, aunque eran una minoría, en las fuerzas armadas, sobre todo entre los soldados más jóvenes. En una carta que cayó en manos de los británicos en abril, un teniente destacado en la Baja Sajonia les contaba a sus padres, que estaban en Westfalia: «Sencillamente, no puede ser que el Führer vaya a sacrificarnos inútilmente. Nadie podrá arrebatarme mi fe en “El”. El

lo es todo [...]. Quién sabe qué experiencias viviré antes de que volvamos a reunirnos, pero soy un oficial y haré gustoso cuanto pueda por mi patria, más, mucho más incluso, de lo que el deber me exige».[48] No faltaban voluntarios para convertirse en pilotos suicidas y lanzar sus cazas contra los bombarderos de los Aliados. Se presentaron más de 2.000 hombres de inmediato, motivados por la pérdida de su país natal en el este, la muerte de sus familias a causa de los bombardeos de los Aliados o el fanatismo nazi. Esta táctica kamikaze fue un fracaso y el autosacrificio, inútil: solo derribaron 80 bombarderos, pero los alemanes perdieron 133 aviones y murieron 77 pilotos.[49] Las unidades de las Waffen-SS aún hacían alarde de un sorprendente nivel de moral, capacidad de combate y compromiso con el régimen, así como de una absoluta crueldad demoliendo las casas donde ondeaban banderas blancas y tomando represalias contra los individuos que las colocaban. En diferentes medidas, dependiendo de las personas, el compromiso ideológico, la lealtad fanática, un sentido del deber hacia los camaradas y el temor a las consecuencias por no obedecer y la ausencia absoluta de alternativa impulsaban la voluntad de resistir de los alemanes.[50]

Salvo quizás una vaga idea de que sus actos estaban ayudando de alguna manera a «salvar» Alemania, muchos soldados del oeste no tenían una visión clara de por qué seguían luchando. En el oeste, también, la supervivencia era la razón más importante, según un estudio de las cartas de 12.000 soldados durante marzo. En casi todas las cartas, se expresaba el deseo de sobrevivir a la última fase de la guerra y reunirse con sus familias.[51]

El diario del teniente Julius Dufner, citado varias veces en capítulos anteriores, da una idea de la desintegración del ejército. En abril de 1945, Dufner estaba destacado en la Bergisches Land, al sur de Remscheid, cerca de Wermelskirchen, y después en la próxima Solingen, cuando llegaron las órdenes de Model de que se disolviera el Grupo de Ejércitos B. El 13 de abril, oyó rumores de que los soldados habían dejado las armas y de que la guerra en el oeste había acabado. Cuando las tropas se retiraron, los hombres y las mujeres los exhortaron a deponer las armas, ofreciéndoles

alojamiento y ropas de civil. Dos días más tarde circulaban rumores de que Hitler, Göring y Goebbels habían sido fusilados o se habían suicidado. Los habitantes retiraron las barreras antitanque en Solingen. Los víveres de la Wehrmacht se distribuyeron entre la población. Los niños correteaban con los cascos de acero que habían desechado los soldados. Se podía expresar el odio hacia el partido. «Todo lo que oliera al partido era objeto de burla», señalaba. El 16 de abril casi todos los soldados vestían ropa de paisano y actuaban como si los hubieran licenciado del ejército, aunque no había llegado ninguna orden al respecto. El oficial superior, un mayor, iba vestido con un traje que no era de su talla y una gorra deportiva, renunciando a cualquier apariencia de mando. Se voló el último depósito de munición. Al día siguiente, el 17 de abril, mientras en el centro de Solingen, reducido a ruinas, subían a los prisioneros alemanes a camiones y los soldados estadounidenses, fumando cigarrillos Camel y mascando chicle, tomaban la ciudad, Dufner partía hacia su casa en Baden (a donde llegó casi quince días más tarde), vestido de paisano y en la bicicleta que había conseguido a cambio de su motocicleta y de 100 marcos del Reich. Para él, la guerra había terminado.[52] Otros soldados, sobre todo los que aguardaban tensamente la batalla del Óder, tendrían menos suerte.

IV

El control ejercido por el régimen en las zonas occidentales se hallaba por entonces en un avanzado estado de disolución. Los informes de la propaganda que llegaban del oeste daban a Goebbels una imagen «alarmante» de desmoralización. Ya no había reticencias a expresar críticas mordaces sobre el propio Hitler y no se temía a los estadounidenses. Se colgaban banderas blancas cuando se acercaban, se les recibía con entusiasmo y se les consideraba protectores frente a los soviéticos. La población se oponía a menudo a sus propias tropas, que querían seguir luchando, lo que tenía un efecto deprimente en los soldados. Hubo muchos saqueos. Además del derrotismo y el fanatismo generalizado, muchos hablaban del

suicidio como la única salida. Se reclamaban medidas drásticas contra aquellos a los que juzgaban responsables de la penosa situación de Alemania. Algunos pedían un castigo perentorio para los que no habían volado el puente de Remagen y, con ello, habían permitido que los estadounidenses cruzaran el Rin; querían un trato similar para los responsables de la «catástrofe en la guerra aérea» e incluso pedían la pena de muerte para Göring. Algunos creían, como el propio Hitler, que la traición era la causa del descalabro del frente occidental.[53]

Los informes que recibía Bormann eran tan negativos que juzgó necesario escribir una larga queja a Ernst Kaltenbrunner, el jefe de la Policía de Seguridad, con el tono del «típico informe del SD», generalizando a partir de un número reducido de casos individuales para presentar una imagen desoladora. Bormann admitía que algunos segmentos de la población, pero no toda la población, habían recibido bien a los estadounidenses, aunque lo atribuía a la incapacidad de contrarrestar el efecto de la propaganda radiofónica del enemigo y a la predisposición de la gente a creer que la guerra terminaría pronto, lo que pondría fin a los constantes bombardeos aéreos. Por su parte, estaba convencido de que, al igual que después de 1918, pronto habría «un proceso de moderación muy fuerte».[54]

El 8 de abril, el general Schulz, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos G, envió un télex a Karl Wahl, el Gauleiter de Suabia, explicándole que «los combates de los últimos días han mostrado claramente que la población de la zona próxima al frente usa todos los medios para disuadir a los soldados de que combatan y resistan para proteger sus propiedades de la destrucción». Instaba, como contramedida, a la evacuación de la población cercana a la zona de combate. Wahl se oponía a aplicar esa contramedida a la población de su Gau.[55] Unos días más tarde, sin embargo, cumplió la orden de evacuar una zona a ambos lados del Danubio como medida preventiva en caso de que se extendieran los combates. A las mujeres y los niños se les ordenó que marcharan en el plazo de dos horas a pie o en bicicleta, ya que no había transporte, y que usaran las carreteras secundarias a fin de mantener despejadas las vías

principales para las tropas.[56] En muchas zonas del oeste, la evacuación, según reconoció Goebbels, era inviable. «Estamos dando órdenes en Berlín que prácticamente ni siquiera llegan y menos aún se pueden cumplir», escribió. Y veía en ello «el peligro de una extraordinaria disminución de la autoridad».[57] Era imposible evacuar a una población que, en su mayoría, se mostraba reacia. No se disponía de medios de transporte. Y no había a dónde enviarlos. Simplemente, las órdenes de evacuación del Führer no se podían ejecutar y estas se ignoraban.[58]

En el sur, tras el descalabro en Hungría y Austria, las decenas de miles de refugiados que huían de los soviéticos sembraron el caos. El Gauleiter August Eigruber, del Gau Oberdonau, se quejó amargamente a la cancillería del partido de que el Gau Bayreuth y el Gau Múnich-Alta Baviera no iban a aceptar quince trenes llenos de refugiados, con unas 100.000 personas, procedentes de Viena, el Bajo Danubio y Hungría, y de que, pese a las órdenes, no enviaban urgentemente los cereales necesarios al Gau Alto Danubio, que se habían agotado. Los refugiados habían estado abandonados en vías muertas durante varios días. Múnich acabó accediendo a aceptar su parte. El Gau Tirol también se vio obligado a recibir a algunos, aunque el Gauleiter Franz Hofer dijo que haría cuanto pudiera por los alemanes, pero que no podía hacer nada por los húngaros, croatas y eslovenos. Nadie quería acoger a los húngaros. El Gauleiter Fritz Wächtler, de Bayreuth, siguió negándose tercamente a cooperar. La cancillería del partido intentó en vano que cediera a sus exigencias y envió un correo especial para lograr una respuesta. Wächtler tampoco enviaba los informes de situación diarios, a los que, según se decía, el Führer concedía mucha importancia.[59] Su reticencia o su incapacidad (Bayreuth sufría intensos bombardeos aéreos en aquel momento) para cumplir las órdenes de Berlín era otro indicio más de la creciente disolución del régimen.

El colapso de la red de comunicaciones también contribuía a socavar el control central. A principios de abril, el contacto entre Berlín y los Gauleiter del sur de Alemania y Austria era casi imposible. Se propuso crear un servicio de mensajeros para que

entregaran los mensajes urgentes. La «calamidad de las comunicaciones» nunca había sido tan grave.[60] Cuando las comunicaciones aún funcionaban, transmitían un flujo incesante de nuevos decretos y directivas de Bormann, «papeleo completamente inútil», según Goebbels, ignorado por los Gauleiter, que ni siquiera tenían tiempo para leerlo. El ministro de Propaganda criticó con desprecio los esfuerzos de Bormann, diciendo que había convertido la cancillería del partido en «una cancillería del papel».[61]

Se puede apreciar la profunda falta de realismo en los escalafones inferiores del partido, que persistió hasta el final, en la directiva del Kreisleiter de Freiberg, Sajonia, del 28 de abril. «Ahora que se ha producido cierta estabilización de la situación —escribió dos días antes del suicidio de Hitler—, es necesario volver a consagrarse intensamente al trabajo del partido». Seguía toda una serie de tareas a cumplir.[62]

En Viena, el partido se hallaba en un estado de desolación semanas antes de que la ciudad cayera en manos del Ejército Rojo. Los informes señalaban un clima de rebelión entre la clase trabajadora (que se manifestó en los intentos de los grupos comunistas clandestinos de ayudar a los soviéticos cuando entraron en la ciudad) y una enorme hostilidad hacia el partido. Se insultaba e incluso escupía a los funcionarios y ninguno se atrevía a rondar por las calles después de los bombardeos aéreos a menos que fuera armado. Se criticaba duramente al Gauleiter (y antiguo jefe de las Juventudes Hitlerianas) Baldur von Schirach y a Hitler. Se decía que las mujeres desempeñaban un papel destacado en la agitación e incluso incitaban a las tropas a amotinarse.[63]

Goebbels seguía afirmando, sobre todo para complacer a Hitler, que la actividad del «Werwolf» supondría un retorno al espíritu revolucionario de la «época de lucha» del partido antes de la «toma del poder» en 1933.[64] Seguía presionando para que se adoptaran medidas radicales y actuaba despiadadamente sin vacilar. Cuando 200 hombres y mujeres irrumpieron en las panaderías de un barrio de Berlín para conseguir pan, vio un síntoma de «debilidad interna y derrotismo en ciernes», y decidió de inmediato reprimirlo «con

métodos brutales». Dos de los presuntos cabecillas, un hombre y una mujer, fueron condenados sumariamente a muerte por el Tribunal del Pueblo aquella tarde y decapitados por la noche. Los carteles, las emisiones de radio y una reunión convocada por el Kreisleiter para abordar el incidente intentaron impedir que se repitiera.[65]

Como sabía Goebbels, esta represión no podía ocultar el hecho evidente de que el partido se desintegraba. Las constantes consignas de la propaganda de «resistir hasta el final» y caer combatiendo para defender los pueblos y las aldeas contrastaban con la conducta de muchos funcionarios del partido, que desaparecían en cuanto se acercaba el enemigo. La cancillería del partido recordaba continuamente a los funcionarios que dieran el mejor ejemplo a la población. Bormann les dijo a mediados de abril que el Führer esperaba que los dirigentes políticos controlaran la situación en sus Gaue con la mayor celeridad y la máxima severidad. Tenían que enseñar a los jefes de distrito a comportarse del mismo modo. «Los jefes han quemado sus naves y mostrado un compromiso extremo. El honor de cada uno solo vale lo que su firmeza, su compromiso y sus actos», añadió.[66] Los llamamientos cayeron en oídos sordos. «Los malos ejemplos dados por el partido han tenido un impacto extraordinariamente repulsivo en la población», comentaba Goebbels a comienzos de abril. Su reputación se había visto empañada.[67] Unos días más tarde, admitía que el comportamiento de los Gauleiter y los Kreisleiter del oeste había causado una fuerte pérdida de confianza en el partido. «La población creía poder esperar que nuestros Gauleiter lucharan en sus Gaue y, de ser necesario, murieran allí. No ha sido así en ningún caso. En consecuencia, el partido sufre un gran desgaste en el oeste».[68]

Algunos Gauleiter (y por debajo de ellos muchos Kreisleiter y funcionarios de menor rango del partido) simplemente habían dejado en la estacada a la población de sus zonas y habían huido.[69] Goebbels estaba muy indignado con la actitud de Josef Grohé, el Gauleiter de Colonia-Aquisgrán, que no había defendido su Gau en marzo cuando entraron los estadounidenses y se había marchado antes que la población civil con su personal en una lancha a motor.

Conservó por un breve espacio de tiempo un cuerpo administrativo mínimo en Bensberg, para después disolver por completo la administración de su Gau el 8 de abril y trasladarse al cuartel general del mariscal de campo Model, antes de renunciar a su uniforme una semana más tarde y emprender, con un nombre falso, una vana búsqueda de su familia en el centro de Alemania.[70] Albert Hoffmann, el Gauleiter de Westfalia-Sur, que las semanas anteriores había intentado combatir con «extrema severidad» los signos de hundimiento de la moral y el derrotismo en su Gau y, pese a que había dado a Speer la impresión de que respaldaba sus intentos de impedir una destrucción innecesaria, ordenó volar una serie de puentes, planeó su huida a comienzos de abril. Se trasladó al cuartel general del Grupo de Ejércitos B de Model y apenas se le volvió a ver en las oficinas de su Gau. El 13 de abril, sin consultar ni a Hitler ni a Bormann, anunció en una reunión con sus Kreisleiter la disolución del partido nazi en el Gau Westfalia-Sur. Huyó esa misma tarde y desapareció hasta que se reunió con su familia, a mediados de mayo, disfrazado de obrero agrícola.[71] El Gauleiter Koch, que durante años había gobernado Prusia Oriental con mano de hierro y se había granjeado mucho odio por su mala gestión de la tardía evacuación de la población en enero, aún seguía lanzando consignas en abril en la sitiada capital provincial: «La victoria es nuestra. Königsberg será la tumba de los bolcheviques».[72] Al mismo tiempo, hacía los preparativos para ponerse a salvo junto con su familia y sus pertenencias. Se marchó de Prusia Oriental en avión el 2 5 de abril, justo antes de que el puerto de Pillau fuera tomado por el Ejército Rojo y quedara sellado el destino de unos 100.000 refugiados que aún seguían varados en la Samland. En la península de Hela, embarcó en el rompehielos *Ostpreußen,* al parecer con su Mercedes a bordo, y zarpó hacia Dinamarca antes de detenerse en Flensburgo, donde pidió en vano que un submarino lo trasladara al sur de Estados Unidos.[73]

Si bien estos fueron los casos más flagrantes de huida de «faisanes dorados» del partido, pocos Gauleiter estaban dispuestos a la idea de la muerte «heroica» que exigía de ellos la imagen de

eminentes «combatientes» nazis. Solo dos de los 43 Gauleiter en activo, Karl Gerland de Kurhessen y el brutal Karl Holz de Franconia murieron combatiendo en sus puestos.[74] El último informe de Holz desde Núremberg, enviado a última hora de la tarde del 17 de abril, describía sombríamente la situación en la ciudad (aunque las partes más negativas fueron tachadas, quizás en la oficina de Múnich de la cancillería del partido). Las tropas estaban exhaustas debido a la superioridad del enemigo en cuanto a equipamiento. El abatimiento de los «rezagados» era evidente. Un grupo de unos treinta hombres se había acercado al enemigo con banderas blancas antes de ser acribillados por una ametralladora de su propio bando. La población simplemente aguardaba su destino, encogida de miedo en los sótanos y búnkeres. Informaba con orgullo de que había enviado a parte de su personal a organizar el Werwolf y que su Gau había conseguido reunir en solo unas pocas semanas un regimiento de miembros de las Juventudes Hitlerianas encargados de destruir los tanques, que habían combatido valientemente, aunque sufriendo grandes bajas, y un batallón casi había sido «eliminado». El y el alcalde de Núremberg, Willi Liebel, habían decidido permanecer en la ciudad y combatir en lugar de marcharse.[75] Al día siguiente, Núremberg era atacada.

Por su telegrama a Hitler en el que declaraba que «en estas horas, mi corazón late más que nunca de amor y lealtad hacia ti y al maravilloso Reich y el pueblo alemán» y «que la idea nacionalsocialista vencerá», Holz recibió la Cruz de oro de la orden alemana, la máxima distinción del partido y el Estado. Justo antes de la medianoche del 19 de abril, Holz envió un último telegrama a Hitler: «Nuestra lealtad, nuestro amor, nuestras vidas te pertenecen, mi Führer. Nuestros mejores deseos por tu cumpleaños» (al día siguiente). Se negó a contemplar la rendición y amenazó incluso entonces con ejecutar a cualquiera que mostrara una bandera blanca. Aquel día, el 20 de abril, la «ciudad de las reuniones del partido del Reich» se rindió. Holz acababa de enviar al líder local de las SA a informar a Hitler «de que hemos defendido Núremberg hasta el último hombre». Su último acto fue ordenar a los hombres

de las SS de su compañía que abrieran fuego contra unos policías que intentaba pasarse a los estadounidenses. Un completo fanático hasta el final, Holz formó parte del grupo que siguió luchando entre las ruinas de la jefatura de policía, donde murió.[76]

Más al este, el Gauleiter Karl Hanke iba a simbolizar al genuino «héroe» nazi en la sitiada ciudad de Breslau. La situación allí empeoraba día a día. Desde principios de abril, con la pérdida del aeródromo de Gandau, ya ni siquiera era posible abastecer a la ciudad desde el aire. Se habían demolido casas, causando más sufrimiento a los habitantes, para construir una pista de aterrizaje de emergencia. Las condiciones de vida de la población, unos 200.000 habitantes, eran indescriptibles, y se volvieron insostenibles cuando los bombardeos aéreos ininterrumpidos del lunes de Pascua, el 2 de abril, arrasaron prácticamente todo el centro de la ciudad.[77] Estaban pagando un precio terrible por la decisión que Hanke había tomado en enero de defender la «fortaleza Breslau» hasta el final. Sin embargo, a ojos de los nazis, encamaba el espíritu indomable que se negaba a capitular.

Por sus dotes de mando en la defensa de Breslau, y para gran deleite del Gauleiter, Hitler le concedió la Cruz de Oro de la orden alemana.[78] A mediados de abril, Albert Speer le envió a Hanke una carta personal en la que le agradecía efusivamente su amistad personal, «por todo lo que has hecho por mí» y le elogiaba por sus «logros como defensor de Breslau», con los que había «dado tanto a Alemania hoy». «Tu ejemplo —proseguía Speer—, cuya grandeza será reconocida posteriormente, tendrá el inmenso valor para el pueblo de unos pocos héroes de la historia de Alemania». Speer concluía diciendo que no sentía lástima por él. «Te diriges a un final de la vida bello y honorable».[79] Sin embargo, el «héroe» no tenía ninguna intención de caer con la ciudad a la que había condenado a una destrucción casi total. Horas antes de la capitulación de Breslau el 5 de mayo, Hanke huiría en un Fieseler Storch, quizás el único avión que despegó de la improvisada pista de aterrizaje de la ciudad.[80]

V

El brutal mensaje que Bormann envió, en nombre de Hitler, a los miembros del partido el 1 de abril, en el que hacía un llamamiento a ser implacables a la hora de exigir que se luchara hasta el final, era una señal clara de la creciente desesperación de los dirigentes del régimen:

> Tras el hundimiento de 1918, consagramos nuestras vidas a luchar por la existencia de nuestro pueblo. Ahora ha llegado el momento culminante de nuestra prueba: el peligro de una renovada esclavitud al que se enfrenta nuestro pueblo nos exige un último esfuerzo supremo. A partir de ahora se aplica lo siguiente: la lucha contra el enemigo que ha penetrado en el Reich debe librarse en todas partes inflexiblemente y sin piedad. Los Gauleiter y los Kreisleiter, los demás dirigentes políticos y los jefes de las organizaciones filiales deben combatir en sus Gau y sus distritos para vencer o morir. Todo canalla que abandone su Gau mientras es atacado sin una orden expresa del Führer, todo el que no combata hasta el último aliento, será proscrito y tratado como desertor. ¡Elevad los corazones y superad todas las debilidades! Ahora solo hay una consigna: ¡vencer o morir! ¡Viva Alemania. ¡Viva Adolf Hitler.[81]

Era un despiadado intento de última hora de invertir la tendencia. No se podía hacer nada para evitar el hundimiento a medida que la inexorable derrota militar se acercaba día a día. Aun así, en aquellas últimas semanas marcó la pauta de la creciente oleada de violencia desbocada contra los enemigos designados del régimen mientras el control se desmoronaba.

Ni siquiera los altos representantes del régimen eran inmunes a este veneno. El Gauleiter Fritz Wächtler, un prominente funcionario de Turingia casi desde que se afilió al NSDAP en 1926, nombrado ministro del Interior de Turingia en 1933, y desde 1935 Gauleiter de Bayerische Ostmark con el rango honorario de SS-Obergruppenführer, no había respondido, como ya hemos visto, a las misivas de la cancillería del partido a finales de la primera semana de abril. Es posible que esto influyera en Bormann y Hitler a la hora de creer el malicioso informe de su adjunto, en el que decía que Wächtler había desertado de su Gau. No está claro si los problemas con las comunicaciones impidieron que Wächtler diera a

conocer su postura al cuartel general del Führer. Sin duda, tema problemas más importantes en aquel momento. Bayreuth, la sede del cuartel general de su Gau, había sido intensamente bombardeada en tres ocasiones a principios de abril y, para mediados de mes, parecía una ciudad fantasma.La mayoría de los hombres de la *Volkssturm,* a los que habían movilizado para defender la ciudad, huyeron, seguidos por el Kreisleiter y su personal, antes de que los tanques estadounidenses llegaran a la periferia de la ciudad la noche del 13 de abril. El partido había abdicado para entonces de su poder en la ciudad, que defendían no más de 200 soldados a las órdenes de un «comandante de combate» *(Kampfkommandant).*

Wächtler también marchó en secreto de Bayreuth con el estado mayor de su Gau, dirigiéndose al sur para instalarse en un hotel de Herzogau, un barrio de la pequeña ciudad de Waldmünchen, en el Alto Palatinado, cerca de la frontera checa. Es probable que Wächtler estuviera trasladando su puesto de mando, no desertando. Pero su adjunto y eterno rival, Ludwig Ruckdeschel, quien a su vez había trasladado su base a Ratisbona, prefirió verlo de otro modo. Al parecer, Ruckdeschel contactó con el cuartel general del Führer en Berlín y acusó a Wächtler de deserción. A primera hora de la mañana del 19 de abril, Ruckdeschel y una brigada de 35 hombres de las SS llegaron al hotel de Wächtler. Ruckdeschel ignoró la explicación de Wächtler de que había trasladado el estado mayor para organizar la resistencia desde Waldmünchen y, sin vacilar, lo condenó a muerte. Entre gritos de «sucia traición», Wächtler fue llevado fuera, colocado junto a un árbol cercano y ejecutado de inmediato por un pelotón de fusilamiento. Ruckdeschel proclamó que Wächtler había sido expulsado del partido nazi y ejecutado por cobardía ante el enemigo, y amenazó con el mismo trato a cualquier «canalla y traidor» que actuara de un modo similar.[82]

Para los ciudadanos de a pie, la obediencia por miedo a represalias inmediatas y arbitrarias era una forma de conducta racional. Cualquiera que mostrara el menor atisbo de oposición al absurdo deseo mortal del régimen de «resistir» contra viento y

marea corría un grave peligro. Himmler decretó el 3 de abril que «en las casas en que aparezca una bandera blanca, se debe ejecutar a todos los varones». Respondía con ello a una iniciativa del partido, que le había transmitido el OKW, que había recomendado prender fuego a cualquier casa en la que colgara una bandera blanca.[83] El 12 de abril, el alto mando de la Wehrmacht promulgó la orden, firmada por Keitel, Himmler y Bormann, de que se defendiera cada pueblo hasta el final. Se debía rechazar de inmediato cualquier oferta o promesa del enemigo si la ciudad se rendía. El «comandante de combate» designado era el responsable de velar por la defensa de la ciudad. Cualquiera que contraviniera esta orden, o cualquier oficial que intentara obstaculizar que el comandante cumpliera con su deber, sería condenado a muerte. Al publicar esta orden en Núremberg, el Gauleiter y comisario del defensa del Reich en Franconia, Karl Holz, añadió una cláusula: «Cualquier traidor que ice una bandera blanca será ahorcado de inmediato. Todas las casas en las que cuelgue una bandera blanca serán demolidas o incendiadas. Las aldeas que icen banderas blancas comunalmente serán incendiadas».[84]

Pese a estas órdenes tan tajantes, respaldadas por un terror despiadado (aunque no parece que se cumpliera la amenaza de quemar aldeas enteras de Alemania), hubo numerosos ejemplos de oposición localizada. Pocas personas querían poner fin a su vida con un vano alarde de «heroísmo» o que demolieran sus casas o lugares de trabajo absurdamente. Las posibilidades de evitar la peor destrucción variaban de un lugar a otro, dependiendo de las circunstancias locales y los actos de quienes aún tenían las riendas del poder en sus manos. Los representantes del moribundo régimen en zonas amenazadas (funcionarios locales, funcionarios del partido, comandantes a los que se había confiado el control militar de una localidad) no se comportaban de modo uniforme. En las regiones occidentales, las luchas locales por el poder solían decidir si una ciudad se rendía sin combatir o se sumía en una orgía de destrucción.[85] Muchos alcaldes e incluso dirigentes locales del partido se comportaron de forma responsable y cuestionaron las

exigencias de seguir combatiendo. Sin embargo, esto podía acarrear brutales represalias si se imponían los «desesperados», normalmente fanáticos del partido u hombres de las SS. En otros casos, los fanáticos del régimen aún controlaban los resortes del poder local y condenaban a las habitantes de los pueblos y las aldeas a una muerte y una destrucción innecesarias en las horas previas a la ocupación y, por regla general, antes de huir ellos mismos en el último minuto. No existía un patrón claro.

En muchas regiones orientales, cuando se acercaba un enemigo tan temido, la población no pensaba en entregar un pueblo o una aldea sin combatir, sino que cundía el pánico y abundaban las tentativas de huir, normalmente después de que los representantes del partido, conscientes de lo que les esperaba si caían en manos de los soviéticos, los hubieran abandonado. Cottbus, en Brandeburgo, fue uno de muchos ejemplos. Casi todos los habitantes de la ciudad y la zona circundante huyeron hacia el oeste en los días previos al ataque contra Cottbus, que empezó el 21 de abril. A primera hora de la mañana del día siguiente, todas las tropas regulares, incluida una unidad panzer-SS, se habían retirado, destruyendo los puentes a su paso. Solo quedaban la *Volkssturm* y varios grupos de «rezagados» para defender la ciudad. Los últimos 200 soldados u hombres de la *Volkssturm* huyeron aquel mismo día. «Eso fue lo último que vi de la Wehrmacht alemana», recordaba un testigo. El Kreisleiter del partido también desapareció. El «comandante de la fortaleza» de Cottbus admitió que, sin tropas regulares, la ciudad era indefendible. Esta decisión, y la rapidez del avance del Ejército Rojo, hizo que la toma de la población se produjera de forma rápida y sin combates o sin una destrucción sin sentido (aunque los soldados soviéticos incendiaron las casas en las que encontraron símbolos nazis).[86]

La suerte de una aldea o un pueblo dependía mucho de la actitud del comandante de combate y de los actos de ciudadanos eminentes. La hermosa ciudad universitaria de Greifswald, cerca de la costa de Pomerania, tuvo la fortuna de evitar la destrucción. El rector de la universidad, fundada en el siglo xv, y un pequeño grupo de

profesores y ciudadanos importantes consiguieron el respaldo del comandante de combate para que la ciudad se rindiera a los soviéticos sin combatir, pese a la insistencia del Kreisleiter en que había que defenderla aunque solo fuera para retrasar el ataque del Ejército Rojo durante una hora. Sin el apoyo del comandante de combate (que animó a los ciudadanos a colgar banderas blancas en sus casas), los funcionarios del partido de la localidad no pudieron hace nada.[87]

En el oeste de Alemania, probablemente más que en las regiones orientales, el desmoronamiento del régimen brindó oportunidades, pese al terror, para que grupos de ciudadanos (en los que a menudo las mujeres desempeñaron un papel importante), a veces encabezados por «próceres» locales como sacerdotes o médicos, tomaran la iniciativa para impedir la destrucción de sus municipios. Si tenían suerte, podían conseguir el apoyo del alcalde u otras autoridades locales y convencer al comandante de combate.[88] Dependía mucho de los ciudadanos implicados, de su predisposición a actuar, de la postura de los funcionarios locales del partido y de la presencia de las SS o de tropas de la Wehrmacht empeñadas en aterrorizar a cualquiera que consideraran «derrotista». En Stuttgart, al alcalde, el doctor Karl Strölin, él mismo un nazi, lo convencieron los notables antinazis de que ignorara las exigencias del Gauleiter de Württemberg, Wilhelm Murr, que estaba dispuesto a seguir combatiendo fanáticamente y castigar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Strölin, tras ganarse el respaldo del nuevo comandante de combate y, a través de él, del comandante de la Wehrmacht en la zona, entabló negociaciones clandestinas con los Aliados. El 22 de abril, Stuttgart se rindió sin oponer resistencia.[89]

En algunos casos, la acción directa pudo evitar lo peor. En el pequeño y pintoresco pueblo de Bad Windsheim, en la Baja Franconia, en la más espectacular de una serie de manifestaciones organizadas por mujeres contra la destrucción de sus municipios, entre 200 y 300 mujeres, algunas de ellas con sus hijos, protestaron a principios de abril contra la decisión del comandante militar de resistir frente a la inminente llegada de las fuerzas estadounidenses.

[90] Tras un tenso enfrentamiento, Bad Windsheim cayó sin ser sometida a una destrucción total y sin sufrir grandes bajas. Sin embargo, estas valientes protestas no siempre fueron eficaces. En Lahr, al sur de Baden, un gran grupo de mujeres en actitud de rebeldía, profiriendo insultos a Hitler y al partido, convenció a una delegación de autoridades de la ciudad de que buscaran un acuerdo con el comandante local de la Wehrmacht para rendirse sin combatir. Mientras esperaban el regreso de la delegación, las mujeres izaron banderas blancas en todo el pueblo y comenzaron a tocar las campanas para anunciar la rendición. Sus esperanzas fueron prematuras. La delegación volvió con las manos vacías. El comandante de las SS insistió en defender Lahr y advirtió a las mujeres de que si no retiraban las banderas blancas aquella tarde, sus hombres abrirían fuego contra la ciudad. En lugar de rendirse, la batalla prosiguió durante toda la noche y hasta el día siguiente, antes de que la ciudad cayera en manos de los franceses, que saquearon las casas y las tiendas, alegando que las SS se habían comportado aún peor en Francia.[91]

Estos actos para tratar de evitar una destrucción inútil cuando ya todo estaba claramente perdido podían suscitar una respuesta drástica. Centenares de ciudadanos alemanes murieron víctimas de la violencia descontrolada que se desató en las últimas semanas del régimen nazi. Se podrían mencionar fácilmente muchísimos ejemplos.[92] Tras la manifestación de las mujeres en Bad Windsheim, por ejemplo, una mujer, a la que un comando enviado por la Gestapo de Núremberg señaló erróneamente como la cabecilla (probablemente por su fama de ser crítica con el NSDAP), fue ejecutada a sangre fría delante de su marido y su hija, y le engancharon al cuerpo un cartel que rezaba: «Ha sido ejecutada una traidora».[93] En Schwäbisch-Gmünd, un pequeña ciudad en Württemberg, no lejos de Stuttgart, el Kreisleiter y el comandante de combate ordenaron ejecutar a dos hombres antes de la medianoche del 19 abril, horas antes de que los estadounidenses entraran en la ciudad sin combatir. Uno de los hombres era conocido por ser un opositor a los nazis desde 1933, cuando le habían detenido por

repartir panfletos antinazis, y había regresado del campo de concentración en el que estuvo internado siendo una persona diferente, con trastornos psiquiátricos. El otro era un antiguo soldado que ya no era apto para el combate debido a una grave lesión. En medio de una acalorada discusión sobre si se debía entregar la ciudad o seguir combatiendo, y convencidos de que la hermosa ciudad sería destruida junto con su bella catedral medieval, les oyeron gritar, probablemente bajo los efectos del alcohol, «¡Muerte a Hitler! ¡Viva Stauffenberg! ¡Viva la libertad!». Aquella noche, ya tarde, sacaron a ambos de las celdas, los llevaron a un bosque en las afueras de la ciudad y los fusilaron. Los representantes nazis locales se estaban asegurando de que, con sus últimos actos de poder, sus adversarios no vivieran para disfrutar de su caída. Mientras se procedía con las ejecuciones, el Kreisleiter y su séquito se preparaban para huir de la ciudad.[94]

Un caso extremo fue el asesinato arbitrario de cuatro civiles, entre ellos un pastor protestante, en un barrio residencial de Heilbronn el 6 de abril. El Kreisleiter local, Richard Drauz, y un grupo de fanáticos (tres de ellos de la *Volkssturm)* que huían en coche con él mientras los estadounidenses se aproximaban, pasaron por una calle en la que había colgadas banderas blancas en varias casas. Furioso, Drauz detuvo el coche y ordenó a sus hombres salir mientras gritaba: «Disparad, disparad a todo el mundo». Los cómplices de Drauz dispararon arbitrariamente a las víctimas, hombres y mujeres, durante varios minutos, fallando por poco a varios más, antes de marcharse.[95]

Otros fueron víctimas no de los tiroteos arbitrarios o los actos de los comandos, sino de la brutal «justicia» sumarísima de los «consejos de guerra itinerantes». Uno de estos consejos viajó por varias partes del sur de Alemania en un Mercedes gris a las órdenes del mayor Erwin Helm, «un tipo especial de loco furioso», orgulloso de una herida en la cabeza que hacía que parte de su cerebro sobresaliera a través del cráneo. Al pasar cerca de la aldea de Zellingen, en la Baja Franconia, a finales de marzo, el comandante del batallón local de la *Volkssturm,* un médico, llamó la atención de

Helm sobre un granjero de 60 años, Karl Weiglein, que supuestamente había hecho un comentario sarcástico durante una arenga al batallón y después declaró que los responsables de detonar el cercano puente sobre el Main deberían ser ahorcados. La reacción inmediata de Helm, antes de oír siquiera los detalles del incidente, fue que Weiglein debía ser ejecutado. Cuando el consejo de guerra constituido apresuradamente (no había defensor) se demoró demasiado en las deliberaciones, Helm amenazó con dictar la sentencia él mismo y ordenó preparar el lugar de la ejecución mientras el «consejo» aún estaba reunido. En cuanto se comunicó la inevitable condena, colgó un cartel alrededor del cuello de Weiglein: «Condenado a muerte por sabotaje de la Wehrmacht y motín». En un acto especialmente sádico, Weiglein fue ahorcado en la rama de un peral, justo debajo de una ventana de su granja, mientras insultaban a su aterrorizada esposa.[96]

Walter Fernau, un NSFO y miembro del escuadrón de Helm que había procesado a Weiglein y exigido la pena de muerte, aún lo justificaba años más tarde. «No puedo decir que, en aquel momento pensara que era demasiado duro», le dijo al interrogador decenios después del suceso. Opinaba que Weiglein era culpable, aunque no se había demostrado. Afirmaba que la situación requería medidas severas. Y también estaba el efecto disuasorio. Fernau afirmó recordar que Helm había dicho «que hay que ahorcarle y mantenerle expuesto para que los hombres de la *Volkssturm* de Zellingen vean que si nos saltamos las reglas, nos pasará lo mismo que a él». En su opinión, era correcto que el consejo no estuviera facultado para condenar a penas de prisión. Pasar unos meses en prisión mientras otros morían habría sido injusto. Fernau dijo que, desde el primero hasta el último día que perteneció al batallón de Helm, «nunca me sentí culpable».[97]

Aunque cualquiera que se interpusiera en el camino del régimen corría un serio riesgo de ser ejecutado sumariamente, los principales objetivos de los «crímenes de la última fase» no fueron personas elegidas al azar, sino los adversarios reales o imaginarios del régimen, los derrotistas, los «subversivos», los supuestos «gandules»,

los presuntos desertores o «cobardes», o cualquiera que se alegrara del fin del nazismo o la llegada del enemigo. En este sentido, la violencia era diferente de las represalias colectivas, brutales y arbitrarias, infligidas con frecuencia a los pueblos de la Europa ocupada por los nazis en fases anteriores de la guerra. Cuando los alemanes dirigieron el terror contra sus compatriotas en las últimas semanas, el patrón fue diferente. Se ajustaron viejas cuentas. Las animosidades personales, que poco tenían que ver con la ideología, también desempeñaron un papel. Y lo mismo los sentimientos de venganza. A los adversarios se los liquidaba arbitrariamente para impedir que disfrutaran de su momento de triunfo.

Sin embargo, el adoctrinamiento ideológico distaba de ser insignificante. Lo peor de la violencia homicida iba dirigido, entonces como antes, contra los considerados enemigos raciales o políticos del régimen, los trabajadores extranjeros y, sobre todo, los prisioneros de los campo de concentración. De los 288 «crímenes de la última fase» que recibieron condenas en los juicios de la posguerra en Alemania Occidental, 114 (el 39,6 por ciento, el mayor porcentaje) estaban relacionados con el asesinato de prisioneros y trabajadores extranjeros. Aparte de los miembros de la Gestapo y otras unidades policiales, la mayor parte de los asesinos convictos eran hombres de la *Volkssturm* y personal penitenciario.[98]

No se podía permitir que individuos destacados que habían estado implicados en la resistencia contra Hitler fueran testigos de su caída. Entre los que habían pertenecido a la oposición en el seno de la *Abwehr* (la contrainteligencia militar), Hans von Dohnanyi, que había luchado para derrocar a Hitler desde 1938, fue ahorcado en el campo de concentración de Sachsenhausen el 9 abril después de una «farsa judicial» ante un consejo de guerra de las SS. Un destino similar corrieron en Flossenbürg, el mismo día, el almirante Wilhelm Canaris, antiguo jefe de la Abwehr, el coronel Hans Oster, que había participado en una conspiración contra Hitler en 1938 y había filtrado los planes de la invasión alemana a los holandeses en 1940, y el teólogo evangélico Dietrich Bonhoeffer, cuyos valientes esfuerzos para convencer a los Aliados occidentales de que apoyaran

a la resistencia en Alemania habían quedado en nada. En Dachau, Georg Elser, un carpintero suabo que había intentado atentar contra Hitler en 1939, también fue asesinado (sin siquiera un juicio).[99] Pero estos asesinatos eran solo la punta del iceberg. A medida que el régimen perdía visiblemente el control, los presos, ya fuera en los campos de concentración o en las penitenciarías estatales, vivían o morían según el capricho de sus guardias o carceleros. La violencia contra los prisioneros, que ya había escalado drásticamente, se volvió omnipresente.[100] En algunos casos, incluso la instigaban los mandos militares. Cuando sus fuerzas quedaron aisladas en el Ruhr, el mariscal de campo Model ordenó, el 7 de abril, que los presos de las penitenciarías, incluidos los que estaban en prisión preventiva por delitos políticos, fueran entregados a la policía para un «examen». Ejecutaron a más de 200 presos. Hubo muchos otros asesinatos en las últimas horas antes de que se evacuaran las instituciones penitenciarias o de que llegaran los Aliados. Cuando un verdugo oficial no podía llegar a una cárcel a tiempo, los funcionarios de prisiones, a los que se recompensaba con dinero y cigarrillos, practicaban las ejecuciones. En un campo subsidiario de Emsland, un joven aprendiz de deshollinador, que vestía un uniforme de capitán del ejército de tierra, ordenó la ejecución de decenas de prisioneros. Sorprendentemente, sus órdenes fueron obedecidas, una señal del caos que reinaba en el seno del régimen. Más de un centenar de prisioneros fueron ejecutados a lo largo de los días siguientes.[101]

VI

En medio del caos creciente y la furia homicida, la violencia y las matanzas perpetradas en las marchas de la muerte de los prisioneros de los campos de concentración en las últimas semanas del régimen marcaron un infame capítulo aparte.

Las evacuaciones apresuradas, a menudo caóticas, y las posteriores y terribles marchas de la muerte de los prisioneros de

Auschwitz, Groß-Rosen, Stutthof y otros campos del este, que se han expuesto en el capítulo 6, tenían cierta lógica aparente desde el punto de vista del régimen. Había que impedir que los prisioneros cayeran en manos del enemigo y llevarlos al interior del Reich, donde, en teoría, aunque difícilmente en la práctica, tratándose de unos seres humanos tan demacrados, exhaustos, congelados, hambrientos, golpeados y maltratados, se los podría utilizar como mano de obra o, en opinión de Himmler, como posible moneda de cambio en un trato con los Aliados. Los que no fueron asesinados en el camino, o no murieron de agotamiento o por la exposición al frío de aquel crudo invierno, llegaron a los campos del interior de Alemania, incluido el de Bergen-Belsen.

Tras dos días de negociaciones, Himmler autorizó, sorprendentemente, entregar el campo en lugar de evacuarlo. No era consciente (en vista del espectacular deterioro de las ya espantosas condiciones del campo a lo largo de las últimas semanas) de los horrores que estaba revelando y confiaba en sacar partido a su gesto «humanitario» en sus tratos con Bernadotte. Las tropas británicas entraron en Bergen-Belsen el 15 de abril; para entonces, la mayoría de los guardias de las SS había huido. Fueron liberados unos 50.000 prisioneros, más muertos que vivos, y encontraron miles de cadáveres en descomposición, muchos de ellos víctimas de la epidemia de tifus que había causado estragos las semanas anteriores e impidió la evacuación del campo. Habían muerto unos 37.000 prisioneros desde febrero, más de 9.000 en las dos semanas previas a la liberación del campo. Otros 14.000 morirían a lo largo de las semanas siguientes como consecuencia de los sufrimientos que habían padecido en el campo.[102] El hecho de que Bergen-Belsen fuera entregado, y no evacuado, fue un caso único. La epidemia de tifus impidió la evacuación.[103] En todos los demás campos, se intentó evacuar a los prisioneros antes de que pudieran caer en manos del enemigo.

Himmler había ordenado en marzo, como parte de un intento de alcanzar un acuerdo con los Aliados, que se tratara a los judíos como a los demás prisioneros e informó a los comandantes de los

campos de que no había que matarlos y que debían reducir por todos los medios posibles la cifra de prisioneros muertos.[104] El último día de marzo, el comandante de Buchenwald esperaba entregar el campo a los Aliados. En menos de una semana, la situación había cambiado radicalmente. Himmler ordenó que se trasladara a los prisioneros del campo, cuando fuera posible, a Flossenbürg.[105] Con ello, como ponía de manifiesto una orden enviada al comandante de Flossenbürg a mediados de abril, retomaba la antigua política de no entregar los campos de concentración y no permitir que ningún prisionero cayera vivo en manos del enemigo.[106] La respuesta de Hitler a los informes de que los prisioneros recién liberados de Buchenwald habían conseguido llegar cerca de Weimar y habían perpetrado saqueos y violaciones explica, probablemente, este cambio de política.[107] Himmler reclamó la rápida evacuación de Mittelbau-Dora y Buchenwald. La noche del 4 al 5 de abril empezó la evacuación de los prisioneros de Mittelbau en dirección a los campos de concentración de Sachsenhausen, Ravensbrück y Mauthausen, que terminó al cabo de unas 48 horas.[108]

El 11 de abril, los soldados estadounidenses llegaron al complejo de campos de Mittelbau-Dora, donde encontraron a 700 prisioneros enfermos y demacrados para, poco después, presenciar escenas terroríficas cuando liberaron los campos secundarios. Cuando el 13 de abril los estadounidenses llegaron a Buchenwald, el mayor campo en el interior de Alemania, fueron testigos de un horror inimaginable. Allí encontraron a los aproximadamente 21.000 prisioneros, muchos de ellos esqueletos andantes, que aún seguían en el campo, de los 48.000 que había poco más de una semana antes. El resto había partido, en tren o a pie, entre el 7 y el 10 de abril, en dirección a los campos de concentración situados a centenares de kilómetros, al sur de Flossenbürg y Dachau, que ya estaban abarrotados de prisioneros.[109] Estos campos, y los que aún quedaban en Mauthausen (no lejos de Linz, en Austria), Sachsenhausen (a las afueras de Berlín), Neuengamme (cerca de Hamburgo) y Ravensbrück(un campo de mujeres situado a unos 80

kilómetros al norte de Berlín), también evacuaron a los prisioneros que podían caminar, en unas circunstancias catastróficas y sin ningún destino claro, durante la segunda mitad de abril.[110]

Los prisioneros de Buchenwald también formaron parte de las numerosas y largas columnas de figuras desastradas, demacradas y consumidas de los restantes campos de concentración, a las que condujeron unos guardias implacables, en unas condiciones desastrosas que desafían toda descripción o lógica, a lo largo de centenares de kilómetros atravesando diversas zonas de Alemania. En aquella fase de la guerra, los prisioneros ya no tenían ninguna utilidad como mano de obra forzosa (ni siquiera los que aún podían trabajar). Y en vista de la rapidez del avance de los Aliados, no tardarían en caer en manos del enemigo, incluso si llegaban a su destino. Al parecer, no se consideró la idea de matar a todos los prisioneros en los campos, lo que, en vista de la rapidez del avance de los Aliados, habría sido poco factible. Pero si se iba a matar de todos modos a los evacuados, no tenía mucha lógica someterlos antes a largas caminatas. Es cierto que Himmler no había perdido la esperanza de que se pudiera usar a los prisioneros, o a los judíos, como moneda de cambio en algún acuerdo con los Aliados. Mientras estuvieran vivos y en su poder, aún podían servir para algo en su ilusorio plan.

Aparte de esta dudosa justificación, las marchas de la muerte carecieron por completo de sentido, excepto como una manera de infligir un sufrimiento aún mayor a aquellos que el régimen seguía designando enemigos internos. No obstante, no tiene ninguna justificación que los comandantes y los guardias trataran a los prisioneros de las marchas con una brutalidad tan sádica. El sistema, en cierto modo, aún funcionaba. Incluso en medio de su disolución, seguía anclado en la misma mentalidad que le había impulsado a torturar inútilmente a los prisioneros o a obligarlos a efectuar trabajos durísimos y vanos.[111] En el fondo, en abril de 1945 el régimen no sabía qué hacer con los centenares de miles de prisioneros que aún tenía en su poder. En medio del caos creciente de las últimas semanas, las marchas de la muerte fueron el reflejo

del azote de un régimen que se hallaba al borde de su propia destrucción pero conservaba su capacidad letal hasta el final.

Mientras el régimen se desmoronaba, la decisión de qué hacer con los prisioneros fue recayendo cada vez más en quienes los vigilaban. De Himmler y la tambaleante administración central de los campos de concentración solo surgían directrices poco claras o confusas que dejaban mucho margen para la iniciativa. Los comandantes de los campos tenían miedo de actuar de forma prematura, por lo que daban la orden de evacuación en el último minuto. Max Pauly, comandante de Neuengamme, cerca de Hamburgo, les dijo a los interrogadores después de la guerra que, en abril de 1945, no sabía qué hacer con los prisioneros.[112] Cuando empezaron las marchas, la suerte de los prisioneros quedó por completo en manos de sus guardias, que por entonces distaban mucho de ser de las SS y muchos eran hombres de la *Volkssturm.* No podemos saber cuántos eran firmes creyentes en la ideología nazi o incluso verdaderos partidarios del régimen, pero todos habían sido «instruidos», de un modo u otro, sobre cómo tratar a los «enemigos del pueblo». No había ningún control de las acciones de los guardias, ni sanciones por sus actos. Sus decisiones sobre quién debía vivir y quién debía morir eran arbitrarias.

Los prisioneros eran eliminados a diario por guardias para los que eran personas anónimas, carentes de identidad. Un guardia rubio de las SS, de solo unos 20 años de edad, mató despreocupadamente a un muchacho de 13 años en una marcha desde Sachsenhausen porque no podía mantener el ritmo rápido, casi a la carrera, de la caminata. En medio de la ira y la desesperación, el hermano mayor del muchacho, un sacerdote jesuita, y su padre intentaron abalanzarse sobre el miembro de las SS, pero este simplemente «disparó contra ellos varias ráfagas de su metralleta». «Las metralletas traquetearon sin cesar», acribillando a los prisioneros durante los dos primeros días. Cuando, tras pasar una noche en un granero, un prisionero se negó a reemprender la marcha, el mismo bruto de las SS simplemente le disparó y, unos minutos más tarde, apuntó al afligido cuñado del prisionero, que se

había quedado rezagado. Para entonces, el joven rubio de las SS simplemente «apartaba a los prisioneros que, en su opinión, no caminaban bastante rápido y les disparaba en el acto».[113]

Los guardias solo pensaban en sí mismos y en la misión de llevar a los prisioneros a su destino. Mientras estos fueran capaces de andar, obedecer las instrucciones y atender las necesidades de sus guardias, sobre todo escapar del frente, podían sobrevivir. Pero el menor atisbo de que se habían convertido en una carga para los guardias significaba su muerte instantánea.[114] Durante las marchas, no parece que los guardias hicieran ninguna distinción entre los prisioneros. Todos, judíos o no, estaban expuestos a sus actos mortíferos y arbitrarios.[115]

En algunos casos, las muertes se convirtieron en matanzas a gran escala. En Celle, a 35 kilómetros al nordeste de Hannover, casi 800 prisioneros, hombres y mujeres, murieron la noche del 8 al 9 de abril. Los vagones de tren que los transportaban (en su mayoría rusos, polacos y ucranianos, y algunos de ellos judíos) desde dos campos satélites de Neuengamme en Salzgitter hasta el cercano campo de Bergen-Belsen fueron sorprendidos por un intenso bombardeo aéreo mientras se hallaban en la estación de Celle. Centenares de prisioneros se quemaron vivos atrapados en los vagones.[116] Los que escaparon de las llamas, lograron huir a los bosques cercanos. Enseguida se organizó una cacería para capturarlos; en ella no solo participaron guardias de las SS, sino también hombres de la *Volkssturm* y las SA, de la policía local y funcionarios del partido, soldados de destacamentos cercanos, miembros de las Juventudes Hitlerianas y también grupos de ciudadanos que se unieron de manera espontánea. Cuando un muchacho de trece años oyó los disparos en el bosque y preguntó por la identidad de los prisioneros, le respondieron que «bien podría tratarse de judíos». Era fácil convencer a la muchedumbre de que los fugitivos eran criminales peligrosos y comunistas. La matanza de unos 200 prisioneros fue presentada, y evidentemente considerada, como un acto de defensa propia.[117]

Poco después, entre el 9 y el 11 de abril, entre 3.000 y 4.000 prisioneros, muchos de ellos procedentes de Mittelbau-Dora y con destino a los campos de Bergen-Belsen, Sachsenhausen y Neuengamme, llegaron a la aldea de Mieste, cerca de Gardelegen, situada a unos 40 kilómetros al norte de Magdeburgo. Cuando los daños en las vías impidieron que el tren siguiera su ruta, se obligó a los prisioneros a caminar hasta Gardelegen. El Kreisleiter local, Gerhard Thiele, aprovechando algunas historias de que prisioneros huidos habían saqueado y violado en una aldea no muy alejada, y tras declarar que haría todo lo posible para impedir que ocurriera lo mismo en su zona, organizó los preparativos para matarlos. La urgencia era máxima, ya que los estadounidenses se estaban acercando a la ciudad. Mientras tanto, las SS vigilaban a los prisioneros con la ayuda de destacamentos de la Wehrmacht, las Juventudes Hitlerianas, la *Volkssturm,* la brigada de bomberos local y otras organizaciones. Cuando se objetó que la escuela de caballería que había propuesto para la matanza estaba demasiado cerca del centro de la población, Thiele propuso la idea de utilizar un gran granero aislado en un campo de las afueras. El 13 de abril, más de 1.000 prisioneros, en su mayoría «políticos», aunque había algunos judíos entre ellos, fueron encerrados en el granero. Rociaron con gasolina la paja, sellaron las grandes puertas y prendieron fuego. Algunos prisioneros intentaron desesperadamente escapar y fueron abatidos por los guardias. El resto murió en el incendio. Al día siguiente, cuando llegaron los estadounidenses, aún intentaban enterrar sus restos calcinados.[118]

A diferencia de las marchas de la muerte anteriores que habían partido de los campos del este, los miles de prisioneros degradados y deshumanizados por todos los medios concebibles atravesaban por entonces Alemania ante los ojos de la población. Al igual que en Gardelegen, los guardias formaban, a menudo, un grupo variopinto. Muchos provenían de las SS e iban bien amados, con frecuencia acompañados de perros a los que no dudaban en azuzar contra los prisioneros. Sin embargo, una marcha que partió de Ravensbrück a mediados de abril solo iba vigilada por «ancianos» con armas

ligeras, a los que se consideraba guardias auxiliares. En otras, los guardias eran hombres de las SA o alemanes originarios de las diferentes zonas del este de Europa.[119]

Las palizas y las ejecuciones de prisioneros también se efectuaban ante los ojos de la población, sin el menor intento de ocultarlas. En los recuerdos de las víctimas predomina la actitud hostil de la población alemana, aunque algunos que se beneficiaron momentáneamente de algún atisbo de bondad se mostraban agradecidos. Por otra parte, las crónicas alemanas de la posguerra tenían buenas razones para insistir en la compasión hacia los prisioneros y la condena de los crímenes de los guardias de las SS.

En cualquier caso, parece que los actos de solidaridad, amistad o respaldo de los lugareños fueron relativamente escasos. Los años de demonización de los judíos y de adoctrinamiento en los estereotipos raciales, junto con la incitación al miedo a los «enemigos del pueblo», reforzada con los siniestros boletines difundidos por la radio sobre los antiguos prisioneros de Buchenwald que actuaban violentamente y merodeaban por los alrededores de Weimar y las historias similares utilizadas para justificar la matanza de Gardelegen, habían surtido su nefasto efecto. Aunque muchos alemanes se veían cada vez más a sí mismos como víctimas de Hitler y del régimen nazi, pocos estaban dispuestos a brindar su compasión a los prisioneros de los campos de concentración, y menos aún a los judíos, o a aceptar a las verdaderas víctimas del nazismo como parte de su «comunidad». Los guiñapos humanos que tenían ante sus ojos se parecían a las caricaturas de «subhumanos» mostradas machaconamente por la incesante propaganda. Pero, pese a su evidente fragilidad, muchos aún los veían, perversamente, como una amenaza. «Qué crímenes deben de haber cometido para ser tratados con tanta crueldad», fue uno de los comentarios. Otro, que justificaba la matanza de trece prisioneros huidos (a los que capturaron con ayuda de la población local) realizada por soldados de la Wehrmacht, señalaba: «Eran prisioneros políticos y simples criminales».[120] Los supervivientes de las marchas relataban numerosos episodios, deprimentes pero nada sorprendentes, en los

que los habitantes les habían insultado, abucheado, escupido y arrojado piedras, o se habían negado a darles bebida y comida. En algunos casos, como en Celle, los civiles alemanes ayudaron a los guardias a capturar a los prisioneros que habían huido y, según parece, participaron en las matanzas.[121]

Al lado de estos espantosos ejemplos que muestran el respaldo cruel a actos sanguinarios, hubo algunos civiles, aunque fueron la excepción, que intentaron dar alimentos o socorrer a los prisioneros que atravesaban sus aldeas. Un informe británico sobre la matanza de Celle afirmaba que numerosos ciudadanos intentaron ayudar a los prisioneros dispensándoles los primeros auxilios o reconfortándolos, pese a sufrir las amenazas y los malos tratos de los guardias.[122] Se contaba que algunas familias locales habían dado víveres a unos 1.250 prisioneros débiles y hambrientos que llegaron a Hütten, en Württemberg, a comienzos de abril. El alcalde, al parecer, consiguió llevar algunos víveres a los prisioneros y pidió ayuda a la Wehrmacht. Un oficial de la Wehrmacht, veterano de la Primera Guerra Mundial, acudió al lugar y organizó una comida para unos 200 prisioneros enfermos que se habían quedado después de que los demás hubieran partido. También dio la orden que se enterrara a los muertos de forma apropiada.[123]

En Altendorf, una aldea del Alto Palatinado, donde se detuvieron unos 650 prisioneros la noche del 21 al 22 de abril durante la marcha desde Buchenwald hasta Dachau, los guardias de las SS persiguieron con perros y horcas a trece prisioneros que se habían escondido en un granero. Capturaron a doce y los ejecutaron en el acto. El decimotercero, un polaco, logró escapar cuando el jefe de la policía local decidió no entregarlo a las SS y permitió que se le alimentara antes de que desapareciese. A las víctimas mortales las enterraron hombres de la *Volkssturm* en una fosa común en el cementerio, a diferencia de los muchos ejemplos en los que los habitantes cavaron rápidamente fosas improvisadas en los lugares donde habían matado a los prisioneros o simplemente arrojaron los cadáveres a zanjas en las cunetas que después habían rellenado.[124] Se podrían mencionar muchos más ejemplos de habitantes que

recordaban haber sentido consternación y vergüenza al presenciar palizas y ejecuciones, que proporcionaron a los prisioneros comida y bebida (no solo cuando los guardias lo pidieron) o, menos frecuentemente, que los ayudaron a escapar o no delataron los lugares donde aquellos se escondían.[125]

Sin embargo, parece razonable pensar que la mayoría de la población se mantuvo pasiva, sin participar, pero también sin mostrar su rechazo, cuando se cometieron malos tratos y ejecuciones en su presencia. El miedo a las reacciones de los guardias si apoyaban a los prisioneros jugó, como es comprensible, un papel. El final de la guerra estaba muy cerca y pocos estaban dispuestos a exponerse a un castigo, y menos aún por defender a prisioneros cuya culpabilidad la mayoría daba por sentada. No obstante, es evidente que algunos se expusieron a un castigo mostrando compasión por los prisioneros. Por tanto, el miedo no pudo ser la única causa de la pasividad imperante. Aun así, lo más probable es que la causa no fuera tanto el «amplio respaldo social [...] a las matanzas»[126] como que pocos estaban dispuestos a arriesgar su propio bienestar actuando contra unos guardias implacables con gestos humanitarios, que creían que no iban a cambiar nada, hacia personas con las que no se podían identificar. Eso bastó para convertirles en cómplices de asesinato. La pasividad permitió que las matanzas continuaran hasta que los guardias huyeron al aproximarse el enemigo y los prisioneros fueron liberados no por los propios alemanes, sino por sus conquistadores.

VII

El 20 de abril, en el búnker de Berlín, los «grandes» nazis, tras felicitar a Hitler por su cumpleaños, expresar su eterna lealtad y despedirse, en muchos casos, por última vez, estaban impacientes por marcharse antes de que las carreteras que salían de la ciudad quedaran bloqueadas. Aparte de Goebbels, prácticamente ninguno deseaba acompañar a su líder en la pira funeraria. Pese a su eterna

retórica sobre combatir o morir, a la hora de la verdad, la mayoría pensaba en salvar su propio pellejo. Las abundantes pertenencias de Göring fueron empaquetadas y remitidas a Berchtesgaden. Había enviado a su esposa y sus familiares a un lugar relativamente seguro unas semanas antes. Su finca de Carinhall, al norte de Berlín, estaba por entonces desierta y lista para ser demolida. Unas semanas más tarde les contaba a los interrogadores de los Aliados que hasta última hora de aquel día había creído que Alemania podría combatir hasta lograr un alto el fuego.[127] Estaba lejos, a la espera de un final incierto, que, sin duda, no sería la autoinmolación en las catacumbas de Berlín.

Speer partió hacia el norte, a Hamburgo, aunque pensaba que no se había despedido adecuadamente del hombre que había dominado su vida durante más de un decenio y con el que ni siquiera entonces podía romper los lazos que les habían unido. Para remediarlo, efectuaría un retorno fugaz, arduo e inútil al búnker el 2 3 de abril. Quizás incluso entonces pensaba que, cuando todo aquello hubiera acabado, no todo estaría perdido para él y confiaba en que Hitler le nombrara su sucesor.[128] Para consternación de Speer, Hitler apenas fue capaz de ofrecerle algo más que un adiós formal.[129]

Himmler también se dirigía al norte para proseguir sus tratos clandestinos con el conde Bernadotte. Esperaba, incluso hasta al final, poder sacar algo de aquel desastre. En su desesperación, estaba dispuesto incluso a reunirse con un destacado miembro del Congreso Judío Mundial y aceptar la liberación de las mujeres judías del campo de concentración de Ravensbrück. También estaba dispuesto a hacer una promesa que no habría podido mantener aunque hubiera querido: que no se mataría a más judíos. Había ordenado a las SS combatir hasta el final y no capitular nunca.[130] El mismo estaba contemplando la idea de hacer precisamente lo contrario de lo que había predicado.

Bormann, la *éminence grise* del régimen, era consciente por entonces de que su título de jefe de la cancillería del partido ya no significaba nada. Pocos Gauleiter estaban en condiciones ni siquiera de recibir sus directivas. No podía abandonar el búnker. Eso estaba

claro. Pero una vez estuviera muerto Hitler, lo que ya no podía tardar, tenía la intención de escapar tanto de su propia muerte como de las garras de los rusos.

Goebbels, el último del cuarteto que, por debajo de Hitler, había dominado la política interior en los últimos meses y había garantizado que el régimen siguiera funcionando hasta el final, ya veía claramente desde hacía tiempo lo que se avecinaba, pese a su retórica en público y sus fantasías en privado. Siguió haciendo cuanto pudo para ayudar a repeler a los soviéticos. Incluso el día del cumpleaños de Hitler, organizó el traslado en autobuses de soldados desde Berlín hasta el frente del Óder.[131] Sabía que sería en vano. Para entonces había destruido sus efectos personales. Los originales de los diarios que había escrito con diligencia durante más de veinte años figuraban entre ellos. Sin embargo, se aseguró de que ese registro diario de su papel junto a Hitler en la lucha perdida pero «heroica» de Alemania, que consideraba su legado para las generaciones futuras, se conservara para la posteridad escondiendo tres copias.[132] Después, él y su esposa Magda se prepararon para trasladarse al búnker y unirse al Führer. Sabían que, al hacerlo, estaban decidiendo poner fin a sus vidas. Ya habían acordado matar a sus seis hijos.[133]

A la mañana siguiente, el 21 de abril, el distrito gubernamental, situado en el centro de Berlín, fue bombardeado. Se oyó un estruendo como un trueno lejano, aunque incesante y más intenso a cada hora.[134] Los soviéticos estaban a solo 12 kilómetros al este. Mientras progresaba el cerco de la ciudad, una unidad del Ejército Rojo liberó a unos 3.000 prisioneros, en su mayoría mujeres y niños enfermos, a los que habían abandonado en el campo de concentración de Sachsenhausen cuando la mayoría de los prisioneros había partido el 20 de abril.[135] El 24 de abril, el noveno ejército de Busse se vio atrapado en una tenaza soviética. Hitler y sus asesores militares habían ignorado las advertencias del coronel general Heinrici a este respecto.[136] Heinrici acabaría disfrutando del dudoso honor de ser el último general destituido por Hitler, la noche del 28 al 29 de abril, cuando finalmente se negó a

cumplir una orden totalmente imposible de Keitel y Jodl.[137] Para entonces, su ejército se hallaba en desbandada y los soldados huían desesperados hacia el oeste para evitar caer en manos de los soviéticos. Las órdenes poco realistas que no habían dejado de interferir en su mando fueron la gota que colmó el vaso. Pero había también un agravio personal: se sentía profundamente insultado por la manera en la que Keitel y Jodl le habían tratado, «indigna», en su opinión, de la forma en que se debía tratar a un comandante en jefe de un grupo de ejércitos e «intolerable» para un oficial con cuarenta años de servicio a sus espaldas.[138]

La actitud de Heinrici en aquellos últimos días, y también la del mariscal de campo Keitel y la del general Jodl, decía mucho sobre los generales de Hitler. Cuando Heinrici objetó a Keitel y Jodl que las posibilidades de tener algún éxito en la misión encomendada a su Grupo de Ejércitos Vístula eran mínimas, simplemente le dijeron que su deber era salvar al Führer. Creía que los principales asesores de Hitler no podían o no querían ver la verdadera situación y comprender que la batalla de Berlín estaba perdida. Pero Heinrici no presentó su dimisión. Como explicó en una descripción de la batalla de Berlín que redactó menos de un mes más tarde, «mi deber de obediencia como soldado y la imposibilidad de rechazar las órdenes de salvar al comandante supremo de la Wehrmacht» hicieron que no pudiera negarse «sin cometer una traición». «Después de que el OKW hubiera otorgado la máxima prioridad a la orden de “salvar al Führer”, esta primó por encima de todas las consideraciones militares».

Sin embargo, a Keitel, ni siquiera la muerte de Hitler le impidió proseguir con los combates. Le sugirió a Heinrici que, si no se podía salvar Berlín, el grupo de ejércitos debía seguir combatiendo en el norte de Alemania. Heinrici replicó que esto no era posible ni desde el punto de vista económico ni desde el militar. «La voluntad de los soldados de seguir luchando ya estaba disminuyendo bruscamente y se hundiría con la noticia de la muerte del Führer». Keitel respondió que, entonces, habría que retrasar el anuncio el mayor tiempo posible. Era necesario proseguir con la resistencia para entablar

negociaciones con los enemigos occidentales. Alemania aún disponía de numerosas bazas, como Dinamarca, Noruega y Bohemia, que servirían de base para la negociación. Heinrici pensaba que Keitel estaba completamente distanciado de la realidad, pero como conocía los preparativos de Dönitz en Plön, siguiendo órdenes de Hitler, para seguir combatiendo en la mitad septentrional del país mientras fuera posible, se tomó en serio la propuesta.[139]

El 25 de abril, el Reich quedó dividido en dos cuando las tropas estadounidenses y soviéticas se reunieron en Torgau, en el Elba. Al mediodía de ese mismo día, la ciudad de Berlín estaba totalmente rodeada. El centro fue sometido a un bombardeo de artillería cada vez más intenso. Berlín había sido declarada una fortaleza que había que defender hasta el final. Las fuerzas que debían hacerlo eran insuficientes, comparadas con el coloso soviético. Pero Dönitz era uno de los mandos militares que opinaba que la batalla de Berlín era necesaria, fuese cual fuese el coste para la población civil, ya que, de otro modo, sería deportada a Rusia sin que se pudiera impedir que sufriera ese destino.[140] Los civiles tendrían que soportar la miseria, el sufrimiento y la muerte que acompañarían a la implacable destrucción de su ciudad. Las tropas soviéticas tendrían que combatir prácticamente casa por casa. Pero, en medio de intensos y encarnizados combates en las calles, avanzarían hacia el epicentro del poder nazi en la cancillería del Reich.[141] Sabían que Hitler estaba allí.

Para entonces, una mezcla de histeria y absoluto fatalismo se había apoderado del búnker. Hitler había depositado falsas esperanzas en el duodécimo ejército del general Walther Wenck, que se había formado apresuradamente y combatía en el Elba y, sobre todo, en una contraofensiva al norte de Berlín encabezada por el cuerpo acorazado del SS-Obergruppenführer Felix Steiner. Keitel y Jodl, que tenían más criterio pero aún temían comunicarle a Hitler malas noticias, no le llevaron la contraria.[142] Cuando el 22 de abril el Führer se enteró de que el ataque de Steiner no se había producido,[143] los sentimientos contenidos explotaron en un arrebato de furia. Hitler admitió abiertamente por primera vez que

la guerra estaba perdida. Le comunicó a su atónito séquito que estaba decidido a quedarse en Berlín y a quitarse la vida en el último momento. Parecía estar renunciando al poder y a la responsabilidad al añadir que ya no tenía más órdenes para la Wehrmacht. Incluso dio a entender que Göring podría haber negociado con el enemigo.[144] Luego, de manera asombrosa, se repuso. Solo unos instantes después de hablar en privado sobre su muerte inminente y la incineración de su cuerpo se negó en la sesión militar a ceder un ápice de su autoridad y rezumaba como siempre optimismo.[145] Tras un breve momento de abatimiento, volvía a tener las riendas.

Keitel fue enviado al cuartel general de Wenck con la orden de marchar sobre Berlín, algo totalmente inviable pero que animaba temporalmente a Hitler. El alto mando de la Wehrmacht estaba dividido entre Krampnitz, cerca de Potsdam (más tarde lo trasladarían al norte, hasta que finalmente Dönitz se instaló en Plön) y Berchtesgaden. Pese al ataque de desesperanza que sufrió durante su abatimiento momentáneo, Hitler no tenía ganas de renunciar al control. Göring lo supo cuando, confundiendo lo que le habían contado sobre el ataque de Hitler con la incapacidad o la falta de ganas de seguir liderando y dando por sentado que, en virtud de la ley de sucesión, él asumiría el mando, fue relevado de todos sus cargos y puesto bajo arresto domiciliario en el Berghof. Bormann, un acérrimo enemigo durante años del mariscal del Reich, pudo saborear un último triunfo.

Ni siquiera en aquel momento estaban los generales encargados de defender Berlín dispuestos a considerar la idea de la capitulación. Cuando el general Kurt von Tippelskirch llegó el 2 7 de abril para asumir el mando del vigesimoprimer ejército, organizado a toda prisa con las unidades que pudieron encontrarse, mantuvo una larga conversación con Heinrici, con el que había combatido en Rusia, sobre la situación del Grupo de Ejércitos Vístula. Ambos reconocieron que lo que quedaba del Reich sufría a diario una inmensa destrucción. Solo la capitulación podía evitarla. Sin embargo, Tippelskirch afirmó que seguía siendo imposible tomar

aquella decisión. Supondría actuar en contra de la voluntad del Führer (Jodl había enfatizado recientemente que las negociaciones eran imposibles mientras Hitler estuviera vivo).[146] Además, cualquier intento de capitular sería infructuoso. La mayoría de los soldados se negarían a obedecer la orden de entregarse y «emprender el camino a Siberia» y tratarían de volver a sus hogares por sus propios medios. El enemigo alegaría entonces que no se habían cumplido las condiciones de la capitulación. La guerra habría continuado y, con ella, la destrucción del país. Los soldados habrían sido hechos prisioneros de todas formas. No habría servido de nada. En cambio, «el grupo de ejércitos soportaría la vergüenza de la capitulación y el abandono del Führer». «Por tanto, la lucha debe continuar, con el objetivo de llevar gradualmente a los ejércitos hacia el oeste para que, al final, no caigan en manos de los rusos, sino de los anglo-estadounidenses».[147] Era evidente que en aquel razonamiento los intereses del ejército primaban sobre cualquier otra preocupación.

Fuera del manicomio del búnker, lo que quedaba del Gobierno se hallaba en un estado de caos terminal. La mayor parte del personal de los ministerios (con la importante excepción del Ministerio de Propaganda) había sido reubicada en el sur de Alemania a principios de marzo, por lo que en Berlín no quedaba más una organización esquelética. Varios ministros y su personal fueron trasladados en abril, acogiendo de buen grado la oportunidad de dejar la capital. Berlín era entonces una capital de gobierno sin aparato de gobierno. El jefe de la cancillería del Reich, Hans-Heinrich Lammers, había marchado a Berchtesgaden a finales de marzo. Se fue con un permiso, alegando hipertensión. En realidad, había sufrido una grave crisis nerviosa. Hacía mucho tiempo que servía para poco. Desde el verano anterior, las funciones de la cancillería del Reich eran prácticamente residuales, ya que se habían transferido sus competencias a Bormann, jefe de la cancillería del partido. Durante sus últimos días, el jefe en funciones fue el secretario de Estado, Friedrich Wilhelm Kritzinger, a quién se encomendó la tarea, puramente teórica, de coordinar los demás ministerios y a los

funcionarios civiles de la cancillería del Reich que quedaban en Berlín. Cuando al acabar la guerra le preguntaron por qué no había dimitido, Kritzinger pareció no entender del todo la pregunta. «Como alto funcionario, mi deber era mantener mi lealtad al Estado», respondió, expresando su vergüenza por las políticas contra los judíos y los polacos. (Incluso en la mañana del 21 de abril, mientras los obuses soviéticos explotaban en el distrito gubernamental de Berlín, los funcionarios seguían «trabajando» en sus escritorios, sin hacer nada útil.)[148] Cuando le preguntaron por qué Lammers continuó haciendo todo lo que pudo para mantener el esfuerzo de guerra, Kritzinger respondió: «Bueno, tiene que haber cierta organización. Piensen simplemente en la alimentación de la población. Aquello funcionó hasta el final». Su interrogador le replicó: «¿No habría sido mejor que no funcionara hasta el final?». «Era la guerra», respondió Kritzinger.[149]

La tarde del 20 de abril, Kritzinger dio instrucciones al personal de los ministerios que permanecía en Berlín de partir a toda prisa hacia el sur por carretera. Fue imposible. Se dio una nueva orden de salir al día siguiente en avión, pero no había suficientes aviones disponibles. Entonces se les sugirió que fueran hacia el norte. El ministro de Finanzas, Graf Schwerin von Krosigk, exasperado después de haber presionado durante las semanas anteriores a Goebbels y Speer para que tomaran medidas para conseguir que los Aliados occidentales llegaran a un acuerdo,[150] pidió una orden clara al Führer, alegando que no tenía ninguna intención de que las SS lo ahorcaran por desertor en el camino. Cuando, después de mucho intentarlo, Kritzinger consiguió gracias a Bormann una «recomendación» de Hitler para que los ministros se dirigieran al norte, Krosigk dijo que aquello no bastaba e insistió en una orden escrita del Führer. Al final, Kritzinger logró convencer a Bormann para que consiguiera que Hitler, para quien aquello no era la máxima prioridad en aquel momento, firmase una orden escrita pidiendo a los ministros que se dirigieran a Eutin, en el norte, a una gran distancia, en Schleswig- Holstein. En medio de la improvisación y el pánico, los ministros de un Reich con una larga y

orgullosa tradición de trabajo al servicio del Estado huyeron de la capital y de un jefe de Estado abocados a la autodestrucción.

Cuando se ejecutaron las órdenes de Hitler de dividir el Reich entre sectores septentrionales y meridionales, comenzó a haber, a todos los efectos, seis centros de Gobierno en Alemania: Hitler en su búnker de Berlín, con una autoridad real e indiscutible (hasta donde podía extenderse); el alto mando de la Wehrmacht, dividido entre Krampnitz y Berchtesgaden; partes del gabinete del Reich ubicadas en el sur, y el resto en el norte, bajo el mando de Dönitz; Göring todavía seguía al mando (hasta que lo destituyó Hitler el 23 de abril) de lo que quedaba de la Luftwaffe en Berchtesgaden; y Himmler disponía de lo que quedaba de las SS y las fuerzas policiales en la zona septentrional de Lubeca.[151] Ya no quedaba nada parecido a un gobierno central en el Reich.

En las provincias, o en lo que quedaba de ellas bajo control alemán, el régimen también implosionaba, inevitablemente, con una violencia ilimitada durante sus últimos días. El 20 de abril, se le comunicó a la administración del Gau de Augsburgo que los bancos se iban a quedar sin fondos en menos de una semana. Ya no se podían pagar los salarios y hacía una semana que no se habían recibido billetes del Reichsbank. El Ministerio de Finanzas de Baviera estaba emitiendo moneda, pero no estaría lista hasta al cabo de ocho o diez días, y esperaba la llegada de 300 millones de marcos del Reich desde Berlín, tras lo cual se asignaría a Suabia lo que le correspondía.[152] No está claro si eso llegó a ocurrir, pero en Suabia no quedaba mucho para seguir adelante cuando Augsburgo se rindió a los estadounidenses el 28 de abril.

El Kreisleiter de la pequeña población de Lindau, junto al lago Constanza, en el extremo occidental de Baviera, cerca de la frontera suiza, informó a finales de abril de que la ciudad estaba prácticamente sumida en el caos. Los soldados alemanes borrachos causaban estragos por las calles y saqueaban las propiedades de sus habitantes. A la ciudad había llegado una cantidad enorme de refugiados y desertores. El Kreisleiter pidió una autorización para restablecer el orden ejecutando a los cien primeros detenidos.

Afortunadamente, parece que no obtuvo el permiso. Lindau aguantó unos pocos días más antes de rendirse el 2 de mayo.[153]

La violencia también precedió a la capitulación de Ratisbona, la capital del Alto Palatinado, que cayó sin ofrecer resistencia. El Gauleiter Ruckdeschel marcó la pauta al organizar la ejecución del Gauleiter Wächtler. Ruckdeschel y los dirigentes nazis de la ciudad estaban decididos a seguir combatiendo. En una tensa reunión convocada por el Kreisleiter en el velódromo de la ciudad la tarde del 22 de abril, Ruckdeschel declaró que la ciudad sería «defendida hasta que no quede piedra sobre piedra». Su discurso fue retransmitido en la ciudad y solo consiguió avivar el miedo y la consternación de la población. Los estadounidenses estaban muy cerca y pocas personas estaban dispuestas a morir entre las llamas cuando el enemigo tomara la ciudad. A la mañana siguiente, algunas mujeres empezaron a recorrer las tiendas propagando el rumor de que iba a haber otra reunión aquella tarde en la Moltkeplatz, en el centro de la ciudad, para exigir que Ratisbona fuera entregada a los Aliados sin oponer resistencia. Acudieron cerca de un millar de personas, muchas de ellas mujeres con niños. Cuando la muchedumbre empezó a impacientarse, se dirigió a ella un eminente miembro del cabildo catedralicio, el doctor Johann Maier, quien, no obstante, solo pudo decir unas pocas palabras antes de que lo detuvieran junto con varias personas más.

Cuando Ruckdeschel se enteró de lo sucedido, ordenó que Maier y los demás «cabecillas» fueran ahorcados. Un consejo de guerra sumario formado apresuradamente no tardó en condenar a muerte a Maier y al trabajador de un almacén de 70 años, Joseph Zirkl. Fueron ahorcados en la Moltkeplatz al amanecer del día 24 de abril. Los mecanismos del terror todavía seguían funcionando. Sin embargo, con los estadounidenses a las puertas, el comandante militar de la ciudad, el jefe del gobierno regional, el Kreisleiter y el jefe de la policía desaparecieron repentinamente en medio de la noche. El Gauleiter Ruckdeschel también desapareció. El camino estaba de repente totalmente despejado para que los emisarios

entregasen el 27 de abril la ciudad, que en su mayor parte no había sufrido daños durante la guerra.[154]

En otras zonas de Baviera, los representantes del régimen también estaban decididos a salir de escena con alardes de violencia asesina y vengativa de última hora, tan inútil como aterradora. Eran conscientes de que era el fin de los nazis, aunque mantuvieron la capacidad de vengarse violentamente de sus adversarios políticos. En la mañana del 28 de abril, la proclamación desde una emisora de radio tomada en las afueras de Múnich por la «Iniciativa para la Liberación de Baviera», un valiente alzamiento local contra el régimen nazi pero, a la larga, contraproducente, desencadenó el asesinato de más de 40 personas en varios lugares de la región, cuando los estadounidenses ya estaban en algunos casos a solo unas horas de distancia. La «Iniciativa» estaba liderada por tres oficiales destacados en unidades locales de la Wehrmacht: el capitán Rupprecht Gerngross, el mayor Alois Braun y el teniente Ottoheinz Leiling. Su objetivo era dar a entender a los Aliados que, al menos en Baviera, el régimen nazi no representaba la única cara de Alemania y aspiraban a conseguir la restauración de los valores bávaros tradicionales en la reconstrucción de la provincia. Sin duda, se trataba de un valeroso error en aquella coyuntura. Al alentar que antiguos adversarios del régimen mostraran abiertamente su rebeldía en varios pueblos y aldeas de Baviera, estaban sentenciándolos involuntariamente a muerte. Poco podía conseguir aquel alzamiento, ni desde el punto de vista político, ni desde el militar. En la mayoría de los casos, quienes se hallaban en las aldeas, los pueblos y las ciudades las entregaron en el momento adecuado mediante maniobras audaces. Era inconcebible que una tentativa de alzamiento, planeado y ejecutado casi de una forma aficionada, pudiera precipitar el final de los combates en Baviera. En lugar de eso, solo sirvió como una provocación para que los nazis locales que aún ejercían el poder perpetraran una venganza asesina contra sus adversarios y, en el proceso, ajustaran viejas cuentas.

El Gauleiter de Múnich-Alta Baviera, Paul Giesler, un fanático acorralado, fue el responsable de la peor violencia. Cinco hombres

en Múnich fueron sacados de sus casas y fusilados siguiendo sus órdenes. En Altötting, un centro de peregrinación católico, el Kreisleiter lideró un escuadrón de las SS que fusiló a cinco personas, opositores locales desde hacía años, que figuraban en una lista que había elaborado rápidamente. Cuando su escuadrón de la muerte informó sobre la ejecución de otras tres personas en la vecina Burghausen, gritó: «¿Qué? ¿Solo tres?». La mayor atrocidad se cometió en la pequeña población minera de Penzberg, que estaba localizada, de un modo algo incongruente, en un hermoso paisaje alpino entre Múnich y Garmisch-Partenkirchen. Los dirigentes nazis locales querían volar la mina de carbón, eje de la vida económica de la ciudad, y también las instalaciones hidráulicas y los puentes de las inmediaciones. Para impedir la destrucción, un grupo de socialdemócratas y comunistas trató de ocupar la mina y deponer a los dirigentes nazis de la ciudad. Sin embargo, no transcurrió demasiado tiempo hasta que un oficial de una unidad cercana de la Wehrmacht arrestara a los cabecillas de la revuelta, incluido el antiguo alcalde del SPD. Acompañado del alcalde nazi depuesto, fue entonces a Múnich, donde el Gauleiter Giesler ordenó de forma perentoria que fueran ejecutados de inmediato y sin juicio. Cuando el oficial regresó a Penzberg, alrededor de las seis de la tarde, se leyeron en voz alta las condenas por traición y los siete acusados fueron ejecutados en el acto. Giesler encomendó a un pelotón del Werwolf, compuesto por unos cien hombres, ocuparse de las personas «poco fiables políticamente» y se marchó a toda prisa a Penzberg. Aquella misma tarde ahorcó a otras ocho personas, entre ellas dos mujeres, en diferentes lugares de la ciudad, con carteles alrededor del cuello en los que se decía que eran traidores y estaban al servicio del enemigo. Al día siguiente, llegaron los estadounidenses.[155]

En Berlín, casi nadie conocía el drama subterráneo que se desarrollaba en el búnker. Sus habitantes tenían problemas mucho más acuciantes en los que pensar. Querían la paz desesperadamente; «un final con horror antes que un horror sin final», como decía el tópico. Habían deseado no menos desesperadamente que los

estadounidenses llegaran a Berlín antes que los rusos.[156] Incluso aquella esperanza se había desvanecido. Todo lo que quedaba era el temor a lo que iba a ocurrir a continuación y el deseo de sobrevivir. Las calles estaban vacías, exceptuando algunas colas de personas fuera de las tiendas tratando de comprar la comida que necesitaban para soportar un largo asedio.[157] La mayoría de la población vivía entonces en sótanos, «como termitas, arrastrándose por los rincones más escondidos»,[158] siempre hambrienta a medida que las raciones disminuían, sin calefacción debido a la escasez de carbón, obligada a esperar en largas colas para llenar cubos de agua en las bocas de riego de las calles. La población tenía la sensación de que ya no se la gobernaba. «Ya no recibimos órdenes, ni noticias, nada. Ningún cerdo se preocupa por nosotros», decía una mujer.[159] Sin electricidad, pocos podían enterarse de las noticias a través de la radio. E incluso los últimos panfletos de dos páginas que recibían el nombre de periódicos desaparecieron, por lo que los habitantes tenían que depender del boca a boca para obtener alguna información, a menudo falsa.[160] Al menos no tenían que soportar los titulares del *Völkischer Beobachter,* que todavía siguió publicándose en Múnich hasta el 28 de abril, en los que se proclamaban cosas como «Alemania aguanta con firmeza y lealtad al Führer», «El Führer, defensor de Berlín» o «El Führer enardece el espíritu combativo de Berlín».[161] A cualquiera que expresara estos sentimientos en las calles de Berlín se le tomaba por demente. Pero los cadáveres que pendían aquí y allá con carteles colgados en el cuello proclamando que habían sido «traidores» eran un aviso para no hablar de forma temeraria y seguir tomando unas precauciones extremas frente a los que aún defendían a aquel régimen herido de muerte.[162]

Mientras las carreteras que partían de Berlín permanecieron abiertas, miles de personas, muchas de ellas mujeres pálidas y agotadas con sus hijos exhaustos, trataron de huir hacia el oeste a pie, en carros, empujando carretillas y cochecitos para bebés en los que llevaban lo que quedaba de sus últimas pertenencias.[163] Después se cerraron todas las vías de escape y ya solo quedaba

esperar con terror en los sótanos, deseando que llegara el final y al mismo tiempo temiendo lo que podría significar.[164] En la última semana de abril, los peores temores de muchos berlineses comenzaron a hacerse realidad cuando llegaron los soldados del Ejército Rojo.

En el búnker también se aproximaba el fin. Había comenzado el último acto del drama. La crueldad del régimen en medio de su propia agonía afectó a la pequeña comunidad del búnker cuando el cuñado de Eva Braun, el disoluto y brutal Hermann Fegelein, un líder de las SS próximo a Himmler, intentó huir y, tras ser arrastrado de vuelta, fue condenado sumariamente a muerte y ejecutado. Fegelein no era más que un sustituto del verdadero traidor a ojos de Hitler en los últimos días de su vida: Heinrich Himmler. Al parecer, el Reichsführer-SS, como Göring, había tomado la noticia del estallido de Hitler el 2 2 de abril por una abdicación de facto. Finalmente, había renunciado a la prudencia que le había caracterizado durante sus conversaciones con Bernadotte y ofreció la capitulación en el oeste (aunque no en el este). Para Hitler, aquella era la mayor de las traiciones. En su último estallido volcánico de rabia, expulsó a Himmler del partido y ordenó su arresto.[165] Pero su poder ya no se extendía lo bastante lejos como para hacer que el Reichsführer-SS, que se hallaba en el norte del país, fuera llevado de vuelta a Berlín y sufriera una última deshonra y una terrible ejecución.

Con la traición de Himmler, parecía como si la lucha se le hubiera escapado de las manos a Hitler. En el último acto del drama, se casó con Eva Braun, su compañera durante muchos años, que había decidido poner fin a su vida junto a él, y redactó su testamento. En el apartado político incluía los nombres de los ministros del gobierno que habría de sucederle. Dönitz, cuyo fanático apoyo quedaba reconocido (también cuando envió marineros a combatir en la batalla final en Berlín), se convertiría en el presidente del Reich. Goebbels, Bormann, Hanke, Saur, Giesler y Schörner, todos ellos fanáticos incondicionales, fueron recompensados por su lealtad y su fanatismo. No había ningún lugar

para Speer. Cumplida la tarea, y con los soviéticos casi literalmente a las puertas, a Hitler y a Eva Braun solo les quedaba organizar los últimos preparativos para su suicidio. A media tarde del 30 de abril, Hitler se disparó un tiro y Eva Braun ingirió veneno. Dönitz, que estaba en Plön, en Schleswig-Holstein, no se enteró de la muerte de Hitler hasta la mañana siguiente, no mucho después de que le hubiera enviado un mensaje, suponiendo que aún estaba vivo, en el que le profesaba su lealtad incondicional. La Wehrmacht y la población alemana, aquellos que escuchaban la radio, no fueron informados hasta última hora de la tarde del 1 de mayo de que Hitler había caído «al frente de los heroicos defensores de la capital del Reich», una última mentira de la propaganda.[166] Joseph y Magda Goebbels se habían suicidado aquel mismo día tras envenenar a sus seis hijos. Al día siguiente, el 2 de mayo, las tropas alemanas de Berlín recibieron la orden de dejar de combatir. La bandera soviética con la «hoz y el martillo» fue izada en el Reichstag.

La guerra aún no había terminado. Fuera de Berlín continuaban los combates. Pero con la muerte de Hitler había desaparecido el obstáculo insuperable para la capitulación. Lo que había sido imposible mientras estaba vivo se volvió de inmediato factible en cuanto murió. Nada demuestra con mayor claridad hasta qué punto era él personalmente quien había mantenido unido al régimen. Los vínculos con su «comunidad carismática» y las estructuras de poder fragmentadas que habían existido durante todo el Tercer Reich habían garantizado que su indiscutible poder personal se mantuviese, con un coste terrible para el pueblo alemán, hasta que los rusos llegaron a las mismas puertas de la cancillería del Reich.


N
NORUEGA
FINLANDIA
Bergen
Oslo
SUECIA
Helsinki
Leningrado
Estocolmo
RUSIA
Mar del Norte
IRLANDA
Dublín
DINAMARCA
Copenhague
Mar Báltico
Flensburgo
Königsberg
GRAN BRETAÑA
Hamburgo
POLONIA
PAÍSES BAJOS
La Haya
Londres
Weser
Berlín
Vístula
Varsovia
ALEMANIA
Oder
Dunkerque
Bruselas
Colonia
Elba
Breslau
BÉLGICA
LUXEMBURGO
Frankfurt
Praga
París
Reims
ESLOVAQUIA
Lorient
Saint Nazaire
Sena
Rin
Danubio
Bratislava
Múnich
Viena
Loira
AUSTRIA
Budapest
La Rochelle
FRANCIA
SUIZA
Berna
RUMANIA
Trieste
Ródano
Po
Belgrado
Bucarest
Danubio
YUGOSLAVIA
Ebro
BULGARIA
Sofía
ITALIA
Estambul
Roma
Tirana
Caserta
ALBANIA
GRECIA
Atenas
ARGELIA
(Protectorado francés)
TÚNEZ
(Protectorado francés)
Creta
Mar Mediterráneo
LIBIA
(Ocupación británica y francesa)
Línea del frente el 9 de marzo de 1945
0 100 200 300 millas

9

LIQUIDACIÓN

Como los enemigos occidentales siguen apoyando a los soviéticos, la lucha contra los anglo-estadounidenses prosigue, conforme a la orden del gran almirante.

Jefe del estado mayor de operaciones navales, 4 de mayo de 1945

I

Solo dos o tres años antes, la muerte de Hitler habría conmocionado a la nación. Antes de que la invasión de la Unión Soviética sumiera a Alemania en una larga guerra de desgaste imposible de ganar, la sensación de pérdida habría sido inconmensurable en todos los rincones del país. Las reacciones al intento de asesinato de Stauffenberg en julio de 1944 muestran que, incluso entonces, si hubieran acabado con Hitler, la turbación habría sido enorme. Sin embargo, la tarde del 1 mayo de 1945, cuando la radio anunció la noticia de la muerte de Hitler, fueron pocas las lágrimas que se derramaron.

Naturalmente, hubo excepciones. Se decía que la tripulación de un dragaminas había estado a punto de llorar cuando oyó el anuncio, que consideró las «últimas tonalidades heroicas» de una larga guerra.[1] Un suboficial destacado cerca de Praga recordaba el prolongado silencio y el sentimiento de consternación con el que acogieron la noticia en su unidad, y señalaba que los soldados

consideraron la muerte del Führer un «gesto heroico». «Al menos, la mayoría», añadía.[2] No podemos saber si su valoración era exacta o no. Tampoco es posible saber cuál fue la reacción más común entre los soldados cuando, el 3 de mayo, el más nazificado de todos los generales, el mariscal de campo Schörner, se dirigió a su Grupo de Ejércitos Centro, que por entonces se hallaba en Bohemia. Schörner describió a Hitler como «un mártir de su idea y de su creencias y un soldado de la misión europea» que había muerto combatiendo al bolchevismo «hasta su último aliento».[3] Cabe suponer que, probablemente, a la mayoría de los soldados, dondequiera que estuvieran destacados, les preocupaba menos la muerte del Führer que su propia lucha para escapar de las garras del Ejército Rojo.

Hubo algunos partidarios fanáticos de Hitler en todas las unidades militares hasta el final, aunque, por lo general, por entonces eran una minoría. Un oficial recordaba que, al oír la noticia de que el Führer había «caído», un joven soldado se puso de pie de un salto, levantó el brazo y gritó «Heil Hitler», mientras los demás siguieron tomando la sopa como si nada hubiera ocurrido.[4] Sin duda hubo un amplio abanico de emociones entre los generales al enterarse de la noticia, desde el alivio hasta la tristeza, mezclado con una sensación de que era inevitable. «¡El Führer ha caído! Terrible y, sin embargo, esperado», anotaba en su diario un antiguo comandante del frente, el coronel general Georg-Hans Reinhardt.[5] Cuando un pequeño grupo de altos oficiales, reunido en el cuartel de campaña del tercer ejército panzer en Mecklemburgo, oyó la noticia, no hubo el menor atisbo de que alguno de ellos se conmoviera.[6] Incluso entre los altos oficiales prisioneros de los británicos hubo división de opiniones sobre Hitler cuando se enteraron de su muerte. «Una personalidad trágica, rodeada de un círculo de criminales incompetentes», «un personaje histórico» cuyos logros solo se reconocerían en el futuro, eran la opinión general, mientras discutían si, al haber jurado lealtad a su persona, quedaban liberados de su juramento militar.[7]

En cuanto a la población civil, la mayoría de los alemanes estaban demasiado ocupados combatiendo el hambre, malviviendo

entre las ruinas de sus casas, evitando a los soldados soviéticos que merodeaban o recomponiendo sus vidas rotas durante la ocupación enemiga como para prestar mucha atención al fallecimiento del Führer.[8] A una madre de Celle le preocupaba una cuestión práctica: si sus hijos debían seguir saludando o no a la gente con «Heil Hitler» ahora que había muerto. «Les dije que podían continuar diciendo "Heil Hitler" porque Hitler siguió siendo el Führer hasta el final. Pero si les resultaba extraño, podían decir "buenos días"», era su opinión.[9] En Gotinga, que ya llevaba tres semanas en manos de los Aliados, una mujer comentaba que a quienes habían aclamado efusivamente a Hitler unos pocos años antes ahora apenas les interesaba su fin. Nadie lloró su muerte.[10] «Hitler ha muerto y nosotros, nosotros actuamos como si no nos concerniera, como si fuera la persona más indiferente del mundo —escribió una mujer en Berlín, una adversaria de siempre del nacionalsocialismo—. ¿Qué ha cambiado? ¡Nada! Excepto que hemos olvidado a Herr Hitler durante el infierno de los últimos días».[11]

En los últimos meses de la guerra, cada vez más alemanes se dieron cuenta de que Hitler, más que nadie, había sido el responsable del sufrimiento que les había afligido. «Es una pena que Hitler no haya sido enviado a Siberia. Pero ese cerdo era tan cobarde que ha preferido dispararse en la cabeza», escribía una mujer de Hamburgo.[12] «Nos han dirigido criminales y tahúres y les hemos dejado guiarnos como a corderos al matadero —era la opinión de una joven de Berlín, que había estado expuesta a la tierna misericordia de los soldados del Ejército Rojo y aún no se había enterado de la muerte de Hitler—. Ahora el odio se inflama entre la desdichada masa de la población. "No hay ningún árbol suficientemente alto para él", decían esta mañana en la bomba de agua sobre Adolf».[13] La antigua idolatría de Hitler, los elogios personales y la adulación, que habían parecido tan positivos y satisfactorios en el Tercer Reich, se estaban convirtiendo en una demonización del hombre al que se podía culpar de todo lo que había salido mal.

Para la gente corriente, a la que solo le preocupaba salir de la miseria, la muerte de Hitler no cambiaba nada. Lo mismo era válido para los soldados acuartelados o que aún luchaban en el frente y para los miembros de las tripulaciones de la armada y la Luftwaffe, algunos de ellos obligados a luchar en combates cada vez más desesperados en tierra. De hecho, cuando el gran almirante Dönitz tomó las riendas del poder como presidente del Reich alemán, la continuidad, más que una ruptura con el pasado inmediato, parecía estar a la orden del día. No obstante, se había producido un cambio fundamental. Era como si, tras la marcha de un director general que se negara categóricamente a aceptar la realidad, una administración se hubiera hecho cargo de una organización en quiebra con la única misión de iniciar el proceso de liquidación.

Sin Hitler, se había eliminado el obstáculo principal e infranqueable para la capitulación. Cuando un telegrama de Bormann informó a Dönitz a las 6.35 de la tarde del 30 abril de que Hitler le había nombrado su sucesor, nada indicaba que el dictador estuviera muerto. Sin embargo, se habían conferido de inmediato plenos poderes a Dönitz para que adoptara todas las medidas que juzgara necesarias en vista de la situación.[14] Sintió un enorme alivio al saber que podía actuar y convocó de inmediato a Keitel, Jodl y Himmler para hablar de la situación.[15] Pero, al no estar seguro, Dönitz telegrafió al búnker a primera hora del día 1 de mayo (un telegrama que no menciona en sus memorias) para profesar su lealtad incondicional al Führer, al que aún creía vivo, manifestar su intención de hacer todo lo posible para sacarlo de Berlín, aunque sabía que era una promesa vana,[16] y declarar, ambiguamente, que «pondría fin a esta guerra, como exige la lucha heroica y única del pueblo alemán».[17] Solo más tarde, esa misma mañana, Dönitz recibiría el mensaje de Bormann en el que le comunicaba que el testamento había entrado en vigor. Cuando tuvo una confirmación de la muerte de Hitler, Dönitz supo por fin que tenía las manos libres.[18]

Mientras Hitler permaneció vivo, Dönitz se había visto atado a él, en tanto que jefe del Estado y comandante en jefe de las fuerzas

armadas, por el juramento de obediencia militar, que el gran almirante consideraba un compromiso sagrado, al igual que la mayoría de los hombres de su generación que se habían formado como oficiales. Además, había aceptado, como la mayoría de los altos mandos del ejército, el «principio de liderazgo» *(Führerprinzip),* que había sido la base de la autoridad de Hitler en el partido, y después en el Estado y en su mando militar, en todo el Tercer Reich.[19] Por consiguiente, de acuerdo con sus inflexibles principios, se había negado a contemplar la capitulación y apoyó la fanática prosecución de la guerra mientras Hitler estuvo vivo. Sin embargo, en cuanto supo que Hitler había muerto, se vio en posición de contemplar la idea de negociar el fin de una guerra perdida.[20] No podría haber un ejemplo más claro del carácter central, en la catastrófica continuación de la guerra, no solo de la persona del Führer, sino de las estructuras de poder y las mentalidades que sustentaban la dominación de Hitler.

Incluso entonces se asistía a un proceso de liquidación de la guerra, no a un fin inmediato de la misma. El objetivo de Dönitz, que proclamó el 1 de mayo, de «salvar al pueblo alemán de la destrucción por el bolchevismo» denotaba un intento de dar sentido a la prosecución de los combates en el este al tiempo que buscaba un fin negociado en el oeste.[21] De pronto, la cuestión de la capitulación se planteó de forma real y urgente, aunque no para el este. ¿Se podía evitar aún una capitulación general? ¿Se podía convencer, incluso entonces, a las potencias occidentales, con capitulaciones parciales, de que sumaran sus fuerzas a las de la Wehrmacht para combatir el bolchevismo? ¿Se podían conseguir condiciones favorables para mantener el Reich como una unidad política? ¿Se podía llegar a un acuerdo que salvara a los soldados alemanes del frente oriental de ser hechos prisioneros de los soviéticos? Era obvio que el fin era inminente. Pero mientras Hitler había descartado por completo la capitulación y estaba dispuesto a arrastrar a todo en el país al abismo con él, la nueva administración de Dönitz se interesó desde el principio por el tipo de rendición que creía que podía negociar para evitar lo peor, la sumisión al

bolchevismo. Y mientras Hitler, al menos hasta los días previos a su muerte, en los que todo se desmoronaba visiblemente, había podido contar con lealtades residuales, respaldadas por altas dosis de terror y represión, para mantener unido un régimen que se desvanecía, Dönitz no podía contar ni con su prestigio personal ni con el respaldo masivo del partido o el enorme aparato policial. Lo único que tenía a su disposición era una cúpula militar cada vez más reducida, una red de inteligencia limitada y los residuos de la burocracia ministerial. «¿Quién es ese tal Herr Dönitz? —preguntó despectivamente un general de las Waffen-SS, el Obergruppenführer Felix Steiner, cuando se enteró de que el gran almirante iba a ser el nuevo jefe de Estado—. Mis fuerzas y yo no estamos obligadas a él por juramento. Negociaré por mi cuenta con los ingleses en la retaguardia».[22]

De los miembros del cuarteto inmediatamente por debajo de Hitler, aparte de la cúpula militar, en la que se había apoyado mucho el gobierno del Reich desde el mes de julio anterior, solo Speer permaneció en la administración de Dönitz, pese a haber sido descartado en la lista ministerial de Hitler a favor de su acérrimo enemigo Saur. Sin embargo, era ministro de Economía y tenía a su cargo poco más que las ruinas económicas. Goebbels, designado canciller del Reich en la lista ministerial elaborada por Hitler, fue el único miembro del cuadrunvirato que actuó conforme al imperativo del Führer de hundirse con el Reich en un final «heroico». E incluso Goebbels había considerado la perspectiva de una capitulación parcial tras la muerte de Hitler y solo se suicidó después de haber intentado, sin éxito, negociar junto con Bormann un acuerdo con el mariscal Zhúkov en Berlín. Bormann, nombrado ministro del Partido, se mostraba reacio, como la mayoría de los demás miembros del séquito de Hitler, a poner fin a su vida en una catacumba de Berlín y huyó del búnker en cuanto pudo, supuestamente para encontrarse con Dönitz en Plön. Apenas se alejó de las ruinas de la cancillería del Reich para ingerir, a primera hora de la mañana del 2 de mayo, una cápsula de veneno que puso fin a su vida y evitó que lo capturaran los soviéticos. Himmler, que había

caído en desgracia después de que Hitler le despojara de todos sus poderes tras su «traición», al principio albergaba esperanzas de conseguir un cargo en la administración de Dönitz y desempeñar un papel destacado en la futura lucha conjunta de las potencias occidentales y el Reich contra el bolchevismo, pero no lo consiguió.

Dönitz, como se ha visto en los capítulos anteriores, había sido uno de los comandantes más fanáticos de la Wehrmacht a la hora de apoyar la decisión de Hitler de combatir hasta el final. «Sé que no me crees, pero debo comunicarte mi convicción más profunda. El Führer siempre tiene razón», le dijo a un colega en marzo.[23] Su inquebrantable lealtad a Hitler le había valido el apelativo de «joven hitleriano Quex», por el nombre del «héroe» de la famosa película propagandística.[24] Una señal de su respaldo sin fisuras había sido el envío a Berlín el 25 de abril de más de 10.000 marineros, equipados únicamente con armas ligeras, para combatir en la fútil batalla por la capital del Reich.[25] Para entonces, Dönitz ya actuaba como delegado de Hitler, con poderes plenipotenciarios en el partido y el Estado (aunque no en toda la Wehrmacht) en el norte de Alemania. Tras la «traición» de Himmler a finales de abril, Hitler confió en Dönitz para que actuara «a la velocidad del rayo y con mano de hierro contra todos los traidores sin excepción de la zona norte de Alemania».[26] Hitler, que siempre había sentido por la mayoría de los generales del ejército poco más que desprecio, valoraba mucho a Dönitz y reconoció su apoyo elogiando a la armada por su sentido del honor, su oposición a la rendición y el cumplimiento del deber cuando redactó su testamento.[27] El nombramiento de Dönitz por Hitler para que fuera su sucesor como jefe de Estado, aunque con el título resucitado de presidente del Reich, en desuso desde 1934, y no el de Führer, no causó tanta sorpresa a los que ejercían altos cargo en el régimen como a los que estaban más alejados del centro de poder, o eso cabe suponer retrospectivamente.[28]

En cualquier caso, Hitler tenía pocas opciones. Göring, al que había designado sucesor durante más de una década y, hasta que cayó en desgracia, comandante en jefe de la Luftwaffe, había sido

destituido de todos sus cargos a raíz de su «traición» del 23 de abril y estaba en Berchtesgaden en arresto domiciliario. De todos modos, es extremadamente dudoso que, en dicha fecha, hubiera podido ejercer su autoridad sobre todas las fuerzas armadas. La única experiencia de mando militar de Himmler había sido como jefe del ejército de reserva desde julio de 1944 y después, a principios de 1945, una breve e infructuoso puesto como comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Vístula. Hitler, en un arrebato de ira, también lo había relevado de todas su funciones a finales de abril. Keitel no era más que el servil ejecutor de las órdenes de Hitler, y muchos sentían desprecio por él dentro de la Wehrmacht. El único general del ejército en el que Hitler tenía alguna confianza al final era el mariscal de campo Schörner. Pero seguía siendo un comandante del frente, al mando del asediado Grupo de Ejércitos Centro, que combatía en la antigua Checoslovaquia. Aunque Hitler lo admiraba mucho, Schörner era despreciado por muchos otros generales y, aunque hubiera estado disponible, habría sido impensable nombrarlo jefe de Estado. Solo quedaba Dönitz.

El gran almirante, que no ocultó ni siquiera en la posguerra el respeto mutuo entre él y Hitler, afirmó durante un interrogatorio tras la guerra que había sido elegido por su condición de alto miembro de las fuerzas armadas con la autoridad necesaria para «poner en práctica la capitulación». Y señalaba que, como Hitler ya no podía poner fin a la guerra, alguien tenía que hacerlo. «Esta guerra solo podía terminarla un soldado que tuviera la autoridad necesaria entre las fuerzas armadas. El propósito era garantizar que el ejército obedeciera cuando se le ordenara capitular [...]. El Führer sabía que yo tenía esa autoridad».[29] Años más tarde, Dönitz añadía un comentario: «Supuse que Hitler me había nombrado porque quería preparar el terreno para que un oficial de las fuerzas armadas pudiera poner fin a la guerra. No descubrí que esa conjetura era errónea hasta el invierno de 1945-1946 en Núremberg, cuando supe por primera vez de las cláusulas del testamento de Hitler, en las que exigía que la lucha continuara».[30] Es muy dudoso que Dönitz interpretara en aquel momento que la

razón de su nombramiento era permitirle organizar una capitulación. No hay nada en la actitud de Hitler durante los últimos días, ni en su trato con Dönitz, que indique que estaba traspasando el poder para iniciar los trámites de una capitulación que él mismo no pudo emprender.[31] Habría sido totalmente impropio de Hitler, cuya «carrera» siempre se había basado en el imperativo de que no habría una capitulación «cobarde» como en 1918, y quien había expresado en varias ocasiones la idea de que el pueblo alemán no merecía sobrevivirle. Al contrario: Hitler veía en Dönitz justamente al jefe militar cuyo fanatismo era necesario para proseguir con los combates hasta el final.[32]

De hecho, Dönitz se distanció de inmediato del deseo de Hitler de no renunciar a la lucha bajo ningún concepto[33] y empezó a explorar vías para negociar el fin de la guerra, salvo la rendición total e incondicional de todos los frentes. Pero, casi con toda seguridad, este distanciamiento no fue una consecuencia de que malinterpretara la razón de su nombramiento como jefe de Estado y comandante supremo de la Wehrmacht. Con Hitler muerto, se trataba simplemente de la necesidad de doblegarse ante la realidad militar y política. El final estaba cerca; la mayor parte del Reich estaba ocupada por el enemigo; la población estaba extremadamente cansada de la guerra; las lealtades se disolvían con rapidez; la Wehrmacht estaba prácticamente destruida, y lo que quedaba de ella se hallaba al borde de una derrota total.[34] Para Dönitz, que por entonces era el responsable no solo de la armada, sino de todo el Reich, había pocas alternativas salvo intentar negociar, incluso en aquella última etapa, un final que no fuera un completo desastre.

Varios meses más tarde, en un interrogatorio después de la guerra, el mariscal de campo Keitel afirmó que «en cuanto Hitler hubo muerto, el principal objetivo fue más o menos el siguiente: si algún otro tenía la responsabilidad, entonces lo único que podía hacer era tratar de buscar un armisticio de inmediato e intentar salvar lo que se pudiera».[35] No era cierto. No se buscaba un armisticio inmediato. Dönitz, quien afirmaría más tarde que su programa de gobierno era claro, que quería poner fin a la guerra lo

antes posible y que, por encima de todo, quería salvar todas las vidas que pudiera,[36] optó de momento por prolongar los combates tanto en el frente oriental como en el occidental, en un intento de ganar tiempo para repatriar a las tropas del este. Tampoco había abandonado la esperanza de fracturar la coalición y ganarse a las potencias occidentales para proseguir la guerra contra el bolchevismo. Con ello, permitió que centenares de miles de soldados y una cifra mucho menor de civiles escaparan de ser hechos prisioneros por los soviéticos, pero añadió una semana más de muerte y sufrimiento al inmenso coste humano de la guerra.

II

La muerte de Hitler no alteró en lo más mínimo el miedo mortal y el pavor de aquellos civiles que estaban expuestos a la inminente conquista soviética. En cualquier caso, muchos, al no disponer de radio, periódicos o correo, no se enteraron de la noticia hasta días más tarde.[37] La profunda angustia se manifestó de una manera macabra en una epidemia de suicidios en las últimas semanas del Tercer Reich, que se prolongó hasta mayo, cuando se cernía la derrota militar total y la ocupación enemiga.[38]

Entre los gobernantes del régimen nazi, el suicidio podía ser considerado y descrito como un autosacrificio heroico, muy preferible a la «cobardía» de la capitulación. Naturalmente, así fue como se anunció la propia muerte de Hitler.[39] Para los mandos militares, también, la muerte a manos de uno mismo era considerada un salida viril preferible a rendirse y capitular. En casos extremos, como el de Goebbels, imperaba el sentimiento de que, tras la derrota de Alemania, ya no había ninguna razón para que él, su esposa o sus hijos vivieran. Goebbels declaró al final que su vida ya no tenía «valor si no podía usarla al servicio del Führer y estar a su lado». Su esposa Magda pensaba del mismo modo y justificaba su suicidio y la muerte de sus propios hijos diciendo que «en el mundo

que vendrá después del Führer y el nacionalsocialismo, ya no merecerá la pena vivir».[40]

Había un motivo más prosaico, sin duda, para muchos de los dirigentes nazis: el temor a la venganza a manos de los vencedores, sobre todo de los rusos. «No deseo caer en manos de enemigos que, para diversión de sus masas desatadas, necesitarán un espectáculo organizado por judíos», fue la manera inimitable en que Hitler expresó este temor.[41] Aunque muchos estaban dispuestos a aprovechar la oportunidad y esconderse, o simplemente se quedaron donde estaban y esperaron a que los detuvieran, un buen número de nazis prominentes y de mandos militares juzgaron que el suicidio era su única opción. Bormann intentó huir de Berlín. Himmler, Ley y Göring, prisioneros de los Aliados, fueron algunos de los que decidieron acabar con su vida, junto con 8 de los 41 Gauleiter y 7 de los 47 jefes de las SS y la policía, 53 de los 554 generales del ejército de tierra, 14 de los 98 generales de la Luftwaffe y 11 de los 53 almirantes.[42]

Para los ciudadanos corrientes, la idea del suicidio también era algo común. Ese fue el caso especialmente en Berlín y las zonas orientales de Alemania, donde la desesperación y el miedo se combinaban para alentar esos pensamientos. «Muchos se están acostumbrando a la idea de poner fin a todo esto. La demanda de veneno, pistolas y otros medios para poner fin a la vida es grande en todas partes», señalaba ya a finales de marzo un informe del SD.[43] «Todos los berlineses saben que los rusos estarán pronto en Berlín y no ven más alternativa que el cianuro», comentó un clérigo más o menos por esa época. Atribuía el aumento de las tendencias suicidas a las espantosas historias sobre el comportamiento de los soviéticos propagadas por la propaganda de Goebbels.[44] No cabe duda de que fue un factor importante. Pero la propaganda, como ya hemos visto, tenía cierta base en los hechos, y las historias de experiencias terribles a manos de los soldados soviéticos, sobre todo las violaciones de mujeres alemanas, circulaban de boca en boca e independientemente de las maquinaciones de Goebbels. Las mujeres se suicidaban antes de enfrentarse a la posibilidad de ser violadas.

Otras se mataron después. Y lo habrían hecho más de haber tenido los medios [45]

En Berlín, ciudad para la que existen estadísticas de suicidios, aunque incompletas, la tendencia es clara. En el momento álgido, en abril y mayo, durante la batalla de Berlín, se suicidaron 3.881 personas. En 1945 hubo en total 7.057 suicidios en la ciudad, 3.996 de mujeres, frente a 2.108 en 1938 y 1.884 en 1946. En Hamburgo, en cambio, solo hubo 56 suicidios en abril de 1945.[46] En Bremen, arrasada por los repetidos bombardeos, los suicidios aumentaron sensiblemente en 1945, aunque el número se mantuvo más bajo que en 1939.[47] Hubo un marcado aumento en Baviera en la última fase de la guerra, aunque la cifra de 42 suicidios en abril y mayo de 1945 apenas era comparable con la de Berlín y se explica, al menos en parte, por la desproporcionada cantidad de funcionarios nazis que se suicidaron allí. En otras partes del oeste de Alemania también habían aumentado ligeramente las tasas de suicidios en 1945, pero no eran ni remotamente comparables a la de Berlín.[48] La oleada de suicidios fue, ante todo, un fenómeno que afectó a las zonas de Alemania donde el miedo a la ocupación por el Ejército Rojo era más intenso.

El pánico se apoderó de la población en las poblaciones orientales ante el avance del Ejército Rojo. A lo largo del frente, en numerosos lugares de Pomerania, Mecklemburgo, Silesia y Brandeburgo hubo centenares de suicidios. No es posible calcular la cifra total, pero se estima que fueron miles, tal vez decenas de miles.[49] En Demmin, una población del oeste de Pomerania que contaba con unos 15.000 habitantes antes de la guerra pero que en aquel momento también albergaba a numerosos refugiados, más de 900 personas, la mayoría de ellas mujeres, se suicidaron en los tres días siguientes a la llegada del Ejército Rojo, el 1 de mayo.

El miedo era enorme en Demmin los días previos a la entrada de los rusos. La sensación de terror aumentó cuando se pudo oír el aterrador ruido de los tanques soviéticos que penetraban en la ciudad. Los soldados alemanes huyeron aquella mañana, volando los puentes de los dos ríos locales a su paso. Se colgaron en las ventanas

sábanas blancas en señal de rendición, aunque un grupo de miembros de las Juventudes Hitlerianas abrió fuego contra los soviéticos. Un hombre mató a su esposa y a sus tres hijos antes de disparar un «Panzerfaust», y después se ahorcó. Las familias se atrincheraron en sus casas, bloqueando las puertas con los muebles. Después oyeron voces fuertes y extranjeras, puñetazos y patadas en las puertas, antes de que los soldados del Ejército Rojo, muchos de ellos muy jóvenes, irrumpieran reclamando relojes y joyas. La otra siniestra exigencia era *«Frau, komm!»*. Las tropas merodeaban por las calles saqueando, a menudo bajos los efectos del alcohol. A los representantes locales los ejecutaron sumariamente. Incendiaron las casas de los presuntos miembros del partido nazi y las llamas se propagaron, envolviendo las propiedades vecinas, y pronto estaba ardiendo todo el centro de la ciudad.

En medio del horror, las mujeres estaban paralizadas por el miedo más que justificado a ser violadas. Intentaban esconderse o se vestían con ropa de hombre, pero muy a menudo las encontraban. Violaron a muchas, con frecuencia muchas veces. En este escenario digno de Sodoma y Gomorra (como le pareció a un testigo), los individuos aterrorizados decidían suicidarse y, a veces, matar a sus familias usando cualquier medio que tuvieran a mano: veneno, un arma de fuego, ahorcándose o ahogándose en los ríos locales, el Peene y el Tollense. En un caso, se documentó la muerte de trece miembros de una familia. En otro, una madre empujó el cochecito de sus dos hijos pequeños seguida en bicicleta por otro hijo de 6 años. Bajo un gran roble, a las afueras del pueblo, envenenó a sus hijos y después intentó ahorcarse, pero los soldados soviéticos lo impidieron. Decía que había visto carteles propagandísticos que aseguraban que los rusos mataban a los niños partiéndoles el cráneo con un hacha. Una especie de histeria colectiva se apoderó de la población. Familias enteras se dirigieron al río, se ataron juntas y se sumergieron en el agua helada. Muchos ancianos se quitaron la vida de este modo. Durante las semanas siguientes, se encontraron cuerpos hinchados flotando en los ríos. En algunos casos, las mujeres, aterrorizadas, cogieron a sus hijos de la mano y se tiraron al agua. Una niña de 11 años, que huía de su casa en llamas, fue

retenida por su abuela mientras su madre la cogía para llevarla a la orilla del río. «Creíamos que íbamos a morir quemados. No teníamos ninguna esperanza de vivir y yo misma tenía la sensación de que era el fin del mundo, el fin de mi vida. Y todo el mundo sentía lo mismo en Demmin», recordaba muchos años más tarde.[50]

Los desmanes del Ejército Rojo y el grave maltrato de la población alemana conquistada fueron gradualmente controlados por las autoridades soviéticas cuando terminó la guerra. Pero en los primeros días de mayo de 1945, la guerra aún continuaba. Y también el sufrimiento.

III

El gabinete de Dönitz, plenamente constituido el 5 de mayo, solo se parecía parcialmente al nombrado por Hitler. Lo único que Dönitz había sabido por Bormann del testamento de Hitler eran los nombres de los tres ministros designados: Bormann, Goebbels y, para sustituir a Ribbentrop como ministro de Asuntos Exteriores, Arthur Seyß-Inquart, el comisario del Reich en los Países Bajos.[51] Cuando Dönitz formó su administración, instalada en el extremo más septentrional del Reich, en un alojamiento algo rudimentario de la Academia Naval de Flensburgo-Mürwik, tras haber partido apresuradamente de Plön ante el avance de las tropas británicas, supuso que Bormann y Goebbels estaban muertos o prisioneros, mientras que Seyß-Inquart estaba negociando con los Aliados una capitulación parcial y tampoco estaba disponible para tomar posesión de su cargo. De todos modos, Dönitz estaba dispuesto a formar su propio gabinete, no a nombrar el que le habían prescrito.[52]

Aun así, la continuidad fue el sello distintivo del nuevo gobierno. Este gabinete, que más tarde se pretendería «apolítico», incluía a varios oficiales de alto rango de las SS y a un Gauleiter del partido (Paul Wegener, del Gau Weser-Ems). El ministro del Interior, Wilhelm Stuckart, un SS-Obergruppenführer que había dirigido el

ministerio en calidad de secretario de Estado de Himmler durante los últimos meses de la guerra, había asistido a la célebre Conferencia de Wannsee en la que, en enero de 1942, se había definido la política sobre la «solución final de la cuestión judía». Herbert Backe, el ministro de Agricultura, era un SS-Gruppenführer y había ayudado a promover la política de hambruna impuesta en los territorios soviéticos ocupados. Otto Ohlendorf, vicesecretario de Estado en el Ministerio de Economía del Reich, era un SS-Gruppenführer que había dirigido anteriormente el SD-Inland de la Oficina de Seguridad del Reich y había estado al mando del Einsatzgruppe D, responsable del asesinato de centenares de miles de judíos. El 16 de mayo, Ohlendorf aún seguía discutiendo con Dönitz la reconstrucción del servicio de seguridad, también para un posible uso por las potencias ocupantes.[53] (En total, 230 de los 350 miembros, aproximadamente, del personal administrativo de Dönitz en Flensburgo habían pertenecido a los servicios de seguridad.)[54]

No había lugar para Himmler, al que consideraban un evidente estorbo en cualquier posible trato con los Aliados occidentales. Pero es fácil ver por qué él creía que podría tener un papel que desempeñar e intentó, después del 2 de mayo, entrar en el gobierno de Dönitz. Le ofreció sus servicios a Dönitz para cualquier puesto, pero, al preguntar qué pensaba de él la Wehrmacht, quizás estaba pensando en ser nombrado ministro de la Guerra.[55] Himmler aseguraba que sería crucial en la lucha contra el bolchevismo y que solo necesitaba una breve audiencia con el general Eisenhower o el mariscal de campo Montgomery para demostrarlo. Sin embargo, se le dijo sin rodeos que «cualquier inglés o estadounidense que pensara durante medio segundo en hablar con él, sería arrollado en el medio segundo siguiente por la opinión pública de Inglaterra y Estados Unidos».[56] Su «traición» a Hitler en los últimos días también fue, al parecer, una de las razones por las que Dönitz se opuso a incluir a Himmler en su administración.[57] Dönitz rompió relaciones con él el 6 de mayo. A partir de entonces, el que fuera todopoderoso y muy temido jefe de la policía, como le describió más

tarde un miembro destacado de la administración de Dönitz, «se convirtió en un pobre suplicante y desapareció sin dejar rastro».[58] Huyó, disfrazado, antes de ser capturado por los británicos en el norte de Alemania, y se libró de un juicio y una condena a muerte segura ingiriendo una cápsula de veneno mientras estaba detenido.

Entre los viejos supervivientes de los anteriores gobiernos de Hitler que habían ejercido un cargo durante todo el Tercer Reich figuraban el ministro de Trabajo, el doctor Franz Seldte, el ministro de Transportes y Lutz Graf Schwerin von Krosigk, el antiguo ministro de Finanzas, ascendido a jefe de gobierno *(Leitender Minister),* que también se hizo cargo de asuntos exteriores. El doctor Julius Dorpmüller, ministro de Transportes del Reich desde 1937, también siguió en el cargo. A Speer se le encomendó supervisar lo que se llamó con optimismo la «reconstrucción». También hubo continuidad en la cúpula militar. El sustituto de Dönitz como jefe de la armada fue el almirante general Georg-Hans von Friedeburg. Pero los cruciales cargos de jefe del alto mando de la Wehrmacht y jefe del estado mayor de operaciones de la Wehrmacht los mantuvieron, como anteriormente, el mariscal de campo Keitel y el coronel general Jodl, que se habían trasladado al norte para unirse a Dönitz poco después de la muerte de Hitler.[59] En las jornadas siguientes, Keitel y Jodl, junto con Dönitz y Krosigk, fueron los actores principales.[60] Los demás tuvieron, básicamente, papeles secundarios.

La formación de un gabinete no había sido la principal prioridad de Dönitz al asumir el control del gobierno, aunque tenía mucho interés en nombrar a un ministro de Asuntos Exteriores. Quería al primer ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, Konstantín von Neurath, pero no pudo conseguirlo. Le confió el puesto a Krosigk, al que apenas conocía pero le había impresionado en una reunión en Plön a finales de abril.[61] Krosigk no poseía aptitudes claras, salvo el interés que había demostrado en las semanas anteriores bombardeando a Goebbels, en concreto, con propuestas nada realistas para buscar un acuerdo negociado para poner fin a la

guerra. Prácticamente, era la única opción disponible para Dönitz y no arrastraba un bagaje especialmente nocivo de los años de Hitler.

No solo no hubo una ruptura clara con el pasado inmediato en cuanto al personal. También se mantuvieron las viejas costumbre y estructuras. La organización del alto mando de la Wehrmacht, o más bien lo que había sobrevivido de ella, siguió funcionando sin interrupciones. No se prohibió ni se disolvió el partido nazi. Los retratos de Hitler seguían colgados en las oficinas gubernamentales. El saludo «Heil Hitler» se seguía utilizando incluso en la Wehrmacht. Y tampoco se abolieron los consejos de guerra sumarios, con sus espeluznantes sentencias.[62] Sorprendentemente, los consejos de guerra siguieron juzgando y ejecutando a marineros incluso después de la firma de la capitulación total.[63] Las mentalidades tampoco cambiaron. El objetivo principal era mantener la existencia del Reich, salvando lo que se pudiera salvar. Ribbentrop, como Himmler, había representado la cara inaceptable del antiguo régimen y fue excluido por Dönitz de la nueva administración. Pero en una carta (parece que, al final, no la envió) escrita por Ribbentrop el 2 de mayo al nuevo jefe de Estado, probablemente con la vana esperanza de que lo invitaran a unirse a la nueva administración, expresaba claramente su deseo de influir en la dirección política.

Ribbentrop escribió que el objetivo debía ser dar al gobierno del Reich, bajo la dirección de Dönitz, la oportunidad de gobernar desde un territorio alemán libre. Debido al problema de la exigencia de una «rendición incondicional», se debía intentar convencer a Eisenhower y a Montgomery de que la toma de Schleswig-Holstein tendría un elevado coste en vidas para los Aliados y de que el ejército británico necesitaría algún día a los alemanes a su lado para combatir a la Unión Soviética. Sugería proponer una evacuación gradual de los alemanes en Escandinavia a cambio de conservar un gobierno del Reich en Schleswig-Holstein. Esta primera medida se iría ampliando poco a poco, lo que permitiría renunciar a la fórmula de la rendición incondicional y entablar negociaciones con los Aliados occidentales, y presentar una «coartada» aceptable a los

rusos. En política exterior, el plan sería aglutinar a todos los alemanes de Europa, sin subyugar a otros pueblos y ofreciendo libertad a todas las naciones de Europa y cooperación para mantener la paz. En política interior, habría una «evolución de la cuestiones ideológicas» cuando estas pudieran poner en peligro la paz. Solo veía dos posibilidades para el futuro. La primera era la ocupación total, el encarcelamiento del gobierno del Reich, la administración del país por los Aliados y, en el futuro inmediato, un retorno a un tipo limitado de democracia tutelada por los Aliados que incluyera a demócratas, comunistas y católicos. El nacionalsocialismo sería erradicado, la Wehrmacht desmantelada por completo y el pueblo alemán condenado a la esclavitud durante decenios. En cambio, mediante una política de cooperación con todas las naciones, también al menos superficialmente con Rusia, y el reconocimiento de un gobierno del Reich y de su programa, bajo la autoridad de Dönitz, Alemania seguiría siendo una nación y, con ello, se mantendría el sistema nacionalsocialista y una Wehrmacht más reducida, lo que prepararía el terreno para la recuperación del pueblo alemán.[64] Ribbentrop, como Himmler, pronto vio frustradas sus esperanzas de proseguir con su carrera. Pero las ideas propuestas en la carta que no envió estuvieron presentes, con variantes, en la nueva administración.

El 2 de mayo, Dönitz expuso cuáles eran sus objetivos. Su única línea política era intentar negociar una serie de rendiciones parciales en el oeste, al tiempo que proseguirían los combates en el este, al menos hasta que se pudiera rescatar al mayor número posible de alemanes, soldados y civiles, de las garras de los soviéticos. «La situación militar es desesperada —dijo nada más comenzar la primera reunión de su administración—. En la situación actual, el principal objetivo del gobierno debe ser salvar a cuantos alemanes sea posible de la destrucción por el bolchevismo. Mientras los anglosajones se opongan a este objetivo, habrá que combatirlos». Por tanto, era necesario «proseguir con la lucha por todos los medios posibles» en el este, mientras que el fin de la guerra contra los «anglosajones» era «deseable» para evitar mayores sacrificios.

Dönitz prosiguió diciendo que la exigencia de los Aliados de una rendición total incondicional, que supondría la entrega de golpe de millones de soldados y civiles a los rusos, era un obstáculo para lograrlo. Así pues, el objetivo era capitular solo ante las potencias occidentales. Sin embargo, como las condiciones políticas hacían que esto fuera imposible, había que intentarlo con «acciones parciales» del grupo de ejércitos, utilizando los contactos existentes.[65]

IV

La situación en los Países Bajos parecía ofrecer cierta esperanza. A mediados de abril, las autoridades alemanas en los Países Bajos seguían mostrándose firmemente decididas a repeler a los Aliados. El mayor peligro para los Países Bajos era la inundación intencionada de las zonas rurales. La Wehrmacht había inundado 16.000 hectáreas de zonas costeras en julio de 1944 en un intento de entorpecer el avance de los Aliados.[66] Cabía la posibilidad de que esta nefasta táctica se extendiera. En una reunión con los líderes del movimiento de resistencia holandés, el comisario del Reich Seyß-Inquart había amenazado con destruir las esclusas y los diques del oeste de Holanda, lo que habría vuelto «el país inhabitable durante varios años para varios millones de personas» y, de haberse llevado a cabo, habría agravado enormemente la hambruna que ya se había producido el invierno anterior. La respuesta de los Aliados había sido que, de hacerlo, Seyß y el coronel general Johannes Blaskowitz, comandante en jefe de los Países Bajos, serían tratados como criminales de guerra.[67]

Ante una derrota segura e inminente, esta reacción hizo reflexionar a los alemanes. Una vez muerto Hitler, la postura cambió. Seyß, como señalaron Dönitz y sus colegas, entabló fructíferas conversaciones con el jefe del estado mayor de Eisenhower, el general Walter Bedell Smith, para aliviar la crisis alimentaria en los Países Bajos. Aun así, el propio Seyß informó el 3

de mayo de que sería difícil conseguir una capitulación parcial. Smith había propuesto hablar sobre las negociaciones de un posible armisticio, pero Seyß, siguiendo instrucciones de Blaskowitz, se había negado y aguardaba una directiva de Dönitz. Mientras tanto, debían proseguir los combates por la «fortaleza Holanda». Sin embargo, no hubo «ninguna inundación de tierras». Se pensaba que una «transición honorable» (una rendición con otro nombre) brindaría «poco crédito» a la administración alemana.[68]

Durante la mañana del 2 de mayo, Dönitz tuvo que afrontar la inesperada noticia de la rendición del Grupo de Ejércitos C en Italia.[69] Las maniobras para organizar una capitulación en Italia se remontaban a marzo, a los encuentros clandestinos celebrados en Suiza, mencionados en el capítulo 7, entre la antigua mano derecha de Himmler, el SS-Obergruppenführer Karl Wolff, y Allen Dulles, el jefe de los servicios de inteligencia estadounidenses, la OSS, en el centro de Europa. El proceso para avanzar hacia una capitulación se había acelerado en abril, cuando empeoró la situación militar en Italia. Al comandante en jefe alemán, el coronel general Heinrich von Vietinghoff-Scheel, le preocupaba que se filtrara la noticia de los tratos entre Wolff y Dulles. Incluso entonces, los generales alemanes temían las graves consecuencias de que se los relacionara con actos de traición. Vietinghoff también sostenía, justificando su indecisión, aunque a finales de abril era un argumento poco creíble, que Goebbels aprovecharía la divulgación de los sondeos sobre la capitulación para forjar una nueva leyenda de la «puñalada por la espalda» y desviaría la culpa de la jefatura del Reich a los «traidores» de Italia, que habían impedido que se produjera un cambio de última hora en el curso de la guerra.[70]

Y había otros problemas. La probabilidad, según parecía, de que Hitler fuera evacuado de Berlín para crear una «fortaleza alpina» en la zona de Berchtesgaden complicaba la situación y obligaba al Gauleiter de Tirol, Franz Hofer, a debatirse entre su lealtad al Führer y su deseo de impedir que su provincia se convirtiera en un campo de batalla. El continuo respaldo de Hofer a Hitler seguía preocupando a Vietinghoff y a quienes intentaban acordar las

condiciones con los Aliados. No se podía dar por sentado que fuera a respaldar las negociaciones del armisticio. Otro problema añadido era el mariscal de campo Kesselring, destacado a finales de abril en el sur Baviera y responsable de la dirección militar en la zona meridional del Reich (desde el 28 de abril, al mando militar de todo el frente sur, que cubría Italia y los Balcanes, así como el sur de Alemania). El 27 de abril, Kesselring aún dudaba. En una reunión celebrada ese día en casa del Gauleiter Hofer con este, Vietinghoff, y el embajador alemán en Italia, el doctor Rudolf Rahn, Kesselring defendió las medidas que se estaban tomando y aceptó asociarse con ellos, pero añadió una advertencia. Declaró que cabía suponer «que el Führer fundamentaba su proclama de que "Berlín seguirá siendo alemana; el combate por Berlín supondrá un gran giro en el curso de la guerra" en una base razonada». Kesselring añadió que, mientras él tuviera fe en ello, no podía actuar por su cuenta. Estaba dispuesto a permitir que se utilizara su nombre en las iniciativas para la capitulación, pero añadía «que solo se plantearía el fin si el Führer ya no estuviera vivo».[71] Los vínculos con Hitler seguían siendo cruciales para Kesselring incluso en los que, sin duda, eran sus últimos días en el poder. La información difundida por las emisoras de radio extranjeras la tarde del 28 de abril de que Hitler había muerto resultó ser falsa. Kesselring quería esperar, aunque la situación militar se agravaba por momentos. Kaltenbrunner, que desconocía el suicidio en el búnker, informó del deterioro en un mensaje enviado a Hitler a primera hora de la mañana del 1 de mayo, aunque, como no había comunicaciones con Berlín, le fue transmitido a Dönitz. Informado por el Gauleiter Hofer, Kaltenbrunner señaló la demanda de capitulación del 29 de abril, mencionando, también, la muerte de Mussolini a manos de los partisanos.[72]

Mientras tanto, una delegación alemana había partido en avión para reunirse con los representantes de los Aliados en Caserta, donde se encontró con un ultimátum: la rendición incondicional en Italia o la ruptura de las negociaciones. La situación de los alemanes era, por entonces, desesperada. La ofensiva final de los Aliados

había empezado el 9 de abril. Las fuerzas alemanas destacadas en Italia, unos 600.000 hombres en total (incluidos 160.000 soldados italianos), eran muy inferiores al millón y medio aproximado de soldados de los Aliados (70.000 de ellos italianos).[73] El 25 de abril, los Aliados cruzaron el Po, avanzando hacia el norte y obligando a los alemanes a replegarse precipitadamente a los Alpes. La única opción sensata era la rendición. La capitulación se firmó a las 2 de la tarde del 29 de abril y entraría en vigor tres días más tarde, el 2 de mayo.[74] Fue la única capitulación firmada antes de la muerte de Hitler, aunque, por casualidad, cuando entró en vigor él ya no estaba vivo. Kesselring se desmarcó tardíamente de lo ocurrido y destituyó a Vietinghoff y a su jefe del estado mayor, Hans Röttiger, amenazando con informar de ello al Führer y exigir que tuvieran que responder por sus actos de traición. Es probable que su propia implicación le impidiera cumplir esta amenaza, por lo que el mariscal de campo se contentó con la ficción de que Vietinghoff y Röttiger renunciaban a petición propia. Pese a que la capitulación estaba firmada, se siguió dudando de su entrada en vigor hasta que llegó la noticia de la muerte de Hitler, que esta vez sí era cierta, y Kesselring dio por fin su aprobación a las 4 de la mañana del 2 de mayo. Kesselring les dijo a Dönitz y Keitel aquel día que las negociaciones del armisticio se habían producido sin su conocimiento o su aprobación y que se había visto obligado a apoyar el armisticio acordado para impedir una revuelta.[75] A las 2 de la tarde de ese día, las armas callaron en el norte de Italia.[76] El general Winter, jefe adjunto del estado mayor de operaciones del OKW, envió un télex a su jefe, Jodl, aquel mismo día: «El pérfido comportamiento del comandante en jefe siempre me resultará inexplicable».[77] Incluso entonces, la cúpula militar mantenía su perversa idea de lealtad.

En el noroeste de Alemania, Frisia Oriental y Schleswig-Holstein aún no estaban ocupadas y, más al norte, Dinamarca y Noruega seguían estando en manos de los alemanes. El 2 de mayo Jodl envió instrucciones al mariscal de campo Ernst Busch, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Noroeste, de que siguiera combatiendo a fin

de «ganar tiempo» para las negociaciones. Sin embargo, las órdenes no tardaron en verse superadas por los acontecimientos, que, por entonces, se producían con demasiada rapidez como para que Dönitz pudiera esperar controlarlos. Con el avance británico hacia Lüneburg y la ofensiva estadounidense por Schwerin hasta Wismar, se cerró de la noche a la mañana la última vía que tenían los alemanes para escapar hacia el oeste desde Pomerania y Mecklemburgo. El Grupo de Ejércitos Vístula, el duodécimo ejército y lo que quedaba del noveno ejército debían replegarse a las líneas occidentales combatiendo como mejor pudieran. Estaba claro que ya no tenía ningún sentido seguir luchando contra las fuerzas occidentales en el norte de Alemania. Se tomó la decisión de intentar entablar conversaciones con Montgomery lo antes posible. [78]

El 3 de mayo, la fecha en la que capituló la ciudad de Hamburgo, amenazada por nuevos bombardeos británicos,[79] el almirante general Von Friedeburg fue enviado al noroeste de Alemania para que intentara negociar un armisticio con el comandante militar británico. Montgomery se opuso, a menos que las fuerzas alemanas dejaran de combatir en Holanda, Dinamarca, Frisia y Schleswig, y únicamente le ofreció tratar a los alemanes que huían del este como prisioneros de guerra y no entregárselos a los soviéticos. Las circunstancias cada vez más caóticas en el oeste obligaban a Dönitz a actuar. Las tropas alemanas se habían retirado en desbandada hacia el oeste a través de Mecklemburgo mientras aún tuvieron una oportunidad de huir del Ejército Rojo. Y había indicios de desintegración en las unidades que ya estaban en el oeste, donde se decía que la población civil se oponía a la continuación de la guerra con los Aliados occidentales. Se temía que actuaran por su propia cuenta y simplemente se negaran a combatir más tiempo.[80]

Tras debatir el dilema con Krosigk, Speer, Keitel, Jodl y el Gauleiter Wegener, Dönitz no vio otra alternativa que acceder a las exigencias de Montgomery. El 4 de mayo autorizó la firma de la capitulación parcial conforme a los términos establecidos. Al mismo

tiempo, ordenó que se interrumpiera la guerra de submarinos. (En realidad, la orden no llegó a todos los submarinos y se produjeron cuatro ataques contra barcos de los Aliados. En el último ataque de submarinos de la guerra, el 7 de mayo, poco antes de la capitulación total de la Wehrmacht, hundieron dos busques de carga en el fiordo de Forth.) El 5 de mayo cesaron oficialmente las hostilidades en los Países Bajos, Dinamarca y el noroeste de Alemania. En contra de sus intenciones anteriores de hundir los barcos de guerra antes que permitir que cayeran en manos del enemigo, los alemanes aceptaron no hundirlos. Montgomery permitió que se siguieran utilizando para el transporte de refugiados.[81]

Sin embargo, Noruega, donde el comandante en jefe, el coronel general Georg Lindemann, seguía afirmando que sus tropas (que, excepcionalmente, aún contaban con unos 400.000 hombres)[82] estaban dispuestas a seguir combatiendo y pidió (en vano) que se siguiera empleando el saludo «Heil Hitler», seguía ocupada por los alemanes. El 3 de mayo, Dönitz aún seguía considerando a Dinamarca y Noruega como posibles monedas de cambio con las potencias occidentales. Solo entonces Dönitz tomó medidas para eliminar las características distintivas del régimen de Hitler que aún persistían. Se prohibieron las acciones del Werwolf, aunque solo en el oeste, y se consideraron contrarias a las leyes de la guerra. Finalmente, se prohibió el saludo «Heil Hitler» en la Wehrmacht. Por orden de los británicos, se debían retirar los retratos de Hitler de las oficinas gubernamentales.[83] Y hasta el 6 mayo Dönitz no prohibió la destrucción o el desmantelamiento temporal de las fábricas, los canales y redes ferroviarias y de comunicaciones, poniendo fin a la política de «tierra quemada» ordenada por Hitler en marzo.[84]

También en el sur había claros indicios de desintegración entre las tropas y de hostilidad hacia la Wehrmacht en la población civil de Baviera y Austria. Kesselring opinaba que había llegado el fin y, el 3 de mayo, pidió permiso a Dönitz para negociar con los Aliados occidentales.[85] El 5 de mayo, la capitulación ante los estadounidenses de las fuerzas alemanas del Grupo de Ejércitos G

(Nordalpen) dejó a Baviera y Austria en una situación desesperada. La capitulación del decimonoveno ejército en la región alpina de Austria había estado precedida, los días 3 y 4 de mayo, de la rendición, también ante los estadounidenses, de unos 200.000 hombres del duodécimo ejército del general Walther Wenck (destinado en otro tiempo a sacar a Hitler de Berlín y que se había replegado al Elba) y de parte del noveno ejército del general Theodor Busse.[86] La buena disposición de los estadounidenses ante estas rendiciones parciales hizo que Dönitz abrigara la efímera esperanza de llegar a un acuerdo con Eisenhower que no equivaliera a la capitulación total. Suponía que aún podía alcanzar un acuerdo para impedir que la enorme cantidad de tropas que se enfrentaban al Ejército Rojo fueran capturadas por los soviéticos. Keitel anunció la rendición en el oeste, «ya que el combate contra las potencias occidentales ha perdido su sentido», y añadió que «en el este, sin embargo, los combates continúan para salvar a la mayor cantidad de alemanes posible de la bolchevización y la esclavitud».[87] El 4 de mayo, el mando de la armada seguía declarando: «El objetivo del gran almirante es rescatar al mayor número posible de alemanes de las garras del bolchevismo. Como los enemigos occidentales siguen apoyando a los soviéticos, prosigue la lucha contra los anglo-estadounidenses, conforme a la orden del gran almirante. El objetivo de esta lucha es que la jefatura del Estado gane tiempo y espacio para adoptar medidas en el ámbito político».[88]

Casi 2 millones de soldados de la Wehrmacht aún corrían peligro de caer en manos de los soviéticos.[89] Los que seguían luchando contra el Ejército Rojo eran: el Grupo de Ejércitos Ostmark, antes «Sur» y rebautizado el 30 de abril, que por entonces se había replegado a la Baja Austria y contaba con unos 450.000 hombres a las órdenes del coronel general Lothar Rendulić; el Grupo de Ejércitos E, con unos 180.000 hombres que participaban en combates de retaguardia en Croacia a las órdenes del coronel general Alexander Löhr; y el Grupo de Ejércitos Centro del mariscal de campo Ferdinand Schörner, cuyos 600.000 hombres aproximadamente permanecían prácticamente inmovilizados en el

«Protectorado de Bohemia y Moravia» (grandes zonas de la antigua Checoslovaquia).[90] Además, unos 100.000 soldados alemanes que habían sido evacuados de Prusia Oriental seguían incomunicados en la península de Hela y unos 180.000 continuaban aislados y combatiendo en Curlandia.[91] Estos últimos aún no estaban dispuestos a rendirse. El 5 de mayo, el comandante del ejército de Curlandia envió un mensaje al gran almirante Dönitz informándole de que el pueblo letón estaba dispuesto, «en la lucha común contra el bolchevismo, a combatir codo con codo con la Wehrmacht alemana hasta el final» y pedía instrucciones para saber si el grupo de ejércitos debía seguir combatiendo como una unidad del Freikorps si el Estado letón proclamaba la independencia.[92]

Inmediatamente después de las negociaciones con Montgomery, y con la esperanza de poder evitar aún una capitulación total, el almirante von Friedeburg recibió el 4 de mayo el encargo de contactar con Eisenhower para discutir una capitulación parcial en el oeste y explicarle «por qué una capitulación total en todos los frentes nos es imposible».[93] Al día siguiente, Kesselring ofreció la rendición de los grupos de ejércitos Ostmark, E y Centro a Eisenhower, pero la oferta sería rechazada a menos que todas las fuerzas también capitularan ante el Ejército Rojo. Rendulić, incapaz de contactar con el cuartel general del OKW, intentó proponer una rendición parcial de sus propias fuerzas al general Patton. Ni siquiera entonces había perdido la esperanza de convencer a los estadounidenses de que se unieran a él para repeler a Ejército Rojo y llegó incluso a pedir permiso para que las tropas alemanas destacadas en el oeste atravesaran sus líneas para desplazarse al frente oriental. Finalmente capituló unilateralmente el 7 de mayo, después de entregarse a los estadounidenses y ofrecerles la rendición de sus fuerzas. La oferta de Rendulić fue rechazada, aunque los estadounidenses se mostraron dispuestos a permitir que las tropas alemanas atravesaran sus líneas en dirección al oeste hasta la 1 de la mañana del 9 de mayo y a tratarlas como prisioneros de guerra.[94] El 5 de mayo Dönitz dio permiso a Löhr, argumentando que no lo podía impedir y que, en cualquier caso, coincidía con los objetivos

políticos de su gobierno, para que se dirigiera al mariscal de campo sir Harold Alexander, comandante en jefe de los Aliados en el Mediterráneo, y le propusiera una rendición con el propósito de salvar a Austria del bolchevismo, aceptando su separación del Reich.[95] Sin embargo, Eisenhower rechazó la capitulación a menos que se hiciera también ante el Ejército Rojo.[96] La principal preocupación seguía siendo el ejército de Schörner. El 3 de mayo, Dönitz admitió que «la situación exige una capitulación, pero es imposible porque Schörner y su ejército caerían por completo en manos de los rusos».[97]

Schörner había informado el 2 de mayo de que no podría resistir durante mucho tiempo. Su jefe del estado mayor, el teniente general Oldwig von Natzmer, creía que podría hacerlo como máximo durante dos semanas, aunque seguía insistiendo en una retirada ordenada. Mientras hacían los preparativos para las órdenes de retirada, seguían sopesando las opciones políticas.[98] La posibilidad de salvar al Grupo de Ejércitos Centro dependía de la situación política y militar en Bohemia. El 2 de mayo, Dönitz, junto con Keitel, Krosigk, Wegener y Himmler habían discutido si retener Bohemia de momento como moneda de cambio.[99] Reconocieron que el Protectorado de Bohemia y Moravia se hallaba al borde de la revolución y no se podría mantener ni política ni militarmente durante mucho tiempo. Con la idea de salvar a los alemanes de la región, pensaron en declarar a Praga una ciudad abierta y sondear opciones políticas enviando emisarios a Eisenhower. Himmler y el OKW albergaron brevemente la idea de reubicar lo que quedaba del gobierno alemán en Bohemia, pero Dönitz descartó la propuesta, ya que el territorio no formaba parte de Alemania y la situación política era demasiado inestable.[100]

No tardarían en comprobar que era cierto. Las esperanzas depositadas en Bohemia se desvanecieron pronto ante la noticia de que, el 5 de mayo, había estallado un levantamiento popular en Praga. Se dio orden de inmediato de salvar al mayor número posible de soldados de caer en manos de los soviéticos mediante un repliegue al oeste.[101] Los hombres de Schörner habían depositado

sus esperanzas en que los estadounidenses avanzaran hacia Bohemia antes de que los soviéticos pudieran llegar allí. Sin embargo, Eisenhower respetó su acuerdo con los soviéticos de detener el avance estadounidense en una línea situada al oeste de Praga, cerca de Pilsen, y no dio permiso al general Patton para marchar sobre la ciudad. Una vez iniciado el levantamiento, el Ejército Rojo recibió la orden de tomar Praga. El avance de los soviéticos en Bohemia empezó el 6 de mayo, aunque los tanques del Ejército Rojo no entraron en Praga y no destruyeron lo que quedaba de la resistencia alemana en la ciudad hasta primera hora del día 9 de mayo, después de que se hubiera firmado la capitulación general. En los cuatro días transcurridos, varios miles de ciudadanos checos murieron o resultaron heridos en la brutal represión de los alemanes para poner fin a la revuelta. También hubo sanguinarios actos de venganza contra los alemanes. La petición del comandante de las SS en Bohemia y Moravia, el SS- Gruppenführer Carl Graf von Pückler-Burghaus, de que se lanzaran intensos ataques con bombas incendiarias sobre Praga no se materializó únicamente por la falta de combustible para los aviones.[102]

Mientras tanto, la situación de las tropas de Schörner se había vuelto crítica, no solo a causa del levantamiento de Praga, que había precipitado la ofensiva soviética desde el norte, bloqueando las posibles vías para una retirada, sino por los acontecimientos que tenían lugar más al norte. La mañana del 6 de mayo, Friedeburg le comunicó a Dönitz que Eisenhower insistía en «una rendición incondicional, inmediata y simultánea en todos los frentes». Las unidades debían permanecer en sus posiciones. No se debían hundir más barcos ni causar daños a los aviones. Eisenhower amenazó con reanudar los bombardeos aéreos y cerrar las fronteras a los que huían del este si no se satisfacían sus exigencias. En una reunión de Dönitz, Keitel, Jodl y el Gauleiter Wegener se llegó a la conclusión de que «estas condiciones son inaceptables porque no podemos abandonar a los ejércitos del este a los rusos. No se pueden aplicar porque ningún soldado del frente oriental cumplirá la orden de deponer las armas y permanecer en su posición. Por otra parte, la

desesperada situación militar, el riesgo de sufrir más bajas en el oeste debido a los bombardeos aéreos y los combates y la certeza de un inevitable descalabro militar en un futuro cercano nos obligan a buscar una solución para los ejércitos que siguen intactos». Como no había forma de resolver el dilema, se decidió enviar a Jodl para que le explicara con la mayor convicción a Eisenhower «por qué es imposible una capitulación total, aunque una capitulación solo en el oeste sería aceptada de inmediato».[103]

A primera hora de la mañana del día siguiente, el 7 de mayo, el telegrama de Jodl desde el cuartel general de Eisenhower transmitió la deprimente noticia de que el comandante en jefe de los Aliados insistía en que se firmara ese día la capitulación total o se pondría fin a las negociaciones. En el cuartel general de Dönitz, la petición de Eisenhower fue recibida como un «chantaje absoluto», ya que una negativa significaría el abandono a los rusos de todos los alemanes que estaban más allá de las líneas estadounidenses. Pero si la capitulación entraba en vigor a medianoche del 8 al 9 de mayo, tendrían 48 horas para extraer, al menos, a la mayoría de las tropas que aún combatían en el este. Dönitz, apesadumbrado, concedió poderes a Jodl para que firmara la capitulación.[104] A las 2.41 de la mañana del 7 de mayo, Jodl, en presencia del almirante von Friedeburg, firmó el Acta de Rendición Militar con el general Walter Bedell Smith y el general soviético Ivan Susloparov en el cuartel general de Eisenhower en Reims. Todas las operaciones militares debían cesar a las 23.01 horas, hora centroeuropea, del día 8 de mayo, las 00.1 horas del 9 de mayo en Londres, dada la diferencia horaria.[105]

No obstante, el acta de capitulación aún no estaba completa. Los soviéticos se quejaron de que el texto del documento de rendición difería del texto acordado y de que Susloparov no tenía autorización para firmarlo. No era más que un pretexto. Tanto por una cuestión de prestigio, ya que el Ejército Rojo había soportado la peor parte de los combates durante cuatro largos años, como por su constante desconfianza de las potencias occidentales, Stalin insistió en la firma de otra versión más larga del documento de capitulación, esta vez

rubricado por los máximos representantes de todos los sectores de la Wehrmacht, así como por los principales representantes de los Aliados. Esta segunda firma tuvo lugar en Karlshorst, en el antiguo comedor de la escuela de ingeniería militar, situada en las afueras de Berlín, que, por entonces, era el cuartel general de Zhúkov. A los representantes alemanes, que volaron desde Flensburgo hasta Berlín en un avión estadounidense, les obligaron a esperar durante todo el día de 8 de mayo, hasta que la delegación de los Aliados llegó entre las 10 y las 11 de la noche. Keitel, acompañando por el coronel general Hans-Jürgen Stumpff (representante de la Luftwaffe) y el almirante von Friedeburg (en nombre de la armada), franqueó lentamente la puerta para asistir a la ceremonia de rendición. Keitel levantó su bastón de mariscal de campo en señal de saludo. Los representantes de los Aliados (el mariscal Georgi Zhúkov, el mariscal del aire británico Arthur W. Tedder, en representación de Eisenhower, el general francés Jean de Lattre de Tassigny y el general estadounidense Carl Spaatz) no respondieron.

A continuación, Zhúkov invitó a la delegación alemana a firmar el documento de rendición incondicional. Keitel, con el rostro cubierto de manchas rojas, se colocó el monóculo, que se le había caído y colgaba de un cordel, y, con la mano ligeramente temblorosa, firmó cinco copias del documento de capitulación antes de volverse a poner el guante derecho. Era casi la una y cuarto de la mañana del 9 de mayo, por lo que la capitulación se retrodató al día anterior para respetar los términos del acuerdo de Reims. Cuando Keitel y la delegación alemana se retiraron, inclinándose rígidamente y con las cabezas hundidas, llegó el momento para los oficiales soviéticos de cantar y bailar durante toda la noche.[106] Aunque cabe esperar que la delegación alemana no tuviera mucho apetito, les sirvieron una buena comida con caviar y champán. De un modo un tanto sorprendente, en un momento tan catastrófico para el país, Keitel y sus camaradas oficiales probaron la bebida que se sirvió para celebrar la victoria.[107] Preguntaron a Keitel si Hitler estaba realmente muerto, ya que se decía que no se había

encontrado su cadáver. Los soviéticos insinuaron que aún podía estar gobernando entre bastidores.[108]

En cuanto Dönitz hubo aceptado la capitulación en Reims, se redoblaron rápidamente los desesperados esfuerzos para transportar al oeste a las tropas que seguían en el frente oriental antes de que entrara en vigor la rendición. Se dio instrucciones apresuradamente a los grupos de ejércitos Sudeste, Ostmark y Centro para que se replegaran al territorio de Eisenhower y pudieran ser hechos prisioneros por los estadounidenses.[109] Una flotilla de barcos alemanes hizo numerosos viajes de ida y vuelta por el Báltico para intentar trasladar al oeste a los soldados y, de forma menos prioritaria, a los refugiados. En tierra, los soldados y los civiles huían en masa atravesando el Elba y desde Bohemia en dirección a Baviera. Muchos de los soldados pertenecían al Grupo de Ejércitos Ostmark, sin jefe desde la rendición de Rendulić, huían en tropel en dirección a las líneas estadounidenses, que se encontraban hasta a 150 kilómetros al oeste.[110] Entre los soldados del este circulaban rumores descabellados de que los estadounidenses iban a liberar a los prisioneros alemanes y a rearmarlos «para expulsar a los bolcheviques de Alemania». Un soldado anotó en su diario que, aunque la mayoría de los soldados esperaba que terminara la guerra, todos habrían estado dispuestos a seguir luchando de haber podido atacar a los rusos junto con los estadounidenses, «ya que hay que liberar de nuevo la patria».[111]

Schörner trató de mantener unido a su ejército, como siempre, mediante una disciplina feroz y vehementes exhortaciones. El 5 de mayo dirigió una última arenga a los soldados del Grupo de Ejércitos Centro. «Solo el frente oriental de los grupos de ejércitos del sur sigue intacto», les dijo. Conforme a la orden que había recibido del gran almirante Dönitz, nombrado por el Führer jefe del Estado y comandante en jefe de la Wehrmacht, la misión de los soldados era seguir luchando «hasta salvar lo más valioso del pueblo alemán». Declaró que su intención era conducir a sus tropas de vuelta a la patria en formación, con la cabeza alta y «el porte altivo». No se podía transmitir una imagen de desintegración en esta

última fase. Cualquier tentativa de romper filas e intentar regresar por otra vía a la patria «es una deshonrosa traición a los camaradas y al pueblo, y se debe tratar como corresponde. Nuestra disciplina y las armas que tenemos en las manos son la garantía para abandonar esta guerra con decencia y valentía».[112]

La situación del Grupo de Ejércitos Centro, después de que Dönitz se viera obligado a aceptar la capitulación en Reims, era muy poco envidiable. El 6 de mayo se consideró imprescindible repatriar a las tropas de Schörner, pero la capitulación hizo que fuera imposible.[113] La orden de retirada había llegado demasiado tarde. El ataque soviético desde el norte, desde Sajonia en dirección a Praga, bloqueó la ruta.[114] El 7 de mayo un avión británico trasladó a un oficial del estado mayor general alemán, el coronel Wilhelm Meyer-Detring, hasta el sur de Flensburgo para reunirse con Schörner y explicarle que la capitulación de Reims era inevitable y convencerle de que los soldados debían regresar al oeste de inmediato. Meyer-Detring fue escoltado por cuarenta soldados estadounidenses desde Pilsen hasta el cuartel de campaña de Schörner, donde se reunieron al día siguiente.[115] Describió el contexto que había hecho que la capitulación total fuera inevitable. El coronel le dijo a Schörner que se había descartado una retirada ordenada debido a la precipitada firma de la capitulación. Ordenó a Schörner abandonar todos los equipos pesados y trasladar sus divisiones al sudoeste con la mayor celeridad. Schörner aceptó la orden de cumplir las cláusulas de la rendición, aunque dudaba de que sus tropas fueran a obedecer si eso significaba abandonar a los camaradas que combatían para escapar de los soviéticos o caer ellos mismos en manos de los rusos. El levantamiento de los checos había dañado las comunicaciones. Apenas había «posibilidades de ejercer el liderazgo» y «no veía ninguna posibilidad de impedir una completa desorganización y el incumplimiento de las condiciones». Existía el peligro de que sectores concretos de las tropas o comandantes de un rango inferior actuaran por su cuenta, ignoraran las órdenes y simplemente intentaran regresar al oeste.[116]

En su arenga del 5 de mayo, Schörner había prometido a sus soldados: «Podéis confiar en mí, os sacaré de esta crisis».[117] Tras regresar de su cautiverio en la Unión Soviética, fue juzgado en Alemania Occidental por la brutalidad con la que había tratado a los soldados a sus órdenes[118] y se vio obligado a defenderse con vehemencia de las acusaciones de su propio jefe del estado mayor, el teniente general Natzmer, quien afirmaba que el más ferviente seguidor de Hitler y el más feroz partidario de combatir hasta el final había dejado a sus tropas en la estacada. Se decía que el 8 mayo había huido en avión, vestido de paisano, hasta los Alpes austríacos, donde se había escondido durante varios días en una cabaña alpina antes de rendirse a los estadounidenses, quienes le entregarían semanas más tarde a los rusos.[119] Según la versión posterior de Schörner, no abandonó el Grupo de Ejércitos Centro hasta el 9 de mayo por la mañana, después de ser relevado del mando tras la capitulación. Afirmaba que le habían hecho creer desde Flensburgo que se podía posponer la capitulación hasta el 12 de mayo y que tenía tiempo hasta entonces para repatriar a las tropas. Totalmente sorprendido por la repentina noticia de la capitulación de Reims, de la que, debido a problemas con las comunicaciones, solo se enteró tras un caro retraso de varias horas, no había podido cumplir la promesa del 5 de mayo de retirar a sus tropas en formación y el 7 de mayo había dado órdenes de iniciar una huida organizada.[120] Al final de su vida, aseguraba que la intención de su huida a Austria había sido ejecutar las órdenes de Hitler de crear un frente alpino para seguir combatiendo.[121] Pero aunque Schörner, según afirmaba, hubiera abandonado a sus tropas el 9 de mayo, cuando cesó oficialmente su mando tras la capitulación, no es menos cierto que los hombres a los que había impuesto una disciplina de hierro fueron de pronto abandonados a su suerte.[122] Y La justificación que dio de su huida a Austria demuestra, fuera cierta o no, que ni siquiera entonces estaba dispuesto a desobedecer una orden de Hitler.

El Grupo de Ejércitos Centro había sido la última fuerza básicamente intacta de la Wehrmacht sobre el terreno. La inmensa

mayoría de los soldados fueron hechos prisioneros por los soviéticos, junto con la mayoría de las demás tropas alemanas que aún quedaban en el frente oriental cuando se firmó la capitulación total. Se calcula que 220.000 soldados fueron hechos prisioneros por el Ejército Rojo entre el 1 y el 8 de mayo, y hasta 1,6 millones después de la capitulación.[123] Unos 450.000 de los que habían combatido en el este habían logrado ponerse relativamente a salvo en las líneas occidentales, aunque no en las últimas semanas de la guerra.[124] La negativa de Eisenhower hasta el final a contemplar una ruptura de la coalición con la Unión Soviética, su insistencia durante la reunión con Jodl el 6 de mayo en la rendición incondicional en todos los frentes y la rapidez de las maniobras finales para firmar la capitulación habían desbaratado la idea de Dönitz de trasladar a las tropas del este al oeste y evitar que cayeran en manos del Ejército Rojo. Dönitz lo consiguió parcialmente, a costa de prolongar la guerra durante más de una semana después de la muerte de Hitler. En total, no más del 30 por ciento aproximadamente de los 10 millones de soldados alemanes fueron hechos prisioneros por los soviéticos, aunque habían combatido muchos más soldados en el este que en el oeste.[125] Pese a la huida hacia el oeste en la primera semana de mayo, la gran mayoría de los que estaban en el frente oriental cuando Dönitz tomó posesión de su cargo seguía allí cuando Alemania se rindió. Fueron llevados al este y obligados a soportar años de cautiverio en la Unión Soviética. Muchos no regresaron. Según las mejores estimaciones, una tercera parte de los soldados capturados durante la guerra en el este, en tomo a un millón de prisioneros de guerra alemanes, murió en manos de los soviéticos.[126]

Dönitz, como hemos visto, había intentado posponer la inevitable derrota el mayor tiempo posible con una serie de rendiciones parciales destinadas a ganar tiempo para repatriar a las tropas y, como una prioridad mucho menor, a los civiles del este. También albergaba la esperanza, que pronto se desvaneció, de que incluso entonces la coalición de las potencias occidentales y la Unión Soviética se pudiera romper. Esta estrategia fue un fracaso en

gran medida, si no totalmente, y tuvo un coste muy elevado. ¿Tenía Dönitz otra opción? Solo después de que el «chantaje» de Eisenhower (como lo veía Dönitz) de la capitulación total en cuestión de horas fuera inevitable, las tropas que aún combatían en el este recibieron órdenes de replegarse al oeste. La orden, como muestra la suerte que corrió el Grupo de Ejércitos Centro, llegó demasiado tarde para muchos. En lugar de hacer apuestas sobre las posibilidades de una serie de rendiciones parciales en el oeste, siguiendo el modelo que había funcionando en Italia, posiblemente la mejor opción de Dönitz era haber abierto completamente el frente occidental, ordenando a las tropas de todas las zonas que se enfrentaban a los Aliados que dejaran de combatir y depusieran las armas. Esto habría permitido a las potencias occidentales avanzar de forma rápida e inmediata hacia el este, acortando las líneas de los que aún seguían atrapados allí. Dar órdenes simultáneas a los tres grupos de ejércitos que seguían en el este para que se replegaran en dirección a las líneas de las potencias occidentales podría haber salvado a muchos más soldados de los que fue el caso, incluso si la huida desde el este hubiera sido caótica y no la retirada planeada y ordenada con la que soñaban los mandos militares alemanes.[127] Naturalmente, las conjeturas no tienen sentido: la mentalidad de los altos cargos alemanes era incompatible con esas ideas. Incluso los oficiales prisioneros de los británicos se opusieron, en la primavera de 1945, a la idea de que los oficiales alemanes permitieran abrirse paso a los Aliados occidentales por considerarla incompatible con el honor militar.[128] Para Dönitz, cuyo fuerte sentido del honor militar casaba tan bien con una fervorosa fe en la ideología del nacionalsocialismo, ordenar a las tropas del oeste que dejaran de combatir unilateralmente sin una capitulación oficial habría sido impensable. Incluso con Hitler muerto, no podía poner fin de inmediato a la guerra, sino que estaba obligado a prolongarla hasta que los ejércitos alemanes, con la población civil desmoralizada y resignada a su destino, hubieran sido destruidos o estuvieran al borde de la destrucción. Esta vez no se podía permitir, como en

1918, que el ejército alemán no fuese derrotado en el campo de batalla, sino por la subversión interior.

El 9 de mayo, la Wehrmacht emite su último parte. «Desde la medianoche, las armas han callado en todos los frentes. Por orden del gran almirante, la Wehrmacht ha puesto fin a los combates, que se habían vuelto desesperados. La contienda que ha durado casi seis años ha terminado», rezaba. La «proeza única del frente y el país —declaraba— hallará su reconocimiento final en un veredicto posterior y justo de la historia».[129] La guerra, causada principalmente por las ansias expansionistas de Alemania para después propagarse a gran parte del planeta, dejaba más de 40 millones de muertos solo en el conflicto europeo (sin contar los que murieron en el Extremo Oriente), cuatro veces más que en la Primera Guerra Mundial, considerada la guerra para acabar con todas las guerras.

V

Curiosamente, la capitulación no supuso exactamente el final del Tercer Reich. La administración de Dönitz, una rareza cada vez más inútil, pudo continuar quince días más en el poder, con su soberanía confinada a un pequeño enclave en Flensburgo. Se eliminaron rápidamente los uniformes de las SS y se adoptó la ropa de civil. Un par de ministros, Backe y Dorpmüller, recibieron órdenes de volar al cuartel general de Eisenhower para proporcionar asesoramiento sobre los primeros pasos de la reconstrucción.[130] Keitel, que todavía era el jefe del OKW, fue detenido el 13 de mayo, y Jodl, que tres días después de haber firmado la capitulación en Reims recibió las Hojas de Roble para añadir a su Cruz de Hierro, algo que no tenía demasiado sentido, se hizo cargo de un OKW en gran medida superfluo. El gobierno continuó funcionando, aunque de una forma surrealista. No era más que apariencia de gobierno. Dönitz y los colegas que quedaban debatían la cuestión de la bandera nacional, ya que las potencias enemigas habían prohibido la esvástica. Había

otro emblema del Reich hitleriano en cuestión. Como algunas fotografías del Führer habían sido eliminadas o destruidas por miembros de las fuerzas aliadas, se planteó la cuestión de si había que retirarlas de modo preventivo. Dönitz se oponía, ya que hasta entonces todos los incidentes habían sido localizados. Tres días después cambió parcialmente de idea y aceptó que se retiraran en las salas donde se celebraran reuniones con miembros de las fuerzas de ocupación.[131]

Privado de cualquier poder efectivo, el gabinete aún creía que tenía «la responsabilidad de ayudar al pueblo alemán en todo lo que pudiera».[132] No era verdad en absoluto. Cada mañana a las 10 se celebraba un consejo de ministros en el aula de una antigua escuela. Speer tenía la impresión de que Krosigk, el jefe de gobierno en funciones, estaba recuperando todos los años en los que no había habido un solo consejo de ministros con Hitler. Los miembros del gobierno tenían que llevar sus propios vasos y tazas de sus habitaciones. Debatían, entre otras cosas, cómo reformar el gabinete o si iban a incluir a algún ministro de la Iglesia. Dönitz, a quien todavía se dirigían como «gran almirante», se trasladaba desde su apartamento, situado a 500 metros de distancia, en uno de los grandes Mercedes de Hitler que había reaparecido en Flensburgo.[133] Aquel no era el único elemento del régimen de Hitler que el gran almirante conservó. El 15 de mayo, Dönitz estipuló en una reunión con el almirante von Friedeburg que era necesario rechazar las «órdenes difamatorias» de retirar las condecoraciones, ya que los soldados debían estar orgullosos del servicio que habían prestado a la Wehrmacht y al pueblo durante la guerra y que «la auténtica comunidad del pueblo creada por el nacionalsocialismo ha de ser mantenida». La «locura de los partidos que se produjo antes de 1933 no debe surgir nunca más».[134]

El 15 de mayo, Speer le escribió a Schwerin-Krosigk y le pidió que lo relevara de sus funciones como ministro interino de Economía y Producción, alegando que era necesario un nuevo gobierno del Reich que no estuviera contaminado por vínculo alguno con el régimen de Hitler. Todavía albergaba esperanzas de

que los estadounidenses pudieran considerarlo de alguna utilidad.[135] No recibió respuesta y, dos días más tarde, aún participaba en la administración y se le presentaba como el «ministro Speer».[136] Todo el gabinete sopesó la idea de dimitir, pero no lo hizo. La principal consideración era la «idea del Reich» y la cuestión de la soberanía. El secretario de Estado Stuckart, que entonces estaba al frente del Ministerio del Interior, presentó un memorándum en el que se dictaminaba que la rendición incondicional no afectaba a la existencia continua del Reich en cuanto Estado conforme al derecho internacional. Alemania no había dejado de existir como Estado. Además, Dönitz había sido nombrado legalmente jefe de Estado por el Führer y, por tanto, comandante en jefe de las fuerzas armadas, cuyo juramento de fidelidad a Hitler había heredado automáticamente. Dönitz solo podía dimitir nombrando a un sucesor. Desde un punto de vista jurídico teórico, el Reich seguía existiendo.[137]

La pantomima de los restos de régimen de Dönitz no duró demasiado. El 23 de mayo, Dönitz, Friedeburg y Jodl fueron convocados repentinamente al cuartel general provisional del Consejo de Control Aliado, instalado en el buque de vapor *Patria,* un antiguo barco de pasajeros alemán de la línea Hamburgo-Estados Unidos, que estaba amarrado en el puerto de Flensburgo. Hicieron el breve viaje en tres limusinas de la Wehrmacht. Dönitz vestía su uniforme completo y llevaba su bastón de mando con empuñadura de oro. Al llegar, fueron conducidos por la pasarela hasta un salón donde esperaron a los representantes de los Aliados, que llegaron a la estancia algunos minutos más tarde. El general de división estadounidense Lowell W. Rooks, que encabezaba la misión aliada, leyó entonces un texto preparado: «He recibido la orden [...] de comunicarles que el comandante supremo, el general Eisenhower, ha decidido, de acuerdo con el alto mando soviético, que el gobierno alemán en funciones y el alto mando alemán deben ser puestos bajo custodia y sus miembros deben ser hechos prisioneros de guerra. Por tanto, el gobierno alemán en funciones queda disuelto».[138]

El Tercer Reich había tocado a su fin. La preocupación por su insolvencia quedaba liquidada. El largo proceso de ajuste de cuentas estaba a punto de comenzar. Pero las deudas contraídas por unos crímenes contra la humanidad de una magnitud tan enorme no llegarían a pagarse nunca, no era posible.

VI

La propia Alemania, aparte de las indecibles penurias y sufrimientos y las gigantescas cifras de víctimas de la guerra entre la población de otros países, pagó un precio desmesurado por continuar la contienda hasta el amargo final. En los diez meses que transcurrieron entre julio de 1944 y mayo de 1945, murieron muchos más civiles alemanes que en todos los años anteriores de la guerra, la mayoría como consecuencia de los bombardeos aéreos y las desastrosas condiciones que imperaron en las regiones orientales a partir de enero de 1945. En total, los bombardeos aliados dejaron más de 400.000 muertos y 800.000 heridos, y destruyeron más de 1,8 millones de hogares y obligaron a evacuar a casi cinco millones de personas, que, en su inmensa mayoría, huían de la devastación causada en los últimos meses de la guerra.[139] La invasión soviética y la posterior ocupación de las regiones orientales de Alemania a partir de enero de 1945 causaron la muerte de aproximadamente medio millón de civiles,[140] sin contar el incalculable sufrimiento causado por la deportación de numerosos ciudadanos alemanes, arrojados a un destino incierto en la Unión Soviética.

Las bajas militares alemanas durante la última fase de la guerra fueron inmensas, tan altas en los últimos diez meses como en los primeros cuatro años, hasta julio de 1944. Si el atentado contra Hitler de julio hubiera tenido éxito y la guerra hubiera acabado inmediatamente, se habrían salvado las vidas de aproximadamente un 50 por ciento de los soldados alemanes que murieron. Un total de 5,3 millones de soldados alemanes, de los 18,2 millones que sirvieron en el ejército de tierra, la Luftwaffe, la armada y las

Waffen-SS, perdieron la vida durante el conflicto. De ellos, 2,7 millones murieron antes de finales de julio de 1944. Hasta el 49 por ciento de los muertos, 2,6 millones (más de 1,5 millones de ellos en el frente oriental), murieron durante los últimos diez meses. Hacia el final, morían entre 300.000 y 400.000 soldados cada mes.[141]

En las ruinas de su país, la población solo podía entrever con gran recelo un futuro incierto. El enorme alivio de que la guerra hubiera acabado finalmente se mezclaba con la consternación ante la catástrofe que había arrasado Alemania y la preocupación por la vida bajo control del enemigo. La inmensa mayoría de la población no veía la victoria de los Aliados como una liberación. Y los habitantes de Alemania central y oriental temían ante la perspectiva del dominio soviético. La pasividad y la obediencia marcaron el comportamiento de la subyugada población alemana ante los vencedores. Tras el feroz vapuleo que habían recibido el país y sus habitantes durante los meses anteriores, no había deseos de emprender el tipo de actividades guerrilleras insurgentes con el que suelen topar las fuerzas de ocupación.[142] Probablemente también desempeñara un papel la predisposición inconsciente a obedecer a las autoridades. Y lo que es más importante: las exigencias de la vida cotidiana no cambiaron tras la capitulación. El desgaste de energías era enorme, aunque solo se tratara de sobrevivir entre las ruinas, salir adelante en aquella situación caótica, encontrar a los seres queridos desaparecidos, lamentar las pérdidas personales y tratar de reconstruir familias y hogares destrozados.

A medida que se empezaba a sentir la mano dura de la ocupación, comenzaron a expresarse duras recriminaciones y aumentaron las detenciones de decenas de miles de funcionarios nazis y otras personas involucradas en el régimen de Hitler.[143] Mientras tanto, los alemanes que habían ocupado cargos, altos o modestos, ya estaban sentando las bases de su defensa, tratando de distanciarse de los crímenes del nazismo. Los argumentos para la exoneración de la Wehrmacht ya se estaban preparando en Flensburgo. Keitel había declarado justo antes de ser detenido que la Wehrmacht no había tenido nada que ver con las SS (aparte de las

Waffen-SS) o las SD y que no compartía ninguna responsabilidad con ellas. Y, a medida que se difundían las noticias sobre «la propaganda cada vez más intensa del enemigo sobre las condiciones en los campos de concentración alemanes», Dönitz y Jodl fueron algunos de los que vieron la necesidad de declarar públicamente que «ni la Wehrmacht ni el pueblo alemán tenían conocimiento de tales cosas».[144] Se estaba empezando a forjar el mito de la «buena» Wehrmacht, que estaría tan extendido durante decenios en la Alemania de posguerra.

A nivel popular, se estaba produciendo un proceso no muy distinto de desvinculación del nazismo, aunque con un énfasis diferente. Se estaban destruyendo los símbolos del nazismo que aún persistían. Nadie reconocía voluntariamente haber sido un partidario entusiasta del régimen. Al principio hubo numerosas denuncias de aquellos funcionarios que, solo uno o dos años antes, se habían pavoneado vestidos con sus uniformes nazis y se habían comportado como «pequeños Hitlers» en sus localidades.[145] Sin embargo, a medida que eran detenidos los «peces gordos», que se juzgaba a los «principales criminales de guerra» y que los Aliados centraban su atención en el proceso de desnazificación en los niveles más bajos, cada vez daba más la impresión de que prácticamente nadie había respaldado realmente al régimen, o que, como mucho, había aceptado bajo amenaza las políticas impuestas por la tiranía de Hitler y sus secuaces.

«Ahora todo el mundo da la espalda a Adolf y nadie participó. Todo el mundo estaba perseguido y nadie denunció a nadie», señaló con cinismo una joven berlinesa en mayo de 1945, después de haber escuchado comentarios en las colas para comprar verduras y agua.[146] Un informe escrito en junio de 1946 por el pastor luterano de Berchtesgaden, un distrito predominantemente católico situado bajo el Obersalzgerg, la «montaña sagrada» de la Alemania nazi en la que Hitler había construido su palacio alpino, expresó unas ideas que no eran en absoluto atípicas en los meses posteriores a la caída del Tercer Reich. El pastor hablaba de «todas las decepciones sufridas bajo el régimen nacionalsocialista y el desmoronamiento de las

esperanzas que albergaban muchos idealistas». También mencionó la «revelación de todas las atrocidades cometidas por este régimen». Después empezaba el distanciamiento con el nazismo. Se lamentaba de que, «no obstante, todavía se responsabiliza a nuestro pueblo en su totalidad de las fechorías del nacionalsocialismo, aunque durante todos estos años la inmensa mayoría de la población solo tenía un deseo: ser liberado de este régimen violento, ya que veía que sus posesiones más sagradas, la familia, la Iglesia y la libertad personal, eran destruidas o estaban amenazadas». Su vecino, el sacerdote de la parroquia católica de St. Andreas, en Berchtesgaden, subrayaba que «nuestra población realmente creyente, las buenas familias de la clase media y los agricultores, rechazaban fundamentalmente el nazismo», que el 80 por ciento de la población católica local se oponía al partido y le horrorizaban las historias sobre la «brutalidad» de los dirigentes del partido en el Obersalzberg, que había sido «herméticamente aislado» del pueblo que se hallaba debajo.[147]

Durante el invierno de 1945 y 1946, el general Erich Dethleffsen, antiguo jefe de operaciones del alto mando del ejército de tierra alemán, comenzó a escribir en un campo de prisioneros de guerra sus memorias sobre las últimas semanas de la contienda, anotando sus propias reflexiones (serias, aunque destacaba el desconocimiento de la barbarie e insistía en su inocencia y en la explotación a manos de un régimen despiadado) sobre cómo estaban afrontando los alemanes un trauma que aún padecían:

Solo han transcurrido unos meses desde el derrumbamiento. Todavía no hemos tomado la distancia temporal o mental que nos permita juzgar, hasta cierto punto objetivamente, qué fue un error, culpabilidad y crimen, o la consecuencia de un destino inexorable. Nosotros los alemanes todavía estamos llenos de prejuicios. Solo estamos despertando lentamente, conmocionados y con reticencia, de la agonía de los últimos años y aceptándonos a nosotros mismos y nuestra situación. Buscamos excusas para eludir la responsabilidad por todo aquello que condujo a la reciente guerra, sus terribles sacrificios y sus espeluznantes consecuencias. Creemos que nos han engañado, descarriado y utilizado. Alegamos que actuamos de acuerdo a los conocimientos de que disponíamos y a nuestra conciencia y que sabíamos poco, o nada en absoluto, de todos aquellos crímenes terribles. Y millones de personas no sabían nada de ellos, especialmente quienes combatían en el frente por la patria, por sus casas, hogares y familias y creían firmemente que solo estaban cumpliendo con su deber. Pero también nos avergüenza habernos dejado llevar por el mal camino y

haber sido utilizados, y no saber nada. Esta vergüenza se manifiesta al principio como desafío y como una autohumillación indigna, y solo poco a poco se transforma en arrepentimiento. Siempre ha sido así entre las naciones. Ahora es nuestro pueblo el que lo está experimentando.[148]

Estas palabras, y muchos otros testimonios con un tono similar en los primeros meses posteriores a la derrota total de Alemania, transmiten (aunque solo pueden expresarlo de una forma vaga) cierta idea del trauma que sufría una población que había soportado la desesperada fase final de la guerra y se enfrentaba en todo su horror a la magnitud de los crímenes cometidos por sus conciudadanos. Para la generación que sufrió el derrumbamiento apocalíptico del Tercer Reich, fue un trauma que nunca se curaría del todo. No resulta sorprendente que, en la memoria alemana del Tercer Reich, el Armagedón final de 1944 y 1945 eclipsara a todo lo demás. El ascenso de Hitler en medio del rechazo casi absoluto de la democracia liberal, mientras la economía alemana se hundía; los primeros años triunfantes del régimen, cuando tantos se habían felicitado del resurgimiento nacional y la recuperación económica, y la fase inicial de la guerra, en la que el poderío militar alemán había sentado las bases de la conquista y la explotación despiadadas de casi todo el continente europeo, eran recuerdos más lejanos, menos nítidos. Todo lo que había acompañado a los «buenos tiempos» (la persecución de las minorías despreciadas, sobre todo de los judíos, la represión violenta de los adversarios políticos, el aparato de terror sobre el que se había construido la «comunidad del pueblo») había sido tolerado, cuando no recibido de buen grado, y posteriormente se podía considerar como meros «excesos» del régimen. «¡Si el nacionalsocialismo no se hubiera convertido en algo tan depravado! En sí mismo, era lo correcto para el pueblo alemán», era la opinión de un oficial alemán detenido por los británicos justo después de la capitulación. No era atípica en absoluto.[149] Según las encuestas de opinión realizadas por los Aliados en los primeros años de la posguerra, aproximadamente el 50 por ciento de los alemanes todavía pensaba que el nacionalsocialismo había sido, en esencia, una buena idea que se había ejecutado mal.[150]

Las que realmente perdurarían en el recuerdo fueron las experiencias, devastadoras para tantos alemanes, de aquellos últimos meses terribles. Por tanto, quizá no resulte sorprendente que los alemanes pensaran que eran las víctimas indefensas de una guerra que no habían querido, impuesta por un régimen tiránico que solo había causado desgracias al país y generado una catástrofe.[151] Un hombre de una población del este, cuya madre se había suicidado por miedo a los rusos, se quejaría muchos años más tarde: «Había monumentos para todo el mundo: los prisioneros de los campos de concentración, las víctimas judías, los rusos que habían caído. Pero nadie se preocupó del otro bando».[152] Para la generación que vivió aquello, ha subsistido, apenas diluido, el sentimiento de haber sido las víctimas explotadas, engañadas y utilizadas de la tiranía incontrolable de Hitler y sus secuaces, que perpetraron crímenes terribles en su nombre (aunque menos atroces que los de Stalin, se aseguraba a menudo).

Por supuesto, esto no era del todo falso. Los propios alemanes fueron, en aquella fase final de la guerra, indiscutibles víctimas de acontecimientos que se escapaban completamente a su control. Las personas que se quedaron sin hogar debido a los bombardeos fueron evidentemente víctimas de una despiadada campaña de bombardeos, pero también de las políticas expansionistas de su gobierno que habían desencadenado aquel horror. Las mujeres, los niños y los ancianos que se habían visto obligados a huir de sus hogares y granjas en el este de Alemania para unirse a los millones de refugiados que caminaban por el hielo y la nieve fueron víctimas de la fuerza destructora del Ejército Rojo y de los egoístas dirigentes nazis de sus zonas, pero también de la guerra de agresión de su gobierno contra la Unión Soviética, que había originado aquellas terribles represalias. Los miles de soldados que murieron en los frentes durante aquellos horrorosos últimos meses también fueron, en cierto sentido, víctimas de unos mandos militares que empleaban medidas draconianas para imponer la obediencia, pero también del sentido del deber que les habían inculcado y que les hacía creer que estaban luchando por una buena causa, y de unos dirigentes

políticos dispuestos, en aras de sus propios objetivos egoístas, a llevar al país a la destrucción en lugar de rendirse cuando era evidente que todo estaba perdido.

Sin embargo, al considerarse víctimas, pocos se preguntaron por qué habían permitido que los engañasen y explotaran. Pocos de quienes sufrieron los bombardeos en el Ruhr habían pensado demasiado en el arsenal de armas que estaban fabricando para el régimen y que permitió atacar a otros países y bombardear a los ciudadanos de Varsovia, Rotterdam, Coventry, Londres, Belgrado y otras ciudades, provocando la destrucción de sus propias ciudades como represalia. Mientras las bombas cayeron en otros lugares, sobre otras personas, no tuvieron ninguna queja. Pocos de los expulsados a principios de 1945 de Prusia Oriental en unas circunstancias tan horribles estaban dispuestos a recordar que la provincia había sido la más nazificada de Alemania, que su apoyo a Hitler había sido muy superior a la media ya antes de 1933 o que lo habían aclamado con delirio durante los años treinta mientras su región se beneficiaba de las políticas nazis. La mayoría de la población de toda Alemania no estaba dispuesta a rememorar su entusiasmo anterior por Hitler, la alegría por sus «triunfos» y las esperanzas que depositaron en un nuevo mundo para ellos mismos y para sus hijos, que sería construido gracias a las conquistas alemanas y el expolio de Europa. Nadie quería detenerse a pensar en el horror que sus propios padres, hijos o hermanos habían infligido a los habitantes de Europa oriental, ni mucho menos reflexionar sobre las informaciones acerca de las matanzas de los judíos (o los rumores muy próximos a la cruda realidad). La brutal inhumanidad de la que Alemania había sido responsable fue silenciada, expulsada de la mente. Lo que quedó marcado a fuego en la memoria fue el trágico fracaso del Tercer Reich.

E incluso durante aquellos terribles últimos meses de la guerra, pocos alemanes, preocupados como estaban por su propia necesidad de sobrevivir, estaban dispuestos a pensar demasiado en las verdaderas víctimas de lo que estaba ocurriendo: los ejércitos de extranjeros que habían sido llevados a Alemania y obligados a trabajar en contra de su voluntad, los centenares de miles de

reclusos de los campos de concentración y las cárceles, más muertos que vivos, y los prisioneros harapientos y brutalmente maltratados, la mayoría de ellos judíos, de las marchas de la muerte que atravesaron Alemania durante las semanas finales. Los prejuicios raciales que el nazismo pudo explotar con tanta facilidad era algo que pocos querían admitir posteriormente. Pero las viejas ideas no desaparecen fácilmente. Según los sondeos de opinión realizados por los estadounidenses en octubre de 1945, el 20 por ciento de los encuestados «estaba de acuerdo con Hitler en lo que se refiere al trato a los judíos», y otro 19 por ciento seguía estando de acuerdo en líneas generales, aunque pensaba que se había llegado demasiado lejos.[153]

Esta afinidad perdurable con algunas ideas nazis no era todo. A medida que el Tercer Reich se desintegraba, una inevitable ambivalencia persistía en la mente de la mayoría de la población.[154] El abrumador deseo de ver el final de la guerra en aquellos últimos meses era casi universal. Iba acompañado del ferviente deseo de ver desaparecer el régimen nazi, que había causado tanto horror y sufrimiento a la población. Uno de los grandes puntos fuertes del nazismo en los años anteriores había sido su capacidad para apropiarse y explotar todos los sentimientos de patriotismo y orgullo nacional y convertirlos en aquella variante tan peligrosa y agresiva del ultranacionalismo, que podía transformarse tan fácilmente en imperialismo racial. El desmoronamiento del régimen en 1944 y 1945 no eliminó, entre quienes habían llegado a detestar el nazismo, la determinación de continuar luchando por su país, de defender su patria de la invasión extranjera y, sobre todo (los años de propaganda antibolchevique, pero también la amarga experiencia de la conquista en el este, habían hecho su trabajo), de protegerla de un enemigo extranjero del este al que consideraban repugnante e inhumano. La población deseaba ver el fin del nazismo, pero no el del Reich alemán. No obstante, como la lucha para preservar Alemania seguía estando dirigida por las mismas personas que habían llevado al país a la ruina, el régimen nazi aún pudo contar hasta el final, si bien de una forma negativa, con el apoyo tanto de

los soldados como de los civiles. En las zonas occidentales de Alemania, el trato relativamente clemente de los conquistadores estadounidenses y británicos (aunque no de los franceses) provocó inevitablemente una erosión del régimen, así como un proceso de desintegración de la sociedad civil y del ejército, más rápidos que en el este. Allí, pese a que los sentimientos de repugnancia hacia el partido nazi y sus representantes eran casi universales, a la población le quedaban pocas alternativas aparte de depositar su confianza en la Wehrmacht y esperar que contuviese el avance del Ejército Rojo.

En los últimos y terribles meses de la guerra, la ambigüedad que caracterizaba las actitudes de los alemanes corrientes, civiles y soldados, estaba aún más extendida entre los escalafones más altos del cuerpo de oficiales de la Wehrmacht. Dejando aparte a fanáticos estrechamente vinculados a Hitler como Dönitz o Schörner, hemos visto numerosas pruebas de cómo funcionaban los sistemas de creencias y las mentalidades de los generales que se sentían obligados a obedecer órdenes que consideraban absurdas, que despreciaban a los dirigentes nazis pero, aun así, creían que su deber inquebrantable consistía en hacer todo lo posible para impedir la conquista del enemigo, sobre todo en el este. La defensa de la patria, no el compromiso ideológico con el nazismo, era lo que contaba para la mayoría de los altos oficiales. Sus sentimientos nacionalistas y patrióticos bastaban para mantenerlos totalmente comprometidos con el servicio al régimen, al que habían estado tan dispuestos a servir en tiempos mejores. Tras el fracaso del atentado de julio de 1944, los generales apenas pensaron en un «cambio de régimen», y eran ellos quienes podían ver con más claridad que nadie que Alemania se encaminaba hacia una catástrofe absoluta. A la larga, esta actitud resultó crucial. Significó que Hitler permaneciera en el poder, que la guerra continuase y que no hubiera ningún golpe de Estado desde dentro. Solo tras la muerte de Hitler parecía viable la rendición. Y solo entonces, en una situación de absoluto colapso e impotencia, se rompieron de mala gana los vínculos que unían a los mandos militares con Hitler y su régimen.

CONCLUSIÓN

Anatomía de la autodestrucción

Este libro comenzó destacando la extrema singularidad de que un país sea capaz de luchar en una guerra hasta la destrucción total y esté dispuesto a hacerlo. Es igualmente extraño que las élites más poderosas de un país, especialmente la militar, no puedan o no quieran destituir a un dirigente capaz de conducirlas a la catástrofe total. Sin embargo, aunque todos reconocían que esa catástrofe estaba ocurriendo y que cada vez era más inevitable, la inercia hacia una hecatombe nacional que lo engulliría todo (supondría una derrota militar absoluta, la ruina material, la ocupación enemiga y, además, la bancarrota moral) era precisamente lo que estaba ocurriendo en la Alemania de 1945. En los capítulos precedentes se ha tratado de explicar cómo fue posible esto. Se ha mostrado el largo e inexorable proceso del hundimiento del Estado más poderoso de Europa bajo la presión militar exterior. Se ha tratado de poner de manifiesto la dinámica autodestructiva, no solo confinada a Hitler, que operaba en el Estado nazi. Y, sobre todo, se ha intentado demostrar que las razones por las que Alemania eligió combatir hasta el final, y fue capaz de hacerlo, son complejas y no se pueden reducir a una única y simple generalización.

La exigencia aliada de una «rendición incondicional», que a menudo se consideraba que excluía cualquier otra alternativa salvo seguir luchando hasta el final, no aporta una explicación adecuada.

La propaganda alemana, naturalmente, explotó esta exigencia en su incesante intento de reforzar la voluntad de resistir, proclamando que el enemigo, tanto en el oeste como en el este, intentaba destruir la existencia misma de Alemania como nación. Pero, como hemos visto, pocas personas creían en los últimos meses estos mensajes, al menos en lo que concierne a las potencias occidentales.

Las implicaciones de esta política para la élite del régimen fueron más significativas. Sin duda, la amenaza de la «rendición incondicional» era muy útil para Hitler, que insistía en que no se podía considerar de ninguna manera la capitulación. Y la idea de la «rendición incondicional» hizo que fuera imposible poner fin a la guerra en el oeste, algo que la mayoría de los dirigentes alemanes, pero no Hitler, habrían estado dispuestos a negociar sin detener también la guerra en el este. Incluso la administración de Dönitz que siguió a la muerte de Hitler rechazó esa posibilidad, que significaba condenar a casi dos millones de soldados alemanes a ser prisioneros de los soviéticos, hasta que Eisenhower no le dejó ninguna elección sobre el asunto, lo que supuso que la guerra continuara durante ocho días más de derramamiento de sangre y sufrimiento. Por otra parte, la exigencia de «rendición incondicional» no hizo que el alto mando de la Wehrmacht reconsiderase la estrategia alemana a partir de 1943, en la medida en que pudiera existir otra estrategia global fuera de los límites del impulso autodestructivo forjado ideológicamente de resistir hasta llegar al punto de la ruina total.[1] Esa exigencia suponía una justificación útil para luchar hasta el final, pero no era la causa de la determinación de hacerlo.

La acusación de que la exigencia de una «rendición incondicional» obstaculizó las posibilidades de que el movimiento de resistencia ganara unos apoyos más amplios y una mayor probabilidad de derribar a Hitler también sigue siendo dudosa.[2] En todo caso, sobra decir que «la rendición incondicional» no impidió la tentativa de un golpe de Estado. Stauffenberg y sus cómplices en la conspiración del atentado de julio de 1944 actuaron con plena conciencia de la exigencia de los Aliados y, si hubieran tenido éxito, habrían intentado iniciar inmediatamente

conversaciones de paz. Como ya hemos señalado, la mayoría de los altos cargos de Hitler y numerosos generales habrían estado dispuestos a parlamentar en un momento u otro hasta llegar a un acuerdo, si Hitler hubiera estado de acuerdo y sin que la intransigencia de la postura aliada supusiera un impedimento.

Por eso, aunque la «rendición incondicional» era indudablemente un factor de la ecuación, no puede ser considerada como la cuestión decisiva o dominante que empujara a los alemanes a seguir luchando.[3] El mismo Churchill rechazó posteriormente la afirmación de que la «rendición incondicional» había sido un error que había prolongado la guerra. De hecho, llegó a afirmar que un planteamiento alternativo de los términos de paz, que los Aliados habían intentado redactar varias veces, habría perjudicado más cualquier tentativa de buscar la paz por parte de los alemanes, ya que las condiciones parecían «tan terribles cuando se explicaban sobre el papel, que excedían en mucho lo que se hizo en realidad y solo habrían conseguido estimular la resistencia alemana en caso de haber sido publicadas».[4]

Los errores estratégicos y tácticos de los Aliados tampoco pueden ser vistos como el factor clave que debilitara sus propios esfuerzos para llevar la guerra a un fin temprano, contribuyera a que se retrasar el final del gran conflicto e incluso estimulara temporalmente la confianza de los alemanes, que estaban en una posición defensiva. No cabe duda de que se cometieron errores importantes y que estos contribuyeron a que los Aliados, tras el desembarco de Normandía en el frente occidental y el avance del Ejército Rojo a través de Polonia en el este, no lograran derrotar a Alemania en Navidad, tal como su optimismo inicial les había inducido a pensar que sería posible.

Como hemos visto en capítulos anteriores, en el oeste, la divergencia de opiniones sobre los objetivos estratégicos entre Eisenhower y Montgomery, sustentada por sus diferencias personales (debidas principalmente a la personalidad arrogante del último y a un prejuicio antiamericano arraigado en la élite militar británica), impidió explotar plenamente la ofensiva en Francia en

agosto de 1944, que había causado un gran caos en el frente occidental alemán. A ello se sumaron el fracaso británico a la hora de asegurar la bahía de Amberes y el desastre de Arnhem. Como consecuencia, la Wehrmacht pudo reforzar las defensas occidentales y bloquear prácticamente el ataque aliado durante varias semanas clave. Los Aliados no recuperaron del todo el impulso (e incluso sufrieron un nuevo revés temporal en la ofensiva de las Ardenas) hasta marzo de 1945. En el frente oriental, los errores del Ejército Rojo en la planificación operativa explican también por qué el asalto masivo del verano de 1944, pese a ser devastador para la Wehrmacht, no aceleró el final de la guerra. Una ofensiva audaz en dirección a la costa de Pomerania, temida por los estrategas alemanes, habría despejado el camino para iniciar mucho antes el ataque sobre Berlín y posiblemente podría haber provocado el hundimiento total mucho antes de mayo de 1945.

Lo que podría haber ocurrido si los británicos y los estadounidenses, en el oeste, y los soviéticos, en el este, hubieran tomado decisiones estratégicas diferentes es, sin duda, una mera conjetura. Quizá la guerra habría terminado mucho antes. Pero también es posible que otros errores e indecisiones (la guerra genera inevitablemente frecuentes sorpresas y rara vez se desarrolla de acuerdo con los planes trazados) pudieran haber jugado un papel e impedido un final más rápido del conflicto.

También entra en el terreno de la especulación, a la larga inútil, preguntarse qué habría ocurrido si el intento de asesinato de Hitler hubiera tenido éxito y los conspiradores de julio de 1944 se hubieran hecho con el control del Estado. De haberlo logrado, es indudable que Stauffenberg y los conspiradores habrían buscado la paz en el oeste, pero seguramente no en el este. Lo más probable es que las potencias occidentales se hubieran negado a considerar algo que no fuera una «rendición incondicional» en todos los frentes, ya que, de otro modo, se habría precipitado la ruptura de la coalición con la Unión Soviética, que se basaba, fundamentalmente, en la destrucción total del militarismo alemán y del nazismo. Con Hitler muerto, los jefes del golpe de Estado victorioso habrían tenido que elegir entre aceptar los términos de una capitulación completa o

seguir luchando. Probablemente, se habrían sentido obligados a aceptar la rendición total. Por tanto, la guerra podría haber terminado en julio de 1944, evitando el inmenso derramamiento de sangre que se produjo en los meses siguientes. ¿Pero habrían estado de acuerdo los mandos militares, sobre todo los del este? ¿Habrían consentido esto los nazis acérrimos, sobre todo los de las SS? Apoyadas por una nueva leyenda de la «puñalada por la espalda», centrada en la imagen del heroico Führer asesinado por sus propios oficiales mientras dirigía la lucha de Alemania en aras de su propia existencia, poderosas fuerzas internas podrían haber opuesto resistencia e incluso haber derrotado al nuevo gobierno. Podría haberse desencadenado una guerra civil.

Inevitablemente, la eterna fascinación por las conjeturas sobre «qué podría haber ocurrido si…» no pueden aportar ninguna respuesta. Por tanto, en este libro se ha intentado evaluar no lo que podría haber sucedido, sino lo que en realidad ocurrió y, sobre esta base, valorar las razones que impulsaron a Alemania a seguir luchando hasta el final. En virtud de las evidencias presentadas en capítulos anteriores, es hora de atar los cabos y ofrecer una respuesta.

En primera instancia, y contrariamente a lo que algunas veces se ha afirmado, es evidente que la población no respaldó a Hitler y al régimen nazi hasta el final. «La población ya no confía en los dirigentes», se podía leer en un informe interno de marzo de 1945, uno de los muchos citados anteriormente. «El Führer ha de hacer frente cada día con mayor intensidad a la cuestión de la confianza y de las críticas». No cabe duda de que los vínculos que todos los estratos sociales mantenían con Hitler se habían reforzado, al menos a corto plazo, en julio de 1944 como consecuencia del atentado fallido de Stauffenberg. Como ya hemos visto, se produjo un auge de la popularidad de Hitler, que estaba disminuyendo, entre la población civil y los soldados que estaban en primera línea del frente, si hemos de tomar en serio las cartas que enviaban a sus hogares. La mayoría de los generales, incluso aquellos que no eran entusiastas del régimen en absoluto, se sintieron profundamente consternados por la tentativa de atentado contra la vida de Hitler,

como demuestran sus diarios personales y comentarios hechos en privado. Al margen de ese efímero auge, la popularidad de Hitler había estado menguando desde el invierno de 1941, y en 1944 y 1945 estaba en caída libre. Aún permanecían reservas de su prestigio entre una minoría cada vez más pequeña de la población, aunque, por supuesto, una minoría que todavía ostentaba el poder. A principios de 1945, sin embargo, el apoyo a Hitler era muy escaso.

En aquellos momentos, el odio al partido nazi era generalizado. Como admitió Goebbels, el partido estaba «agotado» en gran medida mucho antes del final, y era objeto de un enconado resentimiento cuando sus funcionarios se esfumaban y dejaban abandonada a la población. Pese a que se intensificaron los esfuerzos propagandísticos, los informes que recibía Goebbels eran meridianamente claros. La propaganda poco o nada podía hacer para contrarrestar lo que la población estaba viendo con sus propios ojos. Los lemas entusiastas eran despreciados cada vez más por una población qué anhelaba el fin de la guerra y se iba volviendo inexorablemente en contra del régimen que había causado tanta miseria a Alemania. Resulta difícil defender la idea de que la «comunidad del pueblo» mantenía su cohesión y su fuerza integradora tras el esfuerzo de la guerra. De hecho, la tan cacareada «comunidad del pueblo» se había disuelto hacía mucho tiempo, cuando comenzó a tratarse de una situación de «sálvese quien pueda».

Sin embargo, había importantes afinidades parciales que eran independientes del apoyo al régimen pero que lo sustentaban objetivamente. Era crucial que la existencia del régimen estuviera unida a la defensa del país y la patria, una causa que apoyaba la mayoría de los alemanes, incluso aquellos que despreciaban a Hitler y a los nazis. La inmensa mayoría de la población, como reconocían numerosos informes internos, ansiaban el fin de la guerra, pero también existía una evidente ambivalencia. Pocos deseaban la ocupación extranjera y, sobre todo, una ocupación de los temidos rusos. Pero, en la medida en que los alemanes luchaban con todas sus fuerzas para impedir una invasión del enemigo, fueran cuales

fueran sus motivos y sus deseos, estaban ayudando al régimen a seguir funcionando. En cualquier caso, por muy desmoralizados que estuviera, la inmensa mayoría de los alemanes no tenía más alternativa que seguir adelante.

Es difícil exagerar el papel que desempeñaba el terror. Sin él, habría sido muy posible que estallara una sublevación popular. Pero el régimen era un grave peligro para sus propios ciudadanos, y cada vez en mayor medida a partir de la brusca intensificación del terror en febrero de 1945. La población se sentía sumamente intimidada, con mucha razón. El terror, que al principio se había exportado, repercutió durante la agonía del régimen en la población misma de Alemania, y no solo en sus minorías perseguidas. Entre los soldados rasos aumentó enormemente el número de desertores, mezclados con los «rezagados». Como ya hemos observado, los consejos de guerra reaccionaron con severos castigos ejemplares. Los consejos de guerra sumarísimos, introducidos a mediados de febrero, no fueron más que tribunales irregulares que dictaban poco más que penas de muerte, y a principios de marzo, cuando se hicieron itinerantes, los «consejos de guerra» podían aparecer en cualquier zona del frente y condenar a muerte en minutos a quienes habían sido acusados de ser gandules, derrotistas o subversivos, tras lo cual se ejecutaba inmediatamente la sentencia. Lo más extraordinario es que los consejos de guerra aún seguían dictando sentencias de muerte incluso después de la capitulación alemana. También entre la población civil, cualquiera que se saliera de la norma, incluso por desesperación, podía recibir un castigo brutal hasta el final. En gran medida como consecuencia del efecto intimidatorio de semejante terror, el estado de ánimo de la población era de depresión, resignación, hastío ante la guerra y pesimismo, pero no de rebelión. Aquellos que se atrevían a alzar su voz, por no hablar de emprender cualquier acción contra el régimen, eran cruelmente aniquilados. La mayoría optó sensatamente por pensar que no podía hacer nada, excepto esperar el final con la esperanza de que los americanos y los británicos llegaran antes que los rusos.[5]

No obstante, el terror no lo explica todo. Funciona como factor explicativo a nivel popular. Decenas de miles de soldados desertaron y muchos se enfrentaron a una ejecución sumarísima como consecuencia. Incluso en este aspecto, y teniendo en cuenta el enorme efecto intimidatorio del drástico castigo que esperaba a aquellos que se negaban a luchar, la gran mayoría no desertó, o ni siquiera se lo planteó. Siguieron luchando, a menudo hasta la muerte e incluso a regañadientes, pero con frecuencia, incluso durante las últimas y desesperadas semanas, con gran compromiso y hasta entusiasmo. Esto no puede explicarse como una consecuencia del terror.[6] En los niveles más altos de la Wehrmacht, entre aquellos oficiales de rango superior que tenían poder de decisión y mando, el terror desempeño un papel muy pequeño. Al margen de quienes habían estado involucrados en el atentado, los generales no estaban aterrorizados. Algunos fueron expulsados, pero no fueron ejecutados.

Para la población alemana, y en mayor medida para las víctimas raciales y políticas del nazismo, el aumento del terror durante un tiempo de terribles sufrimientos no terminó hasta que el régimen mismo fue destruido por el poderío militar. Eso se debió, en no poca medida, a que muchos de los que tenían el poder, y en particular aquellos que ocupaban altos cargos del régimen, pero también los funcionarios y representantes del partido y sus afiliados a nivel local y regional, se dieron cuenta de que habían quemado sus naves y carecían de futuro. Los líderes del partido y de las SS habían estado involucrados en las peores atrocidades cometidas contra los judíos y otros grupos. Goebbels consideraba eso un factor positivo para asegurar que no decayeran ni su fanatismo ni su respaldo al régimen (que a menudo se veían apuntalados por la creencia en alguna feroz «venganza judía»). Hitler pensaba exactamente de la misma manera. A medida que la autoridad nazi se fragmentaba, el régimen enloquecía cada vez más, al tiempo que la policía, las SS y los oficiales regionales y locales del partido asumían el mando en las provincias. Cientos de ciudadanos alemanes fueron víctimas de la violencia incontrolada de forajidos nazis durante las últimas

semanas del régimen, a menudo cuando trataban de impedir la destrucción sin sentido de sus ciudades y pueblos, que seguían luchando mientras se aproximaba el enemigo. Los prisioneros y los trabajadores extranjeros se hallaban en aquel momento más expuestos que nunca a una violencia salvaje e incontrolada. Con el enemigo a las puertas, las marchas forzadas y sin sentido de miles de prisioneros de campos de concentración, muchos de ellos judíos, dejaron una cifra incalculable de muertos y, al resto de la población, aterrorizada y traumatizada.

Las «acciones criminales» de muchos militantes del partido durante las últimas semanas reflejaban la disposición de quienes eran muy conscientes de no tener futuro a que cayeran sus enemigos con ellos, a vengarse de viejos enemigos, a ajustar cuentas personales y a asegurarse de que aquellos que habían rechazado el régimen no quedaran como triunfadores tras su caída. Aunque aquellos fanáticos formaban una pequeña minoría, todavía era una minoría que disponía de poder sobre la vida y la muerte. Sus instintos de autodestrucción, paralelos a los de Hitler y los dirigentes del régimen, contribuían con su propia brutalidad a garantizar que el poder nazi continuase y que cualquier muestra de resistencia desde abajo fuera rápidamente eliminada.

Después de julio de 1944, el partido y sus organizaciones afiliadas fueron ocupando crecientemente todo el espacio organizativo fuera de la esfera militar y obteniendo unos poderes enormemente amplios sobre los ciudadanos y la administración civil. Martin Bormann utilizó su cercanía con Hitler y su mando de la administración central del partido para revigorizarlo y arrebatar a la administración del Estado cualquier decisión política importante. El «tiempo de lucha», antes de que el partido conquistara el poder en 1933, fue recordado en reiteradas ocasiones cuando los activistas eran obligados a tomar medidas radicales para completar «la revolución nazi».

Por debajo de de Bormann, los Gauleiter desempeñaron un papel fundamental. En tanto que comisarios para la defensa del Reich y responsables de la defensa civil en sus zonas, tenían un enorme campo de actuación para influir en prácticamente todas las esferas

de la vida diaria (y para imponer castigos sumarísimos por desobediencia). Con sus subordinados a nivel local y de distrito controlaban, entre otras cosas, la distribución de la asistencia social, la evacuación obligatoria de los ciudadanos de las zonas amenazadas, el acceso a los refugios antiaéreos, los trabajos para despejar las zonas dañadas por bombardeos y el reclutamiento obligatorio para el trabajo forzoso en las instalaciones de defensa. Eran los agentes clave para el impulso de la guerra total de Goebbels, en el reclutamiento de las últimas reservas de efectivos en oficinas y lugares de trabajo para proporcionar hombres a la Wehrmacht. El aumento del dominio del partido no contribuyó a crear una administración más eficiente, pero fortaleció enormemente su control sobre el gobierno y la sociedad. En los últimos meses de la guerra, Alemania se acercaba tanto como era posible a una sociedad totalmente movilizada y militarizada. La mayoría de los alemanes estaban oprimidos, intimidados y militarizados como nunca se había visto antes. Apenas existía en aquellos momentos ningún aspecto de la vida que estuviera libre de las intromisiones del partido y sus organizaciones afiliadas.

La creación de la *Volkssturm* en el otoño de 1944 supuso un enorme paso hacia la militarización completa de la sociedad. Desde el punto de vista militar fue prácticamente inútil. Fue satirizada como el «arma milagrosa» esperada y generalmente ridiculizada. Y era una señal, reconocida por todos, de lo desesperada que se había tornado la situación. Las personas sensatas hicieron todo lo que pudieron para evitar formar parte de ella, con razón, teniendo en cuenta su elevada tasa de bajas, especialmente en el frente oriental. Pero, en cuanto a control de la estructura del régimen, no carecía de importancia, y su mando estaba a menudo en manos de fervorosos nazis, cada vez más involucrados en numerosas «acciones» policiales, incluyendo atrocidades contra otros alemanes considerados cobardes o derrotistas.

Pese a la pérdida de poder real de la burocracia estatal, reducida en gran medida a un instrumento de ejecución administrativa, y a que el poder cada vez más lo poseía el partido a todos los niveles, el régimen también se apoyó hasta el final en una sofisticada y

experimentada burocracia. Esta burocracia superó todo tipo de grandes dificultades para seguir en funcionamiento, si bien su efectividad se vio enormemente mermada, sobre todo en los últimos meses, hasta que quedó poco o nada que administrar. Sin la capacidad organizativa que aportaban los funcionarios civiles en diferentes niveles, adoctrinados y bien formados, la administración seguramente se habría derrumbado mucho antes. El sistema judicial continuó funcionando y dictando sentencias draconianas hasta el final, manteniendo el terror radical contra los ciudadanos alemanes y las minorías perseguidas. En toda la administración pública prevalecía una lealtad casi inimaginable, no específicamente a Hitler, sino a la abstracción del «Estado», y el compromiso a lo que se consideraba el «deber». Incluso los funcionarios de la administración que menospreciaban a Hitler y despreciaban a los jefes nazis eran capaces de apoyar un sistema que se hallaba en un estado terminal de colapso. Ya hemos visto la casi incomprensión de Kritzinger, el secretario de Estado de la cancillería del Reich, cuando sus interrogadores de posguerra le preguntaron por qué había continuado trabajando tan duramente en un momento en que todo estaba claramente perdido y él respondió: «como funcionario veterano, mi deber era mantener mi lealtad al Estado». Esa era la mentalidad que imperaba en todos los niveles de la enorme administración civil.

La barbarie de la guerra en el este proporcionó sus propias motivaciones para continuar luchando y rechazar toda idea de rendición. Era una guerra totalmente distinta al conflicto en occidente. Tanto los mandos militares como los soldados rasos eran conscientes de que habían sido responsables o habían estado involucrados en numerosas atrocidades en el este: pueblos incendiados, masivas ejecuciones de partisanos, fusilamientos de decenas de miles de judíos… La barbarie de la guerra en el frente del este significaba, como bien sabían, que no podían esperar compasión si caían en manos de los soviéticos.

Las imágenes que la propaganda ofrecía de Nemmersdorf, escenario de las atrocidades soviéticas en octubre de 1944, eran peores que la realidad, la cual sin duda había sido lo bastante mala.

Nemmersdorf representaba el miedo al bolchevismo, algo inculcado en el país durante años con una propaganda incesante, pero que ya no era una entelequia. Para los soldados que luchaban en el este, o los que lo hacían en cualquier otro lugar pero tenían familias en regiones orientales amenazadas, no fue simplemente una razón ideológica lo que hizo que siguieran combatiendo. La lucha ideológica contra las «hordas asiáticas» y las «bestias bolcheviques», e incluso la defensa patriótica de la nación, se convirtió subliminalmente en un intento desesperado de rechazar las muy evidentes amenazas a familias y hogares o de vengar las atrocidades perpetradas por el Ejército Rojo. Además de aquellas motivaciones, los soldados combatían también debido a la solidaridad de grupo, por sus camaradas próximos y, en última instancia, por su propia supervivencia.

Un elemento no menos crucial en la capacidad del régimen para seguir luchando fue el papel del cuerpo de oficiales de las fuerzas armadas. La guerra originó un elevado número de ellos, casi 200.000, incluidos oficiales en la reserva a principios de 1944, y una rápida renovación de los mismos. El ejército perdió 269.000 oficiales durante la guerra, 87.000 de los cuales murieron. En septiembre de 1944 morían, resultaban heridos o eran hechos prisioneros un promedio de 317 oficiales al día, la mayoría de baja graduación. Los oficiales de bajo y medio rango eran piezas decisivas en la maquinaria militar. Muchos se habían tragado los dogmas de la doctrina nazi en las Juventudes Hitlerianas y en subsiguientes cursos de adoctrinamiento, y estaban curtidos por la guerra y por su participación en una «pacificación» sanguinaria y llena de medidas genocidas en el este.[7] Como hemos señalado, la penetración nazi en las fuerzas armadas se intensificó agudamente tras la tentativa fallida de atentado con la introducción del «Heil Hitler», en sustitución del saludo militar tradicional, y el extendido uso de los NSFO para infundir fanatismo y lealtad a las tropas. La brutales represalias contra los implicados en el complot de Stauffenberg y las repetidas diatribas de los dirigentes nazis, empezando por Hitler, vilipendiando a los oficiales del ejército,

generaron también su propia presión no solo para obedecer, sino también para manifestar un compromiso entusiasta.

En la cúpula del ejército, los generales eran la clave. En su mayoría eran demasiado viejos para haber sido educados en el nazismo, como la mayoría de los oficiales jóvenes. Pero sus viejas mentalidades nacionalistas se habían mezclado sin dificultad con los ideales nazis y habían adquirido una amplia experiencia de la ideológica «guerra de aniquilación» en el frente oriental, que habían apoyado. Solo quedaron los leales tras de la purga que siguió al atentado fallido. Eso no impidió que se produjeran serias disputas sobre las tácticas entre algunos generales y Hitler. Muchos generales fueron hechos chivos expiatorios de derrotas o por no ejecutar órdenes absurdas. Pero no fueron capaces, ni temperamental ni organizativamente, de desafiar a Hitler ni de organizar otro intento de golpe militar. La mayoría de los generales se tomaban su juramento de lealtad a Hitler totalmente en serio y estaban atormentados por el pensamiento de poder verse obligados a desobedecer órdenes. Incluso cuando el juramento servía poco más que como pretexto para la sumisión y la retirada de la responsabilidad política, con el argumento de ser meros soldados que cumplían su deber, los imperativos militares tradicionales de orden y obediencia se deformaron en el Tercer Reich hasta una disposición extrema a someterse a los mandatos del Führer, por muy irracionales que fueran.[8] En última instancia, un sentido del deber profundamente arraigado pero totalmente deformado aportó tanto una motivación como una coartada a los mandos militares del Tercer Reich.[9]

Los generales estaban divididos entre ellos. Las conversaciones grabadas de los que habían sido hecho prisioneros por los británicos, citadas en varias ocasiones en capítulos anteriores, revelan fuertes discrepancias en sus opiniones.[10] La situación no era diferente entre los generales que todavía ocupaban posiciones de alto mando en Alemania o en sus fronteras. Como fervientes nacionalistas, para ellos era un axioma estar preparados para hacer todo lo que pudieran para defender el Reich, incluso cuando habían

roto interiormente con Hitler o despreciado al partido y sus representantes. Pero, de hecho, algunos continuaron siendo fanáticos partidarios de Hitler, como el brutal mariscal de campo Ferdinand Schörner, cuya crueldad al imponer la disciplina lo hizo famoso incluso entre los altos mandos del ejército, o el gran almirante Karl Dönitz, que exigió en abril de 1945 que cualquier barco y base naval fueran defendidos hasta el final, de acuerdo con las órdenes del Führer, sin ofrecer a sus hombres más elección que la victoria o la muerte. Muchos oficiales de alto rango, como Dönitz, se aferraban a la ficción de ser «apolíticos» y de que las decisiones políticas eran única y exclusivamente asunto de los dirigentes del Estado. Pero, fueran cuales fueren los motivos, es obvio que sin su apoyo los dirigentes del Estado no podrían haber continuado al mando, ni tampoco la guerra podría haber proseguido.

Incluso cuando no estaban de acuerdo en absoluto con las tácticas de Hitler, los generales no discutían su derecho a ordenarlas y luchaban con lealtad. Ante unas órdenes cada vez más dementes para la defensa de Berlín, el coronel general Heinrici, pese a todo, pensó que rehusarlas era un acto de traición. El ejemplo del mariscal de campo Kesselring, que se negó hasta finales de abril de 1945 a tolerar la rendición en Italia mientras el Führer estuviera vivo, es otro caso evidente.

También resultó decisiva para permitir que el régimen siguiera luchando la radicalización de la estructura de poder bajo Hitler que se produjo durante los últimos meses. Tras la tentativa de asesinato de Stauffenberg, el régimen se fortaleció rápidamente. En los últimos meses se introdujeron cambios que lo reforzaban y descartaban cualquier colapso interno, ya que los poderes inmediatamente inferiores a Hitler se dividieron en gran medida entre cuatro dirigentes nazis. Como ya hemos visto, Bormann amplió enormemente el papel movilizador y de control del partido, extendiendo su influencia sobre casi todas las facetas de la vida cotidiana. Goebbels combinó entonces los ámbitos cruciales de la propaganda y de la movilización en aras del esfuerzo de guerra total. Sin el millón de hombres extra que había reclutado a finales de 1944, la Wehrmacht simplemente no habría capaz de reemplazar

las extraordinarias bajas que estaba sufriendo. Himmler, al asumir el mando del ejército de reserva (en cuyos cuarteles había organizado Stauffenberg la conspiración para asesinar a Hitler), extendió su aparato de terror hasta introducirlo en la propia Wehrmacht. Solamente el ejército de reserva había sido capaz de planificar la tentativa de golpe de estado de 1944. En manos de Himmler, esa posibilidad desapareció. Speer obró milagros de gestión y organización y logró producir el armamento suficiente, pese a la creciente crisis de productividad y del transporte causada por los bombardeos aliados y las pérdidas territoriales, para asegurar que las tropas todavía tuvieran armas con las que luchar. Si Speer, que tardó mucho en admitir que la guerra estaba irremediablemente perdida, hubiera trabajado la mitad de lo duramente que lo hizo, Alemania no podría haber resistido ni remotamente durante tanto tiempo.

El cuarteto formado por Bormann, Goebbels, Himmler y Speer (tres de los cuales se hallaban entre los fanáticos más brutales y radicales, y el cuarto de ellos era un ambicioso genio organizativo sediento de poder) contribuyó de manera decisiva a que continuara la guerra. Pero había divisiones y recelos entre los cuatro, algo característico del Estado nazi. Y cada uno de ellos sabía que su poder dependía de una autoridad superior: la de Hitler.

Finalmente, y en absoluto menos importante, llegamos al mismo Hitler. Nunca se desvió de lo que había sido el leitmotiv de su existencia política: que nunca se volviera a producir una capitulación «cobarde» ni una revolución interna como la de 1918. Consecuentemente, y de un modo constante, rehusó todas las súplicas de sus incondicionales para considerar una solución negociada. Para él solo era concebible la victoria, no la derrota. Nunca existió la posibilidad de rendición cuando empezó a estrecharse el cerco sobre el Tercer Reich tras las grandes victorias enemigos, tanto en el este como en el oeste, desde junio de 1944 en adelante. La exigencia aliada de una «rendición incondicional» simplemente servía para que su mentalidad y sus convicciones se vieran confirmadas. La «heroica» destrucción total era para él infinitamente preferible a lo que consideraba la cobarde salida de la

capitulación. La penosa situación del pueblo alemán no le importaba, había mostrado debilidad en la guerra y merecía hundirse. Tras el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, tuvo la lucidez suficiente para ver que había jugado su última carta. Se aferraba a un clavo ardiendo tras otro, con desesperación e impotencia, para hacer retroceder la marea que estaba a punto de engullirlo. El suicidio era la salida más obvia y probable. De hecho, se convirtió en la única salida, y era simplemente cuestión de tiempo hacerlo en el momento adecuado para evitar que lo capturasen los rusos. Era también una salida fácil para él, porque sabía que, ocurriera lo que ocurriera, no tenía futuro después de la guerra. Pero mientras estuviera vivo, su poder era indiscutible, pese a la rápida decadencia del Reich, tal y como Göring y Himmler supieron en los últimos días de su vida.

Era evidente que la personalidad de Hitler no era insignificante para que Alemania continuara luchando. Tanto los generales como los líderes políticos lo encontraron absolutamente intransigente cuando le proponían cualquier línea de acción alternativa. Incluso en las últimas semanas algunos iban a verlo desmoralizados y desconsolados y salían cargados con un entusiasmo y una convicción renovados. Con otro jefe de Estado, por ejemplo, Göring (que, hasta su destitución el 23 de abril de 1945, había sido el sucesor designado por Hitler), parece muy probable que Alemania habría pedido la paz en algún momento anterior a mayo de 1945. Resulta ciertamente cuestionable si en el caso de un pronto fallecimiento de Hitler, Göring (o Himmler, el otro candidato alternativo para haberlo sucedido) habría tenido la autoridad interna sobre los generales para continuar la guerra. Un escenario tan distinto a la realidad solo enfatiza una vez más en qué medida el empeño de Hitler en continuar la guerra suponía el mayor obstáculo para detenerla. Sin embargo, esto no puede considerarse solo como una consecuencia de la personalidad tiránica de Hitler (su intransigencia, su desvinculación de la realidad, su disposición a llevar al país y al pueblo alemán al abismo con él hasta la perdición total), por muy importante que eso fuera. Además de eso, está la

pregunta de si la élite del poder estaba dispuesta a permitirle gobernar de aquella forma tan desastrosa hasta el final.

Albert Speer reflexionaba en un autorreproche recogido en sus memorias sobre por qué, cuando era evidente que Alemania estaba tan acabada económica y militarmente, Hitler no tuvo que enfrentarse a ninguna acción colectiva de los mandos militares que estaban habitualmente en contacto con él en la que le exigieran una explicación sobre cómo iba a poner fin a la guerra (reconociendo implícitamente que podrían haberle obligado a hacerlo). Speer pensaba que un movimiento tal podría haber procedido de Göring, Keitel, Jodl, Dönitz, Guderian y él mismo.[11] La propuesta, como él bien sabía, era absurda.[12] Tanto estructural como individualmente, el grupo al que se refería estaba dividido y (al margen de su creciente distanciamiento con Guderian) en cualquier caso estaba formado por leales hasta el fin; tres de ellos respaldaban fervientemente las órdenes de Hitler de «resistir hasta el final».

Enfrentarse a Hitler en cualquier organismo organizado, ya fuera político o militar, era completamente imposible. Lo demostraba la disolución de todas las estructuras del gobierno, que había empezado en los comienzos del Tercer Reich y era cada vez más marcada a medida que transcurría la guerra. La caída de Mussolini en julio de 1943 se había precipitado desde dentro de su propia organización, el Gran Consejo Fascista. Y por encima de Mussolini, al menos nominalmente, existía un objeto alternativo de lealtad: el rey de Italia. No existía ninguna estructura semejante en la Alemania nazi: Hitler era jefe de Estado, comandante en jefe de las fuerzas armadas, jefe de Gobierno y líder del partido. Había resistido constantemente las sugerencias para restablecer alguna forma de gobierno colectivo en el gabinete del Reich y para crear un senado del partido nazi que decidiera, entre otras cuestiones, la sucesión. Los Gauleiter eran convocados a reunirse periódicamente, pero solo para escuchar arengas de Hitler. Incluso en las fuerzas armadas existía una dañina división entre el alto mando de la Wehrmacht (responsable de las operaciones fuera del frente

oriental) y el alto mando del ejército de tierra (responsable del frente oriental).

Agravaba el problema el hecho de que Hitler no friera solamente el comandante supremo de la Wehrmacht en su conjunto, sino también comandante en jefe del ejército de tierra. La personalización de la autoridad del régimen en Hitler era extrema, incluso comparada con la de otros regímenes autoritarios. Todas las estructuras de poder, impregnadas en diversa medida con los valores de la ideología nazi, estaban vinculadas a Hitler y derivaban su legitimidad del «liderazgo carismático» del Führer. La fragmentación de la gobernanza reflejaba el carácter del poder absoluto de Hitler, incluso cuando este comenzó a decaer en las últimas semanas. Aunque la atracción que sentían las masas por Hitler como un líder carismático había decaído fuertemente desde la mitad de la guerra, la fragmentación de la autoridad por debajo de él había sido uno de los sellos distintivos de la autoridad carismática desde el principio hasta el final. Esa fue una de las razones fundamentales por las que un hundimiento anterior o el recurso a una solución negociada (cualquier alternativa al proceso inexorable de autodestrucción) no tuvieron lugar.

La mentalidad de la élite gobernante había sintonizado con las características del poder carismático y sustentaba los factores estructurales que impedían cualquier desafío a Hitler. Entre los dirigentes nazis, los vínculos personales con Hitler fraguados en los primeros tiempos resultaron ser casi imposibles de romper, incluso cuando el aura de infalibilidad construida en torno al culto a su personalidad se desvanecía. Ocurría lo mismo con la dependencia absoluta respecto a Hitler en lo concerniente a las posiciones de poder. Hay que reconocer que Speer se distanció, pero muy tardíamente, e incluso sintió un impulso interno de hacer una última aproximación, peligrosa e inútil, al búnker del Führer en los últimos días, con el fin de despedirse personalmente del líder al que una vez había idolatrado. Göring, pese a llevarse la peor parte de la furia de Hitler por el fracaso de la Luftwaffe, nunca llegó a romper con él. A su destitución de todos sus cargos el 23 de abril le siguió un malentendido deliberadamente explotada por Bormann, uno de los

enemigos encarnizados del mariscal del Reich. El mismo Bormann era la leal mano derecha de su amo y se ocupaba de convertir las diatribas de Hitler y sus estallidos de cólera en regulaciones y órdenes burocráticas. Himmler, brazo fuerte de la represión, pese a seguir en secreto su propio camino en los últimos meses en un intento de mantener una posición de poder en un mundo posterior a Hitler, continuó reconociendo su dependencia. La ruptura con Hitler llegó al final y, como en el caso de Göring, parece haberse producido tras un malentendido, cuando unos presuntos informes de Himmler sobre la caída del dictador, el 22 de abril, habían significado su renuncia efectiva. El más comprometido de todos los altos líderes nazis, y uno de los más perspicaces de los acólitos de Hitler, Joseph Goebbels, era uno de los pocos que estaban dispuestos a permanecer junto a él hasta el final y a arrojarse a la gran pira funeraria del Tercer Reich.

Bajo el escalafón más alto de los jefes del partido, los Gauleiter todavía suponían una falange de leales incondicionales, cualesquiera que fueran sus sentimientos privados, que se habían vinculado irremediablemente desde hacía tiempo a Hitler, pese a que en las semanas finales comenzaron necesariamente a actuar de forma independiente, ya que las comunicaciones con Berlín se habían interrumpido. Su última reunión colectiva con Hitler, el 24 de febrero de 1945, mostró que la autoridad de este todavía estaba intacta entre aquel importante grupo.

Entre los mandos militares, la postura del gran almirante Karl Dönitz, jefe de la Armada y nombrado sucesor de Hitler como jefe del Estado tras su muerte, es ilustrativa de los perdurables lazos con Hitler. En contraste con su insistencia tras la guerra en presentarse como un profesional militar que simplemente había cumplido con su deber, Dönitz, cuya actitud era la de nazi incondicional, había sido uno de los que habían apoyado con más fanatismo las órdenes de Hitler de luchar hasta el final. Pero cuando Hitler hubo desaparecido, despareció con él la barrera principal e inquebrantable para una capitulación. Dotado de una responsabilidad que lo incluía todo y sintiéndose liberado de su juramento de lealtad a Hitler, Dönitz vio la necesidad de ceder a la

realidad militar y política y enseguida comenzó a buscar la manera de encontrar un final negociado a una guerra perdida. Aquel repentino cambio de postura de Dönitz demuestra con más claridad que nada en qué medida la lucha hasta el final, hasta la derrota y la destrucción total, se debía no solo a la persona de Hitler, sino a la naturaleza de su liderazgo y a las mentalidades que habían sostenido su poder carismático.

Entre las razones por las que Alemania pudo y quiso seguir luchando hasta el final, esas estructuras de mando y las mentalidades que subyacían tras ellas son lo más fundamental. Todos los demás factores (el persistente apoyo a Hitler, el feroz aparato de terror, el creciente dominio del partido, el importante papel del cuadrunvirato formado por Bormann, Goebbels, Himmler y Speer, la integración negativa generada por el miedo a la ocupación bolchevique y la permanencia de la disposición de los funcionarios civiles de alto rango y de los mandos militares a continuar cumpliendo con su deber cuando todo estaba claramente perdido) estaban en última instancia subordinados a la forma en que el régimen carismático del Führer estaba estructurado, y a su funcionamiento en la fase final de su agonía. Paradójicamente, en aquellos momentos el poder carismático carecía de carisma. La atracción carismática que Hitler ejercía en las masas ya había desaparecido hacía tiempo, pero las estructuras y las mentalidades de su poder carismático sobrevivieron hasta su muerte en el búnker. Las élites dominantes, divididas como estaban, no poseían ni la voluntad colectiva ni los mecanismos de poder para impedir que Hitler llevara a Alemania a la destrucción final.

Eso fue decisivo.

LISTADO DE FUENTES ARCHIVÍSTICAS MENCIONADAS

Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Múnich: MInn 72417; Reichsstatthalter 257, 389/4, 644/2, 681/I-8, 686/I, 699, 482/I, 498, 527-8; MA 106695-6.

BBC Archives, Londres: entrevistas de las series de BBC-2 *The Nazis: A Warning from History* (1997) y *War of the Century* (1999).

Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart: Sammlung Sterz Feldpostbriefe.

Bundesarchiv, Berlin/Lichterfelde: Parteikanzlei der NSDAP, NS 6/51, 134-7, 153 166-7. 169, 277, 353-4, 374, 756 791-2; Persönlicher Stab Reichsführer-SS, NS 19/424, 606, 612, 751, 772, 1022, 1029, 1318, 1793, 1858, 1862, 1864, 2068, 2409, 2454, 2606, 2721, 2864, 2903, 2936, 3034, 3118, 3121, 3271, 3320, 3337, 3652, 3705, 3809, 3833, 3910-12, 3931, 4015-17, Reichskanzlei, R 43 II/393 a, 583 a, 648 a, 650 c, 651 d, 664 a, 667 b, 680 a, 684, 692, 692 a-b, 1648; Reichspostministerium, R 4701 alt R 48/11; Reichsministerium für Rüstung und Kriegsproduktion, R 3/1511, 1522, 1526, 1528-9, 1531-3, 1535-45, 1545, 1583, 1618, 1620-23, 2623 a, 1624-6, 1661, 1740; Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda, R 55/601, 603, 608, 610, 612, 620, 793, 21504.

Bundesarchiv/Militärarchiv, Friburgo: Materialsammlung: MS g 2/2696-7, 5284; Nachlässe: N 6/4, N 24/39, N 54/8, N 60/17-18, 73-4, N 245/2-3,15, N 265/26, 108, 112,118, N 374/8, N 574/19,

22, N 647/12-13, N 648/1, N 712/15; Heeresgruppen: RH 2/319, 2682, 2684-5, RH 19/ II/204, 213; RH 19/III/17,667, 727; RH 19/IV/141, 228, 250; RH 20-24/593, 617, RH 20-19/196, 245; RH 21-3/420, 730; RH 21-5/66; Seekriegsleitung: RM 7/851,854; OKW: RW4/57,494,881. RW44I/33, 54.

Imperial War Museum, Duxford: EDS [Enemy Documents Section], Colección de documentos sobre los alemanes capturados; FO 645, documentos de los interrogatorios de Núremberg; FIAT, informes de los interrogatorios de Albert Speer y altos cargos de su ministerio; memorias de P. E. van Stemann.

Institut für Zeitgeschichte, Múnich: ED 195 (Slg. Schottenheim); Fa 91/2-5 (Parteikanzlei); Fa 93 (Pers. Stab/ RFSS); Nbg.-Dok., NS-3501, PS-1787, PS-3683; ZS 145 (Schwerin von Krosigk), 597 (Grohé), 988 (Kritzinger), 1810 (Dönitz), 1953 (Dankwort).

International Tracing Service, Bad Arolsen: Collection Todesmärsche: Tote, Boxes 1-83; Collection Evacuations: Evak 1-9; HN a 68.

Irving Collection: documentos seleccionados relacionados con Hermann Göring, Reel 1 (microfilme de Microform Imaging Ltd., East Ardsley, Wakefield).

Liddell Hart Centre for Military Archives, King’s College, Londres: Dempsey Papers, N° 72-336.

National Archives, Londres: Foreign Office: FO 898/187; War Office: WO 204/6384, WO 2008/4363-5, 5543, 5622; WO 219/1587, 4713.

Staatsarchiv Augsburg: Gau Schwaben 1/28-37; Kreisleitung Augsburg-Stadt 1/8, 47, 65, 132; Ortsgruppe Wollmarkt 11/5; Kreisleitung Günzburg 1/42-3, 46-7, 55.

Staatsarchiv München: Gauleitung München, NSDAP 35, 52, 466 a, 495, 499; Landratsamt Berchtesgaden, LRA 29656, 29715, 29718, 29728, 31391, 31645, 31908, 31919, 31921, 31936, 156108; Staatsanwaltschaften 6751, 18448/2-3, 34876/25.

LISTADO DE OBRAS MENCIONADAS

1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht. Dokumente, ed. Gerhard Forster y Richard Lakowski, Berlin, 1975.

Addison, Paul y Crang, Jeremy A. (eds.), *Firestorm: The Bombing of Dresden, 1945,* Londres, 2006.

Ahlfen, Hans von y Niehoff, Hermann, *So kämpfte Breslau: Verteidigung und Untergang von Schlesiens Hauptstadt,* Múnich, 1959.

Akten der Partei-Kanzlei der NSDAP, vol. 1, ed. Helmut Heiber, Múnich, 1983; vol. 2, ed. Peter Longerich, Múnich, 1989.

Albrecht, Dieter, «Regensburg in der NS-Zeit», en Albrecht, Dieter (ed.), *Zwei Jahrtausende Regensburg,* Ratisbona, 1979.

Alvensleben, Udo von, *Lauter Abschiede: Tagebuch im Kriege,* Frankfurt am Main, 1971.

Aly, Götz, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus,* Frankfurt am Main, 2005.

Andreas-Friedrich, Ruth, *Schauplatz Berlin: Ein deutsches Tagebuch,* Múnich, 1962.

Anonyma: Eine Frau in Berlin. Tagebuch-Aufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945, edición de bolsillo, Múnich, 2008.

Arbogast, Christine, *Herrschaftsinstanzen der württembergischen NSDAP: Funktion, Sozialprofi l und Lebenswege einer regionalen Elite 1920-1960,* Múnich, 1998.

Arendes, Cord, Wolfrum, Edgar y Zedier, Jörg, (eds.), *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006.
Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarianism,* Nueva York, 1951. *[Los orígenes del totalitarismo,* Alianza Editorial, 2006.]
Armstrong, Anne, *Unconditional Surrender: The Impact of the Casablanca Policy upon World War Two,* New Brunswick, NJ, 1961.
Bajohr, Frank y Wildt, Michael (eds.), *Volksgemeinschaft: Neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus,* Frankfurt am Main, 2009.
Balkoski, Joseph, «Patton's Third Army: The Lorraine Campaign, 19 September-1 December 1944», en Albert A. Nofi (ed.), *The War against Hitler: Military Strategy in the West,* Conshohocken, Pa., 1995.
Barnett, Correlli (ed.), *Hitler's Generals,* Londres, 1990.
Bartov, Omer*, The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarisation of Warfare,* Nueva York, 1986.
Bauer, Robert, *Heilbronner Tagebuchblätter,* Heilbronn, 1949.
Bauer, Yehuda, *Jews for Sale? Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945,* New Haven, 1994.
Baum, Walter, «Der Zusammenbruch der obersten deutschen militärischen Führung 1945», *Wehrwissenschaftliche Rundschau,* 10 (1960).
Baumann, Ulrich y Koch, Markus (eds.), *«Was damals Recht war»: Soldaten und Zivilisten vor Gerichten der Wehrmacht,* Berlin-Brandenburgo, 2008.
Beevor, Antony, *Berlin: The Downfall 1945,* edición de bolsillo., Londres, 2007. [*Berlín. La caída: 1945,* Editorial Crítica, 2002.]
— *D-Day: The Battle for Normandy,* Londres, 2009. *[El día D: la batalla de Normandía,* Editorial Crítica, 2009.]
Behrmann, Günter C., «"Jugend, die meinen Namen trägt": Die letzten Kriegseinsätzeder Hitlerjugend», en *Kriegsende in Deutschland,* Hamburgo, 2005.
Below, Nicolaus von, *Als Hitlers Adjutant 1937-45,* Maguncia, 1980.
Bergander, Götz, *Dresden im Luftkrieg,* Weimar, Colonia y Viena, 1994.

Bergau, Martin, *Der Junge von der Bernsteinküste: Erlebte Zeitgeschichte 1938-1948,* Heidelberg, 1994.
— «Tod an der Bemsteinküste: Ein NS-Verbrechen in Ostpreußen», en Elke Fröhlich (ed.), *Als die Erde brannte: Deutsche Schicksale in den letzten Kriegstagen,* Múnich, 2005.
Bergen, Doris L., «Death Throes and Killing Frenzies: A Response to Hans Mommsen's "The Dissolution of the Third Reich: Crisis Management and Collapse, 1943-1945"», *German Historical Institute, Washington D.C. Bulletin,* 27 (2000).
Berghahn, Volker, «NSDAP und "geistige Führung" der Wehrmacht 1939-1943», *VfZ,* 17 (1969).
Bernadotte, Folke, *The Fall of the Curtain,* Londres, 1945.
Bessel, Richard, *Germany 1945: From War to Peace,* Londres, 2009. *[Alemania 1945: de la guerra a la paz,* Ediciones B, 2009.]
Besson, Waldemar, «Zur Geschichte des nationalsozialistischen Führungsoffiziers (NSFO)», *VfZ,* 9 (1961).
Biddiscombe, Perny, *Werwolf! The History of the National Socialist Guerrilla Movement 1944-1946,* Toronto y Butala, NY, 1998.
Bidwell, Shelford, «Kesselring», en Correlli Barnett (ed.), *Hitlers Generals,* Londres, 1990.
Black, Peter R., *Ernst Kaltenbrunner: Ideological Soldier of the Third Reich,* Princeton, 1984.
Blank, Ralf, «Kriegsalltag und Luftkrieg an der "Heimatfront"», en *DRZW,* vol. 9/1.
— «Albert Hoffmann als Reichsverteidigungskommissar im Gau Westfalen-Süd, 1943-1945: Eine biographische Skizze», en Wolf Grüner y Armin Nolzen (eds.), *«'Bürokratien': Initiative und Effizienz. Beiträge zur Geschichte des Nationalsozialismus,* vol. 17, Berlin, 2001.
Blatman, Daniel, «Die Todesmärsche Entscheidungsträger, Mörder und Opfer», en Ulrich Herbert, Karin Orth y Christoph Dieckmann (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 2, Gotinga, 1998.
— «The Death Marches, January-May 1945: Who Was Responsible for What?», *YVS,* 28 (2000).

— «Rückzug, Evakuierung und Todesmärsche 1944-1945», en Wolfgang
Benz y Barbara Distel (eds.), *Der Ort des Terrors: Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 1, Múnich, 2005.
— *Les Marches de la mort: La dernière étape du génocide nazi, été 1944-prin-temp. 1945,* Paris, 2009.
— «The Death-Marches and the Final Phase of Nazi Génocide», en Jane Caplan y Nikolaus Wachsmann (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany: The New Histories,* Londres y Nueva York, 2010.
Bleyer, Wolfgang, «Pläne der faschistischen Führung zum totalen Krieg im Sommer 1944», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft,* 17 (1969).
Bloch, Michael, *Ribbentrop,* Londres, 1994.
Blumentritt, Guenther, *Von Rundstedt: The Soldier and the Man,* Londres, 1952. *[Von Rundstedt: el soldado y el hombre,* Altaya, 2008].
Boog, Horst, «Die strategische Bomberoffensive der Alliierten gegen Deutschland und die Reichsluftverteidigung in der Schlußphase des Krieges», en *DRZW,* vol. 10/1.
Borejsza, Jerzy W, «Der 25. Juli 1943 in Italien und der 20. Juli 1944 in Deutschland. Zur Technik des Staatsstreichs im totalitären System», en Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.), *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus,* Múnich y Zúrich, 1986.
Bormann Letters, The ed. H. R. Trevor-Roper, Londres, 1954.
Bosch, Manfred, *Der Neubeginn: Aus deutscher Nachkriegszeit. Südbaden 1945-1950,* Constanza, 1988.
Breloer, Heinrich (ed.), *Mein Tagebuch: Geschichte vom Überleben 1939-1947*, Colonia, 1984.
Bretschneider, Heike, *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in München 1933-1945,* Múnich, 1968.
Broszat, Martin, «Nationalsozialistisches Konzentrationslager 1933-1945», en Hans Buchheim *et al., Anatomie des SS-Staates,* Olten y Treiburg en Brisgovia, 1965.
— *Der Staat Hitlers,* Múnich, 1969.
— Elke, Fröhlich, (eds.), *Bayern in der NS-Zeit,* 6 vols., Múnich, 1977-83.

Buchbender, Ortwin y Sterz, Reinhold (eds.), *Das andere Gesicht des Krieges: Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945,* Múnich, 1982.
Buchheim, Hans, *et al.* (eds.), *Anatomie des SS-Staates, 2* vols., Olten y Freiburg im Breisgau, 1965.
Buske, Norbert (ed.), *Die kampflose Übergabe der Stadt Greifswald im April 1945,* Schwerin, 1993.
— *Das Kriegsende 1945 in Demmin: Berichte, Erinnerungen, Dokumente,* Schwerin, 1995.
Churchill, Winston S., *The Second World War,* vol. 4: *The Hinge of Fate,* Londres, 1951. *[La Segunda Guerra Mundial,* La Esfera de los Libros, 2002.]
Clark, Christopher, «Johannes Blaskowitz der christliche General», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995.
Czech, Danuta, *Kalendarium der Ereignisse im Konzentrationslage Auschwitz-Birkenau 1939-1945,* Reinbek bei Hamburgo, 1989.
Davies, Norman, *Rising '44: «The Battle for Warsaw»,* Londres, 2004.
Deible, Albert, *Krieg und Kriegsende in Schwäbisch Gmünd,* Schwäbisch Gmünd, 1954.
Demerer, Heinrich, «Erinnerungen an den Todesmarsch aus dem KZ Flossenbürg», *Dachauer Hefte,* 25 (2009).
Denny, Isabel, *The Fall of Hitler's Fortress City: The Battle for Königsberg, 1945,* Londres, 2007.
D'Este, Carlo, «Model», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals,* Londres, 1990.
Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg, Das, vols. 7-10, ed. Militärgeschichtliches Forschungsamt, Múnich, 2004-2008.
Deutsche Südwesten zur Stunde Null, Der ed. Generallandesarchiv Karlsruhe, Karlsruhe, 1975.
Deutschland im zweiten Weltkrieg, vol. 6: *Die Zerschlagung des Hitlerfaschismus und die Befreiung des deutschen Volkes (Juni 1944 bis zum 8. Mai 1945),* editada por un colectivo de autores bajo la dirección de Wolfgang Schumann y Olaf Groehler, con ayuda de Wolfgang Bleyer, Berlín Este, 1985.
Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942-1945, ed. Willi A. Boelcke, Frankfurt am Main,

1969.
Dieckert, Kurt y Grossmann, Horst, *Der Kampf um Ostpreußen: Ein authentischer Dokumentarbericht,* Múnich, i960.
Dönitz, Karl, *Memoirs: Ten Years and Twenty Days,* Da Capo edn., Nueva York, 1997. *[Diez años y veinte días: memorias del hombre que sucedió a Hitler como jefe del III Reich,* La Esfera de los Libros, 2006.]
Dörr, Margarete, *«Wer die Zeit nicht miterlebt hat...»: Frauenerfahrungen im Zweiten Weltkrieg und in den Jahren danach,* vol. 3, Frankfurt am Main y Nueva York, 1998.
Downing, David, *The Devil's Virtuosos: German Generals at War 1940-5,* Londres, 1977.
Echternkamp, Jörg, «Im Kampf an der inneren und äußeren Front. Grundzüge der deutschen Gesellschaft im Zweiten Weltkrieg», en *DRZW,* vol. 9/1.
— (ed.), *Kriegsschauplatz Deutschland 1945: Leben in Angst — Hoffnung auf Frieden. Feldpost aus der Heimat und von der Front,* Paderborn, 2006.
Eichholtz, Dietrich, «Deutschland am Ende des Krieges: Eine kriegswirtschaftliche Bilanz», *Bulletin der Berliner Gesellschaft für Faschismus- und Weltkriegsforschung, 6* (1966).
— *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1959-1945,* vol. 3: *1943-1945,* Berlin, 1996.
Eiliger, Katharina, *Und tief in der Seele das Feme: Die Geschichte einer Vertreibung aus Schlesien,* Reinbek bei Hamburgo, 2006.
Epstein, Catherine, *Model Nazi: Arthur Greiser and the Occupation of Western Poland,* Oxford, 2010.
Erickson, John, *The Road to Berlín,* Cessell edn., Londres, 2003.
Erpel, Simone, «Machtverhältnisse im Zerfall: Todesmärsche der Häftlinge des Frauen-Konzentrationslagers Ravensbrück im April 1945», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002.
— *Zwischen Vernichtung und Befreiung: Das Frauen-Konzentrationslager Ravensbrück in der letzten Kriegsphase,* Berlin, 2005.
Eschenburg, Theodor, «Die Rede Himmlers von den Gauleitern an 3. August 1944», *VfZ,* 1 (1953).

Evans, Richard, *The Third Reich at War,* Londres, 2008. *[El Tercer Reich en guerra (1939-1945),* Ediciones Península, 2011.]
Fest, Joachim C., *The Face of the Third Reich,* Harmondsworth, 1972.
— *Speer: Eine Biographie,* Berlin, 1999.
Fisch, Bernhard, *Nemmersdorf Oktober 1944: Was in Ostpreußen tatsächlich geschah,* Berlin, 1997.
— «Nemmersdorf 1944 ein bisher unbekanntes zeitnahes Zeugnis», *Zeit schrift für Ostmitteleuropa-Forschung,* 56 (2007).
Fleischhauer, Ingeborg, *Die Chance des Sonderfriedens: Deutsch-sowjetische Geheimgespräche 1941-1945,* Berlin, 1986.
Förschler, Andreas, *Stuttgart 1945: Kriegsende und Neubeginn,* Gudensberg-Gleichen, 2004.
Forster, Jürgen, «Geistige Kriegführung in Deutschland 1919 bis 1945», en *DRZW,* vol. 9/1.
— «Die Wehrmacht und das Ende des "Dritten Reichs"», en Arnd Bauerkämper, Christoph Kleßmann y Hans Misseiwitz (eds.), *Der 8. Mai 1945 als historische Zäsur: Strukturen, Erfahrung, Deutungen,* Potsdam, 1995.
— «The Final Hour of the Third Reich: The Capitulation of the Wehrmacht», *Bulletin of the International Committee for the History of the Second World War,* Montreal (1995).
— *Die Wehrmacht im NS-Staat: Eine strukturgeschichtliche Analyse,* Múnich, 2007.
Friedländer, Saul, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945,* Londres, 2007. [*El Tercer Reich y los judíos (1959-1945) / Los años del exterminio,* Galaxia Gutenberg, 2009-2010.]
Friedrich, Carl Joachim, y Brzezinski, Zbigniew, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy,* Cambridge, Mass., 1956.
Friedrich, Jörg, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945,* edición de bolsillo, Berlín, 2004. [*El incendio: Alemania bajo el bombardeo,* Taurus, 2003.]
Frieser, Karl-Heinz, «Die Schlacht um die Seelower Höhen im April 1945», en Roland G. Foerster (ed.), *Seelower Höhen 1945,* Hamburgo, 1998.

— *et al.,* «Der Zusammenbruch im Osten. Die Rückzugskämpfe seit Sommer 1944», en *DRZW,* vol. 8.
Fritsche, Peter, *Life and Death in the Third Reich,* Cambridge, Mass, y Londres, 2008.
Fritz, Stephen G., *Endkampf Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich,* Lexington, Ky., 2004.
Fröhlich, Elke, «Ein junger Märtyrer», en Martin Broszat, Elke Fröhlich *et al.* (eds.), *Bayern in der NS-Zeit,* vol. 6, Múnich y Viena, 1983.
Fröhlich, Elke, «Hitler and Goebbels in Krisenjahr 1944: Aus der Tagebüchern des Reichspropagandaministers», *VfZ,* 39 (1990).
«Führer-Erlasse» 1939-1945, ed. Martin Moll, Stuttgart, 1997.
Gellately, Robert, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001. [*No solo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso,* Editorial Crítica, 2002.]
Geyer, Michael, *«Endkamp.* 1918 and 1945: German Nationalism, Annihilation, and Self-Destruction», en Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence: Extreme Wars in the 20th Century,* Gotinga, 2006.
Goebbels, Joseph, *Tagebücher 1945. Die letzten Aufzeichnungen,* Hamburgo, 1977. [*Diario de 1945*: *los últimos escritos del jerarca nazi que permaneció junto a Hitler hasta el final,* La Esfera de los Libros, 2007.]
Goeschel, Christian, «Suicide at the End of the Third Reich», *Journal of Contemporary History,* 41 (2006).
— *Suicide in Nazi Germany,* Oxford, 2009.
Göhri, Josef F., *Die Franzosen kommen! Kriegsereignisse im Breisgau und in der Ortenau,* Horb am Neckar, 2005.
Goldhagen, Daniel Jonah, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust,* edición de bolsillo, Londres, 1997. [*Los verdugos voluntarios de Hitler,* Taurus, 1997.]
Golz, Anna von der, *Hindenburg: Power, Myth, and the Rise of the Nazis,* Oxford, 2009.
Görlitz, Walter, *Model: Strategie der Defensive,* Wiesbaden, 1975.
Gotto, Bernhard, *Nationalsozialistische Kommunalpolitik: Administrative Normalität und Systemstabilisierung durch die*

Augsburger Stadtverwaltung 1933-1945, Múnich, 2006.
Granzow, Klaus, *Tagebuch eines Hitlerjungen 1943-1945,* Bremen, 1965.
Greiser, Katrin, *Die Todesmärsche von Buchenwald: Räumung, Befreiung und Spuren der Erinnerung,* Gotinga, 2008.
Grieger, Friedrich, *Wie Breslau fiel...,* Metzingen, 1948.
Grier, Howard D., *Hitler, Dönitz and the Baltic Sea: The Third Reich's Last Hope, 1944-1945,* Annapolis, Md., 2007.
Gring, Diana, «Das Massaker von Gardelegen», *Dachauer Hefte,* 20 (2004).
Groehler, Olaf, «Die Schlacht um Aachen (September/Oktober 1944)», *Militärgeschichte* (1979).
— *Bombenkrieg gegen Deutschland,* Berlin, 1990.
Grosche, Robert, *Kölner Tagebuch 1944-46,* Colonia, 1969.
Gruchmann, Lothar, *Der Zweite Weltkrieg,* edición de bolsillo, Múnich, 1975
Guderian, Heinz, *Panzer Leader,* Da Cap. edn., Nueva York, 1996.
Haase, Norbert, «Justizterror in der Wehrmacht», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedier, *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006.
Hale, Oron J., *The Captive Press in the Third Reich,* Princeton, 1973.
Halter, Helmut, *Stadt unterm Hakenkreuz: Kommunalpolitik in Regensburg während der NS-Zeit,* Regensburg, 1994.
Hammer, Ingrid, y zur Neiden, Susanne (eds.), *Sehr selten habe ich geweint: Briefe und Tagebücher aus dem Zweiten Weltkrieg von Menschen aus Berlin,* Zúrich, 1992.
Hammermann, Gabriele, «Die Todesmärsche aus den Konzentrationslager 1944/45», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedier, *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006.
Hancock, Eleanor, *National Socialist Leadership and Total War* 1941-45, Nueva York, 1991.
Hansen, Reimer, «Albert Speers Konflikt mit Hitler», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* 17 (1966).
— *Das Ende des Dritten Reiches: Die deutsche Kapitulation 1945,* Stuttgart, 1966.

— «Ribbentrops Friedensfühler im Frühjahr 1945», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* 18 (1967).
— *Der 8. Mai 1945: Geschichte und geschichtliche Bedeutung,* Berlin, 1985. Hartmann, Christian y Hürter, Johannes, *Die letzten 100 Tage des Zweiten Weltkriegs,* Múnich, 2005.
Hartwig, Dieter, *Großadmiral Karl Dönitz: Legende und Wirklichkeit,* Paderborn, 2010.
«Hasenjagd» in Celle: Das Massaker am 8. April 1945, Celle, 2005.
Hastings, Max, *Armageddon: The Battle for Germany 1944-45,* Londres, 2004. [Armagedón: la derrota de Alemania, 1944-1945, Editorial Critica, 2005.]
— *Finest Years: Churchill as Warlord 1940-45,* Londres, 2009.
Heinemann, Winfried, «Der militärische Widerstand und der Krieg», en *DRZW,* vol. 9/1.
Heinrich Himmler: Geheimreden 1933 bis 1945 und andere Aussprachen, ed. Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson, Frankfurt am Main, 1974.
Henke, Klaus-Dietmar, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995.
Henkys, Reinhard, «Ein Todesmarsch in Ostpreußen», *Dachauer Hefte,* 20 (2004).
Hennicke, Otto, «Auszüge aus der Wehrmachtkriminalstatistik», *Zeitschrift für Militärgeschichte,* 5 (1966),
Herbert, Ulrich, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes' in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches,* Bonn, 1985.
— *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich,* Cambridge, 1997.
Herbst, Ludolf, *Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft,* Stuttgart, 1982.
— *Hitlers Charisma: Die Erfindung eines deutschen Messias,* Frankfurt am Main, 2010.
Herf, Jeffrey, «“Der Krieg und die Juden”: Nationalsozialistische Propaganda im Zweiten Weltkrieg», en *DRZW,* vol. 9/2.
— *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust,* Cambridge, Mass., 2006.
Herzstein, Robert Edwin, *The War that Hitler Won,* Londres, 1979.

Hett, Ulrike y Tuchei, Johannes, «Die Reaktionen des NS-Staates auf den Umsturzversuch vom 20. July 1944», en Peter Steinbach y Johannes Tuchei (eds.), *Widerstand gegen den Nationalsozialismus,* Bonn, 1994.

Heusler, Andreas, «Die Eskalation des Terrors: Gewalt gegen ausländische Zwangsarbeiter in der Endphase des Zweiten Weltkrieges», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedier, *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006.

Hilberg, Raul, *The Destruction of the European Jews,* New Viewpoints ed., Nueva York, 1973. [*La destrucción de los judíos europeos,* Akal, 2005.]

Hillmann, Jörg, *«Die "Reichsregierung"* in Flensburg», en Jörg Hillmannz y John Zinmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002.

Hillmann, Jörg y Zimmermann, John (eds.), *Kriegzende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002.

Hirschfeld, Gerhard y Renz, Irina, *«Vormittags die ersten Amerikaner»: Stimmen und Bilder vom Kriegsende 1949,* Stuttgart, 2005.

Hitler and his Generals: Military Conferences 1942-1945, ed. Helmut Heiber y David M. Glantz, Londres, 2002.

Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945, ed. Max Domarus, Wiesbaden, 1973.

Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945: Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht, ed. Walter Hubatsch, edición de bolsillo, Múnich, 1965.

Höffkes, Karl, *Hitlers politische Generale: Die Gauleiter des Dritten Reiches. Ein biographisches Nachschlagewerk,* Tubinga, 1986.

Hoffmann, Peter, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler,* 4ª ed., Múnich, 1985.

Höhne, Heinz, *The Order of the Death's Head,* Londres, 1972. [*La orden de la calavera,* Plaza & Janes Editores, 1969.]

Hornig, Ernst, *Breslau 1945: Erlebnisse in der eingeschlossenen Stadt,* Múnich, 1975.

Hoßbach, Friedrich, *Die Schiacht um Ostpreußen,* Überlingen, 1951.

Irving, David, *Hitler's War,* Londres, 1977. [*La guerra de Hitler,* Editorial Planeta, 1989.]
— *Göring: A Biography,* Londres, 1989. [*Göring,* Editorial Planeta, 1989.]
— *Goebbels: Mastermind of the Third Reich,* Londres, 1996.
Jaenecke, Heinrich, «Mythos Hitler: Ein Nachruf», en *Kriegsende in Deutschland,* Hamburgo, 2005.
Janssen, Gregor, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg,* Berlín, Frankfurt am Main y Viena, 1968.
Jedlicka, Ludwig, «Ein unbekannter Bericht Kaltenbrunners über die Lage in Österreich im September 1944», en Ludwig Jedlicka, *Der 20. Juli 1944,* Viena, 1985.
Jesse, Eckhard (ed.), *Totalitarismus im 20. Jahrhundert,* Bonn, 1999.
Joachimsthaler, Anton, *Hitlers Ende: Legende und Dokumente,* Múnich, 1999.
Johr, Barbara, «Die Ereignisse in Zahlen», en Heike Sander y Barbara Johr (eds.), *Befreier und Befreite: Krieg, Vergewaltigungen, Kinder,* Múnich, 1992.
Jordan, Rudolf, *Erlebt und erlitten: Weg eines Gauleiters von München bis Moskau,* Leoni am Starnberger See, 1971.
Jung, Hermann, *Die Ardennenoffensive 1944/45,* Gotinga, 1971.
Junge, Traudl, *Until the Final Hour: Hitler's Last Secretary,* Londres, 2002. [*Hasta el último momento: la secretaria de Hitler cuenta su vida,* Ediciones Penísula, 2003.]
Justiz und NS- Verbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen 1945-1966, ed. Adelheid L. Rüter-Ehlermann, C. F. Rüter *et al.,* vols. 1-3 y *Register,* Amsterdam y Múnich, 1968-1998.
Kallis, Aristotle A., «Der Niedergang der Deutungsmacht: Nationalsozialistische Propaganda im Kriegsverlauf», en *DRZW,* vol. 9/2.
Kaltenegger, Roland, *Schörner: Feldmarschall der letzten Stunde,* Múnich y Berlin, 1994.
— *Operation «Alpenfestung': Das letzte Geheimnis des «Dritten Reiches»,* Múnich, 2005.

Kardorff, Ursula von, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945,* edición de bolsillo, Múnich, 1982.
Kästner, Erich, *Notabene 1945: Ein Tagebuch,* Berlin, 1961.
Kater, Michael, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945,* Oxford, 1983.
Kehrl, Hans, *Krisenmanager im Dritten Reich,* Düsseldorf, 1973.
Kersten, Felix, *The Kersten Memoirs 1940-1945,* Londres, 1956.
Kilian, Katrin, «Kriegsstimmungen: Emotionen einfacher Soldaten in Feldpostbriefen», en *DRZW,* vol. 9/2.
Kirk, Timothy, *Nazism and the Working Class in Austria,* Cambridge, 1996.
Kissel, Hans, *Der Deutsche Volkssturm 1944/45,* Frankfurt am Main, 1962.
Klemperer, Victor, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten,* vol. 2: *Tagebücher 1942-1945,* ed. Walter Nowojski y Hadwig Klemperer, Darmstadt, 1998.
Knopp, Guido, *Die große Flucht: Das Schicksal der Vertriebenen,* Múnich, 2001.
— *Der Sturm: Kriegsende im Osten,* edición de bolsillo, Berlin, 2006.
— *Der Untergang der Gustloff,* 2ª edición de bolsillo, Múnich, 2008.
Knox, MacGregor, «1 October 1942: Adolf Hitler, Wehrmacht Officer Policy, and Social Revolution», *Historical Journal,* 43 (2000).
Koenig, Ernest, «Auschwitz III Blechhammer: Erinnerungen», *Dachauer Hefte,* 15 (1999).
Kogon, Eugen, *Der SS -Staat: Das System der deutschen Konzentrationslager,* edición de bolsillo, Múnich, 1974.
Kohlhaas, Elisabeth, «“Aus einem Haus, aus dem eine weiße Fahnen erscheint, sind alle männlichen Personen zu erschießen”: Durchhalteterror und Gewalt gegen Zivilisten am Kriegsende 1945», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedier (eds.), *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006.
Kolb, Eberhard, *Bergen-Be Isen: Geschichte des «Aufenthaltslagers' 1943-1945,* Hanover, 1962.

— «Bergen-Belsen: Die Errichtung des Lagers Bergen-Belsen und seine Funktion als "Aufenthaltslager" (1943/44)», en Martin Broszat (ed.), *Studien zur Geschichte der Konzentrationslager,* Stuttgart, 1970.

— *Bergen-Belsen 1945 bis 1945,* Gotinga, 1985.

— «Die letzte Kriegsphase: Kommentierende Bemerkungen», en Ulrich Herbert, Karin Orth y Christoph Dieckmann (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 2, Gotinga, 1998.

Koller, Karl, *Der letzte Monat: Die Tagebuchaufizeichnungen des ehemaligen Chefs des Generalstabes der deutschen Luftwaffe vom 14. April bis zum* 27. *Mai 1945,* Mannheim, 1949.

Kommandant in Auschwitz: Autobiographische Aufzeichnungen des Rudolf Höss, ed. Martin Broszat, edición de bolsillo, Múnich, 1963.

Konrad, Joachim, «Das Ende von Breslau», *VfZ,* 4 (1956).

Koschorrek, Günter K., *Blood Red Snow: The Memoirs of a German Soldier on the Eastern Front,* Londres, 2002.

Kossert, Andreas, «"Endlösung on the Amber Shore": The Massacre in January 1945 on the Baltic Seashore a Repressed Chapter of East Prussian History», *Leo Baeck Yearbook,* 40 (2004).

— *Damals in Ostpreußen: Der Untergang einer deutschen Provinz,* Múnich, 2008.

Krakowski, Schmuel, «Massacre of Jewish Prisoners on the Samland Peninsula Documents», *FVS,* 24 (1994).

Kramarz, Joachim, *Staujfenberg: The Life and Death of an Officer, November 15th 1907-July 20th 1944*, Londres, 1967. *[Stauffenberg, 15 de noviembre de 1907-20 de julio de 1944,* Grijalbo, 1969.]

Kraus, Herbert, «Karl Dönitz und das Ende des "Dritten Reiches"», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches — Ende des Zweiten Weltkriegs: Eine perspektivische Rückschau,* Múnich y Zúrich, 1995.

— «Großadmiral Karl Dönitz», en Gerd R. Ueberschar (ed.), *Hitlers militärische Elite,* vol. 2: *Vom Kriegsbeginn bis zum WeltKriegsende,* Darmstadt, 1998.

Krautkrämer, Elmar, «Generalfeldmarschall Albert Kesselring», en Gerd R. Ueberschar (ed.), *Hitlers militärische Elite, vol. 1: Von den Anfängen des Regimes bis Kriegsbeginn,* Darmstadt, 1998.

Kriegsende in Deutschland: Mit einer Einleitung von Ralph Giordano, Hamburgo, 2005.

Kriegstagebuch des Oberkommando der Wehrmacht (Wehrmachtsführungsstab), ed. Percy Ernst Schramm, vol. 4, Frankfurt am Main, 1961.

Kriegstagebuch der Seekriegsleitung 1939-1945, Teil A, ed. Werner Rahn y Gerhard Schreiber, con Hans Joseph Maierhofer, vols. 65-8, Berlin, Bonn y Hamburgo, 1996-1997.

Kroener, Bernhard R., «“Menschenbewirtschaftung”, Bevölkerungsverteilung und personelle Rüstung in der Zweiten Kriegshälfte (1942-1944)», en *DRZW,* vol. 5/2.

— «Auf dem Weg zu einer “nationalsozialistischen Volksarmee”: Die soziale Öffnung des Heeresoffi zerkorps im Zweiten Weltkrieg», en Martin Broszat, Klaus-Dietmar Henke y Hans Woller (eds.), *Von Stalingrad zur Währungsreform: Zur Sozialgeschichte des Umbruchs in Deutschland,* Múnich, 1988.

— «“Frontochsen” und “Etappenbullen”: Zur Ideologisierung militärischer Organisationsstrukturen im Zweiten Weltkrieg», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999.

— *«Der starke Mann im Heimatkriegsgebiet»: Generaloberst Friedrich Fromm. Eine Biographie,* Paderborn, 2005.

Kronika, Jacob, *Der Untergang Berlins,* Flensburgo, 1946.

Kulka, Otto Dov, «The German Population and the Jews: State of Research and New Perspectives», en David Bankier (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews, 1933-1941,* Nueva York, Oxford y Jerusalén, 2000.

— y Jäckel, Eberhard (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten 1933-1945,* Düsseldorf, 2004.

Kunz, Andreas, «Die Wehrmacht 1944/45: Eine Armee im Untergang», en *DRZW,* vol. 10/2.

— «Die Wehrmacht in der Agonie der nationalsozialistischen Herrschaft 1944/45: Eine Gedankenskizze», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002.

— *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945,* Múnich, 2007.

Kunze, Karl, *Kriegsende in Franken und der Kampf um Nürnberg im April 1945,* Núremberg, 1995.

Kurowski, Franz, «Dietrich and Manteuffel», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals,* Londres, 1990.

Lagebesprechungen im Führerhauptquartier: Protokollfragmente aus Hitlers militärischen Konferenzen 1942-1945, ed. Helmut Heiber, Berlin, Darmstadt y Viena, 1963.

Lakowski, Richard, «Der Zusammenbruch der deutschen Verteidigung zwischen Ostsee und Karpaten», en *DRZW,* vol. 10/1.

— y Büll, Hans-Joachim, *Lebenszeichen 1945: Feldpost aus den letzten Kriegstagen,* Leipzig, 2002.

Lang, Joachim von, *Der Sekretär: Martin Bormann. Der Mann, der Hitler beherrschte,* Frankfurt am Main, 1980.

Large, David Clay, *Berlin,* Nueva York, 2000.

Lass, Edgar Günther, *Die Flucht: Ostpreußen 1944/45,* Bad Nauheim, 1964.

Latzei, Klaus, «Wehrmachtsoldaten zwischen “Normalität” und NS - Ideologie, oder: Was sucht die Forschung in der Feldpost?», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999.

Lauterbacher, Hartmann, *Erlebt und mitgestaltet,* Preußisch Oldendorf, 1984.

Lehndorff, Hans Graf von, *Ostpreußisches Tagehuch: Aufzeichnungen eines Arztes aus den Jahren 1945-1947,* edición de bolsillo, Múnich, 1967.

Letzte halbe Jahr, Das: Stimmungsberichte der Wehrmachtpropaganda 1944/45, ed. Wolfram Wette, Ricarda Bremer y Detlef Vogel, Essen, 2001.

Lewis, Sam L., «Albert Kesselring der Soldat als Manager», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995.

Lilla, Joachim, *Die Stellvertretenden Gauleiter und die Vertretung der Gauleiter der NSDAP im «Dritten Reich»,* Coblenza, 2003.

Loeffel, Robert, «Soldiers and Terror: Re-evaluating the Complicity of the Wehrmacht in Nazi Germany», *German History,* 27 (2009).

Longerich, Peter, «Joseph Goebbels und der totale Krieg: Eine unbekannte Denkschrift des Propagandaministers vom 18. Juli 1944», *VfZ,* 35 (1987).

— *Hitlers Stellvertreter: Führung der Partei und Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Heß und die Partei-Kanzlei Bormann,* Múnich, 1992.

— *«Davon haben wir nichts gewußt!» Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945,* Múnich, 2006.

— *Heinrich Himmler: Biographie,* Múnich, 2008. *[Heinrich Himmler: biografía,* RBA Libros, 2009.]

— *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews,* Oxford, 2010.

Lorenz, Georg, *Die Penzberger Mordnacht vom 28. April 1945 vor dem Richter,* Garmisch-Partenkirchen, 1948.

Loth, Wilfried, «Die deutsche Frage und der Wandel des internationalen Systems», en *DRZW,* vol. 10/2.

Lüdde-Neurath, Walter, *Regierung Dönitz: Die letzten Tage des Dritten Reiches,* 5ª ed., Leoni am Starnberger See, 1981.

Ludewig, Joachim, «Walter Model Hitlers bester Feldmarschall?», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995.

Magenheimer, Heinz, *Hitler's War: German Military Strategy 1940-1945,* Londres, 1998.

Maier, Reinhold, *Ende und Wende: Das schwäbische Schicksal 1944-1946. Briefe und Tagebuchaufzeichnungen,* Stuttgart y Tubinga, 1948.

Malanowski, Wolfgang (ed.), *1945: Deutschland in der Stunde Null,* Reinbek bei Hamburg, 1985.

Mammach, Klaus, *Der Volkssturm: Bestandteil des totalen Kriegseinsatzes der deutschen Bevölkerung 1944/45,* Berlin, 1981.

Man, John, *The Penguin Atlas of D-Day and the Normandy Campaign,* Londres, 1994.

Manstein, Erich von, *Lost Victories,* Londres, 1982. *[Victorias frustradas,* Ediciones Altaya, 2008.]

Mason, Timothy W., *Sozialpolitik im Dritten Reich: Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft,* Opladen, 1977.
Mazower, Mark, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe,* Londres, 2008. *[El imperio de Hitler,* Editorial Crítica, 2008.]
Meindl, Rolf, «Erich Koch Gauleiter von Ostpreußen», en Christian Pietzing (ed.), *Vorposten des Reichs? Ostpreußen 1933-1945,* Múnich, 2006.
— *Ostpreußens Gauleiter: Erich Koch — eine politische Biographie,* Osnabrück, 2007.
Meldungen aus dem Reich, vol. 17, ed. Heinz Boberach, Herrsching, 1984.
Memoirs of Field-Marshal Kesselring, the, Greenhill Books ed., Londres, 1997.
Merritt, A. J. y Merritt, R. L. (eds.), *Public Opinion in Occupied Germany: The OMGUS Surveys, 1945-1949,* Urbana, Ill., 1970.
Messerschmidt, Manfred, *Die Wehrmacht im NS -Staat: Zeit der Indoktrination,* Hamburgo, 1969.
— «Die Wehrmacht in der Endphase: Realität und Perzeption», *Aus Parlament und Zeitgeschichte,* 32-3 (1989).
— «Krieg in der Trümmerlandschaft: “Pfl ichterfüllung” wofür?», en Ulrich Borsdorf y Mathilde Jamin (eds.), *Über Leben im Krieg: Kriegserfahrungen in einer Industrieregion 1939-1945,* Reinbek bei Hamburg, 1989.
— «Deserteure im Zweiten Weltkrieg», en Wolfgang Wette (ed.), *Deserteure der Wehrmacht,* Essen, 1995.
— «Die Wehrmacht: Vom Realitätsverlust zum Selbstbetrug», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches - Ende des Zweiten Weltkriegs: Eine perspektivische Rückschau,* Múnich y Zúrich, 1995.
— *Die Wehrmachtjustiz 1933-1945,* Paderborn, 2005.
— y Wullner, Fritz, *Die Wehrmachtjustiz,* Baden-Baden, 1987.
Mierzejewski, Alfred C., «When Did Albert Speer Give up?», *Historical Journal,* 31 (1988).
— *The Collapse of the German War Economy, 1944-1945: Allied Air Power and the German National Railway,* Chapel Hill, NC, 1988.

Miller, Michael D. y Schulz, Andreas (eds.), *Gauleiter: The Regional Leaders of the Nazi Party and their Deputies,* CD ROM (s.f.) (c. 2004).

Mommsen, Hans, «Social Views and Constitutional Plans of the Resistance», en Hermann Graml *et al., The German Resistance to Hitler,* Londres, 1970.

— «The Dissolution of the Third Reich: Crisis Management and Collapse, 1943-1945», *Bulletin of the German Historical Institute Washington DC,* 27 (2000).

— «The Indian Summer and the Collapse of the Third Reich: The Last Act», en Hans Mommsen (ed.), *The Third Reich between Vision and Reality,* Oxford y Nueva York, 2001.

— «The Dissolution of the Third Reich», en Frank Biess, Mark Roseman y Hanna Schissler (eds.), *Conflict, Catastrophe and Continuity: Essays on Modem German History,* Oxford y Nueva York, 2007.

Moore, Bob, «The Western Allies and Food Relief to the Occupied Netherlands, 1944-45», *War and Society,* 10 (1992).

Moorhouse, Roger, *Berlin at War: Life and Death in Hitler's Capital 1939-45,* Londres, 2010.

Müller, Delia y Lepschies, Madien, *Tage der Angst und der Hoffnung: Erinnerungen an die Todesmärsche aus dem Frauen-Konzentrationslager Ravensbrück Ende April 1943,* Berlin, s.f.

Müller, Klaus-Jürgen, «The Wehrmacht: Western Front», en David Wingeate Pike (ed.), *The Closing of the Second World War: Twilight of a Totalitarianism,* Nueva York, 2001.

Müller, Rolf-Dieter, «Albert Speer und die Rüstungspolitik im Totalen Krieg», en *DRZW,* vol. 5/2.

— «Der Zusammenbruch des Wirtschaftslebens und die Anfänge des Wiederaufbaus', en *DRZW,* vol. 10/2.

— «Das Deutsche Reich und das Jahr 1945. Eine Bilanz», en *DRZW,* vol. 10/2.

— «Speers Rüstungspolitik im Totalen Krieg», *Militärgeschichtliche Zeitschrift,* 59 (2000).

— *Der Bombenkrieg 1939-1945,* Berlin, 2004.

— «Der Feuersturm und die unbekannten Toten von Dresden», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* 59 (2008).
— y Ueberschär, Gerd R., *Kriegsende 1945. Die Zerstörung des Deutschen Reiches,* Frankfurt am Main, 1994.
— y Volkmann, Hans-Erich (eds.), *Die Wehrmacnt: Mythos und Realität,* Múnich, 1999.
Müller, Sven Oliver, «Nationalismus in der deutschen Kriegsgesellschaft 1939 bis 1945», en *DRZW,* vol. 9/2.
Münkler, Herfried, *Machtzerfall: Die letzten Tage des Dritten Reiches dargestellt am Beispiel der hessischen Kreisstadt Friedberg,* Berlin, 1985.
Nadler, Fritz, *Eine Stadt im Schatten Streichers,* Núremberg, 1969.
Neander, Joachim, *Das Konzentrationslager «Mittelbau' in der Endphase der nationalsozialistischen Diktatur,* Clausthal-Zellerfeld, 1997.
— *Gardelegen 1945: Das Ende der Häftlingstransporte aus dem Konzentrationslager 'Mittelbau»,* Magdeburgo, 1998.
Nebelin, Manfred, «Nazi Germany: Eastern Front», en David Wingeate Pike (ed.), *The Closing of the Second World War: Twilight of a Totalitarianism,* Nueva York, 2001.
Neitzel, Sönke, «Der Bedeutungswandel der Kriegsmarine im Zweiten Weltkrieg», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999.
— *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945,* Berlin, 2005.
— *Tapping Hitler's Generals: Transcripts of Secret Conversations, 1942-45,* Barnsley, 2007.
Niederlage 1945, Die: Aus dem Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht, ed. Percy Ernst Schramm, Múnich, 1962.
Noble, Alastair, *Nazi Rule and the Soviet Offensive in Eastern Germany, 1944-1945: The Darkest Hour,* Brighton y Portland, Ore., 2009.
Nofi, Albert A. (ed.), *The War against Hitler: Military Strategy in the West,* Conshohocken, Pa., 1995.
Nolzen, Armin, «Die NSDAP, der Krieg und die deutsche Gesellschaft», en *DRZW,* vol. 9/1.

— «Von der geistigen Assimilation zur institutionellen Kooperation: Das Verhältnis zwischen NSDAP und Wehrmacht, 1943-1945», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002.
— «Charismatic Legitimation and Bureaucratic Rule: The NSDAP in the Third Reich, 1933-1945», *German History,* 23 (2005).
— «Die NSDAP und die deutsche Gesellschaft im Zweiten Weltkrieg», en *Kriegsende in Deutschland,* Hamburgo, 2005.
Orlow, Dietrich, *The History of the Nazi Party, vol. 2: 1933-1945,* Newton Abbot, 1973.
Orth, Karin, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager: Eine politische Organisationsgeschichte,* Hamburgo, 1999.
Orth, Kathrin, «Kampfmoral und Einsatzbereitschaft in der Kriegsmarine 1945», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002.
Oven, Wilfred von, *Mit Goebbels bis zum Ende,* vol. 2, Buenos Aires, 1950.
— *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende,* Tubinga, 1974.
Overmans, Rüdiger, «Das Schicksal der deutschen Kriegsgefangenen des weiten Weltkrieges», en *DRZW,* vol. 10/2.
— «Die Toten des Zweiten Weltkriegs in Deutschland», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg: Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz,* Múnich y Zúrich, 1989.
— *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg,* Múnich, 1999.
— «55 Millionen Opfer des Zweiten Weltkrieges? Zum Stand der Forschung nach mehr als 40 Jahren», *Militärgeschichtliche Mitteilungen,* 49 (1990).
Overy, Richard, *Why the Allies Won,* Londres, 1995. *[Por qué ganaron los aliados,* Tusquets Editores, 2005.]
Oxford Companion to the Second World War The, ed. I. C. B. Dear y M. R. D. Foot, Oxford, 1995.
Padfield, Peter, *Himmler: Reichsfuhrer-SS,* Londres, 1990. *[Himmler: el lider de las S.S. y la Gestapo,* La Esfera de los Libros, 2006.]
Padover, Saul K., *Psychologist in Germany: The Story of an American Intelligence Officer,* Londres, 1946.

Parker, R. A. C., *Struggle for Survival: The History of the Second World War,* Oxford, 1990. *[Historia de la Segunda Guerra Mundial,* Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1999.]

Patrick, Stephen B., «The Ardennes Offensive: An Analysis of the Battle of the Bulge», en Albert A. Nofi (ed.), *The War against Hitler: Military Strategy in the West,* Conshohocken, Pa., 1995.

Pätzold, Kurt y Weißbecker, Manfred, *Geschichte der NSDAP 1920-1945,* Colonia, 1981.

Paul, Gerhard, «“Diese Erschießungen haben mich innerlich gar nicht mehr berührt”: Die KriegsEndphasenverbrechen der Gestap. 1944/45», en Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo im Zweiten Weltkrieg: «Heimatfront» und besetztes Europa,* Darmstadt, 2000.

— y Primavesi, Alexander, «Die Verfolgung der “Fremdvölkischen”: Das Beispiel der Staatspolizeistelle Dortmund», en Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo: Mythos und Realität,* Darmstadt, 1995.

Peikert, Paul, *«Festung Breslau» in den Berichten eines Pfarrers* 22. *Januar bis 6. Mai 1945,* ed. Karol Jonca y Alfred Konieczny, Wroclaw, 1993.

Petzold, Heinz, «Cottbus zwischen Januar und Mai 1945», en Werner Stang y Kurt Arlt (eds.), *Brandenburg im Jahr 1945,* Potsdam, 1995.

Peukert, Detlef, *Die Edelweißpiraten: Protestbewegungen jugendlicher Arbeiter im Dritten Reich,* Colonia, 1980.

Peukert, Olga M., «The Evacuation of the Stutthof Concentration Camp», *Yad Vashem Bulletin,* 16 (1965).

Poll, Bernhard (ed.), *Das Schicksal Aachens im Herbst 1944: Authentische Berichte,* Aquisgrán, 1955.

— *Das Schicksal Aachens im Herbst 1944: Authentische Berichte II,* Aquisgran, 1962.

Pöllmann, Guido, «Rote Armee in Nemmersdorf am 22.10.1944», en Franz W. Seidler y Alfred M. de Zayas (eds.), *Kriegsverbrechen in Europa und im Nahen Osten im 20. Jahrhundert,* Hamburgo, 2002. Pommerin, Reiner, «The Wehrmacht: Eastern Front», en David

Wingeate Pike (ed.), *The Closing of the Second World War: Twilight of a Totalitarianism,* Nueva York, 2001.
Probert, Henry, *Bomber Harris: His Life and Times,* Londres, 2001.
Rahn, Werner, «Die deutsche Seekriegsführung 1943 bis 1945», en *DRZW,* vol. 10/1.
Rass, Christoph, «Das Sozialprofil von Kampfverbänden des deutschen Heeres 1919 bis 1945», en *DRZW,* vol. 9/1.
— *«Menschenmaterial»: Deutsche Soldaten an der Ostfront. Innenansichten einer Infanteriedivision 1939-1945,* Paderborn, 2003.
— Rohrkamp, René y Quadflieg, Peter M., *General Graf von Schwerin und das Kriegsende in Aachen: Ereignis, Mythos, Analyse,* Aquisgran, 2007.
Rauchensteiner, Manfried, *Der Krieg in Österreich 1945,* 2ª ed., Viena, 1984.
Rebentisch, Dieter, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg,* Stuttgart, 1989.
— y Teppe, Karl (eds.), *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers,* Gotinga, 1986.
Rees, Laurence, *Auschwitz, the Nazis and the «Final Solution»,* Londres, 2005. [*Auschwitz: los nazis y la «solution final»,* Editorial Crítica, 2005.]
Reibel, Carl-Wilhelm, *Das Fundament der Diktatur: Die NSDAP-Ortsgruppen 1932-1945,* Paderborn, 2002.
Reitlinger, Gerald, *The Final Solution,* Sphere Books ed., Londres, 1971. *[La solucion final,* Grijalbo, 1973.]
Rendulić, Lothar, *Gekämpft, Gesiegt, Geschlagen,* Wels, 1952.
Reuth, Ralf Georg, *Goebbels,* Múnich y Zúrich, 1990. [*Goebbels,* La Esfera de los Libros, 2009.]
Reynolds, Michael, *The Devil's Adjutant: Jochen Peiper, Panzer Leader,* Staplehurst, 1995. *[El ayudante del diablo: Jochem Peiper, lider panzer,* Almena Ediciones, 2012.]
Richarz, Monika, *Jüdisches Leben in Deutschland: Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945,* Stuttgart, 1982.
Riedel, Hermann, *Halt! Schweizer Grenze!,* Constanza, 1983.
Rohland, Walter, *Bewegte Zeiten,* Stuttgart, 1978.

Rossiwall, Theo, *Die letzten Tage: Die militärische Besetzung Österreichs 1945,* Viena, 1969.
Rothfels, Hans, *The German Opposition to Hitler,* edición de bolsillo, Londres, 1970.
Rudorff, Andrea, «Blechhammer (Blachownia)», en Wolfgang Benz y Barbarba Distel (eds.), *Der Ort des Terrors: Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 5, Múnich, 2007.
Rusinek, Bemd-A., «"Wat denkste, wat mir objerümt han": Massenmord und Spurenbeseitigung am Beispiel der Staatspolizeistelle Köln 1944/45», en Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo: Mythos und Realität,* Darmstadt, 1995.
Sauer, Paul, *Württemberg in der Zeit des Nationalsozialismus,* Ulm, 1975.
— *Demokratischer Neubeginn in Not und Elend: Das Land Württemberg-Baden von 1945 bis 1952,* Ulm, 1979.
Schellenberg, Walter, *Schellenberg,* edición de bolsillo, Londres 1965.
Scheurig, Bodo, *Alfred Jodl: Gehorsam und Verhängnis,* Berlín y Frankfurt am Main, 1991.
Schmidt, Matthias, *Albert Speer: Das Ende eines Mythos,* Berna y Múnich, 1982.
Schmiechen-Ackermann, Detlef, «Der "Blockwart": Die unteren Parteifunktionäre im nationalsozialistischen Terror- und Uberwachungsapparat», *VfZ,* 48 (2000).
Schmier, Louis Eugene, «Martin Bormann and the Nazi Party 1941-1945», tesis doctoral, University of North Carolina at Chapel Hill, 1969.
Schönherr, Klaus, «Der Zusammenbrach im Osten: Die Rückzugskämpfe seit Sommer 1944», en *DRZW,* vol. 8.
— «Ferdinand Schörner — Der idealtypische Nazi-General», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995.
Schroeder, Christa, *Er war mein Chef: Aus dem Nachlaß der Sekretärin von Adolf Hitler,* Múnich y Viena 1985.
Schulz-Naumann, Joachim, *Mecklenburg 1945,* Múnich, 1989.

Schwarz, Egbert, *Die letzten Tage des Dritten Reiches: Untersuchung zu Justiz und NS -Verbrechen in der KriegsEndphase März/April 1945,* tesis, Universidad de Düsseldorf, 1990.
Schwarz, Michael, «Ethnische "Säuberung" als Kriegsfolge: Ursachen und Verlauf der Vertreibung der deutschen Zivilbevölkerung aus OstDeutschland und Osteurop. 1941 bis 1950», en *DRZW,* vol. 10/2.
Schwendemann, Heinrich, «Endkampf und Zusammenbmch im deutschen Osten», *Freiburger Universitätsblätter,* 130 (1995).
— «Strategie der SelbstVemichtung: Die Wehrmachtfühneng im "Endkamp" um das "Dritte Reich"», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999.
— «Tod zwischen den Fronten», en *Spiegel Special* 2, Hamburgo, 2002.
— «"Deutsche Menschen vor der Vernichtung durch den Bolschewismus zu retten": Das Programm der Regierung Dönitz und der Beginn einer Legendenbildung», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002.
— «"Drastic Measures to Defend the Reich at the Óder and the Rhine...": A Forgotten Memorandum of Albert Speer of 18 March 1945», *Journal of Contemporary History,* 38 (2003).
— «"Verbrannte Erde"? Hitlers "Nero-Befehl" vom 19. März 1945», en *Kriegsende in Deutschland,* Hamburgo, 2005.
— «Das Kriegsende in Ostpreußen und in Südbaden im Vergleich», en Bernd Martin (ed.), *Der Zweite Weltkrieg und seine Folgen: Ereignisse — Auswirkungen — Reflexionen,* Friburgo, 2006.
— «Ein unüberwindlicher Wall gegen den Bolschewismus: Die Vorbereitung der "Reichsverteidigung" im Osten im zweiten Halbjahr 1944», en *Schlüsseljahr 1944,* ed. Bayerische Landeszentrale für Politische Bildungsarbeit, Múnich, 2007.
Schwerin von Krosigk, Lutz Graf, *Es geschah in Deutschland,* Tubinga y Stuttgart, 1951.
— «Persönliche Erinnerungen», Parte 2: «25 Jahre Berlin 1920 bis 1945», manuscrito sin publicar, s.f.

Seidler, Franz W., *«Deutscher Volkssturm»: Das letzte Aufgebot 1944/45,* Múnich y Berlin, 1989.
— y Zayas, M. de Alfred (eds.), *Kriegsverbrechen in Europa und im Nahen Osten im 20. Jahrhundert,* Hamburgo, 2002.
Semmler, Rudolf, *Goebbels — the Man Next to Hitler,* Londres, 1947.
Sereny, Gitta, *Albert Speer: His Battle with Truth,* Londres, 1995. *[Albert Speer, su batalla con la verdad,* Ediciones B, 2006.]
Serger, Bernd, Böttcher, Karin-Anne y Ueberschär, Gerd R. (eds.), *Südbaden unter Hakenkreuz und Trikolore: Zeitzeugen berichten über das Kriegsende und die französische Besetzung,* Freiburg in Breisgan, Berlin y Viena, 2006.
Siebel-Achenbach, Sebastian, *Lower Silesia from Nazi Germany to Communist Poland, 1942-49,* Londres, 1994.
Smelser, Ronald, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader,* Oxford, Nueva York y Hamburgo, 1988.
— y Syring, Enrico (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995.
Speer, Albert, *Erinnerungen*, Frankfurt am Main y Berlin, 1969.
Spiegelbild einer Verschwörung: Die Kaltenbrunner-Berichte an Bormann und Hitler über das Attentat vom 20. Juli. Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt, ed. Archiv Peter, Stuttgart, 1961.
«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-BeRichterstattung, ed. Hans-Adolf Jacobsen, *2* vols., Stuttgart, 1984.
Sprenger, Isabell, «Das KZ Groß-Rosen in der letzten Kriegsphase», en Ulrich Herbert, Karin Orth y Christoph Dieckmann (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 2, Gotinga, 1998.
Stadlbauer, Ferdinand, «Die letzten Tage des Gauleiters Wächtler», *Waldmünchner Heimatbote,* 12 (1985).
Stadler, Karl, *Österreich 1938-1945 in Spiegel der NS-Akten,* Viena, 1966.
Stafford, David, *Endgame 1945: Victory, Retribution, Liberation,* Londres, 2007.
Stahl, Friedrich-Christian, «Generaloberst Kurt Zeitzier», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite,* vol. 2: *Vom Kriegsbeginn*

bis zum WeltKriegsende, Darmstadt, 1998.
Stargardt, Nicholas, *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis,* Londres, 2005.
Stehle, Hansjakob, «Deutsche Friedensfühler bei den Westmächten im Februar/März 1945», *VfZ,* 30(1982).
Steinbach, Peter, «Hans Günther von Kluge ein Zauderer im Zwielicht», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995.
Steinbacher, Sybille, *Auschwitz: A History,* Londres, 2005.
Steinert, Marlis, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz,* Düsseldorf y Viena, 1967.
— *Hitlers Krieg und die Deutschen,* Düsseldorf y Viena, 1970.
— «The Allied Decision to Arrest the Dönitz Government», *Historical Journal,* 31 (1988).
Steinkamp, Peter, «Generalfeldmarschall Ferdinand Schörner», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite, vol. 2: Vom Kriegsbeginn bis zum WeltKriegsende,* Darmstadt, 1998.
Stephenson, Jill, «"Resistance" to "No Surrender": Popular Disobedience in Württemberg in 1945», en Francis R. Nicosia y Lawrence D. Stokes (eds.), *Germans against Nazism,* Oxford y Providence, RI, 1990.
— *Hitler's Home Front: Württemberg under the Nazis,* Londres, 2006.
Stettin/Szczecin 1945-1946, Rostock, 1994.
Strebel, Bernhard, *Celle April 1945 Revisited,* Bielefeld, 2008.
Strzelecki, Andrzej, «Der Todesmarsch der Häfdinge aus dem KL Auschwitz», en Ulrich Herbert, Karin Orth y Christoph Dieckmann (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 2, Gotinga, 1998.
Sumowski, Hans Burkhard, *«Jetzt war ich ganz allein auf die Welt»: Erinnerungen an eine Kindheit in Königsberg 1944-1947,* Múnich, 2009.
Süß, Dietmar, «Die Endphase des Luftkriegs», en *Kriegsende in Deutschland,* Hamburgo, 2005.
— «Der Kampf um die "Moral" im Bunker: Deutschland, Großbritannien und der Luftkrieg», en Frank Bajohr y Michael

Wildt (eds.), *Volksgemeinschaft: Neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus,* Frankfurt am Main, 2009.
Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil *II,* ed. Elke Fröhlich, vols. 13-15, Múnich 1995-1996.
Taylor, Brian, *Barbarossa to Berlin: A Chronology of the Campaigns on the Eastern Front 1941 to 1945,* vol. 2, Stroud, 2004.
Taylor, Frederick, *Dresden: Tuesday 13 February 1945,* edición de bolsillo, Londres, 2005.
Tenfelde Klaus, «Proletarische Provinz: Radikalisierung und Widerstand in Penzberg/Oberbayern 1900 bis 1945», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit,* vol. 4, Múnich y Viena, 1981.
Teppe, Karl, «Der Reichsverteidigungskommissar: Organisation und Praxis in Westfalen», en Dieter Rebentisch y Karl Teppe (eds.), *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers,* Gotinga, 1986.
Thacker, Toby, *The End of the Third Reich: Defeat, Denazification and Nuremberg, January 1944-November 1946,* edición de bolsillo, Stroud, 2008.
Thorwald, Jürgen, *Es begann an der Weichsel: Flucht und Vertreibung der Deutschen aus dem Osten,* edición de bolsillo, Múnich, 1995 (1ª ed., 1949).
«Tief vergraben, nicht dran rühren», *Spiegel Special,* 2 (2005).
Tilitzki, Christian, *Alltag in Ostpreußen 1940-1943: Die geheimen Lageberichte der Königsberger Justiz 1940-1945,* Leer, 1991.
Toland, John, *The Last 100 Days,* Londres, 1965. [*Los cien últimos días: el final de la Segunda Guerra Mundial en Europa,* Tempus, 2008.]
Tooze, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy,* Londres, 2006.
Trevor-Roper, H.R., *The Last Days of Hitler,* edición de bolsillo, Londres, 1962. [Lor *últimos días de Hitler,* Alba Editorial, 2000.]
Troll, Hildebrand, «Aktionen zur Kriegsbeendigung im Früjahr 1945», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit,* vol. 4, Múnich y Viena, 1981.
Ueberschär, Gerd R. (ed.), *Hilters Militärische Elite,* vol. 2: *Vom Krugsbegian bis zum WeltKriegsende,* Darmstadt, 1998.

Ungváry, Krisztián, «Der Zusammenbruch im Osten. Die Rückzugskämpfe seit Sommer 1944», en *DRZW,* vol. 8.

United States Strategie Bombing Survey, Nueva York y Londres, 1976, vol. 4.

Vagts, Alfred, «Unconditional Surrender vor und nach 1943», *VfZ,* 7 (1959).

Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus den Gebieten östlich der Óder-Neiße, Die, 2 vols., ed. Theodor Schieder *et al.,* edición de bolsillo, Múnich, 1984.

Vogel, Detlef, «Deutsche und Alliierte Kriegführung im Westen», en *DRZW,* vol. 7.

Von der Diktatur zur Besatzung: Das Kriegsende 1945 im Gebiet des heutigen Landkreises Sigmaringen, ed. Landkreis Sigmaringen, Sigmaringen, 1995.

Vorländer, Herwart, « NS-Volkswohlfahrt und Winterhilfswerk des deutschen Volkes», *VfZ,* 34 (1986).

— *Die NSV: Darstellung und Dokumentation einer NS-Organisation,* Boppard, 1988.

Wachsmann, Nikolaus, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany,* New Haven y Londres, 2004.

Wahl, Karl, «... *es ist das deutsche Herz»: Erlebnisse und Erkenntnisse eines ehemaligen Gauleiters,* Augsburgo, 1954.

— *Patrioten oder Verbrecher,* Heusenstamm bei Offenbach am Main, 1973. Warlimont, Walter, *Inside Hitler's Headquarters 1939-45,* Novato, Calif., s.f. (edición original en inglés, Londres, 1964). [*En el cuartel general de Hitler,* Caralt Editores, 1968.]

Weber, Max, *Wirtschaft und Gesellschaft: Grundriß der verstehenden Soziologie,* 5ª ed. rev., Tubinga, 1980. *[Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva,* Fondo de Cultura Económica de España, 2002.]

Wegner, Berndt, «Deutschland in Abgrund, en *DRZW,* vol. 8.

— *Hitlers politische Soldaten,* Paderborn, 1982.

— «Hitler, der Zweite Weltkrieg und die Choreographie des Untergangs», *Geschichte und Gesellschaft,* 26 (2000).

— «The Ideology of Self-Destruction: Hitler and the Choreography of Defeat», *Bulletin of the German Historical Institute Londres,* 26/2 (2004).
Wehler, Hans-Ulrich, *Deutsche Gesellschaftsgeshichte,* vol. 4: *1914-1919,* 3ª ed., Múnich, 2008.
— *Der Nationalsozialismus: Bewegung, Führerherrschaft, Verbrechen,* Múnich, 2009.
Wehrmachtberichte 1939-1945, Die, vol. 3: *1. Januar 1944 bis 9. Mai 1945,* Múnich, 1989.
Weinberg, Gerhard L., «Adolf Hitler und der NS -Führungsoffi zier (NSFO)», *VfZ,* 12 (1964).
— *A World at Arms: A Global History of World War II,* Cambridge, 1994.
Welch, David, *Propaganda and the German Cinema 1933-1945,* Oxford, 1983.
Westphal, Siegfried, *Erinnerungen,* Maguncia, 1975.
Wette, Wolfram, *Die Wehrmacht: Feindbilder, Vernichtungskrieg, Legenden,* Frankfurt am Main 2002.
Widerstand und Verfolgung in Köln, ed. Historisches Archiv der Stadt Köln, Colonia, 1974.
Wieck, Michael, *Zeugnis vom Untergang Königsbergs: Ein «Geltungsjude» berichtet,* Heidelberg, 1988.
Wildt, Michael, *Volksgemeinschaft als Selbstermächtigung,* Hamburgo, 2007.
Wilhelm, Hans-Heinrich, «Hitlers Ansprache vor Generalen und Offizieren am 26. Mai 1944», *Militärgeschichtliche Mitteilungen, 2* (1976).
— «Heinz Guderian “Panzerpapst” und Generalstabchef», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995.
Wolfrum, Edgar, «Widerstand in den letzten Kriegsmonaten», en Peter Steinbach y Johannes Tuchei (eds.), *Widerstand gegen den Nationalsozialismus,* Bonn, 1994.
Woller, Hans, *Gesellschaft und Politik in der amerikanischen Besatzungszone: Die Region Ansbach und Fürth,* Múnich, 1986.

«Wollt Ihr den totalen Krieg?» Die geheimen Goebbels-Konferenzen 1939-1943, ed. Wlli A. Boelcke, Múnich, 1969.

Wullner, Fritz, *NS-Militärjustiz und das Elend der Geschichtsschreibung,* Baden-Baden, 1991.

Yelton, David K., *Hitler's Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany, 1944-1945,* Lawrence, Kan., 2002.

Zamecnik, Stanislav, «"Kein Häftling darf lebend in die Hände des Feindes fallen": Zur Existenz des Himmler-Befehls vom 14-18. April 1945», *Dachauer Hefte,* 1 (1985),

Zarusky, Jürgen, «Von der Sondergerichtsbarkeit zum Endphasenterror: Loyalitätserwingung und Rache am Widerstand im Zusammenbruch des NS-Regimes», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedier (eds.), *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006.

Zeidler, Manfred, «Die Rote Armee auf deutschem Boden», en *DRZW,* vol. 10/1.

— *Kriegsende im Osten: Die Rote Armee und die Besetzung Deutschlands östlich von Óder und Neiße,* Múnich, 1996.

Zeitzeugen berichten... Schwäbisch Gmünd — Erinnerungen an die Zeit von 1930 bis 1945, ed. Stadtarchiv Schwäbisch Gmund, Schwäbisch Gmund, 1989.

Zhukov G., *Reminiscences and Reflections,* vol. 2, Moscú, 1985.

Ziemann, Benjamin, «Fluchten aus dem Konsens zum Durchhalten: Ergebnisse, Probleme und Perspektiven der Erforschung soldatischer Verweigerungsformen in der Wehrmacht 1939-1945», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999.

Zimmermann, John, «Die deutsche militärische Kriegführung im Westen 1944-45», en *DRZW,* vol. 10/1.

— «Die Kämpfe gegen die Westalliierten 1945 ein Kampf bis zum Ende oder die Kreierung einer Legende?», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002.

— *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45,* Paderborn, 2009.

Zolling, Peter, «Was machen wir am Tag nach unserem Sieg?», en Wolfgang Malanowski (ed.), *1945: Deutschland in der Stunde Null,* Reinbek bei Hamburgo, 1985.



IAN KERSHAW, (Oldham, Inglaterra, 29-4-1943) es un historiador británico. Sus investigaciones y biografías sobre Adolf Hitler y el Tercer Reich le valieron un importante reconocimiento como historiador: miembro de la Academia Británica y ordenado caballero en 2002.

Estudió en el St. Bede's College, Manchester y en las universidades de Liverpool y Oxford. Comenzó como medievalista, pero más tarde se volcó sobre el estudio de la historia alemana. Es profesor en la Universidad de Sheffield, y fue el discípulo más importante del historiador de la RFA Martin Broszat. Como profesor de Historia Medieval de Manchester, Kershaw aprendió alemán para estudiar el campesinado alemán en la Edad Media.

Kershaw trabajó como historiador de consulta en numerosos documentales de la BBC, destacando *Los nazis: una advertencia de la Historia* y *La guerra del siglo*. Imparte un curso sobre el estado nazi y otro titulado «Alemanes contra Hitler».

En 1972, luego de un viaje a Baviera decide abocarse a la historia moderna de Alemania. Como resultado de esa visita, Kershaw se

interesó en aprender cómo y por qué la gente corriente de Alemania podría apoyar el nacionalsocialismo. Como resultado de este trabajo, escribió en 1970 su primer libro sobre la Alemania nazi, *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, que sería publicado en alemán por primera vez en 1980 con el título *Der Hitler-Mythos: Volksmeinung und Propaganda im Dritten Reich*. En él analizaba el «culto a Hitler» en Alemania, como fue desarrollado por Joseph Goebbels, a qué grupos sociales iba dirigido, su auge y su decadencia.

Entre otras publicaciones en castellano encontramos: *Hitler 1889-1936* (1999); *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación* (2004) y *Hitler, los alemanes y la solución final* (2009).

NOTAS

ABREVIATURAS

BAB Bundesarchiv Berlin
BA/MA Bundesarchiv/Militärarchiv, Friburgo
BDC Berlin Document Center
BfZ Bibliothek für Zeitgeschichte, Württembergische Landesbibliothek, Stuttgart
BHStA Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Múnich
DNB Deutsches Nachrichtenbüro (agencia de noticias alemana)
DRZW Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg DZW Deutschland im Zweiten Weltkrieg
HSSPF Höherer SS-und Polizeiführer (jefes supremos de las SS y la policía)
IfZ Institut für Zeitgeschichte, Múnich
IMT Tribunal Militar Internacional
ITS International Tracing Service, Bad Arolsen
IWM Imperial War Museum, Duxford
KTB/OKW Kriegstagebuch des Oberkommando der Wehrmacht
KTB/SKL Kriegstagebuch der Seekriegsleitung
LHC Liddell Hart Centre for Military Archives, King’s College, Londres
MadR Meldungen aus dem Reich

NAL National Archives London (anteriormente, Public Record Office)

Nbg.-Dok. Nürnberg-Dokument (documentos no publicados sobre los juicios)

NCO suboficiales

NL Nachlaß (documentos personales)

NSDAP Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (partido nazi)

NSFONationalsozialistische Führungsoffizier(e) (oficiales de liderazgo nacionalsocialistas)

NSV Nationalsozialistiche Volkswohlfahrt (Organización Nacionalsocialista de Bienestar Popular)

OKH Oberkommando des Heeres (alto mando del ejército de tierra)

OKW Oberkommando der Wehrmacht (alto mando de las fuerzas armadas)

OT Organisation Todt

PWE Political Warfare Executive (departamento inglés de la guerra psicológica)

RPÄ Reichspropagandaämter

RPvNB/OP Regierungspräsident von Niederbayem und der Oberpfalz (presidente del gobierno [jefe de la administración regional] de la Baja Baviera y el Alto Palatinado)

RPvOB Regierungspräsident von Oberbayern (presidente del gobierno regional de la Alta Baviera)

RPvOF/MF Regierungspräsident von Oberffanken und Mittelfranken (presidente del gobierno regional de la Alta Franconia y la Franconia Central)

RVK Reichsverteidigungskommissar(e) (comisarios de defensa del Reich) SD Sicherheitsdienst (Servicio de Seguridad)

SHAEF Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada

StAA Staatsarchiv Augsburg

StAM Staatsarchiv München

TBJG Die Tagebücher von Joseph Goebbels

VB Völkischer Beobachter

VfZ Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte

YVS Yad Vashem Studies

Para los títulos de libros abreviados, véase el listado de obras mencionadas; para los datos de los archivos, véase el listado de fuentes archivísticas mencionadas. Las colaboraciones en *DRZW* solo se citan por el autor en las notas; los títulos se ofrecen en lista de obras mencionadas.

[1] Véase, por ejemplo, Ralf Meindl, *Ostpreußens Gauleiter: Erich Koch — eine politische Biographie,* Osnabrück, 2007. < <

[2] Un buen ensayo crítico sobre Dönitz, muy esperado, fue publicado después de la conclusión de esta obra: Dieter Hartwig, *Großadmiral Karl Dönitz: Legende und Wirklichkeit,* Paderborn, 2010. < <

[3] Son ejemplares, en diferentes sentidos, Herfried Münkler, *Machtzerfall: Die letzten Tage des Dritten Reiches dargestellt am Beispiel der hessischen Kreisstadt Friedberg,* Berlín, 1985, y Stephen G. Fritz, *Endkampf: Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich,* Lexington, Ky., 2004. < <

[4] Nada mejor que la brillante narración descriptiva de Antony Beevor del asalto del Ejército Rojo a la capital del Reich, *Berlin: The Downfall* 1945, edición de bolsillo, Londres, 2007. < <

[5] *Deutschland im zweiten Weltkrieg,* vol. 6: *Die Zerschlagung des Hitlerfaschismus und die Befreiung des deutschen* Volkes *(Juni 1944 bis zum 8, Mai 1945),* escrito por un colectivo de autores bajo la dirección de Wolfgang Schumann y Olaf Groehler, con la ayuda de Wolfgang Bleyer, Berlín Este, 1985. < <

[6] *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg,* editado por varios autores de la Militärgeschichtliches Forschungsamt, vols. 7-10, Múnich, 2004-2008. <<

[7] Se podrían destacar, entre muchas, dos obras recientes: Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945,* Múnich, 2007, y John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45,* Paderborn, 2009. <<

[8] Esto se aplica a las excelentes obras de Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg,* Stuttgart, 1989, y Eleanor Hancock, *National Socialist Leadership and Total War 1941-45,* Nueva York, 1991. El clásico de Martin Broszat, *Der Staat Hitlers,* Múnich, 1969, aborda, en su mayor parte, los inicios del Reich, más que su final. < <

[9] El minucioso ensayo de Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party,* vol. 2: *1955-1945,* Newton Abbot, 1973, por ejemplo, dedica más de 20 de sus 538 páginas al periodo posterior al intento de asesinato de Stauffenberg y no más de 8 páginas, aproximadamente, a los meses transcurridos entre enero y mayo de 1945, mientras que Kurt Pätzold y Manfred Weißbecker, *Geschichte der NSDAP 1920-1945,* Colonia, 1981, escrito por dos historiadores de la RDA, dedica menos de una decena de sus 429 páginas al periodo que se examina en este libro. < <

[10] El espléndido libro de Marlis Steinert *Hitlers Krieg und die Deutschen,* Düsseldorf y Viena, 1970, todavía no ha sido superado como historia social de Alemania durante la guerra. Sin embargo, se limita básicamente al uso de informes internos con mucho valor informativo sobre el estado de ánimo y aborda en su mayor parte la sociedad civil, pero no el ejército. Nicholas Stargardt, del Magdalen College, Oxford, está preparando un ensayo nuevo y muy prometedor sobre la sociedad alemana durante la guerra. < <

[11] Un ensayo excepcional sobre la estrategia y el avance militar de los estadounidenses en Alemania es el de Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995. Para una descripción vivida de las experiencias militares de los Aliados, así como de los alemanes, en los frentes mientras Alemania era aplastada, véase Max Hastings, *Armageddon: The Battle for Germany 1944-45,* Londres, 2004. < <

[12] Sobre este tema, véase el excelente ensayo de Richard Bessel, *Germany 1945: From War to Peace,* Londres, 2009, que explica cómo las experiencias de los alemanes en últimos meses de la guerra ayudaron en los inicios de la recuperación tras la capitulación. < <

[1] *Justiz und NS- Verbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen 1945-1966,* vol. 1, ed. Adelheid L. Rüter-Ehlermann y C. F. Rüter, Amsterdam, 1968, números 010, 029, pp. 115-129, 645-659; Elke Fröhlich, «Ein junger Märtyrer», en Martin Broszat y Elke Fröhlich (eds.), *Bayern in der NS-Zeit,* vol. 6, Múnich y Viena, 1983, pp. 228-257; Stephen G. Fritz, *Endkampf: Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich,* Lexington, Ky., 2005, pp. 153-158; Hans Woher, *Gesellschaft und Politik in der amerikanischen Besatzungszone: Die Region Ansbach und Fürth,* Múnich, 1986, pp. 48-55. El doctor Meyer, antiguo comandante militar de la ciudad, fue condenado en diciembre de 1946, por el tribunal del distrito de Ansbach, a diez años de cárcel. <<

[2] Véase la valiosa recopilación de textos sobre el terror en la última fase de Cord Arendes, Edgar Wolfram y Jörg Zedler (eds.), *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006. < <

[3] Los miembros de la policía de Múnich, por ejemplo, cobraron ininterrumpidamente hasta mayo de 1945. El sueldo atrasado de un limpiador del departamento que no había cobrado en abril fue reclamado a finales de junio. BHStA, Múnich, Minn 72417, nº 2415 f 27, Gehaltszahlung, 28.6.45, 2415 f 28, Zahlung von Arbeitslöhnen, 28.6.45. En el otro extremo del espectro, el antiguo jefe del estado mayor personal de Himmler y, en la última fase de la guerra, plenipotenciario de la Wehrmacht en Italia, el general de las Waffen-SS Obergruppenführer Karl Wolff, aún cobraba un sueldo de 2.226,80 marcos del Reich (1.551,90 marcos del Reich netos) en abril de 1945, en un momento en el que, en realidad, estaba tramando en secreto la rendición unilateral de las tropas alemanas de su región. BAB, BDC, SSO -Karl Wolff, Gehaltsabrechnung, abril de 1945, 31.3.45. Quiero dar las gracias a Horst Möller y Michael Buddrus por esta información y a Jonathan Steinberg por la sugerencia de buscarla. < <

[4] Información amablemente facilitada por Wolfgang Holl, Alexander von Humboldt-Stiftung, Bad-Godesberg y Holger Impekoven, que actualmente trabaja en una historia de la Stiftung entre 1925 y 1945 y con el que estoy en deuda por exponerme su proyecto. <<

[5] Albert Speer, *Erinnerungen,* Frankfurt am Main y Berlin, 1969, p. 467; BA/MA, N648/1, NL Dethleffsen, Erinnerungen, fol. 7 (1945-1946). < <

[6] Andreas Förschler, *Stuttgart 1945: Kriegsende und Neubeginn,* Gudensberg-Gleichen, 2004, p. 10. < <

[7] Christian Hartmann y Johannes Hürter, *Die letzten 100 Tage des Zweiten Weltkriegs,* Múnich, 2005, día 78, 21 de febrero de 1945 (y para los siguientes). El fútbol apenas tenía que ver con las normas modernas de primera división. Había que improvisar los equipos con los jugadores disponibles, a menudo soldados de permiso. La última final de la liga alemana se jugó el 16 de junio de 1944 ante 70.000 espectadores en Berlín, cuando el Dresde derrotó al Hamburgo por 4-0. Después de eso, debido a la limitada capacidad de transporte y el empeoramiento de la situación militar, los partidos se limitaron a la «Sportgaue» regional. < <

[8] Para una interesante comparación de las posibilidades de un golpe de Estado en Italia y en Alemania, véase Jerzy W. Borejsza, «Der 25. Juli 1943 in Italien und der 20. Juli 1944 in Deutschland. Zur Technik des Staatsstreichs im totalitären System», en Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.), *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus,* Múnich y Zúrich, 1986, pp. 1079-1085. < <

[9] Michael Geyer, «*Endkamp*. 1918 and 1945: German Nationalism, Annihilation, and Self-Destruction», en Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violente: Extreme Wars in the 20th Century,* Gotinga, 2006, p. 40. Doris L. Bergen plantea una pregunta casi idéntica en «Death Throes and Killing Frenzies: A Response to Hans Mommsen's "The Dissolution of the Third Reich: Crisis Management and Collapse, 1943-1945"», *German Historical Institute, Washington D.C., Bulletin,* 27 (2000), pp. 26-27: «Tenemos que preguntarnos qué hizo que la población no solo tolerara [el régimen de Hitler], sino que combatiera y matara por él hasta el amargo final». < <

[10] Alfred Vagts, «Unconditional Surrender vor und nach 1943», *VfZ,* 7 (1959), p. 300. La exigencia de una «rendición incondicional» había nacido de la idea, particularmente arraigada en Estados Unidos, de que se había cometido un caro error al conceder un armisticio en lugar de insistir en la rendición de Alemania en 1918, lo que había preparado el terreno para la leyenda de la «puñalada por la espalda» propagada por la derecha alemana, según la cual Alemania no había sido derrotada militarmente en la Primera Guerra Mundial. Los estadounidenses y los británicos estaban de acuerdo en que esta vez no se repetiría el error y no habría lugar para malentendidos o tergiversaciones. La rendición incondicional de Alemania se consideraba la base para una paz futura duradera. Véase Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War* II, Cambridge, 1994, pp. 438-439. < <

[11] Una serie de generales alemanes insistieron después de la guerra en que la exigencia de los Aliados había sido un error y había prolongado el conflicto. Anne Armstrong, *Unconditional Surrender: The Impact of the Casablanca Policy upon World War Two,* New Brunswick, NJ, 1961, pp. 137-147. El general Westphal comentaba en sus memorias que la exigencia de rendición incondicional los «había unido hasta cierto punto al régimen nazi», y que era imposible deponer las armas y abrir el frente occidental a los Aliados sin que se ofrecieran ciertas garantías a Alemania. Afirmaba que la noticia del Plan Morgenthau de dividir Alemania y convertirla en un país preindustrial y, después, el resultado de la Conferencia de Yalta «dejaban sin perspectiva cualquier iniciativa de nuestra parte», por lo que no quedaba otra alternativa que seguir combatiendo. Siegfried Westphal, *Erinnerungen,* Maguncia, 1975, pp. 326, 341. El ayudante del gran almirante Dönitz, Walter Lüdde-Neurath, también afirmaba que esta exigencia había sido decisiva para la determinación de seguir luchando a cualquier precio. Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz: Die letzten Tage des Dritten Reiches,* 5ª ed., Leoni am Starnberger See, 1981, p. 22. < <

[12] Reiner Pommerin, «The Wehrmacht: Eastern Front», en David Wingeate Pike (ed.), *The Closing of the Second World War: Twilight of a Totalitarianism,* Nueva York, 2001, p. 46. Véase también el comentario de Klaus-Jürgen Müller, «The Wehrmacht: Western Front», en el mismo volumen, p. 56; afirma que la «rendición incondicional» intensificó el miedo de los altos mandos militares a ser acusados de propinar otra «puñalada por la espalda». < <

[13] Bodo Scheurig, *Alfred Jodl: Gehorsam und Verhängnis,* Berlín y Frankfurt am Main, 1991, p. 286, comenta que para el general Jodl (y, sin duda, para otros jefes militares) la exigencia de una rendición incondicional suponía una «excusa poco convincente» («*fadenscheiniger Vorwand»),* < <

[14] Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters* 1949-45, edición de bolsillo, Novato, California (edición original en inglés, Londres, 1964), p. 316. < <

[15] Los clásicos eran Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism,* Nueva York, 1951, y Carl Joachim Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy,* Cambridge, Mass., 1956. <<

[16] Véase Eckhard Jesse (ed.), *Totalitarismus im 20. Jahrhundert,* Bonn, 1999, para una recopilación de valoraciones y aplicaciones posteriores del concepto. < <

[17] Véase, como representante de esta nueva corriente de investigación, Frank Bajohr y Michael Wildt (eds.), *Volksgemeinschaft: Neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus,* Frankfurt am Main, 2009. < <

[18] Heinrich Jaenecke, «Mythos Hitler: Ein Nachruf», en *Kriegsende in Deutschland*, Hamburgo, 2005, p. 223. < <

[19] Esta idea es la base del innovador «Proyecto Baviera» de la década de 1970. Los volúmenes de ensayos surgidos del proyecto y publicados en la serie *Bayern in der NS-Zeit,* ed. Martin Broszat, Elke Fröhlich *et al.,* Múnich, 1977-1983, se subtitulaban «Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt» («sistema de gobierno y sociedad»). < <

[20] Robert Edwin Herzstein, *The War that Hitler Won,* Londres, 1979. < <

[21] Véase especialmente, Michael Wildt, *Volksgemeinschaft als Selbstermächtigung,* Hamburgo, 2007 (aunque la obra solo aborda el periodo previo a la guerra), y Peter Fritsche, *Life and Death in the Third Reich,* Cambridge, Mass., y Londres, 2008. < <

[22] *DRZW,* 9/2 (Herf), p. 202. <<

[23] Götz Aly, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus,* Frankfurt am Main, 2005. <<

[24] Véase Fritsche, pp. 266-296. < <

[25] Citas de Fritsche, pp. 269-271. <<

[26] Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coerción in Nazi Germany,* Oxford, 2001, pp. 1, 3, 226. < <

[27] Para un análisis serio de la importancia del legado de 1918, no solo para Hitler, sino para todo el régimen nazi, véase Timothy W. Masón, *Sozialpolitik im Dritten Reich: Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft,* Opladen, 1977, cap. 1. < <

[28] La exposición más directa de ello se encuentra en Hans-Ulrich Wehler, *Der Nationalsozialismus: Bewegung, Führerherrschaft, Verbrechen,* Múnich, 2009, esp. caps. 2, 7, 11, 14, extractos tomados de su monumental *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* vol. 4: *1914-1949,* 3ª ed., Múnich, 2008. El concepto de «poder carismático» está tomado, naturalmente, de Max Weber. Véase su *Wirtschaft und Gesellschaft: Grundriß der verstehenden Soziologie,* 5ª edición revisada, Tubinga, 1980, pp. 140-147, 654-687. Aunque Ludolf Herbst, *Hitlers Charisma: Die Erfindung eines deutschen Messias,* Frankfurt am Main, 2010, critica la idea de que Hitler había iniciado su «carrera» dotado de cualidades carismáticas innatas, algo que pocos historiadores serios han alegado, e insiste en la fabricación por la propaganda de su carisma en la década de 1920 (una argumentación que prácticamente describe a los alemanes como víctimas de técnicas sofisticadas de seducción de masas), también parece aceptar que el régimen nazi se basaba en el «poder carismático». < <

[1] Rudolf Semmler, *Goebbels — the Man Next to Hitler,* Londres, 1947, p. 147 (23.7.44). Semmler (cuyo verdadero nombre era Semler) fue un oficial de prensa del Ministerio de Propaganda del Reich. Al parecer, el texto original de las anotaciones de su diario, en alemán, no se ha conservado. < <

[2] Max Hastings, *Armageddon: The Battle for Germany 1944-45,* Londres, 2004, pp. xi, 15, 17. < <

[3] *MadR,* 17, pp. 6645-6658, informes para el 14 y el 22.7.44. <<

[4] Este bosquejo se basa en: Jochen von Lang, *Der Sekretär: Martin Bormann. Der Mann, der Hitler beberrschte,* Frankfurt am Main, 1980; Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich,* Harmondsworth, 1972, pp. 191-206; y *The Bormann Letters,* ed. H.R. Trevor-Roper, Londres, 1954, pp. vi-xxiii. <<

[5] Para un estudio completo de este detestable individuo, véase Ralf Meindl, *Ostpreußens Gauleiter: Erich Koch — eine politische Biographie,* Osnabrück, 2007. Véase también Ralf Meindl, «Erich Koch Gauleiter von Ostpreußen», en Christian Pietzing (ed.), *Vorposten des Reichs? Ostpreußen 1933-1945,* Múnich, 2006, pp. 29-39. < <

[6] BAB, R493 II/684, fol. 61, Kritzinger a Lammers, 13.7.44. Y véase Alastair Noble, *Nazi Rule and the Soviet Offensive in Eastern Germany, 1944-1945: The Darkest Hour,* Brighton y Portland, Ore., 2009, pp. 82-83. < <

[7] BAB, R43 II/393 a, fol. 47, Vermerk para Lammers, 11.6.44. < <

[8] *«Führer-Erlasse» 1959-1945,* ed. Martin Moll, Stuttgart, 1997, pp. 432-433. < <

[9] Bernhard R. Kroener, *«Der starke Mann im Heimatkriegsgebiet»: Generaloberst Friedrich Fromm. Eine Biographie,* Paderborn, 2005, pp. 670-673; Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie,* Múnich, 2008, p. 720 (y, en general, la descripción más seria de la personalidad y la carrera de Himmler). < <

[10] Eleanor Hancock, *National Socialist Leadership and Total War 1941-45,* Nueva York, 1991, p. 127. <<

[11] *TBJG,* II/12, p. 522 (22.6.44). < <

[12] *DRZW,* 5/2 (Müller), p. 754. < <

[13] Por ejemplo, *MadR,* 17, pp. 6657-6658 (22.7.44). < <

[14] BAB, R3/1522, fols. 4-16, memorándum sobre la «guerra total», 12.7.44. Y véase Wolfgang Bleyer, «Plane der faschistischen Führung zum totalen Krieg im Sommer 1944», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft,* 17 (1969), pp. 1312-1329; también Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg,* Berlin, Frankfurt am Main y Viena, 1968, pp. 271-272. < <

[15] Peter Longerich, *Hitlers Stellvertreter: Führung der Partei und Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Heß und die Partei-Kanzlei Bormann,* Múnich, 1992, p. 195. En su declaración en Núremberg, Speer sugirió, presumiblemente al conseguir instigar la reunión que tenía en mente, que su carta había incitado a Hitler a nombrar a Goebbels plenipotenciario para la guerra total (IWM, FO645/161, p. 10, 9.10.45). < <

[16] Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg,* Stuttgart, 1989, p. 514. < <

[17] Peter Longerich, «Joseph Goebbels und der totale Krieg: Eine unbekannte Denkschrift des Propagandaministers vom 18. Juli 1944», *VfZ,* 35 (1987), pp. 289-314 (texto pp. 305-314). Y véase Hancock, pp. 133-136. < <

[18] BAB, R3/1522, fols. 23-45, memorándum sobre la «guerra total», 20.7.44. Y véase Hancock, pp. 129-133, y Janssen, pp. 272-273. < <

[19] Kroener, p. 705. < <

[20] Speer no le entregó el memorándum a Hitler, a través de su ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, hasta el 29 de julio, al día siguiente de enviar una copia Himmler. BAB, R3/1522, fol. 48, Speer to Himmler, 28.7.44. < <

[21] BA/MA, N24/39, NL Hoßbach, texto mecanografiado, «Erinnerungen», mayo de 1945. < <

[22] *Lagebesprechungen im Führerhauptquartier: Protokollfragmente aus Hitlers militärischen Konferenzen* 1942-1945, ed. Helmut Heiber, Berlin, Darmstadt y Viena, 1963, p. 219 (20.12.43). *Hitler and his Generals: Military Conferences* 1942-1945, ed. Helmut Heiber y David M. Glantz, Londres, 2002, p. 314. < <

[23] Citado en Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis* 2945, Múnich, 2007, p. 61. < <

[24] Heinz Guderian, *Panzer Leader,* Da Capo ed., Nueva York, 1996, p. 336. < <

[25] Friedrich-Christian Stahl, «Generaloberst Kurt Zeitzier», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite,* vol. 2: *Vom Kriegsbeginn bis zum WeltKriegsende,* Darmstadt, 1998, p. 278. < <

[26] El general Heusinger había cambiado evidentemente de estrategia desde la primavera de 1944, cuando había seguido la línea de Hitler de no ceder un solo metro en el este y organizar una ofensiva posterior para recuperar Ucrania, siempre que se pudiera repeler el desembarco aliado que se esperaba en el oeste. Jürgen Forster, *Die Wehrmacht im NS-Staat: Eine strukturgeschichtliche Analyse,* Múnich, 2007, p. 189. Después de la guerra, Heusinger fue un duro crítico de la jefatura militar de Hitler. < <

[27] IWM, EDS, F. 5, AL 1671, 1.8.44; publicado en *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD -Berichterstattung,* ed. Hans-Adolf Jacobsen, 2 vols., Stuttgart, 1984, vol. 2, pp. 654-658 (y véase también vol. 1, pp. 125-126, 515). <<

[28] Una observación de Forster, pp. 131 y ss., y en su colaboración en *DRZW,* 9/1, p. 621, así como de Heinemann en el mismo volumen, p. 883. Véase también Kunz, pp. 105 y ss. < <

[29] Ardley Microfilms, Irving Collection, D1/Göring/1. < <

[30] BA/MA, N24/39, NL Hoßbach, texto mecanografiado, 19.5.45.
< <

[31] Hans Mommsen, «Social Views and Constitutional Plans of the Resistance», en Hermann Graml *et al., The German Resistance to Hitler,* Londres, 1970, p. 59. < <

[32] Joachim Kramarz, *Stauffenberg: The Life and Death of an Offcer, November 15th 1907-July 20th 1944,* Londres, 1967, p. 185. < <

[33] Marlis Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen,* Düsseldorf y Viena, 1970 pp. 476 y ss. < <

[34] *Spiegelbild einer Verschwörung: Die Kaltenbrunner-Berichte an Bormann und Hitler über das Attentat vom 20. Juli 1944. Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt,* ed. Archiv Peter, Stuttgart, 1961, pp. 1-11 (informes del 21, 22 y 24.7.44). <<

[35] BAB, R55/601, fols. 54-63, Tätigkeitsbericht, informe semanal del jefe de propaganda, 24.7.44. < <

[36] BAB, R55/601, fols. 69-70, Tätigkeitsbericht, informe semanal del jefe de propaganda, 7.8.44. Guderian, en una conversación con el general Balck, achacó la culpa del descalabro en el oeste a la implicación del mariscal de campo en la conspiración. BA/MA, N647/12, NL Balck, Kriegstagebuch, Bd. 11, fol. 89, anotación del 10.9.44. < <

[37] La conspiración le sirvió de inmediato a Hitler como explicación del desastre en el frente oriental. Véanse los comentarios que le hizo a Jodl a finales de julio. *Lagebesprechungen im Führerhauptquartier,* pp. 246-248 (31.7.44); *Hitler and his Generals,* pp. 446-447. Las personas cercanas a Hitler hicieron circular esta interpretación. En una carta al Gauleiter de Halle, Eggeling, Bormann afirmaba que el descalabro del Grupo de Ejércitos Centro estaba vinculado a la conspiración y mencionaba el papel del general de división von Tresckow. BAB, NS6/153, fols. 3-5, Bormann a Eggeling, 8.9.44. Bormann se sintió finalmente obligado a poner freno a los ataques generalizados contra el cuerpo de oficiales, en particular contra algunos altos oficiales, proferidos en las reuniones del partido en relación con el atentado y el hundimiento del Grupo de Ejércitos Centro. BAB, NS6/167, fols. 69-71, cancillería del partido, Bekanntgabe 254/44, Stellungnahme zu den Vorgängen im Mittelabschnitt der Ostfront und zu den Ereignissen des 20.7.1944, 20.9.44; también en BAB, NS19/2606, fols. 25-27. < <

[38] BAB, R55/603, fol. 508, cancillería del partido, Abt. II B 4, Vertrauliche Informationen, 13.9.44. <<

[39] BAB, R55/603, fol. 380, Hauptreferat Pro. Pol, doctor Schaffer al Abteilung Rfk. doctor Scharping, 18.8.44. < <

[40] BfZ, Sammlung Sterz, Geff. Günter H., 2.8.44. < <

[41] Heinrich Breloer (ed.), *Mein Tagebuch: Geschichten vom Überleben 1939-1947,* Colonia, 1984, p. 334. < <

[42] Steinert, p. 479. < <

[43] Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz (eds.), *Das andere Gesicht des Krieges: Deutsche Feldpostbriefe* 1939-1945, Múnich, 1982, pp. 21-22. < <

[44] LHC, Dempsey Papers, n° 72, apéndice B, carta (en traducción al inglés) al Hfw. Ludwig E., 21.7.44. < <

[45] BA/MA, MS g 2/5284, fol. 603, diario del mayor Max Rohwerder, entradas del 20-21.7.44. < <

[46] BA/MA, MS g 2/2697, diario del teniente Julius Dufner, vol. 2, fol. 20, entradas del 20-21.7.44. Los datos biográficos sobre el doctor Julius Dufner, nacido el 25 de enero de 1902, cuyas anotaciones en su diario se mencionarán en los capítulos siguientes, son escasos. La primera anotación en «Mein Kriegstagebuch», MS g 2/2696, fol. 1, del 12.11.40, afirma que fue destinado en el 3. Inf. Ers. Batl. 14 en Constanza. Posteriormente, el 11.3.44, se menciona (fol. 190) que participó en una reunión en esa fecha como teniente «O.Zahlm.d.R. [Oberzahlungsmeister (jefe de la sección de pagos) en la reserva] Dr. Dufner, 1.Fest.Pi.Stab. 15, Stabsgruppe [cuerpo de pioneros]». Le estoy muy agradecido a Jürgen Forster por su ayuda para seguir el rastro de Dufner en el Kartei del BA/MA en Friburgo. Las notas de su diario (MS g 2/2697, fol. 182) fueron mecanografiadas en 1971, «conforme al diario que mantenía de forma regular». < <

[47] Manfred Messerschmidt, «Die Wehrmacht: Vom Realitätsverlust zum Selbstbetrug», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches — Ende des Zweiten Weltkrieges: Ein perspektische Rückschau,* Múnich, 1995, pp. 240-241. < <

[48] Forster, p. 136. < <

[49] *DRZW,* vol. 8 (Frieser), pp. 539 y ss. sobre el desastre del tercer ejército panzer en Vitebsk a finales de junio. < <

[50] BA/MA, N245/3, NL Reinhardt, Persönliches Kriegstagebuch, fol. 75, 20-21.7.44. < <

[51] BA/MA, N245/2, NL Reinhardt, Auszugsweise Abschriften von Briefen an seine Frau, carta a su esposa, fol. 39, 17.8.44. < <

[52] BA/MA, N647/12, NL Balck, Kriegstagebuch, Bd. 11, fols. 77-78, 83-84, entradas del 21.7.44, 5.8.44. Balck describió más tarde a Hitler como «el cemento que une indisolublemente al pueblo y la Wehrmacht». Citado en John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45,* Paderborn, 2009, p. 2. < <

[53] BA/MA, N24/39, NL Hoßbach, texto mecanografiado, 19.5.45 (interpolación a página 4 tras la p. 5). < <

[54] *«Führer-Erlasse»,* p. 433. <<

[55] Kroener, pp. 710-711, 730. < <

[56] Forster, p. 134, y pp. 138-145 sobre la importancia de los nuevos poderes de Himmler dentro del ejército; también Longerich, *Himmler,* pp. 717, 719-721. Es comprensible que al principio hubiera poco entusiasmo entre los altos mandos de la Wehrmacht por la toma de posesión de Himmler (aunque se dice que se los ganó con un discurso que pronunció ante los generales y los oficiales en un curso de adiestramiento en Sonthofen). BAB, NS19/3271, fol. 31, Auszug aus der Meldung des SD-Leitabschnittes Danzig, informe del SD de Danzig, 14.9.44. < <

[57] Kroener, p. 714; Longerich, *Himmler,* p. 722. De hecho, hubo un conflicto entre los altos mandos de las SS sobre las responsabilidades en cuanto al reclutamiento para el ejército de reserva. El jefe de la oficina central de las SS (responsable del reclutamiento para las Waffen-SS), Gottlob Berger, amplió sus poderes en este ámbito no solo hacia el ejército, sino también hacia Jüttner, quien, en la práctica, era más conciliador con los intereses del ejército de reserva que su rival dentro de la cúpula de las SS. Kroener, pp. 714-715. Las aspiraciones de Berger de hacerse cargo de todos los asuntos relacionados con el reclutamiento y el adiestramiento del ejército de reserva son evidentes en la carta que le envió a Himmler el 1.8.44, en BAB, NS19/2409, fol. 6. <<

[58] BAB, NS19/4015, fols. 13-32, discurso de Himmler ante los oficiales del jefe de armamentos del ejército de tierra, 21.7.44. <<

[59] BAB, NS 19/4015, fols. 42-7, discurso de Himmler en Grafenwöhr, 25.7.44; IWM, EDS, F. 2, AL 2708, discurso de Himmler en Bitsch, 26.7.44 (publicado en *Heinrich Himmler: Geheimreden 1943 bis 1945 und andere Aussprachen,* ed. Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson, Frankfurt am Main, 1974, pp. 215-237). Himmler no ocultó su desprecio cuando, al dirigirse a los dirigentes del partido a principios de agosto, criticó el clima de derrotismo que habían propagado en el ejército los oficiales del estado mayor general desde el comienzo de la guerra en el este. Theodor Eschenburg, «Die Rede Himmlers vor den Gauleitern am 3. August 1944», *VfZ,* 1 (1953), pp. 362-378. < <

[60] BAB, NS19/3910, fol. 89, Himmler a Fegelein, 26.7.44. < <

[61] *«Führer-Erlasse»,* p. 438. < <

[62] BAB, R3/1522, fols. 48-49, Speer a Himmler, 28.7.44. < <

[63] Hancock, p. 139. <<

[64] Rebentisch, p. 515. <<

[65] BAB, R43 II/664 a, «Totaler Kriegseinsatz», fols. 81-91, fols. 117, 154 sobre la exención de la cancillería del Reich, acordada por Hitler. El resumen de Goebbels de la reunión se encuentra en *TBJG,* II/13, pp. 134-137 (23.7.44). Y véase Rebentisch, pp. 515-516; Hancock, pp. 137-138, y Elke Fröhlich, «Hitler und Goebbels im Krisenjahr 1944: Aus den Tagebüchern des Reichspropagandaministers», *VfZ.,* 39 (1990), pp. 205-207. < <

[66] *TBJG,* II/13, pp. 36-37 (23.7.44). < <

[67] *TBJG,* II/13, pp. 53-55(24.7.44). < <

[68] BAB, R43 II/664 a fols. 119-121 (y fols. 92-118 para borradores y material preliminar). < <

[69] Wilfred von Oven, *Mit Goebbels bis zum Ende,* vol. 2, Buenos Aires, 1950, p. 94 (25.7.44). < <

[70] *TBJG,* II/13, pp. 135, 137 (23.7.44). <<

[71] BAB, R43 II/664 a, fols. 153-154; Rebentisch, pp. 516 y ss.; Longerich, *Hitlers Stellvertreter,* pp. 195 y ss. < <

[72] Von Oven, *Mit Goebbels,* pp. 120-121 (16.8.44). < <

[73] Longerich, *Hitlers Stellvertreter,* p. 197. < <

[74] Hancock, pp. 157, 287 n. 27. <<

[75] Hans Mommsen, «The Indian Summer and the Collapse of the Third Reich: The Last Act», en Hans Mommsen (ed.), *The Third Reich between Vision and Reality,* Oxford y Nueva York, 2001, p. 114. < <

[76] BAB, NS6/167, fols. 95-95 v, Bormann a los Gauleiter sobre la «nueva acción de rastreo», 19.7.44; *TBJG,* II/13, pp. 134 (23.7.44); Longerich, *Hitlers Stellvertreter,* p. 196. < <

[77] «*Führer-Erlasse*», pp. 428-429. El papel de los RVK se ampliaría con el segundo decreto (pp. 455-456) sobre «Colaboración del partido y la Wehrmacht en un ámbito operativo dentro del Reich», del 19 de septiembre. Bormann transmitió a los Gauleiter las directrices de Keitel para la cooperación, del 27 de julio (BAB, NS6/792, fols. 1-1 v, Rundschreiben 163/44 gRs., Zusammenarbeit zwischen militärischen und zivilen Dienststellen, 1.8.44, también en NS19/3911, fols. 30-32). Véase también Forster, p. 133 y n. 9; Kroener, p. 668. < <

[78] Longerich, *Hitlers Stellvertreter*, p. 196. Uno de los muchos ejemplos de la ampliación de poderes del partido fue la manera en que la cancillería del Reich asumió el control (delegado por Bormann a los comisarios de defensa del Reich) de la protección contra los ataques aéreos y la necesaria instrucción de la población. Véase BAB, R43 II/1648, fol. 54, Lammers a las máximas autoridades del Reich, 27.7.44, transmitiendo el decreto promulgado por el Führer dos días antes. < <

[79] Véase Karl Teppe, «Der Reichsverteidigungskommissar: Organisation und Praxis in Westfalen», en Dieter Rebentisch y Karl Teppe (eds.), *Verwaltung contra Menschenfürung im Staat Hitlers,* Gotinga, 1986, p. 299, sobre la ampliación del poder de los RVK tras el nombramiento de Goebbels como plenipotenciario para la guerra total. < <

[80] El término, no muy acertado, lo inventó Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party, vol. 2:*1953-7945, Newton Abbot, 1973, p. 474. < <

[81] Sobre la centralización del control del partido impulsada por Bormann, véase Orlow, pp. 465-468. < <

[82] IfZ, ZS 988, interrogatorio de Wilhelm Kritzinger, secretario de Estado en la cancillería del Reich, 5.3.47. < <

[83] Véase Hans Mommsen, «The Dissolution of the Third Reich», en Frank Biess, Mark Roseman y Harm Schissler (eds.), *Conflict, Catastrophe and Continuity: Essays on Modem German History,* Oxford y Nueva York, 2007, pp. 110-113 (una reimpresión de «The Dissolution of the Third Reich: Crisis Management and Collapse, 1943-1945», *Bulletin of the German Historical Institute, Washington DC,* 27 (2000), pp. 9-23). < <

[84] Speer, *Erinnerungen,* Frankfort an Main y Berlin, pp. 401-402; Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie,* Berlín, 1999, pp. 306-307. < <

[85] Speer, *Erinnerungen,* pp. 405-407; sobre las contradicciones del esfuerzo de «guerra total», véase Janssen, pp. 274-282. < <

[86] *TBJG,* II/13, p. 526 (20.9.44). < <

[87] Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy,* Londres, 2006, p. 637. <<

[88] BAB, R3/1538, fol. 7, carta manuscrita de Speer a Hitler, 29.3.45. < <

[89] Véase *DRZW,* 5/2 (Müller), p. 755. < <

[90] *TBJG,* II/13, p. 147 (23.7.44). < <

[91] Guderian, p. 351. < <

[92] BA/MA, RW 4/57, fols. 27-31, Ansprache des Chefs WFSt Gen. Oberst Jodl, 24.7.44. Sobre la postura de Jodl tras el intento de asesinato, véase también Bodo Scheurig, *Alfred Jodl: Geborsam und Verhängnis,* Berlín y Frankfurt am Main, 1991, pp. 282-286. <<

[93] BBC Archives, *The Nazis: A Warning from History* (1997), escrita y producida para la BBC 2 por Lawrence Rees, Beta Tap. 59, pp. 102-103: Karl Boehm-Tettelbach, jefe de operaciones de la Luftwaffe en el OKW-Führungsstab, entrevista de Laurence Rees, *c.* 1995-1996. < <

[94] Orlow, p. 465; Kunz, p. 115; *DRZW,* 9/1 (Forster), p. 623. Keitel y Bormann acordaron que los miembros uniformados del partido y de la Wehrmacht tuvieran la obligación de saludarse con el saludo «Heil Hitler» para demostrar la unidad de la voluntad política y la lealtad común e inquebrantable al Führer. Lammers lo amplió a todos los funcionarios. BAB, R43 II/1194 b, fols. 90-94, texto de Anordnung de Keitel y Bormann, fol. 93, 26.8.44. < <

[95] *TBJG,* II/13, p. 146 (23.7.44). < <

[96] Manfred Messerschmidt, *Die Wehrmacht im NS-Staat: Zeit der Indoktrination,* Hamburgo, 1969, pp. 433-437 (texto de la orden en p. 435); *DRZW,* 9/1 (Forster), p. 625, (Meinemann), p. 884. El relato del propio Guderian sobre su nombramiento como jefe del estado mayor general se encuentra en *Panzer Leader,* pp. 339-344, aunque no menciona esta orden. Se puede encontrar un breve bosquejo crítico de Guderian en Hans-Heinrich Wilhelm, «Heinz Guderian "Panzerpapst" und Generalstabschef», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995, pp. 187-208. En el mismo volumen, Peter Steinbach, «Hans Günther von Kluge ein Zauderer im Zwielicht», p. 308, describe a Guderian como «el instrumento voluntarioso y deferente de la indecorosa "autodepuración" de la Wehrmacht de "traidores" hasta unas pocas semanas antes del final de la guerra». < <

[97] Messerschmidt, *Die Wehrmacht im NS-Staat,* p. 441. Sobre la historia (y la prehistoria) de los NSFO en general, véanse Waldemar Besson, «Zur Geschichte des nationalsozialistischen Führungsoffi ziers (NSFO)», *VfZ,* 9 (1961); Gerhard L. Weinberg, «Adolf Hitler und der NS-Führungs-offizier (NSFO)», *VfZ,* 12 (1964), pp. 443-456; Volker R. Berghahn, «NSDAP und “geistige Führung” der Wehrmacht 1939-1943», *VfZ,* 17 (1969), pp. 17-71; Messerschmidt, *Die Wehrmacht im NS-Staat,* pp. 441-480, y el exhaustivo análisis de *DRZW,* 9/1 (Forster), pp. 590-620. < <

[98] Véase *DRZW,* 9/1 (Forster), pp. 620 ss. < <

[99] Kunz, p. 114. < <

[100] Besson, p. 113; *DRZW,* 9/1 (Heinemann), p. 884. < <

[101] Wolfram Wette, *Die Wehrmacht: Feindbilder, Vernichtungskrieg, Legenden,* Frankfurt am Main, 2002, p. 190. En la p. 189, Wette ofrece una cifra de NSFO a tiempo completo *(hauptamtliche)* de 623 a finales de 1944. No está claro por qué existe una discrepancia con la cifra de 1.074 que se proporciona en *DRZW,* 9/1 (Forster). El adiestramiento de los NSFO lo llevaba a cabo un un equipo con sede en la cancillería del partido. A finales de 1944 había organizado 13 cursos de formación, a los que asistieron 2.435 participantes. Se impartían unas 1.300 clases cada semana a los miembros de la Wehrmacht sobre cuestiones ideológicas. Kurt Pätzold y Manfred Weißbecker, *Geschichte der NSDAP,* Colonia, 1981, p. 371. < <

[102] BA/MA, RH 19/IV/250, fols. 41-42, Richtlinien für die NS-Führung, Nr. 6/44, Kommandeur der 242. Infanterie-Division, 22.7.44. < <

[103] Según un cálculo aproximado (la precisión es imposible), unos 700 oficiales fueron arrestados y 110 ejecutados por participar en el intento de golpe de Estado. *DRZW,* 9/1 (Heinemann), pp. 882-883. <<

[104] Walter Görlitz, *Model: Strategie der Defensive,* Wiesbaden, 1975, p. 188. Más críticos con Model que la biografía de Görlitz son los bosquejos biográficos de Smelser y Syring, pp. 368-387 (Joachim Ludewig), de Ueberschär, pp. 153-160 (Samuel W. Mitcham Jr. y Gene Mueller), y de Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals,* Londres, 1990, pp. 319-333 (Carlo d'Este). < <

[105] «Tagesbefehl» de Model del 31.7.44, citado en Manfred Messerschmidt, «Die Wehrmacht in der Endphase: Realität und Perzeption», *Aus Parlament und Zeitgeschichte,* 32-33 (1989), pp. 38-39 (4.8.89). < <

[106] Véanse Smelser y Syring, pp. 497-509 (Klaus Schönherr) y Ueberschär, pp. 236-244 (Peter Steinkamp). Se puede encontrar un retrato favorable de Schörner en Roland Kaltenegger, *Schörner: Feldmarschall der letzten Stunde,* Múnich y Berlín, 1994. < <

[107] *DRZW,* 9/1 (Forster), pp. 596-600; Smelser y Syring (Schönherr), p. 504. < <

[108] BA/MA, RH 19/III/727, fols. 2-3, Tagesbefehle der Heeresgruppe Nord, 25, 28.7.44. < <

[109] BA/MA, RH 19/III/667, fol. 7, memorias de Hans Lederer después de la guerra (1955): «Kurland. Gedanken und Betrachtungen zum Schicksal einer Armee». < <

[110] Walter Warlimont, *Inside Hitler 's Headquarters* 1959-45, Novato, Calif., s.f. (ed. original en inglés, Londres, 1964), p. 464. <<

[111] Warlimont, p. 462. notas a pp. 51-59 < <

[112] Ronald Smelser, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader,* Oxford, Nueva York y Hamburgo, 1988, p. 291, sobre el discurso de Ley. Se dijo que el impacto en el ejército fue «sencillamente catastrófico». Wilfred von Oven, *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende,* Tubinga, 1974, p. 505 (29.10.44). < <

[113] Orlow, pp. 462-465. < <

[114] Véase Forster, pp. 132-133. < <

[115] *TBJG*, II/13, p. 134 (23.7.44). <<

[116] Forster, pp. 131, 134, 139. < <

[117] NAL, WO 208/5622, fol. 120 A, ausente en la edición impresa de estas conversaciones intervenidas de Sönke Neitzel, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945,* Berlín, 2005; ed. en inglés, *Tapping Hitler's Generals: Transcripts of Secret Conversations, 1942-45,* Barnsley, 2007. < <

[1] El alto mando de la Wehrmacht había esperado aislar a los estadounidenses con un contraataque y fue sorprendido por la ofensiva de Avranches. NAL, WO 219/1651, fol. 144, SHAEF: interrogatorio del general Jodl, 23.5.45. < <

[2] Este fue el tono de sus conversaciones con Jodl a última hora de la tarde del 31 de julio de 1944. BA/MA, 4/881. fols. 1-46; publicado en *Lagebesprechungen im Führerhauptquartier: Protokollfragmente aus Hitlers militärischen Konferenzen 1942-1945,* ed. Helmut Heiber, Berlin, Darmstadt y Viena, 1963, pp. 242-271 (inglés: *Hitler and his Generals: Military Conferences 1942-1945,* ed. Helmut Heiber y David M. Glantz, Londres, 2002, pp. 444-463). Véase Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant 1951-45,* Maguncia, 1980, p. 386, sobre la idea de Hitler de una nueva ofensiva en el oeste; y *DRZW,* 7 (Vogel), pp. 576-577, sobre las implicaciones para un fin negociado. < <

[3] *DZW,* 6, p. 105. < <

[4] *DZW, 6,* p. 112. <<

[5] Joseph Balkoski, «Patton's Third Army: The Lorraine Campaign, 19 September-1 December 1944», en Albert A. Nofi (ed.), *The War against Hitler: Military Strategy in the West,* Conshohocken, Pa., 1995, pp. 178-191. BA/MA, N647/12, NL Balck, Kriegstagebuch, Bd. 11, fol. 90. La anotación en el diario del 21.9.44 muestra las impresiones de Balck, al recibir el mando de un Hitler «nuevo y confiado», de que las tropas de las que se estaba haciendo cargo eran «simples sombras». *TBJG,* II/13, p. 528 (20.9.44), ofrece la descripción que hace Goebbels de Balck como un «general de primera clase del frente oriental». < <

[6] Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995, p. 98. El teniente general Siegfried Westphal, nombrado a principios de septiembre de 1944 jefe del estado mayor tras Rundstedt en el Oberkommando oeste, se había sorprendido al asumir el mando de la baja moral de las tropas que se batían en retirada y la enorme cifra de efectivos en la retaguardia, y reconocía que un avance más decidido de las fuerzas de Eisenhower habría imposibilitado consolidar un nuevo frente en las fronteras occidentales del Reich y habría permitido una ofensiva contra el propio Reich que habría puesto fin a la guerra en el oeste. Siegfried Westphal, *Erinnerungen,* Maguncia, 1975, pp. 273, 279, 289. <<

[7] El curso de los acontecimientos militares se basa en: *DRZW,* 7 (Vogel), pp. 550-580, 606-614; *DZW,* 6, pp. 105-119; Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II,* Cambridge, 1994, pp. 688-702; Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg,* Múnich, 1967, pp. 295-306; R. A. C. Parker, *Struggle for Survival: The History of the Second World War,* Oxford, 1990, pp. 200-208; Max Hastings, *Armageddon: The Battle for Germany 1944-45,* Londres, 2004, pp. 1-83; John Man, *The Penguin Atlas of D-Day and the Normandy Campaign,* Londres, 1994, caps. 6-7; *The Oxford Companion to the Second World War,* eds. I. C. B. Dear y M. R. D. Foot, Oxford, 1995, pp. 809-812; Antony Beevor, *D-Day: The Battle for Normandy,* Londres, 2009, caps. 19, 21-22, 24, 27. <<

[8] Los dirigentes nazis, así como gran parte de la población, achacaban la culpa de la penosa situación de Alemania a la Luftwaffe y a su comandante en jefe, Hermann Göring. Una carta enviada a Himmler por el Gauleiter Joachim Albrecht Eggeling de Halle-Merseburg el 1 de septiembre insistía en la imagen de impotencia total de las defensas antiaéreas que habían dejado los reiterados ataques contra las plantas de hidrogenación de su Gau y en la opinión popular de que el descalabro en el frente francés era imputable únicamente al fracaso de la Luftwaffe. BAB, NS19/3911, fols. 71-72, 1. 9.44. El propio Hitler atribuyó la crisis de la Luftwaffe al «fracaso absoluto» de Göring. *TBJG,* II/12, p. 520 (22. 6.44). Speer y Himmler comentaban en su correspondencia de septiembre de 1944 la «falta de liderazgo en la Luftwaffe y la industria aeronáutica». Himmler criticaba la mala planificación, los errores de producción, los largos retrasos en la producción de nuevos aviones y armas y el intento de utilizar el prototipo de caza a reacción, el Me262, como bombardero (una decisión absurda que había impuesto el propio Hitler en contra del consejo de Speer). BAB, NS19/365 2, fols. 1-8, 26-8, Himmler a Speer, 5.9.44, y la respuesta de Speer, 8.10.44. < <

[9] Aun sin tener acceso a los informes secretos, el seguimiento habitual de la prensa alemana y de los corresponsales de países neutrales, como Suecia, destacados en Alemania daba los británicos una idea bastante clara de la desmoralización de las tropas de la Wehrmacht que se batían en retirada y de la caótica desorganización de las evacuaciones de las regiones occidentales. NAL, FO898/187, fols. 489-490, 522-523, 540-542, 559-561, 577 (informes del 11.9-22.10.44). <<

[10] BAB, R55/601, fols. 73-4, Tätigkeitsbericht, informe semanal de las oficinas de propaganda, 14.8.44. <<

[11] *MadR,* 17, pp. 6705-6708, «Reports on Developments in Public Opinión», 17.8.44. Este fue el último informe de este tipo. Martin Bormann había puesto fin a los informes de síntesis del SD alegando que su tono era derrotista. < <

[12] BAB, R55/601, fols. 102-6, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda 4 9.44. Goebbels comentó en su diario, el 15.9.44, la «imagen más bien sombría» de la moral que emanaba de los informes de la propaganda (*TBJG,* II/13, pp. 484-485). < <

[13] BAB, R55/603, fols. 411, 413, Stimmung durch Ereignisse im Westen, 5.9.44. < <

[14] BAB, R19/751, fol. 4, Gebhardt a Himmler, 5.9.44; copia en IfZ, Fa-93. < <

[15] Aquí se sigue el excelente y minucioso relato de Christoph Rass, Rene Rohrkamp y Peter M. Quadflieg, *General Graf von Schwerin und das Kriegsende in Aachen: Ereignis, Mythos, Analyse,* Aquisgrán, 2007, pp. 29-64. Esta sólida investigación desmiente las versiones anteriores de estos sucesos dramáticos que insistían en el papel de Schwerin al desafiar las órdenes de evacuación, como las de Bernhard Poll (ed.), *Das Schicksal Aachens im Herbst 1944: Authentische Berichte,* Aquisgrán, 1955, pp. 213-256; Bernhard Poll (ed.), *Das Schicksal Aachens im Herbst 1944: Authentische Berichte II,* Aquisgrán, 1962, pp. 65-77, 80-97; Warter Görlitz, *Model: Strategie der Defensive,* Wieshaden, 1975, pp. 211-212; *DZW,* 6, p. 113. < <

[16] *TBJG,* II/13, pp. 462-463 (12.9.44). < <

[17] *TBJG,* II/13, pp. 491-492 (16.9.44). < <

[18] *TBJG,* II/13, p. 498 (17.9.44). Véase también Wilfred von Oven, *Mit Goebbels bis zum Ende,* vol. 2, Buenos Aires, 1950, p. 137 (18.9.44); y Olaf Groehler, «Die Schlacht um Aachen (September/October 1944)», *Militärgeschichte* (1979), p. 326. < <

[19] *TBJG,* II/13, pp. 500-501 (17.9.44). < <

[20] BAB, R3/1539, fols. 12-14, resumen, fechado el 14.9.44, de la visita de Speer al oeste, 10-14.9.44. < <

[21] BAB, R3/1539, fols. 17-31, informe del 15.9.44 sobre la visita de Hitler a la zona occidental, 10-14.9.44. <<

[22] BAB, R3/1539, fols. 7-9, borrador del informe de Dorsch sobre su viaje ministerial al frente occidental, 13.9.44. < <

[23] IWM, EDS, F 2, AE 2837 A, sin folio, Kaltenbrunner a Himmler, 16.9.44, envío de informes del 12-16.9.44. Pocos funcionarios del partido tenían la intención de seguir las instrucciones de Bormann para que, en las zonas que cayeran en manos del enemigo, se incorporaran voluntariamente a la Wehrmacht y sirvieran con las tropas combatientes. BAB, NS6/167, fols. 100-100 v, Bormann a los Gauleiter, 16.9.44. Una carta enviada a sus familiares por un oficial destacado en el oeste hablaba del «pánico más absoluto» después de que el Gauleiter Josef Bürckel hubiera ordenado a los alemanes abandonar Lorena el 1 de septiembre. No había trenes disponibles y los oficiales fueron los primeros en huir. BfZ, Sammlung Sterz, teniente Otto E, Berghaupten, 13.9.44. <<

[24] BAB, NS19/3809, fol. 16, cable al Standartenführer D’Alquen para que se presentara de inmediato ante Himmler, firmado Damrau, SS-Standarte «Kurt Eggers», septiembre, 13.9.44. El Gauleiter Simon, jefe de la administración civil en Luxemburgo, trasladó su oficina a Coblenza, donde se quejaba a finales de octubre de que no había recibido copias de los edictos y ordenanzas y pedía que se le enviaran, incluidos los correspondientes al periodo transcurrido desde finales de agosto. BAB, R43 II/583 a, fol. 151, Der Chef der Zivilverwaltung in Luxemburg an den Reichminister der Finanzen, 31.10.44. < <

[25] BA/MA, MS g 2/2697, fols. 39-46, diario de Julius Dufner, entradas del 1-18.9.44. < <

[26] Sobre la reactivación de las críticas a la *Etappe,* ausentes en los primeros años victoriosos de la guerra, a raíz del descalabro en Francia, véase Bernhard R. Kroener, «“Frontochsen” und “Etappenbullen”: Zur Ideologisierung militärischer Organisationsstrukturen im Zweiten Weltkrieg», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999, pp. 380-384. < <

[27] *TBJG,* II/13, pp. 394-395 (3-9-44). <<

[28] *DZW,* 6, p. 106. <<

[29] BAB, NS19/3911, fol. 5, Himmler al HSSPF en el oeste, 23.8.44.
<<

[30] BAB, NS19/1864, fols. 7-13, Bormann a Himmler, 29.8.44, Holz a Bormann, 28.8.44, Himmler a Bormann, 1.9.44. < <

[31] BAB, R55/620, fols. 101-103, informe del Generalleutnant Dittmar, 26.9.44. < <

[32] BA/MA, RH 19/IV/14, Tätigkeitsbericht der Geh. Feldpolizei für September 1944 (27.10.44). < <

[33] BAB, NS19/1858, fols. 1-7, Chef des NS-Führungsstabes des Heeres, Kurze Aktennotiz über Frontbesuch im Westen in der Zeit vom 22.9-3.10.1944, 5.10.44. < <

[34] El 1 de septiembre, el OKW transmitió una orden de Hitler para que a las tropas que se batían en retirada desde el oeste y no eran necesarias en otros teatros de operaciones se les entregaran armas y equipos al cruzar la frontera a Alemania para que pudieran ser desplegadas en el frente occidental. BAB, NS6/792, fols. 15-15 v, Oberbefehlsleiter Hellmuth Friedrichs, jefe del Abteilung II (Parteiangelegenheiten) en la cancillería del partido, a los Gauleiter occidentales, 1.9.44. <<

[35] *DZW,* 6, p. 108; BA/MA, RW 4/494, fol. 94, jefe del OKW, Maßnahmen gegen Aufl ösungserscheinungen in der Truppe, 23.9.44. < <

[36] BA/MA, RW 4/494, fol. 108, Jodl a Ob.West, etc., 16.9.44; *DZW,* 6, pp. 106-109, facsímil parcial de la orden emitida por Hitler el 16.9.44, p. 109; Heinrich Schwendemann, «“Verbrannte Erde”? Hitlers “Nero-Befehl” vom 19. März 1945», en *Kriegsende in Deutschland*, Hamburgo, 2005, p. 158. < <

[37] *DZW,* 6, pp. 119-120; Groehler, pp. 331-332. < <

[38] NAL, WO 208/4364, pp. 2-6 (cita en inglés, p. 6) (26-8.10.44). <<

[39] *DZW,* 6, p. 111. Para ejemplos de fanatismo y fe en Hitler entre hombres de las SS heridos en Francia, véase Beevor, p. 324. <<

[40] Kurt Pätzold y Manfred Weißbecker, *Geschichte der NSDAP 1920-19*25, Colonia, 1981, pp. 369-370. <<

[41] Bernd Wegner, *Hitlers politische Soldaten,* Paderborn, 1982, p. 306. <<

[42] Ejemplos de agosto y septiembre de 1944 en Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz (eds.), *Das andere Gesicht des Krieges: Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945,* Múnich, 1982, pp. 154-161. El examen por los censores de una amplia selección de cartas de los soldados en agosto y septiembre de 1944 ofrecía resultados contradictorios. Algunas indicaban un ligero aumento de las actitudes positivas hacia el régimen y el esfuerzo de guerra. Otras apuntaban en un sentido contrario y reflejaban un leve incremento de las actitudes negativas y una tendencia al cansancio de la guerra. No es de sorprender que solo en una pequeña parte de la correspondencia se expresaran opiniones políticas (o se insinuaran). La mayoría de las cartas se limitaban a hablar de asuntos personales. *DRZW,* 9/1 (Forster), pp. 631-633. El limitado adoctrinamiento en los ideales del nacionalsocialismo era una característica distintiva en las cartas enviadas desde el frente o recibidas en el mismo, que estaban dominadas principalmente por cuestiones personales. Véase *DRZW,* 9/2 (Kilian), pp. 287-288. Para una evaluación del valor de las cartas como un reflejo de las mentalidades de los soldados rasos, véase Klaus Latzei, «Wehrmachtsoldaten zwischen “Normalität” und NS-Ideologie, oder: Was sucht die Forschung in der Feldpost?», en Müller y Volkmann, pp. 573-588. < <

[43] *DRZW,* 9/1 (Rass), pp. 686-690; Christoph Rass, «*Menschenmaterial»: Deutsche Soldaten an der Ostfront. Innenansichten einer Infanteriedivision 1939-1945,* Paderborn, 2003, pp. 121-134, esp. pp. 122-123; también Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945,* Múnich, 2007, p. 114. Omer Bartov, *The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarisation of Warfare,* Nueva York, 1986, p. 49, calcula que aproximadamente el 30 por ciento de los oficiales habían sido miembros del partido nazi. < <

[44] NAL, WO 219/4713, fols. 907-908, informe del SHAEF, 4.9.44. <<

[45] NAL, WO 219/4713, fols. 906-907, informe del SHAEF, 11.9.44.
< <

[46] BAB, R55/601, fol. 104, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 4.9.44. < <

[47] *«Wollt Ihr den totalen Krieg?» Die geheimen Goebbels-Konferenzen 1939-1945,* ed. Willi A. Boelcke, Múnich, 1969, p. 452; Marlis Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen,* Düsseldorf y Viena, 1970, p. 43. < <

[48] BAB, R55/601, fol. 113, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 11.9.44. < <

[49] *TBJG,* II/13, p. 388 (2.9.44). <<

[50] *MadR,* vol. 17, p. 6708 (17.8.44); BHS tA, MA 106695, informe del RPvOB, 6.9.44. El primer ataque con cohetes V2 sobre Londres el 8 de septiembre, que solo causó unas pocas bajas, no fue divulgado por la prensa alemana. Cuando, dos meses más tarde, por fin se retransmitieron noticias sobre los ataques con V2, las reacciones fueron diversas. Los informes recogían la satisfacción, las esperanzas renacidas y una mejora de la moral, aunque se decía que los berlineses no estaban «especialmente impresionados». Steinert, pp. 511-512; *Das letzte halbe Jahr: Stimmungsberichte der Wehrmachtpropaganda 1944/45,* ed. Wolfram Wette, Ricarda Bremer y Detlef Vogel, Essen, 2001, p. 147 (7-12.11.44). < <

[51] BAB, R55/601, fos. 78-9, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 14.8.44. < <

[52] Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany,* Oxford, 2001, pp. 226-230. < <

[53] BAB, R55/623, fols. 56-59, Wochenübersicht über Zuschriften zum totalen Kriegseinsatz, 28.8.44. < <

[54] *MadR,* 17, pp. 6697-6698 (10.8.44). < <

[55] Michael Kater, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945,* Oxford, 1983, p. 263 (figura 1). <<

[56] Cifras de Pätzold y Weißbecker, pp. 354, 375, 419 n. 17. < <

[57] *TBJG,* II/13, p. 389 (2.9.44). Eleanor Hancock, *National Socialist Leadership and Total War 1941-45,* Nueva York, 1991, p. 164. <<

[58] El 31 de agosto, Bormann ordenó que las escuelas y las universidades prosiguieran con sus actividades hasta que los alumnos o los profesores fueran llamados a incorporarse a la producción de armamento, de acuerdo con las restricciones establecidas por Goebbels. BHS tA, Reichsstatthalter Ep. 644/2, sin folio, circular de la cancillería del partido 209/44, 31.8.44. < <

[59] *DZW, 6,* pp. 230-231; Hancock, p. 148. < <

[60] Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg,* Stuttgart, 1989, pp. 520-521. < <

[61] Sin embargo, Goebbels decidió, después de haber obtenido la aprobación de Hitler, no aumentar el límite de edad para el trabajo de las mujeres. *TBJG,* II/14, p. 218 (16.11.44). < <

[62] *TBJG,* II/13, pp. 307-309 (24.8.44). < <

[63] BAB, R43 II/680 a, fols. 135-137, Spende des Führers (*Eierkognak)* an die NSV, costes de suministrar el licor, 12-18.8.44. <<

[64] BHS tA, Reichsstatthalter Ep. 681/6, sin folio, Stuckart a los RVK, 3.9.44; BAB, R43 II/1648, Lammers a los RVK, 4.9.44. < <

[65] Rebentisch, p. 522. <<

[66] Hancock, pp. 155, 158. < <

[67] Hancock, pp. 151, 156. Goebbels era muy consciente de que el 70 por ciento de las exenciones tenían que ver con la industria armamentística. *TBJG,* II/13, p. 239 (10.8.44). < <

[68] *DRZW,* 5/2 (Müller), pp. 750, 752, 762, 767; *DZW,* 6, p. 229.
<<

[69] *TBJG,* II/13, p. 397 (3.9.44). < <

[70] *TBJG,* II/13, pp. 196-197 (2.8.44). < <

[71] *DZW,* 6, p. 231; *TBJG,* II/13, p. 239 (10.8.44); BAB, R3/1740, fols. 38-39, Speer-Chronik. < <

[72] *DRZW,* 5/2 (Müller), p. 761. < <

[73] Von Oven, p. 124 (1.9.44). < <

[74] Hancock, pp. 162-164; Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party,* vol. 2: 1933-1945, Newton Abbot, 1973, pp. 470-472; BAB, R3/1740, fols. 43, 81, Speer-Chronik. < <

[75] BAB, R3/1740, fols. 103-104, Speer-Chronik; *TBJG,* II/13, pp. 370(31.8.44), 378(1.9.44), 388-389(2.9.44); 452(10.9.44), 490(16.9.44), 525-527 (20.9.44), 568 (26.9.44); von Oven, pp. 127-129 (3.9.44), 134 (10.9.44). < <

[76] *DRZW,* 5/2 (Müller), pp. 764-746. Sobre la hostilidad de Bormann, véase Louis Eugene Schmier, «Martin Bormann and the Nazi Party 1941-1945», tesis, University of North Carolina at Chapel Hill, 1969 (University Microfilms Inc., Ann Arbor), pp. 304-308, 312-313. < <

[77] *TBJG,* II/13, p. 388 (2.9.44). < <

[78] BAB, R3/1526, fols. 3-19, Speer a Hitler, 20.9.44. Véase también Hancock, p. 167. < <

[79] Albert Speer, *Erinnerungen*, Frankfurt an Main y Berlin, 1969, p. 407. <<

[80] Véase *DZW,* 6, p. 228, discurso de Speer en Poznan, 3.8.44; BAB, R3/1527, fol. 13, Speer a Hitler, 3.10.44. < <

[81] BAB, R3/1527, fols. 8-9, Stellungnahme zur Führerinformation v. Dr. Goebbels, 26.9.44; fols-10-10 v, Speer a Bormann, 2.10.44; fols. 12-15, Speer a Hitler, 3.10.44 (cita, fol. 12). < <

[82] *TBJG,* II/14, pp. 329-330(2.12.44). < <

[83] Véase *TBJG,* II/14, p. 383 (9.12.44). < <

[84] *DRZW,* 5/2 (Müller), p. 754. < <

[85] *DRZW,* 5/2 (Müller), pp. 755-761; *DZW, 6,* pp. 364-365. < <

[86] BAB, R3/1740, fol. 111, Speer-Chronik menciona algunos de estos objetivos. <<

[87] La sugerencia de Speer en su *Erinnerungen,* p. 411, en el sentido de que este énfasis era un recurso táctico en caso de que Hitler se enterara de que las instalaciones próximas al frente no habían sido destruidas parece una racionalización posterior de algo que en aquel momento había defendido realmente. < <

[88] Speer, p. 410. Véase también Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg,* Berlin; Frankfurt am Main y Viena, 1968, pp. 304-307; Matthias Schmidt, *Albert Speer: Das Ende eines Mythos,* Berna y Múnich, 1982, pp. 146-147; y Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich,* Düsseldorf, 1973, pp. 412-413. Hitler había acordado en agosto, durante la retirada de de Francia, que las instalaciones industriales en peligro de caer en manos del enemigo debían ser temporalmente inmovilizadas, no destruidas. BAB, R3/1512, fol. 57, notas de las conferencias sobre armamento, 18-20.8.44; publicado en *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg; Hitlers Konferenzen mit Albert Speer* 1942-1945, ed. Willi A. Boelcke, Frankfurt am Main, 1969, p. 402. Speer (pp. 411-412), sin embargo, se alarmó a principios de septiembre ante los indicios de que Hitler pretendía imponer una política de «tierra quemada» en Alemania. Speer dijo que lo dedujo de un artículo del *Völkischer Beobachter* del 7 de septiembre, escrito por Helmut Sündermann, jefe de prensa adjunto del Reich, sobre las instrucciones directas de Hitler (p. 577 n. 13). Goebbels estaba molesto con el artículo, escrito sin su consentimiento y que tuvo una mala acogida por parte de la opinión pública. *TBJG,* II/13, p. 493 (16.9.44). Véase también von Oven, p. 137 (18.9.44), que tildó el artículo de «idiota». < <

[89] BAB, R3/1539, fols. 7-14, 17-31, 27, informes sobre la visita al oeste, 14.9.44, 16.9.44 (cita, fol. 28); R 3/1740, fols. 106-107, Speer-Chronik; BAB, R3/1623, fols. 22, 24-27, 50-52, 66-68, 77-77 v, directivas sobre la inutilización de la industria en el oeste. < <

[90] BAB, R3/1540, fols. 6-23, informe sobre la visita a las zonas occidentales, 26.9-1.10.44 (5-10.44); descripción de la visita en R 3/1740, fols. 112-125, Speer- Chronik. Véase también Speer, p. 408. < <

[91] BAB, R3/1583, fols. 110-111, Speer a Himmler, Bewachungs-Mannschaften für KZ -Häftlinge, 29.10.44. < <

[92] Speer, p. 409; Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth,* Londres, 1995, p. 460. Y véase la valoración crítica sobre la afirmación de Speer de que había admitido pronto que la guerra estaba perdida en Alfred C. Mierzejewski, «When Did Albert Speer Give up?», *Historical Journal,* 31 (1988), pp. 391-397- < <

[93] Es lo que indica en *Erinnerungen,* p. 411. Sobre los preparativos para la paz de los industriales, véase Ludolf Herbst, *Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft,* Stuttgart, 1982, pp. 345-347 y parte del V en general. < <

[94] *DRZW,* 5/2 (Müller), p. 302. <<

[95] IWM, Box 367/27, interrogatorios de Speer, Karl Saur, 11-13.6.45; Box 368/77, Kurt Weissenborn, diciembre de 1945-marzo de 1946. Y véase, sobre el brutal modo de actuar de Saur, Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy,* Londres, 2006, pp. 628-629. < <

[96] *DZW, 6,* p. 266. <<

[97] Casi otros 2,5 millones de trabajadores extranjeros y prisioneros de guerra, dos tercios de ellos procedentes del este, fueron obligados a trabajar en Alemania entre principios de 1943 y el otoño de 1944. Casi una tercera parte de la mano de obra de las industrias minera, metalúrgica, química y de la construcción estaba compuesta por trabajadores extranjeros en agosto de 1944. Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches,* Bonn, 1985, pp. 258, 270. < <

[98] *DZW, 6,* pp. 261-263. Véase Herbert, pp. 327-331, sobre la persecución cada vez más arbitraria y violenta de los trabajadores extranjeros a medida que aumentaba el temor a una ruptura del orden en los últimos meses de la guerra. < <

[99] *DZW, 6,* pp. 257-259; Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler,* 4ª ed., Múnich, 1985, p. 635. < <

[100] BAB, NS19/3911, fols. 66-67, Der Höhere SS-und Polizeiführer Spree an den Gauen Berlin, Mark Brandenburg und im Wehrkreis III to Reichsführer- SS Persönlicher Stab y otros, transmitiendo el decreto de Himmler del 20.8.44. Himmler reforzó posteriormente los plenos poderes que había otorgado a los HSSPF, los únicos responsables de combatir el malestar interno, cuando los comandantes de los distritos de defensa intentaron ejercer su propia autoridad en este ámbito. BAB, NS19/3912, fols. 17-26, correspondencia relacionada con el conflicto de competencias, 14.9.44 al 5.10.44. < <

[101] *DZW,* 6, p. 233. < <

[102] *TBJG,* II/13, pp. 389-390, 398, 408 (2, 3, 4.9.44). <<

[103] BAB, NS19/751, fol. 3, circular de la cancillería del partido 224/44, Erfassung von zurückführenden und versprengten einzelnen Wehrmachtsangehörigen, 4.9.44; NS6/792, fols. 16-16 v, Himmler a los Gauleiter occidentales, 4.9.44. El 22 de septiembre se reiteró la orden de capturar a los individuos o las unidades que regresaran cruzando la frontera del Reich tras los acontecimientos acaecidos en el oeste (NS 19/751, fols. 10-12, circular de la cancillería del partido 258/44). El creciente temor a los agentes enemigos, los saboteadores y los espías hizo que se otorgara a la policía el derecho exclusivo a revisar la documentación de los miembros de la Wehrmacht, así como de los de las Waffen-SS, y, de ser necesario, practicar detenciones. BAB, R43 II/692, fols. 1-2, directiva de Keitel y Himmler, 20.9.44. < <

[104] Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie,* Múnich, 2008, p. 732. < <

[105] *DZW,* 6, p. 108. < <

[106] BAB, NS19/3912, fol. 96, Einsatz von Alarmeinheiten im Kampf um Ortschaften, directiva de Guderian, 27.8.44. < <

[107] *TBJG,* II/13, p. 438 (8.9.44); David K Yelton, *Hitler's Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany,* 1944-1945, Lawrence, Kan., 2002, pp. 39-40. < <

[108] *TBJG,* II/13, p. 464 (12.9.44). <<

[109] Yelton, pp. 7-18; Klaus Mammach, *Der Volkssturm: Bestandteil des totalen Kriegseinsatzes der deutschen Bevölkerung* 7944/45, Berlin, 1981, pp. 31-33; Hans Kissel, *Der Deutsche Volkssturm* 7944/45, Frankfurt am Main, 1962, pp. 15-23; Franz W. Seidler, *«Deutscher Volkssturm»: Das letzte Aufgebot* 7944/45, Múnich y Berlin, 1989; BAB, R43 II/692 a, fols. 2-7, 14-20.9.44; *DRZW,* 9/1 (Nolzen), pp. 183-185; *DZW, 6,* pp. 237-238. Goebbels seguía mencionando a la organización por este nombre en una entrada de su diario fechada el 21 de septiembre de 1944. *TBJG,* II/13, pp. 534-535. < <

[110] Mammach, p. 33. Dos días antes, Himmler había recibido una lista de sugerencias que le envió el SS-Obergruppenführer y General der Polizei Richard Hildebrandt, jefe de la oficina de la raza y los asentamientos, para movilizar y organizar a la población civil para «la guerra del pueblo», una «guerra partisana alemana» que se libraría en la patria como una «lucha por la libertad». BAB, NS19/2864, sin folio, Hildebrandt a Himmler, 19.9.44. < <

[111] BAB, R43 II/692 a, fols. 8-21; Mammach, pp. 32-33, 55-56 y 168-173 para facsímiles del decreto de Hitler y la orden de aplicación de Bormann. < <

[112] Yelton, caps. 2-3. La afirmación de Longerich (*Himmler,* p. 733) respecto a que Himmler y Berger ganaron frente a Bormann parece dudosa. El éxito personal de Bormann en sus conflictos de competencias con Himmler se pone de manifiesto en Jochen von Lang, *Der Sekretär: Martin Bormann. Der Mann, der Hitler beherrschte,* Frankfurt am Main, 1980, pp. 298-299. Sobre el reclutamiento y la organización de la *Volkssturm,* efectuados por los jefes locales del partido (*Ortsgruppenleiter),* véase Carl-Wilhelm Reibel, *Das Fundament der Diktatur: Die NSDAP-Ortsgruppen* 1932-1945, Paderborn, 2002, pp. 377-381. < <

[113] Kissel, p. 89; Mammach, p. 58; Yelton, pp. xv, 19-35. < <

[114] *TBJG,* II/13, p. 535 (21.9.44). < <

[115] Mammach, pp. 57-58. No parece existir ninguna cifra sobre el verdadero tamaño (que, de todos modos, fluctuaba). Debido a la escasez de mano de obra, las exenciones, los aplazamientos y la ineficacia de la burocracia, nunca se alcanzó ni remotamente dicho objetivo. Aun así, la cifra era grande. La primer leva de la *Volkssturm* ascendió a 1,2 millones de hombres, formados en 1.850 batallones. Alastair Noble, *Nazi Rule and the Soviet Offensive in Eastern Germany,* 1944-1945: *The Darkest Hour,* Brighton y Portland, Ore., 2009, p. 149. < <

[116] *TBJG,* II/13, p. 103 (13.7.44); Noble, pp. 100-101. < <

[117] *DZW, 6,* pp. 235, 237; BAB, NS6/792, fols. 6-8 (29.8.44), 9-12 (30.8.44); *DRZW,* 9/1 (Nolzen), pp. 180-182. < <

[118] IfZ, ZS 597, fol. 27, Gauleiter Josef Grohé (1950). <<

[119] *TBJG,* II/13, p. 465 (12.9.44). <<

[120] BHS tA, Reichsstatthalter Ep. 681/1-8, sin folio, copia del Verfügung de Hitler 12/44 (1-9-44); BAB, R43 II/1548, fol. 36, Lammers an die Obersten Reichsbehörden, transmitiendo la orden de Hitler (6.9.44); *«Führer-Erlasse»* 1939-1945, ed. Martin Moll, Stuttgart, 1997, pp. 446-450; *DZW, 6,* p. 237. < <

[121] Citado (en inglés) en NAL, FO898/187, fol. 598, informe del PWE de 4-10.9.44. < <

[122] *DZW,* 6, p. 236. A finales de 1944, la cifra de trabajadores forzosos en las obras de fortificación en todos los frentes era de más de 1,5 millones. *DRZW,* 9/1 (Nolzen), p. 182. < <

[123] BAB, NS19/3912, fols. 11-12, Bormann a los Gauleiter, Rundschreiben 302/44 g.Rs., Stellungsbau, 6.10.44. < <

[124] BAB, NS19/3911, fols. 35-38, Rundschreiben de la cancillería del partido 263/44 g-Rs., Zweiter Erlaß des Führers über die Befehlsgewalt in einem Operationsgebiet innerhalb des Reiches vom 19.9.1944, etc., 23.9.44, transmitiendo el decreto de Hitler del 19.9.44 y ofreciendo directrices para su aplicación; BAB, NS19/3912, fol. 27, Rundschreiben 312/44 g.Rs., Zweiter Erlaß des Führers über die Befehlsgewalt, etc., 11.10.44, enmendando una cláusula del decreto para subrayar la autoridad general de Himmler; *«Führer-Erlasse»,* pp. 455-457; *Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945: Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht,* ed. Walther Hubatsch, edición de bolsillo, Múnich, 1965, pp. 337-341. <<

[125] *The Bormann Letters,* ed. H. R. Trevor-Roper, Londres, 1954, p. 88 (27.8.44). < <

[126] *The Bormann Letters,* p. 139 (25.10.44). < <

[127] Pätzold y Weißbecker, p. 375. <<

[1] *DZW, 6,* pp. 78-79; Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945,* Múnich, 2007, pp. 152-153. La cifra de soldados muertos en el frente oriental se elevó a 589.425 entre los meses de junio y agosto de 1944. En los últimos meses de 1944, la cifra fue de 740.821 muertos. La cifra total de muertos en el frente oriental en 1944, 1.233.000, representaba el 45 por ciento de las muertes en ese teatro de guerra desde la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. Rüdiger Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg,* Múnich, 1999, pp. 277-279. < <

[2] *DRZW,* 8 (Frieser), p. 594, sitúa las bajas del Grupo de Ejércitos Centro en unos 390.000 hombres, frente a unos 330.000 en Verdún y 60.000 muertos y 110.000 prisioneros en Stalingrado. En los cuatros frentes de la operación «Bagration», los soviéticos desplegaron aproximadamente 2,5 millones de hombres, 45.000 piezas de artillería, 6.000 tanques y más de 8.000 aviones en un frente de unos 1.100 kilómetros, con una profundidad de avance de 550-600 kilómetros, a lo largo de un periodo de 69 días (22 de junio al 29 de agosto). *DRZW,* 8 (Frieser), pp. 526-535, 593, sobre la amplitud de la ofensiva soviética y la relativa debilidad de las fuerzas alemanas. < <

[3] *DRZW,* 8 (Frieser), p. 556. Las bajas soviéticas fueron más de 440.000. Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II,* Cambridge, 1994, proporciona un buen resumen de los acontecimientos en el frente oriental durante este periodo. <<

[4] *DRZW,* 8 (Frieser), p. 612; Brian Taylor, *Barbarossa to Berlín: A Chronology of the Campaigns on the Eastern Front 1941 to 1945,* vol. 2, Stroud, 2008, p. 218. < <

[5] *DZW,* 6, pp. 52-60; *DRZW,* 8 (Schönherr), pp. 678-718. < <

[6] El propio Hitler dio la orden, transmitida por Himmler, de destruir totalmente Varsovia. BA/MA, RH 19/II/213, v.d. Bach-Zelewski al mando del noveno ejército, 11.10.44. < <

[7] *DZW, 6,* p. 410. Para una descripción vivida de los espantosos acontecimientos, véase Norman Davies, *Rising ‘44: «The Battle for Warsaw»,* Londres, 2004. < <

[8] La cifra de *DZW, 6,* p. 70, se desvía de la proporcionada por Weinberg, p. 714 (380.000 hombres perdidos) y *DRZW,* 8 (Schönherr), p. 819 (286.000 hombres muertos o capturados en el teatro de guerra rumano). La razón de esta diferencia en las cifras no está clara. < <

[9] *DZW,* 6, pp. 62-70; *DRZW,* 8 (Schönherr), pp. 746-819. < <

[10] *DRZW,* 8 (Frieser), pp. 626-627, 668-672; *DZW,* 6, p. 72; Weinberg, pp. 707, 720-721; y el excelente y exhaustivo ensayo de Howard D. Grier, *Hitler, Dönitz, and the Baltic Sea: The Third Reich's Last Hope, 1944-1945,* Annapolis, Md., 2007. < <

[11] BA/MA, RH 19/III/727: sobre las brutales órdenes de Schörner cuando asumió el mando del Grupo de Ejércitos Norte y su exigencia de fanatismo, mencionando también el miedo a quedar aislado (25.7.44, 28.7.44); sus amenazas en cuanto a la disciplina y su llamamiento a un fanatismo implacable en la guerra total «por nuestra amenazada existencia nacional» (12.8.44); los castigos despiadados que exigía de los consejos de guerra de acuerdo con las órdenes de Hitler (1.10.44); su llamamiento a una determinación fanática después del «heroico» contraataque en Riga (5.10.44); las nuevas exigencias de medidas implacables y métodos improvisados, junto con las amenazas a los que no estuvieran a la altura (7.10.44); la exhortación a sus generales para que enseñaran a sus hombres a combatir más ferozmente que nunca y la orden para que se adoptaran medidas defensivas conforme a la decisión de Hitler de mantener la zona (18.10.44, 21-10.44); su afirmación de que no estaban dirigiendo la guerra «de manera suficientemente inflexible, radical y asiática» (2.11.44); su extrema intolerancia con la aparente falta de espíritu de combate (10.11.44). Cuando Schörner fue juzgado en Alemania Occidental tras regresar en 1955 de su cautiverio en la Unión Soviética, recibió cartas de apoyo de antiguos camaradas que elogiaban la manera en que había comandado el Grupo de Ejércitos Norte y le atribuían su supervivencia. Véase BA/MA, N60/73, NL Schörner. Sin embargo, el tribunal determinó que su nivel de brutalidad no se podía justificar, ni siquiera en las condiciones de guerra del frente oriental en 1944. < <

[12] Heinz Guderian, *Panzer Leader,* Da Capo ed., Nueva York, 1996, pp. 376-377. < <

[13] *DZW,* 6, pp. 70-76; *DRZW,* 8 (Frieser), pp. 623-57 (cifra de tropas, pp. 657-658); Grier, cap. 3. <<

[14] *TBJG,* II/13, pp. 524-525 (20.9.44), 536-542 (21.9.44). < <

[15] *DRZW,* 8 (Frieser), pp. 602-603 y mapa, p. 573. < <

[16] Alastair Noble, *Nazi Rule and the Soviet Offensive in Eastern Germany,* 1944-7945: *The Darkest Hour,* Brighton and Portland, Orí., 2009, pp. 20-22. < <

[17] Noble, caps. 1-3, p. 46 para la cifra de evacuados. <<

[18] Véase Noble, pp. 85 y 276 n. 81. Los servicios secretos británicos recabaron mucha información sobre el pánico en el este de Alemania leyendo entre líneas los periódicos alemanes y otras publicaciones. Véase NAL, FO898/186, PWE, Summary of and Comments on German Broadcast to Germany, fols. 18, 35-38 (informes de 24-31.7.44 y 31.7-6.8.44). < <

[19] *MadR,* 17, pp. 6698-6699 (10.8.44). < <

[20] *MadR,* 17, pp. 6702 (10.8.44), 6708 (17.8.44). < <

[21] BAB, R55/601, fols. 73-4,102-6, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 14.8.44, 4.9.44. < <

[22] Heinrich Schwendemann, «Ein unüberwindlicher Wall gegen den Bolschewismus: Die Vorbereitung der "Reichsverteidigung" im Osten im zweiten Halbjahr 1944», en *Schlüsseljahr 1944,* ed. Bayerische Landeszentrale für Politische Bildungsarbeit, Múnich, 2007, p. 236. < <

[23] Kunz, p. 249. <<

[24] Citado en Kunz, pp. 250-251. <<

[25] Noble, p. 152. <<

[26] Noble, pp. 95, 100, 107-108, 280 n. 28. < <

[27] Noble, pp. 95-99. < <

[28] BAB, NS6/792, fols. 17-22, Guderian a los comandantes de los Wehrkreis, etc., 28.7.44; Stuckart al Gauleiter oriental, 28.7.44. < <

[29] BAB, R43 II/1648, fol. 36, Lammers al Oberste Reichsbehörden, 6.9.44, transmitiendo la orden del Führer de 1.9.44; también en BHStA, Reichsstatthalter Ep. 681/1-8. < <

[30] *DZW,* 6, pp. 234-235; Ralf Meindl, *Ostpreußens Gauleiter: Erich Koch — eine politische Biographie,* Osnabrück, 2007, pp. 417-422. <<

[31] NAL, FO898/187, PWE, «Summary of and Comments on German Broadcasts to Germany», fol. 685 (informe de 7-13.8.44; en inglés); Noble, p. 106. < <

[32] Guderian, p. 360; Noble, pp. 102-103, 127. < <

[33] *MadR,* 17, pp. 6720-6726, informe para el tesorero del Reich del NSDAP, 28.10.44. < <

[34] Noble, pp. 108-113; *DZW,* 6, p. 236; también Marlis Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen,* Düsseldorf y Viena, 1970, pp. 504-505. < <

[35] Noble, p. 114. < <

[36] *TBJG,* II/13, p. 224 (4.8.44); Noble, p. 107. < <

[37] Noble, p. 108. < <

[38] Noble, pp. 126-127. <<

[39] Noble, pp. 107, 127. < <

[40] BAB, NS19/4016, fols. 99-126, borrador del discurso, 18.10.44 (citas, fol. 123); *VB,* 19.10.44. < <

[41] BAB, R55/601, fol. 180, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 23.10.44. < <

[42] BAB, R55/601, fol. 208, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 7.11.44; Christian Tilitzki, *Alltag in Ostpreußen 1940-1945: Die geheimen Lageberichte der Königsberger Justiz 1940-1945*, Leer, 1991, pp. 283-284, 286, informes de 17.10.44, 19.10.44; Edgar Günther Lass, *Die Flucht: Ostpreußen 1944/45,* Bad Nauheim, 1964, pp. 23-31. Y véase David K. Yelton, *Hitler's Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany, 1933-1945;* Lawrence, Kan., 2002, pp. 89-96; Noble, p. 151; Steinert, pp. 506-508. <<

[43] Yelton, p. 90. <<

[44] Yelton, p. 91; Noble, p. 151. <<

[45] Yelton, pp. 97-102. < <

[46] Klaus Mammach, *Der Volkssturm: Bestandteil des totalen Kriegseinsatzes der deutschen Bevölkerung 1944/45,* Berlin, 1981; Yelton, p. 75. < <

[47] Yelton, p. 120. <<

[48] BA/MA, RH/21/3/730, informe escrito en 1955 por el jefe del estado mayor del tercer ejército panzer, general de división Mueiler-Hillebrand, p. 1. <<

[49] *Die Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus den Gebieten östlich der Óder-Neiße,* 2 vols., ed. Theodor Schieder *et al.,* edición de bolsillo, vol. 1, Múnich, 1984, pp. 1-4; y véase Noble, pp. 130-132. < <

[50] Guderian, p. 376. <<

[51] *DRZW.*, 8 (Frieser), pp. 612-619; Noble, pp. 132-135. < <

[52] Véase Noble, pp. 136-138. < <

[53] Noble, p. 130. < <

[54] BA/MA, N245/3, NL Reinhardt, entradas del diario de 11, 17 y 22.10.44 y 1, 3, 4, 5, 7, 10 14.11.44, se refiere a sus continuas y fuertes disputas con Koch, aunque no directamente sobre la cuestión de la evacuación, como hace en la carta a su esposa del 23.10.44, en N245/2, fol. 40. Véase también N245/15 sobre su queja a Himmler por la tergiversación de Koch de las condiciones en el seno de su grupo de ejércitos (cartas de 26.10.44 y 27.11-44). Parte del conflicto se debía a que Koch había desviado a la *Volkssturm* armamento destinado al ejército (BA/MA, RH 19/II/213, fol. 303, Reinhardt a Guderian, 31.10.44). < <

[55] *Die Vertreibung,* vol. 1, pp. 4-7. <<

[56] Bernhard Fisch, *Nemmersdorf Oktober 1944: Was in Ostpreußen tatsächlich geschah,* Berlin, 1997, cap. 5. Véase también Guido Knopp, *Die große Flucht: Das Schicksal der Vertriebenen,* Múnich, 2001, pp. 37-49. < <

[57] Citado en *DRZW,* 10/1 (Zeidler), p. 700 y pp. 682 y ss., para una excelente exposición de la propaganda soviética dirigida a las tropas que iban a combatir en Alemania, incluido el papel del acérrimo propagandista Ilya Ehrenburg. Véase también Guido Pöllmann, «Rote Armee in Nemmersdorf am 22.10.1944», en Franz W. Seidler y Alfred M. de Zayas (eds.), *Kriegsverbrechen in Europa und im Nahen Osten im 20. Jahrhundert,* Hamburgo, 2002, p. 215. < <

[58] Citado en Manfred Nebelin, «Nazi Germany: Eastern Front», en David Wingeate Pike (ed.), *The Closing of the Second World War: Twilight of a Totalitarianism,* Nueva York, 2001, p. 98. < <

[59] *Die Vertreibung,* vol. 1, pp. 7-8. Hay más informes macabros en Lass, pp. 44-50. La Comisión Internacional fue una creación del Ministerio de Propaganda. Se reunió el 31 de octubre de 1944 en Berlín con representantes de España, Francia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Estonia, Letonia, Italia y Serbia, ante unas 600 personas, en su mayoría miembros del partido de Berlín, y unos 100 periodistas de la prensa escrita y la radio alemanes y extranjeros. Como cabía predecir, concluyó que la Unión Soviética era culpable de graves infracciones del derecho internacional. BA/MA, RH 2/2684, fols. 7-8, informe del mayor Hinrichs, Abteilung Fremde Heere Ost, 1.11.44. < <

[60] Bernhard Fisch, «Nemmersdorf 1944 ein bisher unbekanntes zeitnahes Zeugnis», *Zeitschrift für Ostmitteleuropa-Forschung,* 56 (2007), pp. 105-114. Véase también Fisch, *Nemmersdorf,* caps. 6-7. < <

[61] «Persönliches Kriegstagebuch des Generals der Flieger [Werner] Kreipe als Chef des Generalstabes der Luftwaffe für die Zeit vom 22.7-2.11. 1944», anotación del 23.10.44, en Hermannjung, *Die Ardennenoffensive 1944/45,* Gotinga, 1971, p. 227. < <

[62] Günter K. Koschorrek, *Blood Red Snow: The Memoirs of a German Soldier on the Eastern Front,* Londres, 2002, p. 293 (22.10.44). <<

[63] BA/MA, RH 20-4/593, sin folio, el informe del Hauptmann Fricke, al Armeeoberkommando 4, 26.10.44, mencionaba 45 cadáveres, 26 hallados en Nemmersdorf y 19 en la cercana Tutteln (junto con varios cadáveres más calcinados en un establo quemado). La mayoría de los muertos de Nemmersdorf no eran habitantes de la aldea, sino refugiados sorprendidos por el Ejército Rojo. Otros dos informes (BA/MA, RH 2/2684, fol. 2, 5) mencionaban a una mujer probablemente violada y asesinada después con un hacha o una pala en Schweizerau, el 22 de octubre, y 11 civiles, entre ellos 4 mujeres que habían sido violadas, halladas en la vaquería de Bahnfelde, cerca de Schulzenwalde. Una lista elaborada posteriormente incluía 90 víctimas en una serie de lugares de Prusia Oriental (el mayor número, 26, en Nemmersdorf), numerosos casos de violaciones y el asesinato de 5 niños cuyas lenguas, según afirmaba, habían sido clavadas a tablas. BA/MA, RH 2/2685, fol. 168. Karl-Heinz Frieser en *DRZW,* 8, p. 620 n. 77, ofrece una cifra de 46 víctimas civiles en Nemmersdorf, sin contar las localidades colindantes, aunque no precisa el origen de esta cifra, que probablemente es un error e incluye las de Nemmersdorf y Tutteln juntas. Como él mismo indica (n. 76), los resultados de Fisch se basaban casi por completo en las respuestas a las preguntas que había formulado a supervivientes en la década de 1990. En su afán por mostrar las falsedades de la propaganda, parecía ofrecer en ocasiones una imagen excesivamente favorable de los soldados del Ejército Rojo. Pöllmann, p. 214, menciona 26 víctimas civiles en Nemmersdorf y otras 28 en las inmediaciones. < <

[64] BA/MA, N245/2, fol. 40. NL Reinhardt, carta a su esposa, 26.10.44. < <

[65] *TBJG,* II/14, p. 110 (26.10.44). Y véase Wilfred von Oven, *Mit Goebbels bis zum Ende,* vol. 2, Buenos Aires, 1950, p. 170 (27.10.44). El propio Hitler había respondido a las noticias de las atrocidades exigiendo su explotación por la propaganda en el seno de la Wehrmacht, y expresó su impaciencia por la lentitud con que se divulgaban las fotografías y los testimonios presenciales. IfZ, Nbg.-Dok. PS-1787. Véase también David Irving, *Hitler's War,* Londres, 1977, p. 893, n. p. 726. <<

[66] Citado en Steinert, pp. 521-522. < <

[67] Fisch, *Nemmersdorf,* pp. 144, 153 n. 8. < <

[68] Schwendemann, p. 240 n. 41. < <

[69] Los servicios secretos británicos siguieron de cerca algunos: NAL, FO898/187, PWE, «Summary of and Comments on German Broadcasts to Germany», fols. 439, 457-458 (reports for 23-9.10.44 y 30.10-5.11.44). < <

[70] Fisch, *Nemmersdorf,* pp. 146-147. < <

[71] *VB,* 1.11.44. < <

[72] BAB, R55/601, fol. 181, informe semanal de propaganda, 23.10.44. Véase también Meindl, p. 434. < <

[73] Steinert, p. 522. < <

[74] *TBJG,* II/14, p. 69 (10.10.44). < <

[75] Véase IfZ, Fa-93, Vorlage para Bormann, 12.10.44, en que Werner Naumann, secretario de Estado del Ministerio de Propaganda, le informaba de que los alemanes de las zonas ocupadas del oeste de Alemania no se estaban comportando conforme al «honor nacional»; y Himmler al HSSPF West, 18.10.44 (también en BAB, NS19/751, fol. 21), indicando que los artículos de la prensa enemiga revelaban la conducta «deshonrosa» de los ciudadanos alemanes bajo ocupación enemiga en el oeste. Véase también Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995, p. 172. <<

[76] *TBJG,* II/14, pp. 176(8.11.44), 189(10.11.44). <<

[77] BAB, R55/601, fol. 204, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 7.11.44; T2?7G, II/14, p. 192 (10.11.44). < <

[78] BHS tA, MA 106696, informe de RP v OF/MF, 8.11.44. <<

[79] BAB, R55/601, fol. 210, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 7.11.44. < <

[80] BAB, R55/608, fol. 29, Mundpropagandaparole n° 4, 7.11.44. <<

[81] *TBJG,* II/14, pp. 192-193 (10.11.44). <<

[82] Otto Dov Kulka and Eberhard Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten 1933-1945,* Düsseldorf, 2004, p. 546, n° 749, informe del SD-Leitabschnitt Stuttgart, 6.11.44; también en IWM, «Aus deutschen Urkunden, 1935-1945», documentación sin publicar, s.f. (*c*. 1945-1946), pp. 275-276; y citado en Steinert, pp. 522-523. < <

[83] BAB, R55/601, fol. 215, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 14.11.44. < <

[84] BAB, R55/608, fol. 30, Mundpropagandaparole n° 5, 8.11.44.
<<

[85] *TBJG,* II/14, p. 169 (7.11.44). < <

[86] BAB, R55/601, fol. 223, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 14.11.44. Goebbels había llegado a la conclusión en noviembre de que «la publicación de las atrocidades de Nemmersdorf ya había bastado para dejar claro a cada soldado lo que está en juego». En el cuartel general del Führer se creía que no había necesidad de publicar detalles de las atrocidades de los bolcheviques contra soldados alemanes para elevar la moral de las tropas. *TBJG,* II/14, p. 159 (5.11.44). < <

[87] Traudl Junge, *Until the Final Hour: Hitler's Last Secretary,* Londres, 2002, p. 145. < <

[88] Nicholaus von Below, *Als Hitlers Adjutant 1937-45,* Maguncia, 1980, p. 340. < <

[89] *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945,* ed. Max Domaras, Wiesbaden, 1973, p. 2045. < <

[90] Himmler tenía una lista con los nombres de los que no estuvieron presentes, lo que indica que el propósito era asegurarse de que supieran lo que estaba ocurriendo y convertirlos en cómplices. Irving, pp. 575-576. <<

[91] BA/MA, N245/2, NL Reinhardt, fol. 40 (anotación de diario, 26.10.44). < <

[92] Udo von Alvensleben, *Lauter Abschiede: Tagebuch im Kriege,* Frankfurt am Main, 1971, pp. 439-440 (12.2.45). También citado en Kunz, p. 253. < <

[93] Véanse las imágenes negativas en las cartas desde el frente en *DRZW,* 9/2 (Müller), pp. 80-89. < <

[94] Véase *DRZW,* 9/1 (Forster), pp. 638-639. <<

[95] A finales de 1944 se habían pronunciado casi 10.000 condenas a muerte en la Wehrmacht, la mayoría de ellas en el ejército de tierra. *DRZW,* 9/1 (Echternkamp), pp. 48-50. < <

[96] Parte del título del libro de Omer Bartov, *The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarisation of Warfare,* Nueva York, 1986. <<

[97] Antony Beevor, *D-Day: The Battle for Normandy,* Londres, 2009, p. 522. < <

[98] *TBJG,* II/14, p. 199(11.11.44) < <

[99] LHC, Dempsey Papers, nº 179, parte II, p. 8, carta de Johanna Ambross, Múnich, 20.9.44. Texto en inglés. < <

[100] BA/MA, N6/4, NL Model, informe (para la autoridades estadounidenses) sobre el Grupo de Ejércitos B desde mediados de octubre de 1944 hasta mediados de abril de 1945 del Oberst im Generalstab a.D. Günther Reichhelm, elaborado en 1946-1947, fol. 1. < <

[101] Hans-Heinrich Wilhelm, «Hitlers Ansprache vor General und Offizieren am 26. Mai 1944», *Militärgeschichtliche Mitteilungen,* 2 (1976), pp. 123-170. < <

[102] Saul Friedländer, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945,* Londres, 2007, pp. 615-619; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews,* New Viewpoints ed., Nueva York, 1973, p. 547. < <

[103] Hilberg, p. 629. < <

[104] Friedländer, p. 628. < <

[105] Hilberg, pp. 630-631. <<

[106] Véase Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust,* Cambridge, Mass., 2006, pp. 246-254. < <

[107] Kulka y Jäckel, p. 544, n° 744. < <

[108] Peter Longerich, *«Davon haben wir nichts gewußt!» Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945,* Múnich, 2006, pp. 304-311, donde también es evidente la crítica de estas burdas valoraciones de los bombardeos. < <

[109] Victor Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten, vol. 2: Tagebücher 1942-1945,* ed. Walter Nowojski y Hadwig Klemperer, Darmstadt, 1998, pp. 594-596 (27.9.44). < <

[110] Comentaba lo deprimido que estaba un conocido por la derrota de los británicos en Arnhem. De no haber sido así, «ahora tendrían el distrito del Ruhr y la guerra habría terminado». Klemperer, p. 609 (30.10.44). < <

[111] Klemperer, p. 605 (17.10.44). < <

[112] Klemperer, pp. 609-610 (2.11.44, 12.11.44). < <

[113] Klemperer, p. 616 (26.11.44). <<

[114] Klemperer, p. 609 (30.10.44). < <

[115] Ulrich Herbert, *Hitler s Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich,* Cambridge, 1997, p. 298. < <

[116] IWM, Memorias de P. E. van Stemann (un periodista danés destacado en Berlín desde 1942 hasta el final de la guerra, recopilado *c.* 1980), fol. 183. < <

[117] Véase BAB, R5 5/601, fol. 124, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 18.9.44. < <

[118] BAB, R5 5/601, fol. 119, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 11.9.44. < <

[119] IWM, «Aus deutschen Urkunden», documentación sin publicar, s.f. (c. 1945-1946), p. 276. < <

[120] BAB, R55/601, fol. 124, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 18.9.44. foss. 123-124. < <

[121] *Hitler: Reden und Proklamationen,* pp. 2160-2167. <<

[122] Jung, pp. 103, 218 (diario de Kreipe, anotación del 16.9.44); Guderian, pp. 370-371. < <

[123] Albert Speer, *Erinnerungen,* Frankfurt am Main y Berlin, 1969, p. 423. < <

[1] Citado en *DZW,* 6, p. 125; *KTB/OKW,* Bd. 4/I, p. 436, Jodl al jefe del estado mayor general en el OB oeste, 1.11.44. Véase también Bodo Scheurig, *Alfred Jodl: Gehorsam und Verhängnis,* Berlín y Frankfurt am Main, 1991, pp. 303-306, sobre las dudas de Jodl acerca de la ofensiva de las Ardenas, aunque la justifica. Cuando se enteró por Speer de que Hitler estaba a punto de jugar su última baza, el importante industrial Albert Vogler supuso, lógicamente, que sería en el frente oriental. «Nadie puede estar tan loco como para exponer el este para contener al enemigo en el oeste», razonaba. Albert Speer, *Erinnerungen,* Frankfurt am Main y Berlin, 1969, p. 423. < <

[2] *Hitler and his Generals: Military Conferences 1942-1945,* ed. Helmut Heiber y David M. Glantz, Londres, 2002, pp. 539-540 (12.12.44). <<

[3] Walter Warlimont, *Inside Hitlers Headquarters 1939-45,* Novato, Calif., s.f. (ed. original en inglés, Londres, 1964), pp. 475-478; *DRZW,* 7 (Vogel), pp. 619-620. <<

[4] Hermann Jung, *Die Ardennenoffensive 1944/45,* Gotinga, 1971, p. 218 (diario de Kreipe, 16.9.44); *DZW*, 6, pp. 124-125. < <

[5] John Erickson, *The Road to Berlin,* Cassell ed., Londres, 2003, pp. 394-397; Brian Taylor, *Barbarossa to Berlin: A Chronology of the Campaigns on the Eastern Front 1941 to 1945,* vol. 2, Stoud, 2004, pp. 248-259. < <

[6] Max Hastings, *Armageddon. The Battle for Germany 1944-45,* Londres, 2004, pp. 202-225. <<

[7] *DRZW,* 7 (Vogel), p. 615. < <

[8] *DZW, 6,* pp. 212-213; *DRZW,* 7 (Vogel), pp. 615-616; Hastings, pp. 218-220; Joseph Balkoski, «Patton's Third Army: The Lorraine Campaign», en Albert A. Nofi (ed.), *The War against Hitler: Military Strategy in the West,* Conshohocken, Pa., 1995, pp. 178-191. < <

[9] Wilfred von Oven, *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende,* Tubinga, 1974, pp. 517-518 (3.12.44); *TBJG,* II/14, pp. 339-341 (3.12.44); BAB, R55/608, fol. 34, Verbal Propaganda Slogan, n° 11 (18. 12.44). El carácter repentino de la caída de Estrasburgo y los caóticos intentos de evacuar a la población descollaban en el relato de un testigo ocular, que más tarde fue enviado a Himmler. BAB, NS19/606, fols. 2-4 v, informe sobre los acontecimientos de Estrasburgo el 22-23 de noviembre de 1944 (19.12.44). Un informe de la propaganda de Baden insistía en el «enorme efecto de shock» que causó en toda la región la caída de la ciudad. La oleada de refugiados inundaba la orilla derecha del Rin. El estado de ánimo depresivo de la población llegó a mínimos. La confianza estaba «extremadamente afectada». BAB, R55/21504, sin folio, Gaupropagandaleiter, Reichspropagandaamt Baden, Bericht über die Propagandaführung im Gau Baden, 15.1.45. < <

[10] Hastings, p. 225. < <

[11] *Hitler and his Generals,* p. 541 (12.12.44) y p. 1038 n. 1556. < <

[12] Véase Franz Kurowski, «Dietrich and Manteuffel», en Correlli Bamett (ed.), *Hitler's Generals,* Londres, 1990, pp. 411-437 para dibujos a plumilla. < <

[13] *DZW,* 6, pp. 126-128; *DRZW,* 7 (Vogel), pp. 621-622; Warlimont, p. 485; Heinz Guderian, *Panzer Leader,* Da Capo ed., Nueva York, 1996, p. 380. < <

[14] Warlimont, pp. 481-485; Guderian, p. 380; Scheurig, p. 305; BA/MA, RH 21/V/66: Manteuffel: «Die 5. Panzerarmee in der Ardennenoffensive» (declaración para la US Historical Division, 1946), fol. 50; BA/MA, N6/4, Oberst G. Reichhelm (jefe del estado mayor de Model), «Zusammendfassender Bericht über die Kampfhandlungen der deutschen Herresgruppe B von Mitte Oktober 1944 bis Mitte April 1945» (declaración para la US Historical Division, 1946-1947), fols. 14-15; Guenther Blumen tritt, *Von Rundstedt: The Soldier and the Man,* Londres, 1952, pp. 264-269; *DRZW,* 7 (Vogel), p. 620; *DZW,* 6, p. 12 5; Siegfried Westphal, *Erinnerungen,* Maguncia, 1975, pp. 294-300: Walter Görlitz, *Model: Strategie der Defensive,* Wiesbaden, 1975, pp. 222-225; David Downing, *The Devil's Virtuosos: German Generals at War 1940-5,* Londres, 1977, pp. 231-233. < <

[15] Citado en Warlimont, pp. 489-490. Jung, pp. 201-202, sostiene que la otra línea de acción posible, la dimisión, habría entregado el mando a generales menos competentes y aumentado las bajas alemanas. < <

[16] Véase Warlimont, pp. 481-482. <<

[17] NAL, WO 219/1651, fols. 144-145, interrogatorio de la SHAEF a Jodl (23.5.45). <<

[18] Citado en *DZW, 6,* pp. 129-130. <<

[19] Para una valoración del catastrófico descalabro, sobre todo en la segunda mitad de 1944, véase John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45,* Paderborn, 2009, pp. 40-65. < <

[20] IWM, FD 3063/49, Box 368/54, declaración de Speer (13.7.45). Sobre el impacto económico de los bombardeos de 1944, véase Richard Overy, *Why the Allies Won,* Londres, 1995, pp. 130-131; y Dietrich Eichholtz, «Deutschland am Ende des Krieges. Eine kriegswirtschaftliche Bilanz», *Bulletin der Berliner Gesellschaft für Faschismus- und Weltkriegsforschung,* 6 (1996), pp. 22-23, 27-30. < <

[21] IWM, FD 3063/49, Box 367/26, declaración de Speer (13.8.45); Box 368/67, declaración de Saur (2-8.10.45). Sobre la situación del armamento antes de la ofensiva de las Ardenas, véase Jung, cap. 2. <<

[22] IWM, FD 3063/49, Box 367/34, declaraciones de Saur y Kehrl (13.8.45). < <

[23] IWM, FD 3063/49, Box 367/28, declaración de Bosch (11.6.45).
< <

[24] IWM, FD 3063/49, Box 367/34, declaración de Kehrl (26.7.45).
< <

[25] IWM, FD 3063/49, Box 367/34, declaración de Röchling (10.8.45). < <

[26] IWM, FD 3063/49, Box 367/35, Suppl. I, declaración de Rohland (22.10.45). < <

[27] IWM, FD 3063/49, Box 367/34, y Box 368/93, declaraciones de Schulze-Fielitz (10.8.45 y sin fecha, verano de 1945). < <

[28] IWM, FD 3063/49, Box 368/84, parte II, declaración de Fiebig (25.5.46). < <

[29] IWM, FD 3063/49, Box 367/26, declaración de Speer (13.8.45).
<<

[30] IWM, FD 3063/49, Box 368/67, declaraciones de Saur (2-8.10.45, 7.6.45). Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich,* Düsseldorf, 1973, p. 407, también señalaba el hecho de que, pese a las crecientes dificultades, la producción de armamento fue mayor en 1944 que en ninguno de los otros años entre 1940 y 1943, cuando Alemania tenía pleno control de su base económica. Incluso en enero de 1945, el índice de la producción de armamento fue superior al de cualquier otro año de la guerra, salvo 1944. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy,* Londres, 2006, pp. 687-688, tabla A 6. < <

[31] IWM, Box 367/27, declaración de Saur (11-13.6.45). <<

[32] Véase, sobre estas decisiones de noviembre y diciembre, *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942-1945*, ed. Willi A. Boelcke, Frankfurt am Main, 1969, pp. 444-458; y sobre los arduos esfuerzos de Speer por mantener la producción en aquel momento, Alfred C. Mierzejewski, «When Did Albert Speer Give up?», *Historical Journal,* 31 (1988), p. 394. <<

[33] Hubo intensos bombardeos sobre las grandes ciudades industriales y sobre la red de transportes. El propósito de más del 50 por 100 de las bombas estadounidenses era destruir los medios de transporte. Los británicos, que arrojaron más bombas en los últimos tres meses de 1944 que en todo el año 1943, se centraron más en las grandes ciudades, con grandes ataques contra Dortmund, Duisburgo, Essen, Colonia, Düsseldorf, Bochum y Gelsenkirchen, pero también causaron grandes daños a los transportes, arrojando 102.796 toneladas, sobre todo contra las playas de maniobras ferroviarias, entre noviembre y enero de 1945. Véase *DZW,* 6, pp. 163, 166-167; Tooze, p. 650; Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945,* edición de bolsillo. Berlín, 2004, p. 150. Alfred C. Mierzejewski, *The Collapse of the German War Economy, 1944-1945: Allied Air Power and the German National Railway,* Chapel Hill, NC, 1988, caps. 6-7, describe detalladamente el impacto paralizante del bombardeo sobre los transportes en el otoño de 1944. Speer informó al mando de la armada a mediados de noviembre de la gravedad de los daños causados por los bombardeos aéreos. La Reichsbahn había resultado muy afectada. Cinco estaciones de trenes importantes estaban fuera de servicio. La producción de carbón y acero había caído mucho (cuatro quintas partes de las acerías estaban dañadas o destruidas) y los suministros de gas se habían reducido un 40 por ciento. *KTB/SKL,* Bd. 63/II, p. 188 (17.11.44). <<

[34] BAB, R3/1528, fols. 1-48, informe de Speer sobre el Ruhrgebiet, 11.11.44. <<

[35] BAB, R3/1542, fols. 1-21, informe de Speer sobre su viaje al Rin y el Ruhr, 23.11.44. < <

[36] *Deutschlands Rüstung,* p. 444 (28.11.44). < <

[37] *TBJG,* II/14, pp. 368-369 (7.12.44). < <

[38] BAB, R3/1543, fols. 3-15. < <

[39] Speer, p. 425. <<

[40] BAB, R3/1544, fols. 56-73 (palabras citadas, fol. 71). < <

[41] *DRZW,* 5/2 (Müller), p. 771, lo considera, en efecto,, el «programa de supervivencia» de Speer para la última fase de la guerra. < <

[42] Speer, p. 423. Tras su viaje al Ruhr en noviembre, Speer convenció a Hitler para que nombrara a Vögler plenipotenciario para el armamento y la producción de guerra en el Ruhr, a fin de que tomara decisiones en su nombre para mantener esta producción. *Deutschlands Rüstung,* p. 445 (28.11.44). <<

[43] BAB, R3/1623, fols. 3, 4, 8-10, 22 (26.7.44, 2.8.44), sobre la retirada del este; fols. 24-7, 46, 50-52, 66-68, 77 (10, 13, 16, 18, 19, 22.9.44), sobre la inmovilización de la industria en las zonas occidentales. < <

[44] BAB, R3/1623, fol. 123, Keitel a Speer (6.12.44). < <

[45] BAB, R3/1623, fols. 125-126, Speer al jefe de la Comisión de Armamento XII b Kelchner, 6.12.44; Keitel Fernschreiben, 10.12.44. Incluso entonces, Speer veía necesario (fol. 127, 12.12.44) volver a intervenir, esta vez ante el gran almirante Dönitz, para impedir la destrucción de los muelles y sus instalaciones, que se debía ejecutar conforme a una orden del Comando Costero Este *(Marinekommando Ost)* del 17 de noviembre. < <

[46] Observación de Müller en *DRZW,* 5/2, p. 771. < <

[47] BAB, NS19/1862, fols. 1-5, Bormann a Himmler, 23.10.44. <<

[48] BAB, NS19/4017, fols. 43-56, reunión en Klein-Berkel, 3.11.44.
<<

[49] *TBJG,* II/14, pp. 157-158 (5.11.44). < <

[50] Véase Dieter Rebentisch y Karl Teppe (eds.), *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers,* Gotinga, 1986, pp. 7-32; Peter Longerich, *Hitlers Stellvertreter: Führung der Partei and Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Heß und die Partei-Kanzlei Bopmann,* Múnich, 1992, pp. 256-264; y Armin Nolzen, «Charismatic Legitimation and Bureaucratic Rule: The NSDAP in the Third Reich, 1933 1945», *German History,* 23 (2005), pp. 494-518. < <

[51] Kurt Pätzold y Manfred Weißbecker, *Geschichte der NSDAP 1920-1945,* Colonia, 1981, p. 375; Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg,* Stuttgart, 1989, pp. 528-529. < <

[52] Todos ellos, muchos de noviembre-diciembre de 1944, en BAB, R43 II/692 b: Deutscher Volkssturm, Bd. 2, fols. 1-28. Uno puede hacerse una idea de la enorme y heterogénea actividad de la cancillería del partido en este periodo en *Akten der Partei-Kanzlei der NSDAP,* vol. 1, ed. Helmut Heiber, Múnich, 1983, Regesten Bd. 1-2, y vol. 2, ed. Peter Longerich, Múnich, 1989, Regesten Bd. 4. <<

[53] *TBJG,* II/14, p. 432 (17.12.44). < <

[54] *The Bormann Letters,* ed. H. R. Trevor-Roper, Londres, 1954, p. 148 (11.12.44). < <

[55] Véase *TBJG,* II/14, p. 400 (12.12.44) sobre la escasez de papel.
<<

[56] BAB, R43 II/583 a, fols. 64-64 v, Reichspostminister a las máximas autoridades del Reich, etc. (7.11.44). < <

[57] *TBJG,* II/14, pp. 146-147(3.11.44), 191 (10.11.44), 224(17.11.44), 232 (18.11.44), 268 (24.11.44), 308-309 (1-12.44), 444 (19.12.44); BAB, R3/1529, fols. 3-12, memorándum de Speer a Hitler (6.12.44). < <

[58] *TBJG,* II/14, pp. 394 (11.12.44), 398 (12.12.44); von Oven, pp. 519 (5.12.44), 520-523 (11.12.44). Texto del decreto en *«Führer-Erlasse» 1939-1944,* ed. Martin Moll, Stuttgart, 1997, pp. 469-470. < <

[59] *TBJG,* II/14, p. 305 (1.12.44). < <

[60] Von Oven, p. 517 (29.11.44); *TBJG,* II/14, p. 276 (25.11.44).
<<

[61] *TBJG,* II/14, pp. 317-334(2.12.44). < <

[62] *TBJG,* II/14, pp. 159-160(5.11.44). < <

[63] *TBJG,* II/14, pp. 208-209 (13.11.44); von Oven, pp. 511-512 (12.11.44). . < <

[64] Sobre la película, véase David Welch, *Propaganda and the German Cinema 1933-1945,* Oxford, 1983, pp. 225-235. <<

[65] *TBJG,* II/14, pp. 310-311 (1.12.44), 345 (3.12.44); Welch, p. 234. < <

[66] *TBJG,* II/14, pp. 469-470 (23.12.44). Eran necesarios más cambios, pero, como había esperado, se estrenó el 30 de enero de 1945, el día del duodécimo aniversario de la toma del poder por Hitler. <<

[67] BAB, R55/601, fol. 204, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 7.11.44; *TBJG,* II/14, p. 192 (10.11.44). <<

[68] *TBJG,* II/14, p. 147 (3.11.44); también p. 310 (1.12.44). Admitía que el fracaso del régimen a la hora de proteger a su población en la guerra aérea era su mayor debilidad a los ojos de la opinión pública (p. 165 [6.11.44]). Düren, al este de Aquisgrán, una de las ciudades más bombardeadas durante la guerra, es un ejemplo. Solo 13 de los 9.322 edificios quedaron intactos tras los ataques aéreos del otoño, y más de 3.000 personas perdieron la vida (Friedrich, p. 144). A finales de diciembre, Himmler informó de que allí la población era «completamente hostil y nada amistosa» y que el saludo «Heil Hitler» era prácticamente desconocido, incluso entre los funcionarios del partido. (NS19/751, fol. 32, Himmler a Bormann, 26.12.44, también en IfZ, Fa- 93). <<

[69] *TBJG,* II/14, pp. 133 (1.11.44), 238 (19.11.44); Robert Grosche, *Kölner Tagebuch 1944-46,* Colonia, 1969, pp. 52-56 (30.10- 6.11.44); LHC, Dempsey Papers, n° 178, parte II, pp. 7-8 (27.11.44), «Total War Comes to Cologne» (testimonio de un prisionero de guerra que presenció el ataque). < <

[70] *Widerstand und Verfolgung in Köln,* ed. Historisches Archiv der Stadt Köln, Colonia, 1974, pp. 395-396; Detlef Peukert, *Die Edelweißpiraten: Protestbewegungen jugendlicher Arbeiter im Dritten Reich,* Colonia, 1980, pp. 103-115; *TBJG,* II/14, p. 426 (16.12.44). <<

[71] *TBJG,* II/14, p. 269 (24.11.44). <<

[72] *TBJG,* II/14, p. 192 (10.11.44). < <

[73] Margarete Dörr, *«Wer die Zeit nicht miterlebt hat...»: Frauenerfahrungen im Zweiten Weltkrieg und in den Jahren danach,* vol. 3, Frankfurt an Main y Nueva York, 1998, p. 437. < <

[74] *TBJG,* II/14, p. 192 (10.11.44). < <

[75] *TBJG,* II/14, p. 269 (24.11.44). < <

[76] IWM, Box 367/35, supl. I, declaración de Rohland, pp. 3-4 (22.10.45). < <

[77] Von Oven, p. 518 (3.12.44). El «Plan Morgenthau», presentado por los estadounidenses en la Conferencia de Quebec de septiembre de 1944, fue aceptado por los británicos, al parecer sin examinarlo detenidamente (sorprendentemente, no parecían interesarles mucho sus propuestas). Aunque el presidente Roosevelt era partidario de una paz severa, al final se dejó convencer para retirar el «Plan Morgenthau» por la oposición conjunta y resuelta de su secretario de Estado, Cordell Hull, y de su secretario para la guerra, Henry Stimson. Toby Thacker, *The End of the Third Reich: Defeat, Denazification and Nuremberg, January 1944 -November 1946,* edición de bolsillo, Stroud, 2008, pp. 58-60. < <

[78] Von Oven, pp. 524-525 (14.12.44); *TBJG,* II/14, pp. 407-413 (13.12.44). Se encuentran vividas descripciones de las espantosas condiciones después de los bombardeos en Bochum («una ciudad muerta») y otras grandes conurbaciones del Rin y el Ruhr en un informe secreto de la censura alemana sobre las cartas enviadas desde el frente o recibidas en él que cayó en manos de los Aliados. NAL, F0898/r87, resumen de informes de los medios alemanes, fols. 292-295 (27-32.12.44). < <

[79] *TBJG,* II/14, pp. 408-409, 4t2 (23.22.44). < <

[80] *TBJG,* II/24, p. 377 (8.12.44). < <

[81] Robert Ley, el jefe de organización del partido, envió a Hitler un informe algo ambivalente sobre las cualidades de los Gauleiter occidentales tras una visita de 14 días al oeste en noviembre, pero no había ningún indicio de deslealtad. BAB, NS6/t35, fols. 22-27, informe de Ley a Hitler, 30.11.44; fielmente resumido en *TBJG,* II/24, pp. 355-357 (5.22.44). < <

[82] BAB, R55/603, fol. 513, Hauptreferat Pro. Pol. an das RPA Neustadt a.d. Weinstr. (28.12.44). < <

[83] *TBJG,* II/14, pp. 309-310, 326, 344, 382 (1-3.12.44, 9.12.44); BAB, R55/602, fols. 221-222, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 24.2 2.44; von Oven, p. 509 (20.2 2.44); *Das letzte halbe Jahr: Stimmungsberichte der Wehrmachtpropaganda 1944/45,* ed. Wolfram Wette, Ricarda Bremer y Detlef Vogel, Essen, 2002, pp. 153, 160, 167 (21.11.44, 29.11.44, 9.12.44). < <

[84] *TBJG,* II/24, p. 420 (15.12.44). < <

[85] NS29/752, fols. 23-25, jefe del SS-Hauptamt Gottlieb Berger a Himmler, 27.21.44 (también en IfZ, Fa-93). < <

[86] Citado en Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Merrschaft 1944 bis 1945,* Múnich, 2007, p. 269. < <

[87] BA/MA, Zsg 2/2697, fols. 64-67, diario de Julius Dufher (27.11-5.12.44). Sobre el bombardeo de Friburgo, véase Peter Zolling, «Was machen wir am Tag nach unserem Sieg?», en Wolfgang Malanowski (ed.), *1945: Deutschland in der Stunde Null,* Reinbek bei Hamburg, 2985, p. 121; y, en especial, Friedrich, pp. 306-322. < <

[88] BfZ, Sterz-Sammlung, U’Fw. Hermann S., 6.12.44. < <

[89] BfZ, Sterz-Sammlung, SS-Rttf. Paul S., 5.12.44. < <

[90] BfZ, Sterz-Sammlung, SS-Rttf. Paul S., 11.11.44. Las oficinas de propaganda informaron de una mejora del estado de ánimo de la población civil a mediados de noviembre, que atribuían parcialmente al anuncio de los ataques con V2. —BAB, R55/601, fol. 215, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 14.11.44. < <

[91] BfZ, Sterz-Sammlung, Gefr. Michael M., 11.11.44. < <

[92] BfZ, Sterz-Sammlung, Kanonier Felix S., 10.11.44. < <

[93] LHC, Dempsey Papers, No. 199, parte II, p. 5 (20.12.44), en inglés. < <

[94] BA/MA, N712/15, NL Pollex, Kriegstagebuch, anotación del 26.12.44. Pollex, nacido en 1898, había sido brevemente oficial de intendencia (*Oberquartiermeister)* en el Grupo de Ejércitos Centro en 1942, antes de ser transferido al estado mayor general del ejército de tierra y de ser ascendido ese mismo año a coronel. En diciembre de 1944 fue enviado a Döberitz para hacerse cargo de los cursos de adiestramiento de oficiales (*Regimentskommandeur-Lehrgang*) y el 6 de enero de 1945 fue nombrado jefe del estado mayor del Chef der deutschen Wehrmachtrüstung. < <

[95] Sönke Neitzel, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft* 1942-1945, Berlin, 2005, pp. 171, 432-433 (1.1.45); ed. en inglés., *Tapping Hitler's Generals: Transcripts of Secret Conversations,* 1942-45, Barnsley, 2007, p. 127. <<

[96] Benjamin Ziemann, «Fluchten aus dem Konsens zum Durchhalten: Ergebnisse, Probleme und Perspektiven der Erforschung soldatischer Ver- weigerungsformen in der Wehrmacht 1939-1945», en Ralf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999, p. 594; Manfred Messerschmidt, «Die Wehrmacht in der Endphase. Realität und Perzeption», *Aus Parlament und Zeitgeschichte,* 32-33 (1989) (4.8.89), pp. 42-43. El general Schörner justificaba la feroz disciplina militar que imponía a sus propios suboficiales en Curlandia por la necesidad de combatir a los desertores, que aumentaban rápidamente. BA/MA, RH 19/III/727, fols. 49-49 V, Schörner a todos sus generales, 5.12.44. < <

[97] Kunz, p. 267. <<

[98] BA/MA, N712/15, NL Pollex, anotación en el diario del 8.12.44.
< <

[99] Hastings, p. 228. El mayor Hasso Viebig, oficial al mando de la 277ª división de granaderos, recordaba cuatro meses después de la ofensiva, mientras estaba prisionero de los británicos, la determinación de las tropas, contentas de ver que avanzaban de nuevo. —Neitzel, *Abgehört,* p. 200 y p. 539 n. 158. Véase también Zimmermann, p. 94, sobre el fortalecimiento inicial de la moral gracias a la ofensiva. < <

[100] Sobre el curso de la ofensiva, véase *DZW, 6,* pp. 128-134*,DRZW,* 7 (Vogel), pp. 625-632, Jung, caps. 4-7, Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg,* edición de bolsillo, Múnich, 1975, pp. 310-312; Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II,* Cambridge, 1994, pp. 766-768, Stephen B. Patrick, «The Ardennes Offensive: An Analysis of the Battle of the Bulge», en Nofi, pp. 206-224, y Hastings, cap. 8. El regimiento panzer de Peiper fue el responsable de la muerte de más de 400 prisioneros estadounidenses y belgas. *DZW, 6,* p. 130. La matanza de 84 prisioneros en Malmédy se analiza juiciosamente en Michael Reynolds, *The Devil's Adjutant: Jochen Peiper, Panzer Leader,* Staplehurst, í995, pp. 88-97. < <

[101] LHC, Dempsey Papers, n° 241, parte II, p. 3 (30.1.45), anotación en el diario del teniente Behmen, 18ª división de *Volksgrenadier,* en inglés. < <

[102] LHC, Dempsey Papers, n° 217, parte II, p. 5 (6.1.45), en inglés. < <

[103] BAB, R55/793, fols. 16-18, material para propagandistas, n° 19 (11.12.44). No obstante, esta propaganda tuvo un efecto limitado. Goebbels comentaba a mediados de diciembre que la población del oeste no tenía miedo a los estadounidenses, por lo que los granjeros se mostraban reacios a ser evacuados. *TBJG,* II/14, p. 402 (12.12.44). < <

[104] LHC, Dempsey Papers, n° 246, parte II, p. 3 (4.2.45), en inglés.
< <

[105] BfZ, Sterz-Sammlung, Geff. W.P., 17.12.44. < <

[106] BfZ, Sterz-Sammlung, Geff. S.E, 17.12.44. < <

[107] BfZ, Sterz-Sammlung, Uffz. Werner F., 19.2.44. < <

[108] *TBJG,* II/14, pp. 429, 433 (17.12.44), 438-439 (18.12.44), 445 (19.12.44); von Oven, pp. 526-529 (17.12.44, 20.12.44). < <

[109] Véase *VB,* 19.12.44, donde el titular simplemente dice, «Ofensiva alemana en el oeste». < <

[110] BAB, R55/601, fols. 249-250, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 19.12.44. Véase también Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995, pp. 316-317. < <

[111] *TBJG,* II/14, p. 450 (20.12.44) y, en el mismo sentido, p. 468 (23.12.44). < <

[112] *Das letzte halbe Jahr,* p. 183, informe del 18-24.12.44 (2.1.45).
<<

[113] NAL, FO898/187, resumen de informes de medios alemanes, fol. 315 (18-26.12.44). < <

[114] *TBJG,* II/14, p. 452 (20.12.44). < <

[115] *DRZW, 1* (Vogel), p. 631. < <

[116] IWM, Box 367/27, p. 7, Speer Ministry Interrogation Reports, declaración de Saur, 11-13.6.45. Según el ayudante de Goebbels, Rudolf Semmler, el 21 de diciembre «ya se consideraba un completo fracaso» la ofensiva. Rudolf Semmler, *Goebbels - the Man Next to Hitler,* Londres, 1947, p. 171 (21.12.44). < <

[117] Speer, p. 425. < <

[118] Guderian, p. 381. <<

[119] *DRZW,* 7 (Vogel), p. 629; Hastings, p. 261. <<

[120] *DZW,* 6, p. 133, y p. 137 para las cifras que siguen. <<

[121] *TBJG,* II/14, pp. 436-437 (29.12.44). Reconocía una situación «algo más crítica» seis días antes (p. 469 [23.12.44]) y un deterioro el 28.12.44 (pp. 480-481). Los agentes de la propaganda de la Wehrmacht en Berlín también comentaban por entonces la confianza de los soldados que regresaban del frente, pero insinuaban que el entusiasmo en el interior se había desvanecido. *Das letzte halbe Jahr,* p. 193, informe de 25-31.12.44 (3.1.45). < <

[122] *TBJG,* II/14, p. 500 (31.12.44). < <

[123] BA/MA, MSg2/2697, diario del teniente Julius Dufner, fol. 78 (1.1.45). < <

[124] BAB, R55/612, Echo zur Führerrede, informe de síntesis a Goebbels, fols. 22-3, 2.1.45; fols. 17-102 sobre las respuestas de las oficinas de propaganda a la petición de información sobre la acogida del discurso de Hitler y el del propio Goebbels, 1-2.1.45. < <

[125] *Hitler: Reden und Proklamationen* 1932-1945, ed. Max Domaras, Wiesbaden, 1973, pp. 2179-85 para el texto del discurso. < <

[126] BHStA, Minn 72417, sin folio, 28-11.44-5.1.45. < <

[127] BAB, R43 II/1648, fol. 20, Lammers a las máximas autoridades del Reich, 17.12.44. < <

[128] *TBJG,* II/14, pp. 282 (27.11.44), 328-329 (2.12.44), 370-372 (7.12.44); David Irving, *Göring: A Biography,* Londres, 1989, pp. 447-448, 476. < <

[129] Michael Bloch, *Ribbentrop,* Londres, 1994, pp. 418-419. < <

[130] Ronald Smelser, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader,* Oxford, Nueva York y Hamburgo, p. 291. < <

[131] *The Bormann Letters,* pp. 152 (26.12.44), 158 (1.1.45). < <

[132] Felix Kersten, *The Kersten Memoirs 1940-1945,* Londres, 1956, pp. 238-239 (10.12.44); BAB, NS19/3912, fol. 115, Berger a Himmler, sobre los rumores de la caída en desgracia de Himmler (21.12.44). Himmler había sido nombrado en noviembre comandante en jefe del Alto Rin. En tanto que jefe del ejército de reserva y jefe de la policía, Himmler estaba en condiciones de improvisar una fuerza de defensa que ayudara al decimonoveno ejército alemán a intentar contener la ofensiva aliada en Alsacia. El recién creado Grupo de Ejércitos Alto Rin, destacado en una zona situada entre la Selva Negra y la frontera suiza, era una heterogénea combinación de «rezagados», unidades de *Volksgrenadier y* antiaéreas, policía fronteriza, batallones no alemanes del este y hombres de la *Volkssturm.* Al negarse a abandonar su cuartel general de la Selva Negra, Himmler creó un varío que fomentó las intrigas en el cuartel del Führer, implicando posiblemente a Bormann y algunos influyentes dirigentes desafectos de las SS. Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head,* Londres, 1972, pp. 509-511; Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS,* Londres, 1990, pp. 546, 554-556. Berger le pidió a Himmler que redujera su actividad como comandante en jefe del Alto Rin y regresara al cuartel general del Führer. Decía que su petición «se debe no solo a la invención de rumores propagados enérgicamente por ciertos sectores (el Reichsführer-SS ha caído en desgracia, el grupo de presión Wehrmacht-Keitel ha ganado), sino porque creo que si el Reichsführer-SS no está en el cuartel general, nuestra labor política, que es la base de todo, se resiente enormemente». Himmler respondió (fol. 116), a través de su ayudante personal, el SS-Standartenführer Rudolf Brandt, el 29 de diciembre, diciendo que dentro de poco podría poner en otras manos el mando del Grupo de Ejércitos Alto Rin y que tendría ocasión de hablar brevemente sobre el asunto con Berger. Añadió, enigmáticamente, que las cartas y el teléfono no eran «convenientes para este asunto». El efímero mando

de Himmler al frente del Grupo de Ejércitos Alto Rin, como parte de la débil y breve ofensiva alemana en Alsacia en enero, acabó en fracaso. Pero, pese a los rumores que circulaban, no había minado su prestigio ante Hitler. Según Goebbels, Hitler estaba «extraordinariamente satisfecho» de la labor del Reichsführer. Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie,* Múnich, 2008, pp. 736-737. < <

[133] *TBJG,* II/14, pp. 497-498 (31.12.44); von Oven, pp. 529-530 (26.12.44), 534-536 (28.12.44). < <

[134] Speer, pp. 425-427. < <

[135] NAL, WO 204/6384, entrevista con el SS-Obergruppenführer Wolff, fol. 2, 15.6.45. < <

[136] Guderian, pp. 382-384. Se ha considerado que «el funesto papel de la ofensiva de las Ardenas fue debilitar indirectamente el frente oriental» al movilizar fuerzas necesarias para la defensa contra el Ejército Rojo. Heinz Magenheimer, *Hitler's War: Germany Military Strategy 1940-1945,* Londres, 1998, p. 264. Sin embargo, como señala Jung, p. 201, aunque la ofensiva de las Ardenas hubiera tenido más éxito, el traslado de unidades exhaustas de la Wehrmacht al este no habría bastado para contener la ofensiva soviética. Véase también Henke, p. 342. < <

[137] *DZW,* 6, p. 135; Warlimont, pp. 491-494; IfZ, Nbg.-Dok. PS-1787, notas de Jodl sobre las sesiones informativas de Hitler, 22.12.44 (no publicado en la documentación de los juicios de Núremberg). < <

[138] Jung, p. 229 (diario de Kreipe, 2.11.44). < <

[139] Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant 1937-45,* Maguncia, 1980, p. 398. < <

[1] Heinz Guderian, *Panzer Leader,* Da Capo ed., Nueva York, 1996, p. 382. < <

[2] Guderian, p. 382. < <

[3] *DZW, 6,* pp. 498-499. < <

[4] *DZW, 6,* pp. 503, 509; *DRZW,* 10/1 (Lakowski), pp. 498, 502-504, 531; John Erickson, *The Road to Berlin,* Cassell ed., Londres, 2003, p. 449. <<

[5] Erickson, pp. 447-449. <<

[6] Véase Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters 1939-45,* Novato, Calif., s.f. (ed. original en inglés, Londres, 1964), pp. 212-219. < <

[7] Jürgen Forster, «The Final Hour of the Third Reich: The Capitulation of the Wehrmacht», *Bulletin of the International Committee for the History of the Second World War,* Montreal (1995), pp. 76-77. < <

[8] IfZ, Nbg.-Dok. PS-1787, Jodl’s «Notizen zum Kriegstagebuch», «Lage am 22.1.45» (23.1.45), no impreso en los documentos publicados del juicio. Según Goebbels, Hitler declaró que la prioridad principal era la posesión de petróleo, después de carbón y después una industria armamentística en funcionamiento. *TBJG,* II/15, p. 218 (25.1.45). Hungría producía aproximadamente el 22 por ciento de la gasolina y el 11 por ciento del gasóleo necesarios en el Reich. Heinrich Schwendemann, «Strategie der Selbst-Vernichtung: Die Wehrmachtführung im “EndkampP um das “Dritte Reich”», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999, p. 226. < <

[9] Guderian, pp. 382-387, 392-393. < <

[10] Erich von Manstein, *Lost Victories,* Londres, 1982, pp. 531-532; *DRZW,* 9/1 (Forster), p. 605. <<

[11] Schwendemann, «Strategie», p. 231. < <

[12] Los féretros de Hindenburg y su esposa fueron llevados al principio a la iglesia de la guarnición de Potsdam y, poco después, trasladados en secreto a un lugar seguro en una mina de sal cerca de Bernterode (una pequeña localidad de Turingia). Los estadounidenses encontraron los féretros el 27 de abril, con sus nombres garabateados con lápiz rojo, y en mayo los llevaron al oeste, a Marburgo, donde el antiguo presidente del Reich y su esposa fueron enterrados discretamente, de noche, en agosto de 1946. Anna von der Goltz, *Hindenburg: Power, Myth, and the Rise of the Nazis,* Oxford, 2009, pp. 193-196. <<

[13] Heinrich Schwendemann, «Das Kriegsende in Ostpreußen und in Südbaden im Vergleich», en Bernd Martin (ed.), *Der Zweite Weltkrieg and seine Folgen: Ereignisse — Auswirkungen — Reflexionen,* Friburgo, 2006, p. 96. < <

[14] Cuando no se indica lo contrario, la descripción de los acontecimientos militares se basa en *DZW,* 6, pp. 498-517; *DRZW,* 10/1 (Lakowski), pp. 491-542, 568 y ss.; *Die Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus den Gebieten östlich der Óder-Neiße,* 2 vols., ed. Theodor Schieder *et al.*, edición de bolsillo, Múnich, 1984, vol. 1, pp. 16 E-23 E; Erickson, cap. 7; Guderian, pp. 389 ss.; Brian Taylor, *Barbarossa to Berlin: A Chronology of the Campaigns on the Eastern Front 1941 to 1945,* vol. 2, Stroud, 2004, pp. 267-279; Heinz Magenheimer, *Hitler's War: German Military Strategy 1940-1949,* Londres, 1998,pp. 264-271*;* Max Hastings*, Armageddon: The Battle for Germany 1944-49,* Londres, 2004, caps. 9-10; y Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1949,* edición de bolsillo, Londres, 2007, caps. 3-4. < <

[15] Ralf Meindl, *Ostpreußens Gauleiter: Erich Koch — eine politische Biographie,* Osnabrück, 2007, pp. 435-438; Kurt Dieckert y Horst Grossmann, *Der Kampf um Ostpreußen: Ein authentischer Dokumentarbericht,* Múnich, 1960, pp. 119-120. < <

[16] Hastings, pp. 322-323. < <

[17] Alastair Noble, *Nazi Rule and the Soviet offensive in Eastern Germany, 1944-1949: The Darkest Hour,* Brighton y Portland, Ore., 2009, p. 320 n. 168; Meindl, pp. 441-442. < <

[18] Meindl, p. 445. Según Noble, p. 210, Koch al principió se mudó a la comodidad de un hotel de Pillau, pero este fue bombardeado pocos días más tarde. Véase también Isabel Denny, *The Fall of Hitler’s Fortress City: The Battle for Königsberg, 1949,* Londres, 2007, pp. 201-202. A principios de febrero, Koch trasladó su estado mayor a Heiligenbeil para ayudar a organizar la evacuación de los refugiados por la helada Haff. —Meindl, p. 447. < <

[19] Heinrich Schwendemann, «Endkampf und Zusammenbruch im deutschen Osten», *Freiburger Universitätsblätter,* 130 (1995), p. 19; Hans Graf von Lehndorff, *Ostpreußisches Tagebuch: Aufzeichnungen eines Arztes aus den Jahren 1949-1949,* edición de bolsillo, Múnich, 1967, pp. 18 (23.1.45) y 40 (7.2.45). < <

[20] Algunos de los muchos ejemplos en Edgar Günther Lass, *Die Flucht: Ostpreußen 1944/49,* Bad Nauheim, 1964, pp. 85-87. < <

[21] Lehndorff, pp. 24-5 (28.1.45). <<

[22] *Die Vertreibung,* vol. 1, p. 28 (testimonio de 1951). <<

[23] Christian Tilitzki, *Alltag in Ostpreußen 1940-1945: Die geheimen Lageberichte der Königsberger Justiz 1940-1945,* Leer, 1991, pp. 300-304 (informe del Generalstaatsanwalt, 18.1.45). Véase también Heinrich Schwendemann, «Tod zwischen den Fronten», *Spiegel Special* 2, Hamburgo, 2002, p. 46. El Gauleiter Koch instó a las autoridades judiciales a adoptar un enfoque pragmático del pillaje en vista de las circunstancias. Lehndorff, p. 27 (29.1.45), expresó su desesperación por el saqueo de su hospital de campaña en Königsberg tras una bombardeo aéreo; también pp. 28-29 (30.1.45). Narraciones posteriores han minimizado a veces el saqueo de viviendas en Königsberg, insistiendo en los severos castigos impuestos a los «saqueadores». Hans-Burkhard Sumowski, *«Jetzt war ich ganz allein auf der Welt»: Erinnerungen an eine Kindheit in Königsberg 1944-1947,* Múnich, 2009, p. 61. < <

[24] Schwendemann, «Tod zwischen den Fronten», pp. 44-45. <<

[25] Denny, p. 199. < <

[26] Lehndorff, p. 18 (23.1.45). < <

[27] Beevor, p. 49. < <

[28] Dieckert y Grossmann, p. 129; Lehndorff, p. 39 (7.2.45). < <

[29] Lehndorff, pp. 19, 21 (24, 26.1.45). < <

[30] *Die Vertreibung,* vol. 1, pp. 144-146. < <

[31] Lehndorff, p. 23 (27.1.45). < <

[32] *DRZW,* 10/1 (Rahn), p. 272; Schwendemann, «Endkampf», p. 20. < <

[33] Lass, pp. 246 ss. < <

[34] *Die Vertreibung,* vol. 1, p. 79 (testimonio de 1952). <<

[35] Schwendemann, «Endkampf», p. 20. < <

[36] Franz W. Seidler y Alfred M. de Zayas (eds.), *Kriegsverbrechen in Europa und im Nahen Osten im 20. Jahrhundert,* Hamburgo, 2002, p. 220. Se pueden encontrar vividas descripciones de la huida en masa desde Prusia Oriental y las condiciones reinantes en la provincia en la narración de los hechos recopilada solo unos años más tarde por Jürgen Thorwald, *Es begann an der Weichsel: Flucht und Vertreibung der Deutschen aus dem Osten,* edición de bolsillo, Múnich, 1995 (1ª ed., 1949), pp. 123-199; y por Guido Knopp, *Die große Flucht: Das Schicksal der Vertriebenen*, Múnich, 2001, pp. 57-85. Una buena descripción de las espantosas caminatas la proporciona Richard Bessel, *Germany 1945: From War to Peace,* Londres, 2009, cap. 4. <<

[37] Manfred Zeidler, *Kriegsende im Osten: Die Rote Armee und die Bestzung Deutschlands östlich von Óder und Neiße,* Múnich, 1996, pp. 135-138. < <

[38] Zeidler, pp. 140-141. < <

[39] Schwendemann, «Endkampf», p. 22. <<

[40] Unos poco de los muchos ejemplos en *Die Vertreibung,* vol. 1, pp. 194, 297; vol. 2, pp. 159-164, 224-234; Lass, pp. 87,121. < <

[41] *Die Vertreibung,* vol. 1, p. 266. < <

[42] Barbara Johr, «Die Ereignisse in Zahlen», en Heike Sander y Barbara Johr (eds.), *Befreier und Befreite: Krieg, Vergewaltigungen, Kinder,* Múnich, 1992, pp. 47-48, 58-59. < <

[43] La descripción de la penosa situación de los refugiados de Prusia Oriental, cuando no se indica lo contrario, se basa en *Die Vertreibung,* vol. 1, pp. 33 E-41E, 60E ss., 79E y ss., y los informes de las pp. 21-154. Las cifras sobre alemanes deportados proceden de *Die Vertreibung,* vol. 1, p. 83E, y Schwendemann, «Endkampf», p. 24 (que calcula hasta 400.000). Se pueden encontrar testimonios orales posteriores en Hastings, pp. 319 y ss. <<

[44] *Die Vertreibung,* vol. 1, pp. 26E-32E, 345-404. Véase también Noble, p. 204, sobre la negativa del Gauleiter Emil Stürtz a autorizar una evacuación preventiva. < <

[45] BfZ, Sammlung Sterz, Pfarrer Heinrich M., 28.1.45, ofrece el ejemplo de la planta de fuel sintético de Blechhammer y Heydebreck, en la Alta Silesia. El enorme complejo industrial de Blechhammer, cerca de Cosel, a unos 75 kilómetros de Auschwitz, contó en su momento álgido con cerca de 30.000 trabajadores, de los que casi 4.000 eran, poco antes de la evacuación en enero de 1945, prisioneros de un campo periférico asociado a Auschwitz III (Monowitz). Sobre Blechhammer, véase Ernest Koenig, «Auschwitz III Blechhammer. Erinnerungen», *Dachauer Hefte,* 15 (1999), pp. 134-152; y Andrea Rudorff, «Blechhammer (Blachownia)», en Wolfgang Benz y Barbara Distel (eds.), *Der Ort des Terrors: Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 5, Múnich, 2007, pp. 186-191. Una semana antes, Speer informó a Hitler sobre la importancia de la planta para la producción de combustible para los aviones e instó a concentrar toda la Luftwaffe «en esta lucha decisiva» por su defensa, pidiéndole su opinión al Führer. El mismo días les dijo a los obreros que él y el coronel general Schörner decidirían cuándo se debía poner la fábrica fuera de servicio, aunque solo de manera que imposibilitara el despliegue de los soviéticos durante entre dos y tres semanas. BAB, R3/1545, fols. 3-7, Speer a von Below, para presentarse de inmediato ante el Führer; Speer al Werke Blechhammer und Heydebreck, ambos de 21.1.45. < <

[46] Schwendemann, «Tod zwischen den Fronten», p. 44. < <

[47] Paul Peikert, *«Festung Breslau» in den Berichten eines Pfarrers 22. Januar bis 6. Mai 1945,* ed. Karol Jonca y Alfred Konieczny, Wroclaw, 1993, p. 29; BfZ, Sammlung Sterz, Pfarrer Heinrich M., 28.1.45; Knopp, *Die große Flucht,* p. 158. Los que conseguían encontrar una plaza en un tren se enfrentaban después a un largo y lúgubre viaje expuestos a un frío intenso. Algunos refugiados llegaron a Dresde con sus hijos muertos por congelación durante el trayecto y tuvieron que pedir al personal ferroviario cajas de cartón para usarlas como ataúdes. Reinhold Maier, *Ende und Wende: Das schwäbische Schicksal 1944-1946. Briefe und Tagebuchaufzeichnungen,* Stuttgart y Tubinga, 1948, p. 172 (5.3.45). < <

[48] *Die Vertreibung,* vol. 1, pp. 51E-59E, 405-477; Friedrich Grieger, *Wie Breslau fiel…,* Metzingen, 1948, pp. 7-8; Ernst Hornig, *Breslau 1949: Erlebnisse in der eingeschlossenen Stadt,* Múnich, 1975, pp. 18-19; Peikert, pp. 29-31; Knopp, *Die große Flucht,* pp. 158-162; Noble, p. 202; Sebastian Siebel-Achenbach, *Lower Silesia from Nazi Germany to Communist Poland, 1942-49,* Londres, 1994, pp. 60-61, 72-74 (donde la cifra de personas obligadas a caminar en dirección a Kanth, 825 kilómetros al sudoeste de Breslau, se sitúa en 60.000, de las que se calcula que murieron 18.000, y la cifra de civiles en la ciudad cuando quedó aislada, entre 150.000 y 180.000). < <

[49] Hastings, pp. 328-332. La imprecisión de la cifra de personas a bordo hace que la cifra de muertos sea dudosa. Los cálculos varían mucho. Dieckert y Grossmann, pp. 130-131, hablan de 904 supervivientes de 5.000; Seidler y de Zayas, p. 222, mencionan que iban 6.600 a bordo, de los que 1.200 se salvaron y 5.400 se ahogaron. Guido Knopp, *Der Untergang der Gustloff,* 2ª ed. de bolsillo, Múnich, 2008, pp. 9, 156, estima las pérdidas en 9.000 y (p. 12) afirma que hasta 40.000 refugiados perdieron la vida en este y otros naufragios en los últimos meses de la guerra. Michael Schwanz, en *DRZW,* 10/2, p. 591, también acepta la cifra de 9.000 muertos, pero reduce a la mitad la cifra de muertos en las catástrofes marítimas: 20.000. Uno de los oficiales responsables de registrar a los pasajeros a bordo del *Gustloff* afirmaba haber anotado la cifra de 7.956. Aún faltaban 24 horas para que el *Gustloff* se hiciera a la mar, y un cálculo sugiere que se permitió embarcar a otras 2.000 personas antes de zarpar, con lo que la cifra, incluida la tripulación, ascendería a más de 10.000. Knopp, *Die große Flucht,* p. 104. Denny, pp. 202-203, habla de 996 supervivientes de 9.000. Bessel, p. 75, indica que se rescató a 1.239 de los más de 10.000 que iban a bordo. Beevor, p. 51, ofrece una cifra de muertos de entre 6.600 y 9.000. Dos de las peores catástrofes posteriores se produjeron casi al final de la guerra, con el naufragio en la costa de Lübeck, debido al ataque aéreo británico, del *Thielbek* (50 supervivientes de 2.800 que iban a bordo) y el del *Cap d'Arcona* (4.250 muertos de 6.400 pasajeros a bordo). Casi todas las víctimas eran prisioneros evacuados por guardias de las SS del campo de concentración de Neuengamme, cerca de Hamburgo, ante el avance de las fuerzas británicas. David Stafford, *End-game 1949: Victory, Retribution, Liberation,* Londres, 2007, pp. 291-301. < <

[50] Con el Gauleiter Franz Schwede-Coburg, la jefatura del partido en Pomerania, como en otros lugares, había agravado la pésima situación de la población al negarse a dar la orden de evacuación a tiempo. Noble, pp. 205-208. <<

[51] Para lo anterior, cuando no se indique lo contrario, *Die Vertreibung,*, pp. 41E-51E, 155-201. < <

[52] Beevor, pp. 48-49. <<

[53] Andreas Kossert, «“Endlösung on the Amber Shore”: The Massacre in January 1945 on the Baltic Seashore a Repressed Chapter of East Prussian History», *Leo Baeck Year Book,* 40 (2004), pp. 3-21 (citas, pp. 15-17); y Andreas Kossert, *Damals in Ostpreußen: Der Untergang einer deutschen Provinz,* Múnich, 2008, pp. 148-153; Schmuei Krakowski, «Massacre of Jewish Prisoners on the Samland Peninsula Documents», *YVS,* 24 (1994), pp. 349-387; Reinhard Henkys, «Ein Todesmarsch in Ostpreußen», *Dachauer Hefte,* 20 (2004), pp. 3-21; el testimonio de primera mano de un antiguo miembro de las Juventudes Hitlerianas que había participado en la atrocidad, Martin Bergau, «Tod an der Bernsteinküste. Ein NS-Verbrechen in Ostpreußen», en Elke Fröhlich (ed.), *Als die Erde brannte: Deutsche Schicksale in den letzten Kriegstagen,* Múnich, 2005, pp. 99-112; el testimonio anterior, de 1952, del antiguo Landrat del distrito de Samland en *Die Vertreibung,* vol. 1, p. 136; Martin Bergau, *Der Junge von der Bernsteinküste: Erlebte Zeitgeschichte 1938-1948,* Heidelberg, 1994, pp. 108-115, 249-275; y Daniel Blatman, *Les Marches de la mort: La dernière étape du génocide nazi, été 1944-printemp. 1943,* Paris, 2009, pp. 132-140. Este terrible episodio también se describe en Nicholas Stargardt, *Witnesses of War: Children’s Lives under the Nazis,* Londres, 2005, pp. 284-286. Aunque muchos testigos oculares coinciden en que la matanza tuvo lugar durante la noche del 31 de enero al 1 de febrero, otros insinúan que fue algo más tarde. Henkys, p. 16, Bergau y, basándose en su relato, Kossert mencionan la cifra de solo 15 supervivientes, pero Blatman, p. 139, citando las conclusiones del tribunal que en 1967 juzgó y condenó a uno de los autores, menciona unos 200. < <

[54] *VB,* South German ed., 15.1.45; *Die Wehrmachtberichte 1939-1943, vol. 3:1. Januar 1944 bis 9. Mai 1943,* Múnich, 1989, p. 402 (15.1.45). < <

[55] Registrado en el seguimiento británico de la prensa alemana: NAL, FO898/187, fols. 222-224, «Summary of and Comment» on German Broadcasts to Germany, 14.8.44-7.5.45». < <

[56] BAB, R55/601, fols. 272-6, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda (24.1.45). < <

[57] BStA, MA 106696, informe del RP v NB/OP, 9.2.45. < <

[58] BAB, R55/793, fols. 7-8, «Material für Propagandisten, n° 25: Betr. Bolschewistische Greuel», 16.1.45. < <

[59] *TBJG,* II/15, p. 190(23.1.45) p. 216 (25.1.45). A principios de febrero, Goebbels cambió de idea. Creía que era importante insistir en las atrocidades de los bolcheviques y no pensaba que darles publicidad fuera a causar pánico. *TBJG,* II/15, pp. 322-323 (6.2.45). <<

[60] BStA, MA 106696, informe del RP v NB/OP, 10.3.45. El coronel Curt Pollex, destacado en Berlín, señaló que las atrocidades soviéticas, que explotaba la propaganda alemana, estaban causando un «pánico total». BA/MA, N712/15, NL Pollex, Auszüge aus Briefen, fol. 14, 23.1.45. Sobre el pánico propagado por los refugiados y el miedo a los rusos, véase también Victor Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten, vol 2: Tagebücher 1942-1945,* ed. Walter Nowojski y Hadwig Klemperer, Darmstadt, 1998, pp. 645-646, 649-660 (25.1.45, 29.1.45). < <

[61] *VB,* South German ed., 9.2.45. < <

[62] BfZ, Sammlung Sterz, Josef E., 21.1.45. < <

[63] Jörg Echternkamp, *Kriegsschauplatz Deutschland 1945: Leben in Angst — Hoffnung auf Frieden. Feldpost aus der Heimat und von der Front,* Paderborn, 2006, pp. 138-139 (28.1.45) y p. 268 nn. 282-286. La carta fue devuelta, marcada con «a la espera de nueva dirección». Se desconoce si el soldado sobrevivió. < <

[64] BStA, MA 106695, informe del RP v OB, 9.2.45. <<

[65] BStA, MA 106696, informe del Rpv OB/MF, 8.2.45. < <

[66] Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945,* edición de bolsillo, Múnich, 1981, pp. 228 (25.1.45), 229 (30.1.45). < <

[67] Ruth Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin: Ein deutsches Tagebuch,* Múnich, 1962, p. 124 (22.1.45). < <

[68] LHC, Dempsey Papers, n° 249, parte II, p. 9 (en inglés). < <

[69] IWM, memorias de P. E. von Stemann, p. 193. <<

[70] *Das letzte halbe Jahr: Stimmungsberichte der Wehrmachtpropaganda 1944/45,* ed. Wolfram Wette, Ricarda Bremer y Detlef Vogel, Essen, 2001, pp. 219-220, 229 (23.1.45, 1.2.45). < <

[71] Andreas-Friedrich, p. 126 (31.1.45). < <

[72] *Das letzte halbe Jahr,* p. 219 (23.1.45), pp. 228-229(1.2.45). < <

[73] IWM, memorias de P. E. von Stemann, p. 197. < <

[74] *Das letzte halbe Jahr,* pp. 235-6 (7.2.45). <<

[75] Echternkamp, p. 129 (20.1.45). < <

[76] IWM, memorias de P. E. von Stemann, p. 200. < <

[77] IWM, «Aus deutschen Urkunden 1935-1945», documentación sin publicar, s.f. (*c*. 1945-1946), pp. 66-67, 276-278. <<

[78] *Das letzte halbe Jahr,* pp. 228 (22.1.45), 236 (7.2.45). < <

[79] BfZ, Sammlung Sterz, Gisela K, 3.2.45. < <

[80] BfZ, Sammlung Sterz, Luise G., 3.2.45. < <

[81] Heinrich Breioer (ed.), *Mein Tagebuch: Geschichte vom Überleben 1939-1947,* Colonia, 1984, p. 228 (27.1.45). < <

[82] Para una buena descripción de una región, véase Jill Stephenson, *Hitler’s Home Front: Württemberg under the Nazis,* Londres, 2006, pp. 304-312. < <

[83] BfZ, Sammlung Sterz, Geff. Heinrich R., 23.1.45. <<

[84] BfZ, Sammlung Sterz, Sold. Willy F., 30.1.45. < <

[85] BfZ, Sammlung Sterz, Fw. Hugo B., 2.2.45. < <

[86] BfZ, Sammlung Sterz, Lt. Thomas S., 23.1.45. < <

[87] BfZ, Sammlung Sterz, Hptm. Emerich P., 20.1.45. < <

[88] BfZ, Sammlung Sterz, Uffz. Hans —, 24.1.45. < <

[89] BfZ, Sammlung Sterz, O'Geff. Otto L., 24.1.45. < <

[90] BfZ, Sammlung Sterz, Gren. KurtM., 30.1.45. < <

[91] Citado en Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1943,* Múnich, 2007, p. 243, y véase también, sobre los estereotipos raciales, pp. 269-270. < <

[92] BA/MA, MS g 2/2697, fol. 88, diario del teniente Julius Dufher, 25.1.45. < <

[93] NAL, WO 219/1587, fol. 860, SHAEF, Directorate of Army Psychiatry Research Memorandum 45/03/12, enero de 1945. < <

[94] Kunz, pp. 299-300. < <

[95] BA/MA, N245/3, NL Reinhardt, «Kalenderblätter 1945», fol. 81 (14.1.45); N245/2, Briefe, fol. 41 (15.1.45); N245/15, Generalleutnant Otto Heidkämper (exjefe del estado mayor del Grupo de Ejércitos Centro), «Die Schlacht um Ostpreußen» (1953), fol. 32; Guderian, pp. 382-383; *DRZW,* 10/1 (Lakowski), pp. 536-537. <<

[96] BA/MA, N245/3, NL Reinhardt, «Kalenderblätter 1945», fol. 82 (16-17.1.45); N245/15, Heidkampfer, fols. 40-43. < <

[97] BA/MA, N245/2, NL Reinhardt, Briefe, fol. 41 (19.1.45). < <

[98] BA/MA, N245/2, NL Reinhardt, Briefe, fol. 41 (20.1.45). < <

[99] BA/MA, N245/2, NL Reinhardt, Briefe, fol. 41 V (21.1.45); N245/3, NL Reinhardt, «Kalenderblätter 1945», fols. 82-83 (20-21.1.45); N245/15, Heidkampfer, fols. 53-57. < <

[100] La exposición anterior se basa, salvo cuando se indica lo contrario, en BA/MA, N245/3, NL Reinhardt, «Kalenderblätter 1945», fols. 83-84 (22-7.1.45); N245/2, NL Reinhardt, Briefe, fols. 41-2 (22.1.45, 26.1.45); N245/15, Heidkampfer, fols. 68-72, 76-87; N24/39, «Erinnerungen von General d.I. a.D. Friedrich Hoßbach», manuscrito (mayo-julio de 1945), pp. 45-46, 68. Véase también Friedrich Hoßbach*, Die Schlacht um Ostpreußen,* Uberlingen, 1951, pp. 51-73; Guderian, pp. 400-401; Dieckerty Grossmann, pp. 94-95, 110-118; *DZW,* 6, p. 511. < <

[101] Por ejemplo, BA/MA, RH/21/3/730, fols. 3-6, «Auskünfte Gen. Major Mueller-Hillebrand (Chef des Stabes) über den Einsatz der 3. Pz. Armee in Ostpreußen, Sept. 1944-Feb. 1945» (1955); «Auszug aus einem Bericht von Oberst i.G. Mendrzyk O.Qu. bei der 3. Panzer-Armee». < <

[102] Citado en Schwendemann, «Das Kriegsende in Ostpreußen», p. 98. < <

[103] Schwendemann, «Tod zwischen den Fronten», p. 43. Le estoy muy agradecido al doctor Schwendemann por la referencia de la fuente de estos comentarios, BA/MA, RH 20-4/617, sin folio, Notizen über Ferngespräche 14.1-25.1.45, Gesprächsnotizen vom 24.1.45 (Hoßbach dirigiéndose a los oficiales a las 16.00 horas de ese día, y hablando con Reinhardt aquella noche a las 22.15 horas), y al doctor Jürgen Forster por conseguirme una copia del documento. < <

[104] BA/MA, N712/15, NL Pollex, Auszüge aus Briefen, fol. 12, 22.1.45. < <

[105] N24/39, NL Hoßbach, «Erinnerungen», pp. 46-7; Hoßbach, p. 70. Parece claro que Rendulić no tenía un conocimiento muy exhaustivo de la situación en Prusia Oriental cuando llegó. El 17 de enero Hitler le había nombrado comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Curlandia y aún no llevaba allí doce horas cuando, el 26 de enero, fue repentinamente informado de que tenía que asumir el mando del Grupo de Ejércitos Norte, sitiado en Prusia Oriental. Lothar Rendulić, *Gekämpft, Gesiegt, Geschlagen,* Wels, 1952, pp. 331-332, 336. < <

[106] Guderian, pp. 400-401. Rendulić, pp. 337-355, describe el periodo, que duró algo más de seis semanas, de su mando en Prusia Oriental, hasta el 12 de marzo, aunque solo contiene unas pocas líneas sin trascendencia sobre la destitución de Hoßbach en la p. 343. < <

[107] Guderian, p. 394. < <

[108] Hastings, p. 283; Roland Kaltenegger, *Schörner: Feldmarschall der letzten Stunde,* Múnich y Berlín, 1994, pp. 265-266; Siebel-Achenbach, pp. 59, 71-72. La intención inicial de Hitler era que el mariscal de campo Model asumiera el mando. Sin embargo, decidió que era necesario con urgencia en el oeste, por lo que le entregó el mando a Schörner. *TBJG,* II/15, pp. 135 (16.1.45), 138 (17.1.45). < <

[109] Citado en *DRZW,* 10/2, p. 39 (Kunz). < <

[110] BA/MA, N60/74, NL Schörner, «Tragödie Schlesien, März 1945», fol. 2 (1958). < <

[111] BAB, NS6/353, fols. 157-158, Bormann, Bekanntgabe 28/45, Ungehorsam und falsche Meldungen; contiene la orden de Keitel en el apéndice; también IfZ, Fa. 91/4, fol. 1069. < <

[112] Al parecer, ya se había acordado unos días antes entregar el mando a Himmler, sobre todo, según Goebbels, porque era necesaria una «mano firme» para convertir a las tropas que «retrocedían» del avance de los soviéticos en nuevas unidades de combate. Goebbels incluso sugirió el nombramiento de Himmler como comandante en jefe del ejército de tierra para relevar a Hitler de este deber, pero Hitler no estaba dispuesto a llegar tan lejos y declaró que Himmler tenía que demostrar primero que podía asumir el mando operativo. *TBJG,* II/15, pp. 165 (20.1.45), 181 (22.1.45), 195 (23.1.45). < <

[113] *DZW,* 6, p. 513. <<

[114] IWM, FO645/155, interrogatorios de Karl Dönitz, 30.9.45, p. 5; 2.10.45, p.2 (en inglés). < <

[115] IfZ, ZS1810, Bd. II, fol. 54, entrevista a Dönitz de Barry Pree, 18.11.74. < <

[116] Citado en Schwendemann, «Endkampf», p. 20; también Schwendemann, «Tod zwischen den Fronten», p. 45. < <

[117] Cuando habló con él el 27 de enero, Goebbels encontró a Göring «casi derrotista» y deprimido, pero incluso entonces confiaba en que Hitler trataría de hallar una solución política *TBJG,* 15/II, p. 250 (28.1.45). < <

[118] *DZW,* 6, p. 572. < <

[119] *DRZW,* 9/1 (Heinemann), p. 884. < <

[120] *DRZW,* 9/1 (Heinemann), p. 882. <<

[121] *DRZW,* 10/1 (Lakowski), p. 559. < <

[122] *DZW, 6,* pp. 575,591. <<

[123] David K. Yelton, *Hitler's Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany,* 1944-1945, Lawrence, Kan., 2002, p. 131. <<

[124] Citado en *DZW,* 6, p. 513. < <

[125] *DZW, 6,* pp. 513-514. <<

[1] Véase, en general, para una interpretación similar, Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany,* Oxford, 2001. < <

[2] Sobre la malévola descripción de los judíos, que no disminuyó cuando estos fueron deportados de Alemania, véase Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust,* Cambridge, Mass, 2006, y la aportación de Herf, «"Der Krieg und die Juden": Nationalsozialistische Propaganda im Zweiten Weltkrieg», en *DRZW,* 9/2, pp. 159 y ss. < <

[3] BAB, NS19/2454, fols. 1-3 V: SS-Kriegsberichter-Abteilung, SS-Standarte «Kurt Eggers», 26-30.1.45. < <

[4] *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht. Dokumente,* ed. Gerhard Forster y Richard Lakowski, Berlin, 1975, p. 144 (5.2.45). <<

[5] NAL, WO 219/4713, SHAEF, informes, 15.2.45, 20.2.45. La amenaza de la «responsabilidad familiar» (*Sippenhaft*) contra los soldados que se juzgaba que no cumplían su deber fue utilizada en numerosas ocasiones por los comandantes de la Wehrmacht con fines disuasorios. La cumplieron en algunos casos, aunque fueron excepciones y no la norma. Véase Robert Loeffel, «Soldiers and Terror: Re-evaluating the Complicity of the Wehrmacht in Nazi Germany», *German History,* 27 (2009), pp. 514-530. < <

[6] Testimonio (en inglés) de un prisionero de guerra, capturado en el oeste, que había regresado del frente oriental: LHC, Dempsey Papers, nº 273, parte II, p. 7 (3-3-45). <<

[7] BAB, NS6/135, fols. 44,118-121, Gauleitung Mageburg-Anhalt, informe de 16.2.45; informe de Landratsamt in Mähr.-Schönberg, 17.2.45. < <

[8] BAB, NS6/135, fol. 11, Auszug aus einem Bericht des Pg. Waldmann, Inspektion-Mitte, 7.3.45 (en referencia a las impresiones recopiladas a principios de febrero). < <

[9] BAB, NS19/3705, fols. 6-13, «Beobachtungen im Heimatkriegsgebiet», 22.2.45, y carta adjunta de Bormann a Himmler, 1.3.45. < <

[10] BAB, NS19/2068, fols. 6-6 V, 20-20 V, «Meldungen aus dem Ostraum», Müllrose, 16.2.45, Mark Brandenburg, 21.2.45. Informes sobre los saqueos generalizados en la zona del Óder como una señal de desmoralización también en *DZW,* 6, p. 514. Según escribió a mediados de febrero el ayudante de Goebbels, Wilfred von Oven, «la moral de los soldados alemanes en el frente oriental empeora día a día». Wilfred von Oven, *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende,* Tubinga, 1974, p. 578 (11.2.45). < <

[11] BAB, R55/601, fol. 284, Tätigkeitsbericht der RPÄ, 21.2.45. <<

[12] *Das letzte halbe Jahr: Stimmungebrichte der Wehrmachtpropaganda 1944/45,* ed. Wolfram Wette, Ricarda Bremer y Detlef Vogel, Essen, 2001, pp. 236-237 (7.2.45). < <

[13] *Das letzte halbe Jahr,* p. 251 (23.2.45). < <

[14] BHStA, MA 106695, informe de RP v OB, 9.2.45. Y véanse más ejemplos en Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995, pp. 819-820, y Marlis Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen,* Düsseldorf y Viena, 1970, pp. 546 ss. < <

[15] BAB, R55/620, fols. 129-131 v, informe del SD al secretario de Estado doctor Naumann, Ministerio de Propaganda, «Situation in Wien». 1.3.45. El estado de ánimo de la población en Viena había sido especialmente malo, según un informe del mes de septiembre anterior, cuando se afirmaba que estaba muy extendido el derrotismo, lo que exponía a la población a la agitación comunista. BAB, NS6/166, fols. 23-27, Kaltenbrunner to Bormann, 14.9.44. Y véase Ludwig Jedlicka, «Ein unbekannter Bericht Kaltenbrunners über die Lage in Österreich im September 1944», en Ludwigjedlicka, *Der 20. Juli 1944,* Viena, 1985, pp. 82-86; y Timothy *Kirk, Nazism and the Working Class in Austria,* Cambridge, 1996, pp. 130-132. < <

[16] StAM, LRA 29656, fol. 573, SD-Außenstelle Berchtesgaden, 7-3-45. < <

[17] NAL, WO 219/1587, SHAEF, sumario de resúmenes de inteligencia aportados por informadores, 20-25.2.45. < <

[18] Goebbels señaló que «el fiasco de las marchas de Prusia Oriental se atribuye principalmente al partido y se arremete contra la jefatura de este en Prusia Oriental». *TBJG,* II/15, p. 374 (13.2.45). < <

[19] BAB, NS19/3833, fol. 1, Gottlob Berger al SS-Standartenführer Rudolf Brandt, 18.2.45. < <

[20] BAB, NS6/135, fol. 44, informe de Gauleitung Magdeburg-Anhalt, 16.2.45. < <

[21] StAM, NSDAP 35, sin folio, Gauorganisationsleiter München-Oberbayern al Kreisleiter, etc., 21.2.45. A principios de enero, los Gauleiter habían criticado duramente el uso de «uniformes de fantasía» y otro «vestuario» cuando los funcionarios del partido elegían ellos mismos el color y el corte de sus uniformes. StAM, NSDAP 52, sin folio, Gauorganisationsleiter München-Oberbayem al Gauamstsleiter y Kreisleiter, 3.1.45. < <

[22] Véase Henke, p. 829. <<

[23] Mark Mazower, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, 2008, pp. 528-529. Frank fue arrestado por las tropas estadounidenses el 4 de mayo, en Núremberg, y ahorcado por su participación en crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. <<

[24] IfZ, NO-3501, informe del SS-Staf. Hübner, 16.3.45; National Archives, Washington, NND 871063, informes sobre la detención y el interrogatorio de Greiser, 17.5.45, 1-6.45; Jürgen Thorwald, *Es begann an der Weichsel: Flucht und Vertreibung der Deutschen aus dem Osten,* edición de bolsillo, Múnich, 1995 (1ª ed., 1949), pp. 69-79; Catherine Epstein, *Model Nazi: Arthur Greiser and the Occupation of Western Poland,* Oxford, 2010, pp. 298-304. < <

[25] *TBJG,* II/15, pp. 223 (25.1.45), 231-232 (26.1.45), 357 (11.2.45); von Oven, *Finale Furioso,* p. 551 (23.1.45). < <

[26] BAB, R55/622, fols. 181-182, cartas enviadas al RPÄ. Y véase BAB, NS6/135, fols. 30-32, informe del 20.2.45 del Lieutenant Klein, NS-Führungsstab OKH Potsdam, sobre las impresiones negativas de los miembros del partido, sobre todo un SS-Obersturmführer, durante las marchas desde Wartheland entre el 19 y el 25 enero. Por inaudito que parezca, el 20 de febrero, un mes después de haber huido, Greiser envió un informe final, desde la seguridad de Karlsbad, a Himmler y Bormann sobre la creación y el despliegue de la *Volkssturm* en el Warthegau. BAB, R43 II/692 b, fols. 109-124(20-21.2.45). <<

[27] BAB, NS6/353, fols. 30-30 v, PK Rundschreiben 65/45, 12-2.45. Solo unos días más tarde, la cancillería del partido recibió otro deprimente informe sobre los fallos de las autoridades en el Warthegau en enero. BAB, NS6/135, fols. 30-32, informe del Lieutenant Horst Klein, NS-Führungsstab OKH Potsdam, con una recomendación adjunta para Pg. Willi Rüder en la cual indicaba que, a fin de restablecer la confianza en el partido, se tomaran medidas drásticas contra todos los miembros destacados de este que se creyera que incumplían sus deberes. < <

[28] Von Oven, *Finale Furioso,* p. 572 (7.2.45). < <

[29] IfZ, Fa 91/4, fols. 1075-1078, GBV an die Obersten Reichsbehörden, 1.2.45; *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht,* p. 152. < <

[30] 1945: *Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht,* pp. 152-154. < <

[31] Por ejemplo, BAB, NS6/353, fol. 15, Rundschreiben 43/45, 30.1.45; fol. 49, Rundschreiben 86/45, 17.2.45; fol. 106, Anordnung 23/45, 21.1.45. < <

[32] BAB, NS6/354, fol. 134, PK Anordung 48/45 g, 1.2.45. < <

[33] BAB, NS6/353, fols. 121-122, PK Anordnung 98/45, 23.2.45.
<<

[34] BAB, NS6/353, fols. 65-66 v, PK Rundschreiben 113/45, «25. Jahrestag der Verkündung des Parteiprogramms», 24.2.45. < <

[35] BAB, NS6/353, fols. 157-158, PK Bekanntgabe 28/45, 26.1.45 y Anlage. < <

[36] Uno de ellos, el Feldjägerkommando II, destacado detrás de las líneas del Grupo de Ejércitos Centro, declaró haber capturado a 136.000 soldados en febrero, de los que casi 200 fueron llevados a juicio y 46 condenados a muerte. Consideraba que el porcentaje de soldados arrestados con respecto al número de tropas que combatían no era excepcional, en vista de la situación militar. *DRZW,* 9/1 (Forster), p. 638. < <

[37] Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945,* edición de bolsillo, Múnich, 1982, p. 228 (25.1.45). < <

[38] IfZ, Fa. 91/5, fol. 1239, Aufruf Himmlers, 31.1.45; BAB, R55/610, fols. 161 y ss., RPÄ Danzig al secretario de Estado doctor Naumann, Ministerio de Propaganda, 31.1.45, con la proclama de Himmler adjunta. <<

[39] BAB, NS6/354, fols. 60-61 v, PK Rundschreiben 59/45 g, «Erfassung von versprengten Wehrmachtangehörigen», 6.2.45, y anexo adjunto reproduciendo la orden del OKW del 2.2.45. Un mes más tarde, el 5 de marzo, el mariscal de campo Keitel transmitió una orden de Hitler de que se interrumpiera toda ayuda económica a las familias de los soldados hechos prisioneros sin haber sido heridos o sin haber combatido claramente hasta el final. Publicado en Rolf-Dieter Müller y Gerd R. Ueberschär, *Kriegsende 1945: Die Zerstörung des Deutschen Reiches,* Frankfurt am Main, 1994, p. 163. <<

[40] Andreas Kunz, «Die Wehrmacht in der Agonie der nationalsozialistischen Herrschaft 1944/45: Eine Gedankenskizze», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1949 in Deutschland,* Múnich, 2002, p. 103 n. 26. < <

[41] BAB, NS19/3705, fols. 1-5, Bormann a Himmler, «Vorbereitungen für die bevorstehende Feindoffensive im Westen», y circular adjunta a los Gauleiter del oeste, 8.2.45. < <

[42] BAB, NS6/354, fols. 135-136, PK Anordnung 67/45 g, 13.2.45.
<<

[43] BAB, NS6/354, fols. 81-84, PK Rundschreiben 92/45 g, Rs., 20.2.45. < <

[44] StAM, NSDAP 35, Gauleitung München-Oberbayern, Rundschreiben n° 5, 22.2.45. < <

[45] BAB, NS19/2721, fol. 4-4 v, Oberbefehlshaber der Heeresgruppe Weichsel, 12.2.45. < <

[46] *TBJG,* II/15, p. 459 (9.3.45). Se decía que los cadáveres de los soldados alemanes ahorcados en un puente del Óder cerca de Frankurt a mediados de febrero habían incitado a miles de «rezagados» a volver al servicio en el frente. Wilffed von Oven, *Mit Goebbels bis zum Ende,* vol. 2, Buenos Aires, 1950, p. 246 (16.2.45). < <

[47] BAB, NS6/756, fols. 2-6, Bormann, «Verstärkung der kämpfenden Truppe», 28.2.45. < <

[48] Norbert Haase, «Justizterror in der Wehrmacht», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedier, *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006, pp. 84-85, calcula que medio millón de soldados alemanes podrían haber sido condenados por los consejos de guerra a lo largo de la guerra, lo que implica que las cifras hasta finales de 1944 se duplicaron en los últimos cuatro meses. Hubo 18 veces más condenas a muerte que en el periodo transcurrido entre junio de 1941 y noviembre de 1944. Fritz Wullner, *NS-Militärjustiz und das Elend der Geschichtsschreibung,* Baden-Baden, 1991, p. 461, calcula una cifra de 300.000 desertores hasta finales de 1944. Sobre la organización del aparato de terror en el seno de la Wehrmacht, incluido el amplio uso de la Geheime Feldpolizei, véase John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45,* Paderborn, 2009, pp. 139-165. < <

[49] Benjamin Ziemann, «Fluchten aus dem Konsens zum Durchalten: Ergebnisse, Probleme und Perspektiven der Erforschung soldatischer Verweigerungsformen in der Wehrmacht 1939-1945», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999, pp. 594-596, 599; Otto Hennicke, «Auszüge aus der Wehrmachtkriminalstatistik», *Zeitschrift für Militärgeschichte,* 5 (1966), pp. 442 y 450; Manfred Messerschmidt y Fritz Wullner, *Die Wehrmachtjustiz,* Baden-Baden, 1987, p. 91; Richard Bessel, *Germany 1945: From War to Peace,* Londres, 2009, p. 63. La cifra de 35.000 subestima la magnitud de las deserciones. Un cálculo sitúa la cifra en más de 100.000. Manfred Messerschmidt, «Deserteure im Zweiten Weltkrieg», en Wolfram Wette (ed.), *Deserteure der Wehrmacht,* Essen, 1995, p. 62. Otros 35.000 frieron condenados por otras infracciones del derecho militar (Ziemann, p. 604). Sobre los procedimientos para pronunciar sentencias de muerte en la Wehrmacht, véase Manfred Messerschmidt, *Die Wehrmachtjustiz 1955-1945,* Paderborn, 2005, pp. 393-400. < <

[50] Messerschmidt, «Deserteure im Zweiten Weltkrieg», p. 61; Haase, p. 85 y p. 100 n. 26; *DRZW,* 9/1 (Echtemkamp), p. 50. Aunque las democracias occidentales liberales ejecutaban a pocos soldados, Alemania no fue el único régimen autoritario que aplicó castigos draconianos. Japón ejecutó a 22.253 soldados; los cálculos (aunque es necesaria una investigación más exhaustiva) sugieren que hasta 150.000 podrían haber sido ejecutados en la Unión Soviética. Ulrich Baumann y Markus Koch (eds.), *«Was damals Recht war...»: Soldaten und Zivilisten vor Gerichten der Wehrmacht,* Berlin-Brandeburgo, 2008, p. 184. < <

[51] Por ejemplo, BAB, R55/620, fol. 132, informe del SD al secretario de Estado doctor Naumann, Ministerio de Propaganda, «Stimmung und Haltung der Arbeiterschaft» (sobre las opiniones de los trabajadores de Mecklenburgo), 1.3.45. < <

[52] BA/MA, N60/17, NL Schörner, carta de Schörner al Oberst i.G. Thilo von Trotha, Generalstab des Heeres, jefe de operaciones-Abt., 22.2.45. Citado parcialmente en Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945,* Múnich, 2007, p. 113. < <

[53] BAB, NS6/354, fols. 163-165V, PK Bekanntgabe 149/45g, 19.3.45, con una copia adjunta del mensaje de cuatro páginas de Schörner fechado el 27.2.45. < <

[54] BA/MA, N712/15, NL Pollex, coronel Curt Pollex, Auszüge aus Briefen, fol. 35, 18.2.45. < <

[55] BAB, R55/610, fols. 156-159, correspondencia relacionada con la propaganda en el Ruhr, 19.12.44-12.1.45. < <

[56] Von Oven, *Finale Furioso,* p. 584 (22.2.45). < <

[57] Véase el intento de Bormann de controlar la propagación del rumor en BAB, NS6/353, fols. 16-17, «Bekämpfung beunruhigender Gerüchte über die Frontlage», 1.2.45. < <

[58] IfZ, Fa91/2, fols. 278-281, «Vorlage: Sondereinsatz Politischer Leiter an Brennpunkten der Ost-und Westfront», 17.2.45. < <

[59] BAB, R55/608, fols. 35-36, Chef des Propagandastabes, Mundpropagandaanweisung, betr. Kriegslage, 17.2.45. < <

[60] BHStA, Reichsstatthalter Ep. 681/1-8, ministro del Interior del Reich a los comisarios de defensa del Reich, etc., 28.2.45. < <

[61] BA/MA, RH 19/IV/228, fol. 10, Hinweis für die NS-Führung der Truppe, 4.2.45. < <

[62] *DZW,* 6, p. 627, citando una carta a Bormann de Joachim Albrecht Eggeling, Gauleiter de Halle-Merseburg, 10.2.45. < <

[63] BAB, NS6/137, fols. 40-41, Flugblatt (im Entwurf): «An die Verteidiger von Berlin», 24.2.45. < <

[64] Citado en Steinert, p. 559. < <

[65] *TBJG,* II/15, p. 352 (10.2.45). < <

[66] BAB, NS6/354, fols. 137-138 V, PK Anordnung n° 79/45g, Standgerichte, 15.2.45, y «Verordnung über die Errichtung von Standgerichten vom 15. February 1945», *Reichsgesetzblatt,* Teil 1, n° 6, 20.2.45, p.30; publicado en Müller y Ueberschär, pp. 161-162. < <

[67] BAB, NS19/3705, fol. 4, Vorbereitungen auf Feindoffensive im Westen, Fernschreiben de Bormann a los Gauleiter occidentales, apéndice sin fecha de su carta a Himmler, 8.2.45. < <

[68] Henke, p. 845. < <

[69] Henke, p. 846. <<

[70] Haase, p. 86. < <

[71] «*Führer-Erlasse*» 7959-1945, ed. Martin Moll, Stuttgart, 1997, p. 483; también publicado en Müller y Ueberschär, pp. 163-164. Sobre el funcionamiento de los consejos de guerra sumarios, véase Messerschmidt, *Die Wehrmachtjustiz 1933-1945,* pp. 411-415; y también Jürgen Zarusky, «Von der Sondergerichtsbarkeit Zum Endphasenterra: Loyalitätserzwingung und Rache am Widerstand», en Cord Arendes, Edgar Wolfram y Jörg Zedier (eds.), *Terror nachlanen: Verbrechen an Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006, p. 114. La ampliación a los «consejos de guerra itinerantes» se indica en la circular de Bormann a los Gauleiter, NS6/354, fol. 88v, RS 123/45 g, 9.3.45. < <

[72] Véase Henke, pp. 846 y ss., para ejemplos de su práctica. < <

[73] Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches,* Bonn, 1985, pp. 270-271, p. 430 n. 3. < <

[74] BAB, R43 II/650 c, fols. 119-125, Kampfkommandant Reichskanzlei, Führerbefehl v. 4.2.45 über «Verteidigung der Reichskanzlei bei inneren Unruhen», 4-10.2.45. < <

[75] NAL, WO 208/5622, fol. 122 A, 29.8.44. El general en cuestión, Dietrich von Choltitz, había sido comandante de la Wehrmacht en París en el momento de la liberación de la ciudad en agosto de 1944. < <

[76] Jill Stephenson, *Hitler's Home Front: Württemberg under the Nazis,* Londres, 2006, p. 285. < <

[77] Von Kardorff, pp. 208-209 (30.11.44). < <

[78] Herbert, pp. 327-335; Andreas Heusler, «Die Eskalation des Terrors: Gewalt gegen ausländische Zwangsarbeiter in der Endphase des Zweiten Weltkrieges», en Arendes, Wolfram y Zedier, pp. 172-182. < <

[79] Citado en Gerhard Paul y Alexander Primavesi, «Die Verfolgung der “Fremdvölkischen”: Das Beispiel der Staatspolizeistelle Dortmund», en Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo: Mythos und Realität,* Darmstadt, 1995, p. 398. < <

[80] Gerhard Paul, «“Diese Erschießungen haben mich innerlich gar nicht mehr berührt”: Die Kriegsendphasenverbrechen der Gestap. 1944/45»,en Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo im Zweiten Weltkrieg: «Heimatfront» und besetztes Europa,* Darmstadt, 2000, p. 548. < <

[81] Paul y Primavesi, p. 399; también Paul, p. 549; Bessel, p. 55. < <

[82] Citado en Paul, p. 550. <<

[83] Sobre las circunstancias especiales en Colonia, véase Bernd-A. Rusinek, «“Wat denkste, wat mir objerümt han”: Massenmord und Spurenbeseitigung am Beispiel der Staatspolizeistelle Köln 1944/45»,en Paul y Mallmann, *Die Gestapo: Mythos und Realität,* pp. 402-416. < <

[84] Paul, pp. 553-557; Herbert, pp. 336-337; Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany,* New Haven y Londres, 2004, pp. 332-333. < <

[85] IWM, F.2, AL 1753, estadísticas del SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt: 511.537 hombres y 202.674 mujeres, 714.211 en total el 15 de enero de 1945, vigilados por 37.674 hombres y 3.508 mujeres; Martin Broszat, «Nationalsozialistisches Konzentrationslager 1933-1945», en Hans Buchheim *et al., Anatomie des SS-Staates,* Olten y Freiburg im Breisgau, 1965, vol. 2, p. 159; Wachsmann, p. 395; Daniel Blatmann, «Die Todesmärsche Entscheidungsträger, Mörder und Opfer», en Ulrich Herbert, Karin Orth y Christoph Dieckmann (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 2, Gotinga, 1998, p. 1067; Gerald Reitlinger, *The Final Solution,* Sphere Books ed., Londres, 1971, pp. 501, 639 n. 30; Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Fersecution and Murder of the Jews,* Oxford, 2010, p. 418. < <

[86] Felix Kersten, *The Kersten Memoirs,* 1940-1945, Londres, 1956, p. 277 (12.3.45), y también p. 275 (2.3.45); y *DZW,* 6, p. 643 (donde la mención de Himmler de una orden del Führer está fechada el 5.3.45). Himmler visitó a Kersten en el sanatorio de Hohenlychen cada mañana entre el 4 y el 13 de marzo (BAB, NS19/1793, Termine des Reichsführer-SS, fols. 5-15). No ha salido a la luz ninguna orden escrita específica de Hitler relativa al asesinato de los prisioneros de los campos, aunque parece que los oficiales de alto rango de las SS conocían una directiva general, casi con toda seguridad verbal, de que no se dejara atrás a los prisioneros al acercarse el enemigo, y es muy posible que se usara como una orden implícita de matar a aquellos que tenían a su cargo si el campo corría peligro de caer en manos del enemigo. Sin embargo, en la práctica, hubo pocos casos en los que se ejecutó a todos los prisioneros antes de la evacuación. Las decisiones sobre la vida y la muerte de los prisioneros se tomaban en escalafones inferiores, a escala local. Daniel Blatmann, «Rückzug, Evakuierung und Todesmärsche 1944-1945», en Wolfgang Benz y Barbara Distel (eds.), *Der Ort des Terrors: Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager,* vol. 1, Múnich, 2005, pp. 300-301. <<

[87] Karin Orth, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager: Eine politische Organisationsgeschichte,* Hamburgo, 1999, pp. 272-273. < <

[88] No se ha encontrado ninguna orden escrita explícita al respecto (salvo para las prisiones del Gobierno General de Polonia). Paul, pp. 550-551 y nn. 31-33; Gabriele Hammermann, «Die Todesmärsche aus den Konzentrationslagern 1944/45», en Arendes, Wolfram y Zedier, pp. 122-123, 125; Blatman, «Die Todesmärsche», pp. 1068-1070, 1086; Eberhard Kolb, «Die letzte Kriegsphase: Kommentierende Bemerkungen», en Herbert, Orth y Dieckmann, p. 1131; *DZW,* 6, p. 643. <<

[89] *Kommandant in Auschwitz: Autobiographische Aufrechnungen des Rudolf Höss,* ed. Martin Broszat, edición de bolsillo, Múnich, 1963, p. 145 n. 1; Saul Friedländer, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945,* Londres, 2007, p. 648; Daniel Blatman, «The Death Marches, January-May 1945: Who Was Responsible for What?», *YVS,* 28 (2000), pp. 168-171, 198-199. <<

[90] Rudolf Höss ofrece una vivida impresión del caos en *Kommandant in Auschwitz,* pp. 145-147. < <

[91] Walter Schellenberg, *Schellenberg,* edición de bolsillo, Londres, 1965, pp. 167-170; Peter R. Black, *Ernst Kaltenbrunner: Ideological Soldier of the Third Reich,* Princeton, 1984, pp. 228-230; Friedländer, pp. 621-625, 647-648; Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie,* Múnich, 2008, pp. 728-730; Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head,* Londres, 1972, pp. 524-525; Hammermann, p. 126; Yehuda Bauer, *Jews for Sale? Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945,* New Haven, 1994, pp. 239-251; Simone Erpel, *Zwischen Vernichtung und Befreiung: Das Frauen-Konzentrationslager Ravensbrück in der letzten Kriegsphase,* Berlin, 2005, pp. 97-154 (donde se ofrece la cifra de prisioneros de los campos salvados por esta vía al final de la guerra, sobre todo gracias a la iniciativa sueca, en 15.345, de los que 7.795 eran escandinavos, un porcentaje que, no obstante, como señala, subestima la cifra de no escandinavos rescatados). Los informes de los servicios secretos para los Aliados occidentales afirmaban que las negociaciones sobre la liberación de una cantidad de judíos habían causado «sensación» en Berlín y los dirigentes nazis las habían censurado, incluido Julius Streicher. NAL, WO 219/1587, fol. 734, SHAEF, informe, 25.2.45. < <

[92] Blatman, «Die Todesmärsche», pp. 1069-1072; y Daniel Blatman, *Les Marches de la mort: La dernière étape du génocide nazi, été 1944-printemp. 1945,* Paris, 2009, pp. 96-100, 127-131. < <

[93] Orth, p. 279. < <

[94] Wachsmann, pp. 324-325. <<

[95] Wachsmann, pp. 325-333. < <

[96] Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»,* Londres, 2005, p. 301, basado en cifras facilitadas por el Museo de Auschwitz-Birkenau. < <

[97] Sybille Steinbacher, *Auschwitz: A History,* Londres, 2005, p. 124.
< <

[98] Andrzej Strzelecki, «Der Todesmarsch der Häftlinge aus dem KL Auschwitz», en Herbert, Orth y Dieckmann, p. 1103; Danuta Czech, *Kalendarium der Ereignisse im Konzentrationslage Auschwitz-Birkenau 1939-1945,* Reinbek bei Hamburg, 1989, pp. 966-967. < <

[99] *Kommandant in Auschwitz,* p. 146 (donde Höss también usaba la expresión «columnas de miseria»). < <

[100] ITS, Bad Arolsen, Tode 80,00030 a, Häftlingstransport von Birkenau nach Gablonz, 2.4.46. Véase también *Kommandant in Auschwitz,* p. 146; y Czech, p. 968. < <

[101] Monika Richarz, *Jüdisches Leben in Deutschland: Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945,* Stuttgart, 1982, pp. 443-446 (narración de Paul Heller basada en anotaciones en diarios escritos en aquel momento). < <

[102] Richarz, pp. 448, 450-451. <<

[103] Strzelecki, p. 1102; Blatman, *Les Marches de la mort,* pp. 112, 140. <<

[104] Richarz, p. 452. <<

[105] ITS, Tote 80, 60282 a, Marches de la Mort, Groß-Rosen - Leitmeritz, 4.4.46. < <

[106] Isabell Sprenger, «Das KZ Groß-Rosen in der letzten Kriegsphase», en Herbert, Orth y Dieckmann, pp. 1113-1124. En una sola marcha (p. 1122), murieron 500 de los 3.500. < <

[107] Orth, pp. 282-287; Blatman, *Les Marches de la mort,* pp. 126-132; Blatman, «The Death Marches», pp. 174-179. Véase también Olga M. Pickholz-Barnitsch, «The Evacuation of the Stutthof Concentration Camp», *Yad Vashem Bulletin,* 16 (1965), pp. 37-39. Según las cifras de las SS, en Stutthof había 18.436 hombres y 30.199 mujeres (48.635 personas en total) el 15 de enero de 1945. IWM, F.2, AL 1753, SS-Wirtschafts-Verwaltungs-Hauptamt, listado de los campos de concentración con las cifras de guardias y prisioneros 1 y 15.1.45. Cuando empezaron las evacuaciones, el número se había reducido a 46.331 prisioneros. Blatman, «The Death Marches», p. 175, basado (cf. n. 43) en la última lista del 24.1.45. < <

[108] Blatman, *Les Marches de la mort,* p. 140. <<

[109] Hammermann, pp. 140-141; Sprenger, pp. 120-121; Katharina Eiliger, *Und tief in der Seele das Feme: Die Geschichte einer Vertreibung aus Schlesien,* Reinbek bei Hamburg, 2006, pp. 71-74 (donde menciona ver, de niña, a una miserable columna de prisioneros de Auschwitz que pasó por su pueblo, cerca de Ratibor, en Silesia, a los que arrojó pan antes de cerrar rápidamente la ventana cuando el guardia reaccionó de forma negativa). < <

[110] Véase Richard Overy, *Why the Allies Won,* Londres, 1995, pp. 112-133, para una valoración de Harris y la estrategia de bombardeos de los Aliados, quien concluye (p. 133) que «la ofensiva aérea fue uno de los elementos decisivos de la victoria aliada». La política de «bombardeos de área» de ciudades ya se había decidido, tras un cambio de táctica sugerido por el asesor científico de Churchill, lord Cherwell (antes, profesor Frederick Lindemann), a causa del fracaso de los bombardeos del precisión, justo antes de que Harris se hiciera cargo del Bomber Command el 22 de febrero de 1942. Harris, que tenía una excelente relación con Churchill en aquel momento, fue quien inspiró la puesta en práctica de dicha estrategia, consagrándose «a la vital necesidad de atacar Alemania en el interior, donde realmente dolería». Henry Probert, *Bomber Harris: His Life and Times,* Londres, 2001, pp. 122, 126-146; Max Hastings, *Finest Years: Churchill as Warlord 1940-45,* Londres, 2009, pp. 246-249. < <

[111] Frederick Taylor, *Dresden: Tuesday* 14 *February 1945,* edición de bolsillo, Londres, 2005, p. 216. < <

[112] Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg,* edición de bolsillo, Múnich, 1975, pp. 197-198, 280-281, 414. < <

[113] Taylor, p. 427. < <

[114] Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945,* edición de bolsillo, Berlin, 2004, pp. 108-109, 312-316; Taylor, p. 428. < <

[115] Rüdiger Overmans, «Die Toten des Zweiten Weltkriegs in Deutschland», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg: Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz,* Múnich y Zurich, 1989, p. 860; Friedrich, p. 63, y *DRZW,* 10/1 (Boog), p. 868; *United States Strategie Bombing Survey,* Nueva York y Londres, 1976, vol. 4, pp. 7-10. < <

[116] Müller y Ueberschär, p. 160 (informe de 1955 de Theodor Ellgering, que en 1945 era Geschäftsführer des Interministeriellen Luftkriegsausschusses der Reichsregierung en Berlín, sobre sus impresiones al entrar en Dresde inmediatamente después del bombardeo para organizar las macabras operaciones de salvamento). < <

[117] Basado en Taylor, caps. 21-24. Véase también Götz Bergander, *Dresden im Luftkrieg,* Weimar, Colonia y Viena, 1994, esp. caps. 9-12; Friedrich, pp. 358-353; *DRZW,* 10/1 (Boog), pp. 777-798; Olaf Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland,* Berlin, 1990, pp. 400-412; Rolf-Dieter Müller, *Der Bombenkrieg 1959-1945,* Berlin, 2004, pp. 212-220; Paul Addison y Jeremy A. Crang (eds.), *Firestorm: The Bombing of Dresden, 1945,* Londres, 2006, esp. pp. 18-77 (colaboraciones de Sebastian Cox y Sönke Neitzel) y pp. 123-142 (examen de Richard Overy del debate después de la guerra); y Hastings, *Armageddon,* pp. 382-387. < <

[118] Victor Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten, vol. 2: Tagebücher 1942-1945,* Darmstadt, 1998, pp. 661, 669, 675-676 (13-14.2.45, 19.2.45). La discriminación contra los judíos llegaba hasta el punto de negarles la entrada a los «refugios antiaéreos arios durante los ataques aéreos». Klemperer, p. 644 (20.1.45). < <

[119] Este párrafo se basa en Taylor, pp. 397-402, 508. Un soldado de 18 años, totalmente conmocionado por lo que vio en Dresde, escribió en su diario que se hablaba de más de 200.000 muertos. Klaus Granzow, *Tagebuch eines Hitlerjungen 1943-1945,* Bremen, 1965, p. 159 (18.2.45). Las afirmaciones de la propaganda de que había habido 250.000 víctimas se valoran juiciosamente y se desmienten en Rolf-Dieter Müller, «Der Feuersturm und die unbekannten Toten von Dresden», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* 59 (2008), pp. 169-175. Evaluando todas las pruebas disponibles y las cifras que varían enormemente (algunas de hasta medio millón), una comisión de historiadores nombrada ex profeso comunicó su informe en 2010 y propuso la cifra de 25.000, un cálculo que ya era el de las investigaciones oficiales de 1945-1946. www.dresden.de/de/02/035/01/2010/03/pm_060.php, «Pressemitteilungen. 17.03.2010. Dresdner Historikerkommission veröffentlicht ihren Abschlussbericht». < <

[120] Taylor, p. 463. < <

[121] Friedrich, pp. 331-333,533-536. < <

[122] Friedrich, pp. 312-316. < <

[123] Taylor, pp. 413-414; *DRZW,* 10/1 (Boog), p. 798. < <

[124] Taylor, cap. 15. < <

[125] Taylor, pp. 412-424, 506. El ayudante de Goebbels, Wilfred von Oven, calculaba en una anotación de su diario del 15 de febrero un total de entre 200.000 y 300.000 víctimas y hablaba de una matanza sin precedentes en la historia de «300.000 mujeres, niños y civiles indefensos en pocas horas». Von Oven, *Finale Furioso,* pp. 580-582 (15.2.45). < <

[126] *Das Reich,* 4.3.45, p. 3, con el titular: «Masacre en Dresde. El Faro de la Resistencia». El artículo afirmaba que el bombardeo fue un intento de forzar la capitulación con un asesinato en masa para poder aplicar la «pena de muerte» a lo que quedaba. «Frente a esta amenaza —concluía—, no queda otra salida que resistir combatiendo». Véase también Bergander, pp. 184-185; y Taylor, p. 425. < <

[127] Klemperer, p. 676. < <

[128] BfZ, Sterz-Sammlung, cartas del DRK-Schwester Ursel C., 16.2.45, 20.2.45; O'Gefr. Rudolf L., 16.2.45, 18.2.45; O'Gefr. Ottmar M., 26.2.45. Solo una carta en Jörg Echternkamp (ed.), *Kriegsschauplatz Deutschland 1945: Leben in Angst — Hoffnung auf Frieden. Feldpost aus der Heimat und von der Front,* Paderborn, 2006, p. 152, menciona el bombardeo de Dresde, pero solo para expresar preocupación por la población y los parientes en la zona. Una carta que llegó a manos del ejército británico, fechada el 20 de febrero y enviada desde Unna, en Westfalia, no contenía ninguna mención directa al ataque sobre Dresde, pero hablaba de la amargura y la sensación de impotencia ante los «vuelos del terror» que se dirigían a Alemania, y de la determinación de seguir luchando y la certidumbre de la victoria. LHC, Dempsey Papers, n° 288 (18.3.45), parte II, p. 8. La población de Berlín parece haber estado comprensiblemente preocupada por los bombardeos sobre la capital, pero, según los informes de febrero de 1945, los agentes de la Wehrmacht que recopilaban información sobre la opinión de la población de la ciudad no registraron comentarios sobre Dresde, aunque se expresaban algunos sentimientos generales (por ejemplo, p. 252) de que la guerra prácticamente había acabado y no tenía sentido continuar. *Das letzte halbe Jahr,* pp. 248-293. Los presidentes de los gobiernos de las provincias bávaras no mencionaban en sus informes de marzo de 1945 las reacciones de la población, preocupada por sus propios asuntos, tras el bombardeo del Dresde. <<

[129] *BAB, R 55/622, fol. 181, Briefübersicht Nr. 10, 9.5.45.* <<

[130] Véase Von Oven, *Finale Furioso,* p. 579 (12.2.45), sobre la ira de Goebbels tras la declaración pública realizada por Ley de que la contención del Ejército Rojo en el Óder había sido «el milagro alemán», en un momento en el que decenas de miles de personas huían presas del pánico e intentaban desesperadamente llegar a la orilla occidental del río. < <

[131] Citado en Taylor, p. 42 8; Erich Kästner, *Notabene 1945: Ein Tagebuch,* Berlin, 1961, pp. 55-56 (8.3.45); Jacob Kronika, *Der Untergang Berlins,* Flensburgo, 1946, p. 70 (22.3.45). Goebbels, frustrado a menudo por las declaraciones de Ley, mencionaba en su diario la indignación por los comentarios de este último sobre Dresde. *TBJG,* II/15, p. 457 (9.3.45). El artículo de Ley, «Sin bagajes» («Ohne Gepäck»), había aparecido el 3 de marzo en *Der Angriff,* 53, p. 2. En una transmisión desde Breslau dos días más tarde, el Gauleiter Hanke sacó el tema a colación y declaró que lo que antes se veía como un bien cultural esencial (*unerläßliche Kulturgüter)* se podía considerar entonces «una cuestión de civilización totalmente prescindible» (*durchaus entbehrliches Zivilisationsgut)*. Kästner, p. 47 (5.3.45). < <

[132] Véase David Irving, *Goebbels: Mastermind of the Third Reich,* Londres, 1996, p. 503. < <

[133] BAB, NS19/1022, fol. 5, Brandt a Berlepsch, 3.1.45. El *Lebensleuchter* tenía, al parecer, la forma de una gran vela en un candelabro de estilo nórdico. Según la mención de un dossier, Himmler acordó unos días más tarde que se regalara el «candelabro de la vida» a todos los hijos de los profesores de las «NAPOLA» (Nationalpolitische Erziehungsanstalten), las escuelas del partido (controladas por entonces por las SS). El SS-Obergruppenführer Heißmeyer, jefe de las NAPOLA, debía entregar una lista de los niños al ayudante de Himmler, el SS-Standartenführer doctor Rudolf Brandt. Sin embargo, Brandt advertía de que la cantidad de candelabros disponible era muy reducida y estaban reservados solo para el tercer o cuarto hijo de una familia nacido durante la guerra, por lo que no sabía si se podría cumplir la promesa de Himmler. Heißmeyer dijo que conseguiría la información pertinente y dejó a Brandt decidir si se podría distribuir los candelabros. Al parecer, el dossier sobre este asunto absurdo fue consultado los días 1 febrero, marzo y abril de 1945, presumiblemente sin que se hiciera nada. BAB, NS19/424, fol. 2, Vermerk, 9.1.45. < <

[134] BAB, NS19/1318, fol. 3, Brandt a Berger, 10.1.45. < <

[135] BAB, NS19/2903, fol. 3, Brandt al Justizwachtmeister Ernst Krapoth, Oberhausen, 1.3.45. < <

[136] Albert Speer, *Erinnerungen,* Frankfurt am Main y Berlin, 1969, p.435. <<

[137] H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler,* edición de bolsillo, Londres, 1962, pp. 119-120, 134, 140 <<

[138] IWM, EDS, F.3, M.1.14/368 (2), sin folio, Krosigk: Memorandum zur heutigen Finanz-und Währungslage, 10.1.45; IWM, EDS, F.3, M.I. 14/368 (1), sin folio, distribuido a Bormann, Goebbels, Göring, el ministro de Economía, Walther Funk, y el comisario de precios, Hans Fischböck (8.2.45). En los interrogatorios realizados en la posguerra, Krosigk confirmó el grave deterioro de las finanzas del Reich después de julio de 1944, debido al empeoramiento de la situación militar. La gente no ahorraba; había que emitir billetes. Había un enorme y creciente déficit fiscal a principios de 1945. Ardley Microfilms, Irving Collection, Di/Göring/1, interrogatorio de Krosigk, 4.6.45; según Funk (interrogatorio del 4.6.45), las reservas de oro habían caído de 900 millones de marcos en 1940 e 400 millones en 1944. < <

[139] IWM, EDS, F.3, M.I. 14/368 (1), Krosigk a Speer, 26.2.45 (también en M.I. 14/285 [n° 26], Personal Papers of Albert Speer); Krosigk a Bormann, 26.2.45, 27.2.45. Krosigk a Funk, 28.2.45. Krosigk al doctor Gerhard Klopfer, jefe de la sección jurídica de la cancillería del partido y mano derecha de Bormann, 27.2.45. Véase también la carta de Speer a Krosigk sobre la situación financiera, BAB, R3/1624, fol. 5, 14.2.45, y Speer, p. 435. Krosigk había pedido una reunión con Speer el 13 de febrero. IWM, EDS, F.3, M.I. 14/369, sin folio, Krosigk a Speer, 13.2.45. < <

[140] *TBJG,* II/15, p. 613 (28.3.45). <<

[141] *The Bormann Letters,* ed. H. R. Trevor-Roper, Londres, 1954, pp. 170 (4.2.45). < <

[142] *The Bormann Letters,* p. 173 (5.2.45). <<

[143] *The Bormann Letters,* p. 177 (7.2.45). < <

[144] *The Bormann Letters,* p. 186 (19.2.45). Cuando Gerda Bormann huyó a Tirol a finales de abril, acompañada de sus nueve hijos, se llevó sus cartas y las de su marido. Gerda murió de cáncer en marzo de 1946, pero sus documentos, incluidas las cartas, fueron salvados por simpatizantes. Véase *The Bormann Letters,* pp. viii, xxii-xxiii. < <

[145] *TBJG,* II/15, pp. 328-329 (7.2.45), 334-335 (8.2.45), 357, 359 (11.2.45). Goebbels admitió la necesidad de una nueva directiva de Hitler para superar los obstáculos y poder cumplir el objetivo de los 768.000 hombres necesarios en agosto y obligar a la industria armamentística a ceder cada mes un contingente de 80.000 hombres, que se estaban resistiendo. Su frustración la documenta von Oven, *Finale Furioso,* pp. 575-577 (8.2.45). <<

[146] Von Oven, *Finale Furioso,* p. 587 (25.2.45). < <

[147] *TBJG,* II/15, p. 364 (12.2.45). < <

[148] Rudolf Semmler, *Goebbels — the Man Next to Hitler,* Londres, 1947, pp. 183-184 (18-20.2.45); Ralf Georg Reuth, *Goebbels,* Múnich y Zú-rich, 1990, pp. 581-582. La sugerencia sedujo a Hitler, y solo fue descartada cuando sus asesores militares señalaron que una violación tan flagrante de la Convención de Ginebra podía tener terribles consecuencias, ya que los Aliados podrían usar su superioridad aérea para iniciar una guerra con gas y armas químicas, y, de todos modos, tenían más prisioneros que los alemanes. *IMT,* vol. 35, pp. 181-186, doc. 606-D. Hitler ya le había dicho a Goebbels antes del bombardeo de Dresde que, en caso de que los británicos utilizaran gas, ordenaría ejecutar a 250.000 prisioneros de guerra británicos y estadounidenses. *TBJG,* II/15, p. 368 (12.2.45). < <

[149] Von Oven, *Finale Furioso,* p. 571 (7.2.45). < <

[150] Von Oven, *Finale Furioso,* pp. 587-588 (25.2.45); y véase también p. 577 (9.2.45). Goebbels sugirió a mediados de febrero abrir una vía con los británicos, pero Hitler pensaba, como siempre, que no había llegado el momento. En cualquier caso, Goebbels le había dicho a Hitler que era crucial mantener el oeste; que era más importante que perder territorio en el este. *TBJG,* II/15, pp. 367-368 (12.2.45). < <

[151] *TBJG,* II/15, p. 337 (8.2.45), 366 (12.2.45). <<

[152] Von Oven, *Finale Furioso,* p. 582 (16.2.45). <<

[153] *TBJG,* II/15, pp. 379-381 (13.2.45). < <

[154] *TBJG,* II/15, p. 383 (28.2.45). < <

[155] BAB, R3/1535, fols. 18-28, Zur Rüstungslage Februar-Marz 1945, con apéndices con estadísticas, fols. 29-31, cita fol. 28, 30.1.45. <<

[156] *TBJG,* II/15, p. 290 (1.2.45). < <

[157] Speer, p.432. < <

[158] Speer, p. 428, menciona el enfrentamiento entre Hitler y un furioso Guderian, a propósito de la retirada de las tropas de Curlandia que este había reclamado, como un posible signo de pérdida de autoridad. Sin embargo, Hitler tenía la última palabra. Las tropas incomunicadas en Curlandia siguieron allí. <<

[159] *TBJG,* II/15, pp. 311 (5.2.45), 338 (8.2.45). < <

[160] Von Oven, *Finale Furioso,* p. 588 (25.2.45). Forster aseguraba haberle hablado a Hitler directamente de entablar negociaciones con las potencias occidentales. Sin embargo, la secretaria de Hitler, Christa Schroeder, *Er war mein Chef: Aus dem Nachlaß der Sekretärin von Adolf Hitler,* Múnich y Viena, 1985, p. 74, recordaba una reunión posterior en la que Forster, que se había mostrado decidido a contarle a Hitler con la mayor franqueza la desesperada situación de Danzig, se marchó revitalizado y convencido de que Hitler podía salvar Danzig. < <

[161] Karl Wahl, «... *es ist das deutsche Herz»: Erlebnisse und Erkenntnisse eines ehemaligen Gauleiters,* Augsburgo, 1954, p. 385. Casi veinte años más tarde, Wahl dio una versión muy similar, aunque aún más apologética, de la reunión en Karl Wahl, *Patrioten oder Verbrecher,* Heusenstamm bei Offenbach am Main, 1973, pp. 155-161. < <

[162] Wahl, «*... es ist das deutsche Herz*», p. 386. < <

[163] Rudolf Jordan, *Erlebt und erlitten: Weg eines Gauleiters von München bis Moskau,* Leoni am Starnberger See, 1971, pp. 251-258 (citas, pp. 257-258). <<

[164] *TBJG,* II/15, p. 323 (6.2.45); Speer, p.431. < <

[165] *TBJG,* II/15, p. 377, sobre la admisión de Hitler de que Yalta suponía que no habría ninguna ruptura en la coalición; y p. 381 para el comunicado y la reacción de Goebbels al mismo. Un informe de los servicios secretos británicos del 2 2 de febrero sugería que «el destino desesperado que aguarda a Alemania tras la guerra podría ser una de las razones para proseguir con una lucha que cada día se vuelve más desesperada». Max Hastings, *Armageddon: The Battle for Germany 1944-45,* Londres, 2004, p. 417. Sobre las negociaciones de Yalta, véase *DRZW,* 10/2 (Loth), pp. 289-300. Las conclusiones de la Conferencia no fueron comunicadas de inmediato a la opinión pública alemana, aunque pronto se filtró información detallada, conseguida principalmente con escuchas ilegales de emisiones de radio extranjeras. *Das letzte halbe Jahr,* pp. 251-252 (23.2.45). <<

[166] Speer, p. 433. <<

[1] BA/MA, MSg 2/2697, diario del teniente Julius Dufner, fol. 151, 7.4.45. < <

[2] En todos los frentes, los alemanes podían reunir a principios de 1945 casi 320 divisiones debilitadas, incluidas las que estaban inmovilizadas en zonas periféricas como Noruega y Curlandia. En el este y en el oeste, sus enemigos se enfrentaban a ellos con unas 630 divisiones en plena fuerza, de las que casi 500 estaban en el frente oriental, http://www.angelfire.com/ct/ww2europe/stats.html. < <

[3] La película fue galardonada con varios premios. Sin embargo, parece que solo se proyectó unos pocos días en Berlín y que se mostró principalmente a miembros del partido y de la Wehrmacht. Véase David Welch, *Propaganda and the German Cinema 1933-1945,* Oxford, 1983, p. 234. Hitler, según Goebbels, estaba encantado con la repercusión de la película, que se decía que había causado una enorme impresión en el estado mayor general. *TBJG,* II/15, p. 370 (12.2.45). < <

[4] BAB, NS6/134, fol. 14, Kurzlage des Ob.d.M., 17.3.45. El 8 de marzo, Himmler le pidió ayuda, aunque sin muchos resultados, a Karl Kaufmann, el Gauleiter de Hamburgo y comisario del Reich para el transporte marítimo, a fin de que le proporcionara barcos para trasladar refugiados desde Danzig. BAB, NS19/2606, fols. 60-61, la petición de Himmler, transmitida por el Gauleiter Albert Forster, y la respuesta de Kaufmann, 8.3.45. < <

[5] Goebbels quería impedir la mención a la evacuación en el informe de la Wehrmacht. «Debido a los fuertes efectos psicológicos de la película *Kolberg,* no lo necesitamos de momento», señaló. *TBJG,* II/15, p. 542 (20.3.45). < <

[6] BA/MA, N647/13, NL Balck, Kriegstagebuch, Bd. 12, fol. 13. < <

[7] La descripción de los acontecimientos militares se basa en: *DZW,* 6, pp. 517-561; *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), pp. 409-443, (Lakowski), pp. 550-608; *DRZW,* 8 (Ungváry), pp. 919-943; Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg,* edición de bolsillo, Múnich, 1975, pp. 418-435; Heinz Guderian, *Panzer Leader,* Da Capo ed., Nueva York, 1996, pp. 411-429; Brian Taylor, *Barbarossa to Berlin: A Chronology of the Campaigns on the Eastern Front 1941 to 1945,* vol. 2, Stroud, 2004, pp. 280-306; John Erickson, *The Road to Berlin,* Cassell ed., Londres, 2003, pp. 443-447, 508-526; Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995, pp. 343-364, 377-390; Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II,* Cambridge, 1994, pp. 798-802, 810-814; Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1945,* edición de bolsillo, Londres, 2007, cap. 8; Max Hastings, *Armageddon: The Battle for Germany, 1944-45,* Londres, 2004, cap. 12. < <

[8] Kurt Pätzold y Manfred Weißbecker, *Geschichte der NSDAP 1920-1945,* Colonia, 1981, p. 378. < <

[9] BAB, NS6/137, fol. 6, nota de Willi Ruder, jefe del Arbeitsstab für NS-Führungsfragen en la cancillería del partido, 5.3.45; fol. 29, circular para distribuir entre los Gauleiter, 5.3.45. <<

[10] Los misiles de crucero V1 y los cohetes V2 no habían cumplido las expectativas. La escasez de combustible y la falta de pilotos limitaron mucho el despliegue de los cazas de reacción Me262, más rápidos que cualquier aparato de los Aliados. Solo se utilizaron unos 200, con grandes pérdidas, y apenas se producían nuevos prototipos de misiles y aviones cuando cesaron las hostilidades. *DRZW,* 10/1 (Boog), pp. 828-829. Al final de la guerra solo estaban disponibles unos pocos de los nuevos submarinos avanzados tecnológicamente, de los que Dönitz había convencido a Hitler que jugarían un papel tan crucial. Howard D. Grier, *Hitler, Dönitz and the Baltic Sea: The Third Reich's Last Hope, 1944-1945,* Annapolis, Md., 2007, pp. xviii-xix, 170-179. < <

[11] BAB, NS6/137, fols. 19-21, borrador de las directivas de propaganda para la Wehrmacht, 9.3.45. <<

[12] BAB, NS6/136, fols. 1,16-19, Parteirednereinsatz, 6.3.45, 13.3.45, 24.3.45. < <

[13] BAB, NS6/137, fols. 9-14, nota, probablemente para el Pg. Gerhard Klopfer, del SS-Obersturmbannführer doctor Beyer, de la oficina del SD III/V, con copia parcial adjunta del borrador de una conferencia del SS-Obersturmbannführer von Kilpinski y carta adjunta del 19.3.45 de Ernst Kaltenbrunner, jefe del SD, 20.3.45. < <

[14] BAB, R55/610, fols. 182-183, Westfalen-Süd, Merkpunkte zur Versammlungsaktion Februar/März 1945, 12.3.45. < <

[15] *Das letzte halbe Jahr: Stimmungsberichte der Wehrmachtpropaganda 1944/45,* ed. Wolfram Wette, Ricarda Bremery Detlef Vogel, Essen, 2001, p. 310 (31.3.45). < <

[16] BA/MA, MS g 2/2697, diario de Julius Dufner, fols. 123-127 (anotaciones del 5, 7, 9, 12.3.45). Hitler no depositó la corona en Berlín el último «Día del recuerdo de los héroes». Le sustituyó Göring. < <

[17] BAB, R55/622, fol. 181, Briefübersicht n° 10, 9.3.45. < <

[18] BAB, NS6/137, Der Reichspropagandaleiter der NSDAP an alle Gaupropagandaleiter, 5.3.45. < <

[19] *TBJG,* II/15, p. 471 (11.3.45). < <

[20] Guderian, p. 427. La idea, mencionada inicialmente por Goebbels tras el bombardeo de Dresde y respaldada al principio por Hitler, fue descartada después de que Jodl señalara que podía volverse en contra si los Aliados respondían con un trato similar a los prisioneros de guerra alemanes, y también podría incitarles a utilizar gas y armas químicas al bombardear Alemania en un momento en que disfrutaban de una enorme superioridad aérea. IMT, vol. 35, pp. 181-186, doc. 606-D. <<

[21] BAB, NS6/169, fols. 115-121, Guderian a Bormann, 26.2.45; Berieht des Dienstleiters der Partei-Kanzlei, Pg. Mauer, sin fecha. La característica denigración de los oficiales del estado mayor general, un tópico en los reportajes habituales de los propagandistas del partido, se repite, por ejemplo, en NS6/374, fol. 18, informe para el doctor Gerhard Klopfer, jefe del Abteilung III (Staatliche Angelegenheiten!) en la cancillería del partido, del Oberleutnant Koller, parte del equipo Sondereinsatz, 16.3.45, y en NS6/140, fols. 44-45, nota para Bormann, firmada por Willi Ruder, 6.3.45, que ofrece comentarios críticos sobre la asistencia de los oficiales del estado mayor general a un curso de NSFO en Egerndorf. Incluso Goebbels se oponía al continuo intento de convertir a los oficiales de la Wehrmacht en chivos expiatorios de las derrotas militares de los dos años anteriores y lo consideraba una crasa simplificación, con perjudiciales consecuencias para la autoridad de los oficiales. *TBJG,* II/15, p. 406 (3.3.45). La propia cancillería del partido creía que había que poner fin al incesante discurso sobre sabotajes y fracasos de los oficiales (que durante tanto tiempo había fomentado) si se quería mejorar la confianza entre los jefes del partido y de la Wehrmacht. NS6/137, fol. 27, nota para Bormann, 7.3.45. < <

[22] BAB, NS19/2068, fols. 57, 65, Meldungen aus dem Ostraum, 15.3.45 (incluye informes de Danzig, Stettin y Küstrin); además, para Küstrin, NS6/135, fols. 190, 192-198, parte de un largo informe para Borman del Kreisleiter de Küstrin-Königsberg, 5.4.45. < <

[23] BAB, NS6/354, fols. 100-101 v, Bormann: Rundschreiben 156/45g, Plünderungen durch deutsche Soldaten in geräumten Gebieten, a los Gauleiter y otros funcionarios del partido, 24.3.45, con una copia adjunta de la orden de Keitel del 8.3.45 amenazando con un consejo de guerra a cualquier soldado sospechoso de saqueo. Véase también NS6/135, fol. 83, Pg. Noack (de Abt. IIF de la cancillería del partido, Arbeitsstab für NS-Führungsfragen) al NS-Führungsstab der Wehrmacht, informando de las quejas sobre saqueos de propiedades por los soldados, 14.3.45; y fol. 199, Vermerk für Pg. Stosch, sobre saqueos, 19.3.45. < <

[24] *DZW,* 6, pp. 549-550. Sönke Neitzel*, Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945,* Berlín, 2005, p. 190,9.3.45 (ed. en inglés*, Tapping Hitler's Generals: Transcripts of Secret Conversations, 1942-45,* Barnsley, 2007, pp. 141-142). < <

[25] BAB, NS6/135, fols. 79, 97, Erfahrungs-und Stimmungsberichte über die Haltung von Wehrmacht und Bevölkerung, 23.3.45, 29.3.45. < <

[26] BfZ, Sammlung Sterz, O’Wm. Peter B., 9.3.45. < <

[27] Henke, p. 806 y n. 132. < <

[28] BAB, R55/601, fols. 295-297, Tätigkeitsbericht, informe semanal de propaganda, 21.3.45. < <

[29] BAB, NS6/169, fols. 4-9, Bericht des Hauptgemeinschaftsleiters Twittenhoff über den Sondereinsatz der Partei-Kanzlei in Hessen-Nassau, para el periodo 24-30.3.45. La consecuencia de presentar esta descripción realista fue la recomendación de que Twittenhoff no era apto para seguir trabajando en el «Despliegue especial» de la cancillería del partido. < <

[30] BAB, NS6/169, fol. 49, Vorlage an Reichsleiter Bormann, 19.3.45; fol. 51, Sprenger a Bormann, 14.3.45. < <

[31] *DZW,* 6, pp. 550-551; *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht,* ed. Gerhard Forster y Richard Lakowski, Berlin, 1975, pp. 212-214, estado mayor del Grupo de Ejércitos G al Gauleiter Gustav Simon sobre los indicios de una actitud hostil hacia las tropas alemanes y la desbandada, borrachos, de miembros de la *Volkssturm* ante el ataque de los estadounidenses en Tréveris. Para más ejemplos de una actitud negativa de la población civil hacia la Wehrmacht, incluso un caso, en Gotinga, en el que se decía que los civiles habían disparado a sus propios tanques, véase John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegführung im Western des Reiches 1944/45,* Paderborn, 2009, p. 75. < <

[32] BAB, NS6/51, fols. 1-3, Carta del Hauptmann Heinz Thieme, Pzjäger Abt.246, SD agent, Abt. Ostland, a Bormann, 15.3.45. < <

[33] Marlis Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen,* Düsseldorf y Viena, 1970, p. 559; Neitzel*, Abgehört,* p. 190 (9.3.45); inglés, *Tapping Hitler's Generals,* p. 141. Véase también Saul K. Padover, *Psychologist in Germany: The Story of an American Intelligence Officer,* Londres, 1946, pp. 219, 230, 270, acerca de sus experiencias sobre actitudes derrotistas y la buena acogida de los alemanes a los estadounidenses. < <

[34] Véase John Zimmermann, «Die Kampfe gegen die Westalliierten 1945 ein Kampf bis zum Ende oder die Kreierung einer Legende?», en Jörg Hillmann y John Zimmermann, *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002, pp. 130-131. < <

[35] *TBJG,* II/15, p. 406 (3.3.45). <<

[36] Katharina Eiliger, *Und tief in der Seele das Feme: Die Geschichte einer Vertreibung aus Schlesien,* Reinbek bei Hamburg, 2006, p. 107. < <

[37] En marzo se informó de que los trabajadores de Berlín decían que no había ningún castigo suficientemente severo para la cobardía de los desertores. *Das letzte halbe Jahr,* p. 277 (3.3.45). < <

[38] IfZ, Fa 91/2, fols. 330-331, Parteikanzlei, Vermerk für Pg. Walkenhorst, 10.3.45. Sobre el brutal gobierno de Hanke en Breslau en los últimos meses de la guerra, véase Guido Knopp, *Der Sturm: Kriegsende im Osten,* edición de bolsillo, Berlin, 2006, pp. 150-162. < <

[39] *DZW,* 6, p. 548, para la orden de Rundstedt. Sobre el llamamiento de Kesselring, tras asumir el mando en el oeste, a actuar de forma implacable con los desertores y los que se creía que incumplían su deber, véase Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945,* Múnich, 2007, pp. 276, 279. La orden de Hitler para crear los «consejos de guerra itinerantes» está publicada en Rolf-Dieter Müller y Gerd R. Ueberschär, *Kriegsende 1945: Die Zerstörung des Deutschen Reiches,* Frankfurt am Main, 1994, pp. 163-164; véase también Neitzel, *Abgehört,* pp. 202-203, 540 n. 161 (inglés, *Tapping Hitler's Generals,* pp. 150-151). Hübner, un fanático desde hacía mucho tiempo implicado en los esfuerzos por inculcar la ideología nazi a las tropas, recibió plenos poderes para imponer la pena de muerte. *DRZW,* 9/1 (Forster), pp. 580-582; Manfred Messerschmidt, *Die Wehrmachtjustiz 1933-1945,* Paderborn, 2005, p. 413. Los consejos de guerra itinerantes se habían usado en el Grupo de Ejércitos Norte desde el 3 de febrero. BAB, NS6/354, fol. 88, RS 123/45 g, Maßnahmen zur Stärkung der Front durch Erfassung Versprengter (transmitiendo a los Gauleiter una orden del comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte, el coronel general Lothar Rendulić), 9.3.45. <<

[40] *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht,* pp. 229-230. <<

[41] Henke, p. 348. <<

[42] *DZW, 6,* p. 548. <<

[43] *DZW,* 6, p. 522; *Stettin/Szczecin 1945-1946,* Rostock, 1994, pp. 35 y 37. <<

[44] BAB, NS6/354, fols. 163-165, Bekantgabe 149/45 g, transmisión por Bormann de la circular secreta de Schörner del 27 de febrero, 19.3.45. < <

[45] *DZW, 6,* p. 539. <<

[46] Zimmermann, *Pflicht,* p. 338; Christopher Clark, «Johannes Blaskowitz der christliche General», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995, pp. 35, 43. < <

[47] *DZW,* 6, p. 545. < <

[48] Citado en *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), p. 316; y Zimmermann, *Pflicht,* p. 293. < <

[49] BAB, R3/1623 a, fol. 71a, Bormann a los Gauleiter, Reichsleiter, jefes de las Juventudes Hitlerianas del Reich, etc., 30.3.45, transmitiendo una circular de Jodl del día anterior a los comandantes en jefe de los grupos de ejércitos y de los distritos de defensa del oeste. Jodl aún creía que valía la pena cualquier sacrificio para ganar tiempo y provocar un cisma en una coalición enemiga antinatural. Bodo Scheurig, *Alfred Jodl: Gehorsam und Verhängnis,* Berlín y Frankfurt am Main, 1991, pp. 313-314, 319. <<

[50] Sobre las iniciativas espontáneas de los generales en la última fase de la guerra para garantizaran esfuerzo militar máximo, véase *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), pp. 307-336. < <

[51] BAB, NS6/134, fol. 19, Dönitz, Kurzlagebericht vom 4.3.45. < <

[52] *DRZW,* 9/1 (Forster), pp. 554, 584-586. Véase, sobre el fanático mando de Dönitz en la armada, Sönke Neitzel, «Der Bedeutungswandel der Kriegsmarine im Zweiten Weltkrieg», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität,* Múnich, 1999, pp. 259-262. < <

[53] Kathrin Orth, «Kampfmoral und Einsatzbereitschaft in der Kriegsmarine 1945», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002, pp. 137-155. < <

[54] BA/MA, N574/22, NL Vietinghoff, «Die Generale», 25.7.49. < <

[55] BA/MA, N574/19, NL Vietinghoff, «Kriegsende in Italien», fols. 44-45 (1950). Véase también *DRZW, 10/1* (Zimmermann), p. 321; y Zimmermann, *Pflicht,* pp. 297-298. < <

[56] Neitzel, *Abgehört,* pp. 180-181, 185 (cita, p. 186) (28-31.1.45, 18-20.2.45) (inglés, *Tapping Hitler's Generals,* p. 138). También NAL, WO 208/4365, informes de las escuchas de conversaciones de prisioneros de guerra, nº 251-253, 28-31.1.45. Un antiguo comandante del cuerpo, un teniente general, diría más tarde a sus captores británicos que Rundstedt había sido partidario de la capitulación después del fracaso de la ofensiva de las Ardenas y contaba con el respaldo de una mayoría de los miembros de alto rango del cuerpo de oficiales, pero sabía que el control del régimen nazi no permitiría que hubiera ninguna posibilidad de entablar negociaciones y que no se autorizaría a ningún miembro de la Wehrmacht contactar con los Aliados con este fin. LHC, Dempsey Papers, n° 317 (16.4.45), parte II, p. 5. < <

[57] Neitzel, *Abgehört,* pp. 184-185, 187 (14-15.2.45, 2-3.3.45) (inglés, *Tapping Hitler's Generals,* pp. 137, 139). < <

[58] NAL, WO 208/5543, informes sobre los interrogatorios de los prisioneros de guerra alemanes, 16.4.45, «Enemy Expectations, Intentions and Sources of Information», 16.3.45. <<

[59] BA/MA, N712/15, NL Pollex, fols. 43, 44, 47, 49-51, 54, 57, 59-61, 65, anotaciones del 3.3.45, 5.3.45, 8.3.45, 12.3.45, 21.3.45, 25.3.45. 27.3.45, 31.3.45. < <

[60] BA/MA, N265/118, NL Heinrici, fols. 74 a-b (1952). < <

[61] Karl Dönitz, *Memoirs: Ten Years and Twenty Days,* Da Capo ed., Nueva York, 1997, p. 432. < <

[62] LHC, Dempsey Papers, n° 307, 6.4.45, parte II, ap. A. < <

[63] Andreas Kunz, «Die Wehrmacht in der Agonie der nationalsozialistischen Herrschaft 1944/45: Eine Gedantenskizze», en Hillmann y Zimmermann, p. 131. < <

[64] Véase Kunz, *Wehrmacht und Niederlage*, pp. 36-44. < <

[65] Neitzel, *Abgehört,* p. 189, 9.3.45 (inglés, *Tapping Hitler's Generals,* p. 141). <<

[66] Steinert, pp. 570-571. <<

[67] StAM, LRA 29656, fols. 576, informe del SD-Außenstelle Berchtesgaden, 4.4.45, fol. 592, informe de la Gendarmerie-Posten Markt Schellenberg, 24.3.45. < <

[68] *MadR,* 17, pp. 6732-6740 (informe al Ministerio de Propaganda, 28.3.45, informe sin fecha del SD de finales de marzo March); véase también Steinert, pp. 572-576; y Henke, pp. 815-816. < <

[69] BAB, R5 5/603, fols. 533-538, extractos del Tätigkeitsberichte der Reichspropagandaämter semanal del 20-23 de marzo (4.4.45). < <

[70] Citado en Steinert, p. 570. < <

[71] NAL, FO 898/187, resumen de los comentarios sobre las emisiones alemanas para Alemania, fols. 79-80, 140-141, seguimiento de los artículos de prensa alemanes (26.2.45 a 4.3.45, 26.3.45-1.4.45). < <

[72] *Das letzte halbe Jahr,* pp. 281 (3.3.45), 311 (31.3.45); LHC, Dempsey Papers, n° 291 (21.3.45), parte II, p. 5, citando un informe del 7 de marzo enviado por el corresponsal en Berlín de un periódico sueco. < <

[73] NAL, WO 219/4713, SHAEF, informes sobre las condiciones en las zonas recién ocupadas, 14.3.45. < <

[74] StAM, LRA 29656, fols. 574, 580, informe del SD-Außenstelle Berchtesgaden, 7.3.45. < <

[75] BHStA, Reichsstatthalter Ep. 528, sin folio, Bayerische Staatsminister für Wirtschaft, Landesemährungsamt Bayern, Abt. B, 22.3.45. < <

[76] BAB, NS6/353, fol. 146, Anordnung 184/45, 26.3.45. < <

[77] LHC, Dempsey Papers, n° 308, 7.4.45, parte II, p. 8, citando una carta de Vreden, una pequeña localidad cerca de la frontera holandesa, del 19 de marzo como ejemplo típico de la situación al este de Rin antes de la ofensiva aliada. < <

[78] IWM, EDS, F.3., M.I. 14/369, correspondencia de Krosigk y el ministro de Educación Bernhard Rust, etc., 23-6.3.45. < <

[79] BAB, NS6/353, fol. 75, Bormann, Rundschreiben 125/45 (10.3.45). < <

[80] BHStA, Reichsstatthalter Epp. 686/1, sin folio, borrador de una orden de Bormann, en colaboración con el Reichsführer-SS y el Reichsgesundheitsfuhrer, Heranziehung der Gefolgschaftsmitglieder der Krankenhäuser, Kliniken usw. zum Dienst im Deutschen Volkssturm, 9.3.45. < <

[81] BAB, R55/603, fol. 529, Reichspropagandaamt Mark Brandenburg, Referat Volksstum, a Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda, Berlin, 5.3.45. < <

[82] Un ejemplo: el propietario de dos importantes periódicos, el *Münchener Neueste Nachrichten* y el *München-Augsburger Abendzeitung,* desesperado por recibir información del *Deutsches Nachrichtenbüro,* pero incapaz de contactar con Berlín, solo pudo hacerlo cuando el Gauleiter de Múnich y la Alta Baviera, Paul Giesler, le dio permiso para telefonear desde su puesto de mando dos veces al día. StAM, NSDAP 13,fols. 144530-144533, correspondencia entre el Gauleiter Giesler y Herr Direktor A. Salat, Firma Knorr & Hirth, 2-14.3.45. < <

[83] BAB, R470 /altR48/II, Reichspostminister al Presidenten der Reichspost-Direktion, 26.3.45. < <

[84] Véase Dietmar Süß, «Der Kampf um die “Moral” im Bunker: Deutschland, Großbritannien und der Luftkrieg», en Frank Bajohr y Michael Wildt (eds.), *Volksgemeinschaft: Neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus,* Frankfurt am Main, 2009, pp. 129-135. <<

[85] *DZW,* 6, p. 628; Oron J. Haie, *The Captive Press in the Third Reich,* Princeton, 1973, pp. 306-307. < <

[86] *DRZW,* 9/1 (Blank), p. 415. < <

[87] Por ejemplo, a principios de marzo se dieron instrucciones a las autoridades locales de Baviera de que modificaran las disposiciones de los planes presupuestarios para 1945, insistiendo en que se debían aprobar impuestos locales a tiempo para los pueblos y distritos rurales. StAM, LRA 31908, sin folio, Deutscher Gemeindetag, Dienststelle Bayern, Haushaltspläne der Gemeinden und Gemeindeverbände für 1945, 7.3.45. El Landrat de Berchtesgaden seguía preguntando el 28 de abril 1945 cuándo empezarían las obras de construcción de los nuevos barracones, encargados el mes de agosto anterior para alojar a los evacuados. StAM, LRA 31645, sin folio, Landrat Berchtesgaden to OT-Sonderbauleitung, 28.4.45. < <

[88] Sobre la política de refugios antiaéreos, véase *DRZW,* 9/1 (Blank), pp. 385-388. < <

[89] A finales de marzo, los bomberos de las pequeñas comunidades de Sachsen-Anhalt se quejaban de que se les obligaba a abandonar su trabajo, donde se les necesitaba con urgencia, casi a diario y a menudo sin necesidad, en la fase de «prealerta» debido a la frecuencia de los bombardeos aéreos. IWM, EDS, F.E, M.I, 14/369, Krosigk a Goebbels, 26.3.45. Algunas personas se ofrecieron voluntarias para el servicio de bomberos a fin de intentar evitar el reclutamiento en la *Volkssturm.* StAM, LRA 31919, Gauleitung München a HSSPF Mühe sobre el adiestramiento de la *Volkssturm* y la protección aérea, incluido el intento de regulación del Regierungspräsident de Oberbayern del servicio de protección aérea y el servicio de bomberos voluntarios de la *Volkssturm* del 30.12.44 y la disputa de los bomberos que servían en la *Volkssturm* del 25 y el 21.2.45. < <

[90] *DRZW,* 9/1 (Blank), p. 384. < <

[91] Bernhard Gotto, *Nationalsozialistische Kommunalpolitik: Administrative Normalität und Systemstabilisierung durch die Augsburger Stadtverwaltung 1933-1945*, Múnich, 2006, p. 373, conjetura, probablemente con acierto, que los representantes del partido en Augsburgo actuaban más por «accionismo» que por idealismo en la última fase de la guerra. < <

[92] Sobre las funciones de control y seguimiento de los jefes de bloque del partido, que a mediados de la década de 1930 ascendían a unos 200.000, véase Detlef Schmiechen-Ackermann, «Der “Blockwart»: Die unteren Parteifunktionäre im nationalsozialistischen Terror-und Uberwachungsapparat», *VfZ,* 48 (2000), pp. 594-596. < <

[93] Pätzold y Weißbecker, p. 375. Véase también Herwart Vorländer, *Die NSV: Darstellung und Dokumentation einer NS-Organisation,* Boppard, 1988, p. 183 sobre la función de movilización y control de la NSV. Los trabajadores no remunerados de la NSV y la Cruz Roja alemana ascendían a más de un millón. Aunque las actividades de asistencia de la NSV se sustentaban siempre en los objetivos raciales nazis, el trabajo que realizó en las condiciones de crisis de los últimos meses de la guerra hizo que fuera popular, incluso entre muchos alemanes críticos con el régimen. Vorländer, *Die NSV,* pp. 173-176, 186; Herwart Vorländer, «NS-Volkswohlfahrt und Winterhilfswerk des deutschen Volkes», *VfZ,* 34 (1986), pp. 376-380; Armin Nolzen, «Die NSDAP und die deutsche Gesellschaft im Zweiten Weltkrieg», en *Kriegsende in Deutschland,* Hamburgo, 2005, pp. 192-193. < <

[94] Véase *DRZW,* 9/1 (Nolzen), p. 191; y Armin Nolzen, «Von der geistigen Assimilation zur institutioneilen Kooperation: Das Verhältnis zwischen NSDAP und Wehrmacht, 1943-1945», en Hillmann y Zimmermann, pp. 90-92. < <

[95] IWM, EDS, F.3, M.I., 14/369, Krosigk a Speer, 13.2.45. < <

[96] IWM, EDS, F.3, M.I., 14/369, Krosigk a Goebbels, 22.3.45. < <

[97] Este párrafo, cuando no se menciona lo contrario, se basa en Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg,* Stuttgart, 1989, pp. 529-530. < <

[98] Jill Stephenson, *Hitler's Home Front: Württemberg under the Nazis,* Londres, 2006, p. 324. < <

[99] Gotto, p. 363. <<

[100] StAA, Gauleitung Schwaben, 1/30, fols. 328904-328906, Wahl a Bormann, 17.3.45; también Gotto, pp. 374-375. < <

[101] StAA, Kreisleitung Augsburg-Stadt, 1/8, fols. 300554-300555, Rundspruch an alle Kreisleiter, 30.3.45. Cada Gau debía entregar 100 «voluntarios», y Wahl estableció, aunque no está claro con base en qué criterios, los contingentes de cada distrito de su región. Criticó a los Kreisleiter a mediados de abril por no hacer lo suficiente para conseguir reclutas. Gotto, p. 375. <<

[102] Perry Biddiscombe, *Werwolfi The History of the National Socialist Guerrilla Movement 1944-1946,* Toronto y Buffalo, NY, 1998, pp. 12-14 (donde se examina el origen del nombre). < <

[103] Biddiscombe, pp. 38, 128, 134-139. < <

[104] *TBJG,* II/15, pp. 630 (30.3.45), 647 (31.3.45). Sobre el radicalismo extremo de Ley al propugnar combatir hasta el final, véase Ronald Smelser, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader,* Oxford, Nueva York y Hamburgo, 1988, pp. 291-292. < <

[105] Biddiscombe, pp. 266-268; Henke, pp. 837-845. < <

[106] Biddiscombe, p. 276, y cap. 5 para muchos ejemplos de resistencia menor, descoordinada y esporádica a los ocupantes aliados por parte de antiguos miembros de las Juventudes Hitlerianas, antiguos hombres de las SS y otros fanáticos nazis que se produjeron a finales de la primavera y durante el verano de 1945 y posteriormente, aunque solo estaban tangencialmente relacionados con los grupos de Werwolf que se habían creado en las últimas semanas de la guerra. < <

[107] Biddiscombe, p. 282, se basa en las valoraciones de los Aliados para sugerir que entre el 10 y el 15 por ciento de los alemanes apoyaban al movimiento partisano, aunque esta cifra probablemente tiene en cuenta el respaldo general a la continuidad de la resistencia contra los Aliados y el respaldo al régimen, así como el apoyo específico a las actividades del Werwolf. Véase Henke, pp. 948-949, para una valoración diferente de este apoyo. < <

[108] *TBJG,* II/15, pp. 422, 424 (5.3.45). Hitler también había creído que se podía defender el Mosela. *TBJG,* II/15, p. 533 (18.3.45). < <

[109] Como sugiere Bernd Wegner, «Hitler, der Zweite Weltkrieg und die Choreographie des Untergangs», *Geschichte und Gesellschaft,* 26 (2000), pp. 493-518; también en *DRZW,* 8, pp. 1192-1209. < <

[110] *TBJG,* II/15 p. 479 (12.3.45). <<

[111] *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945,* ed. Max Domarus, Wiesbaden, 1973, p. 2212. < <

[112] *TBJG,* II/15, pp. 422-423 (5.3.45). < <

[113] *TBJG,* II/15, p. 425 (5.3.45). Sobre las fantasías de heroísmo de Goebbels a medida que se acercaba el final y la decisión poco entusiasta de su esposa de quedarse en Berlín y aceptar no solo su propia muerte, sino también la de sus hijos, véase Ralf Georg Reuth, *Goebbels,* Múnich y Zúrich, 1990, pp. 587-588. Magda había aceptado la certidumbre de la derrota de Alemania y que la muerte «a manos de uno mismo, no del enemigo» era la única opción que quedaba. David Irving, *Goebbels: Mastermind of the Third Reich,* Londres, 1996, p. 506 (aunque se basa en los recuerdos, reproducidos en un artículo sobre Magda publicado en un periódico en 1952 [Irving, p. 564 n° 9], de su cuñada Eleanor [Ello] Quandt, cuyo testimonio, como admite Irving [p. 564 n° 19], no era fiable). < <

[114] *TBJG,* II/15, pp. 426-427 (5.3.45), 525 (17.3.45), 532-533 (18.3.45); y véase Michael Bloch, *Ribbentrop,* Bantam, edición de bolsillo, Londres, 1994, p. 422; Reimer Hansen, «Ribbentrops Friedensfühler im Frühjahr 1945», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* 18 (1967), pp. 716-730, y Hansjakob Stehle, «Deutsche Friedensfühler bei den Westmächten im Februar/Marz 1945», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 30 (1982), pp. 538-555; Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II,* Cambridge, 1994, pp. 783-784. < <

[115] IfZ, ZS 1953, «Iden des März. Ein zeitgeschichtliches Fragment über den letzten Kontakversuch Ribbentrops mit Moskau in der Zeit vom 11-16 März 1945», fols. 1-13 (sin fecha, probablemente a principios de la década de 1950). Para una descripción de Madame Kollontai, «la gran vieja dama de la diplomacia soviética», y sobre los vanos intentos de Ribbentrop de instigar algún tipo de paz negociada con la Unión Soviética a principios de 1945, véase Ingeborg Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens: Deutsch-sowjetische Geheimgespräche 1941-1945,* Berlín, 1986, pp. 58-61, 268-275. < <

[116] *TBJG,* II/15, pp. 450-451 (8.3.45). < <

[117] BA/MA, RH 21-3/420, fols. 34,40, testimonio después de la guerra (1950) del coronel general Erhard Raus (antiguo comandante en jefe del tercer ejército panzer en Prusia Oriental, que había asumido en Pomerania el mando de las fuerzas que quedaban del undécimo ejército panzer-SS), sobre sus reuniones con Himmler el 13.2.45 y el 7.3.45, y su informe para Hitler del 8.3.45. < <

[118] Guderian, p. 426. <<

[119] El párrafo anterior se basa en: Folke Bernadotte, *The Fall of the Curtain,* Londres, 1945, pp. 19-47; Walter Schellenberg, *Schellenberg,* Mayflower, edición de bolsillo, Londres, 1965, pp. 171-175; Felix Kersten, *The Kersten Memoirs 1940-1945,* Londres, 1956, pp. 271-283; Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS,* Londres, 1990, pp. 565-566, 578-579; y Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie,* Múnich, 2008, pp. 742-748, 967-906 n. 131-132. En un interrogatorio durante la posguerra, Schellenberg, deseoso de afirmar su propia importancia y sus intentos de influir para lograra un acuerdo negociado, declaraba que, en diciembre de 1944, en presencia del Reichführer, incluso abordó la posibilidad de eliminar a Hitler. IWM, FO 645/161, interrogatorio del 13.11.45, p. 15 (1945-1946). <<

[120] *DZW,* 6, p. 152. <<

[121] John Toland, *The Last 100 Days,* Londres, 1965, pp. 73, 238-244, 478-482; Padfield, pp. 573-578; Weinberg, p. 828; Peter R. Black, *Ernst Kaltenbrunner: Ideological Soldier of the Third Reich,* Princeton, 1984, pp. 242-245; BA/MA, N574/29, NL Vietinghoff, «Kriegsende in Italien», fols. 42-46. < <

[122] Para las interesantes especulaciones sobre las ambiciones de poder de Speer en aquella coyuntura, véase *DRZW,* 20/2 (Müller), pp. 74-84; y los comentarios de Müller en la conclusión del volumen, p. 718. < <

[123] Albert Speer, *Erinnerungen*, Frankfurt am Main y Berlín, 1969, p. 442. < <

[124] Había conseguido que Hitler aprobara conferirle nuevas responsabilidades el 14 de febrero, aprovechando la enfermedad del ministro de Transportes Julius Heinrich DorpMüller. *DRZW,* 20/2 (Müller), p. 82. < <

[125] BAB, R3/2623 a, fols. 28-23, Aktennotiz Speer, 7.3.45. Ese mismo día, Paul Pleiger, jefe de las Asociación de Carbón del Reich, le comentó a Speer lo grave que era la situación del sector tras la pérdida de la Alta Silesia, los problemas de transporte que habían excluido el carbón del Ruhr y la fuerte caída de la producción del Sarre. Y añadía que, a menos que la situación mejorara, sería imposible suministrar carbón para el armamento o evitar el hundimiento de los transportes, la electricidad y el gas. IWM, F.3, M.I., 24/263, Pleiger a Speer, 7.3.45. El 24 de marzo, Hitler ordenó que, en vista de la fuerte reducción de la capacidad de transporte, se determinaran las prioridades en las zonas que iban a ser evacuadas por su valor para la prosecución de la guerra: la Wehrmacht, el carbón y los productos alimenticios. Solo se podía alojar a los refugiados cuando hubiera espacio disponible. Al transmitir la orden al día siguiente a las autoridades pertinentes, Speer señaló que la idea era suya. BAB, R3/2623 a, fols. 27-28. < <

[126] *TBJG,* II/25, pp. 579 (23.3.45), 603 (27.3.45). < <

[127] *TBJG,* II/25, pp. 500-501 (14.3.45), 511-512 (15.3.45). < <

[128] BAB, R3/2623 a, fols. 32-38, OKH, Chef Trspw./Gen di Pi u Fest, borrador, marzo, sin fecha más precisa; Speer al Gen.stab des Heeres-Gen. d. Pioniere und Festigungen, 15.3.45; OKH, Chef Transportwesens/Gend di Piu Fest, 14.3.45; Speer, p. 442; Guderian, pp. 422-423. < <

[129] BAB, R3/1536, fols. 3-12; IMT, vol. 41, pp. 420-425. Fueron añadidos borradores (fols. 28-30) de órdenes limitando la destrucción y otorgando a Speer poderes para decidir sobre las excepciones a la inmovilización; Speer, pp. 442-443. < <

[130] Véase Heinrich Schwendemann, «“Drastic Measures to Defend the Reich at the Óder and the Rhine...”: A Forgotten Memorandum of Albert Speer of 18 March 1945», *Journal of Contemporary History,* 38(2003), pp. 597-614; también Heinrich Schwendemann, «“Verbrannte Erde”? Hitlers “Nero- Befehl” vom 19. März 1945», en *Kriegsende Deutschland,* p. 163; y, para una interpretación diferente, *DRZW,* 10/2 (Müller), pp. 86-88. Un extracto del memorándum ya había sido publicado en Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg,* Berlin 1968, p. 311, aunque sin comentarios, salvo mencionar (p. 310) su relación con la orden de Keitel de aquella mañana de evacuar a la población de la zona de combate al oeste del Rin. Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945,* vol. 3: 1943-1945, Berlin, 1996, p. 662 n. 212, se contenta con comentar que Speer tenía «objetivos tácticos indudables» con el memorándum. Tampoco lo mencionan Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with the Truth,* Londres, 1995, pp. 476-477, y Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie,* Berlín, 1999, pp. 336-338. < <

[131] BAB, R3/1537, fols. 3-6 (18.3.45). < <

[132] Hitler habló con Goebbels de Speer en términos muy negativos a finales de marzo, diciendo que era «poco fiable» y «fallaba» en un momento decisivo, y que mostraba un carácter «derrotista», tendencias «incompatibles con la visión nacionalsocialista de la guerra». *TBJG,* II/15, pp. 619-620 (28.3.45). < <

[133] Esto es lo esencial de la interpretación de Müller en *DRZW,* 10/2, p. 87. < <

[134] Para una conversión posterior de Speer a la necesidad de salvar los «medios de subsistencia [...] del pueblo en una guerra perdida», véase Henke, pp. 431-2. < <

[135] BAB, R3/1538, fol. 16, carta manuscrita de Speer aHitler, 29.3.45. <<

[136] Schwendemann, «“Drastic Measures”», p. 605, sugiere, yendo quizá demasiado lejos, que Speer estaba intentado «mostrar a Hitler una salida, ofreciendo al Führer sus servicios como una especie de salvador, asegurándose con ello su favor». < <

[137] Speer, pp. 444-445; BAB, R3/1623 a, fols. 39-43, dos Fernschreiben de Keitel, 18.3.45; orden de aplicación de Bormann, 19.3.45. <<

[138] BAB, R3/1623 a, fols. 46-47, «Zerstörungsmaßnahmen im Reichsgebiet», Lt. Gen. August Winter (jefe adjunto del estado mayor de operaciones del OKW) a Speer, 20.3.45, transmitiendo la orden de Hitler del día anterior (publicado en *IMT,* vol. 41, pp. 430-31, y *Hitlers Weisungen für die Kriegführung,* ed. Walther Hubatsch, dtv ed., Múnich, 1965, pp. 348-349). < <

[139] BAB, R3/1538, fols. 14-15, Speer a Hitler, 29.3.45; IMT, vol. 41, pp. 425-429; Speer, pp. 445-446. < <

[140] Véase Henke, pp. 432-435; *DRZW,* 10/2 (Müller), p. 93; y Eichholtz, pp. 663-669. En algunas fábricas, se desmontaron piezas importantes de algunas máquinas y se escondieron para poder colocarlas de nuevo más tarde. Zimmermann, *Pflicht,* p. 60. < <

[141] Speer, pp. 450-459; BAB, R3/1661, fols. 5-8, Reiseprogramm Speer, Schulze-Fielitz, Hupfauer, etc., 22-5.3.45; fols. 20-22, Walter Rohland: Niederschriftüber die Ereignisse vom 15.3 bis 15.4.45; R3/1623 a fol. 50, Bormann a los Gauleiter, transmitiendo las órdenes de evacuación de Hitler con la estipulación de que la evacuación no era discutible y que el alojamiento de los evacuados en el interior de Alemania simplemente «tenía que ser solventado» mediante la improvisación; *IMT,* vol. 41, pp. 491-493 (declaración de Rohland en Núremberg). < <

[142] Speer, pp. 448, 453-454, sobre la postura de Model. El jefe de transportes de la Wehrmacht habló de crear un «desierto de transportes» en zonas abandonadas. BAB, R3/1623 a, fol. 59, Chef des Transportwesens der Wehrmacht, Fernschreiben 29.3.45 (mencionado en Speer, p. 459). < <

[143] Speer, pp. 454-455; BAB, R3/1626, fol. 14, declaración de un testimonio desconocido, 13.9.45. < <

[144] Speer, pp. 457-461 (cita p. 460). < <

[145] Así es como lo veía Hitler, al hablar del asunto a Goebbels poco después, *TBJG,* II/15, p. 643 (31.3.45). La propia descripción de Speer de su desafío era casi con toda seguridad inventada, al menos parcialmente. Véase *DRZW,* 10/2 (Müller), pp. 94-95. < <

[146] Speer hizo constar con una nota en sus archivos que Hitler estaba de acuerdo en que la política de «tierra quemada» no tenía sentido en una superficie pequeña como Alemania y solo podía surtir efecto en un país enorme como Rusia. Transmitió de inmediato la orden de Hitler enmendada, en la que dejaba en manos de Speer su ejecución. BAB, R3/1623 a, fols. 75, 78-80, 85-86 (30.3.45). El 3 de abril (fols. 106, 108) respondió a la petición del Gauleiter Ueberreither (Niederdonau) de aclaraciones sobre la destrucción de sistemas de abastecimiento de agua y centrales eléctricas en su región diciendo: «Según la orden del Führer del 30.3.45, no hay tierra quemada», y estipulando solo una inmovilización temporal que «cumpla el objetivo declarado del Führer». < <

[147] El OKW estipuló el 3 de abril que, pese a la orden del Führer de destruir todas las instalaciones que pudieran ser útiles para el enemigo, podía ser conveniente en algunos casos limitarlo a una «interrupción prolongada» *(nachhaltige Unterbrechung)* que pudiera ser reparada para los alemanes en caso de que hubiera una probabilidad de retomar los puentes. La Wehrmacht estaba deseando asumir únicamente la responsabilidad de la destrucción de las instalaciones militares. Unos días más tarde, una directiva modificada insistía en la necesidad de destruir puentes importantes desde un punto de vista operativo, como exigía el OKW, y los castigos más severos para quienes no la cumplieran. *KTB/SKL,* Teil A, Bd. 68, pp. 46 (3.4.45), 75-77 (5.4.45), 128 (8.4.45). < <

[148] Henke, p. 434. Para una interpretación mucho más positiva de los motivos de Speer, véase la valoración anterior de Reimer Hansen, «Albert Speers Konflikt mit Hitler», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* 17 (1966), pp. 596-621, basada en los documentos y las pruebas presentados en los juicios de Núremberg. Las investigaciones posteriores, sobre todo desde la publicación de Matthias Schmidt, *Albert Speer: Das Ende eines Mythos,* Berna y Múnich, 1982, han tendido a ser mucho más críticas con Speer. Véase, por ejemplo, Alfred C. Mierzejewski, «When Did Albert Speer Give up?», *Historical Journal,* 31 (1988), pp. 391-397, y, más recientemente, la colaboración de Rolf-Dieter Müller en *DRZW,* 10/2. <<

[149] TSJG.II/is, p. 613(28.3.45). <<

[150] Véase también sobre este aspecto, *DRZW,* 10/2 (Müller), p. 92. < <

[1] *Das letzte halbe Jahr: Stimmungsberichte der Wehrmachtpropaganda 1944/45,* ed. Wolfram Wette, Ricarda Bremer y Detlef Vogel, Essen, 2001, p. 338 (10.4.45). < <

[2] Sobre la destrucción del Tierpark y el Grunewald y la actividad nocturna de la ciudad *(«eine hektische Genußsucht»),* véanse las anotaciones en su diario de un corresponsal danés, Jacob Kronika, *Der Untergang Berlins,* Flensburgo, 1946, pp. 79, 91, 98-99, 149 (30.3.45, 7.4.45, 10.4.45, 23.4.45). Para una descripción de Berlín, poco antes del ataque soviético, aunque quizá basada en parte en recuerdos distorsionados, véase IWM, «Second World War Memoirs of P. E. v. Stemann», el corresponsal en Berlín entre 1942 y 1945 del periódico danés *Berlinske Tidende,* fols. 236-237. Se pueden hallar descripciones vívidas de la ciudad en abril de 1945 en David Clay Large, *Berlin,* Nueva York, 2000, pp. 358-359, y Roger Moorhouse, *Berlin at War: Life and Death in Hitler's Capital 1939-45,* Londres, 2010, pp. 365-369. < <

[3] Goebbels comentó en su diario que las calles de Berlín estaban vacías en la Pascua de 1945 (*TBJG*, II/15, p. 668, 5.4.45). <<

[4] Citado en Moorhouse, p. 367. <<

[5] *TBJG*, II/15, p. 692. < <

[6] Un término adecuado, utilizado por Hans Mommsen, «The Dissolution of the Third Reich: Crisis Management and Collapse, 1943-1945», *Bulletin of the German Historical Institute, Washington DC,* 27 (2000), p. 20, y Stephen G. Fritz, *Endkampf: Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich,* Lexington, Ky., 2004, cap. 5. < <

[7] *DZW, 6,* p. 561; y NAL, WO 219/1651, fol. 145, SHAEF, resumen de los interrogatorios de Jodl y Kesselring después de la guerra, 23.5.45. < <

[8] Las bajas estadounidenses en la batalla del Ruhr ascendieron a unos 10.000 hombres. *DZW, 6,* p. 564. < <

[9] Sobre el comportamiento de las tropas francesas, véase Heinrich Schwendemann, «Das Kriegsende in Ostpreußen und in Südbaden im Vergleich», en Bernd Martin (ed.), *Der Zweite Weltkrieg und seine Folgen: Ereignisse —Auswirkungen— Reflexionen,* Friburgo, 2006, pp. 101, 104; y Richard Bessel, *Germany 1945: From War to Peace,* Londres, 2009, pp. 116-117, 158-159. Evidentemente, el propio color de la piel de los soldados norteafricanos del ejército francés causaba gran inquietud entre la población, que solo había visto blancos. Esto podría haber llevado a exagerar la cifra de las violaciones atribuidas a las tropas «coloniales». Se pueden encontrar numerosos informes parroquiales que mencionan violaciones y saqueos, aunque hubo muchos casos en los que no se documentó ninguno, en Josef F. Göhri, *Die Franzosen kommen! Kriegsereignisse im Breisgau und in der Ortenau,* Horb am Neckar, 2005, pp. 17, 24-25, 43, 46, 50, 53, 60, 82, 88, 91, 94, 98, 119, 124-125; y Hermann Riedel, *Halt! Schweizer Grenze!,* Constanza, 1983, pp. 233, 237-238, 263, 305 (donde se mencionan más de 200 casos). Véase también Bernd Serger, Karin-Anne Böttcher y Gerd R. Ueberschär (eds.), *Südbaden unter Hakenkreuz und Trikolore: Zeitzeugen berichten über das Kriegsende und die französische Besetzung 1945,* Freiburg in Breisgan, Berlín y Viena, 2006, pp. 253, 257, 269, 311-325; Manfred Bosch, *Der Neubeginn: Aus deutscher Nachkriegszeit. Südbaden 1945-1950,* Constanza, 1988, p. 34; *Der deutsche Südwesten zur Stunde Null,* ed. Generallandesarchiv Karlsruhe, Karlsruhe, 1975, pp. 102-103; Paul Sauer, *Demokratischer Beubeginn in Not und Elend: Das Land Württemberg-Baden von 1945 bis 1952,* Ulm, 1979, pp. 18-20; *Von der Diktatur zur Besatzung: Das Kriegsende 1945 im Gebiet des heutigen Landkreises Sigmaringen,* ed. Landkreis Sigmaringen, Sigmaringen, 1995, pp. 92-93. < <

[10] Todo lo anterior, cuando no se indica lo contrario, se basa en *DZW,* 6, pp. 561-571; *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), pp. 443-460; Fritz, caps. 3-6; Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg,* Múnich, 1967, pp. 425-432; *The Oxford Companion to the Second World War,* ed. I. C. B. Dear y M. R. D. Foot, Oxford, 1995, pp. 481-485; Max Hastings, *Armageddon: The Battle for Germany 1944-45,* Londres, 2004, pp. 481-502. < <

[11] *Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945: Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht,* ed. Walther Hubatsch, edición de bolsillo, Múnich, 1965, pp. 355-356. Dönitz y Kesselring tendrían plenos poderes en la defensa de su propia zona solo en caso de que una interrupción de las comunicaciones impidiera la transmisión de las órdenes y decisiones de Hitler. De no ser así, el mando operativo unificado de Hitler se mantendría inalterado. El 20 de abril, ante la perspectiva de marcharse al sur, Hitler permitió a Dönitz, en el norte, dar instrucciones en materia de defensa a las autoridades civiles de su «zona». En el ámbito militar, la competencia de Dönitz quedaba confinada a la armada, ya que Hitler finalmente decidió el 25 de abril permanecer en Berlín y mantener la dirección operativa de la Wehrmacht a través del OKW en Rheinsberg. Herbert Kraus, «Karl Dönitz und das Ende des "Dritten Reiches"», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches — Ende des Zweiten Weltkriegs: Eine perspektivische Rückschau,* Múnich y Zúrich, 1995, pp. 7-8 y p. 20 n. 17. La división del Reich se materializó cuando las tropas soviéticas y estadounidenses se reunieron en Torgau el 25 de abril. < <

[12] *DZW,* 6, p. 523. Se puede encontrar una vivida descripción de los últimos días en Königsberg previos a la capitulación (y críticas de la negativa de Lasch a capitular hasta el último momento y salvar su propio pellejo) en Michael Wieck, *Zeugnis vom Untergang Königsbergs: Ein «Geltungsjude» berichtet,* Heidelberg, 1988, pp. 168-222. < <

[13] Su esposa y su hija fueron detenidas y recluidas en una prisión militar. La noticia de su castigo fue muy divulgada. Robert Loeffel, «Soldiers and Terror: Re-evaluating the Complicity of the Wehrmacht in Nazi Germany», *German History,* 27 (2009), pp. 527-528. < <

[14] Schwendemann, p. 97. < <

[15] En la proclama, Hitler volvió a agitar el espantajo del exterminio del pueblo alemán que, en su opinión, seguiría a la conquista bolchevique. «Mientras se asesina a los ancianos y los niños, las mujeres y sus hijas son convertidas en putas de barracones. Los demás partirán hacia Siberia», vociferó. Alertando a las tropas sobre el menor indicio de traición de sus oficiales, Hitler ordenó que cualquier oficial al que no conocieran bien sus hombres y que diera órdenes de retirada debía ser «liquidado en el acto». *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945,* ed. Max Domaras, Wiesbaden, 1973, pp. 2223-2224. < <

[16] Basado en *DZW,* 6, pp. 686-705; *DRZW,* 10/1 (Lakowski), pp. 631-649; *DRZW,* 8 (Ungváry), pp. 944-955; Lothar Grachmann, *Der Zeveite Weltkrieg*, edición de bolsillo, Múnich, 1975, pp. 434-436; John Erickson, *The Road to Berlin,* Cassell ed., 2003, pp. 563-577; Brian Taylor, *Barbarossa to Berlin: A Chronology of the Campaigns on the Eastern Front 1941 to 1945,* vol. 2, Stroud, 2004, pp. 307-320; *The Oxford Companion to the Second World War,* pp. 125-127; Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1945,* edición de bolsillo, 2007, caps. 15-16; Karl-Heinz Frieser, «Die Schlacht um die Seelower Höhen im April 1945», en Roland G. Foerster (ed.), *Seelower Höhen 1945,* Hamburgo, 1998, pp. 129-143; Manfried Rauchensteiner, *Der Krieg in Österreich 1945,* 2ª ed., Viena, 1984, cap. 6; Theo Rossiwall, *Die letzten Tage: Die militärische Besetzung Österreichs 1945,* Viena, 1969, pp. 78-183. < <

[17] Para un esbozo del hombre y su carrera, véase: Sam L. Lewis, «Albert Kesselring Der Soldat als Manager», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlin, 1995, pp. 270-287; Elmar Krautkrämer, «Generalfeldmarschall Albert Kesselring», en Gerd. R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite,* vol. 1: *Von den Anfargen des Regimes bis Kriegsbeginn,* Darmstadt, 1998, pp. 121-129; y Shelford Bidwell, «Kesselring», en Correlli Bamett (ed.), *Hitler's Generals,* Londres, 1990, pp. 265-289. < <

[18] BAB, R3/1661, fol. 20, «Niederschrift über die Ereignisse vom 15.3. bis 15.4.1945», sin fecha, firmado por Walther Rohland (anotación de 23.4.45); Speer, p. 446. Kesselring transmitió al día siguiente a sus subordinados la orden de Hitler, del 19 de marzo, de aplicar una política de «tierra quemada». Krautkrämer, p. 128 n. 10. < <

[19] Albert Speer, *Erinnerungen,* Frankfurt am Main y Berlin, 1969, pp. 463-464. El general Westphal comentó posteriormente que Kesselring, cuando sucedió a Rundstedt como comandante en jefe del oeste, respondió con escepticismo al intento de facilitarle un resumen realista de la situación diciendo que el Führer le había contado una versión diferente. Siegfried Westphal, *Erinnerungen,* Maguncia, 1975, p. 327. < <

[20] *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring,* Greenhill Books ed., Londres, 1997, pp. 266, 269. <<

[21] Joachim Ludewig, «Walter Model Hitlers bester Feldmarshall?», en Smelser y Syring, p. 368. < <

[22] *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht. Dokumente*, ed. Gerhard Forster y Richard Lakowski, Berlin, 1975, p. 230(18.3.45). <<

[23] Citado en *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), p. 332 (29.3.45); véase también Manfred Messerschmidt, «Krieg in der Trümmerlandschaft: “Pflichterfüllung” wofür?», en Ulrich Borsdorf y Mathilde Jamin (eds.), *Uber Leben im Krieg: Kriegserfahrungen in einer Industrieregion 1939-1945,* Reinbek bei Hamburg, 1989, pp. 171, 177. < <

[24] Carlo D’Este, «Model», en Barnett, p. 329; Kesselring, pp. 250-255, achacaba gran parte de la culpa de la penosa situación del Grupo de Ejércitos B a las decisiones operativas de Model. < <

[25] BAB, R3/1626, fols. 15-17, «Kapitulationsverhandlungen mit Generalfeldmarschall Model und Gauleiter Hoffmann», notas recopiladas durante su internamiento en «Dustbin», junio de 1945, por Rohland. Y R3/1661, fol. 21, «Niederschrift über die Ereignisse vom 15.3. bis 15.4.1945», sin fecha, firmado por Walther Rohland (anotaciones de 31.3, 2.4, 8.4, 13.4.45); Walter Rohland, *Bewegte Zeiten,* Stuttgart, 1978, pp. 105-107. Model también se negó a considerar la petición que le hizo en una carta personal el teniente general estadounidense Matthew Ridgway el 17 de abril, declarando que su juramento al Führer le obligaba a combatir hasta el final. Hastings, p. 482; Messerschmidt, p. 177. <<

[26] Ludewig, pp. 382-384; Rohland, p. 107; Walter Görlitz, *Model: Strategie der Defensive,* Wiesbaden, 1975, pp. 263-268; John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45,* Paderborn, 2009, p. 2. La orden de convertir a las familias en los garantes de que los soldados combatieran hasta el final fue firmada por Keitel en nombre de Hitler el 5 de marzo. *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht,* p. 207. Sorprendentemente, la iniciativa partió de la Wehrmacht. Ulrike Hett y Johannes Tuchei, «Die Reaktionen des NS-Staates auf den Umsturzversuch vom 20. Juli 1944», en Peter Steinbach y Johannes Tuchei (eds.), *Widerstand gegen den Nationalsozialismus,* Bonn, 1994, p. 387. < <

[27] Citado en *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), p. 327 (7.4.45). < <

[28] *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), pp. 331-332. <<

[29] IWM, EDS, F. 3, AL 2697, «Doenitz Orders Resistance to the last. 3 Orders 7, 11, and 19 April 1945». < <

[30] *KTB/SLK,* Teil A, Bd. 68, pp. 331-332 A, Kriegstagebuch des Ob. d. M., 25.4.45. < <

[31] *BA/MA,* N265/112, NL Heinrici, fols. 1-17 (escrito en cautividad, 1945-1947; incorpora recuerdos del coronel Eismann). Aunque se titula «Der Vortrag bei Hitler am 4.IV.1945», al parecer la reunión (véase fol. 20) no se celebró el día 4 de abril, sino el 6. Heinrici ya había elaborado un informe más breve, aunque esencialmente similar, de la reunión el 12 de mayo de 1945 (BA/MA, N265/108, fols. 3-9, en el que la fecha «unos diez días antes de comienzo de la batalla de Berlín»). < <

[32] BA/MA, N265/112, NL Heinrici, fols. 23-24. Speer, p. 471, fecha la reunión el 15 de abril, no el 14 (como hacía Heinrici), y menciona que se habló solo de evitar la destrucción de las instalaciones de Berlín, no de la cuestión de matar a Hitler (a la que, sin embargo, alude en otra parte de sus memorias). En los borradores posteriores de otras partes de sus memorias, que datan de 1966 aproximadamente, Heinrici vuelve a mencionar la conversación con Speer sobre matar a Hitler y su rechazo al asesinato político debido a sus convicciones cristianas. Añade dos puntos que no mencionaba en la versión anterior. Un intento de asesinato habría sido absurdo debido a la seguridad de Hitler, muy reforzada desde julio de 1944. Y, de haber tenido éxito la tentativa, el resultado habría sido una revolución a 100 kilómetros detrás de las líneas del frente contra los rusos. El caos posterior habría privado a la jefatura de cualquier posibilidad de entablar negociaciones satisfactorias sobre un armisticio. No está claro si tenía o no en mente estas ideas en abril de 1945. En las memorias posteriores, llegaba a la conclusión de que no había tenido más opción que cumplir su misión de mantener la línea del Óder en la medida de sus posibilidades. BA/MA, N265/26, fols. 22-23 (*c.* 1966). Sobre las afirmaciones de Speer de haber considerado el asesinato de Hitler, véase Matthias Schmidt, *Albert Speer: Das Ende eines Mythos,* Berna y Múnich, 1982, pp. 147-151. < <

[33] BA/MA, N245/3, NL Reinhardt, Kalenderblätter 1945, fol. 87, anotaciones de 5.4.45, 13.4.45. < <

[34] Un télex de la oficina de personal del ejército de tierra del 13 de abril asignaba un pequeño número de oficiales a la «reserva del Führer» de varios grupos de ejércitos, pero señalaba que tenían que conseguir sus propios recursos humanos y no podían contar con más asignaciones en un futuro previsible. IWM, EDS, F. 3, M.I., 14/163, FS al OB Nordwest, etc., 13.4.45. A principios de abril, se constituyeron siete divisiones nuevas y se les entregó armamento ligero, pero estaban formadas por jóvenes de 17 años. Tenían que ocuparse de la defensa de Turingia, pero no estarían listas para entrar en servicio antes de quince días. *TBJG,* II/15, p. 685 (8.4.45). Para entonces, se había perdido Turingia. < <

[35] Por ejemplo, StAA, Kreisleitung Günzburg 1/42, Gaustabsamt Gau Schwaben to named Kreisleitungen, 11.4.45. < <

[36] BAB, NS 6/756, fols. 2-6, Verstärkung der kämpfenden Truppe, 28.2.45. < <

[37] BAB, NS 6/135, fol. 160, Vorlage (para Bormann), re. Panzemahbekämpfungstrupp der HitlerJugend, 3.3.45. < <

[38] Información del doctor Hermann Graml, Institut für Zeitgeschichte, Múnich, sobre su propia experiencia en el Servicio de Trabajo del Reich en los últimos días de abril de 1945. Los jóvenes eran sometidos a una enorme presión para que se incorporaran. Era posible resistirse si se mostraba suficiente determinación, por ejemplo, insistiendo en una firme adhesión a la Iglesia católica, o, como en el caso del doctor Graml, mostrando un documento que indicara que había sido llamado a filas en la Wehrmacht. Una mujer de Württemberg afirmó mucho más tarde que recordaba que su hermano de 17 años recibió una carta en febrero de 1945 en la que se indicaba que se había presentado voluntario para las Waffen-SS, lo que no era cierto. Se ofreció voluntario en el Servicio de Trabajo del Reich para eludirlo. *Zeitzeugen berichten… Schwäbisch Gmünd — Erinnerungen an die Zeit von 1930 bis 1945,* ed. Stadtarchiv Schwäbisch Gmünd, Schwäbisch Gmund, 1989, p. 312. < <

[39] Véase el testimonio recogido por Nicholas Stargardt, *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis,* Londres, 2005, pp. 268-269, 294-297, 303, 307. < <

[40] Günter C. Behrmann, «“Jugend, die meinen Namen trägt”: Die letzten Kriegseinsätze der Hitlerjugend», en *Kriegsende in Deutschland,* Hamburgo, 2005, p. 175. < <

[41] StAA, Kreisleitung Günzburg 1/43, Strassen-und Flußbauamt, Neu-Ulm, 13.4.45; Gauleitung Schwaben, 1/28, fols. 328841-328842, 328845, Heeresgruppe G a Gauleitung Schwaben, 13.4.45, Bormann a todos los Gauleiter, 13.4.45, transmitiendo la directiva de Keitel del 10.4.45; fols. 328807-328808, orden de Bormann a los diez Gauleiter designados del centro y el sur de Alemania, 13.4.45; Gauleitung Schwaben, 1/29, fol. 328843, Aktnotiz für den Gauleiter: Versorgungslage der Wehrmacht und ziviler Behörden, 16.4.45; fol. 328835, nota para el Gauleiter Wahl, después Kreisleiter de Neu-Ulm, quien, al acercarse el enemigo, juzgó necesario recurrir a la *Volkssturm* y reclutar hombres para cavar trincheras e incrementar la cantidad de barricadas, 20.4.45. < <

[42] BAB, R3/1622, fol. 102, directiva de Speer, transmitiendo la orden de Hitler, 24.4.45; publicada en *«Führer-Erlasse» 1939-1945,* ed. Martin Moll, Stuttgart, 1997, p. 497. < <

[43] BAB, R3/1618, fol. 22, re, Führer-Vorführung, 12.4.45. < <

[44] BfZ, Sammlung Sterz, Uffz. Werner F., 1.4.45. La mayoría de las cartas de los soldados, y las que recibían, no tenían ningún contenido político y trataban principalmente de temas familiares o privados intrascendentes. Un informe para marzo de una de las oficinas de censura afirmaba, a partir del correo interceptado y controlado, que el 91,8 por ciento de las cartas verificadas a lo largo del mes eran «incoloras», el 4,7 por ciento bien dispuestas hacia el régimen y el 3.5 por ciento negativas (esta última cifra subestima, sin duda, los verdaderos sentimientos, en vista del peligro que entrañaba expresar críticas).Un control distinto, siguiendo criterios algo diferentes, para los últimos ocho días de marzo ofrecía unos resultados de 77,08 por ciento «incoloras», 8,82 por ciento «positivas», 6,64 por ciento «negativas» y 7,46 por ciento «neutrales». El informe incluía 113 extractos variados de las cartas. BA/MA, RH 20 19/245, fols. 31-43, Feldpostprüfstelle bei AOK. 19, Monatsbericht für März 1945, 3.4.45. Sobe la organización del correo al frente y desde el mismo, véase Richard Lakowski y Hans-Joachim Büll, *Lebenszeichen 1945: Feldpost aus den letzten Kriegstagen,* Leipzig, 2002, pp. 18-29. < <

[45] BfZ, Sammlung Sterz, Tagebuch Uffz. Heinrich V, 10.4.45. < <

[46] BfZ, Sammlung Sterz, Tagebuch Uffz. Heinrich V., 12.4.45. < <

[47] Fritz, pp. 90-91. < <

[48] LHC, Dempsey Papers, n° 319, parte II, pp. 8-9 (18.4.45). Se desconoce lo que le ocurrió al oficial. < <

[49] *TBJG,* II/15, pp. 658 (1.4.45), 684, 687 (8.4.45), 692 (9.4.45); *DRZW,* 10/1 (Boog), pp. 830-883; Christian Hartmann y Johannes Hürter, *Die letzten 100 Tage des Zweiten Weltkriegs,* Múnich, 2005, anotación del día 33, 7 de abril de 1945. Hartmann y Hürter ofrecen la cifra de 23 bombarderos destruidos. Esta cifra se parece a la ofrecida por los estadounidenses de 17 bombarderos y 5 cazas destruidos en la batalla aérea, aunque la mayoría de estas pérdidas no fueron causadas directamente por colisiones. Unos meses antes, un joven, un estudiante de periodismo cuyo hermano había caído en el frente oriental, y evidentemente un nazi entusiasta, expresaba su decepción en el periódico de las SS, el *Das Schwarze Korps,* por haber sido rechazado para suicidarse como torpedo humano porque había habido demasiados candidatos. Decía que el motivo era su amor por Alemania. BAB, NS 19/2936, carta manuscrita, sin fecha (finales de 1944 o principios de 1945). < <

[50] Fritz, pp. 72. 78-79, 88-89, 92. < <

[51] Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945,* Múnich, 2007, p. 254. < <

[52] BA/MA, MS g 2/2697, diario del teniente Julius Dufner, fols. 154-161, anotaciones de 13-20.4.45. Con antelación, Goebbels había mencionado ese mismo mes la desmoralización de las tropas en el Gau Weser-Ems y decía que coincidía con los informes que hasta entonces había recibido de zonas occidentales del Reich, donde los soldados se habían desperdigado en grupos, y algunos habían arrojado las armas y se dedicaban al pillaje. *TBJG,* II/15, p. 673 (4.4.45). < <

[53] *TBJG,* II/15, pp. 654-655, 659-660 (1.4.45). Según el diario del ayudante de Goebbels, Rudolf Semmler, a principios de abril, «gran parte de la población muestra banderas y sábanas blancas» en cada pueblo o aldea al acercarse las tropas estadounidenses o británicas. Rudolf Semmler, *Goebbels— the Man next to Hitler,* Londres, 1947, p. 190 (5.4.45). Véanse las anotaciones del diario reproducidas en Gerhard Hirschfeld e Irina Renz, *«Vormittags die ersten Amerikaner»: Stimmen und Bilder vom Kriegsende 1945,* Stuttgart, 2005, pp. 119, 125, 133, para ejemplos de alegría o alivio ante la llegada de las tropas estadounidenses. < <

[54] IWM, EDS, F 2, AL 2682, Bormann a Kaltenbrunner, 4.4.45.
< <

[55] StAA, Gauleitung Schwaben, 1/28, fol. 328839, Schulz a Gauleitung Schwaben, 8.4.45, con una nota manuscrita de Wahl a pie de página. < <

[56] StAA, Kreisleitung Günzburg 1/43, fols. 00991, 00999, Kreisleiter a todos los Bürgermeister, Ortsgruppenleiter y Ortsamsleiter der NSV, 18.4.45, y orden (sin fecha) de Kreisleiter. < <

[57] *TBJG,* II/15, pp. 612-613 (28.3.45), un comentario también relacionado con las órdenes de Hitler de destruir la industria. <<

[58] *TBJG,* II/15, p. 684 (8.4.45). Las dificultades para alimentar a los refugiados enviados a Allgäu, en la región alpina del sur de Baviera, dieron lugar a peticiones de que se detuviera la afluencia. StAA, Gauleitung Schwaben, 1/29, fols. 328886-328887, informe del Landesbauernführer Pg. Deininger sobre «Emährungslage», 14.4.45. < <

[59] IfZ, Fa 91/5, Bl. 1120 d, Lagemitteilung Gauleiter Eigruber, 9.4.45; BAB, NS 6/277, fol. 101-101 v, Dienstleiter Hund, Parteikanzlei München, a GL Wächtler, Bayreuth, 10.4.45; fol. 31, Hund a Pg. Zander, Dienststelle Berlin, 10.4.45; fols. 8-9, Lagebericht del Gauleitung Salzburg, 10.4.45, Fernschreiben, Hund a Bormann, 14.4.45; fol. 11, Aktenvermerk, 17.4.45. El Gauleiter Hugo Jury, del Gau Niederdonau, también pidió consejo a Bormann (fol. 92) para saber adonde enviar a los 30.000 refugiados de Silesia, entonces en el distrito de Iglau, en el protectorado, que debían ser repatriados al Reich. Prometía hacer todo lo posible para alojar a los que llegaran de su Gau, pero decía que, evidentemente, no estaba dispuesto a acoger a los de otros. El Gauleiter Eigruber recordaba posteriormente el caos que reinó cuando decenas de miles de refugiados húngaros y 15.000 judíos del Bajo Danubio y Styria internados en el campo de concentración de Mauthausen fueron enviados a su dominio, donde no había con qué alimentarlos. IWM, FO 645/156, interrogatorio de August Eigruber, 3.11.45. < <

[60] BAB, NS 6/277, fol. 130, Funkspruch Walkenhorsts an Reichsleiter Bormann, 5.4.45 (también IfZ, Fa 91/5, Bl. 1106). También: fols. 110-112, Vermerk para Bormann de Pg, Zander, 5.4.45; fol. 113, Walkenhorst, telefonische Vorlage an den Reichsleiter, 5.4.45; fol. 15, Aktenvermerk que menciona la imposibilidad del Gauleiter Siegfried Uiberreither de Styria de llegar a Berlín con un mensaje urgente para el general Jodl; fol. 4, PG. Walkenhorst zur telefonischen Durchgabe nach Berlin (sobre las diversas dificultades de las comunicaciones y las medidas para superarlas), 12.4.45. < <

[61] *TBJG*, II/15, p. 677 (4.4.45). < <

[62] *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht*, pp. 346-348. < <

[63] BAB, NS 6/756, fols. 7-9, Vermerk für Chef der Sicherheitspolizei und des SD, Parteifeindliche Einstellung der Wiener Arbeiterbevölkerung nach den Luftangriffen, 10 3.45. Véanse también fols. 14-15 para un informe fechado el día anterior del Gauleiter Ernst-Wilhelm Bohle, jefe de la Auslandsorganisation del partido nazi, sobre sus impresiones acerca de las mujeres húngaras y otros extranjeros que se comportaban como si Viena fuera un centro turístico, y fols. 12-13 para un informe enviado a Walkenhorst el 2 de abril sobre la pésima situación de la ciudad y la falta de liderazgo de la Wehrmacht y el partido. Véase también *TBJG,* II/15, pp. 687, 693 (8-9.4.45). Para una breve indicación del hundimiento en Viena visto por el régimen, véase Karl Stadler, *Österreich 1938-1945 im Spiegel der NS-Akten,* Viena, 1966, pp. 401-404. Véase también, sobre el rápido empeoramiento de las condiciones y los crecientes problemas para la jefatura nazi en Viena en las semanas previas a la caída de la ciudad, Rauchensteiner, pp. 154-157, 163-166. < <

[64] *TBJG,* 11/15, pp. 666-680 (2.4.45, 4.4.45). < <

[65] *TBJG,* II/15, pp. 683, 687, 693 (8.4.45, 9.4.45). < <

[66] BAB, NS 6/353, fol. 103, RS 211/45, «Einsatzpflicht der Politischen Leiter», 15.4.45. Un mes antes, refiriéndose a directivas previas similares, Bormann (fol. 80, Rundschreiben 140/45, «Persönlicher Einsatz der Hoheitsträger», 17.3.45) había exhortado a los altos representantes del partido a colaborar en la ayuda a la población en la zona de combates y dar ejemplo de moral combativa. <<

[67] *TBJG,* II/15, p. 659 (1.4.45). < <

[68] *TBJG,* II/15, p. 672 (4.4.45). < <

[69] Por ejemplo, pese a sus exhortaciones a resistir, acompañadas de amenazas, la mayoría de los Kreisleiter de Württemberg huyeron cuando se acercaron la tropas aliadas. Christine Arbogast, *Herrschaftsinstanzen der württembergischen NSDAP: Funktion, Sozialprofil und Lebenswege einer regionalen Elite 1920-1960,* Múnich, 1998, p. 260. Un Kreisleiter de la Selva Negra, que se presentó en Múnich para ofrecer sus servicios a la cancillería del partido, recibió la orden de regresar de inmediato para servir con la *Volkssturm* y fue advertido de que su llegada en un vehículo oficial podría ser vista como una huida. BAB, NS 6/277, fol. 24, Aktenvermerk, 20.4.45. <<

[70] IfZ, ZS597, Bl. 113 (1950); *TBJG,* II/15, p. 672 (4.4.45); Karl Höffkes, *Hitlers politische Generale: Die Gauleiter des Dritten Reiches. Ein biographisches Nachschlagewerk,* Tubinga, 1986, pp. 112-113. La policía de seguridad había desmantelado su sede el 7 de marzo y, tras destruir los archivos, sus miembros huyeron vestidos de civiles y con documentos de identidad falsos. NAL, KV 3/188, interrogatorio de Ostubf. Karl Hans Paul Hennicke, jefe del SD-Abschnitt Köln-Aachen, 11.4.45. < <

[71] Ralf Blank, «Albert Hoffmann als Reichsverteidigungskommissar im Gau Westfalen-Süd, 1943-1945: Eine biografi sehe Skizze», en Wolf Grüner y Armin Nolzen (eds.), *«Bürokratien»: Initiative und Effizienz. Beiträge zur Geschichte des Nationalsozialismus,* vol. 17, Berlin, 2001, pp. 201-202. < <

[72] Ralf Meindl, *Ostpreußens Gauleiter: Erich Koch — eine politische Biographie,* Osnabrück, 2007, p. 452. < <

[73] Wilfred von Oven, *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende,* Tubinga, 1974, pp. 635-637 (12.4.45); Meindl, p. 455; Alastair Noble, *Nazi Rule and the Soviet Offensive in Eastern Germany,* Brighton y Portland, Ore., 2009, p. 240; Isabel Denny, *The Fall of Hitler's Fortress City: The Battle for Königsberg, 1945,* Londres, 2007, p. 230; Speer, p. 498. Meindl dudaba si, como afirmaba Oven (p. 636), Koch había influido a Hitler para que condenara al general Lasch, comandante de Königsberg, a muerte *in absentia* por su «cobarde» capitulación, p. 454. < <

[74] Höffkes, p. 24. < <

[75] BAB, NS 6/277, fols. 76-78 (17.4.45). Publicado en Karl Kunze, *Kriegsende in Franken und der Kampf um Nürnberg im April 1945,* Núremberg, 1995. pp. 217-219. < <

[76] Kunze, pp. 243-244, 265, 283-285; Höffkes, p. 156. Sobre los intentos locales de individuos valientes y de grupos de ciudadanos en el centro de Franconia para impedir la manía de los fanáticos nazis de causar la destrucción de sus ciudades, véase Hans Woller, *Gesellschaft und Politik in der amerikanischen Besatzungszone: Die Region Ansbach und Fürth,* Múnich, 1986, pp. 46-57. < <

[77] Ernst Hornig, *Breslau 1945: Erlebnisse in der eingeschlossenen Stadt,* Múnich, 1975, pp. 129-131; Hans von Ahlfen y Hermann Niehoff, *So kämpfte Breslau: Verteidigung und Untergang von Schlesiens Hauptstadt,* Múnich, 1959, p. 83; Friedrich Grieger, *Wie Breslau fiel...,* Metzingen, 1948, pp. 23-24; Joachim Konrad, «Das Ende von Breslau», *VfZ,* 4 (1956), p. 388. < <

[78] *TBJG,* II/15, pp. 692-693 (9.4.45). Höffkes, p. 122, fecha la condecoración el 12 de abril, aunque Goebbels ya se refiere a la concesión de la distinción el 9 de abril. < <

[79] BAB, R3/1625, fol. 2, Speer a Hanke, 14.4.45. < <

[80] Tras su huida de Breslau, Hanke fue capturado el 6 de mayo por partisanos checos, aunque no lo reconocieron, y lo mataron a principios del mes siguiente mientras intentaba escapar. Höffkes, pp. 122-123; Michael D. Miller y Andreas Schulz (eds.), *Gauleiter: The Regional Leaders of the Nazi Party and their Deputies,* CD-ROM, s.f. *(c.* 2004), vol. 1. < <

[81] BAB, NS 6/353, fol. 151, Anordnung de Bormann a todos los Reichsleiter, Gauleiter y Verbändeführer, 1.4.45; también en IfZ, Fa. 91/4, Bl. 1099. < <

[82] Ferdinand Stadlbauer, «Die letzten Tage des Gauleiters Wächtler», *Waldmünchner Heimatbote,* 12 (1985), pp. 3-10; Höffkes, pp. 360-361; Joachim Lilla, *Die Stellvertretenden Gauleiter und die Vertretung der Gauleiter der NSDAP im «Dritten Reich»,* Coblenza, 2003, pp. 100-101. < <

[83] Texto en *Justiz und NS-Verbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen 1945-1966, Register,* ed. C. F. Rüter y D. W. De Mildt, Amsterdam y Múnich, 1998, p. 199; Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995, p. 787. El borrador de Himmler del 29.3.45, el télex del OKW y un borrador enviado a él están en BA/MA, RH 20-19/196, fols. 103-105. < <

[84] Reproducido en Fritz Nadler, *Eine Stadt im Schatten Streichers,* Núremberg, 1969, p. 41; *Justiz und NS-Verbrechen, Register,* p. 199. El decreto del mismo día de Himmler, en el que ordenaba que «cada aldea y cada pueblo sean defendidos y resistan con todos los medios posibles», está publicado en *Justiz und NS-Verbrechen, Register,* p. 200, y en Rolf-Dieter Müller y Gerd R. Ueberschär, *Kriegsende 1945: Die Zerstörung des Deutschen Reiches,* Frankfurt am Main, 1994, p. 171. < <

[85] Véase, por ejemplo, el buen ensayo local de Herfried Münkler, *Machtzerfall: Die letzten Tage des Dritten Reiches dargestellt am Beispiel der hessischen Kreisstadt Friedberg,* Berlin, 1985. < <

[86] Heinz Petzold, «Cottbus zwischen Januar und Mai 1945», en Werner Stang y Kurt Arlt (eds.), *Brandenburg im Jahr 1945,* Potsdam, 1995, pp. 121-124. < <

[87] Norbert Buske (ed.), *Die kampflose Übergabe der Stadt Greifswald im April 1945,* Schwerin, 1993, pp. 15-30, 37. < <

[88] Henke, pp. 843-844; Zimmermann, *Pflicht*, pp. 360, 363. < <

[89] Paul Sauer, *Württemberg in der Zeit des Nationalsozialismus,* Ulm, 1975, pp. 492-494; Andreas Förschler, *Stuttgart 1945: Kriegsende und Neubeginn,* Gudensberg-Gleichen, 2004, pp. 8-19; Jill Stephenson, «“Resistance” to “No Surrender”: Popular Disobedience in Württemberg in 1945», en Francis R. Nicosia y Lawrence D. Stokes (eds.), *Germans against Nazism,* Oxford y Providence, RI, 1990, pp. 357-358; Jill Stephenson, *Hitler’sHome Front: Württemberg under the Nazis,* Londres, 2006, pp. 324-325. < <

[90] Hildebrand Troll, «Aktionen zur Kriegsbeendigung im Frühjahr 1945», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit,* vol. 4, Múnich y Viena, 1981, pp. 650-654; Fritz, pp. 140-149. < <

[91] Serger, Böttcher y Ueberschär, pp. 255-257, diario de Gertrud Neumeister, 17.4.45. <<

[92] Véase Henke, pp. 844-861; Fritz, cap. 5; Elisabeth Kohlhaas, «“Aus einem Haus, aus dem eine weiße Fahnen erscheint, sind alle männlichen Personen zu erschießen”: Durchhalteterror und Gewalt gegen Zivilisten am Kriegsende 1945», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedier (eds.), *Terror nach Innen: Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges,* Gotinga, 2006, pp. 51-79; Egbert Schwarz, *Die letzten Tage des Dritten Reiches: Unteruchung zu Justiz und NS - Verbrechen in der KriegsEndphase März/April 1945,* tesis, Universidad de Düsseldorf, 1990, pp. 14-19, 23-27, 35-38 (un estudio regional del norte de Renania-Westfalia); y *DZW, 6,* pp. 652-654, para numerosos ejemplos. < <

[93] Troll, p. 652; Fritz, p. 146. < <

[94] *Zeitzeugen berichten... Schwäbisch Gmünd,* pp. 43, 49, 77, 83-84; *Justiz und NS-Verbrechen,* vol. 2, ed. Adelheid L. Rüter-Ehlermann y C.F. Rüter, Amsterdam, 1969, pp. 77-101; Albert Deible, *Krieg und Kriegsende in Schwäbisch Gmünd,* Schwäbisch Gmünd, 1954, pp. 26-28, 34-35, 66-68; Kohlhaas, p. 51. < <

[95] *Justiz und NS-Verbrechen,* vol. 1, ed. Adelheid L. Rüter-Ehlermann y C. F. Rüter, Amsterdam, 1968, pp. 505-529; Henke, pp. 848-849; Kohlhaas, p. 51, indica catorce víctimas, aunque esta cifra debe incluir a las que dispararon pero no hirieron. Como en tantos casos, el Kreisleiter había dado la orden «de defender la ciudad hasta la última gota de sangre», mientras que la mayoría de la población se oponía por completo. Robert Bauer, *Heilbronner Tagebuchblätter,* Heilbronn, 1949, p. 46. Drauz fue ejecutado en 1946 y su principal cómplice fue condenado a quince años de cárcel. Sobre Drauz, famoso por su fanatismo, véase también Stephenson, *Hitler's Home Front,* pp. 332-333. < <

[96] *Justiz und NS-Verbrechen,* vol. 10, ed. Adelheid L. Rüter-Ehlermann, H. H. Fuchs y C.F. Rüter, Amsterdam, 1973, pp. 205-240; Henke, pp. 851-853. < <

[97] BBC Archives, *The Nazis: A Warning from History* (1997), escrito y producido para la BBC 2 por Lawrence Rees, entrevista de Walter Fernau por Detlef Siebert, s.f., *c.* 1997, rollo 219, pp. 211, 213; rollo 221, pp. 352-353. Véase también el libro de la serie: Lawrence Rees, *The Nazis: A Warning from History,* Londres, 1997, pp. 232-234 y 247. Gran parte de la larga entrevista (rollos 217-21, 403 pp., en alemán, con traducción en inglés) ofrece la propia versión de Fernau de las operaciones del «consejo de guerra itinerante» de Helm y el juicio y la ejecución de Karl Weiglein. Fernau fue condenado en 1952 a seis años de cárcel por participar en el asunto (y en otro incidente). < <

[98] Jürgen Zarusky, «Von der Sondergerichtsbarkeit zum Endphasenterror: Loyalitätserwingung und Rache am Widerstand im Zusammenbruch des NS-Regimes», en Arendes, Wolfram y Zedier, pp. 116-117; Andreas Heusler, «Die Eskalation des Terrors: Gewalt gegen ausländische Zwangsarbeiter in der Endphase des Zweiten Weltkrieges», en Arendes, Wolfram y Zedier, p. 180. < <

[99] Zarusky, p. 113. < <

[100] Sobre los numerosos casos de matanzas masivas de prisioneros en abril de 1945, véase Gerhard Paul, «“Diese Erschießungen haben mich innerlich gar nicht mehr berührt”: Die KriegsEndphasenverbrechen der Gestap. 1944/45», en Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo im Zweiten Weltkrieg: «Heimatfront» und besetztes Europa,* Darmstadt, 2000, pp. 554-560. < <

[101] Nikolaus Wachsmann, *Hitler’s Prisons: Legal Terror in Nazi Germany,* New Haven y Londres, 2004, pp. 336-337. < <

[102] Eberhard Kolb, «Bergen-Belsen: Die Errichtung des Lagers Bergen-Belsen und seine Funktion als "Aufenthaltslager" (1943/44)», en Martin Broszat (ed.), *Studien zur Geschichte der Konzentrationslager,* Stuttgart, 1970, p. 151. Eberhard Kolb, *Bergen-Belsen 1943 bis 1943,* Gotinga, 1985, pp. 47-51. Sobre las órdenes de Himmler, véase Eberhard Kolb, *Bergen-Belsen: Geschichte des «Aufenthaltslagers» 1943-1943,* Hanover, 1962, pp. 157-160. < <

[103] Kolb, *Bergen-Belsen 1943 bis 1943,* p. 48; Katrin Greiser, *Die Todesmärsche von Buchenwald: Räumung, Befreiung und Spuren der Erinnerung,* Gotinga, 2008, p. 134. < <

[104] Karin Orth, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager: Eine politische Organisationsgeschichte,* Hamburgo, 1999, pp. 301-305, 308, 311-312; Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie,* Múnich, 2008, p. 745. < <

[105] Orth, p. 307. < <

[106] Orth, pp. 307-308, 311; *IMT,* vol. II, p. 450 (declaración de Rudolf Höß). La orden de «proteger» los campos de concentración en caso de emergencia, presuntamente una insurrección de los prisioneros, se había promulgado por primera vez el 17 de junio de 1944, aunque no se mencionaba explícitamente qué les sucedería a los prisioneros. IfZ, Nbg-Dok., PS-3683, «Sicherung der Konzentrationslager» (no se recoge en los volúmenes publicados sobre los juicios), por la que Himmler confiaba las medidas de seguridad relacionadas con los campos de concentración a los altos mandos de las SS y la policía; Orth, p. 272. Según el testimonio de Höß, les correspondía a ellos decidir si se debía evacuar un campo o entregarlo. A principios de 1945, ante el avance del enemigo, la situación cambió. En enero y febrero de 1945, los comandantes ejecutaron nuevas órdenes de matar a los prisioneros «peligrosos». El acuerdo de Himmler en marzo, con la intención de utilizar a los judíos como moneda de cambio en posibles negociaciones con los Aliados occidentales, frenó temporalmente la idea de matar a todos los prisioneros de los campos de concentración. Orth, pp. 296-305. Pero en abril hubo otro cambio. La orden que indicaba que se volvía a adoptar la postura anterior se dio el 18 de abril (no el 14 de abril, como se ha afirmado a menudo) y se recibió en campo de Flossenbürg al día siguiente. El texto alemán de esta orden no ha aparecido nunca, aunque se ha confirmado su autenticidad basándose en varias traducciones parciales casi contemporáneas. Stanislav Zamecnik, «Kein Häfding darf lebend in die Hände des Feindes fallen: Zur Existenz des Himmler-Befehls vom 14-18. April 1945», *Dachauer Hefte,* I (1985), pp. 219-231. Véase también *DZW,* 6, pp. 647-648. < <

[107] *IMT,* vol. 11, p. 450 (declaración de Höß); Orth, p. 312; Daniel Blatman, «The Death-Marches and the Final Phase of Nazi Genocide», en Jane Caplan y Nikolaus Wachsmann (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany: The New Histories,* Londres y Nueva York, 2010, p. 175; *DZW,* 6, pp. 647-648. <<

[108] Orth, p. 307. < <

[109] Orth, pp. 305-309. Las condiciones en Buchenwald en los últimos días y la liberación del campo las describe de forma vivida un prisionero, Eugen Kogon, *Der SS-Staat: Das System der deutschen Konzentrationslager,* edición de bolsillo, Múnich, 1974, pp. 335-343. <<

[110] Orth, pp. 312-328. Los Aliados occidentales hicieron grandes esfuerzos después de la guerra para establecer las rutas precisas de las marchas, las cifras de muertos en cada lugar por el que pasaron y el lugar exacto donde fueron enterrados los cadáveres. Los abundantes documentos se conservan en el ITS, sobre todo Bestand «Tote» (83 cajas) y «Evak» (9 cajas). < <

[111] Greiser, p. 138. <<

[112] Blatman, «The Death-Marches and the Final Phase of Nazi Genocide», p. 174. < <

[113] «Reminiscences» (1989) sin publicar del doctor Michael Gero, Hamburgo, pp. 111-112, que amablemente me envió George Burton, hijo de uno de los prisioneros asesinados de forma tan fortuita y brutal. Se desconoce lo que le sucedió a aquel asesino rubio de las SS. < <

[114] Blatman, «The Death-Marches and the Final Phase of Nazi Genocide», pp. 176-177, 180-181. < <

[115] Blatman, «The Death-Marches and the Final Phase of Nazi Genocide», pp. 177-178; Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust,* edición de bolsillo, 1996, p. 364; Greiser, pp. 136, 140, concluye que, en lo que respecta a los prisioneros de Buchenwald, los no judíos no estaban menos expuestos a la tormenta que los judíos. < <

[116] ITS, Tote 80, Bl. 00044a, Celle, (1946-1947), calcula que la cifra de muertos a causa del bombardeo aéreo fue de mil prisioneros. Los cálculos posteriores han variado mucho, pero la mayoría parece situar la cifra entre 400 y 500. Bernhard Strebei, *Celle April 1945 Revisited,* Bielefeld, 2008, pp. 114-115. < <

[117] Daniel Blatman, *Les Marches de la mort: La dernière étape du génocide nazi, été 1944 -printemp. 1945,* Paris, 2009, pp. 282-288 (cita, p. 286). Strebel (cuyo libro ofrece una minuciosa evaluación de las pruebas disponibles sobre los espantosos sucesos de Celle) calcula (p. 115) unas 200 víctimas en la matanza. Véase también *«Hasenjagd» in Celle: Das Massaker am 8. April 1945,* Celle, 2005, para testimonies de primera mano y una valoración de cómo vivió la población posteriormente con el recuerdo de la matanza. < <

[118] Blatman, *Les Marches de la mort,* pp. 318-361; Joachim Neander, *Das Konzentrationslager «Mittelbau» in der Endphase der nationalsozialistischen Diktatur,* Clausthal-Zellerfeld, 1997, pp. 466-477; Joachim Neander, *Gardelegen 1945: Das Ende der Häftlingstransporte aus dem Konzentrationslager «Mittelbau»,* Magdeburgo, 1998, pp. 27-35, 40-45; Diana Gring, «Das Massaker von Gardelegen», *Dachauer Hefte,* 20 (2004), pp. 112-126; Goldhagen, pp. 367-368; Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany,* Oxford, 2001, p. 246; *DZW, 6,* p. 648. < <

[119] Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltungen, Ludwigsburg, IV 409 AR-Z/ 78/72, Bl. 1192, 1234; IV 409 AR-Z 105/721 Bl. 96. Le estoy agradecido a la doctora Simone Erpel por estas referencias. < <

[120] Ambas citas en Greiser, p. 258. Un muchacho de 14 años que iba en la marcha desde Flossenbürg a mediados de abril recordaba que «la mayoría de los alemanes nos consideran a los prisioneros criminales». Heinrich Demerer, «Erinnerungen an den Todesmarsch aus dem KZ Flossenbürg», *Dachauer Hefte,* 25 (2009), p. 154. < <

[121] Goldhagen, p. 365 y p. 587 n. 23; Simone Erpel, *Zwischen Vernichtung und Befreiung: Das Frauen-Konzentrationslager Ravensbrück in der letzten Kriegsphase,* Berlin, 2005, pp. 176-177. <<

[122] Citado en Blatman, *Les Marches de la mort,* p. 286. < <

[123] ITS, Tote 83, Hütten, Bl. 00011a-b (1.4.46, aunque el informe se ve debilitado por el hecho de que estaba firmado por el antiguo alcalde y un oficial de la Wehrmacht). < <

[124] ITS, Tote 4, Altendorf, Bl. 000883-00099 b (julio de 1947). <<

[125] Se ofrecen algunos ejemplos en Greiser, pp. 259-275, y en Delia Müller y Madien Lepschies, *Tage der Angst und der Hoffnung: Erinnerungen an die Todesmärsche aus dem Frauen-Konzentrationslager Ravensbrück Ende April 1945,* Berlin, s.f., pp. 56-57, 87, 89-90. Heinrich Demerer recordaba rostros compasivos entre los civiles que observaban a los prisioneros de la marcha y con frecuencia le daban pan, aunque pensaba que se debía a que era muy pequeño, ya que a los demás prisioneros prácticamente no les daban nada cuando pasaban. Demerer, pp. 152, 154. Los recuerdos de las marchas de Ravensbrück incluyen ejemplos de niños que recordaban que sus padres ponían agua y patatas hervidas en las calles para los prisioneros. En cambio, los antiguos prisioneros no recordaban este tipo de ayuda, sino el rechazo de los que observaban. Simone Erpel, «Machtverhältnisse im Zerfall: Todesmärsche der Häftlinge des Frauen-Konzentrationslagers Ravensbrück im April 1945», en Jörg Hillmann yjohn Zimmermann, *Kriegsende 1949 in Deutschland,* Múnich, 2002, p. 198. < <

[126] Blatman, «The Death-Marches and the Final Phase of Nazi Genocide», p. 180; y véase Goldhagen, p. 365. < <

[127] Ardsley Microfilms, Irving Collection, Reel 1, R 97481, interrogatorio de Göring, 24.5.45. < <

[128] Esto es loque supone Rolf-Dieter Müller en *DRZW,* 10/2, pp. 102-104. Speer reconocía en su juicio durante la posguerra que aún tenía sentimientos contradictorios y que estaría dispuesto, después de todo lo que había sucedido, a ponerse a disposición de Hitler. *IMT,* vol. 16, p. 582. Schmidt, pp. 162-163, sugiere que Speer intentaba influir a Hitler para que nombrara a Dönitz su sucesor, con la esperanza de desempeñar él mismo un papel importante en la administración. < <

[129] Speer, pp. 487-488. < <

[130] BAB, NS19/3118, fol. 3, la orden de Himmler del 24.1.45, recordando a los hombres de las SS la orden de Hitler del 25.11.44 (fol. 2) sobre el comportamiento exigido a los oficiales, los suboficiales y los hombres «en una situación aparentemente desesperada». < <

[131] Von Oven, pp. 647, 650 (19-20.4.45). < <

[132] Von Oven, pp. 646-647 (18.4.45). Goebbels también había asegurado que había copiado su diario en placas de cristal, una especie de microfichas antiguas. *TBJG,* Register, Teil III, Einleitung von Elke Fröhlich zur Gesamtedition, pp. 37- 47. En esa época, Goebbels pensaba mucho en su imagen postuma. Dirigiéndose a su personal el 17 de abril, se refirió a la nueva película en color *Kolberg,* producida para fomentar la predisposición a resistir contra todos los pronósticos, y el ministro de Propaganda, dijo supuestamente: «Caballeros, dentro de cien años, mostrarán otra excelente película en color describiendo los terribles días que estamos viviendo. ¿No queréis interpretar un papel en esta película, volver a la vida dentro de cien años? Todo el mundo tiene la oportunidad de elegir el papel que interpretará en esta película dentro de cien años. Os puedo asegurar que será una película excelente y edificante. Y por ello, merece la pena mantenerse firme. Resistid ahora, para que los espectadores dentro de cien años no griten y silben cuando aparezcáis en la pantalla». Los cincuenta hombres, aproximadamente, que oyeron sus palabras no sabían si reír o maldecir. Semmler, p. 194 (17.4.45). < <

[133] Von Oven, pp. 652-654 (22.4.45). Véase también Semmler, pp. 185-186 (25.2.45). Según el antiguo Gauleiter de Süd-Hannover-Braunschweig, Hartmann Lauterbacher, *Erlebt und mitgestaltet,* Preußisch Oldendorf, 1984, p. 320, Goebbels le dijo en su última reunión, el 12 de abril, que cada uno de los niños llevaba cápsulas de cianuro cosidas a las ropas para que ninguno de ellos pudiera caer nunca en manos de los rusos. < <

[134] Ruth Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin: Ein deutsches Tagebuch,* Múnich, 1962, p. 166 (21.4.45). < <

[135] *DZW, 6,* p. 707. <<

[136] BA/MA, NL Heinrici, NL 265/108, fols. 11-15, 39-40, 54 (15.5.45). < <

[137] *DZW,* 6, p. 734. < <

[138] BA/MA, NL Heinrici, NL 265/108, fols. 52-57 (15.5.45). < <

[139] BA/MA, NL Heinrici, NL 265/108, fols. 22-25, 39-41 (15.5.45).
< <

[140] BA/MA, NL Heinrici, NL 265/108, fol. 29 (15.5.45). < <

[141] *DZW,* 6, pp. 705-26, *DRZW,* 10/1 (Lakowski), pp. 656-673, Erickson, pp. 577-618, y Beevor, cap. 21, proporciona descripciones detalladas de la batalla de Berlín. <<

[142] Jodl lo admitió ante el coronel general Heinrici el 13 de mayo de 1945. BA/MA, NL Heinrici, N265/108, fols. 57-58 (15.5.45). <<

[143] Steiner tenía buenas razones para no emprender el ataque y estaba desesperado por haber recibido una orden que era, como sabía cualquiera que conociera la situación, imposible de ejecutar. Véase BA/MA, NL Heinrici, N265/108, fols. 19-22 (15.4.45). < <

[144] La incertidumbre, también con respecto a la posición de Göring, causada por la crisis de Hitler se resume claramente en el informe enviado tres días más tarde a Hitler por el general Karl Koller, jefe del estado mayor de la Luftwaffe. IWM, EDS, F.3, AL 1985 (2), «An den Führer. Bericht über die wesendichen Punkte der Vorgänge am 22.4. und meiner Meldung an den Herrn Reichsmarschall am 23.4.» (25.4.45). Un breve descripción de los comentarios de Hitler, registrada por un testigo, el Oberleutnant Hans Volck, ayudante del estado mayor de operaciones de la Luftwaffe, se encuentra en IWM, EDS, F. 3, AL 1985 (1), «Meldung über Führerlage am 22.4.1945. Lagebeginn: etwa 15.30 Uhr» (25.4.45). Hay pequeñas discrepancias entre el informe de Koller y su publicación posterior, Karl Koller, *Der letzte Monat: Die Tagebuchaufzeichnungen des ehemaligen Chefs des Generalstahes der deutschen Luftwaffe vom* 14. *April bis zum* 27. *Mai 1945,* Mannheim, 1949, pp. 28-32. < <

[145] Speer, y pp. 479, 484. < <

[146] BA/MA, NL Heinrici, N265/108, fols. 38-39 (15.4.45). < <

[147] BA/MA, NL Heinrici, N265/108, fols. 41-44 (15.4.45). < <

[148] IfZ, ZS 145, Bd. III, Schwerin von Krosigk, fol. 61 (7.12.62). <<

[149] IfZ, ZS 988, Friedrich Wilhelm Kritzinger, interrogatorio del doctor Robert Kempner, fols. 4, 7, 10 (5.3.47). < <

[150] Krosigk escribió a Speer el 29 de marzo, en el marco de las discusiones sobre la política de «tierra quemada», sugiriéndole que la intensificación de los bombardeos de los Aliados había sido causada por el deseo de no dejar que la industria alemana cayera en manos de los soviéticos y que cuanto más potencial industrial de Alemania se conservara, mejor sería la posición para negociar con los Aliados. El 6 de abril, solicitó una reunión urgente con Goebbels, presionó para actuar y crear las condiciones para que Gran Bretaña rompiera con la coalición enemiga, algo que creía que era sumamente posible. Volvió a escribir a Goebbels el 14 de abril, describiendo la muerte de Roosevelt como un «regalo de Dios» que había que aprovechar, recomendando que el papa se dirigiera a Estados Unidos, quien, según afirmaba, tenía interés en la industria alemana, a la que consideraba una barrera frente a un Estado soviético reforzado. En IWM, EDS, E 3, M.I. 14/369. < <

[151] IfZ, ZS 145, Bd. III, Schwerin von Krosigk, fols. 58-61 (7.12.62). < <

[152] StAA, Gauleitung Schwaben, 1/29, fol. 328836, nota, presumiblemente para el Gauleiter Wahl, 20.4.45. < <

[153] StAA, Gauleitung Schwaben, 1/37, sin folio, nota de la llamada telefónica del Kreisleiter de Lindau, s.f., *c.* 24-6.4.45. Lindau, donde los informes sugerían que hasta al 60 por ciento de la población se podía considerar pronazi, seguía siendo un problema para las autoridades francesas de ocupación (en una región que les causaba algunos quebraderos de cabeza en cuanto a seguridad) durante algunas semanas después del final de la guerra. Había algunos problemas, casos de incendios premeditados, y un oficial francés murió víctima de los disparos de un antiguo miembro, de 14 años, de las Juventudes Hitlerianas. Gran parte de la población fue evacuada brevemente a la fuerza y solo permitieron que regresara dos días más tarde, tras serviles peticiones de clemencia. Las tropas francesas que llegaron mientras tanto habían saqueado gran parte de la ciudad vacía. El incidente fue embarazoso para los franceses y escandalizó a los observadores estadounidenses y suizos. Perry Biddiscome, *Werwolf? The History of the National Socialist Guerrilla Movement 1944-1946,* Toronto y Buttalo, NY, 1998, pp. 260-263. < <

[154] *Justiz und NS-Verbrechen,* vol. 2, pp. 236-252; IfZ, ED 195, Slg. Schottenheim, vol. 1, pp. 87-91 (escrito para mostrar la major cara del autor, el doctor Otto Schottenheim, médico y alcalde nazi de Ratisbona desde 1933); Henke, p. 854; Dieter Albrecht, «Regensburg in der NS-Zeit», en Dieter Albrecht (ed.), *Zwei Jahrtausende Regensburg,* Ratisbona, 1979, p. 200, también para la cita de Ruckdeschel: «Regensburg wird verteidigt werden bis zum letzten Stein». Sobre Schottenheim, que murió en 1980 siendo un ciudadano respetado pese a su pasado nazi, véase Helmut Halter, *Stadt unterm Hakenkreuz: Kommunalpolitik in Regensburg während der NS-Zeit,* Ratisbona, 1994, pp. 77-87, y Albrecht, pp. 195-196. Ruckdeschel fue condenado en 1948 por su participación en la matanza de Ratisbona a ocho años de cárcel (una condena ampliada a trece años en otro juicio celebrado el año siguiente por ordenar la ejecución de un civil en Landshut el 29 de abril de 1945). *Justiz und NS-Verbrechen,* vol. 2, pp. 234-346; *Justiz und NS-Verbrechen,* vol. 3, ed. Adelheid L. Rüter-Ehlermann y C. F. Rüter, Amsterdam, 1969, vol. 3, pp. 763-794. Ruckdeschel murió pacíficamente en Wolfsburgo en 1986. Miller y Schulz, vol. 1. < <

[155] Troll, pp. 660-671; Henke, pp. 854-861; Heike Bretschneider, *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in München 1934-1945,* Múnich, 1968, pp. 218-239; Klaus Tenfelde, «Proletarische Provinz: Radikalisierung und Widerstand in Penzberg/Oberbayern 1900 bis 1945», en Broszat, Fröhlich *et al.,* vol. 4, pp. 374-381; Georg Lorenz, *Die Penzberger Mordnacht vom 28. April* 1945 *vor dem Richter,* Garmisch-Partenkirchen, 1948, pp. 5-11; *Justiz und NS-Verbrechen,* vol. 3, pp. 100-101; *Justic and NS-Verbrechen,* vol. 13, ed. Irene Sagel-Grande, H. H. Fuchs y C. F. Rüter, Amsterdam, 1975, pp. 532-540. Una decimosexta víctima fue abatida «mientras huía». Tenfelde, pp. 378, 380. Los juicios tras la guerra relacionados con las matanzas en Altötting y Múnich se encuentran en StAM, Staatsanwaltschaften 34876/25 (Altötting) y StAM, Staatsanwaltschaften 6571, 18848/2-3, «Fall Salisco» (Múnich). Para una valoración de las diferentes formas de resistencia hacia el final de la guerra, véase Edgar Wolfrum, «Widerstand in den letzten Kriegsmonaten», en Peter Steinbach y Johannes Tuchei (eds.), *Widerstand gegen den Nationalsozialismus,* Bonn, 1994, pp. 537-552. La mina de Penzberg no fue destruida al final de la guerra y solo cesó su producción en 1966. Tenfelde, p. 382. < <

[156] *Das letzte halbe Jahr,* p. 334 (10.4.45). < <

[157] BA/MA, N648/1, NL Dethleffsen, Erinnerungen, fol. 39. < <

[158] Ingrid Hammer y Susanne zur Neiden (eds.), *Sehr selten habe ich geweint: Briefe und Tagebücher aus dem Zweiten Weltkrieg von Menschen aus Berlin,* Zúrich, 1992, p. 358 (23.4.45). < <

[159] *Anonyma: Eine Frau in Berlin. Tagebuch-Aufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945,* edición de bolsillo, Múnich, 2008, p. 30 (23.4.45). < <

[160] *Anonyma,* pp. 9-15, 20, 24-25, 34, 39 (20-25.4.45). <<

[161] *VB,* Múnich ed., 20, 24, 25.4.45. < <

[162] *Anonyma, pp.* 19-20 (21.4.45), 30 (23.4.45), 43 (26.4.45); Kronika, pp. 138, 152-153 (23.4.45, 23.4.45). < <

[163] Andreas-Friedrich, pp. 166-167 (21.4.45). <<

[164] «Llenos de ansiedad, regresamos al sótano y aguardamos lo que pudiera venir», escribió el autor de un diario. Hammer and zur Nieden, p. 364 (26.4.45). < <

[165] Longerich, pp. 750-751; Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS,* Londres, 1990, pp. 593-598. < <

[166] *KTB/SKL,* Teil A, Bd. 68, p. 416 A, Beitrag zum Kriegstagebuch Skl. am 2. Mai 1945; Heereslage vom 1.5.45; Anton Joachimsthaler, *Hitlers Ende: Legenden und Dokumente,* Múnich, 1999, pp. 282-283. <<

[1] Kathrin Orth, «Kampfmoral und Einsatzbereitschaft in der Kriegsmarine 1945», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland,* Múnich, 2002, p. 141. < <

[2] BfZ, Sammlung Sterz, Tagebuch Uffz. Heinrich V., 2.5.45. < <

[3] BA/MA, NL Schörner, N60/18, sin folio, Tagesbefehl, 3.5.45.
< <

[4] Citado en Richard Bessel, *Germany 1945: Front War to Peace,* Londres, 2009, p. 141. < <

[5] BA/MA, N245/3, fol. 88, NL Reinhardt, hoja de calendario del 1.5.45. La noticia de la muerte de Hitler tampoco fue una sorpresa para el coronel general Lothar Rendulić cuando la recibió el 1 de mayo en Austria. La disciplina entre sus tropas no se vio afectada, aunque se consideraba que la muerte de Hitler aumentaba las posibilidades de una salida política mediante la cooperación con los Aliados occidentales. Lothar Rendulić, *Gekämpft, Gesiegt, Geschlagen,* Wels, 1952, p. 378. < <

[6] BA/MA, N648/1, NL Dethleffsen, Erinnerungen, fol. 57. < <

[7] Sönke Neitzel, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945,* Berlin, 2005, pp. 210-212; edición en inglés, *Tapping Hitler's Generals: Transcripts of Secret Conversations, 1942-45,* Barnsley, 2007, pp. 156-158. < <

[8] Marlis Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen,* Düsseldorf y Viena, 1970, p. 582. < <

[9] BfZ, Sammlung Sterz, Tagebuch Eveline B., 6.5.45. Erich Kästner, *Notabene 1945: Ein Tagebuch,* Berlin, 1961, p. 116 (2.5.45), señalaba que la gente se saludaba entre sí, en broma, diciendo «Heil Dönitz». Comentaba que aunque el acordeonista había cambiado, la melodía seguía siendo la misma. < <

[10] Citado en Bessel, p. 141. <<

[11] Ruth Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin: Ein deutsches Tagebuch,* Múnich, 1962, pp. 188-189 (2.5.45). < <

[12] Jörg Echternkamp, *Kriegsschauplatz Deutschland 1945: Leben in Angst — Hoffnung auf Frieden. Feldpost aus der Heimat und von der Front,* Paderborn, 2006, p. 252, carta de Gerda J., Hamburgo/Altona, 7.7.45. Aquella no fue más que una conjetura inspirada en lo que había ocurrido. En aquel momento se desconocían detalles precisos sobre el suicidio de Hitler, fuera del pequeño círculo de quienes habían estado involucrados en el drama final del búnker. < <

[13] *Anonyma: Eine Frau in Berlin. Tagebuch-Aufzeichnungen vorm 20. April bis 22. Juni 1945,* edición de bolsillo, Múnich, 2008, p. 143 (5.5.45). <<

[14] *Die Niederlage 1945: Aus dem Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht,* ed. Percy Ernst Schramm, Múnich, 1962, p. 419. <<

[15] Herbert Kraus, «Karl Dönitz und das Ende des “Dritten Reiches”», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches — Ende des Zweiten Weltkriegs: Eine perspektivische Rückschau,* Múnich y Zúrich, 1995, p. 11. < <

[16] Herbert Kraus, «Großadmiral Karl Dönitz», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite, vol. 2: Vom Kriegsbeginn bis zum Welt-Kriegsende,* Darmstadt, 1998, p. 51. < <

[17] *Die Niederlage 1945,* p. 419. <<

[18] *DRZW,* 10/1 (Rahn), p. 61. <<

[19] Jürgen Forster, «Die Wehrmacht und das Ende des “Dritten Reichs”», en Arnd Bauerkämper, Christoph Kleßmann y Hans Misseiwitz (eds.), *Der 8. Mai 1945 als historische Zäsur: Strukturen, Erfahrung, Deutungen,* Potsdam, 1995, p. 57. < <

[20] Kraus, «Karl Dönitz und das Ende des “Dritten Reiches”», pp. 3-4, 8-11. < <

[21] Heinrich Schwendemann, «“Deutsche Menschen vor der Vernichtung durch den Bolschewismus zu retten”: Das Programm der Regierung Dönitz und der Beginn einer Legendenbildung», en Hillmann y Zimmermann, p. 16. <<

[22] BA/MA, N648/1, NL Dethleffsen, Erinnerungen, fol. 57. < <

[23] Citado en *DRZW,* 10/1 (Rahn), p. 55; véase también, sobre la inquebrantable lealtad de Dönitz a Hitler y sus fanáticas exhortaciones a seguir combatiendo, pp. 57-60, 67. < <

[24] IfZ, ZS 145, Schwerin von Krosigk, Bd. III, Bl. 62, 7.12.62. < <

[25] *KTB/SKL,* Teil A, Bd. 68, pp. 333-334 -A, Kriegstagebuch des Ob. d. M., 25.4.45. Dönitz ya había proporcionado fuerzas navales para los combates terrestres una semana antes, en vista del avance soviético en el frente del Óder. Schwendemann, pp. 14-15. < <

[26] BA/MA, RM 7/851, Véase kriegsleitung, fol. 169, Hitler a Dönitz, 29.4.45; Schwendemann, p. 15. < <

[27] *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945,* ed. Max Domaras, Wiesbaden, 1973, p. 2237. < <

[28] El general Dethleffsen recordaría poco después de la guerra lo poco que le había sorprendido, ya que había oído en abril insinuaciones del jefe del estado mayor, Hans Krebs, de que Hitler veía a Dönitz como su sucesor. Sin embargo, el nombramiento cogió más por sorpresa a otros, según Detleffsen. BA/MA, N648/1, NL Dethleffsen, Erinnerungen, fol. 57. < <

[29] IWM, FO 645/155, interrogatorio de Karl Dönitz, 12.9.45, pp. 19-20. < <

[30] Karl Dönitz, *Memoirs: Ten Years and Twenty Days,* Da Capo ed., Nueva York, 1997, p. 442. < <

[31] Véase Rolf-Dieter Müller y Gerd R. Ueberschär, *Kriegsende 1945: Die Zerstörung des Deutschen Reiches,* Frankfurt am Main, 1994, p. 101, y Kraus, «Karl Döaitz und das Ende des "Dritten Reiches"», pp. 9, 11. No obstante, se ha sugerido, aunque sin pruebas, que Dönitz podría haber deducido su suposición de que Hitler quería que allanase el camino para la capitulación antes de que el contralmirante se fuera a Plön o a partir de conversaciones con Himmler. Jörg Hillmann, «Die "Reichsregierung" in Flensburg», en Hillmann y Zimmermann, p. 41. Es difícil considerar como una prueba de que Hitler había dado la orden de llegar a un acuerdo con el enemigo antes de su muerte su desesperado comentario, durante su depresión nerviosa temporal del 2 2 de abril, de que ya no había nada más por lo que luchar (rápidamente cambió de idea) y que, en el caso de que hubiera negociaciones, sería mejor que las condujera Göring que él. Véase Reimer Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches: Die deutsche Kapitulation 1945,* Stuttgart, 1966, pp. 48-50; Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz: Die letzten Tage des Dritten Reiches,* 5ª ed., Leoni am Starnberger See, 1981, p. 46; Marlis Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz,* Düsseldorf y Viena, 1967, p. 45. < <

[32] *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), pp. 469-470; *DRZW,* 9/1 (Forster), p. 626; Schwendemann, p. 15. < <

[33] Véase el testamento de Hitler: *Hitler. Reden und Proklamationen,* p. 2237 (que, sin embargo, Dönitz no conocía en ese momento). < <

[34] Schwendemann, pp. 27-28. < <

[35] IWM, FO 645/158, interrogatorio de Wilhelm Keitel, 10.10.45, p. 27. < <

[36] IfZ, ZS 1810, Großadmiral Karl Dönitz, Bd. II, Bl.55, entrevista para el *Observer,* 18.11.74. < <

[37] Una mujer de Berlín escribió el 21 de mayo que «no hay ninguna noticia segura sobre Adolf». *Anonyma* p. 221. < <

[38] Véanse Christian Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», *Journal of Contemporary History,* 41 (2006), pp. 153-173, y la monografía de Goeschel, *Suicide in Nazi Germany,* Oxford, 2009, cap. 5, para un exhaustivo análisis del fenómeno. Véase también Richard J. Evans, *The Third Reich at War,* Londres, 2008, pp. 728-733. < <

[39] Goeschel, *Suicide in Nazi Germany,* pp. 153-154. <<

[40] Joseph Goebbels, *Tagebücher 1945: Die letzten Aufzeichnungen,* Hamburgo, 1977, pp. 549, 556. <<

[41] *Hitler: Reden und Proklamationen,* p. 2237. < <

[42] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», p. 155. < <

[43] *MadR,* 17, p. 6737. < <

[44] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», p. 158; Jacob Kronika, *Der Untergang Berlins,* Flensburgo, 1946, p. 41 (6.3.45): «Alle Berliner wissen, daß die Russen in Kürze in Berlin eindringen werden und nun sehen sie keine andere Möglichkeit, als sich Zyankali zu verschaffen». < <

[45] *Anonyma,* pp. 171, 174 (9.5.45), 207 (17.5.45); Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», p. 160; Goeschel, *Suicide in Nazi Germany,* pp. 158-159. < <

[46] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», pp. 162-163 y n. 57. < <

[47] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», p. 169. < <

[48] Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands,* Múnich, 1995, pp. 964-965; y véase Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», pp. 169-170. < <

[49] «Tief vergraben, nicht dran rühren», *Spiegel Special, 2* (2005), p. 218. Les estoy muy agradecido a Klaus Wiegrefe y Michael Kloft por esta referencia. Véase también, sobre el clima de pánico y los numerosos suicidios, muchos por miedo a las violaciones de los soldados del Ejército Rojo, Joachim Schulz-Naumann, *Mecklenburg 1945,* Múnich, 1989, pp. 161, 165, 173, 241-242 (testimonios recogidos en la década de 1980). < <

[50] Basado en los recuerdos de los acontecimientos en «Tief vergraben, nicht dran rühren», Norbert Buske, *Das Kriegsende 1945 in Demmin: Berichte, Erinnerungen, Dokumente,* Schwerin, 1995, pp. 9-14, 17-40, 43, 44 n. 3, 48-50, n. 27-39; y testimonio presencial de Waltraud Reski (nacido Gülzow), entrevistado por Telman Remme, en BBC Archives, *The Nazis: A Warning from History* (1997), escrito y producido para la BBC 2 por Laurence Rees, rollo 263, pp. 1-42 (cita, p. 29). Véase también Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», p. 166. < <

[51] *Die Niederlage 1945,* p. 420. <<

[52] BA/MA, N54/8, NL Keitel, «Die letzten Tage unter Adolf Hitler», fol. 19. <<

[53] *Die Niederlage 1945,* p. 447 (16.5.45); 1945: *Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht. Dokumente,* eds. Gerhard Forster y Richard Lakowski, Berlin, 1975, pp. 422-425. < <

[54] Hillmann, pp. 46-47; *DZW,* 6, p. 770; *Die Niederlage 1945,* pp. 429-430 (5.5.45). < <

[55] BA/MA, N54/8, NL Keitel, «Die letzten Tage unter Adolf Hitler», fol. 19. < <

[56] IfZ, ZS 145, Schwerin von Krosigk, Bd. I, Bl.24, Eidesstattliche Erklärung, Nuremberg 1.4.49 im Spruchverfahren gegen Ernst Wilhelm Bohle. < <

[57] IfZ, ZS 145, Schwerin von Krosigk, Bd. III, Bl. 62, 7.12.62. < <

[58] *Die Niederlage 1945,* pp. 431-432, Dönitz-Tagebuch, Tagesniederschrift 6.5.45; IfZ, ZS 145, Schwerin von Krosigk, Bd. III, Bl. 62, 7.12.62. < <

[59] Hillmann, pp. 5-7. Al principio, Dönitz había querido cambiar el mando de la Wehrmacht. Él y Krosigk acordaron destituir a Keitel y a Jodl y sustituirlos por el mariscal de campo Erich von Manstein como nuevo comandante de la Wehrmacht. Pero, según una versión, se desconocía el paradero de Manstein. Walter Baum, «Der Zusammenbruch der obersten deutschen militärischen Führung 1945», *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, 10 (1960), p. 255. Según otra versión, Manstein dijo que había sido convocado por el OKW para reunirse con Dönitz, sin que se le precisara la razón. No pudo acudir aquel día y no volvió a oír hablar de ello. Dönitz le dijo a Krosigk que Manstein había declinado la oferta de sustituir a Keitel, lo que no era el caso. Lutz Graf Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland,* Tubinga y Stuttgart, 1951, p. 374. < <

[60] IfZ, ZS 145, Schwerin von Krosigk, Bd. III, Bl. 62 v, 7.12.62; Schwendemann, p. 18. < <

[61] IfZ, ZS 1810, Großadmiral Karl Dönitz, Bd. II, Bl. 60-61, «Letzte Kriegszeit als Ob.d.M. Zeit als Staatsoberhaupt», sin fecha; Lüdde-Neurath, pp. 81-82. < <

[62] Müller y Ueberschär, p. 103. El general Dethleffsen recordaría algunos meses después (BA/MA, N648/1, NL Dethleffsen, Erinnerungen, fol. 57) que había sido incapaz de resistir la tentación, al recibir la noticia de la muerte de Hitler, de señalar al NSFO del Grupo de Ejércitos Vístula que debía pensar para el día siguiente en una nueva forma de saludo, ya que el «Heil Hitler» estaba desfasado. La idea resultó ser un poco prematura. < <

[63] *DZW,* 6, p. 776, enumera algunas de las sentencias dictadas por los consejos de guerra y las ejecuciones que siguieron. <<

[64] IWM, EDS, H 1, 2.5.45. Publicado en 1945: *Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht,* pp. 361-364. Cuando Dönitz consultó a Ribbentrop sobre el nombramiento de un nuevo ministro de Asuntos Exteriores, éste había sido incapaz de pensar en nadie más adecuado para el cargo que él mismo. Lüdde-Neurath, p. 82. < <

[65] El «Tagesniederschriften», registrado por el ayudante de Dönitz, el Korvettenkapitän Walter Lüdde-Neurath, figura en BA/MA, N374/8, NL Friedeburg, con copias en IWM, EDS, F. 3, AL 2893. Aquí se citan de la versión publicada en *Die Niederlage 1945,* p. 421 (2.5.45). Hillman cree que el intento de Dönitz de trabajar en las capitulaciones parciales demuestra una continuidad, en lugar de «un nuevo tipo de política», puesto que la mayoría de los paladines de Hitler habían intentado, en un momento u otro, obtener una «paz por separado» o una capitulación parcial. Se olvida que, antes de la muerte de Hitler, aquellas iniciativas fueron siempre «extraoficiales», se produjeron a sus espaldas o fueron bloqueadas desde el principio, mientras que, cuando Dönitz fue nombrado jefe de Estado, se convirtieron en la política oficial de la noche a la mañana. Hillmann, pp. 48-49. Dönitz reiteró en una declaración poco antes del final de la guerra que consideraba que una capitulación total era imposible para Alemania. El horror por lo que habían hecho los soviéticos era tal que una capitulación general inmediata, en la que se abandonara a los soldados en el este y a la población civil refugiada para que quedaran a merced del Ejército Rojo, «habría sido un crimen contra mi pueblo alemán», y las tropas alemanas no habrían obedecido la orden, sino que habrían intentado seguir luchando para volver al oeste. IfZ, ZS 1810, Karl Dönitz, Bd. II, «Kriegsende 1945», 22.7.45, fol. 3. < <

[66] *DZW,* 6, p. 426. < <

[67] NAL, Premier 3/221/12, n° 3736-3737, fols. 413-415, Churchill a Eden, 16.4.45, fols. 392-393, Eisenhower al Estado Mayor Combinado, 23.4.45, fol. 361, Eisenhower al Estado Mayor Combinado, 1.5.45. Véase también Bob Moore, «The Western Allies and Food Relief to the Occupied Netherlands, 1944-45», *War and Society,* 10 (1992), pp. 106-109. Mi agradecimiento a Bob Moore por facilitarme estas referencias. < <

[68] *Die Niederlage 1945,* pp. 421 (2.5.45), p. 425 (3.5.45); BAB, R3/1625, fols. 4-5, Blaskowitz a Lüdde-Neurath, s.f. (30.4.45; el télex original en BA/MA, RM 7/854, fol. 177, no tiene fecha, aunque en el extremo superior derecho aparece escrito 30.4); Seyß-Inquart «an den Führer» (es decir, a Dönitz), 2.5.45. Sobre la postura de Blaskowitz en los últimos días de la guerra, véase John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegfuhnmg im Westen des Reiches 1944/45,* Paderbom, 2009, pp. 340-341. < <

[69] Keitel comentó que la noticia sorprendió a Dönitz, pero que lo respaldó. BA/MA, N54/8, NL Keitel, «Die letzten Tage unter Adolf Hitler», fol. 20. < <

[70] BA/MA, N574/19, NL Vietinghoff, «Kriegsende in Italien» (1948), fol. 45; también Forster, p. 56. < <

[71] BA/MA, N5 74/19, NL Vietinghoff, «Kriegsende in Italien» (1948), fols. 53-54. < <

[72] IWM, EDS, F. 3, M.I. 14/284 (A), Kaltenbrunner a Hitler, 1.5.45.
< <

[73] *DZW,* 6, pp. 152-153. <<

[74] BA/MA, N574/19, NL Vietinghoff, «Kriegsende in Italien», fols. 56-59. < <

[75] IWM, EDS, F. 3, M.I. 14/284 (A), Kesselring a Dönitz, Keitel y el jefe adjunto del estado mayor de operaciones de la Wehrmacht, el general Winter, 2.5.45. < <

[76] BA/MA, N574/19, NL Vietinghoff, «Kriegsende in Italien», fols. 60-62. Sobre la versión de Kesselring, véase *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring,* Greenhill Books ed., Londres, 1997, pp. 288-289. Véase también, sobre la capitulación en Italia, *DZW,* 6, pp. 749-752; *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), p. 472. < <

[77] BA/MA, RW 44 II/3, fol. 20, Winter a Jodl, 2.5.45. < <

[78] *Die Niederlage 1945*, p. 423 (2.5.45); Schwendemann, p. 18. < <

[79] BA/MA, RM 7/854, fol. 13, sobre la orden de Dönitz para la capitulación de la ciudad, promulgada la víspera, el 2 de mayo. < <

[80] BA/MA, RM 7/854, fols. 33, 36, informes del Kdr. Adm. Deutsche Bucht, 4.5.45. El general Hasso von Manteuffel ya había informado el 27 de abril sobre la grave desintegración del tercer ejército panzer en Mecklenburgo y habló de escenas que no se habían visto ni siquiera en 1918. *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht,* pp. 343-344; *DRZW,* 10/1 (Lakowski), p. 655. < <

[81] Véase *Die Niederlage 1945,* p. 429 (5.5.45); BA/MA, RM 7/854, fol. 24, sobre la primera orden de confirmación del 3 de mayo de 1945 para hundir los navios. El 30 de abril ya se había emitido una directiva, con el nombre en clave de «arcoíris», que ordenaba que, «en caso de algún suceso imprevisto en la situación», todos los buques, incluidos los submarinos, debían ser hundidos inmediatamente. Keitel y Jodl consideraban que la exigencia de entregar todas las armas, además de los submarinos, iba en contra del honor alemán. Dönitz solo aceptó la demanda con una gran reticencia. En realidad, unos 185 submarinos fueron hundidos por sus comandantes, mientras la administración de Dönitz fingía no saberlo, antes de que la orden entrara en vigor. *KTB/SKL,* Teil A, Bd. 68, p. 421 A, Funksprüche der Ski., 3.5.45; Lutz Graf Schwerin von Krosigk, «Persönliche Erinnerungen», parte 2: «25 Jahre Berlin 1920 bis 1945», manuscrito sin publicar, s.f., p. 324; *DRZW,* 10/1 (Rahn), pp. 166-167. < <

[82] *DZW,* 6, p. 742. Esta cifra incluye a miembros de las SS y la OT. Según Howard D. Grier, *Hitler, Dönitz and the Baltic Sea: The Third Reich 's Last Hope, 1944-1945,* Annapolis, Md., 2007, p. 218, la Wehrmacht tenía 350.000 soldados. < <

[83] *Die Niederlage 1945,* pp. 423 (3.5.45), 426-427 (4.5.45), 430 (5.5.45); *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), pp. 472-474; *DZW, 6,* pp. 773-774; Albert Speer, *Erinnerunger*, Frankfort am Main y Berlin, 1969, pp. 496-497; Schwendemann, pp. 18-19. < <

[84] BA/MA, RM 7/854, fol. 117, jefe del OKW, 6.5.45. < <

[85] *Die Niederlage 1945,* p. 425 (3.5.45). <<

[86] *Die Niederlage 1945,* p. 432 (6.5.45); *DRZW,* 10/1 (Zimmermann), pp. 474-475; *DZW,* 6, p. 758; Müller y Ueberschär, pp. 102-103; Schwendemann, p. 23. < <

[87] BA/MA, RM 7/854, fol. 71, telegrama de Keitel enviado el 5 de mayo de 1945. < <

[88] BA/MA, RM 7/854, fol. 48, FS Chef SKL, 4.5.45. < <

[89] Según los cálculos del OKW, el ejército tenía 1.850.000 soldados en el este el 7 de mayo de 1945. *DRZW*, 10/1 (Lakowski), p. 675. <<

[90] Véase *DZW, 6,* pp. 745, 761, 763; Schwendemann, p. 24, para las cifras ofrecidas anteriormente, según los cálculos realizados por el OKW el 8 de mayo. Según *DRZW,* 10/1 (Lakowski), p. 674, los efectivos del Grupo de Ejércitos Centro ascendían a entre 600.000 y 650.000 hombres el 7 de mayo. < <

[91] *DZW*, 6, p. 740; Müller y Ueberschär, p. 108. Sobre Hela, el comandante informó el 3 de mayo que las tropas, que no tenían suficientes hombres ni armas, se enfrentaban a una «destrucción segura». BA/MA, RW 44 I/33, fol. 26, KR Blitz von General der Panzertruppe, AOK Ostpreussen an Obkdo. d. WMFS tOber (H) Nordost, 3.5.45. Había unos 150.000 soldados y 50.000 refugiados en Hela en aquel momento. Schwendemann, p. 23. <<

[92] BA/MA, RW 441/86, fol. 5, Bev. Gen. Kurland, gez. Möller, Brigadeführer, an Dönitz, 5.5.45. < <

[93] *Die Niederlage 1945,* pp. 426-427 (4.5.45). < <

[94] *DZW,* 6, p. 758; Rendulić, pp. 378-381; Schwendemann, pp. 25-26. <<

[95] *Die Niederlage 1945,* p. 429 (5.5.45). La petición de Lohr de que se le permitiera ofrecer al mariscal de campo Alexander su colaboración en un intento de «impedir la bolchevización total de Austria» figura en *KTB/SKL,* p. 439 A. < <

[96] *Die Niederlage 1945*, p. 430 (6.5.45); Schwendemann, p. 20. < <

[97] *Die Niederlage 1945,* p. 425 (3.5.45). < <

[98] *DZW,* 6, p. 761; *Die Niederlage 1945,* pp. 427-428 (4.5.45). < <

[99] *Die Niederlage 1945,* p. 422 (2.5.45). <<

[100] *Die Niederlage 1945*, p. 423 (3.5.45). < <

[101] *Die Niederlage 1945,* p. 431 (6.5.45). <<

[102] *DZW*, 6, pp. 758-767; Müller y Ueberschär, p. 104. < <

[103] *Die Niederlage 1945,* pp. 430-431 (6.5.45). < <

[104] *Die Niederlage 1945,* pp. 432-433 (7.5.45). Eisenhower había concedido a Jodl una hora para tomar una decisión, pero las dificultades para comunicarse con Flensburgo retrasaron la llegada de su mensaje y la recepción de la aprobación de Dönitz. *DZW,* 6, p. 774. Véase también Bodo Scheurig, *Alfred Jodl: Gehorsam und Verhängnis,* Berlín y Frankfurt am Main, 1991, pp. 331-333. < <

[105] Reproducido en facsímil en Müller y Ueberschär, pp. 178-179. Gran Bretaña había introducido el «doble horario de verano» durante la Segunda Guerra Mundial. Eso hacía que tuviera una hora de adelanto con respecto a la hora central europea. < <

[106] Müller y Ueberschär, pp. 106, 180-181; Schwendemann, p. 30; Baum, p. 261. Para una descripción de la escena, véase G. Zhukov, *Reminiscences and Reflections,* vol. 2, Moscú, 1985, pp. 399-400; también Antony Beevor, *Berlin. The Downfall 1945,* edición de bolsillo, Londres, 2007, pp. 403-405. <<

[107] Speer, pp. 498-499. < <

[108] IWM, EDS, F. 3, M.I. 14/284 (A), informa sobre una discusión entre Keitel y el general Ivan Aleksandrovich Serov, vicecomisario del NKVD (la organización de seguridad interna soviética, dirigida por Lavrenti Beria); publicado en *KTB/SKL,* Teil A, Bd. 68, pp. 469-471 A. La identificación de parte de una mandíbula que los soviéticos habían encontrado en el jardín de la cancillería del Reich como perteneciente a Hitler no tuvo lugar hasta unos pocos días después. Durante años, Stalin y las autoridades soviéticas no creyeron las informaciones sobre la muerte de Hitler. <<

[109] BA/MA, RM 7/854, fol. 120, Kriegstagebuch Seekriegsleitung, 7.5.45; *KTB/OKW,* Bd. IV/2, pp. 1482-1483 (7.5.45); Schwendemann, p. 25. < <

[110] Schwendemann, p. 26. <<

[111] Klaus Granzow, *Tagebuch eines Hitlerjungen 1943-1945,* Bremen, 1965, p. 177 (5.5.45). < <

[112] BA/MA, NL Schörner, N60/18, sin folio, proclama de Schörner a los soldados del Gupo de Ejércitos Centro, 5.5.45. < <

[113] *Die Niederlage 1945,* p. 431. < <

[114] Schwendemann, p. 25. < <

[115] *DZW, 6,* p. 767. < <

[116] BA/MA, RW 441/54, sin folio, 4 pp. Véase «Aufzeichnung über die Dienstreise des Oberst i.G. Meyer-Detring zu Feldmarschall Schörner am 8.5.45 (p. 3 Unterredung mit Feldmarschall Schörner)»; Die Niederlage 1945, p. 438, para el informe de Meyer-Detring a Dönitz. < <

[117] BA/MA, NL Schörner, N60/18, sin folio, proclama de Schörner a los soldados del Grupo de Ejércitos Centro, 5.5.45; publicado en Roland Kaltenegger, *Schörner: Feldmarschall der letzten Stunde,* Múnich y Berlin, 1994, pp. 297-298. < <

[118] En un juicio que suscitó un enorme interés entre la población, y muchos apoyos a Schörner, así como vehementes críticas de sus actos, el ex mariscal de campo fue declarado culpable en octubre de 1957 por haber condenado a muerte sin juicio y haber ordenado el ahorcamiento de un cabo que se suponía que se había quedado dormido, borracho, cuando conducía un camión en marzo de 1945. Fue condenado a cuatro años y medio de cárcel, de los cuales cumplió dos antes de ser puesto en libertad por motivos de salud. Vivió recluido en Múnich, con el apoyo de amigos y antiguos compañeros de armas, hasta su muerte en 1973 a la edad de 81 años. Peter Steinkamp, «Generalfeldmarschall Ferdinand Schörner», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite, vol. 2: Von Kriegsbeginn bis zum Welt Kriegsende,* Darmstadt, 1998, pp. 240-242; Klaus Schönherr, «Ferdinand Schörner Der idealtypische Nazi-General», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches,* Berlín y Frankfurt am Main, 1995, pp. 506-507. Véase también, sobre la controversia en torno al juicio de Schörner, Kaltenegger, *Schörner,* pp. 330-354. < <

[119] *DZW,* 6, p. 767; *DRZW,* 10/1 (Lakowski), p. 673; Schwendemann, p. 31; Sebastian Siebei-Achenbach, *Lower Silesia from Nazi Germany to Communist Poland, 1942-49,* Londres, 1994, pp. 77-78. < <

[120] BA/MA, NL Schörner, N60/74, «Mein Verhalten bei der Kapitulation im Mai 1945» y «Zur Vorgeschichte der Kapitulation», ambos del 10.3.58. < <

[121] Steinkamp, p. 238. Kaltenegger, *Schörner,* pp. 306-307, 315, respalda el testimonio de Schörner. Véase también Roland Kaltenegger, *Operation «Alpenfestung»: Das letzte Geheimnis des «Dritten Reiches»,* Múnich, 2005, pp. 336-346. < <

[122] Un soldado raso del ejército de Schörner escribió en su diario que a él y a varios a camaradas les ordenaron bajar del camión en el que estaban huyendo, mientras trataban desesperadamente de llegar hasta los estadounidenses después de que se hubiera ordenado la disolución de su unidad. Entonces, los oficiales de su compañía se subieron al camión y se marcharon. «Fue a nosotros a quienes engañaron», concluía el soldado. Granzow, p. 179 (9.5.45). < <

[123] Schwendemann, p. 27. < <

[124] *DRZW,* 10/1 (Lakowski), p. 677. Según un informe para la jefatura de la armada, los barcos que cruzaban el Bático trasladaron entre el 11 y el 17 de mayo a 109.205 soldados, 6.887 heridos y 5.379 refugiados civiles. BA/MA, RM 7/854, fol. 333, Lage Ostsee, 18.5.45. < <

[125] Müller y Ueberschär, pp. 107-108. < <

[126] *DRZW,* 10/2 (Overmans), pp. 502-503. <<

[127] Véase Schwendemann, p. 27. < <

[128] Neitzel, *Abgehört,* p. 49. < <

[129] *KTB/OKW,* vol. 4/2, pp. 1281-1282 (9.5.45); reproducido en Müller y Ueberschär, p. 181; *Die Wehrmachtberichte* 1939-1945, *vol.* 5, 1. *Januar 1944 bis* 9. *Mai 1945,* Múnich, *1989,* p. 569 (9.5.45). < <

[130] Dönitz, p. 471. < <

[131] *Die Niederlage 1945,* pp. 440, 445 (12.5.45, 15.5.45). Dönitz seguía insistiendo el 18 de mayo en que no habría ninguna concesión a la exigencias de los Aliados de retirar los «emblemas de soberanía» de los uniformes militares alemanes. *1945: Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht*, pp. 411-413. < <

[132] *Die Niederlage 1945,* p. 439 (11.5.45). < <

[133] Speer, pp. 499-500, para un descripción de la continuidad de la administración de Dönitz; *Die Niederlage 1945,* pp. 433-449, para las anotaciones en el diario de Dönitz sobre el funcionamiento de su administración entre 8.5.45 y 17.5.45. < <

[134] *Die Niederlage 1945,* p. 446 (16.5.45). Sobre la continuidad de las ideas políticas de Dönitz, véase Steinert, pp. 283-286, y también Lüdde-Neurath, p. 81. < <

[135] BAB, R3/1624, fols. 10-13, Speer a Krosigk, 15.5.45; Dönitz, p. 471; y también Matthias Schmidt, *Albert Speer: Das Ende eines Mythos,* Berna y Múnich, 1982, pp. 167-171. < <

[136] Speer, p. 500. <<

[137] Véase IWM, EDS, F. 3, M.I. 14/950, memorándum de Stuckart, 22.5.45; Die Niederlage 1945, pp. 433-435, 441-442 (8.5.45, 12.5.45) sobre las discusiones respecto a la dimisión de Dönitz. Véase también Dönitz, p. 472. <<

[138] Descripción de David Stafford, *Endgame 1945: Victory, Retribution, Liberation,* Londres, 2007, pp. 407-408. Véase también Dönitz, pp. 473-474. Sobre las diferencias de opiniones entre los Aliados acerca de cómo tratar con la administración de Dönitz y los pasos que condujeron a la detención de sus miembros, véase Mariis Steinert, «The Allied Decision to Arrest the Dönitz Government», *Historical Journal,* 31 (1988), pp. 651-663. < <

[139] *The United States Strategie Bombing Survey,* Nueva York y Londres, 1976, vol. 4, p. 7. Se ha demostrado que la cifra de muertos, 305.000, es demasiado baja. Véase Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945,* edición de bolsillo, Berlín, 2004, p. 63, que sitúa la cifra en entre 420.000 y 570.000, y *DRZW,* 10/1 (Boog), p. 868, que calcula que el número de muertos civiles, no el total, ascendió a entre 380.000 y 400.000. Rüdiger Overmans calcula que las bajas oscilaron entre los 400.000 y los 500.000 muertos. «Die Toten des Zweiten Weltkriegs in Deutschland», en Wolfang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg: Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz,* Múnich y Zúrich, 1989, p. 860. Véase también Rüdiger Overmans, «55 Millionen Opfer des Zweiten Weltkrieges? Zum Stand der Forschung nach mehr als 40 Jahren», *Militärgeschichtliche Mitteilungen,* 48 (1990), pp. 107, 109. Sin embargo, otro cálculo sitúa la cifra más probable en 406.000, aunque el máximo ha llegado hasta los 635.000. La mayoría murieron en la última fase de la guerra. Dietmar Süß, «Die Endphase des Luftkriegs», en *Kriegsende in Deutschland,* Hamburgo, 2005, p. 55. Más de la mitad de los civiles víctimas de los bombardeos murieron en los últimos ocho meses de la guerra. Nicholas Stargardt, *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis,* Londres, 2005, pp. 264 y 430 n. 4. < <

[140] Bessel, p. 69. Es extraordinariamente difícil determinar unas cifras fidedignas del número de muertos entre los refugiados que estaban huyendo durante los últimos meses de la guerra. Las cifras mucho más elevadas que se ofrecen a menudo amplían la categoría de refugiado y el tiempo y las zonas geográficas estudiadas para incluir, por ejemplo, el «reasentamiento» de bálticos de extracción alemana que se produjo tras el pacto entre los nazis y los soviéticos, a los alemanes deportados por Stalin de la Unión Soviética y a los alemanes expulsados del este tras la guerra. El cálculo más cercano a la realidad de muertes provocadas por la huida de refugiados parece ser de 473.000. Overmans, «Die Toten des Zweiten Weltkriegs in Deutschland», p. 868; Overmans, «55 Millionen Opfer des Zweiten Weltkrieges?», p. 110. < <

[141] Rüdiger Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg,* Múnich, 1999, pp. 238-239, 316, 318, 321. Según los cálculos de Overmans (p. 265), del total de militares muertos (5.318.000), un 51,6 por ciento (2.743.000) cayó en el frente oriental, el 23,1 por ciento (1.230.000) murió durante la última fase (enero-mayo de 1945) y un 6,4 por ciento (340.000) cayó en el frente occidental. < <

[142] Los temores de los Aliados a una insurrección nunca llegaron a hacerse realidad, aunque se siguió tomando en serio al Werwolf en las semanas posteriores a la capitulación. Bessel, pp. 175-176; Perry Biddiscombe, *Werwolfl The History of the National Socialist Guerrilla Movement 1944-1946,* Toronto y Buffalo, NY, 1998, pp. 279-282. < <

[143] Véase Bessel, cap. 7, «The Beginning of Occupation», para un buen resumen de las primeras fases. < <

[144] *Die Niederlage 1945,* pp. 439, 447 (11.5.45, 16.5.45). <<

[145] Bessel, p. 167. <<

[146] *Anonyma* p. 183 (11.5.45). < <

[147] StAM, LRA 31391, sin folio, informe sobre Evang. luth. Pfarramt Berchtesgaden, 25.6.46; informe de la parroquia católica de St Andreas, 24.6.46. < <

[148] BA/MA, N648/1, NL Dethleffsen, Erinnerungen, fol. 1. < <

[149] NAL, WO 208/5622, C.S.D.I.C. (U.K.), informe, 13.5.45, comentarios del vicealmirante Frisius. < <

[150] A.J. y R.L. Merritt (eds.), *Public Opinion in Occupied Germany: The OMGUS Surveys, 1945-1949,* Urbana, Ill., 1970, pp. 32-33. Las experiencias de la ocupación y las inevitables penurias de la vida diaria en las ciudades en ruinas (escasez de alimentos y vivienda, una moneda sin valor y unos niveles de vida que a menudo eran peores que los que había antes de 1944-1945), unidas a un sentimiento de humillación nacional y la creación de tribunales de desnazificación, que a menudo se percibía que estaban dirigidos contra el «hombre corriente», que se creía que se había visto obligado a cumplir las demandas del régimen, figuraban entre los factores que desempeñaron un papel a la hora de realzar una idea positiva de los «buenos años» del nacionalsocialismo, antes de los desastres de la última fase de la guerra. < <

[151] Véase también Peter Fritsche, *Life and Death in the Third Reich,* Cambridge, Mass., y Londres, 2008, pp. 301-302. < <

[152] «Tief vergraben, nicht dran rühren», p. 218. < <

[153] Citado en Otto Dov Kulka, «The German Population and the Jews: State of Research and New Perspectives», en David Bankier (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews, 1933-1941,* Nueva York, Oxford y Jerusalén, 2000, p. 279. < <

[154] Para un argumento similar sobre 1918, véase Michael Geyer, «*Endkamp.* 1918 and 1945: German Nationalism, Annihilation, and Self-Destruction», en Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence: Extreme Wars in the* 20*th Century,* Gotinga, 2006, pp. 90-91. < <

[1] Un argumento bien expuesto por Bernd Wegner, «The Ideology of Self-Destruction: Hitler and the Choreography of Defeat», *Bulletin of the German Historical Institute Londres,* 26/2 (2004), pp. 19-20. Véanse también las reflexiones de Wegner en *DRZW,* 8, pp. 1185-1191. < <

[2] Hans Rothfels, *The German Opposition to Hitler,* edición de bolsillo, Londres, 1970, p. 146, insistía en que «Casablanca destruyó cualquier esperanza de una paz tolerable que pudiera haber considerado el movimiento de resistencia alemán». Adam von Trott trató de convencer en junio de 1944 a los Aliados occidentales de que retiraran la exigencia, alegando que muchos miembros de la oposición creían que no podrían resistir un alzamiento interno si no lo hacían. Naturalmente, al final eso es justo lo que hicieron, pese a la exigencia. No obstante, sigue sin estar claro si la exigencia de una rendición incondicional tuvo alguna repercusión significativa en el movimiento de resistencia. Anne Armstrong, *Unconditional Surrender: The Impact of the Casablanca Policy upon World War Two,* New Brunswick, NJ, 1961, pp. 205, 212-213. < <

[3] Véase *DRZW, 6* (Boog), p. 85; también Reimer Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches: Die deutsche Kapitulation 1945,* Stuttgart, 1966, pp. 20-23, 36-39, 224-225; y Reimer Hansen, *Der* 8. *Mai 1945*: *Geschichte und geschichtliche Bedeutung,* Berlin, 1985, pp. 10-13, 22-23. < <

[4] Para minimizar las posibilidades de que su exigencia de una «rendición incondicional» estimulara la resistencia, tanto Churchill como Roosevelt trataron de asegurar al pueblo alemán en sus declaraciones públicas que aquella condición no significaba que hieran a ser «esclavizados o destruidos». Winston S. Churchill, *The Second World War,* vol. 4: *The Hinge of Fate,* Londres, 1951, pp. 616-618. < <

[5] *MadR,* 17, p. 6734 (finales de marzo de 1945). <<

[6] Véanse los comentarios de Rolf-Dieter Müller en *DRZW,* 10/2, pp. 705,716. < <

[7] Véase Bernhard R. Kroener, «Auf dem Weg zu einer “nationalsozialistischen Volksarmee”: Die soziale Öffnung des Heeresoffizierkorps im Zweiten Weltkrieg», en Martin Broszat, Klaus-Dietmar Henke y Hans Woher (eds.), *Von Stalingrad zur Währungsreform: Zur Sozialgeschichte des Umbruchs in Deutschland,* Múnich, 1988, pp. 653, 658-659, 671-673, 676-677; y MacGregor Knox, «1 October 1942: Adolf Hitler, Wehrmacht Officer Policy, and Social Revolution», *Historical Journal,* 43 (2000), pp. 801-825 (sobre sobre el tamaño del cuerpo de oficiales, p. 810). <<

[8] Klaus-Jürgen Müller, «The Wehrmacht: Western Front», en David Wingeate Pike (ed.), *The Closing of the Second World War: Twilight of a Totalitarianism,* Nueva York, 2001, pp. 55-56. < <

[9] Véanse las reflexiones sobre el «deber», un tema recurrente en el libro, en John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang: Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45,* Paderborn, 2009, pp. 469-470. < <

[10] Sönke Neitzel, *Abgehört: Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945,* Berlin, 2005. < <

[11] Albert Speer, *Erinnerungen,* Frankfurt am Main y Berlin, 1969, p. 434. < <

[12] Durante su declaración en Núremberg, Speer descartó explícitamente la posibilidad de que algún grupo pudiera enfrentarse a Hitler con la exigencia de poner fin a la guerra. IMT, vol. 16, p. 542. Rolf-Dieter Müller, «Speers Rüstungspolitik im Totalen Krieg», *Militärgeschichtliche Zeitschrift,* 59 (2000), p. 362, señala que, aunque todos los dirigentes por debajo de Hitler jugaron en algún momento u otro con el objetivo de encontrar una salida a la guerra que no fuera la derrota total y la destrucción, no había nadie, a diferencia de en Italia, que pudiera emprender alguna acción contra el dictador. Añade que Speer, «evidentemente no pensó en ningún momento en actuar contra su mentor». < <

Document Outline